CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
PATRONATO «MENÉNDEZ Y PELAYO»
INSTITUTO «ANTONIO DE NEBRIJA»

EMERITA

BOLETIN DE LINGVISTICA Y FILOLOGIA CLASICA

SHL
WITHDRAWN

TOMO XXI
MADRID, 1953

SUCESORES DE RIVADENEYRA, S. A.— PASEO DE ONÉSIMO REDONDO, NÚM. 26.

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
INSTITUTO DE FILOLOGIA «ANTONIO DE NEBRIJA»

EMERITA
(EM)

BOLETIN DE LINGÜISTICA Y FILOLOGIA CLASICA
PUBLICACION SEMESTRAL

Tomo XXI — Año 1953

INDICE

Páginas

MANUEL F. GALIANO y LUIS GIL: Observaciones sobre los papiros Chester Beatty IV y V (961 y 962) (Gen. VIII 13-XLVI 33) 1
MARTÍN S. RUIPÉREZ: Etymologica: Φοῖβος Ἀπόλλων 14
A. PARIENTE: Más sobre *nepos* 18
AGUSTÍN GARCÍA CALVO: Crítica y anticrítica (IV-X) 36
LUIS GIL: Sobre el origen y evolución del genitivo del infinitivo articular griego con valor final 48
AGUSTÍN GARCÍA CALVO: *Antedies 59
ANTONIO RUIZ DE ELVIRA: El valor de la novela antigua a la luz de la ciencia de la literatura 64
ANTONIO GARZYA: Varia Philologa 111
F. R. ADRADOS: Sobre los orígenes del vocabulario ático 123
HANS DREXLER: Hexameterstudien V 163
A. PARIENTE: Aerumna 177
FRANZ BÖMER: Der Akkusativus Pluralis auf *-is, -eis* und *-es* bei Vergil .. 182
GIOVAN BATTISTA PELLEGRINI: Estudios Vénetos 235
LUIS MONTEAGUDO: Oestrymnides y Cassiterides en Galicia 241

Discusiones y comunicados.

AGUSTÍN GARCÍA: Aun más de *oboriuntur, St.* 165 249
M. S. RUIPÉREZ: Sobre la prehistoria de los dialectos griegos 253
A. PARIENTE: Formaciones latinas de perfecto tardías y vulgares 267
J. HORRENT: Nota sobre el desarrollo de la guerra cántabra del año 26 antes de J. C 279

Crónica bibliográfica.

BENITO GAYA NUÑO: **Del Egeo y Oriente Próximo** 291

Reseñas de libros. (Véase el índice en la pág. 3.ª de cubierta) 313
Reseñas de artículos 386
Indices de revistas 391
Información 415
Summary of articles 417
Libros recibidos 426

REDACCION: MEDINACELI, 4, MADRID
ADMINISTRACION: VITRUBIO, 16, MADRID

SUSCRIPCION: ESPAÑA, PORTUGAL E HISPANOAMÉRICA .. 60 PTAS.
DEMÁS PAÍSES ..... 70 »

NUMERO SUELTO: 35 y 38 pesetas respectivamente.

RESEÑAS DE LIBROS

Páginas

M. LEROY: *Tendences au doctrinarisme dans la pensée linguistique contemporaine* (J. Vallejo) 313
H. FRISK: *Quelques noms de la tempe en indo-européen* (M. F. Galiano) 314
U. PESTALOZZA: *Religione Mediterranea* (A. T.) 314
L. MOLINIER: *Le pur et l'impur dans la pensée des Grecs* (F. R. Adrados) ... 317
M. LEROY: *A propos des noms en -εύς et de quelques traits communs au grec et à l'iranien* (M. F. Galiano) 320
E. MARTIN: *Essai sur les rhythmes de la chanson grecque antique.—Trois documents de musique grecque* (M. S. Ruipérez) 321
J. WIKARJAK: *Pochodzenie Herodota w świetle greckich przydomków odmiejscowych* (M. F. G.) 324
G. DE SANCTIS: *Studi di Storia della Storiografia greca* (F. R. Adrados) ... 325
P. CLOCHÉ, *Thèbes de Béotie* (Manuel F. Galiano) 327
A. GARZYA: *Dioniso Calco* (L. Gil) 328
I. DÜRING: *Chion oh Heraclea* (F. R. Adrados) 329
A. BATAILLE: *Les inscriptions grecques du temple de Hatshepsout à Deir el-Bahari* (J. F. Pomar) 331
A. BATAILLE: *Les Memnonia* (J. F. Pomar) 332
M. RICHARD: *Inventaire des Manuscrits Grecs du British Museum* (J. F. Pomar) 335
C. H. ROBERTS y E. G. TURNER: *Catalogue of the Greek and Latin Papyri in the John Ryland's Library*, vol. IV (A. D'Ors) 339
H. J. ROSE: *Ancient Roman Religion* (A. García) 345
U. KNOCHE: *Die Römische Satire* (A. García) 347
M. PLATNAUER: *Latin Elegiac Verse* (A. García) 350
F. DELLA CORTE: *Da Sarsina a Roma* (M. Marín y Peña) 353
NILS-OLA NILSSON: *Metrische Stildifferenzen in den Satiren des Horaz* (A. Magariños) 355
M. BOAS: *Disticha Catonis* (J. Vallejo) 357
J. H. WASZINK: *Quinti Septimi Florentis Tertulliani «De Anima»* (V. Bejarano) 358
M. TULLIUS CICERO: *Pro Archia - Pro Murena.—De legibus* (A. D'Ors) .. 360
M. TULLIUS CICERO: *Orator* (A. Ruiz de Elvira) 363
M. T. CICERONIS: *Cato maior* (J. V.) 365
O. BLIXEN LERENA: *Catulo (traducción)* (A. T.) 366
W. H. ALEXANDER: *Maius opus (Aeneid 7-12)* (José López Cañete) 366
K. GRIES: *Constancy in Livy's Latinity* (J. Vallejo) 367
C. TACITUS: *Agricola-Germania-Dialogus de Oratoribus* (M. Marín y Peña). 370
C. TACITUS: *Germania* (M. Marín y Peña) 371
D. I. IUVENALIS: *Saturae* (M. C. Díaz y Díaz) 372
E. GROAG y A. STEIN *Prosopographia Imperii Romani* (J. F. Pomar) ... 374
G. VECCHI: *Studi Salvianei* (J. V.) 375
S. CAVALLIN: *Vitae Sanctorum Honorati et Hilarii Episcoporum Arelatensium* (J. Vallejo) 375
L. KUKENHEIM: *Contributions à l'histoire de la Grammaire grecque, latine et hébraïque à l'époche de la Renaissance* (A. García) 376
M. MENÉNDEZ PELAYO: *Bibliografía hispano-latina clásica* (M. F. Galiano). 378
M. LEROY *Sur l'enseignement traditionnel de la grammaire grecque* (M. F. Galiano) 380
E. HERNÁNDEZ y F. RESTREPO: *Llave del griego* (J. Calonge Ruiz) 381
S. P. O. RIORDAIN y R. DE VALERA: *Excavation of a megalithic tomb at Ballyedmonduff* (L. Monteagudo) 382
J. CABRÉ AGUILÓ, E. CABRÉ DE MORÁN y A. MOLINERO PÉREZ: *El castro y la necrópolis del hierro céltico de Chamartín de la Sierra* (J. Vallejo) 383
G. TILANDER: *Los fueros de la Novenera* (J. V.) 385

OBSERVACIONES SOBRE LOS PAPIROS CHESTER BEATTY IV Y V (961 y 962)

(Gen. VIII 13-XLVI 33)

Habiéndonos visto precisados a leer íntegramente el texto de los papiros Chester Beatty IV y V (núms. 961 y 962 de la lista oficial de los mss. del A. T. griego) en las transcripciones (1) de K(enyon) y en las ediciones fotográficas (2) publicadas por el mismo autor, hemos hecho, basándonos en las últimas, algunas observaciones importantes que permiten mejorar los textos ofrecidos por las primeras. Como quiera que estos papiros, de los siglos IV y III respectivamente como es sabido, no han sido todavía utilizados sistemáticamente ni por Rahlfs (3) ni por los editores de Cambridge (4) ni Göttingen (5), existe el peligro de que algunas lecturas erróneas

---

(1) Kenyon *The Chester Beatty Biblical Papyri. Descriptions and Texts of Twelve Manuscripts on Papyrus of the Greek Bible.* Fasciculus IV. Genesis. Text. Londres, 1934.

(2) Kenyon *The Chester Beatty...* Fasciculus IV. Genesis (Pap. IV). Plates. Londres, 1935. Kenyon *The Chester Beatty...* Fasciculus IV. Genesis (Pap. V). Plates. Londres, 1936.

(3) La edición del *Genesis* publicada por Rahlfs en Stuttgart, 1926 es muy anterior a la aparición de los papiros Chester Beatty. En los Setenta completos de Stuttgart, 1935 no recoge más papiro que algo del 911.

(4) El *Genesis* de Brooke y McLean se publicó en Cambridge, 1906.

(5) La edición nueva de Göttingen no ha publicado aun el Pentateuco.

de Kenyon sean aceptadas indebidamente por los futuros especialistas (1), y esto es lo que hemos querido evitar. Por fortuna, los errores son muy pocos en comparación con el grandísimo número de lecturas acertadas: ambas ediciones son, en general, otras tantas muestras de la gran pericia y competencia del llorado maestro a quien, pocos meses después de su muerte, va dedicada esta nota como sincero y cordial homenaje.

No hemos señalado, generalmente, más que aquellas lecturas en que nuestra divergencia o adición podía constituir una aportación positiva, prescindiendo de los lugares en que el haber leído una letra más o menos o el haber visto como seguro un signo considerado antes dudoso o viceversa, no mejora en nada apreciable los resultados de la edición de Kenyon (2).

Papiro Chester Beatty IV

IX 3 (fol. 1 r., col. 1). En K. δωδωκα; en realidad, se lee solamente δωδω y hay que suplir κα al principio de la línea siguiente. Con ello tenemos 16 y 17 letras, respectivamente, para las dos líneas, reparto más conforme con la media general que las 18 y 15 que da K.

13-14 (col. 2). En fin de columna se lee της γης και εσ]ται εν.

15-16 (fol. 1 v., col. 1). Las tres líneas primeras, de las que sólo hay visibles los tres finales y el principio de la tercera, pueden leerse, por ejemplo, así (el reparto del compuesto, igual que en XIV 18 o XVIII 11): κατακλυσμον ωστε] ε/ξαλειψαι πασαν σα]ρ̣/κ̣α̣ [και εσται το τοξ]ον.

X 9-10 (fol. 2 v., col. 1). Si, como parece, podemos leer

---

(1) Algo de esto ha ocurrido ya con el libro de Allgeier *Die Chester Beatty-Papyri zum Pentateuch*, Paderborn, 1938, cuyo autor colacionó las ediciones impresas de Kenyon, pero no las fotográficas.

(2) Damos las gracias a la señorita María Luisa Cortés por la ayuda que nos ha prestado en el examen de los papiros.

la última línea εναντιον $\overline{κυ}$ και εγ]ενε, 961 va con A D 55 59 121 135 y la versión arábiga frente a 56 58 75 129 (του $\overline{θυ}$) y E M 911 y la armenia ($\overline{κυ}$ του $\overline{θυ}$). Un poco antes también acompaña a D 135 con otros ($\overline{κυ}$), en este caso frente a A y otros muchos ($\overline{κυ}$ του $\overline{θυ}$).

13-14 (col. 2). K. deja sin leer tres líneas: en la primera no hay nada visible, pero la segunda y tercera se pueden restituir (la forma del primer étnico resulta más verosímil, dado el lugar disponible, que las en αι- de A M 75 120): ενεμετ]ιειμ κα[ι/ τους λα]βιειμ και. En la línea siguiente, K. lee τους πατροσ]ωνιειμ και, pero quizá no haya sitio para el artículo.

XI 9 (fol. 3 r., col. 1). K. lee αυτου] σευγχυσις οτι ε, recalcando en las notas que la extraña forma sustituye a συγχυσις. Ahora bien, a la σ precede en forma visible un trazo recto que corresponde a una η, y la supuesta ε es una σ desfigurada por un pequeño rasgo horizontal en que se ha corrido la tinta. Leemos, pues, αυτ]ης συγχυσις οτι ε, y 961 ya no va con A 38 54 etc. (αυτου), sino con el resto.

XII 7 (fol. 4 v., col. 1). Si, como parece, hay que leer la última línea ωφθη $\overline{κς}$ τω αβραμ κα]ι, se confirmaría la lección general $\overline{κς}$ frente a $\overline{κς}$ ο $\overline{θς}$ de 129.

XIII 4 (fol. 4 r., col. 2). K. da como restitución [αρχην, con lo cual 961 sigue a los más de los códices frente a σκηνην de A 75 121; pero en realidad se lee α[ρχην.

15 (fol. 5 r., col. 2). Hay que poner corchete antes de τω; el final de la primera línea, al menos tal como está en la fotografía, no se lee.

XIV 1. Hay que leer βασιλευς αιλαμ (en K., una errata de imprenta).

XVII 11 (fol. 7 v., col. 1). Las tres últimas letras no están en el pap.

27 (fol. 7 r., col. 2). K. lee κογενεις κα[ι οι αρ/γυρωνητοι [εξ αλλο, pero la lectura correcta es κογενεις κα[ι οι αργυ/ρωνητοι οι [εξ αλλο, y así 961 presenta οι con 52 54 57 106 131 134 135 y otros frente a A.

XVIII 14 (fol. 8 r., col. 2). Leemos επαναστρεφω (K. επαναστρεψω), con lo que 961 acompaña a 44 54 72 106.

XIX 2 (fol. 9 v., col. 2). K. lee ειπον δε ουχι αλ[λα, pero los débiles trazos visibles no excluyen αλλ ῃ, lección de A y de otros muchos.

4-5. El reparto de las últimas líneas no es como se lee en K., sino σ̣βυτερου απας ο λα/ος] α̣μα και εξεκα̣..ῡ̣/το τον] λωτ και ε̣../γον πρ]ος αυτον̣.

XX 9 (fol. 11 r., col. 1). K. lee ενηγαγες, pero nosotros creemos ver la lección general επηγαγες; quizá nos engañe la fotografía.

XXI 9 (fol. 12 r., col. 1). K. supone αυ[γαρ en vez de αγαρ, pero la grafía parece extraña, y quizá sería mejor sospechar un error αυ[της. Dos líneas más abajo, los signos no están claros, pero puede ser que la lección correcta sea μετα y no μετ que da K.

22 (fol. 12 v., col. 1). Léase πασῑ.

XXII 24 (fol. 14 r., col. 1). Léase τα]β̣αικ, no τα]βεκ como da K. En la ed. de éste hay una errata; debe leerse το[χος.

XXIII 3. En la última línea, K., después de τοις, supone un signo paragráfico, pero nosotros, no sé si con razón, creemos ver αυ como si el escriba hubiera puesto por distracción αυτοις en vez de υιοις (cfr. lo dicho acerca de XXI 9).

XXIV 16 (fol. 15 r., col. 2). K. anota que tal vez quepa suprimir και como en 962, pero nosotros leemos σεν την ὑ-δριαν κ̣[.

XXV 12 (fol. 18 r., col. 2). Leemos αυται δε αι; por tanto, el pap. sigue a la lección general y no a la de E 134, que suprimen δε.

26 (fol. 18 v., col. 2). Si, como parece, se lee una τ̣[al principio de la última línea, el pap. va con A y otros (ην ετων εξηκοντα) frente a 15 38 82 etc. (ην εξηκοντα ετων).

Fol. 19 v. Hace notar K., en el prólogo a su ed. fotográfica, que es perfectamente visible el número de la página νε.

XXV 28 (col. 1). El artículo η es visible al fin de la primera línea: K. lo suple al principio de la segunda.

XXVI 2 (col. 2). En K. hay una errata: léase ωφθη.

3. K. lee σον, error improbable dado el contexto; nos pa-

rece, además, que no es imposible leer τον, y en ese caso no hay error.

7 (fol. 19 r., col. 1). Léase μου; no hay tal variante. Más abajo leemos γαρ ειπειν γυνη y, por tanto, 961 va con D L M etc. y no con A 911.

16-17 (col. 2). Al final es posible leer δρα [και απηλθεν ε/κε[ιθεν, con lo cual resulta imposible la variante ισαακ εκειθεν de D y otros, que admitiría el texto impreso de K.

18 (fol. 20 r., col. 1). Leemos αυτα con los demás mss., no αυτό con K.

27 (col. 2). En vez de ινα τι parece leerse ινα ετι, lo que sería un evidente error.

28. Las roturas no dejan ver bien el texto, pero del espacio existente y los restos de letras se infiere que pudo muy bien haber un αυτω después de ειπαν como en 19 53 56 59 129 911 etc.

XXVII 1 (fol. 20 v., col. 2). Léase ημβλυνθησα[ν, no ημβλυνηθησα[ν como da K.

32 (fol. 22 r., col. 1). En la segunda línea se lee ο υιος σ]ου ο πρωτοτο, con reparto distinto del de K. y dos letras visibles más.

40 (col. 2). Debajo de la última línea restituída por K. hay restos de una letra quizá identificable: la lectura sería σ[ης τον ζυγον αυ/τ[ου, y en ese caso 961 no acompañaría a 44 106 135 911 en la falta de αυτου.

XXVIII 5 (fol. 23 v., col. 1). Ya K. hace notar en el citado prólogo que las tres primeras letras en realidad no son visibles.

22 (fol. 23 r., col. 2). Léase αυτας con 53 57.

XXX 11 (fol. 25 r., col. 1). Leemos τη τυχη, variante nueva hasta hoy.

32 (fol. 26 v., col. 1). No leemos διεχωρισεν, sino διαχωρισεν, producido por contaminación psíquica entre el imperativo y el indicativo.

XXX 33. No leemos κεκλεμμενον; las dos primeras letras, desde luego, no parecen κε, sino algo así como ει.

38-39 (fol. 26 v., col. 2). El reparto final no es exacta-

mente igual que en K.: των αυτων [εις το / π[ιειν ενκισσησωσι/ τ[α.

XXXI 6 (fol. 27 v., col. 2). K. lee οτι εν παση ι]σχ[υι, pero, a juzgar por el espacio de la laguna, es casi seguro οτι ε]ν παση [τη ι]σχ[υι; la única duda que tenemos se refiere al reparto entre líneas, pero nos inclinamos, dada la irregularidad de este escriba en cuanto a cortes silábicos, por leer solamente hasta ισχ en la línea en cuestión, y υι μου] δεδουλευκ[α (la laguna es excesiva para el μου que suple K.) en la siguiente. Con nuestra lectura τη, 961 se separa de A E y otros para ir con la mayoría.

11 (fol. 27 r., col. 1). La verdadera lectura es εστ[ιν, no ε[στ]ιν.

24 (fol. 28 r., col. 1). Léase ηλθε.

30 (col. 2). Las tres últimas letras no se leen en lo conservado.

33 (fol. 28 v., col. 1). No nos atrevemos a afirmarlo con certeza, dadas las malas condiciones del papiro, pero es posible que el εις de K. no exista, y entonces 961 iría con L M 911 etc. frente a A D E etc.

XXXII 9 (fol. 30 r., col. 1). No es posible juzgar con seguridad, pues el texto está casi ilegible, pero no parece haya espacio para el του repetido que cree ver K.

XXXII 19 (fol. 30 v., col. 1). Se puede leer algo más que K.: τειλα[το τω πρω/τ]ω κα[ι τω δευτε/ρω] κα[ι τω τριτω/ και] π[ασι. Estas nuevas lecturas no tienen repercusiones textuales.

XXXIII 11 (fol. 31 r., col. 2). Creemos que se lee εβιασατο, no εβειασατο como K.

13. Léase νωσ[κ]ει οτι τα παιδι/α μο[υ α]παλωτερα. Así, 961 añade μου con 53 58 129 962 etc.

XXXIV 3 (fol. 32 r., col. 2). Léase αυτης, igual que en 15 44 72 106, no αυτην como dice K.

19 (fol. 33 v., col. 1). Léase ουκ, no ουχ.

XXXVI 11 (fol. 35 r., col. 1). Sugiere K. que después de ωμ[αν puede suplirse και por ser pocas nueve letras para llenar el renglón; pero no es probable, porque la ω, letra muy ancha, figuraba dos veces en él.

35 (fol. 36 r., col. 2). El final puede leerse δε ασομ κα]ι εβα. En ese caso habría seguridad de que 961 no presenta adiciones como 38 120 etc. Pero, además, quizá el espacio exija más bien ασωμ como en 52 54 56 59 72 120 etc.

39 (fol. 36 v., col. 1). El propio K. admite en nota αδαθ en vez de αδαρ; creemos que es lo acertado.

XXXVII 2 (col. 2). Al final puede leerse ναικ]ων του πα-τ[ρος/ αυτ]ου κατη[νεγκαν/ δε ιωσηφ] ψο[γον πο/νηρον πρ]ος [ισραηλ. El orden no es, pues, el de 44 75 106.

6 (fol. 37 v., col. 1). Léase, como en XXXVII 9, ενυπνιασαμην, igual que en L 19 44 75 106 etc., frente a ενυπνιασθην del resto, que da K.

14 (fol. 37 r., col. 1). Por haber variantes en otros mss., citamos nuestra lectura algo más extensa que la de K.: ειπεν δε αυτ]ω ισ/ραηλ δε πο]ρ[ευθ]εις. Más abajo creemos hallar no κεβρων, como K., sino la lección general χεβρων.

17. Las cinco líneas *evanidae* de que habla K. permiten algunas lecturas parciales sin variantes con respecto a A: ... .ν δε αυτω/. ....ηρ/.ασιν εντευθ[εν/ ηκ...α γ.. ..[των / λεγο.... π[ορευ.

21-22 (col. 2). También permite leer algo el final, del que no transcribe K. ocho líneas *evanidae* (hay una variante con respecto a A, τον λακκον τουτον τον, lección de muchos mss.): αυτων και ειπεν ου/ παταξ.... ....ν/ εις ψ.... ..../ αυτοις ..../ εκχεη.. .... ε./βαλετε .. ....ν εις/ τ].ν .....ν τουτο[ν/ τ]ον ε. .. ....[ω/ χ]ειρα .. .η επεν[εγ/κη]τε α.τω οπω[ς.

27 (fol. 38 r., col. 1). Es posible que en la línea final se lea ηλ]ειταις το[υτο]ις α[ι (cf. ι]σμαηλειται en 25).

31 (col. 2). Es casi seguro que no se lee του (K.), sino τον como en 82, 129, etc.

32. Aún se puede leer una línea más que K.: και] απ[ε]-σ[τειλαν, lo que demuestra que 961 no presenta omisiones como E 106.

33 (fol. 38 v., col. 1). Leemos ηρπασ]ε sin -ν efelcística.

XXXVIII 7 (col. 2). Aunque la lectura es dificilísima, pudiera ser que al final hubiera una inversión de orden de palabras que sería variante nueva (αυτον απεκτειναν): ... .ον [κυ/ κα[ι α]...ν απ[εκ.

18 (fol. 39 r., col. 1). No es segura la lectura, pero es muy posible que lo correcto sea την ραβδον y no τον ραβδον como da K.

XXXIX 1 (fol. 40 r., col. 2). En la parte superior no hay dos líneas *evanidae*, como dice K., sino tres, de las que hemos leído algo en que no hay variantes con respecto a A: τιος ε]. ....ων/ .[σμα].....ων ο./ .[ατ].γαγον αυ.

7-8 (fol. 40 v., col. 1). Hemos intentado restituir las cuatro líneas *evanidae* que da K. y pudiera resultar algo así como esto (αυτω como en 53 56 59 72 129 962): κ].. ...εν αυ.ω/ κοιμη]θητι μ[ε/τ εμου] ο δε ο.[κ/ ηθελεν ει]π[εν δε.

19 (fol. 41 v., col. 2). K. lee εποιησεν ο/ παις σο[υ και. Nuestra lectura, que parece segura, es εποιησεν μοι/ ο παις σου και, con lo cual desaparece la variante.

XL 8 (fol. 42 r., col. 1). Si, como parece, hay que leer ειπ]ων, no ειπ]ον como K., 961 va con A M etc.

XLI 1 (fol. 42 v., col. 2). Las letras visibles de la última línea no son]ον[, como dice K., sino]νιο[. El texto no varía.

32 (fol. 44 r., col. 2). Léase οτε, no οτι como K. Es un error peculiar en este lugar de 961.

44 (fol. 45 v., col. 1). Tal como está la fotografía no es posible asegurar que se lea αιγυπτω, como dice K., y no αιγυπτου de acuerdo con el resto de los mss.

48 (col. 2). En la línea inicial no transcrita por K. se puede leer algo así como κυκλ]ω αυτ[ης ων, de modo que parece que 961 no suprime ων como 962 y muchos mss.

50. Las cuatro última líneas, no transcritas por K. como *evanidae*, corresponden a εγενοντο ... ετε[κεν sin variantes al parecer con respecto a A salvo en la grafía λειμου que parece preferible por el espacio y la práctica del escriba en otros lugares.

XLII 6-7 (fol. 46 r., col. 1). Esta columna no aparece exactamente localizada en K., y la transcripción es algo imprecisa. Nuestra lectura, sin variantes, pero con corrección de algunas faltas de K., es: φοι ιωση]φ προσ/εκυνησαν αυ]τω ε/πι προσωπο]ν επι/ την γην ιδ]ων δε/ιωσηφ τους] αδελ/φους αυτου ε]πε/γνω και ηλλο]τρι/ουτο απ αυ].ων/ και ελαλη].εν.

11 (col. 2). La primera letra es la κ (no χ) de ουκ.

21 (fol. 46 v., col. 2). Tampoco esta columna está en K. exactamente localizada ni reconstruída: hay algún error con respecto a nuestra lectura, que es: εσ[μεν περι του α/δελ[φου ημων οτι/ ὑπε[ρειδομεν την/ θλιψ[ιν της ψυχης/ αυτ[ου οτε κατεδε/ετο η[μων και ου/κ εισ[ηκουσαμεν/ αυτ[ου ενεκεν/ του[του επηλθεν/ εφ [ημας η θλιψις/ αυ[τη. No hay variantes en relación con A, aunque tal vez pudiera haber algo en la línea 8, que queda un poco corta (en algunos mss. de S. Juan Crisóstomo, según el ap. crít. de Cambridge, se lee ενεκεν γαρ ο ενεκεν ουν).

33 (fol. 47 r., col. 1.). K. lee al principio υμω]ν αφετε ω y supone ενα υμων como en 135 962 etc. Esto se confirmaría si, como parece, puede leerse en la línea superior]φ[ο]ν εν[.

34. En la última línea pudiera leerse]οι, lo cual daría lugar a una variante no atestiguada αλλ ειρηνικ]οι [εστε con omisión del primer εστε y el segundo οτι de A (962 parece ser que también suprime οτι con varios mss.).

XLIII 3 (fol. 48 r., col. 1). K. ha despreciado los minúsculos restos de esta columna. Quizá pudiera leerse (con la variante μεμαρτυρηται que se halla en 59) ιουδας λεγων δ]ια/μαρτυρια μεμα]ρ/τυρηται ημιν ο α]ν/θρωπος.

7 (col. 2). Parece que υμειν no está escrito entero, sino en la forma abreviada υμεῖ.

14 (fol. 48 v., col. 2). Exiguos restos de esta columna, no transcritos por K., pueden leerse así: π[ου και αποστει/λ[αι τον αδελφον/ ὑ[μων τον ενα και/ τ[ον βενιαμειν ε.

24-26 (fol. 49 r., col. 1). Esta columna, sumando los suplementos dados por K. en el prólogo de su ed. fotográfica y alguna aportación nuestra, queda así: ονοις αυ]τω[ν η/τοιμασ]αν δε [τα/ δω]ρα εως του ελ/θε]ιν τον ἰωσηφ/ με]σημβρια η/κου]σαν γαρ οτι [ε/κει] μελλει αρισ[ταν/ εισ]ηλθεν δε ε[ις/ την οι]κιαν ιω[σηφ. Tenemos, pues, una variante nueva (inversión del orden frente a ιωσηφ εις την οικιαν de 962 y de la generalidad de los mss.), y quizá una segunda si, en vez de dejar como está la antepenúltima línea, demasiado larga, se leen las tres últimas letras en la siguiente suponiendo ηλθεν, pero esto es un poco problemático.

XLIV 17-18 (fol. 50 v., col. 2). Hemos podido leer, sin

variantes, algo más al principio (ω ευρε]θῃ τ[ο κον/δυ αυτ]ος) y al final (και εγ]γισας α[υ/τω ιο]υδας ε[ι/πεν δεο]μαι κυ). Esta lectura supondría una variante nueva en και εγγισας frente al εγγισας δε general.

22 (fol. 50 r., col. 1). El espacio de la penúltima línea se llenaría mejor con καταλειπειν como en D 38 55 75 129 etc.

Papiro Chester Beatty V

XXIV 65 (fol. 4 r.). Notamos un error, πορευμενος, no señalado por K. Un poco más abajo no convence del todo el και de K.: quizá quepa leer η δε con A.

XXV 9 (fol. 5 v.). Suple K. εις τον αγρον εφρων του σααρ]ου του χετ'ταιου, pero, si se consideran los vestigios de la ρ, no señalados por él, como muy dudosos, hay otras posibles restituciones que permiten prescindir del raro σααρου; por ejemplo, εφρων σααρ υ]ιου του o quizá εφρων του υ]ιου του (en este caso el códice iría con 15 38 57 etc., pero habría perdido por error mecánico σααρ). Ambas restituciones responden al espacio mejor que la de K. (una laguna de 21 ó 20 letras respectivamente frente a las 23 que él da, mientras que en las líneas anterior y posterior, mutiladas próximamente a la misma altura, faltan 18 letras); pero 961 va aquí con A.

19 (fol. 5 r.). Léase no, como en 961, αβρααμ ε[γεννησεν (K.), sino αβρααμ δ[ε εγεννησεν, con 75.

20. La inicial de ε[λαβε se lee.

XXX 40 (fol. 7 v.). Se lee más que en K., κα]ι παν, de modo que 962 no acompaña a 72.

XXXI 42 (fol. 8 r.). En un pequeño fragmento no incluído en la ed. impresa se lee]και ο φ[οβος.

XXXIII 5-6 (fol. 11 r.). Debe de faltar en la ed. fotográfica un pequeño fragmento con dos líneas]ις ηλεησεν[y]κνα α[, pues K. lo ha visto a juzgar por la variante τεκνα (con 961 E G M etc.) que encontró en la segunda línea.

14 (fol. 11 v.). Leemos εις, con lo cual desaparece la vaeiante εν que encontraba K.

17. Al final se halla algo así como τουτ]ο ἐκ[α]λ[εσε]ν τὸ ονο-[μα, sin variantes con respecto a A.

XXXIV 14 (fol. 12 v.). En la última línea del mayor de los dos pequeños fragmentos se lee trabajosamente δ]ουνα[ι.

28 (fol. 13 r.). Sentimos la tentación de leer οσα τε κα[ι, pero nos damos cuenta de que es difícil encontrar una explicación psicológica para tan insólita variante.

XXXV 16 (fol. 14 r.). Se lee την, que K. suple.

XLI 44 (fol. 18 v.). No parece que se lea, como en K., ουθεις, con A E M etc., sino ουδεις, con 75 961 etc.

46 (fol. 18 r.). Está clarísimo αιγυ]πτον, de modo que 962 se une aquí a D M etc. y no a A, como señala K. leyendo αιγυ]πτου.

50. Evidentemente se lee ασεννεθ', como en la mayoría, con lo cual desaparece la variante única ασενναθ' que da K.

XLII 7 (fol. 19 r.). A juzgar por el espacio de la laguna inicial del folio, parece que επε[γνω iba todo en el anterior, y que el 19 r. comenzaba por [αυτους] και acompañando a D 58 59; quizá se lea incluso un trazo de la α.

12. Se lee ειπεν, con el resto, no ειπαν.

21 (fol. 20 v.). Tal vez sea preferible ουκ al ουχ de K.

29 (fol. 20 r.). Es evidente la lectura γην, como en el resto, no την.

35 (fol. 21 r.). Se lee και al fin de la segunda línea: K. lo suple al comienzo de la tercera.

XLIII 4 (fol. 21 v.). No leemos, con K., ημει[ν, sino el ημω[ν de la mayoría.

16 (fol. 22 r.). Lo que escribió el copista antes de corregir en αρτους no es αυτους, como lee K., sino αντους.

Fol. 23 v. El propio K. señala, en el prólogo de la ed. fotográfica, que el número de la página ρμα es visible.

XLIV 5. No se lee συντετελεσ/θε con A D F, como dice K., sino συντετελεσ/τε, es decir, συντετελεσται como en 44 59 72 etc.

17 (fol. 24 r.). Efectivamente, el copista escribió primero μοι (por cierto que K. no indica en el aparato que en esto 962 va con 58 59 etc.); pero luego corrigió en μου, como A y los restantes.

25 (fol. 24 v.). No μικρα (K.), sino μεικρα.

XLV 2 (fol. 25 r.). Es dudoso que haya aquí, como dice K., un error ηκουσεν por ηκουσαν.

7. Si no hay un enlace muy intrincado, habría que leer καταλιμμα.

8 (fol. 25 v.). Parece que en la línea superior se lee απεσταλ]κατε ωδ[ε αλλ ο] θς. Si tal fuera la lectura (pero no estamos seguros de que no quepa una letra más), 962 acompañaría a D F M etc. en la falta de η.

17 (fol. 26 v.). Quizá se lea φορεια, que respondería mejor que el φορεα de K. al φορια de 19 75 etc.: φορεια y φορτια de 44 106 134 procederían ambos de un ΦΟΡΕΙΑ o ΦΟΡΤΙΑ uncial.

19. Al parecer se lee γης, no της como en K.: 962 va, pues, con A y la mayoría.

23. No se lee ταυτα con 19 y otros, sino τα αυτα como en el resto. Más abajo no parece que el escriba haya puesto primeramente μιονους, sino μιονους; luego agregó una η sobre la μ.

XLVI 10 (fol. 27 v.). La ο del σαθολ de K. no se lee en absoluto: no parece descabellado suponer un σαουλ como en D M etc.

13. No φουδι (K.), sino φουδ, como en 19, procedente de un modelo uncial con ΦΟΥΔ.

14. Hay un curioso ζαβουμολ por ζαβουλων que ha escapado a K.

27 (fol. 27 r.). La fotografía no permite apreciar los hechos con claridad, pero se ve un evidente $\overline{\text{οδ}}$ como en 72 (la suma responde a un criterio matemático racional: los siete hijos de Lía y los 25 nietos de Jacob por esta rama son 32 según XLVI 15; los dos hijos de Zelfa y los doce nietos de Jacob correspondientes con los dos bisnietos, 16 según XLVI 18; Benjamín, sus tres hijos, sus seis nietos y su bisnieto, 11; y los dos hijos de Balla con sus cinco hijos, siete según XLVI 25; todos éstos suman 66, que son los que según XLVI 26 fueron a Egipto «con Jacob», claro está que sin contar a éste, y a ellos hay que añadir a José con sus dos hi-

jos, tres nietos y dos bisnietos, en total ocho, que, con los 66, suman 74). A la derecha de la δ se ve una débil ε que explicaría, pero no justificaría paleográficamente, el $\overline{\text{οε}}$ de K., que responde a la lección de A y de la mayoría (suma la de 75 a que se llega adicionando los parciales 33 de XLVI 15, incluyendo a Jacob, más 16 de XLVI 18, más 19 descendientes de Raquel prescindiendo de XLVI 22 que da un erróneo 18, más siete de XLVI 25).

MANUEL F. GALIANO.
LUIS GIL.

ETYMOLOGICA: Φοῖβος Ἀπόλλων

Ninguna interpretación satisfactoria de Φοῖβος parece haber sido dada hasta ahora. M. P. Nilsson (1) se expresa claramente en este sentido. En realidad, la etimología corriente que lo identifica sin más con el adjetivo φοῖβος 'puro, claro, brillante' (2) da un sentido excesivamente vago y general para resultar satisfactoria, además de que parece operar con la concepción de Apolo como dios solar y de la luz, que hace cincuenta años gozó de tanto favor, pero que hoy ya nadie puede sostener seriamente. Interpretar Φοῖβος Ἀπόλλων como una deformación artificial de una fórmula Φόβος Ἀπόλλων ('Apolo terror'), al adaptarse al metro dactílico (3), es una hipótesis indemostrable e inverosímil, pues choca con varios obstáculos lingüísticos.

No obstante, la solución del problema etimológico no está, en mi opinión, lejos de la primera de las tentativas a que me refiero.

---

(1) *Geschichte der griech. Religion* I, 1941, pág. 527: «Das Wort Φοῖβος, das dem Namen des Apollon vorangestellt wird, ist noch völlig unerklärt». Cf. *infra* pág. 17 nota 3.

(2) Así E. Boisacq$_2$ s. u., si bien con la reserva de «douteux», y J. B. Hofmann, *Etym. Wb. des Griech.*, 1949, s. u.

(3) Así W. Schmid, *Archiv für Religionswissenschaft* 22, 1924, pág. 217 sigs. Cf. P. Kretschmer, *Glotta* 15, 1927, pág. 199, que después de hacer algún reparo se inclina a aceptar esta interpretación, y J. Pokorny, *Indog. Etym. Wb.*, pág. 118 (1949), que remite a la nota de Kretschmer.

Notemos, antes de pasar más adelante, que Φοῖβος no es un nombre cultual de Apolo, sino solamente un epíteto poético, que a veces aparece solo funcionando como nombre. Lo encontramos en Homero, desde donde pasa a la literatura posterior. Según L. R. Farnell, en efecto, no se atestigua ningún culto de Φοῖβος Ἀπόλλων ni de Φοῖβος (1).

La glosa de Hesiquio ἄφικτον· ἀκάθαρτον (cfr. también ἀφικτρός· ἀκάθαρτος), que los etimólogos relacionan con φοῖβος, no permite dudar sobre la existencia de una raíz **bheigʷ-*, uno de cuyos sentidos sería 'καθαίρειν'. El compuesto ἄφικτον presenta el vocalismo cero propio de las formaciones radicales en -τος en fecha antigua y un tratamiento de la labiovelar ante oclusiva que no carece de paralelos en el mismo griego (ἄ-τρακ-τος: lat. *torqueo;* λίξ · πλάγιος: lat. *ob-līquus;* ἀ-νιγ-ρόν · ἀκάθαρτον : χέρ-νιβα) (2). Este sentido 'καθαίρειν' reaparece en varios derivados, atestiguados todos (excepto ἀφοίβαντος, 'sucio, impuro', de Esquilo) a partir de la época helenística; principalmente φοιβάω (formado como ποτάομαι, δρομάω, λοχάω), φοιβάζω, φοιβαίνω (3).

Ahora bien, de una raíz **bheigʷ-*, el *nomen agentis* temático que se espera es *φοιβός, 'purificador', conforme al tipo ἀοιδός, ἀμοιβός, πομπός, τροφός, ἀρωγός. Creo evidente que Φοῖβος es precisamente ese *nomen agentis* *φοιβός con la retrotracción del acento frecuente en nombres propios: Γλαῦκος/γλαυκός Πύρρος/πυρρός, Φαῖδρος/φαιδρός, etc. (4).

---

(1) *The Cults of the Greek States* IV, 1907, pág. 140. El único testimonio sería el de una inscripción tardía de Termessos (Caria), en la que el mismo Farnell cree que hay que suplir Φοι[βηι.

(2) Vid. E. Schwyzer, *Griech. Gramm.* I, pág. 299.

(3) El otro sentido que aparece en las formaciones con φοιβ- es el de 'inspiración, profecía'. El ejemplo más antiguo es el de Eurípides, *Hecuba* 827 ἡ φοιβάς, ἣν καλοῦσι Κασσάνδραν, que presupone Φοῖβος como nombre de Apolo, es evidentemente un calco sobre μαινάς y opera con el éxtasis mántico de Delfos (cf. U. von Wilamowitz-Moellendorf, *Der Glaube der Hellenen* I, 1926, pág. 325, nota 2).

(4) E. Schwyzer, *Griech. Gramm.* I, págs. 380, 420, 634. J. Ven-

Por lo que se refiere al sentido, la interpretación de Φοῖβος Ἀπόλλων por 'Apolo Purificador' es plenamente satisfactoria. Nos remitimos a la excelente exposición de Nilsson, que destaca el aspecto catártico como fundamental en Apolo (1). No se puede, naturalmente, excluir la posibilidad de que los mismos rapsodos homéricos y los griegos de época posterior ya no entendiesen el sentido originario de Φοῖβος, como ocurrió con otros epítetos (así, por ejemplo, con διάκτορος, ἐριούνιος, de Hermes). En contra de esta suposición parece deponer la existencia de formaciones con φοιβ- provistas de la noción de purificación; en su favor, la de φοιβάς y demás derivados que contienen la noción de 'profecía, inspiración'.

La relación de Φοῖβος con el adjetivo φοῖβος requiere algunas consideraciones. Este adjetivo lo encontramos en poesía posthomérica aplicado a ὕδωρ (Hesíodo, fr. 274 Rzach, Licofrón 1009), a φλόξ (Esquilo, *Prom.* 22, ἡλίου φοίβῃ φλογί) y a αἴγλα (Baquílides, XIII [XII] 139 s.) con un sentido un tanto difuso que en los diccionarios es explicado por 'puro, radiante, luminoso'. Es interesante observar que el papiro de Baquílides acentúa ΦΟΪΒΑΝ y que los editores aceptan esa acentuación escribiendo en nuestro sistema gráfico φοιβὰν ἐσιδόντες ὑπαὶ χειμῶνος αἴγλαν (2). Si este testimonio es, como yo me inclino a pensar, preferible al de la tradición manuscrita bizantina, habremos de leer también φοιβός en los otros tres testimonios y admitir, para explicar φοῖβος de la tradición, la influencia (o sustitución), sin duda muy tardía, de la acentuación del bien conocido Φοῖβος sobre el

---

dryes, *Traité d'accentuation grecque*, 1929, pág. 153 sig. Cf. Διογένης/διογενής, Ch. Bally, *Manuel d'accentuation grecque*, 1945, pág. 41. No creo por ello necesario ni verosímil pensar que la baritonesis de Φοῖβος sea un eolismo en Homero, comparable a ἠνίοχος, αἰγίοχος, gen. υἷος, dat. υἷι (cf. para esta acentuación eólica P. Chantraine, *Grammaire homérique* I, 1942, pág. 191).

(1) *Op. cit.* I, pág. 507 sigs., 531.

(2) Así al menos Blass, Suess, Taccone, Festa, Snell.

adjetivo obsoleto φοιβός. Podemos, pues, considerar atestiguados los dos miembros del par Φοῖβος/φοιβός, exactamente igual que en el tipo Γλαῦκος/γλαυκός. En lo referente al sentido, observemos que las nociones de 'purificador' y de 'luminoso' pueden explicarse sin violencia a partir de un sentido originario de **bheigʷ-*, 'lucir', 'iluminar'. El paso semántico que suponemos de 'lucir' a 'purificar' cuenta en latín con un exacto paralelo: *lux, luceo* → *lustrare* (1). Es probable—pero no absolutamente necesario—que el paso semántico en cuestión se originara concretamente en la purificación con fuego. Recordemos a este propósito el conocido pasaje de la *Odisea* (χ 480 ss) en que Ulises, después de la matanza de los pretendientes, purifica su palacio con fuego y azufre (2), y comparemos Servio, *ad Aen.* VI, 229, *lustratio a circumlatione dicta est uel taedae uel sulphuris* (3).

MARTÍN S. RUIPÉREZ.

Universidad de Salamanca.

---

(1) Cf. J. B. Hoffmann *LEW* I 839, que admite decididamente la relación de *lustrum* con *lux, luceo*, mientras Ernout-Meillet$_2$, página 570, siempre menos tajantes, piensan también en una relación con *lauare*, cuya posibilidad niega Hoffmann.

(2) Más referencias de purificaciones por el fuego, considerado medio más eficaz que el agua, en Hamburg *RE* X c. 2517 (1919).

(3) A. J. Van Windekens, *Le pélasgique*, 1952, p. 7, 142, asigna Φοῖβος a esa lengua indoeuropea pre-griega, derivándolo de ide **pōiu̯-os*, para el cual cf. gr. ποιμήν 'pastor', πῶυ 'rebaño de ovejas'. Φοῖβος sería 'protecteur du troupeau'. Aparte de que este aspecto de Apolo ha surgido secundariamente y de que en todo caso, en comparación con las otras funciones del dios, no permite concluir nada sobre él (así explícitamente a propósito de las etimologías de Ἀπόλλων, M. P. Nilsson, *op. cit.*, I, 1941, p. 524), notemos que sólo pueden atribuirse al substrato aquellos elementos que resulten inexplicables en el mismo griego. Como hemos visto, Φοῖβος no está aislado.

MAS SOBRE *NEPOS*

La idea de que *nepōs* «pródigo» fué un desarrollo semántico de *nepōs* «nieto» la sugirió ya Porfirión (Hor.: *Epod.*, I, 34), y aceptada por Delbrück, *Die idg. Verwandschaftsnamen*, 490 sigs., puede decirse que ha sido como una especie de *communis opinio* en los últimos cincuenta años (defendida entre otros por Keller, *Zur Lat. Sprachgesch.*, I 76; Köhm, *Altlat. Forsch.*, pág. 145; Walde, *Wb.*[2]; Walde-Hofmann, *Wb.*[3]; Ernout-Meillet, *DEL* (éste con dudas en la 3.ª ed.), etc. Pero ya indiqué en otra ocasión (EMERITA, XI, 1943, 60 sigs.): 1.°, que un proceso semántico como el supuesto en esa etimología sería un caso único en la evolución de los nombres de familia en las lenguas indoeuropeas (antiguas y modernas), y, por lo tanto, ya en principio sumamente inverosímil, y 2.°, y, sobre todo, que ni en la historia ni en la literatura latina de ninguna época existe la menor base en que apoyar esa concepción. Pues, pese a lo que Keller, *loc. cit.*, creyese, en latín no hay el más remoto indicio, ni de que *nepōs* «nieto» tuviese un uso afectivo más frecuente o más intenso que otros nombres del mismo grupo (por ejemplo: *filius, filia)*, ni de que entre los latinos se considerase nunca el libertinaje y el despilfarro como características de los nietos, en oposición a la austeridad y a las tendencias moralizadoras de los abuelos. Y de hecho se ve que los partidarios de esa etimología apenas han podido aducir en favor de su hipótesis más que ideas pueriles, apriorísticas y sin ningún valor objetivo. Así, en primer lugar, Porfir., *loc. cit.*: *Nepotem autem ueteres ut prodigum ac luxuriosum dicebant, quia re uera solutiores delicatioresque uitae*

soleant esse qui sub auo nutriantur. Y así Delbrück, *loc. cit.*, cuyo razonamiento, tomado a Dacio, no es más que una glosa de Porfir.: *quod nepotibus semper indulgent aui, conniuent eorum delictis ac impediunt quin ea in parentum conscientiam ueniant, unde ii postea nequam euadunt ac dissoluti*. Solamente después de Delbrück se ha tratado de aclarar el problema con un dato objetivo, a saber: los versos 1413 y 1421 de *Mil.*, en los que Pl. usa el término con el sentido de «nieto», pero en un tono irónico y refiriéndole a un personaje de conducta licenciosa. Pasaje ciertamente significativo, pues no se puede negar que la elección de *nepōs* «nieto», para personificar al mismo tiempo a un libertino, debe tener una intención estilística. Lo que yo veo es por qué vamos a aceptar la interpretación que los partidarios de la hipótesis de Porfirión pretenden.

Pues esos autores parece han creído que la asociación en *nepōs* de las dos ideas, una (la de «nieto»), directamente expresada, y otra (la de «pródigo»), apuntada indirectamente y de manera velada, indica, por una parte, la relación estrecha entre esas dos ideas, y, por otra, la facilidad del paso entre ellas. Pero que la relación entre esas dos ideas no era natural ni espontánea se deduce del hecho de que en toda la literatura latina no vuelve a darse otra vez. Por lo demás, nadie ignora que en Pl. la busca de la expresividad y el efecto cómico se manifiesta constantemente por el uso de ciertos procedimientos típicos, retruécanos, juegos de palabras, expresiones irónicas con segunda intención o sentido doble. Y la prueba de ello la tenemos en el mismo *Venerius*, que en los pasajes en cuestión califica a *nepotulus*. Adjetivo que, propiamente y por esencia, no podía indicar más que pertenencia a un grupo o clase (y las cualidades generales derivadas de esa pertenencia), y que, sin embargo, aquí está empleado para indicar una relación particular y concreta de posesión; para designar a uno que ha dicho de sí mismo (v. 1256): *nepos sum Veneris*. Lo que aparentemente implica una contradicción interna, muy bien observada por Loefstedt (*Synt.*, I, 110), pero de la que ni Loefstedt, ni nadie, creo que haya dado razón

cumplida. Así, por ejemplo, Loefstedt, aunque establece bien los principios generales y aunque ve agudamente el carácter irónico de la expresión, parece entender que el cambio sintáctico implica realmente un cambio en el sentido de la expresión. Es decir, él parece creer que *Venerius* no expresa la relación individual de posesión que en el otro verso anterior se expresó por el genitivo *Veneris*, sino otra más general de pertenencia a una clase. Pero yo entiendo que aplicados al mismo personaje es imposible que *Venerius* y *Veneris (nepos)* no tengan el mismo valor fundamental. Y desde luego que, normalmente, los adjetivos en latín no tienen el mismo valor exacto que los genitivos. Pero a mí me parece que esa antinomia se resuelve por sí misma, como indiqué en otra ocasión (EMERITA, XI, 1943, 75 sigs.); es decir, suponiendo que Plauto, con intención irónica, al mismo tiempo que la idea de posesión individual quiere indicar indirectamente (o sugerir) otro matiz (el de que el *nepos Veneris* tenía el carácter y las cualidades como si fuese efectivamente un descendiente de Venus), o lo que es lo mismo, admitiendo que la expresión de carácter irónico tiene una doble intención o una doble cara.

Y lo mismo aproximadamente que el anterior hay que explicar los otros pasajes de Pl., en los que para expresar una relación posesiva aparentemente individual se usa un adjetivo. Así, en primer lugar, el *nutricatu Venerio* de *Mil.*, 650 (que estudié en mi artículo ya citado). Y así los diversos casos de *erilis: erilis filius, amica, concubina, res, custos; erile imperium*, etc. Pasajes sobre los que Loefstedt hace también unas observaciones atinadas, pero cuyo alcance yo no sé si llegará a coger el lector a causa de la escueta exposición del autor. Pues Loefstedt se limita a observar que se trata de ideas *von denen man mit einer gewissen Verehrung sprich*, y que, por lo tanto, tienden a elevar por sí mismas el tono psicológico de la expresión. Observación, sin duda, en principio acertada. Pero él no especifica, ni la razón de ese respeto, ni en qué parte de la expresión radica la idea psicológicamente intensa. Lo único que parece dar a entender, al hablar en plural, es que

para él las ideas importantes son aquellas a las que se une *erilis*. Cosa muy dudosa ya que esas mismas ideas, referidas a otros substantivos, suelen adoptar la fórma normal de expresión. No fueron, pues, estas ideas, sino la de *erus*, contenida en *erilis*, la que provocó el uso del adjetivo. Cosa por lo demás perfectamente comprensible en el lenguaje de los esclavos. Porque el *erus* para el *seruos* de aquellos tiempos era, no un amo cualquiera, algo así como el amo o patrón de los tiempos modernos, sino un poder absoluto y supremo, que podía disponer a cada instante de la vida y la persona del esclavo a su libérrima voluntad. Un poder terrible, que no estaba coartado por nada en sus relaciones con el esclavo. Se comprende que éste, ante la sola evocación de su nombre, se sintiese sobrecogido de respeto y de pavor. Y se comprende que tendiese a dar a estas expresiones el tono enfático de las expresiones importantes y solemnes. De modo que también aquí habría sido el énfasis el que en fin de cuentas provocó el uso del adjetivo. La única diferencia era que el énfasis, que en el *Venerius nepotulus* era el juego de una ironía superficial, aquí respondía a una intensa emoción, y de hecho se ve que *erilis* suele aparecer sobre todo en pasajes de fuerte tensión sentimental (cfr. Haffter, *Untersuch, zur Altlat. Dichtersprache*, págs. 121-122). Claro está que al lado de los citados hay otros casos, en los que la relación de propiedad, aun referida al *erus*, se expresa por su giro natural, el genitivo. Pero esto tampoco tiene nada de extraño. En la vida corriente, y por fuerte que fuese ese sentimiento de sometimiento al señor, es de suponer que a veces se atenuase o debilitase. Y más puesto que en tiempos de Pl. ese su poder absoluto se encontraba ya dulcificado por el progreso de la civilización. Y naturalmente, en esos momentos se comprende que la expresión de la propiedad se ajustase a la sintaxis normal, y que se usase el genitivo en vez del adjetivo. Pero eso no quiere decir que en la lengua corriente el adjetivo pudiese expresar las relaciones de propiedad, y que el uso del genitivo y del adjetivo fuesen equivalentes. Pues, como indica Loefstedt, eso está en contradicción con el testimonio de la literatura en todas

las épocas. Lo cual, como se ve, echa por tierra la hipótesis de Whaley Harsh, *Mnemosyne*. IV, vol. 2, 1949, 333 sigs.; es decir, que el uso del adjetivo en Pl. estuviese determinado por conveniencias métricas. Pues, naturalmente, para que la métrica fuese la causa determinante esencial, habría que suponer que los dos giros tenían en la lengua un valor equivalente, o que eran intercambiables. Y esto, como digo, está refutado por la literatura latina toda. Pues en latín el uso del adjetivo con valor posesivo no se da más que con palabras de intenso valor afectivo. Así aun en la época cristiana en ejemplos como *dominica(dies)*, de donde nuestro «*Domingo*», o *dominica praecepta, mandata; dominici gregis;* o *sacerdotalia uerba, mandata; o episcopalis(sedes)*, de donde el topónimo español «La Bisbal», etc. Y desde luego que al lado de éstos hay casos, al parecer similares, en los que el adjetivo no tiene valor ni enfático ni afectivo; por ejemplo: *stercus caprinum montanum = caprarum montanarum*, o el *serpentini uirus = serpentium*, citados por Hofmann, *IF* 48, 1930, 319. Pero es que aquí el adjetivo no indica una posesión individual, sino que está usado con un valor caracterizante genérico; y ese sentido le tuvo siempre el adjetivo latino aun sin matiz afectivo. Por lo tanto yo no creo que estos casos constituyan ninguna prueba, frente a lo que dice Hofmann, *loc. cit.*, contra el matiz enfático de aquellos otros giros en los que el adjetivo expresa una idea de posesión individual. Como tampoco significa nada el que a veces la relación esa posesiva, aun con palabras de fuerte tonalidad afectiva, se exprese, como en el caso de *erus*, por el genitivo. Pues eso sólo indica que esas palabras, aunque cargadas de emotividad, no siempre se usaban en el tono enfático. En todo caso esos usos del adjetivo con valor del genitivo posesivo fueron siempre hechos esporádicos y excepcionales, y, además, ligados a palabras de fuerte contenido emocional. Por lo tanto no hay el menor motivo para decir que los dos giros fuesen equivalentes.

Y con esto no quiero decir que el metro no hubiese podido ejercer algún influjo en la elección de una forma u otra; pero ese tuvo que ser un influjo secundario. Pues que el factor

esencial no estuvo en la métrica se deduce del hecho mismo de que la construcción adjetiva sólo se da con palabras especiales, como *erilis* (que por lo demás encajaban perfectamente en los esquemas de la Métrica Plautina) (1).

De cualquier forma resulta que fuera de los pasajes citados no vuelve a darse nunca la asociación de *nepōs* «nieto» con la idea de libertino. Lo que indica que las expresiones citadas son casos especialísimos, que sin duda tienen que relacionarse con algún fenómeno típico del lenguaje plautino. Ahora bien, es sabido que Pl. emplea constantemente como

---

(1) Lo que no creo es que puedan compararse con los anteriores los casos como *sacerdos Veneria (Rud.* 329, 350, 644) o como *urna Veneria (Rud.* 475). Casos ante los que Loefstedt se muestra algo perplejo. Francamente no se ve por qué. Porque sin duda, como observa el mismo Loefstedt, la costumbre más antigua latina en las relaciones de nombres de dioses con otras ideas (salvo en el caso en que la relación se establecía con el ara, templo o asiento del dios) fué usar el adjetivo teóforo: *flamen Dialis, Martialis, Quirinalis; Virgo Vestalis; collis* o *uicus* o *porta Salutaris; mensis* o *campus Martius, mons Saturnius* o *porta Saturnia*, etc. Por lo tanto hay que suponer que *sacerdos Veneria* o *urna Veneria* son la continuación del uso lingüístico primitivo; uso que en ciertas expresiones había de sobrevivir siempre por su gran frecuencia, y porque se encontraban consagradas en la lengua litúrgica y oficial. El que a pesar de todo ya en Pl. aparezcan algunas veces genitivos como *Sacerdos Veneris (Rud.* 430) o como *urna Veneris (Rud.* 473) no es más que una muestra de la tendencia general a sustituir el adjetivo por el genitivo. Tendencia que iría ganando terreno con el tiempo, y que había de llevar a una extensión cada día mayor del genitivo: *area Apollinis, Concordiae, Saturni, Volcani; atrium, lucus* o *arcus Vestae; campus Iouis, cliuos Martis*, etcétera. Las causas de ese movimiento debieron ser varias, y de momento no creo que sea necesario detenernos a examinarlas. A nosotros nos basta constatar que la tendencia se va abriendo paso en las expresiones menos corrientes y de menos arraigo; por ejemplo, junto a *sacerdos*, que sin duda al lado de un nombre de dios debió ser menos antiguo y frecuente y típico que *flamen* (y más aun el *sacerdos* femenino). De cualquier forma en Pl. la tendencia innovadora se encontró todavía contrarrestada, aun en el caso de *sacerdos*, por la fuerza de la costumbre antigua. Es decir, que efectivamente hay casos en los que el adjetivo con valor de genitivo no implica énfasis ninguno, y en

procedimientos de estilo los retruécanos, los juegos de palabras, las expresiones de doble sentido. Y acabamos de ver que precisamente la palabra que califica a *nepotulus* en los dos pasajes presenta uno de esos ejemplos típicos de expresiones irónicas de sentido polivalente. Luego lo natural es suponer que también *nepotulus* estuviese sometida a la misma intención estilística que *Venerius*, y que, en consecuencia, no sea más que un procedimiento de Pl. para lograr un efecto cómico. Es decir, que Pl. debió encontrarse sin duda con los dos valores de *nepōs*, el de «nieto» y el de «pródigo». Cosa sugerida ya en principio por los pasajes que comentamos, y además afirmada expresamente por Porfirión. Y en su deseo de lograr un efecto inesperado e intenso, hizo que las dos acepciones confluyesen en la misma palabra, consiguiendo una expresión de indudable fuerza cómica; una expresión con un valor directo y propio (el de «nieto»), pero que indirectamente sugería otro (el de «libertino» o «pródigo»); una expresión, como tantas otras de Pl., de doble cara. Me parece que es la única interpretación natural y posible. Lo contrario sería lo mismo que pretender que *iram* y *eram*, o *amor* y *amoenus*, o *cliens* y *clueo*, o *persa* y *persum* (luego *pessum)* estuvieron relacionados etimológicamente y derivaron el uno del otro, porque Pl. se permitió hacer con ellos a veces un juego de palabras.

Y francamente, descartados esos pasajes, no se ve en qué

---

los que por lo tanto la expresión con adjetivo y con genitivo son en todo equivalentes. Pero al contrario de lo que dice Hofmann, yo tampoco creo que tales casos prueben nada en contra el carácter enfático de esos otros ejs. como *erilis* o *dominicus* en los que el adjetivo entrañaba una idea de fuerte contenido emocional. Aparte de que estos casos con adjetivo =genitivo posesivo sólo se dan en la época antigua, como vestigios de un estado linguístico anterior. Y por supuesto que, como en el caso de *erilis*, en absoluto no se puede excluir que las conveniencias métricas hubiesen jugado algún papel en la elección de una u otra forma; pero, como allí, este influjo de la métrica tuvo que ser secundario.

podrán fundarse los partidarios de Porfirión para defender su etimología. Y desde luego que ellos, a falta de otros hechos, parece que quieren presentar como prueba el caso del alemán *Muttersönchen* o del francés *fils á papa*. Pero entiendo que puerilidades de este tipo, y además tan lejanas de nuestro caso, no vale la pena discutirlas.

Frente a esto es evidente que el sentido de «pródigo» o «libertino» se explicaría con toda sencillez a partir de **ne-pŏt-s* (= *impos*) = «el que no se domina», según apuntó ya Muller, *Altital. Wb.*, pág. 288 y expuse ampliamente en EMERITA, *loc. cit.* Por otra parte, y con independencia de cuál fuese su función originaria, en latín tenemos que el grupo más importante de compuestos con *ne-* (o *nec-*) está constituído, o por verbos *(nequeo, nolo, nescio, neglego)*, o por formaciones cuyo segundo elemento admitía con gran frecuencia un uso predicativo *(necessus/necesse, nefas, negotium)*. Y precisamente el uso predicativo de **poti-/*pot-* fué tan frecuente, que dió origen al verbo *possum*. Luego tampoco creo que en principio pueda oponerse ningún reparo a la hipótesis de un **ne-pŏt-s*. Para el caso importa poco que al lado de *nepos*, y con un sentido muy parecido al suyo, exista un *impos*, atestiguado ya en Pl. Como es sabido, el tema indoeuropeo **poti-*, que originariamente era substantivo (cfr. skr. *pátih*, av. *paitis*, gr. πόσις «esposo», lit. *páts*, etc.) terminó en latín convirtiéndose en adjetivo. Y como es también sabido, el prefijo negativo en compuestos sobre tema adjetivo tuvo en latín la forma *in-* < *en-* < *i-e n̥*. Por lo tanto es natural que si el latín sintió el deseo de crear un compuesto negativo sobre el tema **pot-*, le diese la forma *impos*. Y que de hecho se sintiese ese deseo, con independencia y a pesar de que existiese ya en la lengua la forma **nepŏts* o *nepōs* «desapoderado, que no es dueño de sí», me parece que tampoco tiene nada de particular, pues responde a una tendencia clara y general de la lengua. En latín, por ejemplo, se ve que al lado de *nescius*, sin duda regresivo de *nescio* y atestiguado ya en Pl., aparece luego en época de Cic. *inscius* con sentido casi igual al primero, y que al lado de *nesciens*, participio de *nescio* y atestiguado

ya en Pl., aparece luego a partir de Ter. *insciens*, y que al lado de *desipiens*, atestiguado en Lucrecio a través de *desipientia*, pero sin duda antiguo (pues representa el participio natural de *desipio)*, se encuentra a partir de Lucrecio un *insipiens*, y que al lado de *auius*, lit. «lejos de todo camino», luego «sin caminos», atestiguado desde Pl., aparece en el imperio (Liv. Virgil., etc.) *inuius*, y que al lado de *deformis*, atestiguado en Lucilio, aparece luego en *Rhet. ad Herenn.* un *informis* (1).

Y de acuerdo con esto creo que hay que explicar el *nefantia facta* de Lucilio frente al *infans facinus* de Accio; aunque por supuesto aquí, dado el origen sin duda latino de las dos palabras, y dado que los autores en parte fueron contemporáneos, en principio no hubiese sido imposible que su formación hubiese seguido otro camino. De cualquier forma yo entiendo que *infans* (con sentido pasivo) = «lo inenarrable, lo que no se puede decir», sería difícil de justificar, ni a partir de un *-fans* pasivo (ya que ni existe esa forma, ni el participio presente tuvo nunca de por sí sentido pasivo; cfr. Hofmann, *IF*, XXXVIII, 184), ni a partir de un *infans* activo, «el que no habla», transferido de las personas a las cosas (así Hofmann, *loc. cit.)*. Pues *infans* pasivo = «lo que no se puede decir» no es la mera transposición a pasiva del valor activo de *infans*, sino que entraña una relación distinta, y además un matiz de «cosa malvada y terrible», que para nada hay en *infans* activo. En cambio es claro que *nefas* «lo prohibido» en la pronunciación popular se pronunció lo mismo que *nefa(n)s*. Por otra parte se ve que los antiguos sintieron una relación especial entre las ideas de *fas* y *fari* (con independencia de que fuese verdadera o no); así lo que digo a continuación so-

(1) Así es que no se comprende en qué se fundará Ernout-Meillet para decir que *deformis* se formó sobre *informis*. Y más aún, puesto que, como dice acertadamente él mismo, no hay ninguna seguridad de que *forma* etimológicamente se relacione con gr. μορφή, ni por lo tanto de que *informis* sea idéntico a ἀμόρφος.

bre *nefandus*, y así Virgil., *Aen.*, I, 543: *deos memores fandi atque nefandi*. Luego no creo que tenga nada de extraño que a algún autor se le ocurriese relacionar el *nefas* «hecho prohibido o malvado» con *fari* y convertir *nefas* en *nefans/nefantis* (que además tenía un cierto apoyo en casos como *uertens*, *uoluens*, *praecipitans*, etc., con sentido reflexivo-medio). Y claro está que creado *nefans*, su conversión ulterior en *infans* (como *nescius: inscius*, *nesciens: insciens)* era natural. Creo, pues, que las ventajas de mi explicación sobre la de Hofmann son claras.

Donde tal vez haya que admitir otro desarrollo histórico es en el grupo *infandus: nefandus*. Aquí, desde luego, parece casi seguro que *infandus*, atestiguado ya en Ter., debió ser más antiguo que *nefandus*, atestiguado por primeras veces en Catulo y Cicerón. Pero tampoco hay que olvidar que *nefandus* «de lo que no se puede hablar, abominable, execrable», es una formación especialísima, que sin duda debió sufrir el influjo de *infandus*, «inefable, inenarrable, inexpresable, pero que por el sentido está mucho más cerca de *nefas* que de *infandus*. Pues indudablemente su sentido no es el que debería esperarse en un gerundivo con prefijo negativo (es decir, el de «lo indecible»), sino otro de «abominable, execrable, horrible», que se acerca más bien al de *nefas*. Lo cual indica que *nefandus* debió crearse, no como doble de *infandus* precisamente, y no por una analogía corriente sobre éste, según dobles como *insciens: nesciens*, *inscius: nescius*, etc., sino que más bien debió surgir como un contagio de *nefas* con *infandus*. Mejor dicho, acabamos de ver que sobre *nefas* se tendió a crear y de hecho se crearon espontáneamente un *nefans* y un *infans* (pasivo); formas al parecer con el mismo sentido que *nefandus*, pero con una forma activa que repugnaba a ese sentido. Por lo tanto lo que yo creo es que *nefandus* debió formarse como un desdoblamiento de *nefans;* en parte por un contagio con *infandus*, pero sobre todo para evitar esa discrepancia chocante entre el sentido pasivo y la forma activa de *nefans*.

De todas formas, y cualquiera que sea nuestra opinión sobre esta última palabra, me parece que un ejemplo único, ex-

cepcional y ambiguo como éste, no debilita en nada el principio general por mí supuesto, que puede documentarse con una serie de ejemplos seguros. Y supongo que tampoco pretenderá nadie dar el menor valor a un caso como *nesapius;* formación pintoresca de Petronio (desde luego, según parece, por analogía sobre *sapio*, según *nescius: scio)*, y de la que no se conoce la menor huella en ningún otro autor. Lo que indica que no estaba de acuerdo con las tendencias de la lengua. Por lo demás se puede recordar que dobles, iguales o parecidos a *nepos: impos*, se dan en otros grupos de palabras, por ejemplo: *nec-/in-opinans, nec-/in-opinus, nec-/in-opinatus, uēmens* > *uehemens: āmens, abnormis: denormis, dispar: impar*, etc. Por lo tanto, creo que nadie considerará como una dificultad contra la existencia de *nepōs* el que a su lado se crease un *impos*.

Y esta explicación nos da además la clave para comprender otra de las particularidades más chocantes de la palabra, a saber: la extraordinaria escasez de testimonios con *nepōs* en toda la literatura (de los que yo, al menos, no he podido reunir más que once ejemplos, que luego indicaré). Porque, naturalmente, la existencia de dos formas sinónimas tenía que crear una complicación inútil a la lengua; una de esas complicaciones que a la larga todas las lenguas tienden a eliminar. Ahora bien, en latín se ve que los compuestos con *ne-* aparecen desde el principio de la tradición como una categoría virtualmente cerrada y sin vitalidad, que sólo esporádicamente y en casos excepcionales dió origen a alguna que otra formación nueva *(nesapius, nefantia, nefandus*, y el grupo poco usado de *nec-opinus*, etc.). Mientras que, en cambio, el grupo de compuestos con *in-* contaba con una serie numerosísima de formaciones que, además, se fueron acrecentando incesantemente con formaciones nuevas. Y de ahí esa tendencia ya apuntada a extender el tipo con *in-* aun a temas en que existía ya otro compuesto antiguo con *ne-*. Luego es natural que en la lucha por la supremacía entre ambas formas, tendiese a imponerse el *impos*, que se encontraba reforzado por una serie innumerable de formas iguales, frente al *nepos* que no

tenía más apoyo que el de unos cuantos casos aislados. Creo, pues, que nadie se extrañará de que *nepos* no dejase más señales de vida que los testimonios ya citados, y que tras esa breve llamarada en los autores clásicos se extinguiese obscuramente en plena época histórica. Lo que tal vez pudiera sorprender más es que una forma como *nepos*, que debió prestarse especialmente a usos populares, no aparezca expresamente atestiguada en Plauto. Pero ya he indicado más arriba, que tanto el testimonio de Porfirión como las circunstancias de algunos pasajes con *nepos* «nieto» indican claramente que Plauto conoció la acepción de «pródigo». Por lo tanto hay que suponer que su falta en la tradición plautina llegada hasta nosotros debe ser una casualidad.

Se ve, pues, que la mayoría de los problemas relacionados con *nepōs* «pródigo» se resolverían sencillamente con sólo suponer una forma originaria **nepŏts*. Forma que por lo demás, como he indicado, se adapta perfectamente a las leyes de la morfología latina. No obstante yo no voy a negar que esa hipótesis tropieza, al parecer, con una dificultad, a saber: la cantidad larga de *nepōs* «pródigo». Pues, naturalmente, a juzgar por *compŏs*, *impŏs*/*-ŏtis*, habría que esperar, al menos en la época clásica, **nepŏs*/**nepŏtis*. Y tampoco voy a negar que los razonamientos de mi artículo anterior sobre este punto tal vez no fuesen suficientes. Pues yo, entonces, me limité a indicar que esa larga podía explicarse como el resultado de una etimología popular, que habría dado a **nepŏs*, *-ŏtis*, forma apenas usada, la cantidad de otra forma externamente parecida y de uso mucho más frecuente, *nepōs* «nieto». Fenómeno en sí posible, ya que apenas habrá lengua donde no esté atestiguado (cfr. lat. *aurichalcum* < ὀρείχαλκος, *ēlogium* < ἐλεγεῖον por *ēloquium crĕpĭda* < κρηπῖδα por *crĕpare)*, y que, por lo tanto, en absoluto no creo que pueda recusarse. Y más dado que *nepōs*, por su uso restringido y por el aislamiento en que debió quedar, respecto a su grupo etimológico, era una forma muy expuesta a cualquier clase de contagios. Sin embargo, no cabe duda que el fenómeno ese suele ser raro, y por lo mismo no tiene nada de extraño que algunos se resistan a

admitirlo (1); por lo menos mientras no se de alguna razón que justifique el influjo de una forma sobre otra. Y lo que yo ahora quiero indicar es que a mi juicio hubo en **nepots* una circunstancia que hizo posible y hasta natural su contagio por *nepōs* «nieto». Me refiero al nominativo singular, que, como es sabido, en los temas como **nepots (impos, compos, miles,*

---

(1) Lo que lógicamente no se explica tan bien son actitudes como la de Hofmann, quien por una parte, en *Wb.*[3], se niega a aceptar el fenómeno en *nepōs* «pródigo» (a pesar de que su uso limitadísimo debía hacerle especialmente sensible al contagio), y, en cambio, le admite sin vacilar *(Wb.*[3]; *IF* LX, 1952 y 276) en *pessulus* «pestillo». Palabra a la que sin duda su uso frecuentísimo tenía que hacer más resistente al contagio, y que no obstante Hofmann pretende explicar como un préstamo del gr. πάσσαλος, con cambio de la *a* de su sílaba inicial en *e* por influjo de *pessum*. Por lo demás Hofmann no repara en que sobre la relación entre *crĕpĭda* y *aurichalcus* con formas originales griegas no puede a nadie caber la menor duda, mientras que el origen griego de *pessulus* es una hipótesis puramente subjetiva, puesto que ni πάσσαλος tuvo nunca el sentido preciso de *pessulus*, ni éste ninguno de los sentidos del gr. πάσσαλος. Aparte de que el vocabulario latino de la puerta, en la época más antigua *(ianua, porta, fores, ostium, postes, cardo, clauis, sera, limen)* no muestra influjos griegos. Como tampoco parece reparar en que en *crĕpĭda* y en *aurichalcus*, y en casos parecidos, existió en latín una base segura de donde pudo irradiar el influjo asimilador; mientras que el *pessum* (que según Hofmann habría convertido el **passalos* en *pessulus)*, en el mejor de los casos, por lo que se refiere al latín arcaico, no es más que otra hipótesis subjetiva. Y digo que «en el mejor de los casos», porque esa hipótesis de Hofmann está en contradicción, con parte de la tradición plautina en *Truc.* 36 *C*, y con el sentido del contexto en *Persa* 783. Pues, naturalmente, y a pesar de la tradición, hay que pensar (lo exige el contexto) que ese pasaje no puede leerse más que: *Persa me persum* (no *pessum) dedit* (de acuerdo entre otros con Schulze, *ZGLEN*, página 474 y Sommer, *Hb.*[2], pág. 256). Es decir, que en el caso de *pessulus*, no sólo no es seguro el punto griego de partida, sino que además es sumamente dudosa hasta la existencia de la forma latina, que debió contagiar al préstamo. Y claro está que sobre una base tan endeble el querer apoyar luego un principio, de por sí tan anómalo, y tan excepcional y tan difícil de comprobar, me parece que es olvidarse del debido rigor científico.

eques, diues, etc.) presenta en Pl. siempre sílaba final larga. Para el caso importa poco si la largura de esa sílaba consistió en que su vocal era larga *(milēs)*, o en que siendo breve iba seguida de dos consonantes *(miless)*. Pues en primer lugar la diferencia entre *-ĕss* y *-ēs*, *-ŏss* y *-ōs* debió ser imperceptible, y porque, además, aunque en Pl. hubiese perdurado el grado *-ĕss*, *-ŏss*, éste no hubiese podido evolucionar más que a *-ēs*, *-ōs*. De cualquier forma en latín es un hecho evidente que el nominativo singular tuvo, en general, un predominio manifiesto, sin duda a causa de su mayor frecuencia de uso, sobre los demás casos. Predominio que se revela en una multitud de fenómenos. Así, en primer lugar, aquellas palabras en las que el nominativo sirvió de base para un paradigma anómalo: *uires* sobre *ui-s; sperem, spere* sobre *spe-s*. Y así las flexiones anómalas que a veces aparecen en las inscripciones: *Herclentis, Herclenti*, etc. < *Hercles, Spentis, Spenti*, etc. < *Spes;* flexiones sin duda motivadas por la confusión entre *-ēs* y *-ens* en la pronunciación popular (que debió producir falsas formas de nominativos, como **Spens, *Herclens)*, pero que patentizan el valor eminente del nominativo. Se ve que una confusión en la conciencia de este caso bastaba para torcer toda la flexión del nombre. Y así todos esos casos en los que la cantidad larga del sufijo, que en principio sólo era propia del nominativo, se extendió a todo el paradigma. El *-tŏ̄r* (luego *-tŏr) -tōris*, el *-ŏ̄* (luego *-ŏ) -ōnis*, el *-iō* (luego *-iŏ) -iōnis*, el *-iŏ̄r* (luego *-iŏr) -iōris*, etc. Pues, naturalmente, yo no creo que ese fenómeno pueda explicarse más que como una generalización del caso más usado, y por eso psicológicamente más fuerte, a saber: el nominativo. Y desde luego que hay algunas clases de nombres, en los que el fenómeno no se produjo (por ejemplo, en los en *-ŏ̄/-ĭnis)*, y otros, en los que se produjo un fenómeno inverso, es decir, en los que un fonema o la cantidad de los casos oblicuos se propagó al nominativo (por ejemplo, la *-r-* de los en *-os/-oris*, o de los en *-ios/-ioris*, extendida con el tiempo al nominativo *-ōr* e *-iōr*, luego *-ŏr* e *-iŏr;* o la cantidad de *diuitis, equitis, peditis, impotis, compotis*, etc.). Pero en gran parte de estos casos se ve que el tratamiento

por mí supuesto irregular tuvo una causa especial. A mí al menos me parece que si *diuitis, equitis, militis, impotis*, etcétera, tuvieron fuerza para imponer su vocal interior breve al nominativo fué, no precisamente porque los oblicuos por sí solos tuviesen más fuerza que el nominativo, sino porque la acción de los oblicuos se encontró reforzada por otros muchos derivados o compuestos con igual forma y de uso muy frecuente; por ejemplo, en *diuitis* por *diuitiae, diuitior*, etc.; en *eques* por *equitare;* en *miles* por *militia, militaris, militare*, etcétera; en *impos, compos* por *possum* y *potis*, con los que sin duda debieron aquéllos sentirse relacionados. Y el paso de la *-s* a *-r* en los en *-ōs/-ōris (timor, labor, rumor, dolor*, etc.), o en los en *-iōs/-iōris (peiior, maiior, altior, melior*, etc.), pudo estar favorecido por varias causas, por ejemplo, en los primeros por la analogía de los en *-tōr/-tōris* de agente (Hermann, *Lautgesetz und Analogie*, pág. 155), o por el deseo de diferenciar más netamente el masculino de los neutros en *-ŭs/-ŏris*. Factores que debieron encontrar más resistencia para triunfar cuando el nominativo se encontraba reforzado por derivados antiguos. Y de ahí que en *honos* y en *arbos* la *-s* se mantuvo más tiempo que en otros, sin duda por *arbustus, honestus* (como en *robus* por *robustus)*, y de ahí que en *flos, mas, mus*, la *-s* nunca se perdió (a pesar de *florere)*, sin duda por influjo de *flosculus, masculus, musculus*, etc. Aparte de que a veces pudieron cruzarse otros influjos, por ejemplo, en *mos/moris* el influjo de *ius/iuris*, que se usaba frecuentemente en expresiones paralelas a aquél *(mos est, ius est)*, y en *ros/roris* la disimilación preventiva para evitar un resultado **ror*. Y aparte de que en otros casos las formas en *-s* pueden ser arcaísmos, conservados en poesía, pero sin relación con la lengua hablada. Es decir, que dentro de la complejidad de los fenómenos se entrevén las líneas generales del desarrollo y los factores que debilitaron o reforzaron la posición del nominativo. Algo más difícil de precisar es la razón que impidió en los en *-ō/-ĭnis (hominis, uirginis, originis*, etc.) la propagación de la cantidad de nominativo a los oblicuos. Pero cualquiera que sea la interpretación que de tales casos queramos dar, creo que esto

no puede obscurecer la tendencia general de la lengua, puesta de manifiesto en la multitud de casos ya citados y en otros que pudieran citarse. Por ejemplo: en los neutros en *-ŏs/-ĕs*, que a mi juicio constituyen una de las pruebas decisivas del fenómeno. En ellos se ve que, cuando los oblicuos no estuvieron sostenidos por derivados antiguos muy frecuentes, y sobre todo por un verbo, que daba origen a una multitud de formas con el mismo tema *(uenerari, onerare, considerare, generare*, etc.), el grupo del nominativo-acusativo terminó imponiendo siempre su vocalismo a todo el paradigma: *corporis, decoris, temporis, pectoris, nemoris*, etc. (cfr. mis Notas al *Voc. Jur. Lat.*, págs. 35, 66, y EMERITA, XVIII (1950), página 141).

Y estas consideraciones no son una mera hipótesis, sino que en el caso concreto de *nepos* están confirmadas por los hechos. Así, por ejemplo, tenemos que en Cic., que es el autor donde parece mejor documentado *nepōs* «pródigo», de los ocho pasajes en que figura la palabra «seis» la dan en nominativo *(Quinct.*, 40; *leg. agr.*, I, 2; II, 48; *Catil.*, 117; *Har. resp.*, 59; *ad Att.*, VI, 2); y sólo dos *(Verr.*, IV, 184 y *ad Fam.*, VII, 24, 2) en otros casos. Y desde luego que tal vez fuese excesivo atribuir al uso de un solo autor un valor absoluto. Porque en Hor., por el contrario, de los tres pasajes que conozco con *nepōs*, dos le dan en casos oblicuos (*Epist.*, I, 15, 36 y II, 2, 193), y sólo uno *(Epod.*, I, 34) en nominativo. Pero aun sumando todos los ejemplos de Cic. y Hor., se ve que todavía queda una evidente superioridad de los usos del nominativo frente a los otros casos (7: 4). Por lo tanto, y aun prescindiendo de si fué o no eso un principio general, hay que reconocer que al menos en *nepōs* «pródigo» las formas del nominativo fueron mucho más usadas que las de todos los otros casos.

Y sobre esta base, y puesto que en Pl. (que sin duda conoció *nepōs* «pródigo») los nominativos de formas como ésa presentan la vocal final larga, no creo que tenga nada de particular que un nominativo *nepōs* o *nepŏss* contagiase a los casos oblicuos. Es decir, que, en último término, ni siquiera sería preciso el influjo de *nepōs* «nieto» para explicar la genera-

lización de la *ō* en *nepōs* «pródigo». Aunque a mí se me hace muy difícil concebir que ese influjo no surtiese ningún efecto, sobre todo dado el poco uso de *nepōs* «pródigo», y dado que ésta fué una palabra eminentemente popular, y que por eso mismo, y por su especificación en un sentido muy restringido, debió perder el contacto con su grupo etimológico. De cualquier forma es claro que si el nominativo tuvo la frecuencia de uso que se deduce de los testimonios conocidos, gramaticalmente no puede haber ninguna dificultad en suponer que la *ō* de ese nominativo se extendiese a todo el paradigma.

Claro está que todavía pudiera hacerse una última objeción. ¿Y por qué en *milĕs, equĕs*, etc., o en *impŏs, compŏs/-ŏtis* no se produjo un fenómeno parecido? Pero ya he dicho anteriormente que las circunstancias de esas palabras no eran las mismas que las de *nepōs*. Y esto no es un expediente, más o menos torpe o artificioso, para salir del paso, sino sencillamente tener en cuenta las condiciones en que se produjo su evolución lingüística, sin lo cual cualquiera explicación carecería de base. Lo contrario (es decir, el creer que los hechos lingüísticos tuvieron que seguir un camino rectilíneo y siempre igual) es lo mismo que pretender que las corrientes de los ríos tienen que seguir siempre un camino recto en su marcha hacia el mar porque obedecen a la ley de la gravedad. Y ya he dicho también cuáles fueron, a mi juicio, los factores que determinaron la diferencia entre *nepōs* «pródigo» y las palabras de forma parecida. Es que en estas últimas la forma de los casos oblicuos se encontraba reforzada por otra serie de palabras relacionadas, de uso muy frecuente. Lo que tuvo por efecto que, no sólo los oblicuos resistiesen al influjo del nominativo, sino que hasta propagasen a éste su cantidad. Mientras que en *nepōs* «pródigo» vemos: en primer lugar, que no dió origen más que a derivados de uso raro *(nepotatus, nepotalis*, etc.), que no aparecen más que en la época imperial (cuando se pierde todo rastro de *nepos)*, y en segundo lugar, que *nepōs* «pródigo», por el sentido tan restringido en que se especificó, debió perder desde muy pronto la relación con su base etimológica. Aparte de que *nepōs* «pródigo» debió ser una

palabra eminentemente popular. Y en el pueblo es sabido que la conciencia de las relaciones etimológicas es siempre mucho más débil y borrosa que en las capas cultas. Por lo tanto, no tiene nada de extraño que *nepōs* «pródigo», desvinculado como estaba de su grupo etimológico, no sufriese el influjo de éste (ni el de *possum* ni el de *compos, impos)*, y que, en consecuencia, la forma más fuerte del paradigma impusiese su *ō* a los restantes casos.

A. PARIENTE.

CRITICA Y ANTICRITICA

IV (*)

E M P T E

Pasando ahora a algunos de los saturnios que total o parcialmente han sufrido manipulaciones críticas o que por una causa u otra parecen corrompidos (1), comencemos con el verso del Carmen Saliar fr. 1 Morel, que dan así los MSS de Varrón *L. L.* VII 27: *divum empta cante divum deo supplij cante*, las últimas palabras enmendadas por Grotefend en *supplicate*, paralelo con el anterior *cante* '*canite*' (2).

Pero la gran cuestión está en el *empta*, donde propu-

(*) V. Em. XX 1, pp. 133-152. Se trata de ofrecer algunos ejemplos de labor crítica actualmente necesaria para restablecer de la hipercrítica anterior muchos textos atetizados, por el camino del esfuerzo interpretativo, dejándolos sin modificaciones o con las menos posibles.

(1) Es aquí abonado el terreno, por la inseguridad sobre la versificación saturnia, para, en obsequio de cualquier teoría (especialmente con las concepciones métricas, reflorecidas con gran daño a partir de Leo *Der Saturnische Vers* 1905), quitar, añadir, trasponer o modificar; partiendo el autor también de su concepción del saturnio, ha procurado sin embargo que ni un momento le sirva para promover corrección alguna, y sí para declarar injustificadas las propuestas por necesidad de otras teorías.

(2) '*Ab eadem uoce* (sc. *Casmena) canite, pro quo in saliari uersu scriptum est cante hoc uersu: diuom e. q. s.*' (Varr., *l. c.)*.

sieron *patrem* Maurenbrecher, *parentem* Baehrens (1). Ante una palabra evidentemente corrompida *(corruptum* Morel), ofrecemos la siguiente sugerencia: que acaso tengamos aquí una forma *eumpte* o mejor *empte* (2), es decir un doblete primitivo de *eumpse* (Pl. *Pers.* 603) (3).

La partícula *-pte* (4) no es exclusiva de los pronombres personales y posesivos, con que únicamente se usa en lat. clásico: lo atestiguan ya dos glosas de tradición por cierto vacilante (5): P. F. 105 *(ipsippe, ipsipse* los MSS) '*ipsipte: ipsi neque alii*', Gloss. Philox. IN 517 (CGL, II 87) '*ipsipte:* αὐτοί' *(insipti* los MSS.); forma con la que sin duda tenemos un ejemplo de esa hipercaracterización tan frecuente en los demostrativos, por la acumulación de *-pte* sobre *-pse*, las dos partículas sobre cuyo parentesco volveremos.

Pero lo atestigua sobre todo otra forma, de tradición irreprochable (recogida, p. ej., en Neue *Formenlehre der Lateinische Sprache* 1875 II, p. 197): Paulo Festo 110 da *in eopte* explicado por *eo ipso*. Y recogemos con asentimiento la sugerencia de Ernout-Meillet *Dict. Etym de la L. Lat.* 1939, p. 496, de que acaso se enfrentaran originariamente **is-pse/eo-pte*, etcétera, siendo de analizar las partículas en *-p-* más *-se* para el N., *-te* para los demás casos, correspondiendo a la conocida

---

(1) Un trisílabo es además en esta posición, para nuestra concepción del saturnio, inadmisible (cfr. ya los estudios sobre partición de palabras en el saturnio por Carl Thulin *Italische Sakrale Poesie und Prosa*, Berlín 1906, pp. 35 ss.).

(2) Sobre la forma *em* por *eum*, v. *XII Tab.* ap. Porph. ad S. I 9, 76, P. F. 77.—De aceptar *eumpte* (v. n. anterior), tendría que ser con sinicesis.

(3) Sobre *eumpse, eapse*, etc., v. Leumann-Hofmann *Lat. Gr.*[5] 286 s., Sommer *Hdb. d. Lat. Laut- u. Formenlehre* 431 ss.

(4) Para su etimología, v. Ernout-Meillet s. u. y Sommer, *o. c.*, p. 448 s. («wahrscheinlich» la rel. con *-πτε* de gr. τίπτε, *-pat* de lit. *ten-pàt*, siendo forma en altern. con *pote;* para Thurneysen por metátesis de *meat-pe, suot-pe).*

(5) Es Lindsay *The Lat. Language*, p. 506, el que ha restituído *ipsipte.*

alternancia de las formas *sá* N./*ta*- oblicuos en a. i., como ὁ/τo- en gr., etc.

Los salios, pues, en sus cánticos de las fiestas de marzo (v. p. ej. Varr. *L. L.* V 85) a su dios, el primitivo dios de dioses romano, Marte o bien a Jano (1), después de invocaciones preliminares a otros dioses (cfr. en el Carmen Arval la invocación de los Lares precediendo a la de Marte), llegarían con este verso al momento en que era preciso dirigirse a él, y entonces exclamarían (o acaso, intercalándose en el canto, recitaría el *vates*) (2): «cantad ahora al dios mismo, suplicad al dios de dioses»:

diuom$_{h}$ *empte cante* (3), *diuom deo supplicate.*

La sustitución de *empte* por *empta* en los MSS. se explica bien, porque aquella forma apenas era palabra para la conciencia del copista, mientras *empta* (p. p. p. de *emo)* sí lo era.

V

DEL ELOGIO DE ATILIO CALATINO

De la inscripción honorífica a este L. Atilio cita dos versos Cicerón por dos veces: en *Cat.* XVII 61:

---

(1) Esto es lo que apoya el testimonio de Macrobio I 9, 14: *Saliorum quoque antiquissimis carminibus deorum deus canitur* (s. e. Jano). Pero la afirmación no da seguridad, cuando para Macr. y sus fuentes el texto del *carmen* no era apenas inteligible.

(2) O sea el encargado de recitar los versos por anticipado, para que luego todos los repitieran: v. *REPW* I A 2, c. 1879.

(3) La palabra trocaica en fin de primer miembro es menos frecuente, pero bien atestiguada en los saturnios (cfr. Thulin, *o. c.*, pp. 30 ss.).

Vnicum plurimae consentiunt gentes
populi primarium fuisse uirum

y en *De Fin.* II 35, 116 con la variante *uno cum.*

Sobre la obvia confrontación con CIL I² 9 *HONC OINO e. q. s.* corrigió Leo el primer verso en *hunc unum;* otros *unum hunc; uno(m) complurimae* (1) Zander, Thulin. Acaso mejor pensamos que sería admitir que estos dos versos formaban parte de una inscripción más larga (recuérdese que todas las inscripciones funerarias en saturnios son de seis versos), y no serían los primeros, sino que constituirían oración de *cum (quom)* dependiente de lo anterior, y probablemente cerrando el *elogium: uno cum* habría escrito Cic., como en una de las citas aparece, transcrito literalmente el texto con *uno* por *unum* (cfr. *OINO* en *CIL* I² 9), lo que en la transmisión del otro lugar se confundió con *unicum* (2).

En cambio en el v. segundo la expresión *populi primarium uirum* «el varón más sobresaliente del pueblo», con el superlativo *primarium*, que pediría un Gen. pl. como el que aparece en la inscripción paralela citada de los Escipiones *DVONORO OPTVMO FVISE VIRO*, no acaba de satisfacer, sin contar con que el tipo prosódico de este hemistiquio es del todo insólito. Sería aquí momento de proponer un añadido, que resulta muy atrayente, por la facilidad con que la palabra, aparentemente repetida, debió ser suprimida en la cita de la inscripción o en la copia del MS: tendríamos entonces así estos versos:

unum cum plurimae consentiunt gentes
populi <uirum> primarium fuisse uirum (3).

Queda la cuestión de si *populi* debe entenderse como un G. (L. Atilio Calatino el censor no fué un varón del pueblo,

---

(1) Dudoso, en nuestro concepto del saturnio, tal tipo de hemistiquio, y del todo inusitado.

(2) Para *cum* causal con ind. cfr. Pl. *Ba.* 536s.

(3) Para el tipo métrico de la primera mitad, cfr. *CIL* I² 7, 6; 1202, 3; de la segunda, Nev. fr. 5, 2 Morel, fr. 55.

a no ser en sentido amplísimo), traduciendo «es éste el único sobre el que muchas gentes concuerdan en que fué de los varones del pueblo el primer varón», o bien si será N. pl. en yuxtaposición con *gentes* (1) (lo único que se opone es la menor pausa que queda para fin de verso), entendiendo «pues que sobre él concuerdan muchas tribus, muchos pueblos, en que fué de los varones el primer varón».

VI

MILLIA

El fr. 26 Morel de Livio Andrónico, que generalmente se separa en dos partes, de un lado el primer verso *(topper citi ad aedis uenimus* [*a*] *Circae)* (2), de otra los dos restantes *(simul duona eorum portant ad nauis,/millia alia in isdem inserinuntur* (3), que no se dejan identificar fácilmente con los correspondientes de Homero (4), ofrece con la palabra *millia* un lugar a todas luces corrompido; en vista de lo cual propuso Bücheler *multa* con muy general aceptación por parte de los editores (5).

Sin embargo, observemos aquí dos cosas al menos que nos hacen pensar: 1.°) refiriéndose sin duda *isdem* a las naves, si

---

(1) Acaso refiriéndose con *populi* a los de las conquistas de Calatino; Hippana, Camarina, Enna, Drépano, Panormo, etc.: v. RE PW *s. u.*

(2) Sin duda venía este verso tras la traducción de κ 448.

(3) I. e. '*inseruntur*' con la inserción del sufijo *-in-*, del que cfr. *nequinont* en Livio mismo fr. 13 Morel.

(4) Se han comparado μ 16 ss., ν 70 ss., ξ 262 ss. Comparable nos ha parecido también γ 156 ss., y acaso ο 206 ss., ο 476 ss. o incluso ψ 340 ss.

(5) Alfred Ernout en su *Recueil de Textes Lat. Archaïques* mantiene, muy dificultosamente, *milia*.

alia quiere decir *alia duona*, la frase resulta absurda o por lo menos completamente trivial; si *alia* es general, qué otra cosa puede ser más que *duona?* 2.°) La corrección *multa* de *millia* es una salida tan poco sabia, que más que enmienda de filólogo parece *lectio facilior* producida en la transmisión manuscrita, sin contar que el tipo prosódico es para nosotros inadmisible.

Pero, apenas modificando el MS, puede quedarnos el siguiente verso:

m <i> illi alia in isdem inserinuntur.

Illi lo entendemos naturalmente como la forma arcaica del adverbio *illic*, bastante frecuente (cfr. Pl. *Mil.* 1279, etcétera, Ter. *Ad.* 116, Virg. *G.* I 54, 251, III 17). Igualmente podría suponerse la forma *illic* con la *-c* en lugar de la *-a* de *millia*, que de otra forma sería una dittografía de la primera de *alia*.

De este modo los versos nos dan un sentido perfectamente cuerdo: «mientras transportan los bienes de aquéllos a los barcos,/también para mí son allí colocados otros en ellos».

No adelantamos con esto mucho en cuanto a identificar la correspondencia de estos versos en la *Odisea;* no habrá al parecer más remedio sino reconocer que Livio amplió aquí (1), y de esta forma un lugar como p. ej. ξ 262-264 (2) (los demás son de rechazar, ya que en todos no se trata más que de una nave), que Leo trajo a colación, se prestaría a recibir detrás tal amplificación: «pero ellos (3), cediendo a su desmesura, a su locura obedientes, al momento saquearon los hermosos campos de los egipcios, y arrebataban a las mujeres y a los

(1) Lo corriente, al parecer, es la abreviación (cfr. fr. 18 Morel, dos saturnios, con 295-297), pero un ejemplo de amplificación tenemos sin duda en el fr. 20 Morel, seis hemistiquos de saturnio, frente a θ 138 s.

(2) οἱ δ' ὄβρει εἴξαντες, ἐπισπόμενοι μένεϊ σφῷ, / αἶψα μάλ' Αἰγυπτίων ἀνδρῶν περικαλλέας ἀγροὺς / πόρθεον ἐκ δὲ γυναῖκας ἄγον καὶ νήπια τέκνα.

(3) Ulises, que es el que narra la historia, les había recomendado a sus marineros que no atacaran a los habitantes (vv. 259-261).

pobres niños; al mismo tiempo que llevan a las naves los bienes de aquéllos, para mí también son allí metidos en ellas otros <a fin de aplacar mi enojo por haberme desobedecido?>». Es posible incluso que el añadido estuviera ya en alguna tradición antigua de la *Odisea*, desconocida para nosotros.

VII

VNA ADNOMINATIO

En el fr. Morel 15 de Nevio, que dan los MSS. *summe deum regnator, quianam genus isti* (1), resulta extraño que entre las muchas correcciones propuestas (genus *<od>isti* Leo, *genuisti* Escal., y anteponiendo *<me>* Havet, *genus sisti* (= *siuisti*) Zander, *genus <ur>sisti* Baehrens) y estando tan a la mano (2), no se haya acudido a la que sin duda trae más satisfacción a menos coste:

sŭmme dĕum rĕgnător (3),
quianăm genus <gĕnu>isti?

VIII

DOS SATURNIOS SIN CORRECCIONES

A partir del texto de los MSS., que es *isque susum ad caelum sustulit suas res amullus* (4) *gratulabatur diuis* (fr. 24 Mo-

(1) *Quianam (quia nam* realmente en los codd.) = '*quare*' (Festo 257, que es el que da la cita).

(2) Cfr. además la generalmente aceptada corrección de Liv. fr. 7 Morel *matrem <proci> procitum* por Zander.

(3) Los edd. suelen dar todo el fr. en un solo verso, lo que desde nuestra concepción del saturnio es inaceptable; encaja perfectamente en cambio en la versificación comprendiendo, según indicamos, el tercer tercio del primer miembro y todo el segundo miembro de un saturnio más el primer miembro del siguiente *(deum* con *-e-* larga = = *deiuom)*.

(4) La corr. *Amulius* por L. Müller la consideramos convincente.

rel: Isid. *Orig.* 19, 22, 20) vemos acogidas de ordinario en las edd. las lecciones siguientes: *manusque* de Merula, *rex* de Steph. y *diuisque* de L. Müller, además de alterar el orden *(diuisque gratulabatur)*.

Pues bien: el lector puede comprobar que ninguna de las tres correcciones hace falta para tener un completo y cabal sentido (1). Pero es más: su aceptación trae consigo separar por la pausa final de verso dos palabras tan íntimamente unidas como *rex* y su aposición *Amulius*, siendo cosa indudable, piénsese lo que se quiera del resto del saturnio, que (como a todo verso no métrico) le son absolutamente necesarias para subsistir la pausa final (pausa sintáctica naturalmente) y (aunque menos marcada) la medial.

Renunciando también a la inversión, preferimos suponer una laguna al comienzo del segundo verso, en la que estaría incluída esa conjunción copulativa que, como muestra la corrección *diuisque*, se siente necesaria o conveniente al menos:

ísquĕ susum ád căelum sŭstulit súăs res
... Ámŭlius grátulăbatur dĭuis (2).

Seguramente mucho movió a sustituir *isque* por *manusque* la consideración métrica del saturnio, que no podía comenzar con un troqueo; pero hemos tenido ocasión de mostrar (3)

---

(1) «Y él levantó al cielo sus sentimientos... Amulio daba gracias a los dioses.»

(2) La forma ¦ ⏑ V — — / V — de segundo miembro de saturnio, sin estar directamente atestiguada con seguridad, no se opone, en nuestra concepción de este verso, a lo posible: tipos muy semejantes tenemos en: Liv. fr. 9 Morel *religare struppis*, *id.* fr. 40 *putria et mare magnum*, Nev. fr. 62 *pepulisti populum*, *id.* fr. 64, 4 *loquier lingua latina*, CIL I² 626, 5 *imperator dedicat*, CIL I² 1202, 2 *restitistei seedes*. Sin embargo, podría también suponerse *diuis* perteneciente ya al v. siguiente.

(3) En nuestro ensayo inédito *Vna Tesis acerca de la Prosodia y Métrica Antiguas* §§ 368-369; sobre el uso del *-que* largo en tiempo fuerte del hexámetro cfr. H. Pipping *Ein Beitrag zur Römische Metrik* Comm. Hum. Litt. XIII 1.

que el *-que* en latín arcaico (y de aquí ciertos usos después en los poetas hexamétricos) podía contar (o contaba) como largo, según ya lo da a sospechar la simple consideración de los muchos saturnios que presentan *-que* en el sitio que esperábamos el primer tiempo fuerte: *tuque* Liv. fr. 5, *tumque* fr. 9, *atque* fr. 12, *namque* fr. 20, 1, *inque* fr. 34, *neque* fr. 38, *iamque* Nev. fr. 22, *atque* fr. 63, *itaque* fr. 64, 3.

IX

ASPER<A> AFLEICTA

También en los saturnios epigráficos tiene la crítica algo que hacer y que deshacer. Por ejemplo, en CIL I^1 1175 (X 5708) el primer verso aparece así: QVOD RE SVA DIFEINDENS ASPER / AFLEICTA. Donde el *asper* sin duda es honradamente imposible de conciliar con el sentido, a pesar de que se traigan a colación valores del adj. como el que tiene en Virg. *En* VIII 365 (así Ernout *Textes*, p. 71). Y así Mommsen ya proponía ASPER<E>.

Sin embargo, nos parece preferible: 1.°) porque la eliminación de una letra en fin de línea, siendo igual a la primera de la siguiente, es mucho más fácil; 2.°) porque resulta una construcción mucho más propia del estilo de los saturnios, con la acumulación asindética de adjetivos o adverbios sinónimos (1), suponer:

QVOD RE SVA DIFEIDENS ASPER<A>$_h$ AFLEICTA

Con lo que además queda con mejor medida que con *asper* esta inscripción, que es la de versos más perfectos entre las conservadas (2).

---

(1) Cfr. Liv. fr. 10 Morel: *ibidemque uir summus adprimus Patroclus*, fr. 30: *uestis pulla purpurea ampla*, Nev. fr. 14: *patrem suum supremum optumum appellat*, fr. 45: *superbiter contemptim conterit legiones*.

(2) Así para Thulin *Italische sakrale Poesie und Prosa*, p. 50 s.

X

SOBRE EL MALOGRADO L. CORNELIO ESCIPION

Su inscripción (CIL I² 11), la más moderna en saturnios de la serie de los Escipiones, aunque muy arcaica en las grafías, reza así en su segunda parte:

MAGNA SAPIENTIA / MVLTASQVE VIRTVTES
AETATE QVOM PARVA / POSIDET HOC SAXSVM:
QVOIEI VITA DEFECIT, NON / HONOS HONORE,
IS HIC SITVS; QVEI NVNQVAM / VICTVS EST VIRTV-
[TEI,
ANNOS GNATVS XX IS / ¿D?.. ¿EI . S.....?DATVS:
NE QVAIRATIS HONORE / QVEI MINVS SIT ¿M?AN
[¿D?.. V.. (1).

El desperfecto en el penúltimo verso se ha suplido de diversas maneras (2), pero el sentido es claro: «murió a los veinte años». Que en el fin de la inscripción la palabra *mandātus* se repita con el final del anterior verso, resulta muy difícil de creer: véase que no podría tratarse de un juego de palabras, sino de una simple y antiartística repetición. Pero además el comienzo de la línea penúltima vemos, examinando la reproducción de Ritschl, que en modo alguno da derecho a suponer ese *mandatus:* la primera letra parece más bien una *D;* a continuación, un hueco que pudo ser de una o de dos letras (3), al que siguen restos al parecer de una *E*, una *I* y (tras dudosa huella de una interpunción) de una *S;* después restos de la

---

(1) Leída siguiendo la magnífica reproducción de Fr. Ritsch *Priscae latinitatis monumenta epigraphica*, Berlín 1862, lám. XLI.

(2) *Loceis* Mommsen; *Diteist o Deitist* Ritschl, *diueis* Bücheler.

(3) Los intervalos no son enteramente regulares en la inscripción: cfr. especialmente *Q VOM* en el primer verso.

parte superior de algunas letras permiten adivinar mejor que nada *MAN;* pero después sigue un hueco capaz al menos para dos letras, antes de llegar al fin de la fractura, a cuyo borde justamente se lee *DATVS*. Con todo lo cual y supuesto el sentido arriba dicho, parece muy preferible completar: *DIEIS* (o *DIVEIS)* (1) *MANIB . DATVS* (para la abreviatura cfr. CIL I¹ 1639 *DIS . MANIB / SACRVM)* (2).

Pero no se trata tanto en estas notas de proponer una más probable solución a la laguna, como de presentar una clara interpretación de la inscripción toda, que mal entendida con frecuencia (3), se presta aún a discusiones:

Grande sabiduría y muchas virtudes
junto con (4) *una breve edad posee esta piedra:*
él, a quien faltó vida, mas no honor para honor (5),

---

(1) Pero sea cualquiera la grafía, la palabra debe, en nuestro concepto del saturnio contar como monosilábica; cfr. *CIL* I² 15, 3: con *MIEIS* contado por monosílabo en hexámetro.

(2) V. también XII tab. ap. Cic. *Leg.* II 22: *deorum manium iura sancta sunto, sos (suos MSS) leto datos-diuos habento,* para la expresión *manibus datus.*—Pensamos también en un comienzo que el *mandatus* del último verso, en parte también deteriorada de la piedra, podría con ventaja sustituirse por *nanctus* (cfr., por ejemplo, A de Plauto en *Truc.* 280: *nancta es);* pero una posterior consulta de la reproducción de Ritschl nos indicó que los restos de *mandatus* eran bastante convincentes; por otro lado *nanctus* nos obligaría a suponer *honore = honorem,* si bien v. en el primer verso *MAGNA SAPIENTIA.* El tipo métrico de segunda mitad de saturnio que con *mandatus* nos resulta, — ⏑ — — / — — ⏑ —, aunque menos frecuente, no es en nuestra concepción imposible: cfr. *CIL* I² 626, 6: *imperator dedicat,* I² 1202, 2: *restitistei seedes,* Nev. fr. 62 Morel: *pepulisti populum,* id. fr. 64, 4: *loquier lingua latina.*

(3) En el final especialmente, siguiendo a Mommsen, que con Visconti interpretaba: *ne quaeratis honorem, cui non sit mandatus.*

(4) Para la confusión de *quom* en vez de prep. *cum* cfr. *CIL* I² 583, 50. La tumba posee una breve existencia en el sentido de que posee un hombre de existencia breve.

(5) Es decir, «no le faltó honrosa condición que mereciera ser coronada por honrosos cargos». *Honore = honorę,* e. e. *honorī:* cfr. *CIL* I² 30: *dedron Hercole, ib.* 47: *Marte sacrom, ib.* XIV 2090: *Iunone Seispitei matri,* etc.

aquí yace: el que nunca en valor fué vencido,
a los veinte años fué entregado a los Manes:
no preguntéis por qué no fué alzado a honor alguno (1).

Es decir, que entendemos *queiminus* como un equivalente de *cur non*, lo cual no parece ninguna temeraria suposición, habida cuenta de los antiguos usos de *qui* en el sentido de «cómo, por qué», así Pl. *Ba.* 1163: *qui non? : : quia...*, *Men.* 337: *miror qui illa nouerit nomen meum;* y sobre todo *quin* = = «por qué no»: *Trin.* 118: *quin eum restituis, quin ad frugem conrigis?*, y en su lugar también *quiminus: Curc.* 414: *qui minus uir una uxore contentus siet?*

Confiamos que con esta interpretación queda clara y sobre todo flúida la marcha del pensamiento en ésta que se nos aparece como la más poética de las inscripciones en saturnios.

AGUSTÍN GARCÍA CALVO.

Universidad de Salamanca.

---

(1) Esto es, «dada su breve vida, no os extrañéis de que siendo tan digno de los honores públicos, como lo fueron todos sus familiares, no consiguiera los honores que ellos, ni siquiera iniciara el *cursus*». En efecto, aunque la identidad de este Escipión no esté clara, creo que ese último extremo es indudable.

SOBRE EL ORIGEN Y EVOLUCION DEL GENITIVO DEL INFINITIVO ARTICULAR GRIEGO CON VALOR FINAL

Aunque el estudio del infinitivo griego parezca actualmente agotado (1), quedan, no obstante, facetas dentro del mismo que merecen todavía que se les dedique atención. Prueba de que ello es así, son tres trabajos no hace mucho aparecidos de Vendryès, Ernout y Bacinschi (2), que vuelven a tratar de este importante capítulo de la sintaxis griega desde un punto de vista parcial o de conjunto. Vendryès comienza su artículo con estas alentadoras palabras: «l'histoire de l'infinitif grec est encore à faire...». Nosotros, aunque sin aceptar plenamente esta afirmación, creemos efectivamente que aún no se ha dicho la última palabra sobre esta cuestión y que todavía es posible ahondar más en determinados aspectos de detalle de la misma. Así, por ejemplo, tal vez quepa decir dos palabras sobre el origen y la evolución del giro del genitivo del infinitivo articular griego con valor final en fra-

---

(1) En efecto, han realizado trabajos de conjunto sobre este tema Gildersleeve, Birklein y Herzog, trabajos parciales Kvíčala, Sprotte, Granit, Behrendt, Allen, Hewlet, Votaw, Hess, Kesselring, Nordenstau, etc.

(2) Vendryès, J. *L'infinitif substantivé dans la langue de Lysias*, en *Revue de Phil.* 70, 1944, págs. 113-33; Ernout, A. *L'infinitif grec et gérondif latin*, ibid. 71, 1945, págs. 93-102, Bacinschi, I, *L'infinitif et les moyens de son remplacement. Etude de syntaxe historique et comparée.* Bucarest, 1946.

ses como Tuc. II, 32, 'Ετειχίσθη δὲ καὶ 'Αταλάντη ... τοῦ μὴ λῃστὰς ἐκπλέοντας ἐξ 'Οποῦντος καὶ τῆς ἄλλης Λοκρίδος κακουργεῖν τὴν Εὔβοιαν, tema éste que el mencionado artículo de Ernout ha vuelto a poner de actualidad.

Kvíčala, en un estudio sobre el gerundio y el gerundivo latino, publicado en *Wiener Studien* I, 1879, págs. 237-9, fué quien, por primera vez, puso en relación la citada locución griega con la latina del gen. del gerundivo con valor final, atestiguada por primera vez en Terencio, *Ad.* II, 4, 6, *ne id assentandi magis, quam quo habeam gratum, facere existumes* (1). Frente a los que pretendían ver en la construcción latina una elipsis de «causa» o un grecismo artificioso, demostró Kvíčala que su origen era debido a una evolución propia de la lengua latina paralela a la seguida por el griego en el giro correspondiente del genitivo del infinitivo articular. En la base de ambas construcciones, según este autor, no hay sino un primitivo gen. subjetivo o posesivo: «Der Genetiv ist hier im Grunde genommen kein anderer, als der gewöhnliche subjetive oder possesive Genetiv; nur ist seine Anwendung etwas freiere eine übertragene». El valor final de dichas construcciones tendría su origen en el empleo del genitivo del gerundio y del infinitivo con el verbo *esse* o εἶναι en frases como Sal., *Cat.*, 6, 7, *regium imperium, quod initio conseruandae libertatis atque augendae reipublicae fuerat, in superbiam... conuortit;* Dem., VIII, 48, δοκεῖ ταῦτα καὶ δαπάνης μεγάλης καὶ πόνων πολλῶν καὶ πραγματείας εἶναι «Ser propio de», «servir para», «estar destinado a», son ideas que están muy cerca de la finalidad. De aquí, y al extenderse el empleo de dichos

(1) La independencia del giro griego y del giro latino, que no niega el propio Kvíčala, parece comprobada, cf. Einar Löfstedt, *Syntactica* I, págs. 169-172, Bassols de Climent, *Sintaxis histórica de la lengua latina*, I, págs. 276-78 y el artículo citado de Ernout: «dans cette brève étude... je me suis efforcé de montrer combien les faits grecs et latins sont independants les uns des autres». Para un giro similar en osco: *ocrer p(e)ihaner = arcis piandae* cf. von Planta *Gramm. der oskisch-umbrischen Dialekte*, II, 437.

genitivos con otros verbos, se llegó al uso final mencionado.

Quienes después de Kvíčala realizaron estudios de conjunto sobre el infinitivo, como Birklein, o sobre aspectos parciales del mismo, como Hewlet, aceptaron sin más la teoría de aquél y no se volvió a prestar excesiva atención a dicho asunto, ni se preocuparon los tratadistas de sintaxis de dar una explicación amplia y satisfactoria de dicho empleo lo suficientemente ilustrada con ejemplos (1). No obstante, en Kühner-Gerth, como en tantas otras ocasiones, y en Moulton se pueden encontrar algunos datos sobre este respecto, e igualmente en Schwyzer-Debrunner. Con más detenimiento ha tratado del tema que nos ocupa Ernout, en su reciente trabajo, cuyas conclusiones pasaremos a examinar a continuación. Mas hablemos primero de lo que enseñan Kühner-Gerth y Moulton sobre esta cuestión. Kühner-Gerth *(Ausf. Gr. d. gr. Spr.*, II, 2, 40) se expresa así: «Häufig steht τοῦ und namentlich negiert τοῦ μή c. Inf. als nähere Bestimmung eines ganzen Satzes zur Bezeichnung eines Zweckes, einer Absicht: damit, damit nicht. Dieser Gebrauch hat sich aus dem von einem Substantiv abhängigen attributiven Gen. entwickelt». Moulton *(A Grammar of New Testament Greek*, pág. 216), a su vez, dice lo siguiente sobre el infinitivo articular con valor final: «That with τοῦ started as a pure adnominal genitive and still remains such in many places . . . the extension which began in the classical period makes in later Greek a locution retaining its genitive force almost as little as the

---

(1) Así, por ejemplo, Brugmann en el capítulo del inf. de su *Gr. Gramm.* ni siquiera menciona este empleo y Wackernagel, *Vorlesungen*, I pág. 272, se limita a citarlo de pasada con estas palabras: «Eine Spezialität ist der besonders bei Thukydides belegte Genetiv des Infinitivs in finalem Sinne». Más extrañeza causa aún que un especialista en griego bíblico y de la altura de un Abel nos diga simplemente: «Ciertos gramáticos lo explican por elipsis de ἕνεκα, lo que se sostiene difícilmente», citando a continuación a Moulton: «es una locución que ha retenido tan poco de su fuerza genitival como el gen. absoluto» *(Grammaire du Grec Biblique*, pág. 312).

genitive absolute». Ambos autores consideran, pues, dicha locución como derivación de un primitivo genitivo adnominal.

Ernout, en cambio, opina que el empleo final de τοῦ con infinitivo no nace del gen. adnominal, es decir, de un gen. de dependencia, sino que es el resultado de la evolución de un uso que ya se encuentra en Homero: el del infinitivo sin artículo haciendo las veces de gen. de «l'objet concerné», tanto con verbos como en *Il.* 1, 8 Τίς τ'ἄρ σφωε θεῶν ἔριδι ξυνέηκε μάχεσθαι; («Qui donc d'entre les dieux les mit aux prises pour [ce qui est de] se battre dans une querelle?»), como con adjetivos: *Il.*, 1,589 ... ἀργαλέος γὰρ Ὀλύμπιος ἀντιφέρεσθαι («car l'Olympien est difficile quand il s'agit de lui résister») y sustantivos: *Il.*, 4, 510-11 ... ἐπεὶ οὔ σφι λίθος χρὼς οὐδὲ σίδηρος/χαλκὸν ἀνασχέσθαι ταμεσίχροα βαλλομένοισιν· (... «puisque leur peau n'est ni [de] pierre ni [de] fer pour ce qui est de (quand il s'agit de) résister au bronze qui entaille la chair quand ils sont touchés»). A partir de este sentido impreciso «por lo que respecta a», «cuando se trata de», el infinitivo ha podido servir para expresar la causa o la finalidad. Así, en *Il.*, 21 6-7 ἠέρα δ' Ἥρη/πίτνα πρόσθε βαθεῖαν ἐρυκέμεν («Héra étendait devant un épais brouillard pour les arrêter»). Pues bien, una vez que el griego recurre al infinitivo articular para precisar mejor el valor que dentro de la frase tenía éste y evitar la indeterminación a que una forma indeclinable daba lugar, echó mano del gen. del infinitivo para emplearlo en el sentido de dichos infinitivos homéricos. «De là l'emploi dans la prose attique d'infinitifs au génitif marquant le but ou la cause, c'est à dire avec le sens des infinitifs homériques cités plus haut» (pág. 99).

Por último, digamos que Schwyzer-Debrunner, *Gr. Gramm.* II, págs. 133 δ y 378, 8, incluye el giro de τοῦ c. inf. dentro del gen. de relación («Gen. der Beziehung, des Sachbetreffs»).

Mas todas estas explicaciones que hemos expuesto detalladamente tal vez pequen de incompletas. En efecto, el fundamento de tal construcción no lo pueden dar únicamente el empleo del gen. del infinitivo con el verbo ser (Kvíčala), ni

tampoco exclusivamente el gen. de relación (Schwyzer-Debrunner), ni se ha de considerar, a nuestro juicio, dicho giro como una simple continuación del libre uso del infinitivo homérico, como pretende Ernout. En la época en que aparece dicho giro por primera vez (Tucídides), la lengua ya sentía el gen. en dependencia de un sustantivo, adjetivo o verbo, y la prueba de que ello es así la proporciona, a nuestro juicio, la misma sustantivación del infinitivo, debida a la conveniencia de precisar la relación casual en que éste se hallaba. ¿Qué necesidad habría de precisar mediante τοῦ las relaciones imprecisas de los ejemplos homéricos aducidos por Ernout? El gen. de «l'objet concerné», el gen. de relación, es un caso particular del gen. adnominal, y no creemos que dé un fundamento lo suficientemente amplio para el desarrollo de la construcción absoluta de τοῦ c. inf. de valor final. Si bien es verdad que casos como Plat., *Ley.*, 869 d, κατὰ ταὐτὰ ἔστω τοῦ καθαρὸς εἶναι (gen. de relación) pueden haber servido de base para la evolución de este uso, tampoco se puede negar que hayan intervenido eficazmente en el mismo «genitivos objetivos», como en Tuc. I, 126: ἐπρεσβεύοντο ... πρὸς τοὺς Ἀθηναίους ἐγκλήματα ποιούμενοι, ὅπως σφίσιν ὅτι μεγίστη πρόφασις εἴη τοῦ πολεμεῖν; Dem., *Ol.* 1,7: οὐδε γὰρ λόγος οὐδὲ σκῆψις ἐθ' ὑμῖν τοῦ μὴ τὰ δέοντα ποιεῖν ἐθέλειν ὑπολείπεται; «gen. partitivos», como en Lisias 30,16: τοῦ μὲν γὰρ ὑμᾶς φυγεῖν μέρος τι καὶ οὗτος συνεβάλετο; mucho más eficazmente todavía «gen. epexegéticos», como Tucídides VIII, 39, 4: ἀγγελίαν ἔπεμπον ... τοῦ ξυμπαρακομισθῆναι, Lisias 27, 5: τότε ἔσται παράδειγμα τοῦ μὴ ὑμᾶς ἀδικεῖν; «gen. en aposición epexegética» a un pronombre en gen. que puede estar regido por un sustantivo, como en Plat., *Rep.* 518 d o por χάριν, ἕνεκα o περί en anástrofe, como Plat., *Banq.* 222 c ὡς οὐ πάντα τούτου ἕνεκα εἰρηκώς, τοῦ ἐμὲ καὶ Ἀγάθωνα διαβάλλειν; Menandro, *fr.* 94 Kock: τούτου γὰρ μόνου/ἕνεκα λέγειν νομίζεθ' οὗτος, τοῦ λαβεῖν (1). Añádanse los «gen. de cualidad», que Kvíčala

(1) No obstante dicho inf. en aposición epexegética puede encontrarse también con τό, en cuyo caso debe interpretarse como acusativo de relación. Así, por ejemplo, en Plat. *Banq.* 200 d Οὐκοῦν

ponía como origen de esta construcción, que se encuentran muy abundantemente empleados con adjetivos y el verbo εἰμί: Arist., *Const. de At.* 59, 1: Οἱ δὲ θεσμοθέται πρῶτον μὲν τοῦ προγράψαι τὰ δικαστήριά εἰσι κύριοι τίσιν ἡμέραις δεῖ δικάζειν, ἔπειτα τοῦ δοῦναι ταῖς ἀρχαῖς; Heródoto III, 12: τὠυτὸ δὲ τοῦτο καὶ τοῦ μὴ φαλακροῦσθαι αἴτιόν ἐστι, y se verá que la cantidad de casos que pueden haber servido de punto de partida al mencionado empleo es tan grande, que se resiste uno a creerlo derivado exclusivamente del gen. de relación. No es, pues, dicho gen. del inf. articular, a nuestro modo de ver, un simple uso antiguo del inf. remozado por un τοῦ puesto delante para mayor claridad, sino un uso secundario resultante de una evolución que ha tenido por punto de partida los casos citados anteriormente. Creemos, por tanto, que están más en lo cierto Kühner-Gerth y Moulton al afirmar que dicho empleo deriva de un gen. adnominal, concepto éste que puede abarcar a todos los casos citados.

Mas tampoco el gen. adnominal puede dar razón completa de este uso. Se ha observado en los autores, donde aparece este empleo del inf. articular, que existe una abrumadora proporción de la forma negativa frente a la positiva. Birklein señala que de los 33 ejemplos que procuran en total Tucídides, Jenofonte, Platón, Lisias y Demóstenes de este giro, hay tan sólo ocho afirmativos. En Tucídides, quien por primera vez lo emplea, la proporción es de diez veces τοῦ μή frente a dos veces τοῦ. Polibio, que sigue en esto el uso clásico, en once ocasiones ofrece τοῦ μή, y en una tan sólo τοῦ (cfr. Hewlet, *On the Articular Infinitive in Polybius*, en *Am. Jour. Phil.* XI, pág. 285). Menandro, que también conoce dicho empleo, muestra τοῦ μή en *Epitrepontes*, 350-1: τὰ κοινὰ ταυτὶ δ' ἀκκιοῦμαι τῷ λόγῳ τοῦ μὴ διαμαρτεῖν e *ibīd.*, 347-9:

τοῦτο γ' ἐστὶν ἐκείνου ἐρᾶν, ὃ οὔπω ἕτοιμον αὐτῷ ἐστιν οὐδὲ ἔχει, τὸ εἰς τὸν ἔπειτα χρόνον ταῦτα εἶναι αὐτῷ σῳζόμενα καὶ παρόντα. τὸ... εἶναι es una aposición epexegética a ἐκείνου y depende de ἐρᾶν. Para casos similares en Tucídides cf. Hess, *Substantivierter Infinitiv als Epexegese bei Thukydides* en *Rh. M.* 1938, pág. 95.

ἃ δ' ἂν λέγῃ προσομολογήσω τοῦ διαμαρτεῖν μηδὲ ἓν πρότερα λέγουσα, y la forma positiva en *Perikeir.* 56: εἰς ταὐτόν εἰσιν οἱ συνήθεις, τοῦ φέρειν αὐτὸν τὸ π[ρ]ᾶγμα ῥᾴον. Tal fenómeno, al que todavía no se le ha dado una explicación, creemos que no es fortuito y lo suponemos en conexión con el origen mismo de dicho giro. Conocida es la construcción de los verbos de obstáculo, impedimento y separación con τὸ μή c. inf., verbos que, como es sabido, también pueden regir τοῦ μή (y a veces τοῦ) c. inf. Pues bien, creemos que tal construcción ha desempeñado también su papel en la evolución del giro que nos ocupa, como nos lo muestran casos como Jen., *An.* III, 5,11: πᾶς γὰρ ἀσκὸς δυ' ἄνδρας ἕξει τοῦ μὴ καταδῦναι Plat., *Ley.* 925 d: μυρία ἐν ἀνθρώποις ἐμπόδια γίγνεται... τοῦ μήτινα ἐθέλειν πείθεσθαι. Es decir, que tampoco se debe descartar el gen. del infinitivo articular en función ablativa como uno de los posibles orígenes de τοῦ μή y τοῦ con inf. con valor final.

En resumen: para nosotros, dicha locución es una construcción absoluta, resultante de una evolución secundaria y mixta del gen. del inf. articular en función adnominal y en función ablativa (es decir, de un gen. griego como caso sincrético), especializada en sentido final debido al uso antiguo del inf. con este valor y a que el gen. no excluye dentro de las variadísimas relaciones que puede expresar una idea de finalidad y destino, por imperceptible que ésta sea (1). A que el nexo genitival que unía al inf. con una determinada palabra de la frase se rompiera por completo, originándose así la

---

(1) Así los llamados gen. de cualidad y relación. Recuérdese que en griego moderno el gen. ha sustituído al antiguo dativo y téngase asimismo en cuenta que en el N. T. se emplea más de una vez ἵνα con sustantivos como χρεία, ὥρα y χρόνος en vez del inf. con τοῦ esperado. Por lo demás tampoco se ha de descartar la influencia que por analogía pueden haber desempeñado aquí los giros con ἕνεκα o χάριν como Tuc. I, 45, 3 προεῖπον ταῦτα τοῦ μὴ λύειν ἕνεκα τὰς σπονδάς Dem. LIX, 122 τὰς μὲν γὰρ ἑταίρας ἡδονῆς ἕνεκ' ἔχομεν... τὰς δὲ γυναῖκας τοῦ παιδοποιεῖσθαι γνησίως; Plat. *Teet.* 173 e οὐδὲ γὰρ αὐτῶν ἀπέχεται τοῦ εὐδοκιμεῖν χάριν.

construcción absoluta, han contribuído dos causas. En primer lugar, la debilidad de este nexo (no la inexistencia, como opina Ernout) en algunas ocasiones, verbigracia, en el ejemplo de Platón citado anteriormente *(Ley.* 925 e), y en segundo lugar, la existencia de determinadas expresiones perifrásticas compuestas de sustantivo y verbo, en las que el inf. c. τοῦ no depende inmediatamente del sustantivo, sino del conjunto de la expresión, de la idea verbal contenida en ella, y que contribuyen a desligar el inf. del sustantivo y a hacerle perder su valor adnominal. Así, por ejemplo, Tucídides II, 56, 4; πρὸς τὴν πόλιν προσβαλόντες ἐς ἐλπίδα μὲν ἦλθον τοῦ ἑλεῖν (1). Por último, cooperan en este proceso gradual de separación del inf. de una determinada palabra de la frase los casos en que éste se unía como una aposición epexegética a un pronombre o a un sustantivo, como en los ejemplos anteriormente citados (Tuc. VIII, 39,4; Lisias XXVII, 5; Menandro, *fr.* 94 Kock, Platón, *Banq.* 222 c). De esta forma queda τοῦ, perdido por completo su valor casual, reducido a la categoría de una mera partícula que se agrega al inf. para indicar finalidad, de la misma manera, por ejemplo, que el neutro plural de ὅστις, ἅτε se ha especializado en sentido causal unido al participio (más adelante hablaremos de otro caso de τοῦ petrificado). Así aparece en Tuc. I, 4: τό τε ληστικὸν, ὡς εἰκὸς, καθήρει ἐκ τῆς θαλάσσης ἐφ' ὅσον ἐδύνατο, τοῦ τὰς προσόδους μᾶλλον ἴέναι αὐτῷ II, 22, 1: ἐκκλησίαν τε οὐκ ἐποίει αὐτῶν οὐδὲ ξύλλογον οὐδένα, τοῦ μὴ ὀργῇ τι μᾶλλον ἢ γνώμῃ ξυνελθόντας εξαμαρτεῖν; II, 22, 2: ἱππέας μέντοι ἐξέπεμπεν αἰεὶ τοῦ μὴ προδρόμους ἀπὸ τῆς στρατιᾶς ἐσπίπτοντας ἐς τοὺς ἀγροὺς... κακουργεῖν; II, 4; II, 32; II, 75; V, 27; V, 74; Jen., *Cir.* I, 3, 9: οἱ... τῶν βασιλέων οἰνοχόοι... εἰς τὴν ἀριστερὰν χεῖρα (οἴνου) ἐγχεάμενοι καταρροφοῦσι, τοῦ δὴ, εἰ φάρμακα ἐγχέοιεν, μὴ λυσιτελεῖν αὐτοῖς; I,6, 40 τοῦ δὲ μήδ' ἐντεῦθεν (τὸν λαγὼ) διαφεύγειν σκόπους... καθίστης.

---

(1) La construcción con el simple inf. e incluso con el inf. con τό siempre es posible: Tuc. II, 80, 1 (λέγοντες) ἐλπίδα δ' εἶναι καὶ Ναύπακτον λαβεῖν Sof. *Ant.* 235-6 τῆς ἐλπίδος γὰρ ἔρχομαι δεδραγμένος/τὸ μὴ παθεῖν ἂν ἄλλο πλὴν τὸ μόρσιμον.

Econ. 7, 19; Plat., *Gorg.* 457 e: μή με ὑπολάβῃς οὐ πρὸς τὸ πρᾶγμα φιλονεικοῦντα λέγειν τοῦ καταφανὲς γενέσθαι; *Ley.* 714 d; Dem. 24, 36: ἐκτιθέναι κελεύει τοῦ προειδέναι πάντας; 18, 107; 38, 24; 54, 18; Polibio V, 102, 6: καὶ συνυποκριθεὶς ὡς ἐμβαλῶν εἰς τὴν Ἠλείαν τοῦ μὴ δοκεῖν λίαν ἕτοιμος εἶναι πρὸς τὴν τοῦ πολέμου κατάλυσιν; II, 34, 1, etc.

Quédanos ahora por decir dos palabras acerca de la evolución de este giro en la κοινή. Ya hemos apuntado arriba que Polibio lo conoce. Asimismo Menandro, en los fragmentos que de él nos han restituído los hallazgos papirológicos, ofrece tres ejemplos. Dato significativo es éste que nos demuestra que el giro de que hablamos había trascendido de la prosa culta en que nace (téngase en cuenta que ni Aristófanes ni la tragedia muestran ejemplo alguno del uso final del gen. del inf. articular) al lenguaje familiar. No obstante, en los papiros ptolemaicos no se encuentra, según Mayser (1), ningún ejemplo de τοῦ c. inf. de valor puramente final, aunque sí está atestiguado el uso consecutivo, que no es sino una derivación del empleo final. En cambio, en los Setenta y en el N. T., el uso de τοῦ y τοῦ μή c. inf. está ampliamente atestiguado no sólo en los conocidos empleos adnominal, epexegético y adverbal, sino también con el valor final de que nos hemos ocupado y con valor consecutivo (abundando más la forma positiva que la negativa, lo que indica que dicha construcción no se sentía ya en relación con la de los verbos de obstáculo e impedimento). Con este último valor, por ejemplo, en *Sab*, 10, 8: ἐβλάβησαν τοῦ μὴ γνῶναι τὰ καλά; *Rom.* 7, 3: ἐὰν δὲ ἀποθάνῃ ὁ ἀνήρ, ἐλευθέρα ἐστὶν ἀπὸ τοῦ νόμου, τοῦ μὴ εἶναι αὐτὴν μοιχαλίδα γενομένην ἀνδρὶ ἑτέρῳ. Este empleo consecutivo es más frecuente en los Setenta que en el N. T. (2), y de él se encuentran ejemplos en los papiros, como hemos dicho; así, el Pap. Soc. It. IV, 340, 17, citado por

(1) Mayser, *Grammatik der griechischen Papyri aus der Ptolomäerzeit* II *Satzlehre*, págs. 321-2.

(2) Cf. Votaw, *The use of the Infinitive in Biblical Greek*. Chicago, 1896, pág. 25.

Mayser: ἐὰμ μὴ δύνωμαι Ἡγήμονα πεῖσαι τοῦ (= ὥστε) γράψαι. Por último, señalaremos que en algunos casos se emplea τοῦ en los Setenta con verbos que en ático exigirían inf. sin artículo (1): *Jeremías*, 18, 8: μετανοήσω περὶ τῶν κακῶν ὧν ἐλογισάμην τοῦ ποιῆσαι; I *Mac.*, 6, 27: οὐ δυνήσῃ τοῦ κατασχεῖν αὐτῶν. Incluso como sujeto en II *Par.*, 6, 7: ἐγένετο ἐπὶ καρδίαν Δαυεὶδ τοῦ πατρός μου τοῦ οἰκοδομῆσαι οἶκον τῷ ὀνόματι κυρίου (en el N. T. también en *Act.*, 10, 25: ὡς δὲ ἐγένετο τοῦ εἰσελθεῖν τὸν Πέτρον). Los papiros ofrecen también ejemplos similares, como, verbigracia, el Petr. III, 20, col. 3 (= II 19, 2 c), 6 (246ª), citado por Mayser: Δημήτριος δ' ἐξητάσθη τοῦ μὴ γνῶσιν ἐκτεθῆναι, ἀλλ' ἐπ' αὐτῶν διαλυθῆναι. Nos encontramos, pues, ante un nuevo caso de τοῦ petrificado, con pérdida absoluta de su valor casual y convertido en una partícula comparable al «to» inglés o al «zu» alemán (2). El origen de este empleo expletivo de τοῦ tal vez haya de verse en las antiguas perífrasis de sustantivo más verbo, equivalentes en el fondo a un simple verbo, tipo Tuc.: ἐς ἐλπίδα μὲν ἦλθον (= ἤλπισαν) τοῦ ἑλεῖν. Al aumentar el número de estas expresiones, producíase entre ellas y la construcción con el verbo simple una contaminación. Así, en el ejemplo anteriormente citado, οὐ δυνήσῃ τοῦ κατασχεῖν αὐτων, tal vez haya podido intervenir una expresión como ésta: οὐχ ἕξεις δύναμιν τοῦ κατασχεῖν αὐτων, o giros adjetivales como οὐ δυνατὸς ἔσῃ τοῦ, οὐχ οἷός τε ἔσῃ τοῦ (3). Compárese esto con el vulgarismo castellano «tengo de hacer», contaminación de «he de hacer» y «tengo que hacer». Creemos, pues, que en estos casos, el empleo de τοῦ en los Setenta no es debido a un hebraísmo (4),

---

(1) Cf. Abel, *Gramm. du Grec Bib.*, págs. 310-11, Blass-Debrunner, *Grammatik des neutest. Griech.*, págs. 179-182, Votaw, *op. cit.*, páginas 21-23.

(2) Cf. Schwyzer-Debrunner, *Gr. Gramm.* II, pág. 372, 8.

(3) Como precedentes cf. Menandro *Samia* 25-6 ἐν ἀσφαλεῖ εἶναι νομίσασα τοῦ λαλεῖν προσέρχεται y Plat. *Ley.* 869 b ὥστ' εἴπερ οἷόν τ' ἦν τοῦ πολλάκις ἀποθνήσκειν τὸν αὐτόν. El τοῦ que dan los manuscritos ha desconcertado a los modernos editores que lo ponen todos entre corchetes, salvo Schneider, o corrigen en τό, como Burnet.

(4) Thackeray, en cambio *(A Grammar of the Old Testament in*

como lo indica el testimonio de los papiros, sino a una evolución propia del inf. articular griego. Dicho τοῦ, en su origen una forma flexiva del artículo unida al inf. para expresar una verdadera relación casual, se ha convertido primero en una mera partícula de valor final, que secundariamente pudo expresar la consecuencia, y, por último, en una partícula neutra, puramente formal y desprovista de sentido, que tan sólo servía para poner de relieve el carácter nominal del infinitivo. Vemos, pues, en este fenómeno una prueba más de la profunda alteración que supuso para el sistema del inf. griego su sustantivación, que yendo en progresión creciente terminó por provocar su ruina y convertirlo en un simple sustantivo (1).

LUIS GIL.

Greek according to the Septuagint, I, pág. 24) supone que en el inf. c. τοῦ han visto los traductores hebreos una forma cómoda para verter al griego el infinitivo hebraico con ל. Votaw *(op. cit.*, pág. 54) cree lo contrario. «In Hebrew the article is not used with the infinitive. The conspicuous frequency of the articular infinitive in the O. T. is not therefore an imitation of the Hebrew».

(1) No podemos comprender cómo Michel Bréal en su *Essai de Sémantique* (Paris, Hachette, 1924) se expresa así: «On demandera comment le grec ayant eu autrefois l'infinitif, a pu le laisser tomber en désuétude au moyen âge. Cette perte est, en effet, l'un des événements les plus surprenants de la lingüistique indo-européenne, car de dire, comme on l'a fait récemment, que l'infinitif grec s'est perdu parce qu'il était trop souvent employé, c'est une explication qui dépasse les intelligences ordinaires».

*ANTEDIES

La construcción *ante diem tertium Kalendas Iunias*, única usual y que aparece desde el comienzo de nuestra tradición (y no la 'lógica' *die tertio ante K. Iun.)*, aunque «von Paulus Manutius im XVI Jahrhundert an haben sich die Latinisten mit dieser für modernes Empfinden seltsamen Ausdrucksform abgequält» (Wackernagel, *Vorl. Synt.*, II, 194), está lejos de haber recibido su explicación. Pensar, como ha sido lo más común con más o menos variantes [v. Hand Tursellinus, I, 378 ss., y Wackernagel, *l. c.;* incluso el opúsculo de Salonius *Zur römischen Datierung*, *Ann. Acad. Fennicae*, Ser. B., XV, 10, 1922 (1)] y como todavía en la *Syntaxe latine* de Ernout-Thomas, pág. 98 s., que «dans las formules du type *die tertio ante Kalendas*... la prép. *ante* était couramment reportée en tête, et tous les termes se mettaient à l'accusatif», no es explicar nada, pues ni se ve por qué había de producirse tal alteración [¿cómo se puede tener por causa que

---

(1) Conocemos la noticia de W. Kroll, *Gl.* XIV, 280 s.: «S. gibt reichliches Material für die historische Entwicklung dieser Ausdrucksweise, sucht sie aber namentlich syntaktisch su deuten... Anstatt die quinto ante Kalendas zu sagen, haben die Römer durch die Anfangsstellung des *ante* sogleich den Platz des betr. Monatstages in Verhältniss zu den Kalenden angeben worden. Dies führte aber eine Anderung mit sich: der unmittelbar hinter *ante* folgender Abl. *die quinto* musste durch den Akk. *diem quintum* ersetzt werden... Jedenfalls—opina Kroll—ist die Erscheinung von a milibus passuum duobus nicht zu trennen.»

«c'était là une anticipation mécanique, facilitée par l'analogie des tournures *paucos ante annos, ante biennium*, où *ante* était adverbe» (1), o que, como Wackernagel, *l. c.*, refiere la opinión común, la inserción de *die tertio* entre la prep. y su caso fué «um dem Ausdruck runden Abschluss zu geben»? (2)] ni se explica que no aparezcan restos antiguos de la supuesta 'fórmula' primitiva.

Es Wackernagel en las citadas páginas 194 ss. del tomo II de sus *Vorlesungen* el primero (y sin encontrar, que sepamos, resonancia) que ha dado un paso por el buen camino; no en la explicación de la primera parte de estas construcciones, donde cree simplemente que «ein numeral bestimmter Akkusativ mit ante kann den Abstand eines Vorganges von eines folgenden zweiten bezeichnen, z. B. *paucos ante annos* 'wenige Jahre vorher'», de donde «*ante diem tertium* 'am zweiten Tage vor(her)» (3), donde claro está que no podemos seguirle, 1.°, porque es muy distinta construcción *paucos ante annos* que *ante paucos annos* (y sobre las de este tipo, v. más abajo); 2.°, porque un normal Ac. temporal «pocos años antes» no sirve para explicar un Ac. donde claramente se esperaría un Abl. temporal, para expresar «*en* el tercer día antes»;

---

(1) Cfr. la crítica de Wackernagel, *l. c.*: «Aber warum sollte ein *die tertio* in so harter Weise eingeschoben worden sein?» Sobre la desemejanza y menor antigüedad de los tipos *paucos ante annos*, etc., v. más abajo.

(2) Desde luego (v. nota de la página anterior), una vez supuesta la prótesis de *ante*, la transformación mecánica del Abl. en Ac. es legítimo suponerla, y para ello es buen apoyo el caso, a que se acude, de *postmodum* < *post modo*.

(3) Acompaña el autor interesantes paralelos de diversos dialectos griegos: de un lado, át. πρότριτα, cret. πρότριτον (frente a la expresión corriente πρὸ τρίτης ἡμέρας), del otro, construcciones con aparente doble régimen, como la del mesenio πρὸ ἀμερᾶν δέκα τῶν-μυστηρίων (cfr. cret. πρὸ ἀμαρᾶν δέκα ἢ...; el 2.° G. es, pues, un G. de comparación, como con πρότερον), todas ellas formaciones y construcciones analógicas y ni mucho menos equivalentes a la latina en lo que ésta tiene de más problemático.

3.° y principal, porque las construcciones *paucos ante annos* no aparecen hasta Livio, y las realmente próximas más tarde aún, *ante biennium* en Veleyo, *ante annum* en Columela (v. Draeger, I, 598), con lo que es mucho más natural pensar que, al revés, estas construcciones se debieran a la analogía con la usual fórmula que ahora tratamos de explicar; pero sí nos parece encaminado al decir que el segundo acusativo, *Kalendas Iunias*, se explica «weil *ante diem tertium* wie ein einfaches, Anterioritätausdrückendes *ante* wirkte», y comparar con *pridie* y *postridie* más acusativo.

En efecto, el buen camino parece inevitablemente empezar por la relación de la construcción con la palabra *prīdie* (con Ac. en vez del G. normal, por ejemplo en Cic., *Att.*, II, 23, 2, *pridie eum diem*, y más frecuentes *pridie Kalendas, Nonas, Compitalia)*, la cual, sin duda, es una forma de locativo, como *postrīdie*, con primer elemento **prei* (como **post(e)rei)*, Loc. de la forma 'temática', como *prae* < *prāi* lo sería del 'tema en *-a*', y segundo elemento, el Loc. de *dies, diē (<diēi?); cfr. meridie <*medieidiēi, diē quartē (<quartei?);* Locativo, en suma, de un compuesto **prodies*, 'víspera', junto a **posterosdies*, 'día siguiente', de los que, por obvias razones, no se mantiene (o no se crea) sino el Loc., lo mismo que del compuesto **hodies*, u **hoidies*, 'el día presente', sólo conocemos *hōdie*. Pues bien, en seguida se nos ocurre, ante esa expresión de la 'víspera', la posibilidad de una expresión semejante para el 'día anterior en general', **antedies* (o **antīdies* con la igualación de siempre entre el vocalismo del prefijo y el del adv.-prep.); compuesto que, al igual que *pridie*, y como el adj. *propior, proximus*, tendría la capacidad de regir un acusativo (1);

(1) Tanto la interpretación del 2.° Ac. por Ac. de relación, como por Ac. de dirección, son sumamente improbables; por otra parte, es general admitir que el Ac. con *pridie* se deba a analogía de *ante* (v. Ernout-Thomas, pág. 100) o de *ante diem tertium* más Ac. (v. Wackernagel, *l. c.*, que se pregunta por la dirección de la analogía); de suponer valor local a los casos, el Ac. sería el propio de *pridie* (y

(pero en cuanto a esto, v. más abajo otra posibilidad); usado, como *pridie* y *postridie*, exclusiva o casi exclusivamente en el Loc. para la datación, *antediē tertiō* (o *antediēi tertiei) Kalendas Iunias*, quedó como expresión petrificada en esta forma; y así, sólo la pérdida de conciencia de la existencia de tal compuesto **antedies* junto con la creación y frecuencia de la prep. *ante* con régimen acusativo, produjo de la manera más natural y previsible que *ante* se entendiera como prep. y su 'régimen', *die tertio* adoptara la forma normal *diem tertium* (1).

Definitivo apoyo a esta creencia ofrece el hecho de que con cierta frecuencia aparezcan las fórmulas precedidas, 'regidas', por una verdadera preposición; así, Cic., *Cat.*, I, 7, *in ante diem V Kal. Nouembres*, e. e. *in antediem V*, «para el quinto 'antedía' a las calendas de Noviembre». ¿No es esto evidentemente, mejor que producto de analogía, conservación del estado primitivo?

El segundo acusativo de la construcción, *Kalendas Iunias*, lo hemos, pues, explicado según Wackernagel, *l. c.*, insinuaba, como un Ac. dependiente de *antedie*, bien porque se tratara de un primitivo acusativo-lativo, «'antedía' hacia las calendas», bien porque el compuesto nominal *antedie* se habría apropiado el régimen de Ac. de *ante* (como *proximus* el de *prope)*; sin embargo, ninguna de ambas hipótesis satisface por completo: el lativo temporal *Kal. Iunias* queda sin paralelo cercano, y *antedie* mal pudo tomar nada por analogía de *ante*, cuando suponemos la construcción más primitiva que el régimen de Ac. adscrito a *ante*.

Por lo cual no podemos considerar sin atractivo la idea, aunque de tan poco éxito, de E. Cocchia, *Saggi Glottologici*, Nápoles, 1924, pág. 68, de que *Kalendās*, *Nonās* fueran ge-

---

antedie), indicando el día 'hacia' el que se va, el G., de *postridie* (y **post(i)die)*, para el 'del' que se viene. Pero v. al final del artículo.

(1) Posible sólo es la existencia paralela de un **post(i)dies*, del que provendrían las construcciones como *post diem sextum* (< **post(i)die sexto)*, «en el sexto 'trasdía'».

nitivos de singular originariamente, que luego, al ser concebidos como acusativos de plural (acaso—añadimos ahora—al considerarlos como régimen de *ante*, por tmesis o ἀπὸ κοινοῦ), sería únicamente lo que hizo surgir los 'pluralia tantum', *Kalendae*, *Nonae* (la ambigüedad de *Idūs* sería elemento coadyuvador). Y así, siendo la construcción originaria la que aparece con *pridie eius diei*, «la víspera de este día», *antedie tertio Kalendas*, «en el tercer 'antedía' de la 'calenda'», (1) la analógica sería la de acusativo (2).

AGUSTÍN GARCÍA.

Universidad de Salamanca.

---

(1) Un retorno a la situación primitiva sería la construcción tardía; por ejemplo, en Paulo, *Dig.* L, 16, 132, *ante diem decimum Kalendarum;* Prisciano *(G. L.* III, 316) leía tal G. en lugar de Ac. en Cic., *Cat.* I, 7, precisamente el caso (v. pág. anterior) en que más claramente aparece conservado el sentimiento de existencia de **antedies*.

(2) Impreso este artículo, leemos en *Anales de Filología Clásica* V, p. 51, en el art. «El Gerundivo y la relación entre sustantivo y adjetivo» de A. Tovar, la opinión de éste de que en la construcción estudiada tendríamos «dos complejos nominales, uno dependiente del otro, que se han igualado en caso, pasando a ser regidos por la misma preposición desde un sintagma primitivo *die septimo ante Kalendas Maias*». Aparte algunas objecciones de las expuestas a teorías anteriores, a que ésta no se substrae, es evidente que la fecunda idea de la igualación de casos, certeramente aplicada por el autor a la explicación del gerundivo y otras construcciones, resulta aquí mucho más forzada.

EL VALOR DE LA NOVELA ANTIGUA A LA LUZ DE LA CIENCIA DE LA LITERATURA

La atenta consideración de las obras de la llamada novela antigua suscita importantes problemas de valoración. Han pasado ya setenta y siete años desde la aparición del *epochemachend* libro de Erwin Rohde (1), y mucho se ha trabajado desde entonces, siempre sobre la base de ese libro, que ha sido estimado con una veneración extraordinaria; excesiva quizá, si se tiene en cuenta que ya antes de la muerte de Rohde, y de publicarse la segunda edición, unos papiros descubiertos por Wilcken habían venido a invalidar algunos de los puntos de vista fundamentales de Rohde (2), nada menos que en el aspecto de la cronología, al que tan insistente atención se ha venido consagrando. Porque, ciertamente, du-

---

(1) E. Rohde, *Der griechische Roman und seine Vorläufer*[3], Leipzig 1914. La primera edición es de 1876.

(2) Sobre este descubrimiento y sus consecuencias, v. W. Schmid en Rohde[3], págs. 605 y 610 (Anhang). Por otra parte, como también señala con justeza Schmid (pág. 609), Rohde consideró novela sólo el género fictivo erótico (que desde luego es el único que merece esta consideración en la literatura griega), examinando sólo en calidad de precedentes, a diferencia de Chassang, y modernamente Helm, los tipos llamados novela filosófica, religiosa, realista y mitológicohistórica. El intento de superación de los puntos de vista de Rohde es sobre todo reciente, pero sólo tímidamente apunta, aunque de un modo fructífero y luminoso, en O. Weinreich, en su importante *Nachwort* a la traducción alemana de Heliodoro *(Aithiopika, Ein griechischer Liebesroman*, übertragen von R. Reymer, mit einem Nachwort von O. W., págs. 323-380, Zürich 1950).

rante los últimos ciento treinta años aproximadamente se ha venido atribuyendo a las cuestiones de fecha una importancia preferente sobre toda otra cuestión en todos los dominios de las ciencias del espíritu. Esto se nos ha inculcado casi desde las primeras etapas de nuestra educación, y ha alcanzado casi la generalidad de un axioma la peregrina idea de que es posible que llegue un día en que los descubrimientos, sean de papiros o de otra índole, hagan cambiar radicalmente nuestro conocimiento de la Antigüedad. Idea peregrina, digo, porque tal cosa no ha ocurrido hasta ahora nunca, a pesar de los «revolucionarios» descubrimientos de los siglos XIX y XX. Precisamente en el terreno que nos ocupa, el hallazgo que he mencionado y otros que siguieron hicieron cambiar la cronología hasta el punto de que ya W. Schmid, en 1914, consideraba como primera de la serie de las novelas griegas conservadas enteras exactamente la que Rhode había puesto en último lugar, la de Caritón de Afrodisias, cuya fecha quedó adelantada en casi cinco siglos (1); pero esto no significó en modo alguno un cambio radical en nuestro conocimiento de Caritón ni de la novela antigua; si así fuera, no se habría estimado digno de ser reeditado por tercera vez el libro de Rohde, que habría pasado a convertirse en una mera ilustración curiosa de cómo se equivocan los sabios. De lo que sí hubiera debido servir ese y los demás descubrimientos «revolucionarios» es de aviso para no tener excesiva fe en las construcciones cronológicas, y, por tanto, para no empeñarse en edificarlo todo sobre la cronología. Es cierto que nunca, a pesar de las ideas dominantes, se han abandonado del todo los aspectos independientes de la cronología en el estudio de la literatura (2), y esto es lo primero que nos ani-

(1) V. Schmid *l. c.*, pág. 610. En general sobre la nueva cronología, v. R. M. Rattenbury en Powell, *New Chapters in the History of Greek Literature*, third series (1933), págs. 220-254, y mejor aun Weinreich, *Nachwort*, pág. 328 sigs.

(2) Así, por ejemplo, un investigador que sólo se ha interesado por cuestiones cronológicas y textuales de la novela antigua, F. Zim-

ma al intento de puntualizar y profundizar esos aspectos.

En el estudio de la literatura nos encontramos siempre, como en los demás campos de la cultura, con el hecho condicionante de la irreversibilidad temporal de las obras objeto de estudio: lo que tiene precedentes no puede en modo alguno ser de la misma clase que lo que no los tiene, puesto que el sentido de la marcha del acontecer es uno solo, y mientras en lo *segundo* hay *primero* y *segundo*, en lo *primero* no hay *segundo* en absoluto. E inmediatamente surge el problema del *clasicismo*. Este es precisamente el problema que indirectamente plantea Wilamowitz cuando, en su introducción a la literatura griega, postula enérgicamente, como una urgente necesidad, la desclasicización e historización de la literatura clásica, es decir, la necesidad de despojarla de toda la carga de apoteosis, de ejemplaridad y de elaboración que le han echado encima los siglos subsiguientes, y de entenderla rigurosamente como documento de época, encuadrándola con exactitud en el marco histórico y estudiando cada autor para conocer la obra (1). A las ideas de Wilamowitz puede objetarse, en primer lugar, que la desclasicización no puede hacerse sin perturbar la comprensión de la realidad de la literatura clásica; pues la estimación clasicista, sea del con-

---

mermann, ha escrito recientemente, a propósito de la falta del texto original de Jenofonte de Efeso (Würzburger Jahrbücher für die Altertumswissenschaft 4, Heft 2, 1949/50, pág. 286): *bis dahin* [hasta que se descubra algo de dicho texto] *hat nun der solide Interpret des Vorhandenen das Wort.*

(1) Como he indicado en otro lugar *(Estudios Clásicos*, núm. 9, mayo de 1953, pág. 84), la postulación de historizar la literatura se encuentra formulada de un modo muy concreto ya por Goethe en el año 1822, en *Über Kunst und Altertum* 3, 3 (en una reseña *Vom Knebels Übersetzung des Lucrez)*, y puede considerarse, como implícitamente señala el mismo Wilamowitz, como una aplicación a la literatura de ideas de Winckelmann; el impulso procedía sobre todo de Herder. En cuanto a la postulación de Wilamowitz, se encuentra principalmente formulada en *Die griechische Literatur des Altertums*[3], Leipzig-Berlin, 1912, pág. 3 sig.

junto de la literatura antigua como clásico frente a lo posterior, sea de las partes clásicas de la literatura antigua con relación a las postclásicas, cuenta con una base de insuperable firmeza en el hecho de la irreversibilidad. Todo lo que vino después de lo clásico tuvo que aceptar, que pechar con algo que ya estaba hecho, con un espléndido bloque que realmente se levantaba y no era posible ignorarlo. Lo *primero* tiene necesariamente que constituir una categoría netamente opuesta a lo *segundo*, que es todo lo que ha venido después; y cuanto más tardía sea la fecha que elijamos convencionalmente para comenzar lo *no clásico*, tanto mayor será la oposición de este conjunto con el conjunto clásico anterior, y sobre todo con su primera sección, pues tanto mayor será la carga de previa elaboración que verosímilmente ha de «influir» en lo *no clásico*, y paralelamente tanto menor será esa carga en lo clásico, hasta el punto de ser nula en lo que es absolutamente inicial (admitiendo simplemente tal inicialidad, como sin duda la admite Wilamowitz al decir que la literatura griega se ha desarrollado a partir de sí misma). Por tanto, si por una parte sería vicioso considerar superior a lo clásico simplemente por ser lo primero (que es la razón fundamental de que se haya considerado clásico ya en la Antigüedad, pues las abstracciones sobre la perfección de lo clásico se hicieron ya desde Aristóteles sencillamente sobre la base de lo poco, aunque grande, que existía, y, por tanto, desde Aristóteles lo clásico ha sido sencillamente una selección hecha sobre lo *primero)*, por otra parte no sería menos vicioso olvidar todo lo que efectivamente hay de *primero* en lo *segundo*, mientras que nada de *segundo* hay en lo *primero*.

Pero más importante aún es otra objeción que puede hacerse a Wilamowitz (1). En esa postulación suya de histo-

(1) A Wilamowitz como autorizado portavoz de ideas de su época, pues siendo sin la menor duda el más genial de todos los filólogos y estando rodeado de una veneración nunca bastante justa, las objeciones se dirigen a la base de su formación y no a su persona ni a su obra.

rización de la literatura clásica, en la que resuenan ecos que más que de Winckelmann y Goethe son de Taine y de Darwin, hay un doble equívoco fundamental: el de pretender conocer sin saber qué es conocimiento, y el de pretender captar la sucesión de las cosas sin saber qué son las cosas. Es la gran deficiencia del positivismo, como se viene señalando ya hace años en diversas disciplinas, y mejor que por nadie, y con toda la generalidad y lucidez apetecibles, por Cassirer (1). Precisamente el concepto de *hecho histórico*, término que informa toda la labor de aquella época, plantea cuestiones de máxima trascendencia para la inteligencia de la novela antigua. El positivismo creyó encontrar la clave de la ciencia en el simple aferramiento a los hechos, sin advertir que los hechos no son ninguna clave, sino precisamente lo más problemático de todo conocimiento. El hecho histórico es una recreación ideal del hecho pasado y no una repetición objetiva del mismo (2), y, por tanto, la historia no puede definirse simplemente como verdadera en oposición a la ficción, pues también en la recreación ideal del hecho histórico hay ficción, es decir, interpretación ideal, simbólica, selectiva. El problema fundamental en la necesaria interpretación previa al trabajo histórico es el de la *elección*, estrechamente ligado con el de la *verdad*. Este último concepto se ha venido

---

(1) Sobre la necesidad de sistematizar estructuralmente, generalmente reconocida ya en todas partes, y de interpretar con arreglo a *naturaleza*, interpretación previa y necesaria para entender la *sucesión*, v. E. Cassirer, *Antropología filosófica*, Méjico, 1945, págs. 137 y sobre todo 315.

(2) V. Cassirer 319 sigs., 344 («antes de juzgar, tratar de comprender e interpretar»), 356 («en la historia la interpretación de los símbolos precede a la recolección de los hechos, y sin interpretación no hay manera de aproximarse a la verdad histórica»). Interesante es el estudio que sobre problemas concretos de la reproducción en ciertas narraciones de Flavio Josefo presentó M. Braun, *Griechischer Roman und Hellenistiche Geschichtschreibung*, Frankfurt 1934, especialmente pág. 9; pero hay más bien problemas que soluciones: v. también página 118.

utilizando durante tres o cuatro generaciones como un símbolo de la diferencia entre la manera moderna de hacer historia y la antigua, entre un Ranke o un Rostovtzeff y un Tucídides o un Tito Livio; la historia moderna, se nos ha dicho (y aún se sigue diciendo por doquier), busca la verdad, y la antigua busca otras cosas. Esta absurda inepcia se nos ha venido inculcando como un dogma, con tan ramplona superficialidad, con tan obcecada insistencia, que se hace necesario puntualizar la cuestión, sobre todo teniendo en cuenta que hasta en las mejores exposiciones sobre los historiadores antiguos se deja sentir de algún modo la influencia de esa idea y se echa de menos una postura firme y clara en cuanto al valor de la historia antigua en comparación con la moderna (1).

Así, pues, en esta necesaria tarea de la puntualización, diremos que en la historia no pueden entrar *todos* los hechos y aspectos de la realidad, porque es imposible abarcarlos todos; pues hasta en un espacio reducido, por ejemplo, en una aldea, y en un período reducido, en un día, es imposible referir no ya todos, sino ni aun una parte considerable de las realidades allí acontecidas, puesto que es infinita la divisibilidad de la realidad: realidad es, por ejemplo, el trabajo de un hombre con la azada, y realidad, cada uno de los infinitos momentos de ese trabajo. Por tanto, el historiador ha de se-

---

(1) V., por ejemplo, la introducción de F. Rodríguez Adrados a su traducción de Tucídides, Madrid 1952, tomo I, especialmente página 34 sig., donde se nos dice que «nuestro exacerbado sentimiento histórico... aunque tiene el mérito de haber logrado por primera vez la construcción de una historia *científica* del pasado, *ha exagerado* al señalar las diferencias entre las distintas edades, y no siempre es propicio a reconocer valor intemporal a lo que, como la Historia de Tucídides, lo tiene eterno». Lo que se echa de menos aquí y lo mismo en los análisis que siguen, especialmente el de los discursos, es precisamente una exposición definida y neta del por qué de ese *valor eterno*, a pesar de faltarle en absoluto «un sentido histórico relativo como el nuestro» (pág. 33); es, pues, un enfoque decidido y seguro sobre el valor de los diferentes modos de hacer historia lo que falta.

leccionar entre los hechos y aspectos de la realidad los que son significativos, los que sirven para algo (1). Ahora bien, el ser significativo o el servir para algo no puede determinarse más que aplicando una medida, un criterio que necesariamente tiene que ser previo, y este criterio no es, evidentemente, la *verdad*, puesto que se trata de escoger, entre las cosas que son verdaderas, aquellas que tienen valor con arreglo a ese determinado y particular criterio. Por tanto, no es exacto decir que en la concepción moderna de la historia importa sólo la verdad, mientras en la antigua importaba más el «arte»; simplemente el criterio para escoger es distinto ahora. Nada puede concebirse seguramente más verídico que los discursos de Tucídides, y, sin embargo, nada menos literal. Y no cuando se concibe la historia como *opus oratorium maxime* se subordina la verdad a las necesidades de la oratoria *más que* se subordina, en cualquier otra concepción, a las finalidades propias de ésta. Subordinación hay siempre desde el momento en que, siendo necesario elegir,

---

(2) El tema de la necesidad de la elección fué abordado en diferentes ocasiones por H. Rickert con gran acierto; v. por ejemplo *Ciencia cultural y ciencia natural*, Madrid, Espasa-Calpe, 1943, pág. 131, aunque desde luego no es admisible la radical separación que hace Rickert entre historia y arte, superada después (v. especialmente Cassirer 340). También sobre la necesidad de la elección hay una exposición modelo en E. Ermatinger, *La ley en la ciencia literaria* (en *Filosofía de la ciencia literaria*, Méjico 1946; trad. de la ed. alemana de 1930), pág. 355 sig.: «¿Cómo sacar del acervo general de los materiales aquellos que necesitamos para nuestra investigación, si no conocemos previamente cuáles son sus características? ¿Cómo escoger, por ejemplo, entre un montón de judías, lentejas y guisantes, solamente las lentejas, si no empezamos por saber qué es una lenteja?... en toda inducción nos dejamos guiar desde el primer momento por un elemento deductivo» (y a continuación cita a Rickert). Ermatinger se refiere aquí exclusivamente a supuestos lógicos previos del conocimiento. También ha insistido recientemente sobre la elección H. Fränkel, *Dichtung und Philosophie des fruehen Griechentums*, New York, 1951, página vii.

hay que adoptar un criterio previo, y este criterio nunca es la verdad, sino un enfoque especial sobre alguna de las múltiples caras de la verdad. En la Antigüedad, ese enfoque, ese criterio previo, fué una finalidad de carácter moral, político o filosófico. En la actualidad, la finalidad es una abstracción: el *conocimiento*, para el historicismo, de lo manifestativo, para otras direcciones, de las cosas y sus valores; pero se trata de una finalidad de la misma calidad y que sólo difiere en especie de las antiguas, es decir, es un criterio igualmente, e igualmente previo. Y el historiador jamás prescinde de prejuicios; pues aun en el caso más extremo que podamos imaginar (y que apenas es imaginable), el de un historiador que prescindiera en absoluto de toda clase de simpatías o de ideas propias sobre religión, sobre economía o sobre cultura, a este historiador siempre le queda una cosa previa, que en los siglos XIX y XX es siempre alguna concepción dependiente de la *Quellenforschung*, y que es lo que le sirve para su selección de los materiales; y esa concepción es ya un prejuicio, es ya algo que *prejuzga* el valor relativo de las partes historiables del acontecer, cargando fatalmente el acento sobre alguna de ellas (economía, instituciones privadas, religión, política, etc.) o sobre varias a la vez, o aun sobre todas a la vez, lo que es igualmente un prejuicio, pues supone la apriorística seguridad de que todas son igualmente importantes, tan dogmática como puede serlo dar esa importancia sólo a una o a varias de entre ellas. Por eso la idealización y arquetipación de personajes en Tucídides o en Livio no es más apriorística, ni más subjetiva, ni más arbitraria, ni menos verídica que la persecución, mediante la *Quellenforschung*, de los caracteres diferenciales y peculiares de cada personaje o de cada fenómeno histórico; para afirmar lo contrario, habría que demostrar antes que hay más verdad en los individuos que en los tipos, demostración que supondría una resolución del problema de los universales, al que en todas las épocas se ha consagrado, consciente o inconscientemente, una considerable actividad, sin llegar a encontrarse una solución satisfactoria, una solución para reposar en ella.

Insistiremos luego en el problema (1); de momento nos basta declarar que la realidad de un individuo como tipo es tan *real y objetiva* como su propia realidad como individuo; pues no porque en el razonamiento se abstraigan sus cualidades típicas prescindiendo de las otras, dejan de existir en el individuo junto a las otras. Por tanto, la cuestión de la verdad en los historiadores antiguos, comparados con los modernos, se reduce fatalmente a la cuestión formulada en la oposición *permanencia-episodismo*, y sólo puede enfocarse después de entender esta última y de decidir si en el hombre hay valores permanentes (y universales), o si sólo hay valores episódicos y generacionales (que, en último término, se reducen a valores puramente individuales e incomunicados). Para quien, nominalista, se adscriba a la segunda tesis, la historia no puede tener más interés que un crucigrama, y entonces podría afirmar que los historiadores antiguos persiguieron una sombra; pero sólo después de reconocer que los modernos no harían más que perseguir combinaciones de hechos que nada significan ni tienen otro valor que el de mera curiosidad, y en este caso no parece que resulte tampoco superioridad de la historia moderna sobre la antigua. Pretender que en la historia sólo hay barro y no oro, es tan arbitrario como lo contrario. Pues los ideales humanos y los anhelos tienen una existencia tan objetiva y real como las necesidades materiales más urgentes. La emoción no tiene, ni en la vida ni en la *verdad*, menos parte que la razón. Por eso la *Quellenforschung* sólo puede dar una mínima parte de la *verdad*.

La insuficiencia de la *Quellenforschung*, en efecto, es algo que se percibe en cuanto nos damos cuenta de que las fuentes escritas no pueden explicar más que una sección muy modesta de la personalidad de un autor y del valor de su obra. Cuando, por ejemplo, Lucano, en la descripción de la horri-

---

(1) Al problema en cuanto se relaciona con la teoría y metodología de la historia dedicó Rickert una atención insistente. La mejor exposición reciente, con revista crítica de la labor realizada, y con las más espléndidas soluciones, en Cassirer 340-375.

ble sed, abrasadora y polvorienta, que obliga a los pompeyanos de Afranio a capitular junto a Lérida, nos da un cuadro *(De bello civili* IV, 283-336) que, comparado con el relato de César y con los de Dión Casio y Apiano (1), constituye una enorme amplificación «retórica» y sobre todo poética, no hay que pensar por eso que sus fuentes fueran distintas de las de Dión Casio y Apiano, pues Livio fué, sin duda, la fuente común (2), ni que encontrara en ninguna parte un relato más detallado que el del propio César. Cuando su insistencia llega a dar una extensión de 53 versos a algo que los historiadores despachan en línea y media, y cuando nos pone en medio de aquella desolación en que

> agotados, sus cuerpos desfallecidos
> no mantienen con el alimento, y odiando las mesas
> auxilio han hecho del hambre. Si la blandura de un suelo

---

(1) César es quien da más detalles, y se limita, sin embargo, a mencionar lacónicamente la falta de agua y de otras provisiones, durante tres días: B. C. 1, 84, 1 *tandem omnibus rebus obsessi quartum iam diem sine pabulo retentis iumentis, aquae lignorum frumenti inopia, conloquium petunt.* Dión Casio sólo dice que como esperaban haber terminado la marcha en el día, no habían llevado consigo comida, y que no tenían agua suficiente por la sequedad del país: 41, 22, 3-4 ὡς γὰρ... καὶ προσέτι οὔτε τροφὴν εἶχον (αὐθημερὸν γὰρ τὸν σταθμὸν διατελέσειν προσδοκήσαντες ὀυδὲν ἐπηνέγκαντο) οὔθ' ὕδατος ηὐπόρουν (τὰ γὰρ χωρία ἐκεῖνα δεινῶς ἐστιν ἄνυδρα), παρέδοσαν σφᾶς, y Apiano aun menos, pues sólo indica que César les interceptó la provisión de agua: de b. c. 2, 43, 172 ἐπεὶ δέ που καὶ τὴν ὑδρεῖαν αὐτῶν προὔλαβεν ὁ Καῖσαρ, ἐν ἀμηχάνῳ γενόμενος ὁ Πετρήιος, ἐσ λόγους τῷ Καίσαρι συνῆει μετὰ Ἀφρανίου. (La *periocha* de Livio no da, naturalmente, absolutamente ningún detalle: P. CX *L. Afranium et M. Petreium... ad Ilerdam in deditionem accepit omnesque incolumes dimisit).*

(2) V. Schanz-Hosius, *Römische Literaturgeschichte* 2, 499 [de Lucano] *sicher ist für alles Geschichtliche Livius die Hauptquelle gewesen;* Schmid-Stählin, *Geschichte der Griechische Literatur:* 2, 798 *Livius ist von Dion jedenfalls benützt worden, aber neben annalistischen Quellen. Sallustius und Caesar scheinen nicht unmittelbar herangezogen zu sein;* en Apiano es normal la multiplicidad de fuentes (siempre junto a Livio, v. Schmid-Stählin 2,753), pero dado lo sumarísimo de su relato nada nos importa esa multiplicidad.

ha delatado humedad, las dos manos estrujan los terrones viscosos
sobre la boca; si turbio de barro negro
un lodazal yace inmóvil, cae la tropa a porfía sobre la bebida
inmunda y el soldado acepta al morir
aguas que no quisiera para vivir; y como animales
dejan secas las hembras de colgantes ubres, y cuando la leche se les
[niega,
una sangre sucia sorben de la mama exprimida (1),

ninguna *fuente* podrá explicárnoslo. La explicación sólo puede partir de un tipo de análisis que tiene en Aristóteles su más agudo (y difícil) representante. Cuando Aristóteles, definiendo los valores relativos de la historia y de la poesía en el famoso capítulo 9 de la Poética, nos dice que la misión del poeta no es referir lo ocurrido, sino un tipo de cosas que podrían ocurrir, postulando para la poesía esa universalidad, frente al particularismo de la historia, que tanto ha preocupado a Rickert, y cuando, refiriéndose a Heródoto, hace la tajante afirmación de que aunque estuviera en verso su obra, no sería sino mera historia, por no ser la forma rítmica una cualidad esencialmente diferenciativa de ambas (2), nos

---

(1) *Nec languida fessi*
corpora sustentant epulis mensasque perosi
auxilium fecere famem. Si mollius aruum
prodidit humorem, pinguis manus utraque glaebas
exprimit ora super: nigro si turbida limo
conluuies immota iacet, cadit omnis in haustus
certatim obscaenos miles moriensque recepit,
quas nollet uicturus, aquas: rituque ferarum
distentas siccant pecudes, et lacte negato
sordidus exhausto sorbetur ab ubere sanguis.

(2) Arist. Poet. 9, 1451 a-b οὐ τὸ τὰ γενόμενα λέγειν, τοῦτο ποιητοῦ ἔργον ἐστίν, ἀλλ' οἷα ἂν γένοιτο καὶ τὰ δυνατὰ κατὰ τὸ εἰκὸς ἢ τὸ ἀναγκαῖον. ὁ γὰρ ἱστορικὸς καὶ ὁ ποιητὴς οὐ τῷ ἢ ἔμμετρα λέγειν ἢ ἄμετρα διαφέρουσιν, εἴη γὰρ ἂν τὰ Ἡροδότου εἰς μέτρα τεθῆναι, καὶ οὐδὲν ἧττον ἂν εἴη ἱστορία τις μετὰ μέτρου ἢ ἄνευ μέτρων, ἀλλὰ τοῦτῳ διαφέρει, τῷ τὸν μὲν τὰ γενόμενα λέγειν, τὸν δὲ οἷα ἂν γένοιτο. διὸ καὶ φιλοσοφώτερον καὶ σπουδαιότερον ποίησις ἱστορίας ἐστίν· ἡ μὲν γὰρ ποίησις μᾶλλον τὰ καθόλου, ἡ δ' ἱστορία τὰ καθ' ἕκαστον λέγει. Instructiva es a este respecto la observación de

da Aristóteles no la clave de la explicación de cada caso particular, pero sí la indicación del único camino fructífero en la dilucidación de aquellas partes de la *verdad* que son inaccesibles a la *Quellenforschung;* y en nuestro pasaje de Lucano entendemos que, para nosotros, puede Lucano ser el símbolo de una síntesis de esas dos cosas, τὰ γενόμενα λέγειν καὶ οἷα ἂν γένοιτο, que, inconciliables para Aristóteles, fué Lucano precisamente quien pudo fundirlas felizmente en la realidad de un único εἶδος mixto de ambas; porque la sor-

---

Menéndez Pelayo, *Historia de las ideas estéticas*, ed. nacional t. I, página 60, n.² sobre el valor de ese σπουδαιότερον (= 'cosa más seria', 'más elevada' y no 'más verdadera'), pues efectivamente Aristóteles insiste precisamente en la elevación o *semnotes* de la poesía, no en la cuestión de la verdad, pues la verdad es común a historia y poesía, y se da por supuesta en ambas. Pero el nudo de la cuestión se encuentra en ese τὸν μὲν τὰ γενόμενα λέγειν, τὸν δὲ οἷα ἂν γένοιτο 'que el uno refiere lo ocurrido y el otro algo que *podría ocurrir*'. De la interpretación que se dé a este potencial οἷα ἂν γένοιτο depende el valor generalizante de la misión atribuída al poeta. Pues *das Geschehene, als unabänderlich, seiner Natur nach viel fürchterlicher ist, und die Furcht, dass etwas geschehen sein möchte, das Gemüt ganz anders affiziert, als die Furcht, dass etwas geschehen möchte* (Schiller an Goethe, 2 Okt. 1797, pág. 159 de la ed. de H. Dollinger, Stuttgart 1948), y, efectivamente, la posibilidad de interpretarlo como un potencial de pasado (cfr., por ejemplo, Herod. 9, 71 ταῦτα μὲν καὶ φθόνῳ ἂν εἴποιεν 'es posible que lo dijeran hasta por envidia', en donde se trata de una hipótesis sobre hechos del pasado, v. Schwyzer *Gr. Gram.* 2 *Syntax*, pág. 328, pero en el mismo sitio aduce Schwyzer otros ejemplos, áticos, de opt. aor. potencial referido al pasado, en tipos diversos, más o menos formularios), como un 'algo que pudo ocurrir' le daría un sentido más restringido; no es éste, desde luego, sino el valor de potencial prospectivo, el más normal para el opt. aor. con ἄν (v. Schwyzer 324 *gewöhnlich geht der Potential auf Künftiges oder Zeitloses, selten auf die unmittelbare Gegenwart oder auf die Vergangenheit)*, pero es significativa en todo caso aquella posibilidad (y también la de potencial de presente) porque muestra que la expresión ἂν γένοιτο (sobre todo después de un οἷα) debía sonar a los oídos griegos como algo dotado del máximo valor universal en el campo de lo acontecible, es decir, en el conjunto pasado-presente-futuro. Y ese máximo valor universal es el que evidentemente atribuye Aristóteles a la poesía.

prendente novedad de la obra de Lucano, al crear una épica de sucesos recientes, no estuvo sólo en prescindir de lo sobrenatural, como de ordinario se dice, sino más aún en insertar violentamente en la tradición literaria del viejo *epos* hexamétrico unos relatos y unos ideales cuya historicidad, generalmente rigurosa, sólo una personalidad tan poderosa como la suya podía hacerla susceptible de tratamiento poético (1). Y así, en el pasaje aludido, Lucano no ha necesitado encontrar en ninguna parte un relato de la sed; puede haberle bastado padecerla él, o imaginarla, u oír hablar de alguien que haya padecido sed, o simplemente ver un día en el campo al «hermano y vecino del barro, al sediento polvo» (2). La *Quellenforschung* no puede bastar, porque las fuentes escritas (¡y de éstas sólo se toman como tales aquellas en que la semejanza *externa*, argumental o estilística, parece indicar que es *científico* darles esa calidad!) son sólo una modesta parte en el conjunto de las experiencias vitales de cualquier autor, hasta del más culto, que todas son fuentes (3).

---

(1) Sabido es que Lucano fué incluído por Quintiliano entre los oradores a causa de la enorme influencia que en sus versos ejerció su formación retórica. Pero tal formación, la que pudieron darle esos *quos rhetoras vocant* (v. las despectivas palabras de Tácito *Dial. de or.* 35), tenía por base el abuso del intrumento a expensas del contenido, y el instrumento, que era la palabra y no las convicciones políticas y morales ni las concepciones del acontecer, sólo podía favorecer la creación poética. Con absoluta justeza señala R. B. Steele, AJPh 45 (1924), página 328, cómo no han sido los oradores ni los historiadores, sino los poetas subsiguientes quienes han vuelto los ojos a Lucano como modelo.

(2) Esquilo Agam. 494-5

μαρτυρεῖ δέ μοι κάσις
πηλοῦ ξύνουρος διψία κόνις τάδε

(3) La reacción contra la *Quellenforschung* no es de ahora; en el campo de la crítica literaria es interesante la superación de los puntos de vista de Norden que presentó R. K. Hack en HSClPh 1916, páginas 1-65. Y una muestra de cómo en la actualidad se vuelve ya a hacer historia dando mucha más amplia cabida a las *verdades ideales*, y no solamente a las *empíricas* (v. Cassirer 373 sobre discursos de Tu-

Hechas, pues, estas precisiones, que resultaban necesarias para el recto planteamiento del problema del *clasicismo*, queremos abordarlo ahora decididamente, pues sólo después de adoptar una posición sobre él es posible enfocar fructuosamente la valoración de la novela antigua. Efectivamente, sólo si llegamos a adquirir la certeza de que las obras de la literatura tienen un valor distinto del de documentos de época, merecerá la pena inquirir en la novela la existencia de tal valor y tratar de formular sobre ella juicios que constituyan una positiva mejora sobre los pronunciados hasta la fecha.

Partimos también de Wilamowitz. En la preocupación anticlasicista e historizante de su introducción a la literatura griega, llega Wilamowitz a considerar inadmisible que se dé a las obras conservadas la calidad de centrales en importancia, porque, según él, la *casualidad de su conservación* no debe decidir nada sobre su significación (1). Ahora bien, si en vez de fijarnos en el aspecto de que esas obras están ahí por casualidad (prescindiendo, por ahora, de toda discusión de tan arriesgado punto de vista), nos fijamos simplemente en que *están*, en que nosotros nos ocupamos de ellas y en que así

---

cídides), la tenemos en el libro reciente de E. Alexander Parsons *The Alexandrian Library*, London 1952, en donde, especialmente en el capítulo XIV, págs. 273-287 se nos da una reconstrucción del incendio de la biblioteca durante la estancia de César, que es, sin la menor duda, el más fructífero estudio que se ha hecho sobre las fuentes existentes, pero que a un Norden parecería seguramente lleno de fantasía y de cosas que las fuentes no dicen.

(1) Die gr. Lit. des Alt., pág. 6 *es geht weder an, durchgehends die erhaltenen Werke in dem Mittelpunkt zu stellen, so dass der Zufall der Erhaltung mehr oder weniger über die Bedeutung entschiede; noch ist die Forschung überall dahin gelangt, die treibenden Kräfte hinreichend zu überschauen, so dass sich ein historischer Faden finden liesse, an dem man alles einzelne aufreihte.* Sobre esta última afirmación, observaremos que ese 'todavía no se ha llegado a encontrar' encierra una cuestión mucho más grave de lo que puede pensarse a primera vista; pues si en 1912 todavía no se había encontrado, es muy de te-

ha venido ocurriendo durante quince o veinticinco siglos, es posible que varíe nuestra actitud hacia ellas. Porque las obras que a lo largo de los más opuestos movimientos espirituales se han mantenido (con fluctuaciones de mucha menor entidad que el hecho de su mantenimiento) como objetos de quehacer para la cultura de Europa, son, en primer lugar, precisamente las mismas que así lo fueron ya en el hacerse de la cultura griega; es decir, que lo fueron desde su nacimiento y en el lugar de su nacimiento; las mismas que, especialmente en Atenas, en virtud del sentido de la superioridad del *logos* (es decir, de esa armonía universal que se percibe por el intelecto como parte divina del alma, según la concepción fundamentalmente formulada en el *Timeo*, que incluye además la idea de que la perfección aparece sólo en quien en todo busca el *logos*), dieron origen al fenómeno de la imitación basado en la creencia de que lo perfecto sólo se encuentra una vez (1). Por tanto, ¿necesitaremos conocer con exac-

---

mer que ya no se encuentre jamás ese hilo conductor sobre el que se puedan ensartar los casos particulares. Pues que la mayor parte de lo perdido lo está sin remedio, y que los descubrimientos de materiales, por emocionantes y bienhechores que sean, no iluminan más que secciones pequeñísimas de los campos objeto de investigación, así como que llegará un día en que ya no haya descubrimientos, es cosa innegable. Y por tanto ocurre pensar si realmente es posible perseguir ese *hilo de la historia*, o si no será quizá más fructuoso atenerse a esa objetividad empírica en la que «creemos en el fondo todos» (Rickert, *Ciencia cultural*, pág. 232) y alzar sobre los datos a nuestro alcance el edificio de la interpretación de su significado, porque el significado no depende del hilo de la historia, sino que está ahí para siempre; como sigue estando, ahí para siempre, Virgilio, lo mismo después de haber comprendido a Homero gracias al clasicismo alemán, que cuando Homero era simplemente una etiqueta de *princeps* y una serie de versos aprendidos de memoria como precedentes o modelos de imitación.

(1) Wilamowitz *Die gr. Lit. des Alt.*, pág. 306; aquí, y en lo que sigue (especialmente pág. 309 sobre la síntesis de dos espíritus tan distintos como el ático y el jónico, síntesis que ha sido precisamente lo que ha dado a la literatura griega la posibilidad de convertirse en

titud cuál fué el puesto que en su tiempo tuvo tal o cual obra para poder ocuparnos de ella nosotros? ¿No será posible más bien, si una obra está ahí y tiene para nosotros alguna clase de valor (y debe tenerlo si quince o veinticinco siglos se han ocupado de ella), investigar cuál es, *para nosotros*, ese valor? Y el primer valor que hay que determinar es precisamente el de las obras clásicas en cuanto tales, en cuanto, en virtud del hecho macizo e ineludible de la irreversibilidad, son clásicas porque desde su aparición hasta ahora los hombres se han ocupado de ellas. Dos son las concepciones fundamentales de las que hay que partir para esta determinación del valor de lo clásico, aparentemente contradictorias, y, paradójicamente, expresadas con egregia maestría por dos hombres que teóricamente representaban tendencias opuestas a las de dichas concepciones. La primera es la concepción historizante, que tiene su mejor expresión en Goethe, que era bastante más estético que historiador, y la segunda, la axiológica, que ha sido Wilamowitz precisamente, el más elevado representante del historicismo en la filología, quien mejor la ha formulado. Según la primera, un autor clásico se produce cuando una serie de condiciones favorables en el ambiente y en la época (sobre todo la previa elaboración, más o menos perfecta, de materiales) hacen *fácil* a aquel autor la concepción, planeamiento y ejecución de una gran obra (1). Según

---

mundial), Wilamowitz comienza a remontarse por encima de las mezquinas preocupaciones que heredó del relativismo antimetafísico de la época precedente, para alcanzar a continuación la luminosa concepción del aristocratismo de la literatura, que es el broche áureo de su epílogo a la literatura griega.

(1) Goethe, *Literarischer Sansculottismus* (Die Horen, 1795, Fünftes Stück), Gedenkausgabe der Werke, Briefe und Gespräche, hrsgb. von E. Beutler, Vierzehnter Band, Zürich 1950, pág. 181: *Wer mit den Worten, deren er sich im Sprechen oder Schreiben bedient, bestimmte Begriffe zu verbinden für eine unerlässliche Pflicht hält, wird die Ausdrücke: klassischer Autor, klassisches Werk höchst selten gebrauchen. Wann und wo entsteht ein klassicher Nationalautor? Wenn... er seine Nation auf einen hohen Grade der Kultur findet, so dass ihm seine eigene*

la otra, por el contrario, son precisamente los grandes autores los que hacen no sólo la literatura y la historia, sino también al pueblo, y crean los valores nacionales, es decir, crean la época y el ambiente (1). Ahora bien, la idea de lo *grande* que aparece en ambas concepciones sólo tiene sentido si lo *grande* es permanente y se asienta sobre una realidad humana universal (2); pues si, de acuerdo con el extremo nomi-

---

Bildung leicht wird; wenn er viele Materialien gesammelt, vollkommene oder unvollkommene Versuche seiner Vorgänger vor sich sieht, und so viel äussere und innere Umstände zusammentreffen, dass er kein schweres Lehrgeld zu zahlen braucht, dass er in den besten Jahren seines Lebens ein grosses Werk zu übersehen, zu ordnen und in einem Sinne auszuführen fähig ist... Jeder, auch das grösste Genie, leidet von seinem Jahrhundert in einigen Stücken, wie er von andern Vorteil zieht, und einen vortrefflichen Nationalschriftsteller kann man nur von der Nation fordern.

(1) Wilamowitz, *Die gr. Lit. des Alt.*, pág. 310: *niemand hat dem Aischylos befohlen oder suggeriert, das Bockspiel zur Tragödie umzuschaffen; mühsam hat er sein Publikum zu sich emporgezogen... Die Muse in den Seelen einzelner Menschen die Schaffenskraft erweckte. Diese haben nicht nur dem Epos, sondern ihrem Volke von ihrem Geiste mitgeteilt. Man kann den Spruch Vicos mit ebenso viel Recht umkehren («essi popoli greci erano quell' Omero»): Homer hat das Griechenvolk gemacht, zum mindesten gilt das von der griechischen Literatur. Und so geht es weiter: die grossen Männer machen nicht nur die Literatur und die Geschichte, sie machen das Volk.* Llamo axiológica a esta concepción porque la afirmación de la personalidad como única cosa que cuenta en la cultura es algo que se eleva sobre la creencia de que hay valores que no son temporales ni meramente manifestativos o consistentes en la fugacidad o sucesión, como se muestra bien a las claras en las palabras que a continuación añade Wilamowitz sobre el valor absoluto, e independiente de su autor, de las obras de la literatura.

(2) Sobre el afán universalizante de las formas superiores de literatura escribió también Goethe, en *German Romance* (Über Kunst und Altertum 6, 2 [1828]), pág. 932 del tomo 14 de la ed. citada: *Offenbar ist das Bestreben der besten Dichter und ästhetischen Schriftsteller aller Nationen schon seit geraumer Zeit auf das allgemein Menschliche gerichtet. In jedem Besondern, es sei nun historisch, mythologisch, fabelhaft, mehr oder weniger willkürlich ersonnen, wird man durch Nationalität und Persönlichkeit hin jenes Allgemeine immer mehr durchleuchten und durchscheinen sehen.*

nalismo de Dilthey (que puede considerarse hasta cierto punto como un buen símbolo de lo mucho que aún queda de antiesencialismo en el pensamiento actual), admitiéramos como única realidad de la realidad la sucesión de unidades incomunicadas (aun habiendo en esa concepción un elemento permanente, que es la sucesión), sería inconcebible comprender que hubiera nada *grande* en una cultura pasada; la imposibilidad de la comunicación haría mudas a las obras del pasado, que se alzarían frente a nosotros como una estatua enfrente de otra. Pero el único nominalismo que hoy podemos admitir es el implicado en los puntos de vista de Cassirer: no es que lo real sean los individuos y los universales meros símbolos (como en Ockam), sino que *tanto* los individuos como los universales son conocidos sólo mediante el mundo de los símbolos; los universales, en ese mundo, tienen la misma, ni más ni menos, realidad que los individuos; un nominalismo propiamente dicho no es admisible en el estado actual de nuestra consideración de las cosas, si ese nominalismo afirma de los individuos una *realidad distinta* de la de sus universales, pues no existe criterio alguno que pueda fundamentar tal distinción (1). Por tanto, lo clásico *puede* tener valor permanente; pero si puede tenerlo, lo tiene, porque del hecho de su mantenimiento como objeto de quehacer cultural se deduce claramente la ausencia de limitaciones o contradicciones que se opongan a que *valga* de esa manera (2).

---

(1) B. Croce, especialmente en *Breviario de Estética*, trad. de J. Sánchez Rojas, Madrid 1916 (?), pág. 135 sig. sostiene un universalismo individualizante que quiere superar también la separación entre universal e individuo; pero al afirmar que no existe más realidad que la historia, lo que en realidad formula es un nominalismo del devenir, en el que el universal es, no algo que goza de una realidad análoga a la del individuo, sino el elemento permanente, perpetua conformación de lo real en cada instante del tiempo, que hace intercomunicables a los individuos; es patente la influencia de Dilthey en esta concepción.

(2) He creído oportuna la aplicación a este campo del famoso argumento teodiceico de Leibniz, porque también aquí, en el reino de

Afirmado de esta manera el valor permanente de lo *clásico*, como concepto general, sólo hace falta ahora determinar qué es lo clásico en cada caso particular. Desde el hecho de la irreversibilidad que nos ha servido de punto de partida, es clásico rigurosamente todo lo que ha precedido y se ha conservado. Y de hecho el calificativo de clásico suele aplicarse siempre a una selección que sobre lo que ha precedido se hace siempre de un modo arbitrario. Los criterios para hacerla dependen siempre en alguna medida, ciertamente, de la aplicación del principio de que 'en la obra de arte no haya nada que no sea artístico'; pero la aplicación de esta regla no cuenta, a su vez, con ninguna otra regla que le sirva de guía. Es mucho más fácil decir que la tarea de la crítica es decidir «si el hecho que tiene delante como problema es intuición, es decir, real como tal» (1), o «transcribir las vivencias artísticas» apelando a «rasgos discursivos, a vocablos cargados de luminosidad o atravesados de abismos» (2), que decir *cómo* hay que hacer esas cosas y, sobre todo, que hacerlas. La postulación de crítica vivencial de Camón puede considerarse como un desarrollo apasionado de ideas de Croce; pero hay una contradicción insalvable en ese querer una «concreción reflexiva» de vivencias artísticas excluyendo las funciones tradicionales del intelecto, es decir, de la reflexión; pues los vocablos cargados de luminosidad, si no son tradicionalmente intelectuales, se convierten en nueva producción artística que, a su vez, necesita de crítica. La crítica no puede ser la aprehensión de la obra de arte, es decir, su recreación en el contemplador, pues en este caso la crítica sería muda; en cuanto se *habla* sobre una obra de arte, se produce algo que o es una nueva obra de arte o es

---

la literatura, nos encontramos con algo que, al menos como actividad humana, es esencialmente ajeno a las nociones de utilidad y justificación.

(1) B. Croce *Breviario de Estética*, pág. 138.

(2) J. Camón Aznar, *El arte desde su esencia*, Zaragoza 1940, página 106.

una reflexión intelectual, o participa de ambas cosas; pero si la crítica ha de ser algo con entidad propia, no puede confundirse con la obra de arte, y por tanto, en tanto cuanto crítica, tiene que ser intelectual (1). Y por otra parte, el problema de no inmiscuir en la recreación de la obra de arte en el contemplador elementos sentimentales suyos que sean ajenos a la obra, se presenta como insoluble. Camón se ha limitado a plantearlo sin apuntar solución, pues sólo habla del peligro de «tomar por una valoración objetiva y descriptiva lo que no es más que una actitud psicológica» (2); pero ¿cómo obtener una valoración objetiva de lo que solamente es intuición y solamente puede explicarse en tanto en cuanto se vuelve a intuir? No se trata, en la crítica, de *objetivar*, sino de *explicar* si la obra es verdadera intuición y en qué medida lo es. La línea divisoria entre la reintuición, equivalente a la del artista, y los demás procesos psíquicos suscitados o relacionados o asociados con la contemplación de la obra en el contemplador, esa línea divisoria, si existe, es imposible trazarla. La única solución posible es práctica, no filosófica; si una obra dada se reproduce en un contemplador en la forma particular de *gusto* por ella, y se demuestra que en ese gusto no hay influjo de elementos extraartísticos (por ejemplo, morales, utilitarios, educativos, políticos, etc.), ese gusto garantiza a la vez el valor real de la obra original, y el valor de la crítica que se edifique sobre él (3). Por todo esto puede

---

(1) Sobre la no identidad de la función intelectual con la artística, v. Cassirer, 308 sig.

(2) *El arte desde su esencia*, pág. 27.

(3) Si aplico a la literatura conceptos que Camón escribió pensando en la pintura, es porque tienen absoluta generalidad en la interpretación del arte. Mejor que nadie ha hecho Curtius, *Europäische Literatur u. lat. Mit.*, pág. 19, la crítica de la aplicación a la literatura de la teoría de los estilos del arte. Pero mejor aún ha notado, pág. 22 y siguiente, cómo para una consideración general y esencial, la única diferencia válida entre uno y otro campo estriba en que mientras el arte es algo absolutamente inmediato que hay que interpretar, la literatura no goza de esa inmediatez, puesto que antes de interpretarla

comprenderse que es fácil sentir insatisfacción ante la *ciencia de la literatura*, de la que, precisamente porque debería ser algo distinto y mejor que la *historia de la literatura*, ha podido decirse recientemente que es un fantasma (1). Ahora bien, la insatisfacción de Curtius es, sobre todo, producto de falta de confianza en la posibilidad de resolver adecuadamente los problemas previos (como el de la elección, al que se refiere en pág. 387, acabando por decir que es algo de que se hace uso, pero que no es enseñable); pero lo cierto es que estos problemas, por muy previos que parezcan, se resuelven siempre sobre la marcha, y no es en modo alguno necesario encontrar soluciones generales y sintéticas para las ciencias del espíritu, cuyo método, aun empleando el mismo tipo de conceptos de ordenación que emplean las ciencias de la naturaleza, debe ser lo más intuitivo posible y reindividualizar las cosas conceptuadas (2). El propio libro de Curtius, verdadero, aunque inconexo, conjunto de capítulos de la ciencia de la literatura, es la mejor prueba de cómo

---

es preciso conocer la lengua (lo inmediato son las letras, o las palabras, no lo que representan; pero la interpretación se ejerce sobre lo que representan); las diferencias entre literatura y arte son, pues, puramente específicas, pero una y otro pertenecen realmente a un tipo muy bien delimitado de actividad simbólica humana, tipo que de ordinario se designa simplemente como «el arte».

(1) Y lo ha dicho nada menos que E. R. Curtius en un libro sobre el cual se podrían escribir cien libros: *Europäische Literatur und Lateinisches Mittelalter*, Bern 1948, pág. 20; pero hay aquí en Curtius una preocupación injusta contra la filosofía, siendo así que él mismo postula una concepción histórica de la literatura europea que no ha de ser en la forma de historia de la literatura, sino que debe explicar la estructura sin atenerse a lo casual (pág. 23), y nada de esto podría hacer sin ser filosófica; y de hecho Curtius utiliza constantemente a los filósofos (v., por ejemplo, pág. 395, donde aludiendo a la necesidad de esquemas formales para la creación literaria, lo hace fundándose y citando a Bergson *La Pensée et le Mouvant* 1934, donde por cierto no hace Bergson más que repetir ideas de Croce: que cuando no se encuentra la expresión es porque tampoco hay todavía intuición).

(2) V. Ermatinger, en *Fil. de la ciencia lit.*, pág. 358 sig., 369.

es posible edificarla sin necesidad de reglas ni métodos que lleven de la mano (1). Y para la determinación de lo clásico nos encontramos, en primer lugar, con los criterios prácticos que consideran clásicas las obras que han obtenido mayor resonancia e «influjo»; pero, sobre todo, con ese enfoque, al que ya he aludido anteriormente, que considera al conjunto de lo grecorromano como clásico, y que, nacido del clasicismo alemán, constituyó, según el propio Curtius, un paso de decisiva trascendencia en la comprensión de la literatura (2). Ahora bien, si Europa y la literatura europea *consta* de dos bloques culturales, el mediterráneo antiguo y el occidental moderno (cuyos respectivos centros absolutos son el siglo V de Atenas y el clasicismo alemán), y si la literatura moderna de Europa ha *continuado* la antigua, «como si el Rhin hubiese recogido las aguas del Tíber» (3), el concepto de lo clásico adquiere una riqueza y una vitalidad que le capacitan para ser la base de la comprensión total de la literatura: clásico es, en la amplia divisibilidad (en géneros, épocas, etc.) del conjunto de la literatura existente, cada sección precedente

---

(1) Sobre la preocupación antifilosófica de Curtius, como de tantos otros investigadores de la literatura, nada mejor podría decirse que lo que tan agudamente dijo Croce en diferentes ocasiones, y especialmente en *Idealistische Neuphilologie*, Festschrift fur Karl Vossler, 1922, pág. 2, sobre los que, no queriendo perderse en la estética ni en la metafísica ni, en general, en la filosofía, quieren mantenerse en el campo bien circunscrito de la poesía: *in questo campo non si tengono mai, perchè non possono tenervisi; e chi scruti con ochio esperto i libri di Poetica vede sfilare in essi i problemi stessi dell'Estetica, communi a tutte le arti, e riconosce la verità e gli errori propri di questa scienza, e si ritrova innanzi un'Estetica, mutilata bensì e confusa, ma pur sempre un'Estetica, nella quale il riferimento ristretto alle sole opere di poesie, l'abbandono dell' Ut pictura poesis, assume il significato della scelta di un certo ordine di esempi a preferenza di altri;* v. también *Breviario de Estética*, págs. 140-146.

(2) Curtius, pág. 254.

(3) Curtius 17 sig.; v. también pág. 27, donde insiste en que no se trata de recepción de lo antiguo, sino de soldadura consciente; no supervivencia, sino incremento orgánico.

que con relación a una subsiguiente es un Tíber con relación a un Rhin: no un modelo que sobrevive, sino aquella parte del cauce por donde las aguas pasaron antes. Este es, en efecto, el único sentido de la *herencia;* por eso cada generación, cada investigador, encuentra siempre algo nuevo e inédito en lo antiguo: el elemento permanente no es sólo el paso de la corriente, sino también lo que la constituye realmente, es decir, lo universal humano y el cauce por donde corre, que son los individuos (1).

Ahora ya podemos acometer el intento de valorar la novela antigua. La primera cuestión que surge es su inclusión en alguno de los géneros literarios, con lo que a la vez se presenta el problematismo de los géneros literarios. Ya Rohde observó que son modernos los nombres con que en las actuales lenguas de cultura se designan las producciones que nos ocupan (2), y ello precisamente porque en la Antigüedad no se designaron con ningún nombre genérico o eidético (3); esto se explica, a su vez, porque no se les atribuyó calidad semejante a la de las obras objeto de crítica, considerándoselas como humildes obras de pasatiempo (4). Ahora bien, esto

---

(1) Sobre el carácter dinámico del recuerdo y del influjo de lo precedente, v. las palabras de W. Iwanow citadas por Curtius, página 399. Y sobre la universalidad, la *catolicidad* de lo clásico, v. especialmente T. S. Eliot, *What is a Classic?*, London 1945, passim y especialmente pág. 18 sobre Dante.

(2) Rohde, pág. 3. El nombre más general es el de *roman* (al. *Roman*, it. *romanzo)*, sobre cuya procedencia v. Curtius, págs. 38-40; el de *novela* (inglés *novel;* al. *Novelle*, it. *novella* designan el tipo que nosotros llamamos novela corta) es probablemente adaptación del *terminus technicus* 'novellus' (especialmente agrícola, y también jurídico tardío en *Novellae* [*constitutiones*]), con la significación de 'novedad', 'invención reciente'.

(3) Rohde, pág. 375 sig.

(4) Interesante es a este respecto la observación de G. Highet, *The classical Tradition*, Oxford 1951, pág. 165 sig., al aludir a la misión idealizante de la novela griega en la sociedad; pero no es en modo alguno admisible la idea de que en la actualidad tal misión es des-

último es igualmente una de las causas del hecho de que en la actualidad sean menospreciadas o estimadas como documentos de época. En la designación actual 'novela antigua' suelen incluirse las narraciones de carácter «novelesco» que aparecen con cierta frecuencia en el curso de obras filosóficas o históricas; pero las únicas que tienen el carácter de obras literarias independientes son, en la literatura griega, las que Rohde llamó *novelas*, es decir, las que tienen como base de su trama una historia amorosa idealizada (de las cuales las únicas conservadas enteras son las de Caritón, Heliodoro, Longo y Aquiles Tacio, y la traducción latina *Historia de Apolonio)*, y en la literatura latina, las de Petronio y Apuleyo, de carácter mucho más complejo, y, en general, fuertemente realista (1). Rohde serió el primer tipo, el de la novela erótica, en el género 'prosa poética', o bien 'poesía narrativa erótica en prosa' (2). Curioso es que esta manera de clasificar es la misma de la época en que estas obras fueron populares y estimadas en Europa, y es precisamente Lope de Vega quien mejor lo expresó, en *La dama boba* y por boca de la tan atrayente como culta y discreta Nise. Refiriéndose a Heliodoro, «griego poeta divino», y contestando a preguntas de su doncella, afirma que hay poesía en prosa, y después (acto I, escena IV):

CELIA. En fin: ¿es poeta en prosa?
NISE. Y de una historia amorosa
digna de aplauso y teatro.
Hay dos prosas diferentes:
poética e historial.

---

empeñada por las historias de *cowboys*, o del *Coyote*, porque, como vamos a ver, hay en la novela griega valores superiores a la capacidad de las masas que leen dichas historias.

(1) El Λούκιος ἢ ὄνος de Luciano (no hay ningún motivo serio para negarle esa paternidad), que cuenta, abreviadamente, la misma historia que sirve de base al *Asno de oro* de Apuleyo, pertenece, en todo caso, a un tipo de narración realista y grotesca que tiene mucha más relación con la epigramática y el mimo que con la novela.

(2) Rohde, pág. 1 y passim.

La historial, lisa y leal,
muestra verdades patentes
por frase y términos claros;
la poética es hermosa,
varia, culta, licenciosa
y oscura en ingenios raros:
tiene mil exornaciones
y retóricas figuras.

Difícilmente se encontraría otra definición y contraposición más exactas de los conceptos 'historia' y 'ficción' en tan pocas palabras: el símbolo τὰ γενόμενα λέγειν ἢ οἷα ἂν γένοιτο se convierte aquí en diálogo a la vez chispeante y científico.

Al mismo tiempo que esta seriación eidética, hace Rohde la afirmación de que se trata de un género «flojo e inferior», preguntándose cómo pudieron las novelas griegas servir de modelo a un Cervantes o a un Tasso; todo esto porque Rohde no comprendía (como muchos siguen sin comprender hoy) que pudiera tener valor una *novela* en la que no se encuentren los análisis de la intimidad que han servido de base a la novela en el siglo XIX y buena parte del actual (1). Pero

(1) De hecho expresó Rohde este juicio en muchos sitios: v., por ejemplo, pág. 179 y n.[1], donde se advierte claramente que es de Schopenhauer de quien procede directamente esta manera de ver suya, que ha dominado en todo el mundo culto durante cerca de un siglo. Pueden verse análogos juicios de valor en Menéndez Pelayo, *Orígenes de la novela* I, tomo XIII de la ed. nacional, págs. 17 n.[2], 19, 25 (ya antes había emitido juicios idénticos en su tesis doctoral *La novela entre los latinos*, tomo IV de la ed. nacional, pág. 205, que, por ser de 1875, un año antes de la aparición del libro de Rohde, es una prueba de que sus ideas no proceden de Rohde, como él mismo hizo constar en la nota final del cap. I de los *Orígenes)*; en S. Gaselee, *Appendix on the Greek Novel* en la ed. Loeb de Longo, London 1916, págs. 403-414; en F. Zimmermann, *Die Antike* 14 (1935), págs. 292-4; y recientemente en R. Helm, *Der antike Roman*, Berlín 1948, passim (por ejemplo, págs. 7, 51 y 77; en este último lugar insiste, repitiendo casi a la letra a Rohde, pág. IX, sobre el valor *kulturhistorisch* del género). Weinreich era hasta ahora el único investigador que había reaccionado certera, aunque tímidamente, a favor de la novela antigua.

la relación que existe entre la novela antigua y la moderna es, en lo esencial, análoga a la de las maneras antigua y moderna de hacer historia que antes hemos examinado. Esa poesía en prosa, esa prosa, poética por oposición a la historial, tiene de la poesía una serie de caracteres del contenido de ésta que a primera vista pudieran parecer sólo externos, a saber: los que derivan de la fantasía, de la evasión de la realidad de las verdades patentes, y del lenguaje imaginativo; es que a primera vista esa evasión no se produce, como en la auténtica poesía, a través de la radical emoción reveladora, sino a través de la fictiva multiplicidad de sucesos exteriores, producto de la libre imaginación individual del autor. Pero esa exterioridad y esa ficción son, en todo caso, plasmación de anhelos del hombre; si no hay descubrimiento directo de relaciones inéditas de las cosas, sí hay desencubrimiento ideal de algunas de las capas psíquicas que están en la base de las experiencias humanas sobre las que se asienta la poesía. Mientras la novela moderna se ha hecho, en general, psicologista al pretender mostrar únicamente un reportaje, un relato exacto sobre lo que pasa dentro, la novela antigua alcanza el puro carácter de psicológica en el reportaje de los sucesos exteriores fictivos, que son un fiel reflejo objetivo de la subjetividad humana en acción. También, por tanto, en la novela, como en la historia, lo único que varía, de la manera antigua a la moderna, es el método, la elección con arreglo a categorías determinadas. La diferencia en estas categorías selectivas es aproximadamente: en la actualidad (es decir, en lo que se ha venido haciendo hasta hace poco, pues ya hemos indicado que en el momento presente se vuelve otra vez a las verdades ideales en la historia, y es posible que algo de esto se advierta ya en la novela, si pensamos, por ejemplo, en *Galigaï*, de F. Mauriac), categorías obtenidas de la observación atenta del acontecer (introspección psicológica en la novela, reportaje en la historia con eliminación de toda exposición causal en forma fictiva, como discursos o reconstrucciones); en la Antigüedad, categorías obtenidas mediante el ejercicio del conocimiento in-

tuitivo en forma de ficción universalizante (expresión de anhelos y realidades íntimas en la novela en forma de pasiones amorosas y acumulación de viajes y peripecias, y en la historia expresión de causas y verdades ideales mediante los discursos y la introducción de elementos «novelescos»).

Una vez convencidos de que lo único que varía de la forma antigua de hacer novela (admitimos, por motivos prácticos, la identificación eidética que supone este nombre, como se admite para la historia) a la forma moderna es la manera de escoger, se presenta el problema de averiguar si una de las dos formas es la buena, o si, por el contrario, ambas formas son igualmente válidas. El problema se ha venido planteando últimamente, en todos los dominios del arte, en una forma tan falsa como deslumbradora. Partiendo de la falta de pretensiones, de la ingenuidad y *charmante* percepción de la inmediatez estética de los novelistas griegos (más en Caritón y en Heliodoro que en Aquiles Tacio y aun en Longo), se les ha venido adjudicando, a partir de Rohde, y aun antes, *desconocimiento* del corazón humano y otros sambenitos por el estilo, producto de los prejuicios que el darwinismo introdujo en las ciencias del espíritu. Curioso es a este respecto el juicio reciente de F. Mauriac sobre su propia obra novelística, donde, según él, no se da «conocimiento del hombre», sino «lamento por el hombre», frente al «lamento por el mundo» de la literatura metafísica (1). Y es que ya va sonando la hora de darse cuenta de que el sentido, esa clave (del simbolismo, sin el cual no vive el hombre, que de ordinario se contenta con usarlo, sin clave) afanosamente reclamada por Keyserling, esa misteriosa luz que hace comprender y penetrar, y es, por tanto, garantía de auténtico arte (de intuición, pues siendo luz hace ver), no está (como no sabe más matemáticas quien se aprende las tablas de logaritmos) necesariamente presente en el análisis de la intimidad ni necesariamente ausente cuando falta ese análisis, y que lo inmediato

(1) En *Colofón a Galigaï*, en la ed. de Editorial Exito, Barcelona 1953, págs. 120, 123.

tiene por sí mismo tanto valor como lo mediato. Y que no es condición del arte ser como ha sido en el siglo XIX, sino ser arte. A Goethe le encantaba Longo, cosa que, hasta recientemente, ha llegado a parecerle muy mal a un filólogo tan reputado como Helm (1); pero por algo sería. Llegamos aquí al nudo de la cuestión, a ese planteamiento, a la vez falso y deslumbrador, a que he aludido. Se nos ha dicho: «es que no estamos seguros de que la belleza esté en lo antiguo; es que no estamos seguros de que la belleza esté en adjudicar a una cosa un epíteto que tradicionalmente le conviene». A esto contestaremos, en primer lugar, que el procedimiento es, en el fundamento de toda la poesía, es decir, en Homero, un cuadro de puntales de apoyo sobre los que se asienta la plataforma de la poesía interna; pero ya en los trágicos, por ejemplo, el procedimiento aparece extraordinariamente desarrollado con la epitetación inesperada junto a la tradicional (2). Pero lo que

---

(1) R. Helm, *Der antike Roman*, pág. 51. El juicio de Helm sobre *Dafnis y Cloe* coincide sobre todo con el de Croiset, *Hist. de la lit. gr.* París 1928, 5, 802 sig., y, por supuesto, con Rohde, pág. 549, al que casi a la letra repite también Wilamowitz *Die gr. Lit. des Alt.* 259 siguiente. Observaremos que, aparte de la radical miopía del enfoque positivista, es bastante infantil decir que a Goethe le gustaba porque la había leído desfigurada en una traducción francesa, como si hubiera sido un *dilettante*, y no un auténtico *connoisseur* de la literatura griega.

(2) Véase, por ejemplo, esta tirada de las *Coéforos* de Esquilo, versos 32-36:

un perforante terror de cabellos erizados,
en la casa profeta de sueños, que desde el sopor sopla
el odio, en la mitad espantosa de la noche un grito
desde dentro ha proferido horriblemente,
mientras se abatía, pesado, sobre los cuartos de las mujeres,

en donde los epítetos 'de cabellos erizados', 'profeta de sueños' (aun siendo sustantivo, v. comm. Thomson, pág. 164), 'en la mitad espantosa de la noche' no pueden mantenerse como tales en la traducción:

τορὸς γὰρ ὀρθόθριξ φόβος
δόμων ὀνειρόμαντις, ἐξ ὕπνου κότον
πνέων, ἀωρόνυκτον ἀμβόαμα
μυχόθεν ἔλακε περὶ φόβῳ
γυναικείοισιν ἐν δώμασιν βαρὺς πίτνων.

sobre todo tenemos que contestar, es que sería un apriorismo poco recomendable pretender que la belleza está o deja de estar en determinado procedimiento estilístico; no hay por qué dudar de que esté en éste o en aquel, puesto que no es posible asegurar *a priori* dónde debe ni dónde no debe estar. De aquí el absurdo de todas las preceptivas, cuando se toman como tales, y no como explicaciones de lo existente, que es siempre su verdadero carácter. Pero ninguna preceptiva más tiránica que la de los ignorantes que señalan como único válido lo actual, porque sólo en lo actual encuentran «la verdad»; como si la verdad fuera un átomo, un elemento indivisible y sólo conspicible desde un determinado lugar, y no fuese esencialmente algo tan inagotable y divisible como lo es la capacidad humana de recepción cognoscitiva creadora, es decir, en el arte, de intuición. Por eso las formas o procedimientos estilísticos del arte son prácticamente infinitos, y nunca dejarán no tanto de buscarse como de encontrarse formas nuevas; estas formas nuevas suelen obtenerse por reacción, que se produce cuando una forma está agotada, es decir, cuando, en vez de ser forma de arte, es ya sólo una etiqueta, tópico o asidero que se repite sin sentido ni verdad interna, no como expresión de una intuición propia, sino como trasplante de exterioridades ajenas.

Pues bien, la ingenuidad de la novela griega es algo informado desde el principio al fin por una idealización o estilización que, tomada directamente de la tradición del *epos* y ensamblada sobre temas semejantes a los del *epos* helenístico, constituye su característica fundamental; la ingenuidad no es un procedimiento estilístico; la idealización sí, puesto que es estilización (1). La ingenuidad, piedra de escándalo de los psicologistas, es precisamente lo que no es

(1) El mejor análisis que se ha hecho de la idealización, ejecutada mediante la estilización, es el estudio de este procedimiento en Homero que ha hecho H. Fränkel, *Dichtung und Philosophie des fruehen Griechentums*, New York 1951, págs. 51-54, 120, 186.

buscado ni impuesto por tradición alguna, y es precisamente lo que aquí da el sentido a un fondo que, con numerosas concomitancias formales con *epos*, tragedia, etc., es, sin embargo, algo autónomo y peculiar. Observaremos que, en general, las grandes obras de la literatura son puras porque no son *depuradas;* con esto queremos decir, no que no tengan artificio, pues ninguna deja de tenerlo, sino que en cada obra de arte falta necesariamente el tipo de depuración que exigen las preceptivas ajenas a ella; y así, en los trágicos faltaba necesariamente la depuración calimaquea, como en el conjunto de la literatura clásica falta igualmente el tipo de depuración que ha reclamado Juan Ramón Jiménez. Esto nos lleva a postular la necesidad de eliminar toda preceptiva, dándonos cuenta de lo fácil que es caer en el espejismo de creer que en el momento actual, o en otro, se ha alcanzado el modelo definitivo. Aunque este espejismo, tan frecuente por lo demás, no es ciertamente otra cosa que el anhelo inconsciente de permanencia (pues así, estableciendo tal cosa como modelo, se hacen la ilusión de que, en lo sucesivo, el arte será así, «que es como tiene que ser», y, por tanto, aquel modelo adquirirá un valor permanente); pero falsea absolutamente toda estimación y toda crítica.

También son equívocos y poco recomendables los términos 'bello' y 'perfecto porque es como la vida', tan usados en todas partes. Pues para determinar el primero, sería necesario un modelo ideal y universalmente válido que no existe, y es, por tanto, siempre apriorístico y dependiente sólo de cosa tan lábil como el *gusto.* Y en cuanto al segundo, no es más que una petición de principio: habría que determinar antes cómo es la vida; el arte no es *como* la vida, porque es una de las formas de vida, una de las secciones del mundo de símbolos, obra del hombre, en que el hombre vive. Y la vida, como el hombre, es todo: «mineral, vegetal, irracional, racional, real e ideal». Es cosa bien clara, aunque parezcan indicar lo contrario los absurdos al uso, que el arte realista no retrata la vida como es, sino como la ve el enfoque realista; mientras que el arte idealista pinta una vida igualmente

real, aunque con un enfoque distinto. Fundamentalmente se trata de pesimismo y optimismo en la interpretación o recepción cognoscitiva de la vida; la vida por sí misma o, si se quiere, el conjunto de objetos de esa «forma auroral» del conocimiento que es el arte, son inertes y neutrales. Y, sin embargo, ¡ahí tenemos a los más reputados investigadores de la novela antigua diciéndonos que las peripecias que constituyen la base de su trama son 'absurdas' e 'inverosímiles', y que, por tanto, no podemos 'en nuestro siglo' apreciar unas obras que son 'tan distintas de la vida'! Y eso sin contar que, por sí mismo, el concepto de inverosimilitud es seguramente el más falto de *reliability* de cuantos se puedan emplear en la crítica: 'el mundo es un pañuelo', y las aventuras de Caritón o de Heliodoro, dentro del delicioso idealismo que las informa, recuerdan con facilidad a otras muchas contadas por el desenfrenado *realista* que es Alonso de Contreras. Por otra parte, mucho de lo «inverosímil» pertenece a la idealización o concentración expresiva; y aun cuando la verosimilitud tuviese patrones de medida exactos, nada valdría para la literatura fictiva no realista, pues lo que en ella importa es la concentración y visión de los aspectos *no realísticos de la realidad*. Sin duda el pesimismo suele pesar algo más que el optimismo, y de ahí la fácil propensión a identificar el realismo con la vida real. Así, Weinreich ha podido simbolizar ese carácter preponderante de la novela griega, la idealización, valiéndose de un personaje de Zola, una lectora de novelas que, al ofrecérsele una de Balzac, la rechaza diciendo que se parece demasiado a la vida real (1). Estrechamente enlazada con la cuestión de la verosimilitud en las peripecias está la de la *naturalidad*, que se ha centrado, como era de esperar, en Longo, habiendo llegado en esto Wilamowitz, repitiendo ideas expresadas por Croiset, y que a su vez han vuelto a ser repetidas recientemente por

(1) Weinreich, *Nachwort*, pág. 323.

Helm (1), a poner a *Dafnis y Cloe* el grave reparo de que es innatural, o de que su sentimiento de la naturaleza es morboso y afectado; también Menéndez Pelayo abundó en este juicio (2). Pero, señala agudamente Weinreich (3), lo que nunca nos dijo Wilamowitz es qué es *naturaleza*, o *natural*, o cuál es el recto sentimiento de la naturaleza. ¿Quién podría asegurar que está mejor la naturaleza o que es más *real* en Zuloaga que en Watteau? Apunta en Weinreich (sólo apunta) la reacción de la estimación estética y absoluta contra la mezquindad del historicismo y del preceptivismo: cada edad o cada artista tiene una visión distinta de la naturaleza; lo único que importa es que sea auténtica esa visión. Añadiremos que tanto en Helm como en Croiset, a las consideraciones aludidas se añaden otras de tipo moral que acaban de viciar la comprensión de *Dafnis y Cloe; Pablo y Virginia* será más moral, pero también es más sosa; Valera lo entendía mejor, como Goethe, porque supieron, para comprender las actividades humanas, que, como la literatura, son ajenas a la moral, prescindir de eticismos (4).

---

(1) Véase pág. 28 del presente artículo, n.[1] Téngase en cuenta que la primera edición de la *Hist. de la lit. gr.* de Croiset es de 1887, mientras la primera de *Die gr. Lit. des Alt.* de Wilamowitz es de 1905.

(2) Aunque se nota que es un prejuicio, y que a Menéndez Pelayo le gustaba *Dafnis y Cloe* a pesar de todo, v. tomo XIII de la edición nacional, pág. 18 sig.

(3) Weinreich, *Nachwort*, pág. 334.

(4) No podemos entrar aquí en la cuestión de la no utilidad de la literatura, que, naturalmente, es su mejor garantía de valor, pues que lo útil sólo lo es con relación a lo más bajo humano, a las necesidades urgentes y ciegas, y conforme nos elevamos en la escala de los valores humanos, nos encontramos con formas tanto más desprovistas de justificación y de teleología cuanto más se acercan al puro valor espiritual, que, dentro de la limitación humana, tiene en sí mismo y en sus capacidades su única teleología, sólo salvable con el sobrehumanismo de las religiones, que naturalmente alcanza su grado más perfecto en la católica, y de modo eminente en la mística española y en nuestro teatro teológico. Mencionaré únicamente una certera observación de Goethe sobre la absoluta neutralidad ética de la literatura, a

Una de las cosas que saltan a la vista del lector moderno en las novelas antiguas es la ausencia de diálogo. Mientras en la novela moderna el diálogo realista, cortado por las réplicas, se ha convertido en algo sustancial y constante, en la antigua nos encontramos con una narración pura en que, como en el *epos*, a lo más que se llega es a los diálogos compuestos de monólogos. El diálogo articulado, en todas sus formas, lo empleó la literatura antigua sobre todo en el teatro; no sólo en la comedia y en la tragedia más influída por el realismo, sino hasta en las esticomitias de Esquilo (1). Pero la novela es puramente narrativa y no tiene ningún elemento dramático ni filosófico empleado como tal. Sería fácil sentir la tentación de encontrar en la utilización de esos elementos en la novela moderna una prueba de mayor perfección; ¡pero entonces también sería más *perfecta* la zarzuela que la ópera por contener elementos realísticos que la ópera no tiene!

Por cuanto llevo dicho creo que ha quedado manifiesta la insuficiencia e inadecuación de los criterios empleados en el siglo XIX, y recientemente por Helm, para la valoración de la novela antigua, puesto que es absurdo, como hemos visto, juzgar esas obras por lo que ni tienen ni necesitan tener. Intentaremos ahora definir lo que tienen. En primer lugar, una precisión narrativa que se obtiene no por la prolijidad del análisis microscópico, sino por el certero hallazgo

---

propósito de la tragedia *(Nachlese zu Aristoteles' Poetik*, en *Über Kunst und Altertum* 6, 1 [1827], pág. 712 del tomo XIV de la edición Beutler): *Hat nun der Dichter an seiner Stelle seine Pflicht erfüllt, einen Knoten bedeutend geknüpft und würdig gelöst, so wird dann dasselbe in dem Geiste des Zuschauers vorgehen; die Verwicklung wird ihn verwirren, die Auflösung aufklären, er aber um nichts gebessert nach Hause gehen: er würde vielmehr, wenn er asketisch aufmerksam genug wäre, sich über sich selbst verwundern, dass er ebenso leichtsinnig als hartnäckig, ebenso heftig als schwach, ebenso liebevoll als lieblos sich wieder in seiner Wohnung findet wie er hinausgegangen.*

(1) Sobre este tipo de diálogo, v. el comentario de E. Fraenkel al *Agamenón*, Oxford 1950, tomo III, pág. 626.

de lo relevante; esta sumarización es producto de una *elección* con arreglo a verdades ideales exactamente análoga a la que tiene lugar en la historia, y sólo podría considerarse negativa por quien estimara cualidad esencial de la novela el tipo de análisis prolijo de Dostoiewski, o bien de Dickens. Otro elemento aparentemente negativo, la falta de diálogo, se convierte en positivo en cuanto nos percatamos de que lo que se dice son ἔπεα πτερόεντα, y, por tanto, sobra el diálogo; donde, como consecuencia de la estilización, las palabras están cargadas de sentidos ideales, ninguna falta hace ensartar sobre ellas las banalidades del diálogo realista. Ahora bien, esta tendencia a la idealización y epicización era tan grande en la literatura antigua, que hasta en Petronio, y más aún en Apuleyo, y no ya en las narraciones insertas en la trama principal, sino hasta en el propio hilo anecdótico, fuertemente realista, de ésta, el diálogo, cuando aparece con carácter de tal (es decir, semejante al del teatro), no pasa de ser un mero auxiliar del relato, sin llegar nunca a constituir un elemento de esencial descripción psicológica, como en Terencio o en la novela moderna. Un tercer elemento, que igualmente caracteriza a la novela antigua, acercándola más al romance que a la novela moderna, es la intervención divina, también aquí, y del azar, como interpretación de las *vices rerum*, inexplicables de otra manera, del acontecer. Encontramos también en las novelas antiguas esa exageración o potenciación de caracteres y coincidencias que F. Mauriac ha señalado tan acertadamente como algo inherente al arte (1), y que es directamente opuesto, por tanto, a la descripción «científica» del psiquismo humano, que podrá ser misión de las técnicas psicoscópicas, pero en modo alguno de ninguna forma de literatura ni de arte; ahora bien, esa potenciación es también algo que tiene su *antes* en Homero, especialmente en las comparaciones. Y si el mundo de la novela griega produce la impresión de algo etéreo que no

(1) F. Maurac, *Colofón a Galigaï*, pág. 120 sig.

está en ninguna parte ni es de ninguna época (1), esto no es otra cosa que una nueva consecuencia de la idealización universalizante: sólo se alude a lo que importa para ese fin, pero no por eso hay *falsedad* ni *vaciedad;* así, por ejemplo, en Caritón ha señalado Wilamowitz la exactitud de las indicaciones topográficas sobre Priene y Mileto (2). Y es que la precisión, lejos de ser patrimonio de la literatura realista, como creían Rohde y su siglo, es algo constante en todas las formas narrativas de la literatura antigua; no porque el mundo de una obra literaria quede independizado de la «realidad común», es decir, se prescinda en él de aquellos aspectos de esa realidad que sólo una consideración pesimista o feísta subraya o toma en cuenta, han de dejar de ser exactos, y hasta minuciosamente descritos, los aspectos que en ella se toman en cuenta. Observaremos también, respecto de la función de la novela antigua, que contaba, desde luego, con todos los elementos necesarios para ser, desde el siglo II a. C. hasta el V, un perfecto sustitutivo del *epos*, especialmente las novelas conservadas enteras, que empiezan en el siglo II d. C., con Caritón, en época en que al *epos* ya no le quedaba otro campo que el de la artificial aunque hábil ejercitación de un Quinto de Esmirna. Porque después de la transformación (magistralmente expuesta por Rohde, páginas 11-28, 77-177) sufrida por el mito en el *epos* helenístico, o de su total desaparición en Lucano, es posible que ninguna otra forma de literatura haya cumplido tan cabalmente como la novela la función de la ficción universalizante en la sociedad; es cierto que la novela idealista tuvo siempre a su lado como reactivo la sal y el vinagre de la novela corta, de la *Milesia* y de la epistolografía realistas y atrevidas. Pero uno y otro tipo, sobre todo en la forma en que aparecen reunidos en *El asno de oro*, iban a ser algo que ya no moriría nunca en la literatura, hasta alcanzar el papel seguramente

(1) Rohde, pág. 7.
(2) Wilamowitz *Die gr. Li'. des Alt.* pág. 259.

preponderante de los dos últimos siglos; desembocando así el Tíber de Heliodoro o de Caritón en el Rhin de Dostoiewski y de Gide, con toda evidencia: bastaría comparar los discursos del fiscal y del defensor de Demetrio Karamazov ante el jurado de popes y aldeanos con los discursos, igualmente judiciales y pensados, de Dionisio y Mitrídates ante el Gran Rey en Caritón.

El valor *clásico* de la novela antigua queda así establecido por dos indicios fundamentales: la identidad de sus características positivas con las demás obras clásicas, especialmente con Homero (y, naturalmente, lo de menos son las citas de Homero que hacen con frecuencia aquellos novelistas), y el carácter de *fundamento del género* que ofrece, como sucesora, al menos para veintidós siglos, del *epos* hexamétrico. Al llegar a esta afirmación sobre el género 'novela', nos encontramos, naturalmente, con el problematismo del concepto 'género literario'. Sería arriesgado pretender, como hace Curtius, menospreciar las certeras críticas dirigidas al concepto por Croce (1). Pero, por encima de todo, hay algo en esto que no depende de puntos de vista estéticos, y es la realidad histórica de la irreversibilidad: si los géneros son, ante todo, las formas de literatura que surgieron en Grecia,

---

(1) Curtius, pág. 23, y especialmente 395: *ohne ein ihm vorschwebendes Gestaltschema (platonisch*: εἶδος) *kann der Dichter nicht dichten. Die literarischen Gattungen... sind solche Schemata.* Pero es que Croce no negó los géneros en tanto en cuanto realidades históricas ni en tanto en cuanto formas; les negó solamente realidad como universales (v., por ejemplo, *Breviario de Estética*, pág. 80 sig., especialmente 86), en lo que seguramente exageró, puesto que en la comprensión del arte los géneros son ante todo armas de la morfología crítica absolutamente imprescindibles; pero en todo caso la tesis de Croce se funda en la unicidad y totalidad de la expresión artística, que nadie negaría hoy. En realidad los géneros forman parte del conjunto de limitaciones externas del artista, a las que se ha referido Cassirer en el capítulo *El arte* de la *Antropología* (v., por ejemplo, págs. 263 siguiente, 284), que es seguramente el más definitivo y fructuoso análisis que se ha hecho nunca sobre todas las explicaciones del arte.

de la nada, condicionadas por las características peculiares de las estirpes (1), también la novela, tal como la conocemos desde el fragmento de la historia de Nino y Semíramis hasta Aquiles Tacio, ha sido algo que de la nada ha surgido como una forma autónoma de hacer literatura, y que reúne en sí los caracteres fundamentales que han pervivido a lo largo de los veintidós siglos siguientes, a saber: narración fictiva, producto de inventiva individual, universalización del acontecer posible, y entramado de verdades ideales sin apoyo directo en datos empíricos; manteniéndose igualmente alejada, salvo en el uso de determinados procedimientos de concepción y lenguaje, de todos los demás géneros, especialmente de la lírica del *yo, ahora y aquí* (2), y del teatro, en lo que, como hemos dicho, es más radical la novela antigua que la moderna (3). Si, pues, una de las mejores garantías del valor absoluto de una creación es que ésta dé una auténtica representación de su género (4), cualquiera de las novelas griegas

---

(1) Véase Schmid-Stählin, *Gesch. der gr. Lit.* I 1 (1929), pág. 10 siguiente, y especialmente 14: *auch in der Abfolge, in der die einzelnen Gattungen in die Literatur eintreten, liegt innere Notwendigkeit*, y lo que sigue.

(2) Véase H. Fränkel, *Dichtung u. Phil. des fr. Gr.*, págs. 183 siguiente, 250-252.

(3) Sobre el origen de la facultad de invención observa Curtius, después de adherirse a ideas de Bergson y Scheler, pág. 16 sig.: *Die Fabulierfunktion hat sich vom biologisch zweckmässigen Erzeugen von Fiktionen zur Schaffung von Göttern und Mythen erhöht und sich endlich von der religiösen Welt ganz abgelöst, um freies Spiel zu werden*. Ese *endlich* sólo puede referirse al origen de la inventiva individual en la lit. helenística (v. Rohde, pág. 1 y passim), pero el juego libre es de todas las formas de literatura, aun las que actúan sobre el mito. Y que el *Fabulieren* sea algo opuesto a la inteligencia no debe explicarse atribuyendo a ese «instinto» o intuición del *Fabulieren* una naturaleza meramente receptiva, sino que más bien es una forma de conocimiento activo paralela a la de la inteligencia y unitaria con ésta en unidad de función (v. Cassirer 297).

(4) Véase W. v. Humboldt, *Über Göthe's Herrmann und Dorothea* (Paris, im April 1798), en *Gesammelte Werke*, Vierter Band, Berlín 1843, pág. 1 sig.

conservadas se encuentra en este caso y tiene, por tanto, valor absoluto y clásico.

Sentado de esta manera el valor clásico de la novela antigua en general, queremos ejemplificarlo contando algo de lo que ocurre en una novela concreta, en la *Historia de Quereas y Calirroe*, de Caritón de Afrodisias, novela cuya edición príncipe apareció no hace más de dos siglos, exactamente en 1750 (1). En Siracusa se encuentran un día Calirroe, bella como Afrodita, y Quereas, bello como Hipólito, ambos de las mejores familias de la ciudad, y en el acto quedan ambos perdidamente enamorados. Pronto se casan; pero, por intrigas de los despechados pretendientes de Calirroe, un día Quereas, celoso, golpea con el pie a su mujer, que queda como muerta. Enterrada lujosamente, su sepulcro es saqueado por unos bandidos, al tiempo que ella recobraba el aliento. Llevada por ellos a Mileto y vendida al hombre más rico, distinguido e influyente de Jonia, Dionisio, éste se enamora de ella y le propone el matrimonio. Calirroe mantiene íntegro el amor a Quereas y una virtud a toda prueba; pero se decide, al fin, a casarse con Dionisio, por salvar al hijo de Quereas, de quien se reconoce grávida, haciéndolo pasar por hijo de Dionisio. Al cabo de algún tiempo, no se nos dice cuánto, Quereas descubre el sepulcro vacío, y se embarca en busca de Calirroe. Caído en cautividad y vendido al sátrapa de Caria, Mitrídates, al enterarse éste, que era amigo de Dionisio y estaba enamorado de Calirroe, de que era el primer marido de ésta, intenta ponerlos en comunicación. Dionisio, a quien se había hecho creer que Quereas había muerto, descubre el intento, tomándolo por una maniobra de Mitrídates, y lo

(1) La mejor edición es la de Blake (Charitonis Aphrodisiensis De Chaerea et Callirhoe amatoriarum narrationum libri octo, rec. et em. W. E. Blake, Oxonii 1938), que es la que utilizo en las citas. En la Praefatio hay indicaciones muy completas sobre la historia del texto. No tengo noticia de ninguna traducción, a excepción de la latina de Reiske, que es más bien una paráfrasis que otra cosa, a pesar de los elogios que le tributó G. A. Hirschig (en la ed. Didot, pág. IV).

acusa de intento de seducción ante el rey. Artajerjes les manda comparecer, y se celebra el juicio de agravios; pero, al presentar Mitrídates a Quereas, se promueve el tumulto consiguiente, planteándose la cuestión de a quién pertenece Calirroe; ésta, a quien no se consulta, pero que tampoco se decide por uno de los dos, a pesar de su eterna fidelidad a Quereas, es depositada en casa de la reina. Tras una serie no menos complicada de peripecias, Quereas recupera a Calirroe, quien, a pesar del gozo de ver cumplidos sus deseos de reunirse con Quereas y de partir para la patria, escribe ocultamente una carta a Dionisio, en la que le expresa su agradecimiento, dejándole en prueba a su hijo; Dionisio, al leerla, siente el consuelo de ver que era suyo, a pesar de todo, el corazón de Calirroe.

Calirroe es el personaje central; pero en Dionisio reside el interés de toda su peripecia. Hay una finura en las emociones y una delgadez de matices que recuerdan a Terencio o a Maurois; sería difícil admitir que obra tan exquisita pudo dirigirse a un *ignobile vulgus*, a una masa sin espíritu. Porque una masa semejante sólo hubiera percibido la acumulación de sucesos que van impidiendo que los dos primitivos amantes vuelvan a reunirse, puesto que este fin se adivina desde el principio; el autor ha querido que se adivinase, naturalmente, como quería Virgilio que sus versos sonasen a Lucrecio. Pero es precisamente a través de ese tiempo que va pasando para Calirroe en compañía de Dionisio, como surge en la historia el elemento emocional que es la base de toda ella. No en vano Calirroe, en una oración a Afrodita que cierra la obra, al mismo tiempo que le da las gracias por haberla restituído a su patria, le dice: «No te reprocho, señora, por lo que me ha ocurrido: era mi destino. Lo que te pido es que ya no me separes de Quereas y que nos concedas una vida feliz y una muerte común» (1). Hay aquí la pura aceptación

(1) H 8, 16 οὐ μέμφομαί σοι, δέσποινα, περὶ ὧν πέπονθα· ταῦτα εἵμαρτό μοι. δέομαί σου, μηκέτι με Χαιρέου διαζεύξῃς, ἀλλὰ καὶ βίον μακάριον καὶ θάνατον κοινὸν κατάνευσον ἡμῖν.

de la vida sin rebeldías, la hermosa vivencia de algo que ha llegado sin ser buscado, la experiencia de un segundo amor que, sin culpa y sin daño, ha venido a interceptar el primero, complicando el alma sencillamente σώφρων de Calirroe. Porque junto a su constante anhelo de ser restituída a Quereas, no hay hitos que más se hagan notar en el relato que el momento en que, preguntándole la reina a quién de los dos prefiere ella, Calirroe no puede contestar y sólo llora (1), o el momento en que, con rubor, entrega a la misma reina la carta para Dionisio, encomendándole que se cuide de él (2). Calirroe no revela nunca, no se lo revela ni siquiera a sí misma, cuáles son sus sentimientos hacia Dionisio, porque, ante sí misma sobre todo, sólo a Quereas *puede* amar. Pero es Dionisio precisamente, y en el momento de leer la despedida definitiva, quien lo comprende todo: «leyó varias veces estas palabras, porque le indicaban que lo había abandonado sin querer» (3).

Abundan las sentencias y las oposiciones, que con tan deplorable ligereza suelen designarse despectivamente, sobre todo por preocupaciones históricas sobre el influjo de la segunda sofística, como procedimientos «retóricos», o bien como banales expresiones de sabiduría popular (4). ¡Como si todo esto no estuviera igualmente en Esquilo o en Platón! Cuando Caritón observa, a propósito de la confesión arrancada al bandido Terón, que «grande es, en todo caso, la fuerza de la conciencia y la verdad triunfa de todo» (5), ¿diremos, sólo porque en su tiempo ya había enseñado Favorino, que la sen-

---

(1) Ε 9, 7 πυθομένης δὲ τῆς βασιλίδος ὁπότερον ἄνδρα βούλοιτο μᾶλλον, οὐδὲν ἀπεκρίνατο, ἀλλὰ μόνον ἔκλαυσε.

(2) Η 4, 9 ῥῆμα προσκύψασα τῇ Στατείρᾳ καὶ ἐρυθριῶσα τὴν ἐπιστολὴν ἐπέδωκε καὶ «ταύτην» εἶπε «δὸς Διονυσίῳ τῷ δυστυχεῖ, ὃν παρατίθημι σοί τε καὶ βασιλεῖ. παρηγορήσατε αὐτόν. φοβοῦμαι μὴ ἐμοῦ χωρισθεὶς ἑαυτὸν ἀνέλῃ.

(3) Η 5, 14 (ἥσθη δὲ τῆς ἐπιστολῆς τῇ ἀπολογίᾳ) καὶ πολλάκις ἀνεγίνωσκε ταῦτα τὰ ῥήματα· ὑπεδήλου γὰρ ὡς ἄκουσα αὐτὸν καταλίποι.

(4) Así, por ejemplo, Rohde 528, Helm 37.

(5) Γ 4, 13 μέγα τὸ συνειδὸς ἑκάστῳ καὶ παγκρατὴς ἡ ἀλήθεια.

tencia es más retórica y menos oportuna que la de los doce en el diálogo con Clitemnestra en el *Agamenón:* «siempre sigue joven en los viejos la posibilidad de aprender» (1)? O cuando el eunuco del Gran Rey acude a Calirroe con una infame proposición, y ésta al oír sus primeras palabras piensa que le va a anunciar su restitución a Quereas, y observa el escritor: «por naturaleza, el hombre cree cierto aquello que desea» (2), ¿debemos pensar, sólo porque se trata de un escritor del siglo II d. C., que esas palabras están más fuera de lugar que las de Safo cuando empieza un poema famoso observando «hay quien, de un escuadrón de jinetes, hay quien, de una tropa de infantes, hay quien, de una fila de barcos, dice que sobre la negra tierra es lo más bello; pero yo, de aquello que se ama», para añadir a continuación que la prueba es que Helena dejó a su hija y a sus padres porque el amor le hizo juzgar al que fué causa de la destrucción de Troya como lo más bello (3)? Pero es que siempre a lo «post-

---

(1) Esquilo *Agam.* 584

ἀεὶ γὰρ ἡβᾷ τοῖς γέρουσιν εὐμαθεῖν.

Cfr. el refrán castellano: 'muriendo y aprendiendo'.

(2) ς 5, 1 πρὸς τὴν ἀρχὴν τοῦ λόγου Καλλιρόη περιχαρὴς ἐγένετο· φύσει γὰρ ἄνθρωπος, ὃ βούλεται, τοῦτο καὶ οἴεται.

(3)

Οἱ μὲν ἰππήων στρότον, οἱ δὲ πέσδων,
οἱ δὲ νάων φαῖσ' ἐπὶ γὰν μέλαιναν
ἔμμεναι κάλλιστον, ἔγω δὲ κῆν' ὅτ-
τω τις ἔραται.

Safo, poema a' 25 Gallavotti (= 8 Haines, 3 Cox, ā 5 Lobel, 27 a Diehl²) vv. 1-4. Deliberadamente he parafraseado, y no traducido, los versos 5-12, porque las lagunas existentes impiden adoptar un texto que merezca la pena ser tomado seriamente como base de traducción; las conjeturas περσκόπεισα y περσκέθοισα, πρῶλιπ' ἄριστον, κρίννεν ἄριστον y κρίννε κάλλιστον, Κύπρις ἔκοισαν o ἔραισαν, πῆλε φίλεισαν, φαῦλα φίλεισαν, son todas igualmente arbitrarias, y el sentido concreto de cada verso varía muchísimo según se adopte una u otra. Pero el sentido general de los ocho versos es sin duda, como explicación del v. 4, el que yo he dado, que es el adoptado por H. Frän-

clásico» hay que encontrarle reparos, afectaciones e innaturalidades (1). Y las oposiciones del tipo de la que aparece en la carta de Quereas, en que, después de aludir a que el sátrapa Mitrídates le ha favorecido en todo menos al comunicarle el matrimonio de Calirroe con Dionisio, le dice «porque la muerte, siendo hombre, la esperaba; con lo que no contaba era con que te hubieras casado» (2), muy abundantes en todo el relato, constituyen una parte esencial en la economía del mismo, por cuanto proporcionan elementos de énfasis y concentración que permiten prescindir de pormenores irrelevantes. El conjunto de la obra produce la impresión de algo a la vez muy personal y muy armónico, donde nada sobra ni fal-

---

kel *Dichtung*, pág. 251, al observar certeramente cómo hay en estas palabras de Safo una anticipación de la tesis de Protágoras según la cual el hombre es la medida de todas las cosas, y algo semejante ha hecho respecto de Solón y Anaxímenes en pág. 348 sig. Pero el hecho tiene un alcance mucho mayor, porque el tratamiento poético previo *a partir de Homero* de temas posteriormente abordados por la reflexión filosófica es quizá el más sólido fundamento de ese *intemporal presente* de la literatura (v. Curtius *Eur. Lit.*, pág. 23) en el que cada obra tiene un valor absoluto totalmente inaccesible a los conceptos meramente prácticos y delimitativos de la marcha histórica, tales como 'postclásico', 'retórico', 'sofístico', 'renaciente' y 'aticista'. Y por otra parte, ya en 1852 se escribían sobre la Retórica estas luminosas palabras (J. Burckhardt, *Die Zeit Constantins des Grossen*, página 304): *Die Rhetorik mit ihren Nebenwissenschaften war den Alten die unentbehrlichste Ergänzung ihres gesetzlich schönen und freien Daseins, ihrer Künste, ihrer Poesie*, que hubieran debido servir a la generación siguiente para comprender que el calificativo de 'retórico', correctamente aplicado a las obras «postclásicas», sólo puede acrecer su valor de autenticidad y universalidad, por cuanto el retoricismo sólo pudo favorecer la sumersión de las obras por él influídas en la corriente de las creaciones clásicas.

(1) Hasta el punto de que Wilamowitz *Die gr. Lit. des Alt.* 259 ha llegado a afirmar que es una gran suerte que Caritón no «haya conseguido» su propósito de ser clasicista, y que en ello reside el valor de la obra.

(2) Δ 4, 8 θάνατον μὲν γὰρ ἄνθρωπος ὢν προσεδόκων, τὸν δὲ σὸν γάμον οὐκ ἤλπισα.

ta; quizá esa «pura objetividad poética», esa «conjunción de una perfecta individualidad con una auténtica realidad» que W. v. Humboldt adjudicó a *Herrmann y Dorotea* sean cualidades no ajenas a la novela de Caritón, aunque no queremos pretender que lo hemos demostrado, porque no creemos que esto sea demostrable, a pesar de la deliciosa seriedad del optimismo que informa la crítica estética de Humboldt (1).

Lo que desde luego sería inútil buscar en la novela antigua (y aun en muchas actuales o de los últimos cien años) es ese «no pasar nada» que en ciertos espíritus ha llegado a ser la garantía indispensable de valor de cualquier tipo de literatura relacionado con la poesía. Esa idilización de toda poesía que inconscientemente reclaman muchos es seguramente una consecuencia del deslumbramiento ante el logro de las formas de arte impresionistas o desprovistas del adi-

---

(1) Véase Humboldt, ob. cit., pág. 268. La perenne actualidad de la estética de Humboldt es algo que se advierte constantemente en los mejores estudios de la literatura antigua, dondequiera los juicios de valor se abren paso a través de la hostilidad de los prejuicios antiesencialistas, o, más generalmente, de la simple ausencia de criterios estéticos que es la consecuencia del dominio ejercido durante varias generaciones por dichos prejuicios. Así, por ejemplo, es bien significativo que lo que dice H. Fränkel *Dichtung*, pág. 34, sobre la perfecta adecuación de estilo y lenguaje en todas las creaciones griegas, pero especialmente en Homero, pertenece, *de hecho*, al método de crítica estética que usaba Humboldt cuando, en su estudio, tan serio y profundo como delirantemente entusiástico, sobre *Herrmann y Dorotea*, escribía (pág. 261): *so ist die Sprache unsres Dichters durchaus einfach, wahr und kräftig, durchaus in Harmonie mit seinem dichterischen Charakter... und mit den Forderungen der epischen Dichtkunst. Kein einzelner Ausdruck, keine Wendung, kein einziger Vers in dem Ganzen ist weder didaktisch, noch lyrisch.* O cuando, sobre el propio Homero, y sobre Ariosto, establece (pág. 76) la conveniencia del tipo de ritmo empleado por uno y otro. Y en cuanto a la indemostrabilidad de muchos juicios estéticos (como, en general, de los juicios antropológicos), el mismo Humboldt la declara cuando dice, pág. 259: *Die Schönheit der Diction kann nur an einzelnen Beispielen gezeigt, nur empfunden werden.*

tamento teórico (tridimensionalidad espacial, universalidad conceptual) que acompaña normalmente a la percepción inmediata en cuanto se produce la reflexión. Pero este acompañamiento es algo históricamente real; la universalidad insistida por la consideración filosófica no es sino la explicación de la que surge espontáneamente, como forma *natural* del quehacer simbólico del hombre, en cualquier desarrollo cultural. Por eso el abstraccionismo e impresionismo han nececitado reaccionar a favor de una inmediatez de lo inmediato que fué rebasada desde el principio por el arte clásico, el cual se constituyó, en su percepción de la inmediatez estética, una morfología de carácter no inmediato (espacio esquemático y conceptos universales); ahora bien, es precisamente esta morfología primaria la que ha servido de base de partida para el abstraccionismo de la generalidad o físicomatemático por una parte, y para el abstraccionismo impresionista (por reacción en sentido contrario al anterior, es decir, en el sentido de abstención de toda morfología) por otra. Ahora bien, el aditamento de teoría que constituye la conceptualización del espacio, que de pura empiria pasa a ser esquema, la tridimensionalidad, y la creación de entramados relacionales primarios (las diferentes categorías, géneros, especies, la morfología cognoscitiva primaria o simplemente universalizante) constituye un estado tan primario de reflexión, que resulta fácil confundirlo con los datos primarios de la conciencia, que son simplemente caóticos, organizados en hábito, y por eso ese conocimiento de cómo es realmente la inmediatez estética sólo se obtiene gracias a los abstraccionismos avanzados, a la par que, continuando la marcha iniciada por aquel primer tipo de reflexión, se llega a los entramados relacionales secundarios, en los que la relativización absoluta de toda morfología, es decir, la numerización y dimensionización abstractiva de la totalidad del conocimiento empírico, proporciona el máximo valor generalizante y deductivo de la ciencia. Pero es claro que el hallazgo de estas formas avanzadas de conocimiento, tanto artístico como físicomatemático, no sólo no invalida las formas anteriores basadas en la morfología

primaria, sino que las necesita imprescindiblemente, porque la evidencia y realidad científica y filosófica de esa percepción primaria de la naturaleza es no sólo tan cierta como la de las formas secundarias, sino anterior a la de ellas, y, por tanto, toda limitación a las formas secundarias, por ejemplo, la limitación al conocimiento físicomatemático o la limitación al arte abstracto, es incompleta y coja porque prescinde de otra parte de la realidad, sin la cual no es posible alcanzar una «ideología realmente universal de nuestro mundo» (1). Ahora bien (si insisto en esto es porque es muy fuerte la tendencia que existe actualmente hacia esa limitación), quien, dominado por el preceptivismo a que antes hice referencia, llega a creer que la única forma de poesía digna de «nuestro tiempo» es la representada por Vicente Aleixandre y sus seguidores, cerrándose el camino a la comprensión de la narración universalizante al enfrascarse en la contemplación de las *nadas* particulares (es decir, lo que sólo le ha ocurrido al poeta y es expresado despojándolo de todo aditamento universal que lo pueda hacer comunicable; la comunicación o recreación de la poesía en el oyente o lector se obtiene sólo por la persistencia, fuera de los límites a que alcanza la acción del poeta sobre su materia, de las categorías perceptivas primarias comunes al poeta con su auditorio; es decir, que el afán de que la poesía sea exclusivamente personal es algo esencialmente contradictorio, porque la poesía, como la prosa, sólo es comunicable en tanto en cuanto no es personal, en tanto en cuanto no es una estatua frente a otra), queda, naturalmente, incapacitado para penetrar en las restantes porciones de la realidad artística que está ahí, y cae con frecuencia en la divinización de muletillas banalizadas, como la de la *angustia*, que quieren hacernos pasar por garantía de autenticidad en el arte de «nuestro tiempo». ¡Como si frente

(1) Véase F. S. C. Northrop en *Goethe. Textos de homenaje*, Méjico 1949, pág. 113, y del mismo Northrop, *El encuentro de Oriente y Occidente*, Méjico 1948, especialmente pág. 589.

al anodino y ridículo egoísmo de la individual angustia o del deseo de no morir no fuera *también* de nuestro tiempo la sobrehumana dimensión de la muerte como sacrificio (¡cristiano!) en Eliot (ese compendio de veinticinco siglos de humanos afanes de trascendencia, que discurre por las cimas de Esquilo, Virgilio, Petronio, Dante y Santa Teresa), o el saltarín y enajenante optimismo de *Les belles de nuit*! Lo que es de nuestro tiempo y de otros a la vez, ¿tendrá menos o más valor que lo que sólo es de nuestro tiempo? El simple aferramiento a la caducidad es algo que tiene que ver mucho más con el masoquismo de los ex hombres que con nada que merezca el nombre de poesía (1).

Nada puede interesarnos menos, pues, que ser de nuestro tiempo, porque en tanto somos de nuestro tiempo en cuanto nuestras características no tienen valor permanente; pero una vez sentada la existencia de cosas humanas que tienen ese valor, las que no lo tienen se convierten en simplemente despreciables, como es despreciable cualquier acto humano meramente egoísta y sin consecuencias. Y la literatura, como actividad espiritual que es misión del hombre sólo porque el hombre tiene la capacidad de crearla y de comprenderla, tiene su fundamento en esa percepción de la inmediatez estética, universalmente humana, sobre la que se ha venido constituyendo, en formas siempre iguales y siempre nuevas, la poesía y la prosa de los clásicos de Occidente, desde Homero hasta Eliot. Y en ese humilde género de la novela antigua puede el *connoisseur*, y también todo el que a ella se

---

(1) Sobre la impureza artística de los tipos impresionista, intelectualista (con el que, naturalmente, se identifica de hecho la poesía llamada irracional), sociológico, etc., de poesía, véase B. Croce *Per una poetica moderna*, en *Festschrift für Karl Vossler*, 1922, pág. 7. Quizá preocupaba demasiado a Croce el revolucionarismo sistemático o pasión de los *ismos* (v. pág. 8), pues no hay duda de que muchas de las formas revolucionarias serán perdurables; lo absurdo es creer que son las únicas, o que el ser revolucionarias y de «nuestro tiempo» es una garantía de valor.

acerque con pureza, reconocer una de las formas más válidamente humanas de la literatura, que precisamente por ser humanas proporcionan a la vez la más sólida base para la superación del humanismo.

ANTONIO RUIZ DE ELVIRA.

Universidad de Madrid.

VARIA PHILOLOGA

I. *Eur.*, «*Heracl.*» 460.

(I O.) Μάλιστα δ' Εὐρυσθεύς με βούλοιτ' ἂν λαβὼν
τὸν Ἡράκλειον σύμμαχον καθυβρίσαι·
σκαιὸς γὰρ ἀνήρ. τοῖς σοφοῖς δ' εὐκτὸν σοφῷ
ἔχθραν συνάπτειν, μὴ ἀμαθεῖ φρονήματι·
πολλῆς γὰρ αἰδοῦς καὶ δίκης τις ἂν τύχοι. 460

A Demofonte che gli ha comunicato il responso dell'oracolo relativamente al sacrificio di una vergine per la salvezza degli Eraclidi con l'intervento dell'esercito ateniese, Iolao risponde chiedendo di potersi offrire lui come vittima. Egli-soggiunge-placherà ugualmente l'ira del nemico, il quale proprio questo brama, di potersi impadronire del compagno di Eracle e usargli oltraggiosa violenza, da quell'uomo primitivo (1) che è. Secondo l'uso euripideo in casi simili, a conclusione della ῥῆσις Iolao emette una sentenza: «l'uomo civile si auguri civili nemici, non rozzi. Ché ne avrà riguardo e *giustizia*». La lez.

---

(1) σκαιός ha qui il valore tipico di «incólto rozzo primitivo» e la sua antitesi con σοφός «saggio cólto civile» è ben lumeggiata anche da un luogo dell'*Eracle* (v. 299 s.: φεύγειν σκαιὸν ἄνδρ' ἐχθρὸν χρεών, σοφοῖσι δ' εἶκειν καὶ τεθραμμένοις καλῶς) che richiama chiaramente i nostri versi. Lo stesso motivo v. peraltro in Soph., *fr.* 921 P.: σκαιοῖσι πολλοῖς εἷς σοφὸς διόλλυται, Eur., *Med.* 298 e altrove. Talvolta la mancanza di «civiltà» è messa accanto alla ingiustizia; cfr., p. es., Her., I 129: σκαιότατος καὶ ἀδικώτατος, con cui il nostro luogo ha quasi una consonanza ideale.

καὶ δίκης è nella maggior parte dei mss. (qualche *recentior* ha κ. τύχης, che può essere stato influenzato dal τύχη- τύχοι è emendamento dell'Elmsley-che segue), ma non piacque al Barnes che, con l'acutezza che gli era propria, emendò in κἀτυχής. Il dotto fu seguito da molti e, fra altri, dal Méridier che qui citiamo (1) per tutti: «Au v. 460 la leçon des manuscrits καὶ δίκης est inadmissible. La *justice*, selon les idées grecques, ne commande pas d'épargner l'ennemi vaincu, mais, au contraire, de le traiter sans merci». Contro l'argomentazione ch'è alla base dell'emendamento del Barnes si posson fare alcune osservazioni: 1) A stare alla lettera dei termini, in sé e per sé presi, occorre notare che, anche se si tolga il δίκης, la difficoltà da esso rappresentata diminuisce bensì ma non scompare del tutto. Rimane infatti l' αἰδοῦς e ai nemici l'etica antica neanche il «riguardo» o «rispetto», in quanto tali, concede: quindi occorrerebbe emendare anche αἰδοῦς; 2) nulla spinge ad ammettere che δίκη equivalga qui a qualcosa come «épargner l'ennemi vaincu». Nella ricerca del valore che qui ha il termine, occorre tener presente che, se è vero che la legge dell'etica greca era quella che pur l'animo tenue di Saffo proclamava: φίλοισι... χάραν .../πημόναν δ' ἔχθροισι *(fr.* 25 D., 5s.), non è men vero che esiste presso i Greci una speciale δίκη anche riguardo ai nemici. E non occorre andar lontani per trovarne una esemplificazione, ma è sufficiente tenerci al nostro dramma (2), nel quale d'altronde—non si dimentichi!—personaggi mitici parlano e agiscono (come molte altre volte accade presso i tragici) come Ateniesi delle età storiche. Verso la fine v'è la scena fra Alcmena e Euristeo che è particolarmente istruttiva. Il πενεστής di Illo (3) conduce in presenza di Alcmena Euristeo prigioniero. La donna si scaglia contro il nemico con furore e dice, fra altro, che giustizia vuol ch'egli

(1) Cfr. *Euripide* I, Paris 1947, p. 215, n.

(2) Per un esempio tipico v. peraltro *Her.* 332 ss. (Lico acconsente, seppur con degnazione, alla estrema preghiera di Megara).

(3) Cfr. Rassow, *Quaestiones selectae de Euripideorum nuntiorum narrationibus*, Greifswald 1882-83.

muoia (v. 941: εἴλέ σ' ἡ Δίκη χρόνῳ; e piú innanzi v. 958: Δεῖ σε κατθανεῖν κακῶς). Il servo invece (vi sia qui o no polemica tra due concezioni differenti) le rammenta che Euristeo, ora ch'è prigioniero, non può piú essere ucciso, giacché non lo fu sul campo di battaglia (vv. 965s.: ΑΛ.: Τί δὴ τόδ'; ἐχθρούς... οὐ καλὸν κτανεῖν; ΘΕ.: Οὐχ ὄντιν' ἄν γε ζῶνθ' ἕλωσιν ἐν μάχῃ). Ecco un esempio di «giustizia» verso il nemico che è, in sostanza, benevolenza pur senza essere, cosa impossibile per dei Greci, perdono o simili. Piú innanzi, nella stessa scena (vv. 1022s.), la stessa Alcmena, ch'è la voce dell'intransigenza, accondiscenderà a consegnare il cadavere di Euristeo ucciso ai suoi amici, anche questo in nome della δίκη della città ospitale. Riteniamo sufficiente di avere additato codesti spunti, ma altri se ne potrebbero rilevare in questo dramma ch'è piú «pieno di Diche» di quanto in genere si creda. Ci sembra con ciò che la lezione manoscritta sia da conservarsi (1) e che non vi sia con essa aporia alcuna, sol che si dia a δίκη non un valore astratto e assoluto (e in sostanza moderno), ma circoscritto a quello che poteva essere il suo ambito nell'etica dei Greci. Iolao non può insomma desiderar di essere «risparmiato» dal proprio nemico, ma che, p. es., non si infierisca sul suo cadavere (e non accenna forse proprio a questo il καθυβρίσαι?): vendetta sì, ma da σοφοί, non da σκαιοί (nel che risona evidentemente anche la voce della sofistica).

II. *Ancora sulla* μεγάλη γυνή *di Mimnermo.*

Sulla questione della μεγάλη γύνη di Mimnermo (2) è ritornato recentemente A. Colonna (3), sostenendo che l'espressione debbasi intender riferita alla *Smirneide*, giacché «l'am-

(1) Da respingersi naturalmente è anche l'atetesi dei versi 456-460 alla quale procedé l'Usener, seguito dal Nauck, *Euripidis fabulae*, Lipsiae 1909³.

(2) Cfr. Callim., *Aetia fr.* 1 Pfeiff. e il commentario *a. l.*

(3) *Mimnermo e Callimaco*, in «Athenaeum» N. S. XL (1952), pp. 191-195.

pio poema della κτίσις di Smirne in cui Mimnermo si propose di trattare, accanto al mito della «grande ecista», gli avvenimenti storici cui aveva potuto assistere, rappresentava per gli alessandrini della scuola di Callimaco un esempio tipico di μέγα ποίημα» (p. 194). Smirne quindi sarebbe, secondo il dotto, non «soltanto la città nuova di cui parla il frammento 12 D³...» (1), ma anche «l'antico paese fondato dalla valorosa Amazone Σμύρνα (la μεγάλη γυνή!), secondo innumerevoli e concordi testimonianze antiche». L'ipotesi del Colonna è assai suggestiva, ma ci sia lecito comunque esprimere il nostro dissenso. Contrari alla possibilità di un'identificazione della μεγάλη γυνή con la *Smirneide* già ci mostrammo in altra occasione (2); aggiungiamo ora qualche altra osservazione: 1) E' vero quanto scrive il Colonna *(l. c.)*, che «Senofane volendo trattare gli eventi storici della sua città, non si limitava ad un episodio piú o meno recente, ma scriveva un poema di circa 2000 versi, cominciando dalla sua fondazione», ma è vero per Senofane e nulla ci autorizza a credere che lo sia anche per Mimnermo, tanto piú che Smirne non era la città natale del poeta, e del resto costui vi faceva cenno anche nella *Nannò (fr.* 12); 2) vi è un luogo di Pausania (IX 29 4-*fr.* 13 B⁴) che ci illumina in modo alquanto soddisfacente sulla *Smirneide:*

---

(1) Che codesto frammento (assegnato peraltro espressamente al libro *Nannò* dalla tradizione indiretta) non possa-come vuole il De Marco, in «Rend. R. Ist. Lomb. Sc. e Lett.» LXXVIII (1939/40), pp. 28 ss. [dell'estratto]- essere attribuito alla *Smirneide* già vide il Pasquali, in «St. it. fil. cl.» 1923, p. 300.

(2) Cfr. le nostre *Ricerche intorno a Mimnermo e alla sua opera*, in «Ann. Fac. Lett. Napoli» I (1951), p. 8 [dell'estratto]: «La μεγάλη γυνή di Callimaco non può essere che *Nannò*, il primo libro delle elegie del Nostro. Perché proprio la *Nannò* e non la *Smirneide?* Anzitutto perché di *Smirneide* non potevasi dir «donna» e poi perché, se Mimnermo era noto fra i contemporanei, lo era appunto per la Nannò (come dimostrano anche i due distici di Ermesianatte—*fr.* 2, vv. 35-40—e il distico di Posidippo—*Anth. Pal.* XII, 168—) e, evidentemente, per i κατὰ λεπτόν. Quindi Callimaco non poteva che far riferimento alle due cose piú note del poeta se voleva essere compreso dai lettori...»

Μίμνερμος δέ, ἐλεγεῖα ἐς τὴν μάχην ποιήσας τὴν Σμυρναίων πρὸς Γύγην τε καὶ Λύδους, φησὶν ἐν τῷ προοιμίῳ θυγατέρας Ὀλύμπου τὰς ἀρχαιοτέρας Μούσας, τούτων δὲ ἄλλας νεωτέρας εἶναι Διὸς παῖδας. Così preciso, con l'accenno anche al proemio, essendo il riferimento del Periegeta (1), non v'è motivo di non credergli e di pensare che la *Smirneide*, elegia di carattere narrativo con qualche spunto parenetico, tragga motivo da altro che da una «battaglia» degli Smirnei contro Gige; 3) in ogni caso pare piú prudente attenersi ad una testimonianza, e non del tutto isolata, come quella di Pausania, anziché ricorrere ad ipotesi, delle quali non è lecito trovare alcuna traccia presso gli antichi.

Dopo queste osservazioni particolari ci sia concesso infine di rilevare che, pur non essendovi assoluta certezza, l'ipotesi della uguaglianza Nannò = μεγάλη γυνή resiste sempre, a nostro avviso, alla critica meglio delle altre, e poco contro di essa si potrà eccepire sino a quando non si dimostri l'impossibilità di ammettere quelli che, al riguardo, ci pare sieno due punti fondamentali, ossia: *a)* che *Nannò* è il titolo non di tutta l'opera di Mimnermo, ma solo di uno dei libri dei quali essa si componeva; *b)* che *Nannò* è una raccolta di elegie di carattere prevalentemente mitologico-narrativo a sfondo erotico (e in quanto tale si oppone al genere κατὰ λεπτόν: πολύστιχον ποίημα contro l' ὀλιγόστιχον), *e non* di carattere erotico-personale come potrebbe credersi sotto la suggestione del titolo costituito da un nome di donna (2).

III. *Mimnermo e un coro dell'«Eracle» euripideo.*

All'arrivo di Eracle (v. 523ss.) e al gioioso movimento ch'esso provoca in Megara e negli astanti tutti fa seguito un

---

(1) A riguardo dell'impresa di Gige si cfr. peraltro Her., I 14, che fu addotto dal Vogliano. L'accenno, nel proemio, alle Muse figlie dell'Olimpo trova poi riscontro in *Schol.* Pind., *Nem.* III 16, p. 43, Drachm.

(2) Per tutti i particolari sulle varie questioni ci permettiamo rimandare ancora al nostro scritto sopra citato.

canto del coro (secondo stasimo vv. 637-700), che è notoriamente il piú bello dell'*Eracle* e uno dei piú validi di Euripide in quanto a resa lirica e poetica. La dottrina dei critici ha anche additato alcuni motivi che, già presenti in altri autori o in altre opere euripidee, nel nostro coro sono ripresi e rinnovati (1): così, p. es., l'aspirazione ad una seconda giovinezza come ricompensa per i valorosi (vv. 660ss.) trovasi già in Eur., *Suppl.* 1080ss. e si inserisce peraltro nella serie dei voti utopistici ai quali spesso Euripide ama abbandonarsi (2); come del resto tutta la prima parte del coro (soprattutto vv. 641ss.) richiama, seppur alla larga, il vecchio motivo della scelta della cosa piú bella che ha una lunga storia nella poesia greca (3), laddove nell'ultima parte il Coro pare che esprima direttamente la voce e l'intimo del poeta (4) e da codesto punto di vista potrebbe richiamarsi il terzo stasimo dell'*Ippolito* (5).

Un riscontro poi con Mimnermo, dato il tema del coro: giovinezza e vecchiaia, torna piú che naturale e vi si è soffer-

---

(1) Una risonanza della mossa iniziale, ὦ νεότας μοι φίλον αἰεί -che Cl. Moeller, *Vom Chorlied bei Euripides*, Diss. Göttingen, Bottrop 1933, p. 28, ben connette con la chiusa del primo stasimo, v. 440 s.: νῦν δ' ἀπολείπομαι τᾶς εὐδαίμονος ἥβας—nell'ultimo Euripide non so se sia stata notata; cfr. *Bacch.* 881 (e 901): ὅ τι καλὸν φίλον ἀεί, che è peraltro un antico detto che trovasi già in Theogn. 17—v. J. Carrière *a. l.*, in Théognis, *Poèmes élégiaques*, Paris 1948, p. 95—e che, secondo Plat., *Lys.* 216C, aveva carattere proverbiale.

(2) Cfr., p. es., *Hipp.* 618 ss., *Med.* 573 ss. e il Méridier al nostro luogo. A proposito dei precedenti di codesto secondo stasimo occorre anche ricordare che Eracle appariva presso i Greci anche como vincitore di Γῆρας. Il che ci è testimoniato dalla tradizione delle arti figurative: cfr. B. E. Richardson, *Old age among the ancient Greeks*, Baltimore 1933, pp. 72 ss.

(3) Cfr., p. es., Arch., *fr.* 68; Sapph., *fr.* 27; Anacr., *fr.* 8 e L. A. Stella, *o. c. infra*, p. 21.

(4) Cfr. M. Pohlenz, *Die griechische Tragödie*, Leipzig 1930, p. 319.

(5) Vv. 1102 ss. e il Wilamowitz a p. 228 ss. della sua «erklärende Ausgabe» del dramma; cfr. Möller, *o. c.*, pp. 16, 29.

mato particolarmente il Kröker (1). Ma ci sembra che sia utile guardare la questione un po' piú da vicino. Anzitutto mi pare assodato che Euripide si sia qui ricordato di Mimnermo. Pochi riscontri concettuali e stilistici bastano a provarlo (2). D'altra parte le differenze vi sono, e non prive d'interesse. Anzitutto è bene notare come, a nostro avviso, sia la seconda strofe (vv. 673ss.) il vero centro ideale e poetico dello stasimo. La prima parte ne è la premessa, o meglio il motivo voluto, la terza, con la lode di Eracle (vv. 687ss.; cfr. anche v. 680ss.), ha come una funzione di raccordo fra l'effusione lirica del Coro e lo sviluppo dell'azione. Euripide ha voluto in questo limpido canto dichiaratamente affermare la propria fede nella poesia e nella sua virtú serenatrice e ricreatrice. I vecchi tebani, dinanzi all'entusiasmo suscitato dalla venuta di Eracle tutto forza e possanza, essi che ben sanno cosa sia la vecchiaia (cfr. vv. 107ss.), rimpiangono la giovinezza. E' qui già la voce del poeta: ἁ νεότας μοι φίλον αἰεί κτλ. Piú dolce è la giovinezza con le sue illusioni ardenti piú amaro il sapore della vecchiaia. Lo sapeva ben Mimnermo e intensamente ne cantava in accenti singolarissimi. Lo sa anche Euripide che della vecchiaia ha piú di una volta fornito quadri tristissimi sfiorandovi financo l'ironia (3), e che ai vegliardi dell'*Eracle* fa dire: νῦν δ' οὐδὲν ἐσμεν (v. 314). Ma Mimnermo, che pur non è, come

---

(1) E. Kroeker, *Der Herakles des Euripides*, Giessen 1938, p. 50; ma v. già U. v. Wilamowitz Moellendorff, *Sappho und Simonides*, Berlin 1913, p. 285: «Die anmutigen Verse des Mimnermos, die Euripides Herakles 638 vor Augen hat. Frg. 5...»; cfr. anche Schmid-Staehlin, *Gesch. d. griech. Literatur* I 3, p. 428 2.

(2) Non pare che sieno stati notati da vicino. Ne diamo pertanto alcuni: *Her.* 638 richiama Mimn., *fr.* 5 2 (uguale è l'imagine della vecchiaia quale grave peso, ma Euripide ha ampliato e un po' fors'anche diluito lo spunto); 640 riprende *fr.* 5 5 a proposito dell'annebbiarsi della vista; a λυγρὸν φόνιόν τε γῆρας di 649-50 corrisponde l' ἀργαλέον γῆρας di 1 10 e 2 6; αὐγὰς... ἁλίου si legge in 661 e αὐγὰς... ἠελίου in 1 8; pur non essendovi rispondenza precisa di concetto, affinità di andatura stilistica si può cogliere, o erriamo, in 647 s. e 1 9, come pure un certo legame si può stabilire fra 665 s. e 2 4-5.

(3) Cfr. P. Masqueray, *Euripide et ses idées*, Paris 1908, pp. 271 ss.

si è creduto, il poeta di un pessimismo assoluto e senza scampo, allo sfiorir di giovinezza non sa por riparo se non la morte: αὐτίκα δὴ τεθνάναι βέλτιον ἢ βίοτος (*fr.* 2 10). Mimnermo è il poeta del destino contrastante e sfuggente della giovinezza, e per lui giovinezza è soprattutto bellezza, anche fisica, e vecchiaia è deturparsi della bellezza. Euripide, che ha letto le elegie del vecchio poeta e, come si è veduto, ne è stato suggestionato, ha reagito alla sua *Weltanschauung*. E' andato oltre. Dolorosa e amara condizione è quella della vecchiaia, e per i virtuosi occorrerebbe la ricompensa di una seconda giovinezza, ma non vale pensare alla morte. In un luogo del *Bellerofonte*, è vero, il poeta dice che meglio sarebbe non esser nati (*fr.* 285 N.[2]), altrove invece che il dolore è portatore di saggezza (*Ael. fr.* 37), qui la sua voce non è soltanto di rassegnazione, ma anche di entusiasmo: anche il vecchio poeta può cantare come cigno di Apollo (v. 692s.), per lui la poesia è vita e senza corone non saprebbe vivere. Euripide, non ancora di molto avanzato nella vecchiaia (1) ma già fin troppo a conoscenza del peso degli anni e della vita, ci lascia così una lezione insostituibile di fede nel canto generatore di gioia: le Cariti unite alle Muse, ἁδίσταν συζυγίαν. La sua voce non è quella di Mimnermo così come non è quella del Sofocle dell'*Edipo a Colono* (v. 1211ss.), ma, soprattutto, è una voce nuova, perché ha posto l'accento non piú sugli anni ma sul contenuto ideale della vita. Egli ha avvicinato Mimnermo, lo ha imitato nei particolari, ma ha voluto quasi, se non sia troppo audace il pensarlo, polemizzare con lui (2).

---

(1) Gli estremi per una possibile datazione dell'*Eracle* sono, com'è noto, per la maggioranza dei dotti gli anni 421-415.

(2) Occorre appena accennare all'approfondimento di umanità che si opera con Euripide anche a proposito della visione della vecchiaia. Posizione intermediaria fra lui e Mimnermo ha Solone (cfr. *fr.* 22 D.[3]), ma Solone ci sembra un po' irrigidito in una posizione razionalistica e comunque considera sempre l'età come un fatto piuttosto assoluto, in Euripide invece sembra che la vecchiaia si trasfiguri ad opera della poesia e che la poesia corrisponda quasi a quella seconda giovinezza che dovrebbe toccare ἀρετᾶς ὅσοισιν μέτα (v. 659 s.).

IV. *Nevio e Bacchilide.*

Notissimo è il frammento di commedia ignota tramandato da Gellio come di Nevio:
Etiam qui res magnas manu saepe gessit gloriose
cuius facta viva nunc vigent, qui apud gentes solus praestat,
eum suus pater cum pallio uno(d) ab amica abduxit (fr. 116 R.),
a proposito del quale v'è divario fra i dotti se trattisi di un attacco o di uno scherzo compiacente al grande Scipione vincitore di Zama (1). Una singolare corrispondenza fra esso e un frammento di Bacchilide appartenente, com'è da presumersi, a carme erotico fu già notata da B. Warnecke (2), il quale ne dedusse che *Naevium in Scipionem castigandum non libere fictos, sed a Bacchylide sumptos propriumque ad usum a re nata mutatos versus edidisse.* La coincidenza in effetti non può essere fortuita (3), ma legittimo è tuttavia il chiedersi se Nevio abbia conosciuto direttamente Bacchilide o se la conoscenza del luogo gli sia pervenuta per via indiretta. Per rispondere alla domanda occorrerebbe forse conoscere un po' piú da vicino di quanto non conosciamo gli interessi letterarî di Nevio, ma in ogni caso non pare che vi possa essere stata estrema congenialità fra i due poeti, e che Bacchilide lezioso e, come perso-

---

(1) La vita dell'Africano pare fosse piuttosto spregiudicata: cfr. Liv., XXIX 19 11; e che egli dovesse aver Nevio piuttosto in uggia appare da Cic., *De or.* II 61 29 s. Ma v. A. Rostagni, *La letteratura di Roma repubblicana e augustea*, Bologna 1939, p. 74 s.; cfr. anche Hosius, *Gesch. d. röm. Lit.* I, p. 52.

(2) In «Philologus» LXXI (1912), p. 567 s. Il frammento è il seguente (19 Sn.[6]):

Σὺ δ' ἐν χιτῶνι μούνῳ
παρὰ τὴν φίλην γυναῖκα φεύγεις.

(3) Cfr. anche E. V. Marmorale, *Naevius poeta*, Firenze 1950², *a. l.* La situazione sarà naturalmente stata di tutt'altro genere in Bacchilide che in Nevio e nel primo si sarà trattato certamente di qualche episodio mitologico.

nalità d'insieme, piuttosto incolore abbia potuto interessare e attrarre eccessivamente il fiero Campano. In generale poi occorrerebbe conoscere qualcosa della fortuna di Bacchilide a Roma nel III sec. a. C.; sul che codesta di Nevio viene ad essere -ed è dubbio- l'unica testimonianza (1). Pertanto una dipendenza diretta di Nevio da Bacchilide, se non da escludersi, è certamente da considerarsi alquanto problematica. Piú probabile è che il luogo bacchilideo, verisimilmente di materia mitologica, passato, p. es., nella tragedia euripidea, sia penetrato poi nella commedia di mezzo e nella nuova, e che da queste, soprattutto dalla prima, abbia potuto a sua volta attingere Nevio. Segnare le tappe di codesto cammino non pare purtroppo che sia per ora possibile. Ci limitiamo a segnalare due luoghi che con i nostri hanno una certa affinità, ma comunque troppo lontana perché si possa dedurne qualcosa di certo. Si tratta di Eur., *Hec.* 933:... λέχη δὲ φιλία μονόπεπλος λιποῦσα, Δωρὶς ὡς κόρα κτλ. (2), e di Plaut., *Cas.* 978: *in adulterio dum moechissat Casinam, pallium perdidit* (3).

V. *Oppiano imitatore di Alcmane.*

Il *fr.* 94 D. di Alcmane, è noto, ebbe vasta fortuna anche presso gli antichi, e prova non ultima ne deriva dal gran numero di citazioni che ci son pervenute (4). Già è stato peraltro notato come non solo eruditi e grammatici, per motivi

---

(1) Sulla fortuna di Bacchilide a Roma ha indagato il Crusius, in RE *s. v.*, e non pare che prima dell'età augustea il poeta sia stato molto conosciuto.

(2) μονόπεπλος vale appunto «clad only in the *chiton*» (Tierney *a. l.*). L'accenno Δωρὶς ὡς κόρα ha poi valore ironico. Il luogo si prestava forse ad essere sfruttato dai comici.

(3) Plauto avrebbe preso lo spunto da Nevio esagerandone la portata...?

(4) Il frammento è presso Antigono Caristio, Apollonio Discolo, il *Lessico Suda*, l'*Etymologicum Florentinum* e il *Vaticanum*, scoliasti e aneddoti varî; cfr. l'apparato del Diehl.

estranei alla poesia esso ebbe ad interessare, ma anche, e certo per la suggestività che da esso promana, poeti grandissimi, da Euripide, p. es., che forse vi si ispirò nello splendido «canto dell'alcione» che si legge nella *Taurica* (1), ad Aristofane che nell'imitare il v. 3 si spinse sin quasi a citarlo interamente (2).

Ma non sembra che sia stata notata l'imitazione di un autore tardo, Oppiano di Corico, che piú di una volta prova nel suo poema d'innalzare la voce modesta a ricercate eleganze. All'inizio del secondo libro dei suoi *Halieutica* egli parla della torpedine e la descrive da una parte come piuttosto fiacca e tarda, dall'altra come pericolosa per le insidie che nel proprio corpo ha nascoste. Il motivo predominante nel passo e sul quale l'autore piú a lungo si sofferma è quello della debolezza dell'animale. A un certo punto poi, a proposito dell'effetto che può produrre chi tocchi i raggi (κερκίδες) della torpedine, riporta con lieve variante (solo di tempo, pel costrutto) l'inizio del secondo verso del frammento: γυῖα φέρην (-ειν codd.) δύναται. L'imitazione di Alcmane è dunque evidente (3). Ma

---

(1) Vv. 1089 ss.; cfr. E. Bignone, *Poeti apollinei*, Bari 1937, p. 164; L. A. Stella, *Euripide lirico*, in «Atene e Roma» XLII (1940), p. 93.

(2) Cfr. Alcm., *fr.* 94 3: ὅστ' ἐπὶ κύματος ἄνθος ἅμ' ἀλκυόνεσσι ποτῆται; Ar., *Av.* 250 s.: ὧν τ' ἐπὶ πόντιον οἶδμα θαλάσσης μετ' ἀλκυόνεσσι ποτᾶται (v. *Schol. a. l.*). Lo stesso Aristofane in un altro luogo degli *Uccelli* (v. 299 s.) si ricorda del frammento di Alcmane, maliziosamente scherzando sul nome del cerilo.

(3) Per comodità riportiamo tutto il luogo di Oppiano (seguo *Oppiani de piscatione* ed. F. S. Lehrs, in *Poetae bucolici et didactici*, Paris-Didot-1851, p. 57), *Hal.* 56 ss.:

> Οἷον καὶ νάρκῃ τερενόχροϊ φάρμακον ἀλκῆς
> ἔσπεται αὐτοδίδακτον ἐν οἰκείοισι μέλεσσιν.
> Ἡ μὲν γὰρ μαλακή τε δέμας καὶ πᾶσ' ἀμενηνή,
> νωθής τε βραδυτῆτι βαρύνεται, οὐδέ κε φαίης
> νηχομένην ὁράαν· μάλα γὰρ δύσφραστα κέλευθα
> εἱλεῖται πολιοῖο δι' ὕδατος ἑρπύζουσα·
> ἀλλά οἱ ἐν λαγόνεσσιν ἀναλκείης δόλος ἀλκή·

anche qui, comme per Nevio, ci si può chiedere: conosceva Oppiano (ch'è del II sec. d. C.) direttamente Alcmane? Nel I sec. a. C. sappiamo dal papiro Mariette che Alcmane era ancora pubblicato, e quindi letto, non così tre secoli dopo. Ma accresce il sospetto che Oppiano abbia attinto a fonte indiretta il fatto ch'egli cita il poeta laconico a proposito della debolezza della torpedine, così come Antigono Caristio (1), ch'è l'unico autore che riporti il nostro frammento a causa del suo contenuto, lo fa a proposito dell'alcione vecchio e debole.

Non è improbabile dunque che Oppiano, avendo avuto fra le sue fonti Antigono, vi abbia attinto la citazione di un frammento di Alcmane che poteva essere inserita in un contesto del suo poema.

ANTONIO GARZYA.

κερκίδες ἐμπεφύασι παρὰ πλευραῖς ἑκάτερθεν
ἀμφίδυμοι· τῶν εἴ τις ἐπιψαύσειε πελάσσας,
αὐτίκα οἱ μελέων σθένος ἔσβεσεν, ἐν δέ οἱ αἷμα
πήγνυται, οὐδ' ἔτι γυῖα φέρειν δύνατ', ἀλλὰ οἱ ἀλκὴ
ὦκα μαραινομένοιο παρίεται ἄφρονι νάρκῃ.

Il v. 61 richiama un po' Alcm., *fr.* 94 3.

(1) Cfr. *Hist. mir.* 27 (23).

SOBRE LOS ORIGENES DEL VOCABULARIO ATICO

I. Problemas y métodos.

1. *Finalidad de este estudio.*

Cuando redacté mis *Estudios sobre el léxico de las Fábulas Esópicas* (1), según avanzaba en el trabajo me llamaba cada vez más la atención la oposición existente entre una gran parte del vocabulario ático y el del resto de los dialectos, incluído el jónico. Por una parte, hay un gran número de palabras jónicas que faltan en ático y muchas de las cuales aparecen en otros dialectos griegos, pasando incluso con frecuencia a la koiné, y por otra, muchas palabras áticas no se hallan en los demás dialectos ni siquiera en la koiné. Cualquier investigación que trate de explicar esta anomalía debe tener en cuenta la gran dificultad que supone para realizarla la desigualdad del material de que disponemos, relativamente (luego veremos por qué sólo relativamente) abundante para el ático, pequeño para el jónico y limitadísimo para los demás dialectos. Sin embargo, esto es sólo una dificultad y no un obstáculo definitivo para intentar ganar algunos resultados. Otra gran dificultad, que existe igualmente para cualquier estudio concerniente al ático, es que el comienzo de la prosa ática es muy tardío, posterior al año 430, con lo que queda antes de ella un gran vacío que solamente puede colmar

---

(1) Salamanca, 1948.

en parte la Tragedia, sobre la que recae siempre la sospecha de influjo jónico o poético. Para el estudio del vocabulario ático no es muy buen punto de partida, pues no hay criterio alguno capaz de distinguir fácilmente lo ático de los préstamos.

Por todo ello, en el presente trabajo voy a intentar tender un puente entre el vocabulario ático y el del jónico y el resto del griego por un procedimiento distinto y hasta ahora no utilizado, que yo sepa: buscando en el vocabulario ático por nosotros conocido los rastros que hayan podido dejar palabras usadas en época antigua. Este estudio nos va a llevar a la conclusión de que una parte del carácter especial que muestra el vocabulario ático se debe a la eliminación progresiva de muchas palabras a lo largo de la historia del ático.

Dos estudios complementarios habría que realizar: el de los términos áticos que están creados por derivación o composición a partir de raíces o palabras comunes a todo el griego incluído el propio ático, y el de aquellos otros que remontan a una gran antigüedad, habiendo desaparecido en los otros dialectos no sin dejar, posiblemente, algunos rastros. Sin embargo, nos limitaremos por ahora a la investigación primeramente enunciada, si bien, como punto de partida, hemos de ver antes los resultados, limitados, pero no totalmente desdeñables, que sobre el vocabulario ático arcaico nos puede suministrar el estudio directo de los documentos áticos arcaicos que conocemos, pertenecientes a la época inmediatamente anterior a la clásica: la Tragedia y las inscripciones, sobre todo.

2. *El vocabulario ático arcaico en la Tragedia.*

El problema del vocabulario de la Tragedia viene a presentar en gran medida el mismo aspecto que el de la lengua de la Tragedia en general. Por ello estudiaremos simultáneamente ambas cuestiones, que se iluminan recíprocamente.

La lengua de la Tragedia es en términos generales uniforme. La encontramos ya formada en la más antigua obra de

Esquilo, *Las Suplicantes*, anterior en todo caso al año 472, fecha de *Los Persas*. No hay motivo alguno para poner en duda que esta lengua provenga en lo esencial de fecha anterior todavía: el primer concurso trágico es del año 534/3 y antes de esta organización oficial de la representación de la tragedia, existían ya sin duda tragedias en Atenas, del mismo modo que sabemos que la Comedia llevó una vida propia antes de ser regulada oficialmente en fecha más tardía (1).

Por ello, siendo como es el ático la base del lenguaje de la Tragedia, nada más verosímil que la existencia en él, incluso en el vocabulario, de arcaísmos áticos que ya no conocía la prosa ática, cuyo comienzo se puede fechar con el viaje de Gorgias a Atenas (año 427). Todas las lenguas literarias griegas, en efecto, contienen, junto a otros elementos, una base formada por el dialecto en que primeramente se desarrollaron; ejemplo: los eolismos de Homero o los dorismos de la lírica coral; inversamente, cuando se cultivaron después en otro ambiente lingüístico diferente, no dejaron de ser influenciadas por él: piénsese en la disminución progresiva del elemento dorio en la lírica coral a partir de Alcman o—y es el caso opuesto—en ciertos dorismos de Teognis o Tirteo (2). Concretamente, el lenguaje de la Tragedia experimenta ante nuestros ojos, de Esquilo a Eurípides, una cierta evolución por la cual se moderniza poco a poco (3). Hemos de deducir, pues, que tam-

---

(1) Esto sin entrar en el problema del origen de la Tragedia, pero no sin hacer constar que Nilsson *(NJhB.* 1911, págs. 609 sgs.) y Schmid *(Geschichte der Griechischen Literatur* II, 36 sgs.) sostienen, aunque con modalidades diversas, el origen autóctono de la Tragedia en el Atica. Ello, naturalmente, no sería obstáculo al influjo de las dos lenguas literarias panhelénicas (la homérica y la de la Lírica Coral) en la de la Tragedia. En cuanto al fragmento de Frínico que probaría un lenguaje primitivamente jónico de la Tragedia ática (cf. Diels, *Rh. M.* 56 (1901), 29 sgs.), hoy predomina el escepticismo; cf. Björk, *Das alpha impurum*, Uppsala 1950, pág. 163.

(2) Este punto de vista se adapta mejor a los hechos que la concepción tradicional de que cada género literario conserva simplemente el dialecto del país en que nació.

(3) Por ejemplo: en Esquilo y Sófocles sólo hay formas del tipo

poco en sus orígenes fué la Tragedia impermeable al lenguaje de Atenas en el siglo VI, y ello tanto si nació allí como si vino de fuera como forma artística ya hecha (que vino de fuera grandísima parte de los elementos de su lengua, no puede ponerse en duda).

Hay que hacer notar aquí que esta conclusión no tiene solamente carácter de verosimilitud, sino que en algunos respectos es perfectamente demostrable. El caso más claro y evidente es el del dativo de plural en -οισι de los temas en -ο, que se encuentra como normal en las inscripciones áticas anteriores al año 444 y que, por tanto, no representa en la Tragedia un jonismo (1). Desgraciadamente, casos como éste son raros: en realidad, los arcaísmos de las inscripciones—no jonismos, por tanto—que se hallan en la Tragedia, suelen encontrarse también en los prosistas áticos más antiguos (2), de modo que no nos remontan tan atrás. Esto depende de la naturaleza de nuestro material epigráfico, de la que luego hablaremos, así como de otras causas que también hemos de ver.

Otras veces bastan razonamientos de orden lingüístico para atribuir al ático arcaico ciertas formas de la Tragedia que faltan en jónico y que debieron de ser creaciones analógicas de la lengua conversacional que no llegaron a imponerse: así el dativo de plural en -αισι en la primera declinación, o el ge-

---

ἔθεσαν en el aoristo radical; en Eurípides, en cambio, hay ya ἔθηκαν, ἦκαν, etc. Cf. Hoffmann, *Geschichte der griechischen Sprache*, pág. 124. En cuanto al vocabulario, es evidente el abandono progresivo de ciertos términos.

(1) Así lo vió ya Gerth: *Quaestiones de graecae tragoediae dialecto* (en *Curtius' Studien* I 2, 1868), pág. 225. La mayor parte del trabajo de Gerth es, sin embargo, inaprovechable desde nuestro punto de vista.

(2) Así, las terceras personas del plural del tipo ἀφίκατο, que se encuentran en inscripciones, en la Tragedia y en Tucídides (cf. Gerth, obra citada, págs. 228-9); ἐς por εἰς en Tragedia, inscripciones (confróntese Rosenkranz, «Der lokale Grundton und die persönliche Eigenart in der Sprache des Thucydides und der älteren griechischen Redner» en *I. F.* 48 (1930), 149 sg.) y Tucídides, etc.

nitivo de singular del tipo πόλεος (1). Cuando de las formas dobles es la antigua la que en la progresiva regularización de la lengua literaria ática acaba por desaparecer, queda siempre la sospecha de que se trate en realidad de un jonismo o poetismo, sospecha que, de faltar en las inscripciones arcaicas la forma en cuestión, a veces sólo se puede descartar cuando subsiste en Aristófanes, Tucídides, etc.; ejemplos: ἤν por ἄν (Tragedia, Tucídides, Aristófanes, etc.), con una contracción de εα común en jónico-ático que sólo poco a poco debió de ser desplazada en ático por la forma analógica ἄν. Otro ejemplo: el tipo δύνῃ en vez del analógico δύνασαι, tipo que si no es jónico se basa en la forma sin contraer del jónico y está en eolio y dorio (2), pero que al aparecer asimismo en la Comedia se demuestra que también es ático. Pero también la forma más reciente puede despertar la sospecha de ser un jonismo; así la contracción οη > ω, seguramente ática, que comparten en algún caso Sófocles y Aristófanes (3).

Vemos, pues, que si el aislamiento en que se encuentra la Tragedia dentro de la literatura ática hace que, cuando no tenemos un punto de referencia, no sabemos si atribuir al jónico o al ático arcaico una serie de formas, no impide, sin embargo, que en casos excepcionalmente favorables podamos considerarlas como efectivamente áticas arcaicas, aunque en sí sean también jónicas. Aparte de los casos positivos de arcaísmo tenemos los negativos, es decir, aquellos en los que la Tragedia no admite o sólo lo hace en el curso de su desarrollo una serie de formas que proliferan en la prosa. Pero, en conjunto, la conclusión es evidente: la Tragedia es un mal punto de partida para el estudio del ático arcaico.

---

(1) Cf. Hoffmann, obra citada, pág. 123 sgs. Πόλεος es reciente en jónico.

(2) Δύνᾳ. Cf. Schwyzer, *Griechische Grammatik* I 668.

(3) Sófocles, fragmento 188 (νένωται); Aristófanes *Pax* 1155 (βωσάτω), etc. Cf. en general el material de Hoffmann en el lugar citado y sobre las fluctuaciones en el uso de Tucídides, Aristófanes, etcétera, las págs. 130 sgs. y 148 sgs., así como Rosenkranz, obra citada, pág. 127 sgs.

En lo relativo al vocabulario, la conclusión anterior es igualmente válida. Aquí la dificultad de separar los vocablos áticos de las glosas de origen extraático de que habla Aristóteles en su *Poética*, es mayor aún, por razones evidentes. Rutherford, en su *New Phrynicus* (1), sustentó la tesis, basada fundamentalmente en el vocabulario, de que el lenguaje de la Tragedia era sencillamente el ático de la época en que nació la Tragedia. Los numerosos vocablos comunes a la Tragedia y al jónico serían sencillamente arcaísmos áticos luego desaparecidos. Esta tesis se presta fácilmente a la crítica, que fué hecha, entre otros, por J. D. Rogers (2). Antes de él H. Wittekind (3) había llegado a considerar como jónicas todas las glosas de la Tragedia en general. Uno y otro señalaron las razones que había para suponer que muchos de los términos que Rutherford consideraba áticos arcaicos no eran en realidad otra cosa que «glosas» no áticas, como es usual en las lenguas literarias griegas. El argumento del parecido que Dionisio de Halicarnaso (4) encontraba entre el ático arcaico y el jónico, aducido también por Rutherford, ha sido a su vez contestado varias veces (5) como explicable en realidad por la «estilización jónica» de la Tragedia arcaica primitiva. Sin embargo, donde culmina la crítica del abuso del ático arcaico para explicar la lengua de la Tragedia, es en el libro de Björck ya citado; este autor rechaza en forma definitiva el carácter ático arcaico del ᾱ impura de la Tragedia, admitido por Mahlow (6).

---

(1) Londres, 1881.

(2) En *AJPh* 25 (1904), pág. 285 sgs.

(3) *Sermo Sophocleus quatenus cum scriptoribus ionicis congruat*, Diss. Giessen 1895.

(4) *De Thucydide* c. 23.

(5) Cf.., por ejemplo, Meillet, *Aperçu d'une histoire de la langue grecque*[6], pág. 209 sgs.

(6) Este autor definió el ático como un dialecto mezclado en el cual coexistían ᾱ y η (e igualmente ξένος y ξεῖνος, σμικρός y μικρός, etc.). Aunque sacada de sus límites y manejada sin método por Mahlow, la elección entre formas concurrentes tiene una impor-

De esta forma, posteriormente a Rutherford, la solución del problema del vocabulario de la Tragedia ha marchado por otros derroteros distintos de los suyos, por reacción contra sus exageraciones; hasta tal punto, que hoy se tiende a olvidar demasiado el papel, limitado pero indudable, que el vocabulario ático arcaico juega en el de la Tragedia. No estará, pues, de más recordar aquí la existencia de este vocabulario, la cual es demostrable, igual que antes vimos era el caso en la Fonética y la Morfología, cuando existe un punto de referencia adecuado.

Las cosas se presentan, efectivamente, de un modo semejante a como lo hacen en Fonética y Morfología. Unas veces se trata de palabras no testimoniadas fuera del ático y que en este mismo dialecto o sólo están en la Tragedia o se usan poco fuera de ella. Por razones de este tipo considera áticas Fränkel a palabras como μαστήρ, «que busca» (1), λυτήρ, θυτήρ, ἐνδυτήρ (2), ῥήτωρ, «que habla» (3), μελέτωρ, νεμέτωρ, νάτωρ (4), unas veces con más seguridad que otras. Análogamente, Björck, que como Fränkel tiende a reducir los arcaísmos áticos de la Tragedia todo lo que puede, cree áticos ἥλιξ (5), θᾶκος (6), νᾶμα (7).

No obstante, en cuanto una palabra trágica aparece en

---

tancia que no puede negarse para diferenciación dialectal del griego. Cf. mi trabajo *La dialectología griega como fuente para el estudio de las migraciones indoeuropeas en Grecia* (Salamanca 1952), pág. 27 siguientes. Pero en un dialecto ya relativamente regularizado como es el ático, la tesis de Mahlow sobre la existencia de dobles formas no puede sostenerse más que en un número limitado de casos (como los mencionados arriba), que además se explican con criterios distintos del de la mezcla de lenguas. Que coexistieran en ático ᾱ y η, ξένος y ξεῖνος, es inadmisible.

(1) *Geschichte der griechischen Nomina Agentis*, Estrasburgo 1910-12, II, pág. 4.

(2) *O. c.*, II, pág. 6.

(3) *O. c.*, II, pág. 8.

(4) *O. c.*, II, pág. 11.

(5) *Das alpha impurum*, pág. 188.

(6) *O. c.*, II, pág. 350.

(7) *O. c.*, pág. 147.

Homero, etc., estos autores y todos los demás tienden a considerarla no ática. Y, sin embargo, es evidente que el solo hecho de que una palabra se encuentre o no fuera del ático es un criterio insuficiente, y no menos evidente que, como ocurría en Fonética y Morfología, entre estas palabras tiene que haber arcaísmos áticos. La dificultad—igual que allí—consiste en que cuando no existe en el ático un punto de comparación, la separación de los elementos áticos y extraáticos de la Tragedia es imposible. Sin embargo, como allí también, dicho punto de comparación existe a veces. Por ejemplo, Fränkel (1) declara a ὀπτήρ un jonismo: está en la Tragedia, en Homero y en Antifón (2). Para mí, en cambio, esta palabra jónica es también ática, habiendo llegado incluso a los comienzos de la prosa (Antifón). Otras veces podemos aducir apoyos epigráficos de época antigua u otros de distinta índole. Lo característico es que estas palabras que aparecen en la Tragedia y que las inscripciones u otros testimonios prueban que pertenecían al ático arcaico, siempre aparecen también en algún caso aislado en la prosa ática, si bien en circunstancias tales que demuestran que en ella eran inusitadas o, al menos, estaban en retroceso y eran sentidas como arcaicas. Vamos a dar unos ejemplos, advirtiendo que respecto a muchos de ellos que en la prosa ática sobreviven en frases hechas o en sentidos especiales, remitimos a nuestro estudio sistemático de estos casos en la parte II de este trabajo.

1. Arcaísmos conservados en la Tragedia e inscripciones arcaicas que son inusitados en prosa clásica (salvo, algunos de ellos, en lenguas o sentidos especiales):

Ἄποινα y ἀποινᾶν son usados tanto por los trágicos (3) como por Dracón (4); Demóstenes 23.33 testimonia expresamente que en su época ambas palabras ya no se usaban. Por

(1) *O. c.*, II, pág. 2.

(2) *De Herod. nece* 27. También en Jenofonte *Ciropedia* IV 5, 17.

(3) El primero es frecuente; el segundo está en Eurípides *Reso* 177.

(4) *IG* I² 115.31 y el texto de Demóstenes citado a continuación.

tanto, el uso de ἄποινα en Platón *Leyes* 862 *c* (1) y alguna vez en Jenofonte, debe interpretarse como un jonismo de los que, preparando la koiné, existen en Jenofonte y en las últimas obras de Platón. Esto es lo que piensa, respecto a Jenofonte, Gautier (2). En la lengua del derecho se ha conservado en ático (cf. parte II).

Ἀνάπτω, usado en la Tragedia y en una inscripción arcaica (3), aparece en la prosa ática solamente una vez: en el *Timeo* de Platón 39 *b* (φῶς ὁ θεὸς ἀνῆψε), obra tardía de Platón que comporta, como las *Leyes*, mucho vocabulario no estrictamente ático (ἀνάπτω es común en koiné).

Πημαίνω es frecuente en la Tragedia y se halla también en una inscripción arcaica (4). En prosa ática πημαίνω es rarísimo y siempre se refiere o alude a la esfera legal; sobre esto y la conservación de la fórmula ἐπὶ πημονῇ en los tratados y de ἀπήμιος como invocación de Zeus, cf. la parte II.

Θεσμός era el nombre que Dracón (5) y Solón (6) daban a sus propias leyes, siendo también usual en la Tragedia; posteriormente se solía usar solamente hablando de leyes antiguas, generalmente de las de Dracón. Véanse más detalles sobre el uso de θεσμός y sobre su supervivencia en θεσμοθέτης en la parte II.

Κτείνω es frecuente en la Tragedia y usual en las leyes de Dracón (7). En prosa ática casi no tiene uso, salvo en la esfera legal (cf. parte II).

Ἀνδροφόνος, usado en la Tragedia y las inscripciones arcaicas (8), reduce su uso en la época clásica a la esfera legal,

---

(1) *República* 393 *e* corresponde a la conocida paráfrasis del comienzo de la *Ilíada*.

(2) *La langue de Xenophon*, Genève 1911, Lexilogus, s. u.

(3) *IG* I² 4.6 (484/5 a. C.) ἀν[άπτειν], restitución casi segura.

(4) *IG* I² 18.7 (posterior al año 458 a. C.).

(5) *IG* I² 115.20.

(6) 24.18 y 28.2.

(7) *IG* I² 115 passim.

(8) *IG* I² 115.27 y 30, pero siempre suplido sobre la base de Demóstenes 23.37 y 23.28, por lo que ignoramos si la forma que usó

y Lisias en su discurso 10 testimonia que no era usual en su tiempo; véanse más ejemplos en la parte II. Haremos observar, sin embargo, que mientras que en las dos palabras anteriores el uso de Dracón y demás textos arcaicos era, por así decirlo, libre, o sea, que eran allí los términos comunes, cuyo uso se redujo después a ciertos estrechos límites, ἀνδροφόνος no está testimoniado en Dracón y demás textos arcaicos más que como «asesino» y precisamente en textos legales, por lo que tal vez en su época el uso de la palabra fuera ya semejante al de la época clásica; el uso «libre» sería más antiguo aún (cf., por ejemplo, Homero, donde es un epíteto de Héctor). Este es evidentemente el caso de ἐξώλεια y νηποινεί, usados en las inscripciones arcaicas sólo en las mismas fórmulas en que en la prosa clásica (cf. parte II); por lo demás, ambas palabras faltan en la Tragedia, cosa bien natural por haber desaparecido el uso libre desde fecha muy remota.

2. Arcaísmos conservados en la Tragedia e inscripciones arcaicas que en la prosa clásica están en retroceso:

Ὀθνεῖος se halla en Tragedia (1) y en una inscripción arcaica (2). No falta totalmente en ático, pero las escasas veces que aparece es o bien junto a un sinónimo que lo explica (3) o bien en un contexto especialmente solemne (4); quedan aún dos pasajes que parecen normales (5). Notemos que Pollux III 55 califica de ποιητικώτερον el uso de ὀθνεῖος por Platón.

Εἰλέω se halla en una inscripción arcaica (6). Este verbo y otros de la misma raíz se usan en Tragedia, aunque pocas

---

realmente Dracón es esta o ἀνδραφόνος, testimoniado por Focio para Solón (véase más adelante).

(1) Eurípides *Alcestis* 532.

(2) *IG* I² 6.33 (de antes del año 460).

(3) Platón *República* 470 *b* ἀλλότριον καὶ ὀθνεῖον; *Leyes* 629 *e* τὸν ὀθνεῖον τε καὶ ἔξωθεν πόλεμον.

(4) Licurgo 25.

(5) Platón *Protágoras* 316 *e*; Iseo 4.18.

(6) *IG* I² 6.33 (antes del año 460).

veces; en prosa representan casi siempre un jonismo, pero un pasaje de Tucídides y otro de Platón presentan un ἀνειλέω que no parece admitir explicación especial. Cf. sobre todo esto y sobre otros rastros de εἰλέω en ático la parte II.

Sumando ahora los resultados obtenidos del estudio de estos dos grupos de palabras, haremos notar que solamente las inscripciones o testimonios arcaicos han podido asegurarnos de que las palabras estudiadas son en la Tragedia arcaísmos áticos. Hemos de exceptuar, sin embargo, los casos en que las palabras en cuestión sobreviven en la prosa en un uso o sentido especial. En los demás, el uso esporádico en prosa no puede demostrar que se trata de arcaísmos áticos, puesto que, en general, dichas palabras han entrado en la prosa como préstamos, y si en los casos de ὀθνεῖας y εἰλέω hemos pensado que sobreviven como arcaísmos áticos, hemos tenido que basar nuestra hipótesis en el testimonio de las inscripciones arcaicas. El uso de todas estas palabras por la Tragedia tampoco bastaba en modo alguno para considerarlas áticas arcaicas, puesto que todas ellas son al mismo tiempo jónicas y poéticas.

Los casos hasta aquí estudiados deben ser separados tajantemente de otros en los cuales ciertas palabras son comunes a la Tragedia y a las inscripciones de época clásica, siendo raras en prosa únicamente por tratarse de términos que por su carácter especial están mal documentados. Así ὀργάς (1), que pertenece a la terminología agrícola, de donde su poco uso; ἐγκαίω (2), también término técnico; γογγύλος (3), usado en Tragedia y también en las inscripciones (en éstas como

---

(1) *IG* I² 325.18, Eurípides (varias veces) y Jenofonte; en Demóstenes 13.32 es casi un topónimo.

(2) *IG* I² 374.96 y 261 y Eurípides *Cíclope* 393; cf. también *IG* I² 374.75 y 95 (ἐγκαυτής; la inscripción es del 408/6 a. C.).

(3) Esquilo fr. 199.7, Sófocles fr. 363.2 e *Icneutas* 297, *IG* I² 372.22 y 372 E 7 (407/8 a. C.), Platón *Cratilo* 427 *c* (que no tiene mucho valor por servir allí γογγύλος para una etimología). Cf. también γογγυλίς, γογγύλη, γογγύλλω.

término de albañilería); τετραίνω, «apalancar» (1). Posiblemente es éste también el caso de πενθερός, «suegro», usado en la Tragedia y en las leyes de Dracón (2), que fuera de allí no encontramos más que en Demóstenes 35.70 (πενθεράν). Nunca hay que perder de vista que nuestro conocimiento de la prosa ática es fragmentario y que una serie de palabras de tipo especial tenían pocas ocasiones de estar representadas en ella. Todas estas palabras están también fuera del ático, y es el testimonio de las inscripciones el que nos asegura que pertenecían a este dialecto (salvo el caso de πενθερός).

El testimonio de la Tragedia resulta, pues, insuficiente por sí sólo para decidir que una palabra es ática arcaica o simplemente ática. Cuando los apoyos externos nos fallan, la separación entre lo que es ático arcaico y lo que no lo es, es imposible y también aquí llegamos a la conclusión de que la Tragedia es un mal punto de partida para el estudio del vocabulario ático arcaico. En suma, como decíamos al principio, lo aconsejable es idear un nuevo método para reconstruir el vocabulario ático arcaico, independientemente de que esté o no en la Tragedia. Sin embargo, una vez lograda esa reconstrucción—que, naturalmente, nunca dejará de ser parcial—tendrá un gran interés ver en qué medida dicho vocabulario se ha conservado en la Tragedia.

Para hacer ahora unas indicaciones sobre el papel desempeñado en la lengua de la Tragedia por el vocabulario ático arcaico de que estamos hablando, independientemente de su cuantía, hemos por fuerza de ver previamente en qué consiste en esencia dicha lengua.

Aunque hasta aquí, con el fin de simplificar, hemos hablado constantemente de jonismos, hay que aclarar que hoy se ha llegado a la conclusión de que el influjo ejercido sobre la lengua de la Tragedia no ha partido directamente del jóni-

---

(1) Platón *Timeo* 372 *e*, Esquilo *Coéforas* 451 e *IG* I² 372 E 8 (409/8 a. C.), etc.

(2) *IG* I² 115.22.

co—ni tampoco de otros dialectos—, sino que procede de modo inmediato de las dos grandes lenguas literarias griegas, la homérica y la de la Lírica Coral. Concretamente, los trímetros, que aquí nos interesan más por aproximarse al ático normal, están influídos por la lengua homérica, cuya base principal es el jónico, como se sabe. Esta es la posición sostenida en el libro de Björck antes citado, que en este punto continúa ideas de Smyth (1), el cual había hecho notar hace tiempo que todos los «jonismos» de la Tragedia se encontraban ya en Homero, pudiéndose añadir que además hay en ella homerismos no jónicos. Esta es también la posición de Hoffmann (2), por ejemplo. En cuanto al vocabulario, sólo unas cuantas palabras ha podido considerar con cierta seguridad Aly (3) como préstamos jónicos propiamente dichos por comportar valores semánticos posteriores a Homero (o ser palabras posteriores a Homero, algunas llegadas de Oriente) y comunes solamente al jónico y el ático; es verosímil que las más de estas palabras entraran en la Tragedia por vía literaria, ya que este es el caso común en las demás.

Junto a este aspecto de la lengua trágica hay otro que ha destacado Meillet (4): la búsqueda por varios procedimientos de lo que aleja del lenguaje ordinario. Es en suma un reflejo de la teoría aristotélica de las γλῶσσαι. Por ello, lo que verdaderamente importaba desde el punto de vista del autor y el espectador de la Tragedia es cómo eran sentidas las formas gramaticales y los vocablos, no su origen real. Björck (5) ha hecho resaltar este hecho precisamente a propósito del posible origen jónico de algunas palabras usadas en ella. Iguales

---

(1) *Ionic*, 1894, pág. 74.

(2) *O. c.*, pág. 122 sgs.

(3) *De Aeschyli copia uerborum* diss. Bonn 1906. Ejemplos: εὐφρόνη «noche», ἱστορέω «buscar», ἔκπαγλος «admirable», ἀΐστόω «aniquilar», δέλτος, etc.

(4) *Aperçu d'une histoire de la langue grecque*[6] 1930, pág. 207 y siguientes.

(5) *O. c.*, pág. 160, nota.

observaciones se podrían hacer sobre las formas o palabras polimorfas—es decir, usadas como simple sustitución con fines métricos—, que Björck ha colocado junto a las poéticas para caracterizar el lenguaje trágico.

Hacía falta presentar este breve panorama general de la lengua de la Tragedia para tratar de ver qué papel desempeñan en su economía interna los arcaísmos áticos, sean gramaticales o lexicales. Es el caso que el ático, cuando empieza el desarrollo de la Tragedia, es una lengua sin prestigio literario alguno, por lo que en la creación de su lenguaje se recurre en gran medida a las lenguas literarias panhelénicas: la homérica y la de la Lírica Coral. Y, sin embargo, limitándonos ahora al trímetro yámbico, la base de esta lengua trágica que se crea es el ático, como ha sido hace tiempo reconocido, del mismo modo como la base de la lengua de elegía y, sobre todo, de la del yambo, es el jónico. Como vió bien Aristóteles (1) la lengua trágica tenía el problema—común a todas las lenguas literarias griegas y, en general, a todas las lenguas literarias—de conjugar la existencia de las «glosas» con la necesidad de la claridad que producen los términos propios (κύρια ὀνόματα). Igual podríamos argumentar en lo relativo a la Gramática. Ahora bien, hay un procedimiento de combinar estas exigencias que consiste en elegir de entre las formas y palabras del propio dialecto precisamente aquellas que coinciden con los dialectos literarios de máximo prestigio, esto es, aquellos que se imita de preferencia. Posiblemente, además, se trata en muchos casos de formas y palabras que tienden a desaparecer del propio dialecto y tienen ya de por sí el prestigio de lo arcaico (2). De ahí (y de otras razones que veremos) su escasa representación en las inscripciones arcaicas (casi todas del siglo V).

---

(1) *Poética*, c. 22.

(2) Ejemplos bien claros en Morfología y Fonética son el dativo pl. en -οῖσι y -αῖσι, la tercera pers. pl. en -ατο, ἐς por εἰς, etcétera. Rosenkranz (*o. c.*, pág. 143 sgs.) considera igualmente σσ y ρσ (por ττ y ρρ) como existentes en ático y preferidos por los escritores áticos más antiguos por coincidir con el jónico.

Que esto no es una pura especulación lo demuestra claramente el ejemplo de la koiné literaria, que he estudiado en mi libro citado al principio. Aun en textos tardíos que son obra de un autor poco culto, podemos ver que el prestigio del vocabulario literario era tan grande que cuando la colección Vindobonense de fábulas se dedica a reelaborar la Augustana eliminando en gran medida sus poetismos y aticismos, suele sustituirlos no por términos estrictamente de koiné, sino por vocablos comunes a todo el Griego, los cuales poseían la doble ventaja de ser fácilmente inteligibles y tener al tiempo prestigio literario. De otra parte, los jonismos de la koiné, que en general habían sido usados antiguamente por diversos poetas, son respetados casi íntegramente por la Vindobonense por esa su doble cualidad de términos comunes y poéticos, y cuando dicha colección es refundida a su vez por la Acursiana, de tendencia purista, se mantienen también en ella por análogo motivo: a la Acursiana le son muy cómodos por ser vocablos literarios que al mismo tiempo son fácilmente comprensibles (1).

Que una cosa semejante a ésta ocurre con los arcaísmos áticos de aspecto jónico y poético que hemos visto existen en la Tragedia, es indiscutible. Es dudosa solamente la frecuencia con que ello sucede, cuestión sobre la que trataremos de llegar a algunas conclusiones al final de nuestro estudio. En efecto, de un lado, es posible que ya en la segunda mitad del siglo VI, cuando nació la Tragedia, el vocabulario ático no difiriera mucho del de la prosa clásica; y, de otro, hay alguna diferencia entre el caso de la Tragedia y el paralelo que le hemos asignado, por cuanto el vulgo del siglo V y VI después de J. C. (época de la Augustana y la Vindobonense, respectivamente) no comprendía el vocabulario literario griego, mientras que los atenienses del siglo VI a. de J. C. conocían bien el vocabulario homérico.

---

(1) Cf. sobre estos hechos mis *Estudios...*, págs. 80-81, 92, 204-205, 271-273.

Sin embargo, sea cualquiera la medida en que se produce el fenómeno de que tratamos, tiene ya de por sí un interés grande. Si hemos visto que una serie de palabras que pertenecen al ático arcaico y que son al tiempo homéricas o poéticas en general, se hallan en la Tragedia, esto no quiere decir que posteriormente fueran sentidas en la Tragedia como arcaísmos áticos (se las consideraba más bien, sin duda, como simples glosas o poetismos o bien como hechos de polimorfismo), pero sí ilumina desde un nuevo punto de vista el origen de la lengua trágica, que en una medida que aun no podemos determinar ha recogido en sus comienzos una serie de formas y palabras áticas, pero al mismo tiempo ya con tradición literaria y que tendían a desaparecer del ático. Esta debe ser la explicación de por qué tanto en Gramática como en Léxico la Tragedia conserva tan pocos elementos que puedan interpretarse como arcaísmos áticos extraños al jónico y las lenguas literarias griegas: las formas estrictamente áticas que se admitieron fueron aquellas cuya extensión y vitalidad las hicieron llegar a la prosa ática.

De otro lado, la existencia en la Tragedia de semejantes palabras será una confirmación del método indirecto que vamos a emplear para reconstruir el vocabulario ático arcaico. Así, pues, si la Tragedia es mal punto de partida para el estudio del ático arcaico, puede servir en cierta medida de apoyo si se logra avanzar primero por otros procedimientos. Sobre todo esto hemos de hablar más despacio en la parte III de este estudio.

3. *El vocabulario ático arcaico en Solón.*

Después del precedente estudio del problema de los arcaísmos áticos de la Tragedia, es fácil comprender que la situación que se nos plantea con Solón es muy semejante. Desde el descubrimiento del papiro de la *Constitución de Atenas* de Aristóteles sabemos que tanto en sus elegías como en sus yambos Solón empleó el alfa impura, característica del ático

frente al jónico (1); de otra parte, καλλείποιμι, ὅσσον, la falta de contracción de εα, etc., provienen evidentemente de la tradición poética. En igual forma hemos de pensar que, como ocurre en la Tragedia, el vocabulario de Solón por fuerza ha de comportar tanto poetismos como arcaísmos áticos. Ejemplos de los primeros son fáciles de descubrir con sólo echar una ojeada a sus poemas, ya que incluso se encuentran claras reminiscencias de la fraseología homérica; los segundos no lo son tanto, ya que, como ocurría en la Tragedia, mientras no tengamos un punto de apoyo exterior no se pueden distinguir de los primeros (2), con excepción, claro está, de las palabras áticas que persistieron en el siglo V y son normales en la prosa ática. Como se ve, tampoco es Solón un buen punto de partida para el estudio del vocabulario ático arcaico aunque, una vez investigado este vocabulario, el ver si está o no en Solón tiene el mismo interés que veíamos tenía el investigar su empleo en la Tragedia, y ello por razones idénticas. Vamos, sin embargo, a intentar descubrir algunos arcaísmos áticos en Solón en algunos casos especialmente favorables, como ya hicimos con la Tragedia.

A decir verdad, ya hemos encontrado uno en Solón: θεσμός, estudiado antes. Además, según Focio (3) Solón usaba ἀνδραφόνος, forma más antigua que el ἀνδροφόνος de los demás textos y que por tanto no es préstamo, sin contar que ya a esta otra la hemos incluído también en dicha categoría; sin embargo, como desconocemos el contexto en que ἀνδραφόνος o ἀνδροφόνος aparecía en Solón, no podemos negar la posibilidad de que ya en él fuera término usado ya sólo en la esfera jurídica. Vamos a buscar ahora otros nuevos ejemplos.

---

(1) Nuestros manuscritos de Estobeo, etc., vacilan a este respecto (cf. Hoffmann, *o. c.*, págs. 85 y 93, donde se citan también otros aticismos de Solón).

(2) Por causa de nuestro conocimiento fragmentario de la poesía griega esto es cierto incluso en aquellos raros casos en que una palabra figura solamente en Solón entre los poetas griegos que conocemos.

(3) Pág. 126 Reitzenstein.

El más verosímil de los que encuentro es el uso de λατρεύω en el sentido de «trabajar a jornal», referido a la agricultura (1.48). Las palabras de esta raíz se nos aparecen casi exclusivamente en ático, sobre todo en la Tragedia; desde luego no existían en Homero ni en jónico (1). Sin embargo, λατρεύω aparece en ático, si exceptuamos nuestro ejemplo, en sentidos derivados del de éste («ser esclavo», «estar consagrado a...»), que es sin duda el primitivo a juzgar por el sentido más antiguo de λάτρις y λάτρευμα en la Tragedia y fuera del ático. Por tanto λατρεύω «trabajar a jornal» es sin duda en Solón un arcaísmo ático. En prosa ática λατρεύω, etc., son raros, pero existen en sentidos secundarios: cf. Isócrates 10.57 λατρεύειν τῷ κάλλει; Platón *Apología* 23 *c*, *Fedro* 244 *e* λατρεία τοῦ θεοῦ ὁ τῶν θεῶν; y, además, varios ejemplos de Jenofonte.

El caso de εὐθύνω es en cierto modo semejante al de λατρεύω. Es evidente que Solón no ha tomado esta palabra de Homero ni de la elegía jónica, fuentes habituales de su lengua, puesto que allí se dice ἰθύνω; ha debido acudir, pues, a buscarla a su propio dialecto ático. Ahora bien, Solón usa εὐθύνω (en 3.36) en el sentido de «enderezar», el primitivo del verbo, pero ya referido a la esfera del derecho: εὐθύνει δὲ δίκας σκολιάς (2). Es en esta esfera casi exclusivamente en la que εὐθύνω persistió en ático, si exceptuamos la Tragedia (3): su sentido es en este dialecto el de «exigir cuenta de su gestión a un magistrado», pues el originario está solamente en un pasaje de Isócrates (1.32 εὐθύνειν ἅρματα), trasluciéndose además en Platón *Protágoras* 325 *d* ὥσπερ ξύλον διαστρεφόμενον... εὐθύνουσιν ἀπειλαῖς καὶ πληγαῖς, así como en nuestro pasaje. Es

---

(1) Λάτρις está, sin embargo, en Teognis 302 y 486, aunque, dado el carácter mezclado de la colección teognidea, este no es un buen testimonio. De otra parte, tenemos λατρείω en eleo (SIG 9; siglo VI a. C.) y λάτριος en Píndaro; pero las fuentes de la lengua de la elegía no están aquí.

(2) Seguramente imitado por Píndaro en *Píticas* 4.133

(3) No tomo en consideración Aristófanes *Aves* 1739 (pasaje lírico), ni Jenofonte, por su lengua mezclada.

muy posible que al menos en el pasaje de Platón y en el de Solón y sobre todo en este último (1) nos encontremos aún con una reliquia del sentido antiguo de εὐθύνω, al igual que en la Tragedia. Es difícil, en efecto, que Solón diera a εὐθύνω un valor que no tenía apoyándose sólo en el ἰθύνω jónico.

Cuando se trata de una palabra que además de en Solón está en jónico, surge en seguida la posibilidad perturbadora del préstamo. Sin embargo, esta posibilidad puede ser rechazada si la palabra existe también en ático en sentidos derivados o en una situación especial que haga inverosímil la idea del préstamo. Este es el caso de αἰθρία, palabra jónica (αἰθρίη; en Homero sólo αἴθρη) y que en la prosa ática falta (salvo en tres pasajes de Jenofonte), por lo que su uso por Solón 1.22 podría tomarse a primera vista por un préstamo. Y, sin embargo, αἰθρία falta absolutamente en la Tragedia, donde en cambio aparecen αἴθριος y derivados (2), y es al tiempo frecuente en la Comedia (3). ¿Cómo explicar ésto? A mi ver de una manera sencilla. Αἰθρία era una palabra jónica y ática que en este dialecto quedó limitada a la lengua conversacional, siendo por ello usada por la Comedia, pero no por la prosa ni la Tragedia, que, sin embargo, siguió usando derivados de la misma. Si Solón la usa, es muy posiblemente porque en su tiempo esta palabra aún no era vulgar en ático.

Cuando no se dan circunstancias como estas y nos encontramos simplemente ante una palabra usada por Solón y la poesía jónica (o el jónico simplemente) y que no aparece en ático, no podemos decidir a *priori*, por falta de puntos de

---

(1) Platón *Protágoras* 325 *d* se apoya en la etimología de εὔθυναι, como él mismo declara a continuación. Tal vez no refleje un uso lingüístico vivo; recuérdense casos semejantes en el Cratilo.

(2) Αἴθριος en Sófocles, fr. 153, 3; ὑπαίθριος en Sófocles *Antígona* 558 (coro) y Eurípides *Andrómaca* 227 (trímetro); δυσαίθριος en Eurípides *Heraclidas* 857 (trímetro).

(3) Aristófanes *Nubes* 371 (anapestos); *Pluto* 1129 (trímetro), *Tesmoforias* 1001 (trímetro); Cratino, fr. 53 (anapestos). Cf. además ὑπαιθριάζει Aristófanes *Aves* 1502 (trímetro).

apoyo, si es en Solón un préstamo o un arcaísmo ático. Es exactamente el mismo caso que se nos presentaba al estudiar la lengua de la Tragedia. Por ejemplo, καταρτύω se halla de un lado en Hipócrates (1) y de otro en Solón (19.11) y la Tragedia, faltando casi completamente en ático clásico (prosa literaria, inscripciones y Comedia) (2); así, pues, es muy posible que sea un préstamo. En la parte II de este trabajo trataremos de demostrar que en varios casos semejantes a éste una palabra usada por Solón (y a veces también por la Tragedia) y el jónico, pero que es rara o inexistente en ático clásico, existió, sin embargo, en ático en época más antigua, de modo que en Solón puede ser un arcaísmo ático: tales son los casos de ἀγρευτής (Solón 13.2) y ἄγρευμα (Solón según los *Anecdota Graeca* de Bekker, pág. 340), el de ἔρκος (Solón 3.28 y 19.1), etc. Pero en estos casos no es el estudio directo el que hará esto verosímil. Como nos ocurría con la Tragedia, raras veces hallaremos un testimonio directo, epigráfico o de otra índole, que nos garantice que una palabra que existe en Solón y en jónico no es en el primero un préstamo, sino un arcaísmo ático, buscado muchas veces precisamente por haber sido ya usado en poesía.

4. *El vocabulario ático arcaico en las inscripciones y otras fuentes antiguas.*

Además de la Tragedia y de Solón, textos en los que, como hemos visto, sólo en circunstancias muy favorables pueden reconocerse los arcaísmos áticos, hay aún otros textos áticos arcaicos que a primera vista ofrecen buenas perspectivas para su estudio. Fundamentalmente se trata de las inscripciones, que ya hemos utilizado tanto para demostrar el carácter sim-

---

(1) *Epidemias* 12; si no está testimoniado en nuestros fragmentos de la elegía jónica, es evidente que pudo existir en ella.

(2) Excepciones: Platón *Menón* 88 *b* y *Leyes* 808 *d*

plemente ático de ciertas palabras mal atestiguadas en prosa, como para probar el carácter ático arcaico de ciertas formas o palabras de la Tragedia.

Algunos ejemplos más podrían sin duda ser recogidos (1), pero evidentemente en un número pequeño, contra lo que a primera vista pudiera pensarse. Las razones, sin embargo, son claras. Si examinamos el tomo I^2 de las *Inscriptiones Graecae (Inscriptiones Euclidis anno antiquiores)* veremos que las inscripciones que remontan al siglo VI son escasísimas. En la parte I *(Decreta et leges)* sólo encontramos del siglo VI la breve inscripción 1 y la copia de las leyes de Dracón en la 115. Los abundantes arcaísmos áticos que nos ha dado esta inscripción nos hacen pensar que si poseyéramos muchas inscripciones del siglo VI nuestro conocimiento del vocabulario ático arcaico sería mucho más profundo: evidentemente, a juzgar por las inscripciones, el vocabulario del siglo V es en términos generales el mismo de la prosa ática de fines del mismo (2). Por ello no nos daba gran resultado la investigación de los arcaísmos áticos de la Tragedia, que arranca del siglo VI, con estas inscripciones del V.

Tampoco encontramos inscripciones del siglo VI en la parte II del volumen *(Tabulae Magistratuum)*. Hay algunas, desde luego, en la III *(Donariorum Tituli)*, IV *(Varia:* listas, piedras de límite, etc.) y V *(Monumenta sepulcralia)*, pero suele tratarse (como en general en todas las inscripciones de estas partes) o bien de versos, que encierran idénticas dificultades de interpretación que la poesía ática en general, o bien de secas listas o inscripciones brevísimas de las que poco provecho puede sacarse. El peligro de que nos hallemos ante poetismos y no arcaísmos áticos es grave allí donde pa-

---

(1) Pienso, por ejemplo, en [ἀρτα]μεῖ[ν] *(IG* I^2 4.8 (485/4 antes de Jesucristo) si la conjetura es acertada (también lo usa Eurípides); o en ὀλείζων *(IG* I^2 7.76 (460 a. C.).

(2) Vimos que incluso algunas palabras de las inscripciones del comienzo de este siglo que considerábamos arcaicas, aparecen esporádicamente en prosa.

recen darse circunstancias más favorables: así, en una inscripción de dedicación en prosa de hacia el año 550 (1) la expresión Διὸς κρατερ[όφρονι κούρῃ] es evidentemente un homerismo, como sin duda lo son también ἀγέρωχοι y ἀρηιο- en inscripciones fragmentarias (2) que no se ve si estarían redactadas en verso o en prosa.

Por lo demás, las inscripciones anteriores a la guerra del Peloponeso son en general escasas y las más extensas, las de la parte primera tienen (como todas en general, por lo demás) un fuerte carácter formulario, lo que hace que tampoco el vocabulario ático del siglo V anterior al comienzo de la prosa sea bien conocido. Por ello nuestra afirmación anterior de la semejanza general de todo el vocabulario del siglo V debe entenderse dentro de límites bastante amplios.

Aún quedan, además de la Tragedia, Solón y las inscripciones, algunos testimonios más sobre el vocabulario ático arcaico. Veíamos más arriba cómo Demóstenes nos daba noticia de que ἄποινα y ἀποινᾶν, palabras usadas por Solón en sus leyes, en época de Demóstenes habían caído en desuso. Más interesante aún a este respecto es el discurso 10 de Lisias, que versa todo él sobre una cuestión de terminología. Lisias señala una serie de palabras de las leyes de Solón anticuadas en su época (ποδοκάκκη, ἐπιορκέω en el sentido de «jurar», δρασκάζω, ἀπίλλω, etc.). Al mismo tiempo nota otras que estaban en el texto de dichas leyes y que continuaban siendo entendidas y usadas en el sentido que en ellas tenían, pero que había tendencia a sustituir en la lengua corriente. De ellas la primera y en la que la cosa es más clara es ἀνδροφόνος, sobre la que precisamente versa el discurso y de la que ya hablamos y que más adelante trataremos de nuevo más despacio.

Por curiosos que sean estos testimonios y otros que pudieran traerse aquí a colación, hemos de reconocer de nuevo que,

---

(1) *IG* I² 393.

(2) Respectivamente *IG* I² 470 (inscr. muy antigua, de fecha indeterminada) y 765 (de fecha desconocida).

dado su corto número, si queremos penetrar más profundamente en el conocimiento del vocabulario ático arcaico, hemos de acudir a un método indirecto, y no a los documentos del ático arcaico como parecía a primera vista lo más sencillo.

5. *Fundamentación de un nuevo método para el estudio del vocabulario ático arcaico.*

El método que vamos a fundamentar es el que hemos adelantado al comienzo de este trabajo: consiste en buscar en el vocabulario ático posterior trazas del de fecha más antigua.

Este método podría ser aplicado en Fonética y Morfología con ayuda de las dobles formas que coexisten en toda lengua, entre las cuales muchas veces hay una diferencia cronológica elucidable por un sencillo razonamiento lingüístico. Veíamos en efecto más arriba que ἦν, δύνῃ, τετάχαται, son más antiguos que las formas concurrentes ἄν, δύναται, τεταγμένοι εἰσί. Espigando en las dobles formas estudiadas por Hoffmann y Rosenkranz (1) en Aristófanes y en los prosistas áticos más antiguos, se pueden encontrar bastantes hechos semejantes. Análogamente, en lo relativo al vocabulario, no hay duda de que en muchos pares de sinónimos uno de ellos es más antiguo que el otro o, al menos, tiende a perderse antes que él, como veíamos que ocurría con ὀθνεῖος respecto a ἀλλότριος. Ocurre solamente que aquí no tenemos criterios tan decisivos como en Fonética y Morfología para discernir lo que es antiguo y lo que es más moderno. En las lenguas vivas, nuestro sentimiento lingüístico nos señala las palabras que están en retroceso y sólo se emplean en ocasiones y contextos solemnes o de carácter especial; en griego, en cambio, hemos de contentarnos con el estudio de un número de textos relativamente reducido del que, por una u otra ra-

(1) En sus obras arriba citadas.

zón—piénsese en los pasajes poetizantes de Platón y los oradores, en los jonismos o poetismos de Tucídides, en los jonismos y dorismos de los últimos escritores áticos—raras veces está totalmente ausente la posibilidad de que las palabras supuestamente arcaicas y en decadencia por su uso escaso y solemne, sean en realidad préstamos.

De otra parte, también falla aquí el método comparativo. A primera vista, parece que una palabra, por el mero hecho de ser jónica, debió de existir en un tiempo en jónico-ático—o ella o al menos la raíz de que deriva—habiéndose extinguido posteriormente en ático. Sin embargo, es bien sabido que los límites alcanzados por la difusión de las palabras con frecuencia no coinciden con los límites dialectales, de modo que nada hay que se oponga a la hipótesis de que dichas palabras sean en jónico préstamos de otros dialectos, tomados ya sea antes ya después de la emigración de los jonios de Grecia continental. Dada la existencia de un número grande de innovaciones comunes y también de elecciones comunes (1) del jónico, es lo más verosímil que ya en Grecia hubiera una cierta diferenciación entre jónico y ático o, dicho de otro modo, que la población que ocupó las islas y Asia Menor no partiera del Atica, sino de otras partes de Grecia con dialecto algo diferente del de este territorio; en esta época anterior a la emigración de los jonios a Asia o después de ella, pudieron penetrar en jónico palabras—tal vez tomadas del eolio—que no entraron en el que había de ser luego el dialecto ático.

Por tanto, si queremos tener la seguridad de que una raíz o una palabra existió en griego común o en jónico-ático común o al menos en este ático apenas diferenciado de que hablamos, el mejor procedimiento consistirá en buscar rastros de dicha palabra o raíz en el ático por nosotros conocido en el sentido que se expone a continuación. Es bien sabido que

---

(1) En el sentido de mi libro *La dialectología griega...*, páginas 27 sgs., esto es, generalizaciones de una de dos formas o palabras coexistentes. No es de creer que todos estos hechos sean posteriores a la dispersión de estos pueblos por las islas, Asia Menor, etc.

una palabra puede perderse y quedar, sin embargo, derivados o compuestos (1) de la misma o persistir en ciertas frases hechas (2) o en topónimos o quedar reducida a uno solo de sus usos o sentidos anteriores (3). Llamaremos en adelante uso restringido a este último (la supervivencia en un sentido dado, en topónimos, en derivados y compuestos, y en frases hechas) y uso libre al que deducimos, basándonos en éste, para una época anterior (4). Pues bien, para proseguir este método de investigación hemos de partir de una condición indispensable: que el «uso restringido» no sea un préstamo. Así, pues, hemos de plantearnos siempre este problema de cuándo cesó el uso libre subsistiendo únicamente el restringido. En los ejemplos españoles que damos en las notas se puede ver, en efecto, que el «uso libre» correspondiente a usos restringidos españoles modernos, unas veces es del latín y otras veces del español, más o menos antiguo éste. Si tuviéramos que trazar la historia del vocabulario castellano con esta ayuda, tendríamos, pues, que tratar de averiguar la fecha hasta la que llegó cada uso libre y descartar previamente las palabras de uso restringido (respecto al latín o las lenguas romances distintas del español) cuando son un préstamo, préstamo que muchas veces se toma del propio latín (cultismos). Esto es lo que vamos a intentar hacer con el griego. Y vamos a empezar por ver cómo elegir un material que se preste lo menos posible a la sospecha del préstamo y

---

(1) Piénsese en palabras latinas como *apis, hic,* que quedan en derivados como *abeja, ahora,* o en palabras romances como *murciego, rebata,* que quedan en *murciélago, arrebatar.* Los ejemplos son incontables.

(2) Por ejemplo, en *so mentecato,* etc., se conserva *só* «señor»; en *Dios mediante, mediante.*

(3) El caso de los topónimos es clásico y no precisa de ejemplos. El de la reducción del sentido está constantemente presente a quienquiera vierta al español moderno un texto del latín o del español antiguo.

(4) Y teniendo en cuenta los sentidos de la palabra en cuestión en otros dialectos.

evite también otros escollos que le harían inservible para nuestra investigación. Examinaremos uno tras otro los distintos tipos de usos restringidos:

a) Conservación de un sentido especial.

Con la finalidad de reducir al mínimo el peligro del préstamo, vamos a limitarnos a recoger los casos en que una palabra continúa usándose solamente en la lengua del derecho o en la de la religión, con la consecuencia de una restricción del sentido. Ya hemos visto ejemplos de arcaísmos conservados solamente por la lengua del derecho: κτείνω, ἀνδροφόνος, etcétera. Junto a éstos hemos de considerar los arcaísmos conservados en la lengua de la política y la administración pública. La terminología religiosa es igualmente conservadora.

Podríamos dar muchos ejemplos de este hecho tomados de diversas lenguas, pero preferimos limitarnos a unos cuantos del griego en que ciertos detalles fonéticos, morfológicos o sintácticos garantizan por sí solos que una serie de términos de la lengua jurídica y de la lengua religiosa áticas son arcaísmos. El primero está tomado de los nombres de agente, cuya historia fué aclarada por Fränkel en su *Geschichte der griechischen Nomina agentis auf* -τήρ, -τώρ, -τής (1). Es sabido que el ático sustituye el sufijo -τήρ por -τής en las palabras simples. Pues bien, -τήρ se conserva, sin embargo en ático común tanto en la terminología jurídica y la oficial del estado (κλητήρ, μαστήρ, πράκτωρ, πρατήρ, ἁρμοστῆρες) como en la religiosa (σωτήρ y σώτειρα, epítetos cultuales). Podríamos añadir que también se conserva en una serie de palabras usadas para designar objetos de la vida común: κρατήρ, ποδανιπτήρ, μυκτήρ, τροπωτήρ; pero como en este vocabulario se dan otras veces y con cierta frecuencia los préstamos, vamos a dejarlo a un lado en nuestra investigación, salvo en casos excepcio-

(1) Para el tema que aquí nos interesa, cf. tomo II, página 51 sgs. Utilizo también Chantraine, *La formation des noms en grec ancien* (París, 1933), págs. 327-8.

nales. Continuaremos, pues, con unos ejemplos de términos legales o religiosos del ático que llevan en sí mismos la marca del arcaísmo. Todos ellos serán estudiados más despacio en la parte II, de la que adelanto aquí los resultados que ahora nos interesan:

'Αναρρύω «sacrificar» y ἀνάρρυσις «el segundo día de las Apaturias» (literalmente «sacrificio») aparecen reducidos a este sentido sólo en ático. No puede tratarse de un préstamo homérico porque en Homero el verbo correspondiente es αὐερύω (< *ἀνϝερύω).

'Ανδραφόνος vimos ya que era según Focio la forma usada por Solón; es más antigua que ἀνδροφόνος (que es la palabra de Homero y los dialectos), ya que lo normal desde el punto de vista indoeuropeo en los compuestos que tienen un primer término cuyo tema acaba en sonante, es el grado cero de la sílaba final del mismo.

'Αρνεώς aparece en una inscripción relativa a un sacrificio, siendo un arcaísmo religioso. Fuera de ella se halla solamente en Homero (y la épica reciente) en la forma ἀρνειός, luego no se puede pensar que se trate de un préstamo.

'Αρρηφόρια es otra forma de la fiesta también llamada 'Ερρηφόρια. En otro lugar hice ver (1) que estas formas demuestran la antigua existencia en ático, como en jónico, de ἄρσην y ἔρσην «varón», desapareciendo luego ἔρσην. La fiesta es desconocida fuera del Atica, luego tampoco aquí podemos pensar en el préstamo.

Εὔθυνος, εὔθυναι se basan en un εὐθύνω «enderezar», del que creímos encontrar aún un ejemplo en Solón, bien que referente ya a la esfera del derecho, y que en todo caso ha existido en ático y no ha sido tomado del jónico, donde sólo existe ἰθύνω.

'Ικνοῦμαι se conserva en ático solamente en su sentido religioso (secundario) de «suplicar», que ha salvado su construcción antigua con acusativo de dirección sin preposición (sig-

(1) EMÉRITA XIX (1951), pág. 117 sgs.

nificaba «dirigirse a»), ahora interpretado como complemento directo.

Τριττύς designa una unidad administrativa de la población del Ática que reorganizó Clístenes y que por tanto es anterior a él; es la única palabra que conserva en ático el sufijo -ύς, frecuente en numerales en jónico y dórico (1).

Nótese que ἀνάρρυσις, ἀνδραφόνος, ἀρνεώς, ἀρρηφόρια y εὔθυνος no sólo presentan rasgos fonéticos o morfológicos que denotan que se trata de palabras arcaicas, sino que además son arcaísmos que difícilmente pueden ser préstamos de otros dialectos. Hemos de ver otros ejemplos semejantes.

Sin embargo, el que en los dos terrenos del vocabulario que estudiamos abunden los arcaísmos, no quiere decir que no puedan darse también en ellos los préstamos. Por esto es lo más aconsejable elegir la terminología legal, administrativa o religiosa que responda a cosas o instituciones muy enraizadas en la vida ateniense y poco sospechosas de préstamo. Concretamente, los epítetos cultuales de las divinidades y los nombres de las fiestas deberán, a ser posible, estar limitados al Atica, pues emigran con facilidad. Este era el caso de la fiesta de las Arreforias, y lo será en todos los demás ejemplos que expondremos en la parte II; en cambio, nos guardaremos de utilizar invocaciones como la de Zeus καταιβάτης, que además de en Atenas se testimonia en Olimpia y otros lugares (2), o Poseidón γαιήοχος, que se encuentra en Homero y en muy diversos sitios de Grecia (3), o bien fiestas como las Tesmoforias, difundidísimas en toda la Grecia continental (4). Sí utilizaremos, en cambio, los usos restringidos que aparecen en palabras que designan fiestas o invocaciones típicamente áticas, como las ya citadas Arreforias o el nombre de Ἄγλαυρος o la invocación δάειρα de Perséfona; en términos aplicados a

---

(1) Cf. Chantrine, *o. c.*, pág. 292.

(2) Cf. Cook *Zeus* (Cambridge 1914-25), II, pág. 20; Farnell, *Cults of the Greek States* (1896-1909), I, pág. 41.

(3) Farnell, *o. c.*, IV, pág. 8.

(4) Farnell, *o. c.*, III, pág. 83.

instituciones religiosas o administrativas también típicamente áticas, como ἀγυρμός «primer día de los misterios de Eleusis», ἀνακτόριον «el lugar más sagrado del Telesterion de Eleusis», τριττύς (ya visto) o θεσμοθέτης; y, finalmente, en términos de la vida religiosa o jurídica que designan cosas o acciones muy comunes, como ἄγαλμα «estatua» o el mismo ἀνδραφόνος o ἀνδροφόνος, ya visto, para las cuales es difícil que se fuera a buscar un nombre fuera del Atica. En todos estos casos es lo más verosímil—a veces, como vimos, casi seguro—que nos hallemos ante «usos restringidos» que permiten conjeturar que en época más antigua se dijo un día ἔρσην, ἀγλαός, δαήρ «sabedor», ἀγυρμός «reunión», ἀνάκτωρ (y por tanto ἄναξ), τριττύς «tercera parte», θεσμός «ley», ἄγαλμα «adorno» «presente» (y por tanto ἀγάλλω), ἀνδραφόνος «que mata». Estos son sólo unos pocos ejemplos.

b) Topónimos.

También aquí hay a veces indicios de orden gramatical de que nos hallamos ante un arcaísmo. Por ejemplo, tenemos un topónimo ático que es un nombre de agente en -τήρ: Ζωστήρ, literalmente «cinturón» (1). Añadamos el demo ático Ὄα, en el que descubrí en otro lugar (2) un arcaísmo fonético; la conservación de -δε, desaparecido en ático salvo en unos pocos casos, entre ellos el de los topónimos (Ἀθήναζε, Μεγαράδε); y la conservación del sufijo gentilicio -ίδης en nombres de demos (Παιονίδαι, etc.).

Este campo de los topónimos es a primera vista aun más prometedor que el anterior. Efectivamente, si, como parece, los jonios son la primera ola griega que penetra en la península helénica, es casi seguro que en Atica no encontraremos ningún substrato griego. Salvo las islas y los territorios de

(1) Como se sabe, los nombres de agente se convierten a veces en nombres de instrumento y luego simplemente en de cosa.

(2) EMÉRITA XVIII (1950), pág. 408 sgs.

ultramar, es esta la única región de Grecia de la que esto puede asegurarse, lo que es una ventaja inmensa para estudiar la toponimia ática en busca de arcaísmos de este dialecto.

Sin embargo, tampoco la toponimia ática debe utilizarse sin una previa selección. Hay muchos nombres que se han explicado a veces por el griego sin que sea seguro que no sean prehelénicos (no indoeuropeos o de la lengua indoeuropea pregriega que Georgiev y otros admiten ahora). Mientras la etimología no esté perfectamente segura, es mejor no utilizar la toponimia. Por ello prefiero no basarme para nada en topónimos áticos como Ὀτρυνή, Σούνιον, ὁ Πειραιεύς, que a primera vista parecen indicar la existencia en ático primitivo de ὀτρύνω, σεύω, ὁ πεῖρας.

De otra parte, no hay duda de que a lo largo de los obscuros siglos anteriores a las guerras médicas el Atica ha sido muy influenciada por sus vecinos. Esto se refleja también en la toponimia. Por ejemplo, el demo Παιανία se basa en una forma Παιάν que es un préstamo religioso por el ático Παιών, como demuestra la Fonética (1); en cambio, tenemos otro demo llamado Παιονίδαι con nombre típicamente ático. Otro ejemplo: el demo Εὐνοστίδαι se basa en un nombre Εὔνοστος que no existe en Atica y es frecuente en Beocia; nada sería de extrañar que debiera su nombre a una antigua influencia beocia (2). El demo Ἀμυμώνη, conocido solamente por inscripciones de época imperial, parece recordar a la ninfa de igual nombre, hija, según el mito, de Dánao y Europa, a la que también estaba consagrada una fuente en Argos (3): no es de creer que la leyenda de esta ninfa sea originaria del Atica. Tampoco es verosímil que sea indígena del Atica el nombre de Κραναά o αἱ κρανααί, aplicado a veces a Atenas en poesía (4);

---

(1) Viene de Παιάων.

(2) Cf. Schiff *RE* VI, I, col. 1133 sgs.

(3) Fuente que según Stall (en Roscher *Lexicon der griechischen und römischen Mythologie* I, 1, pág. 328) dió origen a la leyenda de la ninfa.

(4) También hay un rey mítico de Atenas llamado Κραναός y

más bien se difundiría como eco de algún pasaje famoso. Por todo ello, no creo que estos topónimos basten para testimoniar la existencia en ático arcaico de Παιάν, νόστος, ἀμύμων y κραναός. Sin embargo, creo que en la toponimia no debemos ser tan rigurosos como en las fiestas religiosas y epítetos cultuales, es decir, que aunque un topónimo se encuentre también fuera del Atica debemos utilizarlo mientras no haya razones en contra de ello.

c) Frases hechas.

También en las palabras conservadas únicamente en frases hechas hay a veces indicios gramaticales de que se trata de arcaísmos. Además de en los topónimos, -δε se conserva en una frase hecha: ἅλαδε μύσται, frase ritual en el acto de purificación que da nombre al segundo día de los misterios de Eleusis (1). Citemos además un arcaísmo sintáctico: el adjetivo en vez del genitivo en Ἄρειος πάγος y en βασίλειος στοά (2).

Los pocos ejemplos aducidos hasta aquí darán a entender ya que una gran parte de las frases hechas de que vamos a ocuparnos son al tiempo arcaísmos religiosos, legales o políticos, o de la toponimia. Con ello aumenta la probabilidad de que sean aprovechables para nuestro estudio. Procuramos, en efecto, escoger frases hechas tan enraizadas en estos aspectos de la vida ateniense como las anteriores, por lo que el peligro de que sean préstamos es pequeño. No es verosímil tampoco, por ejemplo, que los atenienses hayan copiado del extranjero el grito del heraldo en la Asamblea (τίς ἀγορεύειν βούλεται;), que nos conserva ἀγορεύω, por lo demás casi inusitado en ático. Y así en los demás casos.

Claro que no siempre se trata de frases hechas de estos tipos. Las que más peligro ofrecen de proceder de fuera del

---

en Elatea (Fócide) se veneraba a una Atenea Κραναία (Farnell, *o. c.*, I página 302).

(1) Cf. Hesiquio, *s. u.*, etc.

(2) Cf. Wackernagel, *Vorlesungen über Syntax*, II, pág. 73.

Atica son los refranes y frases proverbiales. Pondré como ejemplo un refrán en el que Rutherford (1) cree hallar un arcaísmo ático, a mi parecer sin razón. En Aristófanes *Pluto* 1002 y 1075 se dice πάλαι ποτ' ἦσαν ἄλκιμοι Μιλήσιοι, refrán al que también se alude en *Avispas* 1060-3. Como ἄλκιμος se halla aislado en ático (sólo está en Platón *República* 614 *b*, en juego de palabras con Ἀλκίνου), se podría hacer la suposición de Rutherford, esto es, la de que se trata de un arcaísmo ático. Ahora bien, esta frase, que según los antiguos es la respuesta del oráculo a la pregunta de Polícrates de si debía aliarse con los milesios contra los carios, aparece en todo caso por primera vez en Anacreonte, fr. 86 (2), lo que le quita carácter ático. Por ello conviene no admitir frases de este tipo si su carácter ático no está bien asegurado.

d) Derivados y compuestos.

Para seguir el paralelismo con los apartados anteriores, citaremos también aquí ejemplos como δωροδοκέω, ἐπώνυμος (y otros varios compuestos con ὄνυμα) o la crasis θἄτερον, que nos demuestran la antigua existencia en ático de δέχομαι, ὄνυμα y ἄτεροι, que sabemos en efecto que son más antiguos que δέχομαι y ἕτερος el primero y tercero, y tan antiguo al menos como ὄνομα el segundo. Notemos también que los compuestos que caían en los apartados anteriores (por ejemplo Ἀρρηφόρια o ἀνδραφόνος) los hemos tratado allí y nos abstendremos de volver sobre ellos cuando lo que interesa es solamente el conjunto y no uno de los elementos componentes.

Las precauciones que hay que tomar respecto a los demás derivados y compuestos son de dos órdenes. De un lado, debe tratarse de palabras que por su carácter típicamente ático o por su valor general sea difícil pensar que se trata de présta-

---

(1) *O. c.*, pág. 50.

(2) Según Wilamowitz, el fragmento sería en realidad de Timoteo de Rodas; cf. los textos citados por Diehl en su Antología Lírica *ad locum*.

mos. El primero puede ser el caso, por poner un ejemplo, de γεννήτης «miembro de un γένος», que testimonia un antiguo γέννα; el segundo, el de μισθαρνέω, que es difícil fuera a buscarse fuera del Atica para una cosa tan común, y que testimonia ἄρνυμαι o su raíz.

De otro lado, el tratamiento de los derivados impone ciertos criterios especiales. Es evidente que de la existencia de una palabra o raíz no se puede inferir para una época anterior la de un derivado de la misma (por ejemplo, la de ἐρατός y ἐρατεινός a partir de ἔραω). Tampoco de la existencia de un derivado de cierta palabra o raíz se podrá inferir la de otro derivado de dicha palabra o raíz (por ejemplo, la de ἐφετμή a partir de ἐφέτης y ἔφεσις). Finalmente, a veces puede pensarse que cierto derivado ha persistido sólo en uno de los sentidos del verbo de que procede, cuando la realidad es que es una derivación de dicho uso creada con ese fin: tal es el caso de διαιτητής «árbitro», que continúa uno de los sentidos de διαιτάω. En cambio, nada puede oponerse a conclusiones como las deducidas arriba sobre γέννα y ἄρνυμαι.

Después de todas estas indicaciones particulares relativas a los distintos tipos de usos restringidos, sólo queda por hacer una de carácter general: que es a veces muy difícil llegar a la conclusión de que una palabra no es ática. Ya antes pusimos algún ejemplo de esto (γογγύλος, τετραίνω, etc.) y en todos los grupos de palabras que hemos enumerado hay muchas que a primera vista pueden tomarse por no áticas y que sin embargo, lo son. Ello se debe a que los textos áticos que poseemos son poco apropiados para documentar algunas palabras. Por esta razón precisamente hemos preferido, salvo excepción, no buscar usos restringidos en el vocabulario técnico y el de la vida corriente; además, cuando el carácter ático de una palabra, cualquiera que sea, es dudoso, preferimos en general omitirla.

Añadimos, finalmente, que cuando las palabras que hemos empleado para ilustrar el método a seguir no descubren arcaísmos de vocabulario, sino solamente gramaticales, no figuran incluídas en el inventario sistemático de la parte II.

6. *Problemas de cronología.*

Hemos alcanzado hasta ahora una doble conclusión. De un lado, hemos visto que la Tragedia incorporó a su vocabulario una serie de palabras todavía vivas en el ático de la época de sus orígenes, el siglo VI a. de J. C. De otro, hemos visto también que una serie de reliquias nos testimonian la existencia en ático primitivo o en la lengua que precede a este dialecto, de una serie de palabras que luego desaparecieron. El gran problema que nos plantea esta situación es el de averiguar la fecha de desaparición en ático de estas palabras—del «uso libre», en la terminología que empleamos—. Por ejemplo, no podemos decir *a priori* cuándo este uso libre ha llegado al siglo VI y ha sido incorporado al vocabulario de la Tragedia y cuándo había desaparecido ya antes, de forma que si lo encontramos en la Tragedia se trata sencillamente de un préstamo.

El problema es muy delicado, como siempre que nos encontramos con problemas cronológicos en la dialectología griega. Adelantemos desde ahora que frecuentemente no tiene solución y que cuando la tiene es, en general, dentro de límites de tiempo bastante amplios.

Empecemos por estudiar la fecha—relativa, claro está—a que nos lleva el uso libre de las palabras que estudiamos. No es en sí evidente que en todos los casos nos haga remontar al griego común. Este es el caso, desde luego, cuando junto al uso restringido ático encontramos el uso libre en dialectos eolios o dóricos, aunque falte en jónico. Tal es el caso del compuesto λητουργέω, que testimonia que ha habido un griego común λάϊτον, testimoniado en tesalio (1). La situación no varía nada cuando el uso restringido es común al jónico y el ático y el libre se halla solamente fuera de estos dialectos:

---

(1) Heródoto 7.197 (que es nuestra fuente) escribe λήϊτον, sin duda para adaptar la palabra a la pronunciación jónica. También se usaba en otros pueblos; cf. Plutarco, *Quaestiones romanae* 67.

dada la coincidencia entre el jónico y el ático, es lo más verosímil que el uso libre existiera antes de diferenciarse ambos, es decir, en griego común e incluso en jónico-ático común. Por ejemplo, el que παραλία o πάραλος estén en jónico y ático (cf. también en éste la frase ἅλαδε μύσται) no garantiza en modo alguno que ἅλς «mar» haya llegado en su uso libre al jónico ni al ático, y la coincidencia entre el jónico y el ático en no conservar el uso libre hace verosímil que éste haya sido eliminado en ambos simultáneamente, es decir, precisamente en jónico-ático común. Aunque no es completamente imposible que la eliminación haya tenido lugar posteriormente y con independencia en cada uno de los dos dialectos.

Antes de seguir adelante, debemos aclarar el sentido en que empleamos aquí la expresión «griego común». No debe pensarse en modo alguno en un griego común con un vocabulario uniforme del que derive el de todos los dialectos. Incluso en la parte fonética y morfológica ha habido seguramente desde siempre diferencias dialectales (1) y no hay que olvidar que la difusión de las palabras a partir de diversos puntos es mucho más fácil (hoy se admite que es ésta precisamente la vía para la difusión de los cambios fonéticos), por lo que hay que contar desde siempre con un panorama complicado en cuanto a lo que a la distribución del vocabulario se refiere. Además, en fecha posterior han continuado los préstamos de vocabulario, obscureciendo aún más las cosas. Y, finalmente, nuestro conocimiento del vocabulario de los dialectos es muy inferior al de la Gramática. Por todo ello no podemos hacer reconstrucciones en este campo semejantes a las que se hacen en Fonética y Morfología y, así, cuando hablamos de que el uso libre de una palabra remonta al griego común queremos decir simplemente que *rebasa el jónico-ático geográficamente y ello verosímilmente desde los orígenes del*

(1) Cf. mi libro *La dialectología griega...* Hay que notar incluso que los dialectos eolios presentan isoglosas procedentes de lenguas situadas al occidente del griego (cf. pág. 38 sgs.).

griego. Por estas mismas razones no acudimos al método comparativo más que en una medida muy limitada y siempre apoyándonos en la existencia de usos restringidos que testimonian la antigua existencia del uso libre correspondiente.

Volvamos a coger el hilo de nuestro razonamiento para referirnos ahora a aquellos casos en que el uso libre remonta ciertamente—y ya no como pura posibilidad—al jónico-ático, sin interesarnos para nuestro tema que existiera o no antes todavía. Paralelamente a lo dicho anteriormente, tampoco aquí entenderemos el término «jónico-ático común» en otro sentido que el de que los usos libres que remontan a él *rebasan el ático geográficamente y ello verosímilmente desde los comienzos del jónico-ático*. En efecto, nuestro conocimiento del jónico y de su historia es demasiado impreciso para afirmar, por ejemplo, que una palabra usada por Heródoto existió en todo el jónico desde siempre.

Cuando frente al uso restringido del ático el jónico presenta el uso libre, no hay duda de que—salvo la eventualidad de un préstamo en uno y otro dialecto—el uso libre existía en jónico-ático común; no nos interesa, repetimos, que el uso libre remonte o no más atrás, y por eso prescindimos de que el uso libre esté o no también en otros dialectos. Por ejemplo, ἔλασις, bien testimoniado en jónico (1) y que en ático designa la acción de dirigirse al mar los mistas para purificarse, indudablemente existía aún en jónico-ático. Hay más: al no marchar juntos el jónico y el ático, podemos considerar verosímil en principio que *el uso libre desapareciera solamente o al diferenciarse el ático o en el curso de su historia*. Fijar hasta qué momento de la historia de este dialecto subsistió, es lo que vamos a intentar hacer en algunos ejemplos favorables, dentro, claro está, de límites de aproximación bastante amplios.

Conclusiones semejantes deben sacarse cuando el uso libre está prácticamente limitado a Homero y los autores que le imitan. Si en ático hay usos restringidos derivados, ello quiere

---

(1) Hipócrates, *Epidemias*, c. 23.

decir que el uso libre homérico existió también en un tiempo en jónico-ático; cf. Δάειρα junto a δαήρ (Homero), Ἄγλαυρος junto a ἀγλαός, etc.

El jónico-ático es un dialecto que ha desarrollado sus principales innovaciones y tendencias en una época anterior a la de la llegada de los griegos a Grecia (2). No sabemos si en época tan antigua comenzó también la diferenciación del jónico-ático en dos grandes subgrupos o si esto ocurrió ya en la Grecia continental o, incluso—cosa que creo menos probable—una vez que los jonios pasaros a Asia y las islas. En todo caso, una parte de esta primitiva diferenciación debió consistir en la pérdida de algunos de los usos libres a que nos estamos refiriendo. Otros subsistirían durante un tiempo más o menos grande y en los casos en que podemos fechar con cierta aproximación el origen del uso restringido, podemos señalar con ello un momento de la historia del ático en que el uso libre continuaba vivo. En cambio, en los casos en que el uso restringido, por su significado mismo, ha existido indudablemente desde siempre al lado del libre o, por mejor decir, era uno de tantos empleos del uso libre que sólo se destacan de los demás cuando éstos desaparecen, en estos casos no podemos asegurar que el uso libre haya pasado de los mismos orígenes del ático, aunque, desde luego, ello debió de suceder así muchas veces.

Vamos a dar ahora algunos de los ejemplos a que nos referíamos hace un momento del nacimiento fechable de un uso restringido; fecha, desde luego, sólo a veces absoluta. Los topónimos son un testimonio de que cuando se establecieron en el Atica los antecesores de sus pobladores posteriores, conservaban el uso libre de palabras como κολωνός «colina» o αὐλών «valle», luego desaparecidas, y ello tanto si solamente entonces comenzó la diferenciación del ático como si ya estaba relativamente avanzada. Cierto que pudiera pensarse que a veces se trata de topónimos tradicionales de los pueblos que se

---

(1) Cf. *La dialectología griega...*, pág. 23.

establecieron en el Atica y ya no entendidos, pero a ello se opone en términos generales la correspondencia entre el significado del topónimo y su localización geográfica (cuando se ha logrado establecerla) en casos tan claros como el de κολωνός. También hay otros topónimos que no hacen alusión a accidentes geográficos y que por varios indicios se ve que no eran importados. Además, cuando los griegos estaban fuera de Grecia debían predominar los gentilicios para designar agrupaciones de población, como es usual en los pueblos con organización de tipo gentilicio o tribal.

Lo que no podemos ya asegurar es hasta qué época se siguió diciendo en el Atica αὐλών «valle» o κολωνός «colina». Entre los topónimos áticos los hay sin duda de origen relativamente reciente, pero es difícil discernir cuáles puedan ser éstos. Un caso excepcionalmente favorable es el de la fuente Ἐννεάκρουνος, que recibió este nombre (el antiguo era Καλλιρρόη) cuando fué embellecida por los pisitrátidas (1) con nueve caños, testimoniando así la existencia de κρουνός en Atenas en la primera mitad del siglo VI.

En lo relativo a los derivados, compuestos y frases hechas, sólo en contadas ocasiones podemos fechar su origen—esto es, el del uso restringido de palabras simples que en ellos figuran y que desaparecieron del ático— y, por tanto, el momento en que aún permanecía vivo el uso libre correspondiente. Donde ello es más hacedero en ciertas ocasiones es en el terreno de las instituciones y de los cultos religiosos, al cual pertenecen por lo demás, como veíamos, muchos de los derivados, compuestos y frases hechas que hemos de utilizar. Todo este tema ha de ser objeto de estudio sistemático en la parte II de este trabajo; aquí resumiré brevemente un solo ejemplo.

El uso de la palabra ἀγορά para designar una reunión de ciudadanos en general, no podemos traerlo, con nuestros datos, más acá del período aristocrático de Atenas. Que la ἐκκλησία ateniense se llamaba anteriormente ἀγορά lo sabemos

(1) Cf. Tucídides 2.15, Plutarco, *Critias* 112 *a*.

porque éste continuó siendo el nombre de las Asambleas de los demos, en las cuales se reunían todos los demotas, por el antiguo uso en Atenas de ἀγορεύω con el significado de «hablar ante la Asamblea», del que hemos de ocuparnos en seguida, y por el mismo significado de «plaza principal» que adquirió la palabra. La sustitución de ἀγορά por ἐκκλησία (reunión de ἔκκλητοι, gente llamada o seleccionada, cf. Aristóteles, *o. c.*, 4.2) es de época aristocrática (1).

Este método de investigación puede procurarnos algunos resultados, dándonos el *terminus post quem* del fin del uso libre de una serie de palabras, no tantas como sería deseable. En algunos casos, además, podemos ver un indicio de pérdida no muy antigua del uso libre en su aparición esporádica en prosa ática, como veíamos que era el caso de ὀθνεῖος y εἰλέω; sólo que en estos dos teníamos la fortuna de contar con inscripciones de comienzos del siglo V que apoyaban esta hipótesis, mientras que otras veces ello no es así. Pero si encontramos que ἀγορεύω existió en Atenas con el sentido de «hablar ante la Asamblea» (cf. la frase del heraldo τίς ἀγορεύειν βούλεται;) y que, de otra parte, se usa a veces en sentidos semejantes en forma un tanto enfática en la prosa ática, también aquí es verosímil una conclusión semejante.

Habrá que investigar, finalmente, la relación en que está el empleo en la Tragedia de estos «usos libres» con la fecha verosímil de su pérdida y con su uso eventual en Homero y en la lírica. Este tema, que hasta aquí no he tocado, plantea dificultades muy graves y por ello renuncio a bosquejarlo hasta presentar, debidamente estudiado, el material íntegro que he logrado reunir. A la presentación de este material estará dedicada la parte II de este estudio, mientras que en la III volveré, con ayuda de los datos deducidos de dicho material,

---

(1) Sobre el sentido de la palabra ἐκκλησία y su carácter oligárquico, cf. Busolt Swoboda I, págs. 442-3. No es de creer que una palabra tan enraizada en la vida política ateniense sea un préstamo, aunque ello es indiferente desde nuestro punto de vista.

sobre los problemas aquí planteados para intentar seguir en lo posible la historia de la pérdida en ático de los «usos libres» reunidos por mí y ver en qué medida llegaron al siglo VI y fueron incorporados al lenguaje de la Tragedia.

F. R. ADRADOS.

HEXAMETERSTUDIEN V

(Fortsetzung) (1)

D. Verse ohne männliche Caesur nach der 3. oder 4. Hebung.

I. Einschnitt nach dem 2. Daktylus.

Enn. 43 corde capessere: semita nulla pedem stabilibat.
230 poste recumbite vestraque pectora pellite tonsis.
(Verg. 12,144 magnamini Iovis ingratum ascendere cubile.)
2 *(V. 1)*

In der 3. Hebung ein Monosyllabon, das in den drei ersten der folgenden Verse so eng mit dem Folgenden verbunden ist, dass man schwerlich semiquinaria wird annehmen können.

Hor. sat. 2,67 exclusus fore, cum Longarenus foret intus.
Lucr. 835 ossa, videlicet, e pauxillis atque minutis.
Lucil. 64 tum facta omnia, sum circumlatus ⏑ ⏑ — ⏑
3

Schwerer dagegen ist die Entscheidung in den folgenden Versen, sämtlich aus Vergil:

329 (an Phoebi soror? an Nympharum sanguinis una?),
438 Aeneas ait et fastigia suspicit urbis.
477 lora tenens tamen; huic cervixque comaeque trahuntur
II 200 obicitur magis atque improvida pectora turbat.
II 229 insinuat pavor, et scelus expendisse merentem
5 *(V. 5)*

---

(1) Vide Emérita XX, 2.° (1952).

Im ersten und dritten dieser Verse ist die Interpunktion nach dem 2. Daktylus so schwer, dass man sich kaum wird entschliessen können, Caesur nach dem Monosyllabon in der 3. Hebung anzunehmen. Aber liegen die anderen Fälle wesentlich anders? Die Entscheidung ist deshalb so schwer, weil hier das Prinzip der syntaktischen Gliederung des Satzes und das des Gewohnheitsrechts der semiquinaria miteinander in Konkurrenz treten. Jedoch, hat nicht die vorige Materialgruppe ein gewisses Gewohnheitsrecht auch des Einschnitts nach dem 2. Daktylus, vor allem bei Vergil, erwiesen? So mag man denn vielleicht eine Lösung darin finden, dass die Konkurrenz tatsächlich, unaufgehoben, besteht, dass zwar der syntaktische Einschnitt nach dem 2. Daktylus voll ins Gewicht fällt, dass aber dann das folgende Monosyllabon eine ebenfalls, wenn auch nur schwach, zu Gehör kommende quasisemiquinaria schafft und dass zwischen beidem eine unausgeglichene Spannung, eine Spannung mit jeweils um ein weniges verschiedenem Gewichtsverhältnis, bestehen bleibt. Aber vielleicht ist es besser, zunächst noch mit dem Urteil zurückzuhalten und das Ergebnis der Untersuchung des folgenden, VI. Teils abzuwarten, der sich in seiner ersten Hälfte mit den Monosyllaba vor der Caesur beschäftigen soll. Genug, wenn durch diese Verse eindrücklich vor Augen geführt ist, ein wie ernstes Problem diese Monosyllaba stellen.

Wir beschliessen diesen Abschnitt mit einem Vers, der gleichzeitig zu dieser und der folgenden Materialgruppe gehört:

Lucil. 101 illud ad incita cum redit atque internecionem

Monosyllaba sowohl in der 3. wie in der 4. Hebung.

$$\frac{1}{11} \quad V.\ 5\ (1)$$

II. Einschnitt nach dem 3. Daktylus, oder Verdunkelung der semiquinaria durch ein folgendes pyrrhichisches Wort.

1. Interpunktion nach dem 3. Daktylus.

Ov. 657 pectore, quodque unum potes, ad mea verba remugis

Verg. 428 fundamenta locant alii, immanisque columnas (1).
Hor. ep. 2,75 hac rabiosa fugit canis, hac lutulenta ruit sus;
Hor. sat. 2,19 pro quaestu sumptum facit? hic? vix credere possis.
ep. 2,89 hui^{4}c sat. 2,24, i^{4}n Lucil. 1368, qui^{4}
Lucil. 293 tristis, difficiles sumus, fastidimus honorum
Enn. 186 balantum pecudes quatit, omnes arma requirunt
Enn. 269 spernitur orator bonus, horridus miles amatur.

Synaloephe vor kurzem Monosyllabon:

Lucil. 154 verum illud credo fore: in os prius accipiam ipse,
11 2 *(V. 1)*

2. Es folgt *-que, et, atque* zu Beginn eines eigenen Kolons.

Verg. 713 expleri mentem nequit ardescitque tuendo
Ov. II 191 Verg. II 145 Hor. ep. 1,68 1,166 2,124 sat. 1,93 3,45 Lucil. 22 82 424 1297
12 3 *(V. 2)*

3. In der Senkung eine pyrrhichische Verbalform, die ἀπὸ κοινοῦ steht.

Verg. 221 nunc Amyci casum gemit et crudelia secum fata Lyci
Ov. 414 e^{4}xperiensque laborum II 183 Hor. ep. 1,103 2,118 sat. 1,8 Lucil. 416 ne^{2}c mihi amatore hoc opus nec 418
8 3 *(V. 1)*

4. Ende einer Gruppe vor *et* usw.

Hor. ep. 1,5 Romulus et Liber pater et cum Castore Pollux,
Cat. 78 Lucr. 140 143 Lucil. 530 **5**

5. Ende einer Gruppe innerhalb des Satzes.

---

(1) Bekanntlich wird in Fällen wie diesem vielfach Caesur entweder, trotz der Synaloephe, hinter *alii*^{4} oder hinter der ersten Silbe des folgenden Wortes, sofern es ein Kompositum ist, also *alii, i*^{4}*m/manisque columnas* angenomnen. Über Synaloephe in der Caesur soll wie gesagt in Kapitel VI gehandelt werden. Die übrigen Verse der obigen Materialgruppe 'Interpunktion nach dem 3. Daktylus', soweit ausgeschrieben sämtlich ohne Synaloephe, sind nicht geeignet, jene Ansicht zu stützen. Vgl. Nils-Ola Nilsson, Metrische Stildifferenzen in den Satiren des Horaz (Studia Latina Holmiensia I) Uppsala 1952, 44 ff.

Verg. 435 ignavum fucos genus a praesepibus arcent
Sperrung 2-3s
Hor. ep. 2,36 Enn. 385 conferta rate pulsum
3 *(V. 1)*

6. In der 3. Senkung ein Vokativ vor folgendem *et*.

Enn. 52 te sale nata precor, Venus, et genetrix patris nostri,
1
40 9 *(V. 5)*

III. Einschnitt nach dem 3. Spondeus, oder Verdunkelung der semiquinaria durch ein folgendes Monosyllabon

1. Interpunktion nach dem 3. Spondeus.

Lucil. 361 quae iacimus, addes e 'peila' ut plenius fiat.
Enn. 546 fortis Romani sunt quamquam caelus profundus

2. Ohne syntaktischen Einschnitt.

Hor. ep. 2,211 lenior et melior fis accedente senecta?
Lucr. 271 principio venti vis verberat incita pontum
366 at contra gravius plus in se corporis esse
764 atque in eas rursus res omnia dissolvontur
Sperrung 2-3s
Lucil. 535 testibus! vix uno filo hosce haerere putares,
Enn. 153 postquam defessi sunt stare et spargere sese
553 tanto sublatae sunt agmine tunc lapides * *
7
9

IV. Einschnitt nach dem 3. Trochaeus, oder Verdunkelung der semiquinaria durch ein folgendes kurzes Monosyllabon.

Lucil. 359 'meilitiam'. tenues i: 'pilam' in qua lusimus, 'pilum'
1
1

Gesantsumme D: **61 *14*[+*1*](*V. 10* + [*1*])**

E. Verse ohne Einschnitt in der Versmitte.

Lucr. 836 ossibus hic et de pauxillis atque minutis

Lucil. 394 Scipiadae magno improbus obiciebat Asellus
533 strenuior si evaserit. * * *
1076 pulmentaria, ut intubus aut aliquae id genus herba,
533 mit sicherer, 394 mit verdunkelter semiternaria, Lucr. 836 und Lucil. 1076 wohl mit semiternaria bzw. semiseptenaria nach einem Monosyllabon *(hic, aut)*, Lucr. 836 vielleicht auch mit semiquinaria nach *de*. **4**
Enn. 122 Volturnalem Palatualem Furinalem
362 pendent peniculamenta unum ad quemque pedum * *
schwerlich semiseptenaria nach *un(um)*
522 cui par imber et ignis, spiritus et gravis terra
Lucil. 1269 — ⏑ ⏑ pulchre invitati acceptique benigne

4
8

Gesantsumme.		Lucan. Ov. Verg.	Verg.
A.	**611**	***262***	***157***
B.	**434**	***180***	***110***
C.	**261**	***60***	***55***
D.	**61**	***14***[+ ***1***]	***10***[+ ***1***]
E.	**8**		
	1375	***516***[+ ***1***]	***332***[+ ***1***]

Zu der vorstehenden Materialsammlung und -anordnung ist kaum etwas zu bemerken. Man sieht, wie sie angelegt ist: A. semiseptenaria und semiternaria, also dreigegliedert. B. semiseptenaria und (schwächere) semiquinaria. C. semiseptenaria ohne andere männliche Caesuren. D. Verse ohne oder mit verdunkelter männlicher Caesur in der 3. oder 4. Hebung. E. Verse ohne Einschnitt in der Versmitte, eine ganz kleine Gruppe. Für die Untergliederung ist einerseits die Wortform—iambische, spondeische, anapaestische usw. Wörter vor der semiseptenaria und der semiquinaria—, andererseits die syntaktische Beziehung bestimmend gewesen. Zwei wichtige Fragen sind offen geblieben, erstens die der Monosyllaba vor der Caesur—ihre Zulässigkeit und ihr rhythmischer Wert—, zweitens die der Synaloephe. Zum ersten Problem liegt eine Teiluntersuchung, über die Folge zweier Monosyllaba oder eines pyrrhichischen Wortes und eines langen Monosyllabon

zwischen semiquinaria und semiseptenaria, bereits in Teil IV b vor. Beide Fragen sollen in Kapitel VI zusammenfassend behandelt werden. Es liess sich nicht vermeiden, schon in diesem Kapitel hinsichtlich der Synaloephe präjudizierend Entscheidungen zu treffen.

Der Nutzen, den ich mir von dieser Zusammenstellung verspreche, ist, wie eingangs bemerkt, der, dass die Entscheidung über den rhythmischen Charakter eines Verses durch die hier vorgeführten und mit sämtlichen Stellen unseres Materials belegten Muster erleichtert werden soll. Ergebnisse von grundsätzlicher Bedeutung hat dieses Kapitel nicht aufzuweisen, abgesehen von den Häufigkeitsverhältnissen zwischen den einzelnen Typen bei den einzelnen Dichtern. Es ist dies ein Sachverhalt, der für den rhythmischen Gesamtcharakter des Gedichts von äusserster Wichtigkeit ist, der sich aber überaus schwer in Worte fassen lässt. Dass gewisse Verstypen nur bei den archaischen Dichtern und bei Horaz, nicht bei Catull, Vergil, Ovid und Lucan vorkommen, ist nichts anderes als eine Selbstverständlichkeit. Eine grundlegend wichtige Tatsache aber wird durch die Zahlen am Rande unmittelbar zur Anschauung gebracht: die relativ sehr grosse Zahl von Versen ohne überwiegende semiquinaria, zumeist mit überwiegender semiseptenaria bei Vergil: annähernd ein Viertel der Gesamtzahl, fast genau ein Drittel der tausend hier herangezogenen Verse. Es entspricht dies den in Tabelle 1 von Teil I angegebenen Verhältniszahlen, wonach die Zahl der Verse mit vorwiegender semiquinaria bei Vergil bei weitem am tiefsten liegt.

Es wurde in der Einleitung gesagt, dass aus drucktechnischen Gründen die ursprünglich vorgesehenen Signaturen für die Bildung des Versanfangs und des Versschlusses fortgelassen worden sind, und in Aussicht gestellt, es solle wenigstens an einem oder dem anderen Beispiel darauf hingewiesen werden, dass auch in dieser Hinsicht Beobachtungen zu machen sind. Erstens: auf S. 438 (1) unter III 1 überwiegen bei

(1) Die Zahlen über 400 beziehen sich auf EMÉRITA XX 1952.

spondeischer Bildung des 3. Fusses unter b. für den Versanfang die (oben S. 430 eingeführten und erklärten) Ziffern 2 u. 4, d. h. Daktylus im 1. Fuss; bei daktylischer Bildung des 3. Fusses unter c. die Ziffern 1, 3 und 8, d. h. Spondeus im 1. Fuss. In diesem Fall handelt es sich freilich fast um eine Selbstverständlichkeit, nämlich um das natürliche Bestreben, Daktylen und Spondeen einigermassen miteinander abwechseln zu lassen.

Wichtiger ist das Verhältnis des Versanfangs der Form 5: *longa mora est*, zu 1: *Aeneas*, 2: *impulerit*, 3: *haec secum*, 4: *si peteret*, d. h. von leichtem, iambischem zu schwerem, spondeischem oder anapaestischen Wortschluss. Hier ist einfach festzustellen, dass sich die in Teil I und II gefundenen Ergebnisse bestätigen. Man sehe etwa auf S. 438 f. die Materialgruppen III 2-3 durch, und man wird finden, erstens dass die Form 5 hier, bei überwiegender semiternaria, relativ häufig ist, zweitens dass fast überall hinter dem ersten Kretiker echter Gruppen- oder Kolonschluss vorliegt, so unter den ausgeschriebenen Versen—es wird in der Reihenfolge der Stellensammlung zitiert—in Ov. 214, Lucan. 385, Verg. II 49 644. In Hor. ep. 1,175 und Lucr. 935 ist das zweite Wort ein Enklitikon. Eine 'Ausnahme' bildet allein Lucr. 775. Das sind unter 84 Versen 29. Vergleichen wir damit den gesamten Abschnitt A I mit insgesamt 198 Versen, so haben die Form 5 am Anfang nur 34, das sind anteilmässig etwa die Hälfte von Materialgruppe III 2-3. Unter ihnen tritt Gruppen- oder Kolonschluss nach dem ersten Kretiker ein in Verg. II 151 Lucan. II 240 Verg. 476 Hor. sat. 9,52 Enn. 620 Hor. ep. 1,43 Ov. 671 Verg. 57 Hor. sat. 5,19 Lucil. 1205 864 Verg. 416 Enn. 423, also in 13 Versen. Schwächere oder okkasionelle Gruppe haben Enn. 355 Cat. 27 Lucr. 324 571 Ov. II 215 Lucr. 446, also 6 Verse; ein Enklitikon an zweiter Stelle Lucr. 683 Verg. 390. In den übrigen 13 Versen besteht zum Folgenden konjunkte oder Sperrungsbeziehung, nämlich in Verg. II 2 Hor. sat. 6,3 (5a) Verg. II 57 632 Hor. ep. 1,36 Cat. 311 Lucr. 982 Lucan. 627 Verg. II 220 Hor. sat. 4,76 Lucr. 919 Verg. 147 Lucil. 1070. Diese Stichproben dürften genügen.

Sie beweisen, dass bei eingehenderer Nachprüfung kein anderes Ergebnis zu erwarten sein wird als in Teil I und II. Die sorgfältigen und umfassenden Untersuchungen, die dort geführt worden sind, an dem Material unseres Kapitels noch einmal zu wiederholen, besteht kein Anlass.

Schliesslich stellt sich wie in Teil I und IVb die Frage nach dem Verhältnis der Versschlussform 1 (und 1a, die hier zu 1 hinzugezählt ist) zu 2 und 2a, also von *Lavinaque venit* oder *dum conderet urbem* oder *Tiberinaque longe* zu *tenditque fovetque* oder *te prole parentem* oder *genus unde Latinum* und *Iunonis ob iram* oder *qui primus ab oris* oder *iacet Hector, ubi ingens*. Schon die Gesamtsumme, 1: 481, 2: 665 (+ 1), 2a: 88 ist von äusserstem Interesse. Es kann kein Zweifel bestehen: die Gebrochenheit des rhythmischen Ablaufs, die durch Dreigliederung oder Vorherrschaft der semiseptenaria entsteht, setzt sich in einer rhythmischen Gebrochenheit auch der beiden letzten Versfüsse fort. Die Schwierigkeiten, die sich der Untersuchung entgegenstellen, sind schon in Teil I und IVb erörtert worden: rhythmische Neigungen können nur dann nachgewiesen werden, wenn kein Zwang der Wortform die Ursache für das Zahlenverhältnis bilden kann. Und solcher Zwang könnte tatsächlich vorzuliegen scheinen. Überwiegende semiseptenaria zieht natürlich Interpunktionen an sich. Es ist daher kein Wunder, ja fast notwendig, dass sich Wortformen wie *belloque* (Verg. 21) mit Vorliebe hinter dieser Caesur einstellen. Jedoch, warum kommt nicht ebenso oft *reginaque* oder etwa Ähnliches im 5. Fuss vor? Umgekehrt fügen sich Infinitive wie *componere* (Verg. 135) mühelos an diese Stelle und bilden dann einen ungebrochenen 5. Daktylus. Wiederum aber können wir fragen: ist *componere* tatsächlich so beträchtlich häufiger als *laudare* oder Ähnliches? Ich habe in Teil III S. 107 Anm. 14 eine Statistik der Verbalformen aus den ersten zwölf Kapiteln von Caesars bellum Gallicum vorgelegt und darf darauf verweisen. Mir scheint, jene Statistik hat die Möglichkeit einer rhythmischen Betrachtung nicht widerlegt.

Was lässt sich also in rhythmischer Hinsicht ausmachen?

Im folgenden sind die Verse der Materialgruppe A I 2: 'semiternaria und semiseptenaria ungefähr im Gleichgewicht, mit Wortschluss auch nach der 3. Hebung', ausgeschrieben und rhythmisch-syntaktisch geordnet, zuerst die Verse mit trochaeischem, dann die mit daktylischem Wortschluss im 5. Fuss.

1. Trochaeischer Wortschluss im 5. Fuss.

2. und 3. Kolon parallel.

Verg. 21 hinc populum late regem belloque superbum
202 experti: revocate animos maestumque timorem mittite;
215 implentur veteris Bacchi pinguisque ferinae.
282 Romanos, rerum dominos gentemque togatam.
390 namque tibi reduces socios classemque relatam nuntio et
744 Arcturum pluviasque Hyadas geminosque Triones;
Enn. 292 nunc hostes vino domiti somnoque sepulti consiluere

Lucan. 254 II 240 II 249 Ov. 671 Verg. II 12 II 13 II 106 Hor. ep. 1,190 2,201 sat. 2,66 4,83 5,19 7,23 8,24 Lucr. 253 800 886 Lucil. 354 428 **26**

Bimembre 4-5 oder 3-4-5 (die beiden letzten Verse mit Enjambementsperrung).

Verg. 383 vix septem convulsae undis Euroque supersunt.
Lucr. 571 unde queant validi silices ferrumque creari,
Verg. 162 hinc atque hinc vastae rupes geminique minantur in caelum scopuli,
Verg. 247 hic tamen ille urbem Patavi sedesque locavit Teucrorum et **4**

Sperrungsverklammerung zwischen allen drei Kola.

Ov. 195 quas dedimus certe terras habitare sinamus.
506 sic aquilam penna fugiunt trepidante columbae,
Cat. 147 sed simulac cupidae mentis satiata libidost,
240 aerium nivei montis liquere cacumen.
311 laeva colum molli lana retinebat amictum,
Lucr. 310 quas oculi nulla possunt ratione videre.
315 strataque iam volgi pedibus detrita viarum saxea conspicimus;
425 confirmare animi quicquam ratione queamus.
569 atmixtum quoniam semel est in rebus inane;
593 commutari aliqua possent ratione revicta,

Lucil. 459 quin potius vitam degat sedatus quietam.

11

Sperrung 2-4 und 3-5 oder 3-6.

Verg. 217 amissos longo socios sermone requirunt,
484 exanimumque auro corpus vendebat Achilles.
619 atque equidem Teucrum memini Sidona venire

3

Engere Beziehung zwischen dem 1. und 3. Kolon.

Verg. 590 caesariem nato genetrix lumenque iuventae
purpureum et laetos oculis adflarat honores:
II 206 pectora quorum inter fluctus arrecta iubaeque
Ov. 663 aeternum nostros luctus extendit in aevum.
Hor. sat. 2,56 qui patrium mimae donat fundumque laremque,
Cat. 27 ipse suos divom genitor concessit amores.
Lucr. 585 finis / crescendi rebus constat vitamque tenendi,

6

Sperrungsverklammerung zwischen dem 2. und 3. Kolon.

Verg. 476 fertur equis curruque haeret resupinus inani,

1

Enger verbunden das 1. und 2. Kolon.

Hor. sat. 7,1 proscripti Regis Rupili pus atque venenum
Ov. 236 in villos abeunt vestes, in crura lacerti:

2

Natürliche Wortfolge.

Verg. 88 eripiunt subito nubes caelumque diemque
632 tecta, simul divum templis indicit honorem.
Cat. 145 quis dum aliquid cupiens animus praegestit apisci,
Lucil. 1094 praestringat oculorum aciem splendore micanti.
Enn. 355 quippe solent reges omnes in rebus secundis
419 matronae moeros complent spectare faventes.
164 qua Galli furtim noctu summa arcis adorti
moenia concubia vigilesque repente cruentant

7

Dasselbe mit engerer Beziehung 4-5.

Hor. ep. 1,43 iste quidem veteres inter ponetur honeste,
Lucr. 919 fiet uti risu tremulo concussa cachinnent
942 sed potius tali pacto recreata valescat,
Lucil. 1205 magna penus parvo spatio consumpta peribit.
Enn. 71 hinc campum celeri passu permensa parumper
433 nox quando mediis signis praecincta volabit

6

Drei ziemlich selbständige Kola.

Verg. 363 Corripiunt onerantque auro. portantur avari
Pygmalionis opes
Lucan. 464 oppositi petitis Romam Rhenique feroces
deseritis ripas
Lucan. II 279 sollicitant proceresque alii; quibus adde Catonem
Ov. 142 prodierat; prodit bellum, quod pugnat utroque
4

Einschnitt nach dem 5. Trochaeus.

Verg. 321 ac prior 'heus', inquit, 'iuvenes, monstrate, mearum
Hor. sat. 1,97 non umquam servo melius vestiret, ad usque
4,76 suave locus voci resonat conclusus. inanis
Lucil. 427 hunc, siquid pueris nobis, me et fratre, fuisset,
4
74

2. Daktylischer Wortschluss im 5. Fuss.

2. und 3. Kolon parallel.

Verg. celsa sedet Aeolus arce
57 sceptra tenens mollitque animas et temperat iras;
Verg. et vivo temptat praevertere amore
722 iam pridem resides animos desuetaque corda.
Ov. 322 non illo melior quisquam nec amantior aequi
vir fuit, 3

Bimembre 4-5.

Verg. 442 quo primum iactati undis et turbine Poeni
effodere loco signum, 1

Sperrungsverklammerung zwischen allen drei Kola.

Verg. 147 atque rotis summas levibus perlabitur undas.
Lucan. 107 plus illa vobis acie quam creditis actum est.
Ov. 215 cumque suis totas populis incendia gentes
in cinerem vertunt.
Enn. 452 cum soles eadem facient longiscere longe
4

Engere Beziehung zwischen dem 1. und 3. Kolon.

Verg. 2 Italiam fato profugus Lavinaque venit / litora
572 vultis et his mecum pariter considere regnis?
32 errabant acti fatis maria omnia circum.

Lucan. 332 pollutas patitur sanguis mansuescere fauces.
Hor. ep. 1,122 non fraudem socio puerove incogitat ullam pupillo;
sat. 2,94 matronae praeter faciem nil cernere possis,
Lucr. 802 sic alias aliis rebus mutarier omnis?
817 atque eadem magni refert primordia saepe cum quibus aut quali positura contineantur
8

Engere Beziehung oder Sperrungsverklammerung zwischen 2. und 3. Kolon.

Lucan. 458 nox media est. certe populi, quos despicit arctos, felices errore suo, 627 (?)
Ov. 748 nunc Epaphus magni genitus de semine tandem creditur esse Iovis,
Enn. 84 exspectant, veluti consul cum mittere signum / volt
620 vosque lares tectum nostrum qui funditus curant
5

Engere Beziehung zwischen dem 1. und 2. Kolon.

Lucan. II 211 in fluvium primi cecidere, in corpora summi.
1

Natürliche Wortfolge.

Verg. 118 apparent rari nantes in gurgite vasto,
II 220 ille simul manibus tendit divellere nodos
Hor. sat. 9,18 trans Tiberim longe cubat is prope Caesaris hortos.
Cat. 158 si tibi non cordi fuerant conubia nostra,
Lucr. 412 usque adeo largos haustus e fontibus magnis lingua meo suavis diti de pectore fundet,
Lucr. 905 non possent ullum tempus celarier ignes;
Enn. 259 —quianam dictis nostris sententia flexa est?
618 rex ambas ultra fossam protendere coepit
8

Dasselbe mit engerer Beziehung 4-5.

Lucr. 982 fiet uti nusquam possit consistere finis,
1

Drei ziemlich selbständige Kola.

Lucr. 615 praeterea nisi erit minimum, parvissima quaeque corpora constabunt 1

Einschnitt nach dem 5. Daktylus.

Hor. ep. 1,36 scriptor abhinc annos centum qui decidit, inter
sat. 1,84 non uxor salvom te volt, non filius; omnes
sat. 9,52 'quique suus'. 'magnum narras, vix credibile'.
'atqui'. **3**

Semiseptenaria verdunkelt durch Bucolica.

Lucan. 523 spes saltem trepidas mentes levet, addita fati
peioris manifesta fides,
Hor. sat. 6,13 Tarquinius regno pulsus fugit, unius assis
2
37

Den rhythmischen Unterschied der beiden Formen des Verschlusses kann man sich nur graphisch klarmachen: bei trochaeischem Wortschluss im 5. Fuss $\underline{V}$, bei daktylischem $\underline{V}$, oder einfach $\underline{V}$ und $\underline{V}$. Ich denke, es wird deutlich sein, was mit Gebrochenheit bzw. glattem, voll ausklingendem Ablauf bis zum Versende gemeint ist. Und nun vergleiche man die genau parallel angeordnete Stellensammlung der vorstehenden Seiten. Die stärkste zahlenmässige Überlegenheit trochaeischen Wortschlusses über daktylischen fällt in die erste Gruppe: 2. und 3. Kolon parallel. Dort fast durchweg *-que* in der ersten Kürze der 5. Senkung hier *et temperat, desuetaque, nec amantior*: es ist nicht einzusehen, weshalb nicht dort *et laudat*, hier *desuetaque* und Ähnliches häufig hätte vorkommen sollen. Der verschiedene rhythmische Sinn der beiden Formen scheint mir am klarsten in Erscheinung zu treten in Enn. 292 *vino*^{3} *domiti somnoque sepulti*—der Reim unterstreicht den Parallelismus der Glieder—, andererseits Ov. 322 *non illo melior quisquam nec amantior aequi | vir fuit:* man beachte erstens das Enjambement, zweitens dass *quisquam* sich mit *melior, vir* mit *amantior* verbindet, schliesslich dass *nec amantior* durch *aequi* zu einer Gruppe ergänzt wird: durch beides erhöht sich die Selbständigkeit der Glieder, tritt der Parallelismus zwischen dem 2. und 3. Kolon in den Hintergrund.

Auch in Verg. 442 unter Bimembre 4-5 gleitet *et turbine Poeni* hinüber zu *effodere* eqs. des folgenden Verses—*perla-*

bitur, um dem ersten Vers der nächsten Gruppe 'Sperrungsverklammerung zwischen allen drei Kola', Verg. 147, das Stichwort zu entnehmen. In Lucan. 107 sind *quam creditis actum est* zwei zwar eng verbundene, doch aber auch wieder gesonderte Satzglieder: von Parallelismus zwischen dem 2. und 3. Kolon kann keine Rede sein. Und wiederum ist in Ovid. 215 das daktylisch ausgehende *incendia* der Träger der Enjambement-Beziehung zum folgenden Vers: *incendia in cinerem vertunt.*

Mit diesen kurzen interpretatorischen Bemerkungen mag es genug sein. Man sehe selbst zu, ob sich unsere rhythmische Deutung auch an dem Rest der Stellen bewährt oder nicht. Nur auf eins muss noch besonders hingewiesen werden, die beiden letzten Verse Lucan. 523 und Hor. sat. 6,13 mit Bucolica: wäre es denkbar, dass dem daktylischen Abfall des 4. Fusses eine trochaeische Gebrochenheit des 5. folgte? Freilich kommt Verdunkelung der semiseptenaria durch Bucolica in unserer Materialsammlung nur noch zweimal vor, auf S. 439 am Ende von 3. und auf S. 443 am Ende von 2.; beidemal aber zeigt der 5. Fuss einen ungeteilten Daktylus, und es macht nichts aus, dass es sich an der ersteren Stelle um die Form V 3a handelt *nil opus est te.*

Es soll nicht bestritten werden, dass wir uns im Vorstehenden bis dicht an die Grenze der Möglichkeiten rhythmischer Interpretation vorgewagt haben. Meines Dafürhaltens aber ist diese Grenze noch nicht überschritten, es hat sich vielmehr, in Ergänzung und Bestätigung früher aufgestellter Thesen, ein Ergebnis gewinnen lassen, das so tragfähig ist, wie es bei dem unwägbaren Phaenomen des Rhythmus nur immer möglich war.

Göttingen HANS DREXLER.

AERUMNA

La etimología, que al parecer actualmente disfruta de algún crédito, entre las varias emitidas sobre esta palabra, no es más que una reproducción de la que ya recogió Paulo, 22, 13: *aerumnulas Plautus refert (frg. inc.) furcillas quibus religatas sarcinas uiatores gerebant. Quarum usus quia Marius retulit, muli Mariani postea appellabantur. Itaque aerumnae labores onerosos significant; siue a graeco sermone deducuntur. Nam* ἀΐρειν *graece, latine tollere dicitur* (1). Es decir, se supone que *aerumna* fué originariamente una palabra (sobre todo del argot castrense) con el sentido de «angarillas, aparejo de madera en forma de doble horquilla, que se adaptaba a las bestias de carga, y servía para llevar los bagajes»; de donde se habría desarrollado un sentido secundario de «instrumento de carga, peso, carga», y luego otro moral de «pesar, aflicción, tristeza, etc.» (algo así como del latín tardío **tripalium*, «instrumento de tortura formado por tres palos», se desarrolló el sentido moral de frz. *travail*, esp. *trabajo*, etc.). Y se cree que esa palabra (así Walde-Hofmann, *Wb.*[3]) fué un préstamo de una forma griega αἰρομένη «lo que levanta o sostiene pesos» (< ἀΐρειν «levantar»). Ahora bien, no se puede negar que un proceso semántico como el supuesto en esa teoría sería bastante natural y fácil de concebir. Lo que ya no se concibe tan fácilmente es por qué razón un objeto tan rudimentario

(1) Sobre otras etimologías, hoy rechazadas por la crítica, confróntese Walde-Hofmann, *Wb.*[3].

tuvieron que haberle tomado los romanos (y en especial el ejército romano) de los griegos. Pues, naturalmente, aparejos para llevar cargas a lomo (como el descrito por Paulo o parecidos) debieron existir en Italia, como en todos los pueblos, desde la época más remota. Y más aún, puesto que en el ejército griego no se sabe que desempeñasen ningún papel aparatos como el indicado. Se ve, pues, que ya en el terreno histórico la interpretación esa carece de toda base. Pero no es sólo esto; es que en el léxico griego tampoco hay el menor indicio, ni de que αἰρομένη llegase a significar «instrumento para llevar cargas», ni siquiera de que existiese una forma αἰρομένη con valor substantivo. Y claro está que a la luz de este hecho es completamente gratuito y arbitrario el suponer que *aerumna* procediese de un αἰρομένη. Pues, naturalmente, con igual razón que del gr. pudiera considerársela préstamo del etrusco (Ernout, *BSL*, 30, 99), o del púnico, o del babilonio, o de cualquiera otra lengua conocida o desconocida. Así es que yo ahora no voy a detenerme en la discusión de esa hipótesis.

Yo lo único que quiero indicar es que una forma *aerumna*, «aflicción, tristeza, pesar», se puede explicar perfectamente dentro del latín mismo, de acuerdo con principios por mí enunciados en otra ocasión y a mi juicio comprobados por una serie de ejemplos *(Estudios de Fonética latina*, página 102 sgs.). Yo al menos no veo qué inconveniente puede haber en suponer que sobre un *maereo, -es, -ere*, «estar afligido, estar triste, pesaroso», y lo mismo que *alumnus* < *alere uertumnus* < *uertere, columna*, la que da vuelta, la redonda» < *colere*, «dar vueltas» (1), **calumnus* (cf. *calumnia*) < *ca-*

(1) Contra lo que sostuve anteriormente *(Estudios de Fonética*, pág 72) me veo obligado a aceptar la hipótesis de Thurneysen *(GGA*, 1907, 805 y con dudas en *Thes)*. sobre *columna*, porque no comparto como entonces la opinión de Walde-Hofmann, *Wb.*[3] y Ernout-Meillet, *DEL*[3] sobre que el sentido de «dar vueltas» sea desconocido en el latino *colere*. Al contrario, hoy creo que ese sentido, que sin duda fué el originario de la raíz (cfr. skr. *córati*, gr. πέλομαι y los derivados no-

luor, calueris, etc., se hubiese creado, o un **mereomena* (sc. *mens)*, que fonéticamente tuvo que convertirse en **maerōmena* (cf. *ne oinom* > *nōenum* > *non, dēorsum* > *dĕorsum* > *dorsum, Estudios de Fonética*, pág. 239 sgs.), o directamente un **maer-ŏmena*. Formas ambas que naturalmente debieron tener un sentido como de «(ánimo) triste, pesaroso», que se confunde en cierto modo con el de «tristeza, pesadumbre, aflicción» (que fué siempre el valor fundamental de *ae-*

---

minales de diversas lenguas), se encuentra también atestiguado en latín; y no sólo en *colus* «rueca», y en *colubra*, y en *collum* (cfr. mis *Estudios de Fonética, loc. cit.*), sino además en el mismo valor fundamental de *colere;* es decir, el de «cultivar», de donde «habitar». Pues, naturalmente, entiendo que la idea de «cultivar» no pudo ser más que un desarrollo de la de «dar vueltas (a la tierra), arar» (que es la operación previa esencial en todo cultivo). Más aún, yo creo que precisamente ese sentido de «dar vueltas» es el único que nos permite explicar otras dos palabras, o dos variantes de una palabra, estrechamente relacionadas con *columna;* a saber, *columen* «bóveda, techo, cumbre, sostén» y *culmen* «cima, cumbre, parte superior de algo». Formas que desde luego algunos han querido relacionar con *-cellere, celsus* (así Walde, *Wb.*[2]; Walde-Hofmann, *Wb.*[3]; Walde-Pokorny, I 437; Ernout-Meillet, *DEL*[3]); pero que a mi juicio es de todo punto imposible poder explicar, ni por esa raíz ni por ninguna otra con palatal inicial; lo uno, porque en *columen* (que fué la forma más antigua de las dos) no parece que la idea de «sobresalir» fuese originaria ni siquiera esencial; y además, y sobre todo, porque en latín un **qelmen* (con la raíz de *-cellere)* hubiese dado **celmen*, como *scelus, celsus, gelu, heluos*, etc. Una razón que a su vez hace imposible la etimología **qelomena* > *columna*, propuesta por Curtius, *Grundz.*, pág. 153, Vaníček, *Etym. Wb.*, página. 55, y aceptada entre otros por Walde, *Wb.*[2] y Walde-Hofmann, *Wb.*[3]). En cambio, no cabe duda que fonética y morfológicamente podría derivarse con toda sencillez un *columen* (luego **col[u]men* > *culmen)* a partir de un **quel-o-men*. Y semánticamente tampoco creo que ofrezca ninguna dificultad el que a partir de un **quelomen* «lo que da vueltas» se hubiesen desarrollado: 1.° por una parte, un sentido de «lo abovedado, lo combado, el tejado, la bóveda celeste *(sub diuo columine, Act. Arv.* a. P 1 I 28, Cic. *carm.* frag. 3, 21), la bóveda celeste en cuanto sostén del universo, el universo o firmamento», y de ahí el sentido secundario de «sostén» *(senati columen*, Pl. *Cas.* 536; *columen familiae*, Ter. *Phorm.* 287); y 2.° por otra parte, el de «lo com-

rumna). Y formas que por supuesto debieron evolucionar a **maerŏmna* > **maerumna*, como *alumnus*, *uertumnus*, *columna*, **calumnus*, etc. Más aún, yo indiqué en la ocasión arriba mencionada *(Estudios de Fonética*, pág. 192 sgs.) que en latín hay una serie de palabras, en otro caso inexplicables, y que se explican perfectamente por una pérdida disimilatoria de la *m-* inicial ante otra *m* interior en posición reforzada. Así *immo* < **mimmo/minmo* < *minimo; ōmen* < **mommen/monmen* < *monimen; amoenus*, «fértil», luego «ameno, de vista agradable» < **mammenus* < *mamma* (cf. *ūber*, «fértil» < *ūber*, «ubre» y *fēlix*, «fértil» < **fela:* gr. θήλη y lat. *fēlare); ampla*, «asa» < **mampla* < *manupula/manucula; ĭmitor* < **mĭmmitor* < **mĭmmari* < *mīmari:* μῖμεῖσθαι. Luego no se ve qué inconveniente pudo haber para que **maerumna* se hiciese *aerumna*. Es decir, que *aerumna*, en su sentido fundamental y más frecuente de «tristeza», se puede explicar con toda sencillez a partir de *maereo*.

Y desde luego que *aerumna*, al lado de ese sentido, tuvo también el más arriba mencionado de «angarillas, aparejos para llevar cargas a lomo de animales». Sentido que sin duda desde el punto de vista semántico podría haber dado origen

---

bado, cima o cumbre del monte, cima o parte superior de algo» (lo mismo que de *uertere* «dar vueltas» se formó *uertex* «cima, punto superior de algo»). Es decir, que tanto *columen* como *culmen* (que sin duda no fueron más que formas de una misma palabra) deben explicarse, no por *-cellere*, sino por la raíz de *colere*. Claro está que sobre esta base, y aun admitiendo la imposibilidad de que **qel-* diese en latín *col-*, todavía podría pensarse que *columna* hubiese derivado de *columen*, y hubiese significado, no «la redonda, la que da vuelta», sino «sostén, la que sostiene algo» (según propuso Porzig I F XLII 267, y acepté yo en la ocasión arriba indicada). Pero habiendo la posibilidad de explicarla directamente y con toda sencillez como un participio en *-ndus* de *colere* «dar vueltas», yo no veo por qué vamos a acudir a esa otra formación (alargamiento del *-men* por el elemento *-a)*, que en latín fué siempre rarísima, y que además supone un sentido (el de «sostén»), que en *columen* fué sin duda secundario y al parecer muy poco frecuente.

al primero. Pero no es menos cierto que con igual sencillez se puede concebir también el paso inverso; es decir, que a partir del de «tristeza, pesadumbre», se hubiese desarrollado el de «angarillas». Por lo menos yo veo que la idea de «tristeza, aflicción», suele darse indisolublemente unida a la de «carga, peso» (cf., por ejemplo, las expresiones españolas como «pesar, pesadumbre, me pesa» para ideas de «tristeza, o pena»). Por lo tanto no creo tenga nada de extraño que de un *aerumna*, «pena, aflicción», pudiese haberse desarrollado un *aerumna*, «peso, carga», y luego «el aparato para llevar esas cargas». Ahora bien, yo no voy a negar que mi explicación, al no estar atestiguada la forma originaria, queda en el plano de lo hipotético. Pero hipotético y todo, creo que una explicación no deja de tener su valor científico, sobre todo cuando está de acuerdo con los principios conocidos de la lengua, y más aún si el hecho de que da razón es en otro caso inexplicable. Y que estas dos condiciones se encuentran reunidas en mi hipótesis, creo haberlo demostrado en las observaciones anteriores.

A. Pariente.

DER AKKUSATIVUS PLURALIS AUF *-is*, *-eis* UND *-es* BEI VERGIL

Grundsätzliches zu einem textkritischen Problem.

Vorfragen.

1. Ein Bild von der grammatischen Situation der älteren Zeit können nur die Inschriften geben.

Der Akk. Plur. auf *-is*, aus *-i-ns* entstanden, ist ursprünglich Eigenart der *-i*-Stämme. Er ist seit dem 2. Jahrhundert inschriftlich belegt: CIL I^2 633,8 (a. 141-117? Dessau ILS 5944a. Diehl, Altlatein. Inschriften 457) und 636,4 (a. 136. Dessau 5945. Diehl 458). 638,2 (Meilenstein des Konsuls Popilius Laenas a. 132. Dessau 23. Diehl 430): *ponteis* (1). 1529,5 (a. 134-90. Dessau 5348. Diehl 294): *omnis*. 1722,3 (aet. Cic. Dessau 5318. Diehl 356): *turreis*. 1732,4 (aet. Caes. CE 960. Diehl 608): *tristeis*. 1747,2 (ohne Zeitangabe. Dessau 5328. Diehl 371): *turreis* (2).

Dieser Akk. ging durch Analogiebildung früh in seltenen Fällen auch auf Adjektive, nicht auf Substantive, konsonantischer Stämme über: CIL I^2 364,6 (ca. 200. CE 2. Dessau 3083. Diehl 122): *optantis*. 2500 a 14 (a. 58. Diehl 270): *complureis*. Mon. Anc. 4: [*plu*]*rīs*. 14: *agentīs*. Dieser Vorgang ist, wenn auch naturgemäss sprachgeschichtlich jünger, so doch,

---

(1) *Pons* ist wohl *-i-* Stamm; vgl. Leumann-Hofmann, Lat. Gramm.[5] 231. Sommer, Handbuch[2.3] 357f. 386.

(2) Vgl. dazu Sommer 386. Leumann-Hofmann 277f.

wie die Belege zeigen, ebenfalls früh (1). Beschleunigt wurde er offensichtlich dadurch, dass eine vielseitige Verwandtschaft und äussere Aehnlichkeit zwischen den *-i-* und einigen konsonantischen Stämmen bestand (2).

Unter dem Einfluss der Tatsache, dass die konsonantischen Stämme gleich auslautenden Nom. und Akk. Plur. haben, entwickelte sich schliesslich, ebenfalls durch Analogiebildung, auch bei den *-i-* Stämmen gleichauslautende Endung in beiden Kasus insofern, als das alleinstehende *-is* mehr und mehr an Bedeutung verlor. Dadurch erfolgte wieder eine Angleichung an die weniger differenzierten Formen der konsonantischen Stämme. Der Nachweis dieses Vorgangs lässt sich ebenfalls bis ins 2. Jahrhundert zurückführen: CIL I^2 585,73 (lex agr. a. 111): *ceives*, ferner Mon. Anc. 20: *omnes*. 26: *fines*. Auf diese Weise wurde der Akk. Plur. auf *-is* allmählich in den Hintergrund gedrängt; *-es* wurde die «moderne», *-is* die «altertümlichere» Form.

So stehen die Dinge in der klassischen Zeit, beide Formen halten sich etwa die Wage (3). Der Versuch, feste Regeln aufzustellen, stösst auf Schwierigkeiten.

Wenn schon in vorliterarischer Zeit durch Analogie der Nom. Plur. der *-i-* Stämme auf *-es* den Nom. Plur. der konsonantischen Stämme auf *-es* verdrängt hatte und dadurch eine weitgehende Angleichung eingetreten war, so hat das beispielhafte Bedeutung. Der gleiche Grundsatz der Analogie be-

---

(1) Vgl. Sommer 386.

(2) Sie äussert sich z. B. in Erscheinungen wie der, dass die Endungen im Gen. Plur. zwischen *-um* und *-ium* schwanken, und darin, dass die Unterscheidungen, ob *mons, montium, montis* oder *fons fontium, fontis* zu der einen oder anderen Gruppe gehört, auch heute noch nicht immer eindeutig zu treffen ist; vgl. Sommer 386. Leumann-Hofmann 231. 256. Kieckers, Hist. lat. Gramm. II 1931, 31.

(3) Vgl. für Lucrez Lachmann zu Lucr. I 744. Ernout, Rev. philol. 42, 1918, 133ff. Lucrez-Ausgabe, Coll. Budé, pag. XXIII.— Für die nachaugusteische Prosa Tingdal, Aendelsen *-is* i ackus. plur. hos de efteraugusteiska författerne, Göteborg 1916 (mir nur zugänglich durch Hartmann, Glotta 10, 1920, 254f.).

stimmt das Verhältnis dieser beiden Wortgruppen auf grosse Strecken hin und in solchem Masse, dass er—in Verbindung mit einer durch den Eingriff der systematischen Grammatik entstandenen Dissimilation—das Gesetz darstellt, das es hier unter besonderer Berücksichtigung der textkritischen Situation zu verwirklichen gilt.

2. Neben dem Befund der Überlieferung bestätigt die antike Grammatikertradition diese Tatsachen und zwar sowohl die zeitgenössische Wissenschaft als auch die spätere auf diesen Vorgang zurückschauende Betrachtung. Da die klassische Sprache, speziell Vergil, auch später als Vorbild galt, weist das Urteil der Fachleute der verschiedenen Jahrhunderte nur geringfügige Unterschiede auf: Varro ling. VIII 66 (in der Darstellung der Anomalie): *sine reprehensione vulgo* (1) *alii dicunt et singulari* '*hac ovi*' *et* '*avi*', *alii* '*hac ove*' *et* '*ave*', *in multitudinis* '*hae puppis*', '*restis*' *et* '*hae puppes*', '*restes*', *item quod in patrico casu hoc genus dispariliter dicuntur* '*civitatum*', '*parentum*' *et* '*civitatium*', '*parentium*' *et in accusandi* '*hos montes*', '*fontes*' *et* '*hos montis*', '*fontis*'.—Probus in einer wichtigen Nachricht gerade im Hinblick auf Vergil bei Gell. XIII 21,1ff.: *interrogatus est Probus Valerius...* '*has*' *ne* '*urbis*' *an* '*has urbes*'*... dici oporteret: ...«aurem tuam (inquit) interroga, quo quid loco conveniat dicere; ...verba e versibus* (sc. *Vergilii*) *haec sunt* (georg. I 25): '*urbisne invisere, Caesar, terrarumque velis curam*'*...; contra in tertio Aeneidis* (106): '*urbes*' *dixit per e litteram...*» (2), ferner Plin. dub. serm. frg. Char. gramm. I 129,19ff.

---

(1) *Vulgo* heisst hier weder *vulgär* (dazu ausführlich Sofer, Glotta 25, 1936, 222f. 224) noch *allgemein* (Dahlmann, Varro de lingua latina Buch VIII, Hermes, Einzelschr. Heft 7, 1940, z. St.), sondern *im Volke, umgangssprachlich. Allgemein* ist nicht richtig, weil das der Praxis nicht entspricht, *vulgär* nicht, weil Varro an dieser Stelle nicht beabsichtigt, einen Vulgarismus zu betonen. *Im Volke* entspricht vielmehr den Tatsachen; das ist ausschlaggebend.

(2) Diese Nachricht kann auf den ersten Blick einen falschen Eindruck von der Gesamtlage erwecken; der so häufig eindeutig für *urbes* bezeugte Akk. Plur. auf *-es* fällt aus dem gewöhnlichen Rahmen der *-i-* Stämme heraus; ausführlicher u. S. 202ff.

129,25ff. 129,31ff. 130,1ff. 130,4ff. 137,23ff. 139,22ff. (p. 26f. Beck), und schliesslich die späte Grammatik in einer Anzahl von Bemerkungen, die bei Neue-Wagener I³ 378ff. ausgeschrieben sind: Scaur. gramm. VII 32,21ff. Don. gramm. IV 378,17ff. Serv. Aen. I 108. Pomp. gramm. V 191,5ff. Char. gramm. I 137,23ff., der vorwiegend Exzerpte aus Plinius bringt, Consent. gramm. V 356,25ff. und vor allem Prisc. gramm. II 357,21ff., der über mehrere Druckseiten hinweg ausführliche Regeln gibt, z. B. 358,13ff.: *omnium, quae tam nominativum quam genetivum similiter habent, eorum accusativus raro in -es, frequenter in -is solet terminari, ut 'hic' et 'haec omnis'... 'hos' et 'has omnis'...* (359,5)... *similiter faciunt accusativum eiusdem formae semper pluralia, ut 'hi manes'... 'hos manes' vel 'manis'...; 'tres, trium' 'hos' et 'has tres' vel 'tris'. idem* (i. Vergilius) *in III Aeneidos* (203): *'tris* (1) *adeo...' in -er quoque desinentia, quae i terminant ablativum, similiter faciunt accusativum pluralem plerumque per -is, raro per -es* eqs.

---

(1) Priscian gibt a. O. eine Fülle von Testimonia aus Vergil, der in der bekannten Weise als Kronzeuge zitiert wird. Es gibt aber einige Fälle, in denen der Wert der Nachrichten dieses Grammatikers peinlich in Frage gestellt wird: gramm. II 359, 9ff. (o. im Text) nennt er für *tres* beide Akk., davon bevorzugt er offenbar den auf *-is*, wofür er als Beleg Aen. III 203 nennt, *tris adeo incertos* eqs. Die Hss. Vergils und Priscians zeigen keine Varianten, dagegen schreibt der gleiche Priscian gramm. III 331, 2 beim Zitieren der gleichen Stelle *tres*. Aehnlich liegen die Dinge gramm. II 361, 15: *'plurium'... tam in es quam in is finit accusativum.* Damit lässt er die Möglichkeiten völlig offen; es folgt als Beispiel georg. I 89 mit *plures*. Vergil dagegen schreibt *pluris* (AMP mit Variante *plures* P), Priscian hat mit DH an dieser Stelle die Variante *pluris*, ferner gramm. II 315, 21 für die gleiche Stelle *pluris*, natürlich auch wieder mit Variante: *plures* GH.—Also sind auch die Grammatiker mit Vorsicht zu behandeln, wenn ihre Zeugnisse sogar in Fällen wie diesen so gut wie wertlos sind oder im besten Falle erst dann benutzt werden können, wenn man sich in einer eigenen Untersuchung mit ihnen auseinandergesetzt hat. Keller misst in seinen (gleich im Text zu nennenden) Abhandlungen, bes. Gramm. Aufs. 298 zu *tris* und 310 diesen Testimonia ebenfalls unterschiedlichen Wert zu, misstraut aber auch den Hss.

Diese Zeugnisse bestätigen zweierlei: Zunächst die Verwendung von *-is* vorzüglich bei *-i*-Stämmen, und zweitens, dass klare Regeln im Altertum nicht vorhanden, zumindest aber nicht allgemein anerkannt waren.

3. Ziel einer Untersuchung muss es nun sein, einen Textzustand zurückzugewinnen, der älter ist als das Zeitalter der ersten Handschriften. Er soll nach Möglichkeit vergilisch sein. Das ist von den Herausgebern bisher meist als selbstverständlich hingenommen worden, und doch erscheint es angebracht, diese Frage kurz zu überprüfen. Die Lage ist für Vergil anders als für fast alle anderen Autoren der lateinischen Antike: Die Hss., die der modernen Kritik eine Überlieferung bieten, wie sie in Zahl, Alter, Güte und Vollständigkeit für keinen anderen Autor vorliegt (1) und mit deren Entstehung und Weitergabe, wie z. B. die Subscriptio des Apronianus in M (2) zeigt, teilweise Namen von Rang und Fach verbunden sind, stammen noch aus der Antike. So stehen die scribae und emendatores durch das lebendige Band der Sprache in unmittelbarer Verbindung zum Text, was man z. B. von der Horazüberlieferung nicht mehr behaupten kann. Daher muss in jedem Fall mit der Möglichkeit gerechnet werden, dass gerade das Zeitalter der Vergil-Hss. mit seinen bedeutenden grammatischen Interessen ein nach seiner Ansicht gutes oder gar besseres Latein schreiben wollte, mit anderen Worten, dass die moderne Forschung bei allzu starkem Vertrauen auf die Hss. Gefahr läuft, die Regeln der damaligen Grammatik, und nicht den originalen Vergiltext zu rekonstruieren. Dagegen liesse sich einwenden, dass die Grammatik der ausgehenden

(1) Vgl. auch u. S. 206ff.

(2) Ribbeck, Proleg. 219ff.; er hat die Hss. selbst nur oberflächlich einsehen können. Sabbadini, Historia 3, 1929, 103ff. und ed. Rom. praef., pag. 24 unterscheidet sieben Hände, von denen er M^2 als die des emendierenden Apronianus anspricht (vgl. auch Fairclough TAPA 63, 1932, 218, 223). Nach Lage der Dinge (vgl. auch Ribbeck 223f.) sind demnach die Lesarten des M^2 vollwertige und selbständige Uberlieferung; dazu auch Schanz-Hosius II^4 95.

Antike die Klassiker (besonders natürlich Vergil) in älteren Ausgaben studiert hat, um sich daraus wieder ihre Regeln zu bilden—soweit sie überhaupt grammatische Interessen hatte; das lässt sich speziell für den Unterschied zwischen M und M^2 (Apronianus) durchaus wahrscheinlich machen. Dann bestand natürlich wieder die Gefahr, dass einer das Latein seiner Zeit schrieb.

Die Kritik befindet sich in diesen Fällen in der günstigen Lage, dass sie mit sicheren Zeugnissen über die Hss. hinausreichen und auf wichtige Ausführungen älterer Zeit zum Thema zurückgreifen kann (Varro, Probus, Gellius) (1). Andrerseits weist aber auch keine einzige Hss. den Text auf, den sich die damalige Grammatik wünschte (2). Ein Beispiel aus M und P: *omnis* ist geradezu das Paradigma für den Akk. Plur. auf *-is*. Die variae lectiones sehen aber ganz anders aus: M liest an 27 Stellen 16mal *omnis* und 11mal *omnes*, P an 25 Stellen 17mal *omnis* und 8mal *omnes:* Und das sind die besten

---

(1) Allerdings kann unter dem Gesichtswinkel des Themas zur Begründung von hssl. Differenzen nicht noch eigens auf die Fragen eingegangen werden, über die heute noch die Meinungen weit auseinandergehen, z. B. auf die Probleme einer einheitlichen Gesamtausgabe oder einer zweiten Auflage (z. B. Prob. ap. Gell. XIII 21, 4 [Text s. auch u. S. 209]: *in primo georgicon, quem ego librum manu ipsius correctum legi.* Die Erörterungen dieser wichtigen Notiz und ihrer Möglichkeiten fehlt bei Emonds, Zweite Auflage im Altertum, 1941, 380. Zur Frage weiteres am Ende des Abschnitts B) oder der postumen Edition der Aeneis oder auf die Möglichkeit, dass bereits früh (vielleicht schon zu Lebzeiten des Dichters) Texte mit verschiedenen Lesarten umgelaufen sind (zuletzt Funaioli, Vergilausgabe Mantua 1938, prefaz., pag. VII. Pighi [Titel u. S. 188 Anm. 1] 137), wie sie offenbar jedenfalls dem Probus vorgelegen haben (vgl. Aistermann, De M. Valerio Probo Berytio 1910, 39ff. 61. VIff. Schanz-Hosius II^4 736). So schwierig es mitunter auch sein kann, ihn in allen, Einzelheiten zu erkennen, daran, dass der Dichter einen eindeutig bestimmten Text hinterlassen hat, muss als Arbeitshypothese festgehalten werden, auch auf die Gefahr hin, dass man damit vielleicht einer einzelnen Stelle Unrecht tut.

(2) Vgl. auch u. über die Adjektive auf *-x*.

Hss. Sie bieten also ein beinahe willkürliches Bild, und das umso mehr, als an keiner dieser Stellen die Form *omnes* richtig ist; das beweist die kritische Untersuchung des gesamten Materials und der Vergleich mit der übrigen Überlieferung. Dieses Gesamtbild stellt aber andrerseits das Gesetz der zeitgenössischen Grammatik wieder her, das demnach offenbar nicht nur einfach aufgestellt, sondern nach grammatischen Überlegungen unter Hinzuziehung des Materials der Klassiker formuliert worden ist. Zufall ist das jedenfalls nicht.

Auf diese Weise lässt sich, wie auch die Untersuchung in weiteren Einzelheiten bestätigen wird, ein Zustand der Vergilüberlieferung erkennen, der die Gewähr dafür bietet, dass die Gesamtheit nach bester Möglichkeit echt vergilisch ist und nicht eine grammatisch zurechtgemachte Fassung der Spätantike darstellt.

4. *Die moderne Forschung* hat sich in der letzten Zeit wenig mit diesen Fragen beschäftigt. Im 21. Bande des Rheinischen Museums stellte O. Keller 1866 S. 241ff. eine Reihe von Regeln auf, die der Dichter nach seiner Ansicht befolgt haben sollte. Im Gegensatz dazu kam O. Ribbeck nach gründlicher Aufarbeitung und Sichtung des gesamten Materials in seiner grossen Ausgabe und insbesondere 1866 in seinen Prolegomena zu Vergil zu der Ansicht, dass es überhaupt keine Gesetze oder Anhalte gebe. Nichtsdestoweniger fasste Keller in seinen Grammatischen Aufsätzen 1895 seine Regeln fester und endgültiger (1). Seitdem sind diese Dinge in bemerkens-

---

(1) Die Zuverlässigkeit seiner Untersuchungen wird überschätzt (z. B. von Tingdal o. S. 183 Anm. 3 und Norden zu Aen. VI[3] 151 [dazu auch weiter unten]); was die Vollzähligkeit seines Materials angeht, so fehlen eine nicht geringe Anzahl von Stellen, z. B. *finis* Aen. VI 345 — *montis* georg. III 254 — *navis* Aen. II 399. III 425. III 465. IV 398. V 29. V 247. VI 4. XI 326 — *syrtis* Aen. I 111 — *urbes* Aen. VII 364 — von den Adjektiven: *ferentis* Aen. II 49 — *fragilis* buc. 8, 40 — *manis* georg. IV 469. Aen III 565 — *penatis* Aen. IV 598 — *tris* Aen. I 108. I 110. I 184. III 203. V 772. VI 484 (bei Keller 298 durch «etc.» angedeutet). Ferner wurden die Nom. Plur.

werter Weise m. W. eigentlich nur mehr durch die Praefationes der Textausgaben und hier mehr oder weniger ausführlich, dafür aber umso regelmässiger und nicht so sehr von Grundsätzlichen als von rein praktischen Gesichtspunkten aus behandelt worden (1).

5. Zum Schluss noch einige *Einzelheiten:* Es liegt im Wesen der Dichtersprache des grossen heroischen Epos, dass sie die alten Formen besonders hütet. Daher darf man, solange sie die Wahl hat, annehmen, dass eine grössere Neigung besteht, das alte *-is* statt des modernen *-es* in den Text zu nehmen. Auf der anderen Seite zeigt aber schon die Beobachtung des Probus gerade über den Akk. Plur. von *urbs*, bei dem die Form auf *-es* bei weitem vorherrscht, dass es bedenklich ist, allein von diesem Gesichtspunkt aus Regeln aufzustellen. Es ist ausserdem eine natürliche Erscheinung der geschichtlichen Entwicklung, wenn die alte Form, die im Laufe der Zeit aus dem Leben der Sprache immer mehr verschwand, auch in den Hss. seltener und gelegentlich sogar ganz verdrängt wurde (2); umgekehrt muss aber, um das Bild vollständig zu machen und gerechterweise auch für diese Möglichkeit das Gegenteil offenzulassen, damit gerechnet werden, dass auch als Rückkorrektur oder als Schlimmbesserung die alte Form in den Text gebracht wurde an Stellen, an denen sie in Wirk-

---

tenues georg. I 92, *tristes* Aen. VIII 701 unt *turpes* georg. IV 96 mit Ribbeck Proleg. 407. 410 als Akk. Plur. angesprochen. Schliesslich fehlen zu einem grossen Teil die *-i-* stämmigen Substantive mit herrschendem oder vorwiegendem Akk. Plur. auf *-es*. Einiges weitere und auch die Auseinandersetzung mit Kellers Ansichten im Laufe der Abhandlungen.—Eine neuere Zusammenstellung des Materials für Aen. IV bei Pighi, Verg. Aen. IV, Como 1942, 141.

(1) Ausführlicher u. S. 24 f. m. Anm. 5 ff.

(2) Diese Entwicklung ist jedenfalls die leichter verständliche und heute so gut wie allein anerkannte, vgl. Keller 319ff. Hartmann, Glotta 10, 1920, 254. Es hat aber auch eine umgekehrte gegeben, wie Hartmann andeutete, die aber nicht mit Schuchhardt dadurch zu erklären ist, dass man vulgärlateinisch *-es* wie *-is* aussprach und deshalb, aber nur gelegentlich, auch schrieb. Darüber ausführlicher weiter unten.

lichkeit nie gestanden hat. Und das lässt sich sogar beweisen. Darauf schliesslich, dass für die Vergilhss. und ihre Zeit besondere Gesetze gelten, wird die Untersuchung ebenfalls an geeigneter Stelle zurückkommen müssen.

A. *Die Substantive.*

I

Bei der Zusammenstellung des Materials habe ich den Substantiven aus verschiedenen Gründen den Vortritt gegeben. Bei ihnen hebt sich die eigentliche Frage, nämlich die Differenzierung zwischen *-es* und *-is* deutlicher ab als bei den Adjektiven. Ausserdem lässt sich hier eine Anzahl von Einzelheiten klären, die in gleicher Weise für die Adjektive von Bedeutung sind. Die Unterteilungen Kellers in einzelne Gruppen bleiben beiseite (1).

Sämtliche Substantive sind entweder echte *-i*-Stämme oder doch solche, die im Lateinischen zu *-i*-Stämmen «umgestaltet» worden sind, wie z. B. *dens navis nox rudens;* sie sind besonders an ihrem Gen. Plur. auf *-ium* zu erkennen. Bei der in vielen Fällen unentwirrbaren Vermischung von konsonantischen und *-i*-Stämmen kann es hier nicht Aufgabe der Betrachtung sein, zusätzlich Forschungen über bisher ungeklärte Stammbildungen anzustellen (2). Verdächtig bleiben Substantive wie *merx* und *palus*, die aus bestimmten und erst später zu erörternden Gründen in die Übersicht aufgenommen wurden.

---

(1) Keller nahm im Interesse seiner These über das unbedingt vorherrschende *-is* die Adjektive an die Spitze; die Substantive unterteilte er S. 311ff. nach folgenden Gesichtspunkten: mit regelmässigem *-is* — schwankend zwischen *-is* und *-es* — Substantiva auf *ns*, *ntis* und *rs* — *imbris* — *urbis*.

(2) Zur Umgestaltung Leumann-Hofmann 232; über die Vermischung der Stämme Leumann-Hofmann 200. 256. Einzelheiten unten passim.

Unentbehrlich erschien die Angabe der variae lectiones. Den eigenen Vorschlag für die Textgestaltung habe ich dadurch kenntlich gemacht, dass ich ihn an erster Stelle genannt habe (1).

---

(1) Als ausreichende Beurkundung darf eine Gegenüberstellung der Lesarten der sogn. codd. maiores saec. IV/V gelten (Conway, Bull. of the J. Rylands library 15, 1931, 336ff. [dazu Fairclough 216 und Class. Philol. 27, 1932, 399ff.] datiert den M sogar ins 2. Jahrhundert): A B F G M P R V. Vgl. dazu neben Sabbadinis Praxis für den besonderen Fall noch Ribbeck Proleg. 413. Von den modernen Herausgebern sollen regelmässig Ribbecks 2. Auflage (Ri) und Sabbadinis editio Romana (Sa) hinzugezogen werden. Kellers (Ke) Lesarten dürfen als selbständiger Ausdruck kritischer Arbeit gelten und verdienen deshalb ebenfalls Beachtung, ferner, wenn erforderlich, Janells Teubneriana (Ja) und die Mantuaner Ausgabe von Albini (Al) — für buc. georg. Aen. I-V — und Funaioli (Fü) — für Aen. VI-XII. Einiges weitere suo loco. Die Ansicht der modernen Herausgeber ist in erster Linie dort vermerkt, wo eigene Vorschläge von ihnen abweichen, sonst ausserdem an Stellen, wo es die Klarheit erforderte.—Die variae lectiones werden im allgemeinen nach Sabbadini zitiert, mit einer Ausnahme: Seine Stellung zum cod. M, die Fairclough 224 treffend als definitive and dogmatic ablehnte, bedarf einer Revision, die Fairclough 223f. durch einen nochmaligen Vergleich der Sabbadinischen Lesarten mit der Hs. selbst überzeugend begründet und an Beispielen aus den Georgica erläutert hat. Sabbadini hat sich nach seinen Angaben zu sehr auf die Kollationen Hoffmanns (Der codex Mediceus... des Verg., 1889. 1901) verlassen, die zu Unrecht an zahlreichen Stellen statt *E* ein *I* lesen. Bei Differenzen zwischen Ribbeck (der Hoffmanns ersten Band in den Addenda zu seiner 2. Auflage noch exzerpiert hat) und Sabbadini im Hinblick auf MM^1M^2 werden die Lesarten aus diesem Grunde nach Ribbeck zitiert, dessen Schreibungen als zuverlässig anzuerkennen sind und dessen Autorität dadurch überraschend wiederhergestellt wird (vgl. auch die Abstriche bei Funaioli prefaz. p. V f.). So verschwinden etwa folgende von Sabbadini in den Text aufgenommene Endungen auf *-is* aus dem Mediceus: Substantive: georg. III 474: *Alpis* — georg. I 133 und III 101: *artis* — Aen. II 731: *auris* — georg. IV 214: *cratis* — Aen. I 525: *ignis* — georg. I 331: gentis — III 254: *montis* — Aen. II 480: *postis* — Aen. III 267: *rudentis* — georg. II 427. III 209. III 215. Aen. IV 175. V 446. IX 764: *viris* — Adjektive: georg. II 493: *agrestis* — georg. III 46: *ardentis* — Aen. VIII 292: *bimembris* — georg. III 312: *comantis* — georg.

aedes: Aen. XII 473: *-es* codd. Ri Sa Fu, *-is* Ke (1) Goe.
Alpis (2): georg. III 474: *-is* P, *-es* MR (3) - Aen. X 13: *-es* codd. Ri Sa Fu, *-is* Ke (4) Goe.
amnis: georg. IV 233: *-is* - Aen. V 634: *-is* M, *manes* R (5) - VI 671: *-es* FMP²R Sa, *-is* P Ri (6) Ke Norden Goe Fu - XI 298: *-is* MPR, *-es* M².
anguis: georg. III 38: *-is* FM, *-es* P, *orbes* R - IV 482: *-es* - Aen. VI 572: *-is* - VII 450: *-is* F¹ MR, *angus* F - VII 658: *-es* - VIII 289: *-es* - VIII 437: *-is* MPR, *-es* P² - VIII 697: *-is* MPR, *-es* P²
antes (7): georg. II 417: *-es* codd. edd. Goe
apes: georg. IV 177. IV 285. Aen. I 430. XII 588
artis: georg. I 133: *-es* AM²PR Ri Al, *-is* MJa Sa Goe - II 52:

II 236: *cunctantis* — georg. II 370: *fluentis* — georg. III 50: *fortis* — Aen. I 411: *gradientis* — georg. II 357: *luctantis* — georg. IV 505. Aen. III 303. IV 387: *manis* — georg. IV 138: *morantis* — georg. I 482. II 326. Aen. V 833: *omnis* — georg. III 357: *pallentis* — Aen. X 364: *pedestris* — Aen. I 527: *penatis* — Aen. VIII 548: *praestantis* — georg. IV 56: *recentis* — georg. I 427: *revertentis* — georg. III 374: *(t)rudentis* — georg. I 424: *sequentis* — georg. I 476: *silentis* — georg. II 333: *surgentis* — georg. II 421: *tenacis* — georg. IV 500: *tenuis* — Aen. III 538: *tondentis* — georg. III 373: *trudentis* — georg. II 196: *urentis* — georg. II 217: *volucris*.

(1) «Wohl ein Versehen der Tradition» Keller.

(2) Von Prisc. gramm. II 358, 13ff. (s. auch o. S. 185 u. S. 230) merkwürdigerweise unter den Wörtern genannt, die infolge ihres griechischen Ursprungs sowohl im Nom. Plur. als auch im Akk. Plur. stets *-is* haben, eine Ansicht, die weder in der Theorie noch in der Praxis, wie Aen. X 13 (o. im Text) zeigt, haltbar ist.

(3) Lesart nach Ribbeck gemäss o. S. 191 Anm. 1.

(4) «Das isolierte *Alpes*... dürfte zu corrigieren sein». Keller.

(5) Merkwürdig häufige Verwechslung zwischen *amnes* und *manes* z. B. georg. I 115. III 2. IV 293. Aen. IV 34. IV 490. V 634. Zum Technischen vgl. Havet, Manuel de critique verbale appliquée aux textes latins, 1911, 160 § 613.

(6) Ribbecks Angabe consensu optimorum librorum Proleg. 407 besteht also nicht mehr zu Recht. Vgl. u. S. 207 Anm. 3.

(7) *Antes* ist *-i*-stämmiges plurale tantum, vgl. Thes. II 160, 13ff. Walde-Hofmann, LEW³ s. v. *ante*.

-es - III 101: *-is* R edd., *partis* P, *artes* M (1) - Aen. I 657: *-es* - IV 493: *-is* FM, *-es* P - V 359: *-is* M Gloss. L, I Ansil. Di 163 Ja Sa Goe Al (2), *-es* M Serv. Don., *-em* PR Ri (3)- VI 663: *-is* M, *-es* FM^2 - XI 716: *-is* MPR, *-es* P^2 - XII 393: *-es* - XII 397: *-es*

auris (4): buc. 3,73: *-is* - georg. IV 349: *-es* MPR Al, *-is* G Ri Ke Sa Goe - Aen. I 375: *-is* PR, *austris* M *aures* M^2R^2 II 81: *-is* MP, *-es* M^2V - II 119: *-is* MP, *-es* M^2 - II 731: *-is* P, *-es* M (5) - III 40: *-is* F, *-es* M - III 93: *-is* FM, *-es* P^1P^2, *aureas* P, *auras* Don. - III 294: *-is* - IV 183: *-is* MPRV, *-es* P^2 - IV 428: *-is* MP, *-es* M^2 - IV 440: *-is* M, *-es* P - V 435: *-is* - VII 166: *-is* MP, *-es* R - VII 437: *-is* FMR, *-es* M^2 - VIII 582: *-is* - IX 395: *-is* - IX 474: *-is* M^2PR, *-as* M - XII 618: *-is* MPR, *-es* M^2P^2

avis: georg. I 156: *-es* - Aen. VI 193: *-es* MP^2R Ri Norden, *-is* P Sa Fu - XII 248: *-es* MP^2R Fu, -is P Ri Sa - XII 262: *-es*

caedes: Aen. VIII 483. VIII 709. XI 648. XI 729. XII 500

calles: Aen. IX 383: *-es* codd. edd., *-is* Goe (6)

cassis: georg. IV 247: *-is* P, *-es* MR

cautes (7): Aen. III 699. V 163

civis (8): buc. 1,71: *-is* - Aen. XI 360: *-es* codd. Ri Sa Fu, *-is* Ke Kloucek Nettleship Goe - XII 583: *-es* PR, *-is* M edd. (9)

---

(1) Lesart georg. I 133 und III 101 nach Ribbeck gemäss o. S. 191. Anm. 1, vgl. auch Ribbeck, Proleg. 407. Fairclough 223f. u. u. S. 206.

(2) Pluralis poeticus, dazu Keller, Gramm. Aufs. 189ff.

(3) Keller las offenbar mit Ribbeck *artem* und brachte deswegen diese Stelle nicht.

(4) In der klassischen Zeit herrscht offenbar *-is* vor gegenüber der ebenfalls nicht selten begegnenden Form *aures:* Thes. II 1501, 76ff.

(5) Lesart nach Ribbeck gemäss o. S. 191 Anm. 1.

(6) Akk. Plur. auf *-is* ist möglich: CIL I^2 585, 16 (lex agr. a. 111): *calleis.*

(7) *Cautes* bildet nach Mart. Cap. III 301 den Akk. Plur. auf *-es.*

(8) Ueber den Wechsel in der klassischen Zeit Thes. III 1220, 45ff.

(9) Sabbadini las *civis* P, *-es* P^2, was von Fairclough 213 richtiggestellt wird.

classis (1): georg. I 255: *-es* APR Al, *-is* M Ri Sa - Aen. III 300: *-es* - IV 537: *-es* - VII 436: *-es* F^2MR, *-is* F edd. VIII 675: *-es* PR, *-is* M edd. - X 36: *-es*

cohortis (2): georg. II 279: *-is* PR, *-es* M

collis: georg. II 113: *-es* - II 276: *-es* PRV Al, *-is* M Ri Sa- Aen. III 522: *-is* GM, *-es* P - VII 798: *-es* - XI 319: *-es* XI 902: *-is* P, *-es* MR

convallis: buc. 5,84: *-es* - georg. III 276: *-is* P, *-es* MR

cratis (3): georg. I 95: *-es* AM^2PR Ri Ke Al, *-is* M Sa - IV 214: *-es* MPR Ri Ke Al, *-is* Sa (4) - Aen. VII 633: *-es* MR (5), *-is* F^1 Ri, *-eis* F Sa Fu - XI 64: *-es* - XII 508: *-es* MP, *-is* R edd.

crinis (6): buc. 6,68: *-is* MPR, *-es* P^2 - Aen. II 277: *-is* - IV 509: *-is* - IV 559: *-is* - VI 809: *-is* MPR, *-es* P^2 - VII 418: *-is* - VIII 34: *-is* MPR, *-eis* V (7) - IX 651: *-is* MP, *-es* R X 137: *-is* MP, *-es* R - XII 99: *-is* MP, *-es* P^2R - XII 605: *-es* PR Serv. *-is* M edd. - XII 870: *-is*

dentes (8): georg. III 255. Aen. V 470

enses: georg. II 540. Aen. III 237. VII 636 (9). IX 400 v. s. *hostes*. X 568. XI 194.

fasces: Aen. VI 818. VII 173 (10)

---

(1) Nach Explan. in Don. gramm. IV 545, 1 mit Akk. Plur. auf *-is: has puppis has classis hos agilis accusativo plurali pronuntiare debemus*, also entschiedener als Priscian in seinen entsprechenden Ausführungen gramm. II 358 ,13ff., darum aber nicht auch richtiger. In der klassischen Zeit überwiegt *-es:* Thes. III 1281, 36ff. Ueber die Bevorzugung der Lesart des P s. auch u. Abschnitt B.

(2) Vgl. Thes. III 1549, 74.

(3) Vgl. Thes. IV 1111, 17f.

(4) Lesart nach Ribbeck gemäss o. S. 191 Anm. 1.

(5) Dazu auch u. S. 43.

(6) Nach Char. gramm. I 43, 15ff. vorwiegend mit Akk. Plur. auf *-is*.

(7) Dazu auch u. S. 224.

(8) Varro ling. VIII 67 bevorzugt *dentes*, vgl. auch u. S. 213ff.

(9) Nach Ribbecks ausdrücklicher Angabe Proleg. 407 in allen Hss. *enses*. Sabbadini schreibt ohne Variante *ensis*, also vermutlich Druckfehler.

(10) Die Inschriften geben durchgehend *fasces:* Thes. VI 302, 70.

finis (1): buc. 1,3: *-is* P Sa Ke, *-es* P^2 Ri (2) - 1,67: *-is* P Ri Sa (3), *-es* P^2 - Aen. I 564: *-is* MP, *-es* R - I 570: *-is* PR, *-es* M - III 440: *-is* - V 82: *-is* MPR, *-es* V - VI 345: *-is* MP, *-es* R - VII 149: *-is* - VII 334: *-is* V, *-es* MR - VIII 159: *-is* MR, *-es* in *-is* corr. P - VIII 602: *-es* MP^2R, *-is* P edd. - XI 317: *-is* - XI 324: *-is* - XI 588: *-is*

fontis (4): buc. 9,20: *-es* codd. Ri Al, *-is* Ke Sa - georg. II 175: *-is* P Prisc. gramm. II 360,11, *-es* M - III 499: *-is* PR Ri Sa Goe, *-es* M Al - IV 376: *-is* GMP, *-es* R - Aen. VII 242: *-is* - XII 181: *-es* MP^2R, *-is* P edd.

fores: Aen. II 450 (5)

frondes: buc. 9,61: *-es* MP^2 Ri Al, *-is* P Sa (6) - georg. I 368: *-es* - II 82: *-es* - II 305: *-es* - II 335: *-es* codd. edd., *-is* Non. 299 M. 465 L. - II 403: *-es* - III 131: *-es* - III 175: *-es* - IV 46: *-es* - Aen. III 449: *-es* - VIII 32: *-es* - X 190 *-es*:

Akk. Plur. *fascis* bei Coel. Antip. frg. 45 HRR I^2 173, aber hier offensichtlich in gekünstelter Manier, da Coelius im gleichen Satz den Akk. Plur. *lictoris* verwendet, der bei einem *-r-* Stamm ganz undenkbar ist und eigens auch von Madvig, Adv. crit. II 667 abgelehnt wird, dazu auch u. S. 221 Anm. 2.

(1) Die Inschriften schon der republikanischen Zeit schwanken zwischen *-es* und *-is:* Thes. VI 786, 84ff.

(2) Sabbadini ohne Angabe der Lesart des R (vgl. auch Keller 313 m. Anm. 1). Ribbeck gab *finis* nur als Lesart von b. Vgl. Fairclough 212f.

(3) Sabbadini mit Angaben wie zu buc. 1, 3 (vor. Anm.), wird aber von Fairclough 213 in Frage gestellt.

(4) Nach Varro o. S. 184 und Consent. gramm. V 356, 25ff. im Akk. Plur. zwischen *-is* und *-es* schwankend, nach Plin. dub. serm. frg. Char. gramm. I 129, 19 p. 26 Beck und Prisc. gramm. II 360, 7ff. vorwiegend mit Akk. Plur. auf *-is*. Vgl. Thes. VI 1022, 34ff. und Walde-Hofmann LEW³ s. v.

(5) Vgl. Thes. VI 1057, 19ff.

(6) Ribbeck: *e* corr. ex *i* P. Angesichts der sonst geschlossenen Reihe der Endung *-es* ohne variae lectiones, obwohl hier ein an die *-i-* Stämme angeglichenes Wurzelnomen vorliegt (Leumann-Hofmann 200.232), ist m. E. auch hier *-es* zu schreiben; vgl. auch Neue-Wagener I^3 390.

funis (1): Aen. IV 575: *-is* MP, *-es* F - VIII 708: *-is* P, *-es* MR

gentis (2): georg. I 331: *-es* codd. Ri Ja Al, *-is* Sa (3) - III 33: *-es* codd. edd. *-is* Ke Goe - Aen. I 523: *-is* MP, *-es* R VI 60: *-is* R, *-es* MP - VI 92: *-is* P, *-es* MR - VIII 13: *-is* MP, *-es* P^2R - X 71: *-is* - XI 847: *-is* - XII 504: *-is* M, *-es* M^1M^2R

grates (4): Aen. I 600. II 537. XI 508

hostis (5): buc. 10,45: *-is* P Ke (6) Ja Sa Al, *-es* MP^2 Ri-georg. III 120: *-is* PR, *-es* M - Aen. II 43: *-is* - II 358: *-is* P Ri, *-es* M Sa (7) Al - II 377: *-is* - II 511: *-is* P, *-es* M-II 527: *-is* - II 632: *-is* MP, *-es* V - III 283: *-is* M, *-es* P-IX 356: *-is* P, *-es* MP^2 - IX 386: *-is* MPRV, *-es* P^2 - IX 400: *enses: hostes* MRV, *hostis* Ke, *quidam in enses legunt et melius hoc putant* Serv. auct. edd. - IX 554: *-is* - IX 556: *-is* - IX 799: *-is* MPR, *-es* P^2 - X 372: *-is* - X 379: *-is* - X 398: *-is* MPR, *-es* M^2P^2 - X 729: *-is* - XI 899: *-is* MPR, *-es* P^2 - XII 266: *-is* MP, *-es* P^2R - XII 456: *-is* - XII 461: *-is* - XII 477: *-is* - XII 582: *-is* - XII 650: *-is* PR, *-es* MP^2 XII 682: *-is*

ignis (8): buc. 5,10: *-es* - georg. I 291: *-es* - I 427: *-is* M, *-es* R - Aen. I 525: *-is* P, *-es* MR (9) - II 276: *-is* - II 502: *-is*- II 624: *-is* PV, *-es* M - II 664: *-is* MP, *-es* V - II 686: *-es*

---

(1) Endungen *-eis* und *-es* sind umstritten: Plin. dub. serm. frg. Char. gramm. I 129, 25 p. 26 Beck. Weiteres Thes. VI 1594, 59ff.

(2) Varro ling. VIII 67 bevorzugt *gentis;* vgl. auch Thes. VI 1842, 81ff. u. u. S. 213ff.

(3) Lesart nach Ribbeck gemäss o. S. 191 Anm. 1.

(4) *Gratis* Keller 315, aber ohne hssl. Unterlagen; zum Thema auch Thes. VI 2203, 78ff.

(5) Nach Char. gramm. I 43, 15ff. vorwiegend mit Akk. Plur. auf *-is*. Knapper Überblick Thes. VI 3055, 70ff.

(6) Dazu Keller 313 Anm. 2.

(7) Ohne Angabe einer varia lectio im Apparat.

(8) Nach Explan. in Don. gramm. IV 538, 25ff. vorwiegend mit Akk. Plur. auf *-es*.

(9) Lesart nach Ribbeck gemäss o. S. 191 Anm. 1.

MP²V Ri Al, *-is* P Ja Sa (1) - III 406: *-is* - V 743: *-es* PR, *-is* M edd., - VII 296: *-is* F, *-es* MR - VII 320: *-is*- VII 786: *-es* PR, *-is* M edd. (2) - VIII 199: *-is* - VIII 267: *-es* PR, *-is* M edd. - VIII 410: *-es* codd. Ri Sa, *-is* corr. in *-es* P, *-is* Ke Goe Fu - VIII 590: *-is* MPR, *-es*P² - IX 78: *-es* MP²R Ri, *-is* P Ja Sa Fu - IX 129: *-es* codd. Ri Sa Fu, *-is* Ke Goe - IX 145: *-is* FM, *-es* PR - IX 522: *-es* FP²R, *-is* P edd. - IX 570: *-is* MPR, *-es* P⁴ - X 56: *-es* MPR Sa Fu, *-is* (?) V Ri Ke Goe - X 271: *-is* MPR, *-es* P²- XII 201: *-is* MP, *-es* P²R - XII 596: *-is* MP, -es P²R

imbris (3): georg. II 352: *-es* - IV 115: *-is* MP, *-es* F - Aen. IX 60: *-is* FP Prisc. gramm. II 359,19, *-es* MR

lintres (4): georg. I 262

lites (5): buc. 3,108. 9,14

mentes (6): georg. III 3: *-es* - Aen. IV 487: *-es* MP Ri Al, *-is* F Sa Ja - V 304: *-es* - XI 357: *-es* - XII 246: *-es* - XII 609: *-es*

merces (7): buc. 4,39

---

(1) Ribbeck schrieb *ignes* MPV, Sabbadinis Lesart wird von Fairclough 213 bestätigt.

(2) Nach letzter Kollation bietet auch der P *ignes* (Funaioli prefaz. p. VI, s. auch u. S. 204 Anm. 1), während Sabbadini dort *ignis* las.

(3) Nach Prisc. gramm. II 359, 17ff. vorwiegend mit Akk. Plur. *imbris*.

(4) Wortbildung ist unerklärt: Walde-Hofmann LEW³ s. v.; Deklination nach Muster der *-i*-Stämme: Gen. Plur. auf *-ium;* für den Akk. Plur. nach Neue-Wagener nur diese Stelle. Endung *-es* durch Varro festgelegt (s. u. S. 211f.); vgl. auch Neue-Wagener I³ 390. 403.

(5) Akk. Plur. *litis* CIL I² 583 LXVIII (a. 123/122), häufig seit Plaut. und Ter.; vgl. Prisc. gramm. II 362, 1 und Neue-Wagener I³ 388.

(6) Varro ling. VIII 67 empfiehlt *mentes;* vgl. auch u. S. 213.

(7) Doch wohl konsonantischer Stamm (vgl. auch Keller 309), trotz Nom. Sing. *merces* und *mercis* (Ritschl, Opusc. II 652ff.) und Gen. Plur. auf *-ium:* Neue-Wagener I³ 416 (Belege dafür bezeichnenderweise erst seit Sen. Plin.), Akk. Plur. auf *-is* allerdings z. B. schon Plaut. Mil. 1023 codd. edd., Akk. Plur. auf *-es* aber durch Varro sanktioniert und deswegen hier von Bedeutung: s. u. S. 212. Walde-Hofmann LEW³ s. v. lässt die Bildung unentschieden. Thes. VIII 850, 59ff.

messis: buc. 8,99: *-is* MP, *-es* P^2 - georg. I 103: *-es* codd. edd., *-is* Ke - IV 330: *-is* P Ri Sa, *-es* MR Serv. ad georg. I 107 et Aen. V 81 Al

moles: Aen. I 134. II 497. II 608. XI 130

montis (1): buc. 6,40: *-is* - 6,65: *-is* PR, *-es* MP^2 (2) - georg. I 283: *-is* MP, *-es* R - II 260: *-is* P Ri Sa, *-es* MR Al - III 254: *-is* PR, *-es* M (3) - III 270: *-is* PR, *-es* M - III 412: *-is* MP, *-es* R - III 535: *-is* P Ri Sa, *-es* MR Al - IV 461: *-is* PV Ri Sa, *-es* MR Al - Aen. I 61: *-is* M Gloss. (L.) I Ansil. Mo 130, *-es* R Ri Sa Al - II 636: *-is* - II 804: *-is* M Don. Ri Sa, *-es* M^2, *-em* P Al - III 206: *-is* - IV 151: *-is* R, V (?) Ri Sa, *-es* M Al - IV 155: *-es* codd. Ri Al, *-is* Ke Sa Goe- VIII 692: *-is* - XI 810: *-is* MPR, *-es* M^2 - XII 113: *-is* PR, *-es* P^2, *-e* M (4)

mortis: Aen. X 854: *-es* PR, *-is* M edd.

naris: Aen. VI 497: *-is* MP, *-es* P^2R - VII 480: *-is* M, *-es* R Auson.

navis (5): Aen. I 145: *-is* R, *-es* M - I 168: *-is* R Prisc- gramm. II 358,25, *-es* M (*e* an *i* inc., cf. Ribb. Addend. p. 836) - I 362: *-is* P, *-es* MR Serv. - I 573: *-es* MR Al, *-is* recc. Ri Ke Sa - I 644: *-is* - II 399: *-is* - III 71: *-is* P,

---

(1) Nach Varro o. S. 184 und Consent. gramm. V 356, 25ff. mit wechselnden Formen im Akk. Plur., vgl. auch Plin. dub. serm. frg. Char. gramm. I 137, 23 (= Pomp. trag. 12) und Char. gramm. I 129, 19: *monteis*.

(2) Ribbeck las *montes* MP, Fairclough bestätigt Sabbadinis neue Schreibung.

(3) Lesart nach Ribbeck gemäss o. S. 191 Anm. 1. Durch die Wiedereinführung der Lesart Ribbecks ist auch die hssl. Gleichheit mit der kurz darauf folgenden Stelle III 270 (Fairclough 224) wiederhergestellt; vgl. dagegen aber auch u. S. 207 m. Anm. 3.

(4) *Monte* neue Lesart Funaiolis, prefaz. p. VI.

(5) Obwohl ursprünglich konsonantisches Wurzelnomen (vgl. Leumann-Hofmann 200. 238, auch 278), zum *-i*-Stamm umgebildet (Leumann-Hofmann 232) und beinahe ein Muster der Deklination der *-i*-Stämme: Gen. Plur. *navium* ist bekannt; nach Prisc. gramm. II 358, 13ff. Don. gramm. IV 378, 20ff. und Explan. in Don. gramm. IV 538, 25ff. auch vorwiegend mit Akk. Plur. *navis*.

-es M - III 425: *-is* - III 465: *-is* MP, *-es* G - IV 398: *-is*- V 29: *-is* codd. Prisc. gramm. II 359,2 - V 62: *-is* - V247: *-is* codd. Prisc. gramm. II 359,4 - V 471: *-is* MPV, *-es* R V 655: *rates* codd. edd. *navis* Ke - VI 4: *-is* - VIII 546: *-is* MP, *-es* R - IX 114: *-is* MPR, *-es* P^2 - XI 326: *-is*

noctes (1): georg. I 290: *-es* M^1PR Al, *-e* M, *-is* P^2 Serv. Ri Sa - Aen. III 204: -es FMP, -is G

nubes (2): buc. 5,57. georg. I 462. Aen. I 143

orbis: georg. I 357: *-is* M, *-es* R - II 153: *-is* P, *-es* M - III 38: (3) - III 173: *-es* FMP Ri Al, *-is* R Sa Ja Goe - III 361: *-es* MPR Al, *-is* V Ri Sa Goe - III 424: *-is* - Aen. I 269: *-is* R, *-es* M - V 584: *-es* - VIII 137: *-es* - VIII 361 (4)- VIII 448: *-es* - X 885: *-es* codd. Ri Sa Fu, *-is* Ke Goe - XII 481: *-es* codd. Ri Sa Fu, *-is* Ke Goe - XII 670: *-es* - XII 743: *-es* codd. Ri Ke Sa Fu, *-is* Ja Goe - XII 763: *-is* P, *-es* MP^2 - XII 925: *-es* MP Ri Sa, *-is* R Ke Ja Goe Fu (5)

ovis: buc. 2,33: *-is* - 3,5: *-is* - 3,98: *-es* codd. edd., *-is* Ke -6,5: *-is* PV edd., *-es* R - 6,85: *-es* M^2P^2R Ri Al, *-is* M Sa Goe, *ovs* P - 7,3: *-is* MP, *-es* P^2 - 8,52: *-is* MP, *-es* P^2 - 10,18: *-is* - 10,68: *-is* MP, *-es* P^2R (6) - georg. III 296: *-es* FPR Al, *-is* M Ri Sa Goe - III 441: *-is*

---

(1) *-i*-Stamm: Leumann-Hofmann 232; anders Keller 309. Akk. Plur. *noctis* ist bei Terenz und *noctes* bei Lucrez belegt; vgl. Neue-Wagener I^3 388. 391.

(2) Akk. Plur. *nubis* häufig, aber im Wechsel mit *nubes* bei Lucrez; insgesamt 11 Stellen bei Neue-Wagener I^3 391.

(3) georg. III 38 hat folgenden Wortlaut: *...amnemque severum Cocyti metuet tortosque Ixionis anguis* (die variae lectiones zu *anguis* o. S. 192). Man kann also nur entweder *anguis* oder *orbis* lesen, nicht beides. Entsprechend ist aus Kellers Verzeichnis eines der beiden Wörter zu streichen oder wenigstens zu kennzeichnen; das ist ex consensu editorum, und da sich bisher m. W. neue Gesichtspunkte nicht eingestellt haben, *orbis*.

(4) Bei Keller 316 zitiert; offenbar Verwechslung mit III 361.

(5) Dazu u. S. 207 Anm. 3.

(6) Ribbeck schrieb *oves* PR, Fairclough bestätigt Sabbadinis Lesart.

paludis (1): georg. I 363: *-is* M, -es R

partis (2): georg. II 483: *-is: patris* P Ri Sa Goe, *partes* MR Al (3) - Aen. IV 286: *-is* - IV 630: *-is* - VI 540: *-is* codd. Prisc. gramm. II 360,16 - VII 69: *-is* MPR, *-es* M^2 - VIII 21: *-is* - X 717: *-is* MPR, *-es* M^2 - XI 748: *-is* M, *-es* M^2R

piscis: buc. 1,60: *-is* P Sa Goe, *-es* P^2R Ri Al (4)

pontis: Aen. IX 170: *-is* MP, *-es* R - X 658: *-is* PR, *-es* M XII 675: *-is*

postis (5): georg. II 463: *-es* codd. Ri Sa Al, *-is* Nettleship, Ke Goe - Aen. II 442: *-is* MP Prob. gramm. IV 96,16, *-es* F - II 480: *-is* PV, *-es* M (6) - II 490: *-es* codd. Prob. gramm. IV 96, 14, *-is* Ke - VII 622: *-es* codd. edd., *-is* Ke - VIII 227: *-is* MPR, *-es* P^2 - XI 890: *-is* FM ed., *portis* corr. P, *postes* R

puppis (7): Aen. I 69: *-es* - V 635: *-es* PR, *-is* M edd., - V 663: *-es* PR, *-is* M edd. - V 794: *-is* - X 268: *-es*

---

(1) Bei *palus* würde man wegen des vorherrschenden (aber leider nicht eindeutig feststehenden) Gen. Plur. *-um* (Neue-Wagener I^3 415f.) konsonantischen Stamm und entsprechend Akk. Plur. auf *-es* erwarten. Da aber nur zwei gute Hss. und keine Parallelstellen vorliegen *(paludis* sonst nur Plin. nat. III 120 [aber nur bei Neue-Wagener I^3 389]), wird man es bei der Entscheidung für den besseren M bewenden lassen müssen. Die Gefahr einer Schlimmbesserung ist unmittelbar; vgl. u. S. 213ff. 216 u. ö.

(2) Nach Prisc. gramm. II 360, 7ff. vorwiegend mit Akk. Plur. *partis.*

(3) Vgl. dazu u. S. 222.

(4) Ribbeck kannte für alle Hss. nur *pisces;* Sabbadinis Lesart wird von Fairclough 213 bestätigt; *piscis* ist dagegen die Regel bei Horaz; die Stellen bei Neue-Wagener I^3 387.

(5) Nach Prob. gramm. IV 96, 9ff. im Akk. Plur. mit Wechsel zwischen *-is* und *-es.*

(6) Lesart nach Ribbeck gemäss o. S. 191 Anm. 1.

(7) Offenbar das Paradigma der Grammatiker. Nach Varro o. S. 184 im Akk. Plur. zwischen *-is* und *-es* wechselnd, nach den übrigen Grammatikern vorwiegend oder ausschliesslich mit Akk. Plur. auf *-is* (Char. gramm. I 43, 15. Diom. gramm. I 306, 25. Don. gramm. IV 378, 17ff. Explan. in Don. gramm. IV 545, 1. [o. S. 194 Anm. 1]. Serv. Aen. I 108. Cledon. gramm. V 46, 20. Pomp. gramm. V 191, 5ff. Consent. gramm. V 356, 27).

rates: buc. 6,76. Aen. I 43. IV 593. V 36. V 655. VI 492. VII 197. VII 291. VIII 107. X 165. X 295. X 300.

rudentis: Aen. III 267: *-es* MP Ri Al, *-is* Ja Sa Goe (1) - III 682: *-is* - V 753: *-es* MP, *-is* R edd. - X 229: *-is* MPR, *-es* M^2P^2

rupes: buc. 10,58. Aen. VII 713. X 677

secures: Aen. VI 819: *-es* codd. edd., *-is* Ke - VII 627: *-es* codd. edd., *-is* Ke

sedes: Mit Ausnahme von Aen. VI 639: *-es* MPR Ri Norden Goe, *-is* F Sa Fu steht an allen Stellen ausnahmslos *sedes:* Aen. I 205. I 247. I 557. II 232. II 437. II 642. II 760. II 785. III 88. III 123. VII 52. VII 158. VIII 244. VIII 362. VIII 667. XI 44 (2)

sortes: Aen. VI 72 (3)

stirpes (4): georg. II 24: *-es* codd. edd., *-is* Gloss. L, I Ansil. Ar. 616

sudes: georg. II 25: *-es* - II 359: *-es* MPR Ri Al, *-is* V Sa Goe - Aen. XI 473: *-es*

syrtis (5): Aen. I 111: *-is* - I 146: *-is* R edd., *-es* M - X 678: *-is* MPR Prisc. gramm. II 358,10, *-es* P^2

trabes: Aen. I 552. II 448

tigris: buc. 5,29: *-is* - georg. IV 510: *-is* - Aen. VI 805: *-is* PR edd., *-es* MP^2

---

(1) Lesart nach Ribbeck gemäss o. S. 191 Anm. 1.

(2) Auf grund der im übrigen völligen Übereinstimmung der Hss. kann Aen. VI 639, zumal der sonst recht verdächstige R (s. unten: 2. Teil: B. Adjektive) der alleinige Zeuge für *sedis* ist, kaum etwas anderes als Schreibervariante sein. Ribbeck las mit allen Hss. *sedes*. Der Akk. Plur. *sedis* ist auch bei Neue-Wagener nicht belegt.

(3) *sortis* ist bei Plaut. Lucr. Cic. häufiger; die Stellen bei Neue-Wagener I^3 389. 392.

(4) Durch Varro (s. u. S. 212) ist der Akk. Plur. auf *-es* festgelegt; *stirpis* bei Lucr. V 1365. Cic. Arat. 116 (vgl. den Apparat von Buescu 1941, 297). Gen. Plur. *stirpium* bei Cic., vgl. Neue-Wagener I^3 420.

(5) Als griechisches Wort (wie o. S. 192 Anm. 2) nach Prisc. gramm. II 358, 3ff. stets mit Akk. Plur. auf *-is*.

turris (1): Aen. II 445: *-is* - VI 160: *-is* M, *-es* PR - XI 466: *-is* MP, *-es* R - XII 132: *-is*

urbes (2): georg. I 25: *-is* PR Serv. Prob. ap. Gell. XIII 21,4, *-es* M - II 155: *-es* - III 30: *-es* - Aen. III 106: *-es* FMP² Prob. ap. Gell. loc. cit., *-is* P Goe - III 282: *-es* - III 295: *-es* - III 418: *-es* - III 502: *-es* codd. edd., *-is* Ke - IV 173: *-es*- IV 187: *-es* - IV 225: *-es* - IV 609: *-es* - VI 92: *-es* MR Ri, *-is* P Sa Norden Ja Goe Fu - VI 378: *-es* MP²R Ri Norden, *-is* P Sa Goe Fu - VI 785: *-es* - VII 45: *-es* - VII 104: *-es* - VII 207: *-es* - VII 364: *-es* - VII 384: *-es* - VII 549: *-es* - VIII 290: *-es* - VIII 434: *-es* M²PR Ri, *-is* M Sa Goe Fu - IX 10: *-es* - X 41: *-es* - XI 286: *-es* - XI 793: *-es* XII 852: *-es*

vallis: buc. 5,84: *-es* codd. edd., *-is* Ke - Aen. I 186: *-is* - VII 802: *-es* MP, *-is* R edd.; über nom. sg. *valles* s. Vandvik, Symb. Osloens. 15/16, 1936, 201.

vepres: georg. I 271

vestes: georg. II 464: *-es* - Aen. III 483: *-es* codd. edd., *-is* Ke - IV 648: *-es* - VI 221: *-es* - VII 349: *-es* - XI 72: *-es* XII 769: *-es*

vires (3): georg. I 86: *-es* AM¹PR Ri Al, *-is* M Sa Ja - II 286: *-es* PRV Ri Al, *-is* M Sa Ja - II 427: *-is* P, *-es* MR (4) III 209: *-es* AFMR Al, *-is* Ri Sa (4) - III 215: *-es* AMR Al, *-is* Ri Sa (4) - III 229: *-is* P Ri Sa, *-es* MR Al (4) - Aen. I 214: *-is* F Ri Sa, *-es* MR Al - II 617: *-es* - IV 175: *-is* P Sa Ja Al, *-es* MP²R Ri (2. 5) - V 191: *-es* - V 415: *-is*

---

(1) Nach Diom. gramm. I 306, 25 und Don. gramm. IV 378, 20ff. vorwiegend mit Akk. Plur. auf *-is*.

(2) Vgl. auch u. S. 209.

(3) Keller 316 erwähnt im Gegensatz zu den hier genannten 28 Stellen nur «*viris* Vergil 11mal, *vires* 15mal», ohne die Stellen auszuschreiben, sodass seine Ansicht in einzelnen hier nicht wiedergegeben werden kann; *vis* ist Wurzelnomen, das an die *-i*-Stämme angeglichen wurde (Leumann-Hofmann 200. 256).

(4) Lesart nach Ribbeck gemäss o. S. 191 Anm. 1.

(5) Ribbeck schrieb mit allen Hss. *vires;* Fairclough 213 bestätigt Sabbadinis Lesart.

MPR, *-es* M^2P^2 - V 446: *-es* MPR Ri Al, *-is* Sa Ja (1) - V 455: *-es* - V 466: *-es* M^2P Ri (2), *-is* MRV Sa Ja - V 680: *-es* - VI 114: *-is* PR, *-es* MP^2 - VI 771: *-es* - VI 806: *-es* PR Ri, *-is* Sa, *factis* M Serv. Don. Norden Ja Goe Fu (3)- VI 833: *-es* - VIII 687: *-es* - IX 611: *-es* - IX 717: *-es* M^2PR Ri, *-is* M Sa Ja Fu - IX 764: *-es* MPR Ri, *-is* Sa Ja Fu (1) - IX 802: *-es* - X 786: *is* MP, *-es* M^2P^2R - XI 71: *-is* MPR, *-es* M^2P^2 - XI 401: *-es* - XI 539: *-es* M^2PR Ri, *-is* M Sa Ja Fu

vitis: buc. 1,73: *-es* PR Ri Al, *-is* P(?) Ke Sa (4) - 3,11: *-is* - georg. I 2: *-es* MP^2R Ja Al, *-is* Ke Sa, *-eis* P Ri (5) II 191: *-is* - II 299: *-is* PR, *-es* MV - IV 331: *-is* MP, *-es* R

volpes: buc. 3,91

II

Wie schon aus einer Reihe von Einzelanmerkungen, die zur Erklärung der Überlieferung erforderlich waren, zu erkennen war, haben Sabbadinis neue Lesarten aus den Hss. M und P für einige Stellen die Endung *-is* zutage gebracht, die bisher nur den Akk. Plur. auf *-es* kannten. Während nach den Darlegungen Faircloughs die neuen Lesungen Sabbadinis aus dem M überhaupt kaum zu Recht bestehen, ist dagegen im P an verschiedenen Stellen neuerdings tatsächlich *-is* statt *-es* anzuerkennen (6). Es sind dies etwa

---

(1) Lesart nach Ribbeck gemäss o. S. 191 Anm. 1.

(2) Man muss sich hüten, an Stellen wie dieser die Form auf *-es* durch das häufige Vorkommen der gesicherten Lesart *vires* in den Nachbarversen unbedingt als beglaubigt zu betrachten. Der Dichter variiert gern innerhalb eines engen Zusammenhangs wiederholt vorkommenden Ausdruck; vgl. auch u. S. 208ff.

(3) Zur textkritischen Frage Norden zu Aen. VI^3 S. 326.

(4) Ribbeck las mit allen Hss. *vites*. Fairclough bezeichnet 213 Sabbadinis Lesart *vitis* als falsch. — «das isolierte *vites* ecl. 1, 73 ist gewiss ein Fehler der Tradition» Keller 314.

(5) Vgl. dazu u. S. 224f.

(6) Fairclough 210ff. 223f.

buc. 1,3: *finis* - 1,60: *piscis* - 6,65: *montis* - Aen. II 686: *ignis* - IV 175: *viris* - VII 786: *ignis* (1).

Im Verhältnis zu der Masse des Materials wird durch diese Veränderungen das Gesamtbild nur unwesentlich verschoben. Wenn aber trotzdem, vor allem aber auch durch die Neigung Sabbadinis, die Endung *-is* noch auf bedeutend weitere Strekken hssl. anzuerkennen, wo die Unterlagen nicht dazu ausreichen, der Verdacht aufkommen könnte, als würden durch dieses Vordringen von *-is* die Formen auf *-es* aus dem Vergiltext zurückgedrängt, so muss man dem ein noch schwerer wiegendes Argument entgegenhalten. Die antike Grammatik forderte für die Substantive, die im Gen. Plur. die Endung *-ium* haben, vorwiegend den Akk. Plur. auf *-is* (2). Das entspricht etwa dem Gesetz der modernen Sprachwissenschaft über die Deklination der *-i-* Stämme, bei denen im Akk. Plur. die Endung *-is* ja zu Hauae ist. Es war aber bisher ein falsches Bild entstanden, weil man vorwiegend diejenigen substantivischen *-i*-Stämme betrachtet hatte, die stets oder vorwiegend oder wiederholt den Akk. Plur. auf *-is* bilden. Im Gegensatz dazu muss man vielmehr grundsätzlich alle *-i-* Stämme berücksichtigen, auch wenn deren Akk. Plur. im Vergiltext auf *-es* endet (3). Der Dichter verwirft hier den Akk. Plur. nicht deswegen, weil es etwa diese Form nicht

---

(1) Funaioli prefaz. p. VI liest wieder *ignes;* vgl. auch o. S. 197 Anm. 2.

(2) Varro ling. VIII 66f. Plin. dub. serm. frg. Char. gramm. I 129, 19 p. 26 Beck. Prisc. gramm. II 357, 23ff. Vgl. weiteres bei Neue-Wagener I³ 375ff. 383. Hartmann, Glotta 10, 1920, 254. Dahlmann 160ff., auf dessen Ausführungen zum Thema besonders hingewiesen sei. Theoretische Erörterungen können deswegen hier unterbleiben.

(3) Vgl. Neue-Wagener I³ 390f. und unter den einzelnen Lemmata in Bd. IV, die hier nicht eigens zitiert werden. Es besteht aber die Gefahr, dass von hier aus ein falsches Bild entsteht, da Neue seinerseits in erster Linie auf bereits ältere Untersuchungen zurückgeht, die ihrerseits die *-i*-Stämme mit Akk. Plur. kaum oder überhaupt nicht berücksichtigt haben. Das gilt hier in erster Linie von Keller.

gab (1), sondern weil er mit den verschiedenen Formen verschiedene (2) und heute nicht immer mehr klar erkennbare Ziele verfolgte. Hier sind Substantive zu nennen wie (3)

antes apis caedes calles dens ensis fasces foris frons grates lis mens moles nubes ratis rupes sedes sors stirpes trabes urbs vepres volpes.

Durch diese Gegensätze ist die Problematik der substantivischen Akk. Plur. auf *-is* und *-es* in Kürze umrissen: Klare Gründe, die für *-is* sprechen, und dagegen gelegentlich eindeutige Bevorzugung von *-es*, ohne dass zunächst eine Regelmässigkeit sichtbar wird.

Die eigentlichen Schwierigkeiten liegen aber naturgemäss bei den zahlreichen variae lectiones. Die bisher von Ribbeck bevorzugte und mit Mass gehandhabte, dann aber von Sabbadini und Funaioli geradezu ausschliesslich verfolgte Praxis in der Beurteilung dieser Fragen bestand darin, dass «nach dem bekannten Grundsatz der lectio difficilior», zu dessen Standpunkt sich auch Keller ausdrücklich bekannte (4), bei Vorhandensein von Varianten die Form auf *-is* in den Text gesetzt wurde (5). Die Materialzusammenstellung bietet auf Schritt und Tritt Belege dafür. Einige besonders bezeichnen-

---

(1) Vgl. in der Materialzusammenstellung die Anmerkungen zu *calles fasces litis nubis piscis sortis stirpis.*

(2) Vgl. u. S. 208 ff.

(3) über Kellers Zusammenstellung hinaus, vgl. auch Keller 309f. 311f.

(4) Keller 322: «Fast an allen Stellen der augusteischen... Schriftsteller, ..., wo im Accus. Plur. neben der Form *es* auch die Variante *is* auftritt, ist nichts anderes als *is* in den Text zu setzen — nach dem bekannten Grundsatz von der lectio difficilior».

(5) Sabbadinis Überzeugung von der Vorherrschaft der Endung *-is* ging sogar so weit, dass er diese Form überall dort in den Hss. las, wo auch nur der geringste Verdacht dazu sich einstellte; die Korrekturen dazu gab Fairclough (vgl. o. S. 191 Anm. 1). So ging unter Führung Sabbadinis die Entwicklung auf eine immer stärkere Anerkennung der Endung *-is* hinaus (Zustimmend, aber in allgemeinster Form und offenbar ohne eigene Stellungnahme Aly, PhWo 51, 1931, 1288). Das ist bemerkenswert, denn Sabbadinis Theorie lautet anders,

de Fälle mögen diese Haltung kennzeichnen: georg. I 133 (1) las Ribbeck mit allen alten Hss., also mit AMPR, die Form *artes*, nur im Gudianus saec. IX *artis;* er setzte *artes* in den Text. Sabbadini las aber dann im M *artis* und anerkannte *artes* nur mehr für AM²PR (2); das war für ihn Veranlassung genug, *artis* für richtig zu halten.—Ebenso georg. I 95: Ribbeck las mit Ausnahme von M *crates* und setzte es in den Text; Sabbadini genügte diese Abweichung gegen *crates* AM²

---

vgl. praef. p. VIII ff.: «Quinquagesimo... fere anno ante C. n. gravis in scriptura perturbatio Romae facta est...; quae causa fuit cur scriptores plerumque incerti haererent; ... in iis qui veteri consuetudini magis obsecuti sunt, Vergilius procul dubio adnumerandus est; ... quid igitur miremur si Vergilius ipse non ubique constans in scribendo fuerit?... Huc accedunt... *Tiberis* et *Thybris*...; variantur autem... apud eum non metri necessitate sed sive inconstantia sive de industria *moerus* et *murus*...; quibus exemplis addendi sunt accusativi plurales tum in *is* tum in *es* exeuntes» eqs. Im Hinblick auf den Wechsel von *Tiberis und Thybris* hat B. Rehm, Das geographische Bild des alten Italiens in Vergils Aeneis, Philol. Suppl. 24, 2, 1932, 86f. überzeugend nachgewiesen, dass dieser kein blosser Zufall, sondern durchdachte Technik ist. Solche und ähnliche Motive lassen sich auch für die Akk. Plur. auf *-is* und *-es* greifen, natürlich nicht immer mit der gleichen Deutlichkeit. Sabbadinis Ansicht im Falle *Thybris* bleibt aber deswegen lehrreich, weil sie zeigt, dass man mit summarischer Beurteilung Gefahr läuft, die Dinge übers Knie zu brechen. — Funaiolis Vergiltext, als Prachtausgabe der Heimatstadt des Dichters zum Bimillenarium 1930 geplant, aber erst im anno Augusteo 1938 erschienen, will zwar keine kritische Ausgabe im eigentlichen Sinne sein, besitzt aber, angezeigt durch die Auseinandersetzung Funaiolis mit Albini prefaz. p. IX f., auch in dieser Hinsicht selbständigen Wert. Während Albini sich in erster Linie auf die Hss. stützte, lehnt Funaioli diese Methode ab, weil sie zu ungleichmässig und willkürlich sei — a costo di rompere l'unità dell'opere. Und das ist dann auch geschehen. Vom VI. Buch ab zeigt diese Ausgabe also ebenfalls die allgemeine Bevorzugung der Endung *-is*, wenn auch in etwas gemässigter Form (z. B. VI 415: *incolumes*. 493: *hiantis*. XII 248: *aves;* vgl. auch Bignone, Atene e Roma 8, 1940, 204) — Dagegen bemühen sich Janell (praef. p. Vsqq.) mit weniger und Albini mit mehr Erfolg, der Vielfältigkeit des sprachlichen Ausdrucks bei Vergil gerecht zu werden.

(1) Vgl. dazu auch u. S. 228 Anm. 1.

(2) Nicht einmal berechtigt: o. S. 193 u. Anm. 1.

PR, um *cratis* zu schreiben.—Einen Schritt weiter war bereits Keller gegangen. Er hielt schon den Gudianus für eine ausreichende Grundlage, um Aen. VI 819 und VII 627 die Lesart *securis* gegen *secures* MPR und FMR für die echte zu halten. Gegen die Überspitzung des Prinzips hat in diesem Einzelfall Norden zu Aen. VI³ S. 328 mit Recht Stellung genommen (1).—Neben solchen besonders drastischen Einzelheiten lassen sich Beispiele für die Anerkennung der Endung *-is* nicht nur bei wert- und zahlenmässig ungefähr gleichartiger Überlieferung, sondern sogar beinahe um jeden Preis aus der Materialübersicht o. S. 10ff. fast in beliebiger Anzahl herausgreifen (2).

III

Damit sind die Grundsätze der zur Zeit anerkannten Vergiledition gekennzeichnet (3). Diese Grundsätze sind falsch.

Ihre erste unrichtige Voraussetzung ist die, dass keine Ve-

---

(1) Im übrigen sind seine Äusserungen zu dieser Frage (Aen. VI³ S. 151. 309) entweder nicht neu oder unrichtig, jedenfalls ohne eigene Untersuchung. So ist *urbis* nicht «die nach Vergils Praxis bessere Form». Entsprechend sind seine Lesarten in Aen. VI nur Wiedergabe der communis opinio.

(2) Als undiskutabel schon vom Standpunkt des Themas dieser Untersuchung muss die Ansicht von Goelzer und Durand (Les belles lettres) abgelehnt werden, die grundsätzlich auch da, wo es nicht überliefert ist, *-is* in den Text setzen, z. B. Aen. III 106, wo neben der Mehrzahl der Hss. das Zeugnis des Probus die Lesart *urbes* unbedingt sichert, oder georg. II 463 oder Aen. IX 383, wo die Hss. ohne Unterschied *-es* überliefern. Vgl. Goelzer, Ausgabe der Buc., introd. p. 21, wo von den Endungen *-is* behauptet wird, sie seien les seules qui fussent en usage à l'époque où écrivait Virgile, und Durand, Aen. VII-XII, avertissement, beide mit Berufung auf Havet (Titel o. S. 192 Anm. 5) 14f. 159f. 215. §§ 80. 594. 911.

(3) Sie sind im allgemeinen mit beachtenswerter Konsequenz durchgeführt, jedoch nicht ohne unverständliche Ausnahmen. Als Muster kann die Behandlung der Endung *-eis* genannt werden, die von Sabbadini ohne ersichtlichen Grund bald in den Text genommen,

ranlassung besteht, für das Zeitalter und die geistige Umgebung unserer Vergilhss.—und darauf kommt es fast ausschiesslich an—die Endung *-is* für die seltenere und schwierigere zu halten, sodass ihr gegenüber die Anwendung des methodischen Prinzips von der lectio difficilior gerechtfertigt wäre. Sowohl die Hss. selbst als auch die zeitgenössische Grammatik (z. B. o. S. 3ff.) lassen das erkennen.

Zweitens ist aber der Knoten viel komplizierter als dass man ihn mit dem Schwert des Satzes von der lectio difficilior durchhauen und damit wenn auch nicht die Gesamtheit so doch den Grossteil der Fragen dieses fenomeno di estrema delicatezza (2) als zufriedenstellend beantwortet betrachten könnte. Auch das lässt sich über das Alter der Hss. hinaus an Hand einiger Nachrichten bei Varro und Probus beweisen.

Mindestens seit Stilo und Varro hatte sich die Grammatik bemüht, in die Vielgestalt der Formen des Akk. Plur. Ordnung zu bringen oder wenigstens die Voraussetzungen zu klären; Varro ling. VIII 66ff. (o. S. 3) lässt die Fragestellung gut erkennen. Die Situation war aber damals nicht zuletzt infolge theoretischer Erörterungen, von denen noch später die Rede sein wird, noch schwieriger und unübersichtlicher als heute.

---

bald in den Apparat verwiesen wird. Über die Einzelheiten der Überlieferung vgl. unten Abschnitt VI. — Ebenso zeigen die Akk. Plur. auf *-is* Einzelfälle, die mit diesem Gesetz nicht in Einklang zu bringen sind. Sabbadini, der konsequenteste Vertreter, entscheidet Aen. VI 671 mit F (?) MP²R für *amnes* gegen *amnis* P Ri, und Aen. XII 925 *orbes* MP mit Ri gegen *orbis* R Ke Ja Goe Fu. Es gibt keinen stichhaltigen Grund, weswegen Sabbadini nicht hier *-is* hätte in den Text nehmen können. Nur zum Verständnis der Worte *orasque recludit loricae et clipei extremos septemplicis orbis* etwa im Sinne Kellers 322ff. wird *orbes* nicht benötigt; *orbis* ist zwar hier nicht in den Hss., aber gedanklich, also im ursprünglichen Sinne, die lectio difficilior. Trotzdem schreibt Sabbadini dieses Mal, den besseren Hss. folgend, *orbes*. Ähnlich sind Aen. VI 378: *urbis* P Goe, wo mit *urbes* MP²R Ribbeck und Norden die geläufigere Form anerkannt haben, oder Aen. I 61: *montis* M Gloss. (Lindsay) I Ansil. Mo 130 gegen *montes* R Ri Sa.

(1) Funaioli prefaz. p. X.

Unter einem ganz anderen Gesichtswinkel sah, wie ebenfalls bereits angedeutet, später Probus dieses Problem; Gell. XIII 21,1ff.: *Interrogatus est Valerius Probus, quod ex familiari eius quondam conperi, 'has' ne 'urbis' an 'has urbes' et 'hanc turrim' an 'hanc turrem' dici oporteret. 'Si aut versum', inquit, 'pangis aut orationem solutam struis atque ea tibi verba dicenda sunt, non finitiones illas praerancidas neque fetutinas grammaticas spectaveris, sed aurem tuam interroga, quo quid loco conveniat dicere; quod illa suaserit, id profecto est rectissimum.' tum is qui quaesierat: 'quonam modo', inquit, 'vis aurem meam interrogem?' et Probum ait respondisse: 'quo suam Vergilius percontatus est, qui diversis in locis 'urbis' et 'urbes' dixit arbitrio consilioque usus auris. nam in primo georgicon, quem ego', inquit, 'librum manu ipsius correctum legi, 'urbis' per i litteram scripsit; verba e versibus eius haec sunt* (georg. I 25): *'urbisne invisere, Caesar, terrarumque velis curam.' verte enim et muta, ut 'urbes' dicas: insubidius nescio quid facies et pinguius. contra in tertio Aeneidis* (III 106) *'urbes' dixit per e litteram: 'centum urbes habitant magnas.' hic item muta, ut 'urbis' dicas: nimis exilis vox erit et exsanguis.'* (1).

Probus lehnt also Erklärungen grammatischer Natur ab und bezeichnet sie als stinkige Definitionen und grammatischen Mist (Man sieht, die Tonart, in der Philologen gelegentlich untereinander zu verkehren belieben, ist seit nahezu 2000 Jahren kaum verändert). Seine Ablehnung war zweifellos berechtigt, insofern nämlich, als die Grammatik offenbar versuchte, Regeln aufzustellen, wo es zumindest keine festen Regeln gab. Das von ihm dagegen aufgestellte Kriterium des aurium iudicium, das ohne Zweifel in der Antike eine bedeutendere Rolle spielte, als wir uns heute vorstellen oder nach empfinden können, ist eine ausserordentlich delikate Angelegenheit.

Zunächst darf als wichtigste Tatsache festgehalten werden,

(1) Vgl. Aistermann XXIII. Dem Probus folgt dann später Consent. gramm. V 356, 25ff.: *sed in hoc quoque sequenda est euphonia.*

dass Probus implicite den wechselnden Gebrauch von *urbis* und *urbes* bestätigt. Damit ist ausserordentlich viel gewonnen. Ebenfalls implicite sagt Probus, dass die alte Form auf *-is* die vornehmere war und deswegen als ein wenig schwach und blutlos empfunden wurde, während die jüngere auf *-es* den Eindruck des Rustikalen und Schweren oder gar Schwerfälligen erweckte. Aber auch das gilt nur cum grano salis (s. u.).

Ein Vergleich zwischen der Überlieferung bei Probus und in unseren Hss. führt zu interessanten Ergebnissen: Für georg. I 25 bezeugt Probus *urbis;* das wird bestätigt durch PR und Servius. M hat *urbes*, also den weniger sicher bezeugten Text, gleichzeitig die vermeintlich geläufigere Lesart und ist abzulehnen: Der Satz von der lectio difficilior stimmt also. Aber dann kommt es umgekehrt: Für Aen. III 106 sichert Probus die Form auf *-es*, die auch FMP² überliefern. P aber liest *urbis* und bringt mit der vermeintlich seltereren Endung *-is* die falsche Form in den Text (1). Also ist das Prinzip der lectio difficilior in seiner bisherigen Form nicht anwendbar. Vielmehr muss jetzt schon über die bisher als Norm angenommene Angleichung von *-is* nach *-es* hinaus auch die Umkehrung, nämlich die falsche Einführung von *-is*, als textkritische Möglichkeit ins Auge gefasst werden. Dieser Vorgang ist aber nicht eine Ausnahme für Aen. III 106; er besitzt Gültigkeit für den Vergiltext überhaupt: Der Vergleich zwischen Probus und unserern Vergilhss. führt zunächst das Prinzip der lectio difficilior in seiner bisherigen Form ad absurdem; dann nimmt er aber auch eines unserer Ergebnisse voraus: Er bestätigt die Lesarten der Mehrzahl der guten Hss.

Aber ganz so einfach sind die Dinge leider nicht. E. Vandvik ist in den Symb. Osloens. 15/16, 1936, 173ff. dem aurium iudicium des Probus nachgegangen und hat dabei unter Hin-

(1) Ohne Probus würden also Aen. III 106 alle Herausgeber nach der bisherigen Praxis *urbis* lesen gegen *urbes* FMP². Einige Beispiele, an denen eine Hs. alle anderen in dieser Weise zu Fall gebracht hat, u. S. 230.

zuziehung antiker euphonischer Theorien, wie sie in erster Linie von Dionys von Halikarnass bekannt sind (Ablehnung von *i* und *s*) interessante Ergebnisse speziell für Vergil gewonnen, die allerdings einseitig sind, weil wir von diesem aurium iudicium nicht viel mehr kennen als eben die Ablehnung von *i* und *s*. Nach Vandviks Zusammenstellungen müsste es jedenfalls georg. I 25 gegen Probus nicht *urbisne invisere*, sondern *urbesne invisere* heissen, weil, wie an vielen Beispielen vergilischer Praxis gezeigt wird, die Häufung des *i* (*-bis in-*) als kakophon empfunden wurde.

Bleibt also die Frage: Was gilt nun überhaupt noch? Vor allem: Hat Probus nicht d o ch nach der Art moderner Stilkundler Dinge in den Text hineingehört, die nicht darinstanden? Hat er nicht vielleicht mehr oder weniger zufällige Einzelheiten mit tiefgründigen Erklärungen versehen, deren Gedanken dem Dichter ferngelegen haben? Also: Woran soll man sich halten, an der Grammatik, dem aurium iudicium oder der Überlieferung? Das aurium iudicium jedenfalls dürfte, so viel es sicherlich für die Alten bedeutet hat, ein Kriterium sein, das man für den Gesamtkomplex nicht verallgemeinern kann und für den Einzelfall nur mit grosser Vorsicht heranziehen darf. Hier geht es aber um den Gesamtkomplex.

Damit ist aber die Bedeutung dieser Probusnachricht nicht erschöpft. Speziell für die Unterscheidung von *urbis* und *urbes* liegen die Dinge besonders eigenartig: *urbs* ist eins der wenigen *-i*-stämmigen Substantive mit deutlich überwiegender Akk.—Endung *-es*, während bei den meisten anderen Substantiven dieses Stammes die Form auf *-is*, wenn auch selten ausschliesslich, die Vorherrschaft hat. Ein grammatischer Grund für diese Regelung ist nicht zu erkennen; Probus sprach zwar von Euphonie, diese verteilt aber normalerweise, wie ebenfalls Probus zeigt, das Gewicht gleichmässig nach beiden Seiten und müsste ähnliche Wirkungen auch auf ähnlich klingende Substantive zeigen. Das ist nicht der Fall (1).

---

(1) Keller 318f. steht dieser Erscheinung hilflos gegenüber.

Der wirkliche Grund steht vielmehr in einer versteckten Varronotiz: Varro ap. Plin. frg. dub. serm. Char. gramm. I 129,19ff. p. 26 Beck (frg. 255 Funaioli): *quorum nominum genetivi pluralis ante um syllabam i litteram merebuntur, accusativus, inquit Plinius, per eis loquetur, montium monteis. licet Varro, inquit, exemplis hanc regulam confutare temptarit istiusmodi: falcium falces, non falceis facit, nec has merceis, nec hos axeis, lintreis, stirpeis, urbeis, corbeis, vecteis, nepteis* (1). *et tamen manus dat praemissae regulae ridicule, ut exceptis his nominibus valeat regula.* Varro lehnte also für *urbs* den Akk. plur. auf *-eis* und damit auch den auf *-is* ab. Diese Auffassung ist in seiner grundsätzlich analogistischen Haltung begründet (2), die aber an der gleich noch zu besprechenden Stelle ling. VIII 66f. deswegen nicht zum Ausdruck kommt, weil Varro der Anlage seines Werkes zufolge im VIII. Buche de lingua Latina zunächst die Gegenseite, d. h., die Anomalie, zu Worte kommen lässt.

Es ist nun hier ausserordentlich interessant zu sehen, wie der Dichter dem Antiquar, dem er sonst in Dingen der römischen Frühzeit so vieles verdankt, auf grammatischem Gebiete nicht Folge leistet; trotzdem überrascht es ein wenig,

---

(1) *nepteis* ed. princ. Keller 310 gegen *inepteis* codd. und *inerteis* Keil Fu Barwick. Keller weist mit Recht darauf hin, dass nur von Substantiven die Rede ist. Am deutlichsten aber spricht gegen die Konjektur *inerteis* trotz des Hinweises auf Prisc. gramm. II 360, 8 (wo aber andere Dinge zur Sprache kommen und ausserdem beide Formen erlaubt werden) die gleich oben im Text ausgeführte Tatsache, dass Vergil diese Regeln der Anomalie befolgt. Die einzige Ausnahme wäre gerade hier darin gegeben, dass Vergil trotzdem *inerteis* bzw. *inertis* geschrieben hätte. Da lässt man die Konjektur besser beiseite.

(2) Dahlmann 159ff., wo dieses Fragment hätte hinzugezogen werden müssen. — Eine späte, wenn auch nicht ganz stichhaltige Begründung für den Akk. *urbes* steht in der Explan. in Don. gramm. IV 545, 6ff., die merkwürdigerweise ebenfalls Aen. III 106 als Beispiel zitiert: *plerumque veteres horum nominum et ablativum singularem e littera terminaverunt, ut urbe, sene, et accusativum pluralem per es litteras enuntiaverunt, ut Vergilius 'centum urbes habitant magnas'.*

den Dichter überhaupt inmitten grammatischer Tagesfragen wiederzufinden; aber der Tatbestand ist gerade im Hinblick auf das unter genauer Beobachtung anomalistischer Vorschriften erfolgende Abweichen Vergils von den normalerweise geltenden Regeln zu auffällig, als dass ein Zufall vorliegen könnte. Denn der Vergiltext liest an 27 Stellen den Akk. Plur. *urbes*, davon 23mal ohne Schwanken in den Hss. und nur an vier Stellen mit varia lectio. Das ist für ein Substantiv, das seiner Herkunft und seinem Gebrauch nach (auch im Hinblick auf den Gen. Plur. auf. *-ium)* etwa mit *ars gens mons pars* in eine Reihe zu stellen ist, ganz ungewöhnlich. Dagegen ist *urbis* sicher nur ein einziges Mal, eben durch Probus für georg. I 25, bezeugt. Ebenso verhält es sich mit den übrigen Akkusativformen, von denen das Zitat spricht: *merces* buc. 4,39 ohne Schwankung, *lintres* georg. I 262 ebenfalls ohne Schwankung, und *stirpes* georg. II 24 in allen Hss., nur *stirpis* Gloss. Ansil.

Damit sind aber die Beziehungen zwischen der von Varro abgelehnter Anomalie und Vergils Textgestaltung und Sprachgebrauch selbst auf diesem engen Gebiete nicht erschöpft. Der Grammatiker nannte, wie bereits mehrfach erwähnt, auch ling. VIII 66f. anomalistische Vorschriften über den Akk. Plur., von denen hier der letzte Abschnitt interessiert: *...qui potest similius esse quam gens mens dens, cum horum casus patricus et accusativus in multitudine sint dispariles; nam a primo fit gentium et gentis, utrubique ut sit i, ab secundo mentium et mentes, ut in priore solo sit i, ab tertio dentum et dentes, ut in neutro sit i.* Alle drei Wörter sind *-i*-Stämme, wenn auch nicht ganz gleicher Herkunft (1); ein Grund für die anomalistische Differenzierung ist nicht ersichtlich, vielleicht bestand er, wenn überhaupt, im reinen Sprachgebrauch. Ganz gleich, hier steht ein weiteres Gesetz der Anomalie, und Vergil folgt ihr auch hier, wenn auch nicht aufs Wort, so doch in der gleichen Weise, wie er auch *urbes* der Form *urbis* vorzog: *dentes* steht

(1) Vgl. Leumann-Hofmann 232. Zur Stelle Dahlmann 162f.

an zwei Stellen ohne Schwankung in der Überlieferung (georg. III 255 und Aen. V 470) — *mentes* findet sich ebenfalls ohne Schwankung in den Hss. (georg. III 3. Aen. V 304. XI 357. XII 246. XII 609), mit einer Ausnahme: Aen. IV 487: *mentes* MP Ri Al gegen *mentis* F Sa Ja. Daraus folgt zweierlei: Erstens, dass Ribbeck mit den besseren Hss. gegen die vermeintlich ungewöhnlichere Endung *-is* richtiger geurteilt hat als Sabbadini, der diese bevorzugte, und zweitens, dass aus diesem Grunde hier ein weiterer eindeutiger Fall von Schlimmbesserung von *-es* nach *-is* hin vorliegt.—Der Akk. Plur. *gentis* ist ebenfalls den Lehren der Anomalie entsprechend mit Ausnahme von georg. I 331 und III 33 so bezeugt, dass seine Stellung im Text unbestreitbar ist.

Das sind nur einige Fälle, in denen man die Vorschriften der Anomalie mit Vergils Praxis vergleichen kann; es hat sicherlich innerhalb und auch ausserhalb dieses engen Kreises noch mehr Berührungspunkte auf grammatischem Gebiete gegeben, deren Darstellung wohl eine eigene Untersuchung lohnte.

So darf hier vorläufig festgehalten werden: Erstens: Vergil richtete sich in grammatischen Einzelheiten praktisch nach den Gesetzen der Anomalie; es sind hier allerdings für ihn wohl nicht in erster Linie prinzipielle grammatische Gesichtspunkte, sondern künstlerische Erwägungen massgebend gewesen. Zweitens: Der Vergiltext ist mit Schlimmbesserungen von *-es* nach *-is* hin durchsetzt. Drittens: Die Hss. geben bei vorsichtiger und qualitativer Wägung normalerweise das Richtige. Viertens: Die Haltung des Dichters sprengt im Verein mit der Lage der Überlieferung jede dem Text bisher aufoktroyierte Norm und auch die unbesehene Bevorzugung der Endung *-is*, insbesondere ihre zur Faustregel verallgemeinerte Handhabung.

IV

Die bisherige Praxis der Vergiledition ging darauf hinaus, dass, wenn die Kritik die Wahl zwischen *-es* und *-is* habe, normalerweise eine Verschlechterung des unbekannteren *-is*

in das später gebräuchliche *-es* vorliegen müsse. Die Umkehrung, dass in gleicher Weise eine Schlimmbesserung von *-es* zu *-is* oder eine normale Schreibervariante nach *-is* hin vorliegen könne, ist dagegen nicht ins Auge gefasst worden.

Der Vergleich zwischen Varro und Probus auf der einen und dem Text der guten Hss. auf der anderen Seite liess aber gegenüber der gewöhnlichen «Verschlechterung» von *-is* zu *-es* nunmehr die Fragen der Schlimmbesserung und der Schreibervariante als die bedeutsamere und als die für die Vergilüberlieferung charakteristischere in den Vordergrund treten. Sie hat durch Fälle wie Aen. III 106 *urbes* und IV 487 *mentes* bereits als grundsätzlich entschieden zu gelten, muss aber im Interesse der Verdeutlichung der Situation etwas weiter ausgeführt werden.

Deren besondere Eigenart ist darin begründet, dass, wie bereits o. S. 5f. (Vorfragen 3) allgemeiner angedeutet, die Welt, der die Vergilhss. ihre Entstehung verdanken, in einem ganz anderen Masse als die Kopisten des IX. X. oder XI. Jahrhunderts die Auseinandersetzungen und Ansichten der zeitgenössischen Grammatik gekannt hat und dass die Gefahr, dass man in diesen Kreisen das Gegenteil von dem tat, was dem normalen scriba gemeinhin vorgeworfen wird, dass er nämlich tatsächlich die gewählter und älter klingende Form auf *-is* kannte und in den Text brachte, nicht nur jeden Augenblick gegeben, sondern sogar ungeheuer gross war. Die besondere Stellung der Vergilüberlieferung wird noch dadurch verstärkt, dass von keinem anderen Autor so viele und so gute Hss. dieser frühen Epoche gleichzeitig vorhanden sind (1).

---

(1) Es verdient bemerkt zu werden, dass Keller 319ff. in diesen Zusammenhängen mit der Horazüberlieferung saec. IX/X operiert, die rund ein halbes Jahrtausend jünger ist als die Vergiltradition. — Übrigens ist auch deshalb vom Überlieferungstechnischen aus ein Vergleich vergilischer variae lectiones mit den grammatischen Fragen der Überlieferung anderer Augusteer zum Zwecke der Festlegung einer einheitlichen Linie mehr als bedenklich; s. auch u. S. 234 m. Anm. 2.

Unter diesen grundsätzlichen Voraussetzungen gewinnt die falsche Einführung der Lesart *-is* gerade bei Vergil eigenen Wert. Die sichersten, weil durch älteste Textzeugen belegten Fälle boten die besprochenen Stellen Aen. III 106 und IV 487 für *urbes* und *mentes*. Nicht ganz so klar liegen die Verhältnisse bei Prob. gramm. IV 96,9ff. mit der Bezeugung von *postis*. Der Grammatiker spricht von der Form auf *-is* für Aen. II 442, wo die Hss. ausser F *(postes)* die richtige Lesart aufweisen, während Aen. II 490 gegen die auch durch Probus gesicherte Lesart *postes* die Endung *-is* sicher nur in den schlechteren Hss., nämlich in a und möglicherweise auch in V durch *post.s* vertreten und also auch hier abzulehnen ist (1).

Als eindeutiger Fehler der Überlieferung ist die vermeintlich bessere und seltenere Lesart auf *-is* ferner an folgenden Stellen anzusprechen:

frondis P buc. 9,61 - *frondis* Non. p. 299,28 M (465 L.) georg. II 335 - *mentis* (?) M georg. III 3 - *sedis* F Aen. VI 639 - *stirpis* Gloss. L, Ansil. Ar. 616 georg. II 24.

Die Gründe wurden in der Materialzusammenstellung berührt: Bezeugung durch die schlechtere Überlieferung in Verbindung mit der Tatsache, dass alle anderen Stellen dieser Substantive mit sonst unbekannter Einmütigkeit den Akk. Plur. auf *-es* sichern.

Unter diesen Umständen ist auch Aen. VII 104, wo alle Hss. (MPR) *urbes* lesen, die Form *urbis* bei Donat falsch; die Vergilkritik ist in diesem Falle sogar einschliesslich Sabbadini merkwürdigerweise gleicher Ansicht; Donat allein ist ihr mit Recht keinen Codex wert — selbst wenn er die vermeintlich bessere Lesart auf *-is* bietet. Auch hier ist sie also nicht als die ursprüngliche in den Text hineinverbessert, sondern als die gelehrtere und älter erscheinende eingefälscht worden.

In dem Augenblick aber, wo ein Akk. Plur. auf *-is* sogar

---

(1) Es ist deswegen doppelt verfehlt, wenn Keller *postis* unter den Substantiven «mit regelmässigem *-is*» aufführt; er muss sowieso schon georg. II 463 ändern.

bei Substantiven konsonantischer Stämme nicht nur auftritt, sondern von der Edition sogar anerkannt wird, geht die Erscheinung über den Rahmen der vergilischen Textkritik und des speziellen Problems hinaus und gewinnt allgemeines Interesse:

buc. 10,66: *nives* MP²R Ri, *nivis* P Sa - georg. I 62: *lapides* AMPR, *lapidis* P² (1) - I 363: *paludis* s. o. S. 19 m. Anm. 1; - Aen. I 597: *labores* BF¹MPR, *laboris* F - VI 56: *labores* M²PR, *laboris* M.

Die grammatische Situation, die weder inschriftlich noch sonst Akk.—Formen auf *-is* bei konsonantischen Stämmen anerkennt, verbietet es kategorisch, hier Ausnahmen in der Richtung anzuerkennen, dass Vergil etwa als Analogiebildung die Akk. Endung auf *-is* auch für konsonantische Substantive anerkannt habe. Ausserdem spricht ja die Tatsache, dass überall die Mehrzahl der Hss. die grammatisch anerkannte Form bringen, eine klare Sprache. So hat man die Wahl, ob man diese Erscheinungen durch Verlegenheitslösungen erklären will etwa dergestalt, dass in buc. 10,66 das folgende *hiemis* oder in Aen. VI 56 das Attribut *gravis* mit der Endung rein klangmässig abgefärbt haben oder dass Aen. VI 56 auch ein missverstandener Gen. Sing. vorliegen könnte. Eine einfache Schlimmbesserung, d. h. also eine falsche, aber späte Analogiebildung, oder eine Schreibernachlässigkeit, Möglichkeiten, wie sie für Aen. III 106 *urbes* als gegeben betrachtet werden konnten, sind dagegen erheblich wahrscheinlicher. Wie dem aber auch sei: Der falsche Akk. Plur. auf *-is* ist da, so oder so (2).

Es erscheint angebracht, über diese Beispiele aus dem Be-

---

(1) Nach Fairclough 213; Ribbeck gab *lapidis* P, Sabbadini hat keine Variante.

(2) Vielleicht ist das aber doch kein Zufall. An den Stellen Aen. IX 51 und IX 163 liegt insofern ein Parallelfall vor, als sogar ein Nom. Plur. auf *-is* in das Substantiv *iuvenis* hineinkorrigiert wurde, das ebenfalls keinen Akk. Plur. auf *-is* kennt; dazu auch u. S. 220 und weiteres unter den Adjektiven.

reich des Akk. Plur. hinaus eine eigene Betrachtung einer anderen Erscheinung zu widmen, die im allgemeinen Sinne des dargestellten Vorgangs die Endung *-is* sogar in den Nom. Plur. einfälscht. Die besondere Eigenart der Verhältnisse lässt sich in diesem Falle deutlicher greifen, weil die Dinge auf grammatischem Gebiete noch klarer liegen und Deutungsverschiedenheiten nicht möglich sind.

V

Es ist schon einige Zeit her, dass Buecheler die Feststellung machte, dass es einen Nom. Plur. auf *-is* nicht gebe, dass aber diese eindeutige Tatsache nicht habe verhindern können, dass solche Formen trotzdem in die Hss. eingedrungen seien (1). Zwar tauchen schon im 2. Jahrhundert vereinzelt Nom.—Endungen auf *-is* auf, die vermutlich dem gleichen Grundsatz der Vertauschung des Nom. mit dem Akk. Plur. ihr Dasein verdanken, wie etwa zu der gleichen Zeit sich das Eindringen der konsonantischen Endung *-es* in den Akk. Plur. der *-i*-Stämme als sprachgeschichtlicher Vorgang durchgesetzt und Anerkennung verschafft hatte. Das zeigen Formen wie CIL I² 583,77 (lex repet. a. 123/22): *ceiveis*. 584,3 und 6 (sent. Minuc. a. 117. Dessau 5946. Diehl 453): *fineis*. 584,13: *finis*. 756,16 (lex Furfens. a. 58. Dessau 4906. Diehl 260): *pelleis* (2). Dazu gibt es einige wenige Belege aus den Hss., die

(1) Buecheler-Windekilde Grundriss d. lat. Declination³, 1879, 35. Vgl. auch Kühner, Lat. Gramm. I², 1912, 286. Hartmann, Glotta 10, 1920, 254.

(2) Vgl. Sommer 382. Leumann-Hofmann 275. Lommatzsch CIL I² p. 819. Dahlmann 160. Zu *prai]toris* CIL I² 20 (Dessau 2989. Diehl 119), das gelegentlich als Zeuge zitiert wird (so Sommer 382. CIL I² p. 819), vgl. Buecheler 35. Zu der bei Buecheler erwähnten Lesart *pluris* einiges unter den Adjektiven, über den Nom. Plur. *pluris* Mon. Anc. IV 23, der bei Mommsen noch im Apparat steht, spricht heute niemand mehr, vgl. die Ausgabe von Barini, Rom 1937.

anerkanntermassen nicht ins Gewicht fallen; auch bei Plautus sind sie nicht sehr häufig (1). Wo sie begegnen—und die sicheren Stellen stehen in erster Linie in den Inschriften—werden sie wohl am besten als ein im Vulgären gelegentlich unterlaufener (2), deswegen aber durchaus nicht statthafter nominativischer Gebrauch des Akk. Plur. auf *-is* bezeichnet (3).

Für Vergil nannte Ribbeck, Proleg. 405 acht Stellen, an denen in einigen Hss. ein solcher Nom. Plur. auf *-is* überliefert ist:

georg. I 161: *messes* MR Ri, *messis* AP Sa Goe - II 371: *saepes* MPR edd., *saepis* V - Aen. IV 65: *mentes* F^1MP edd., *mentis* FR - IV 473: *ultrices* F^1MP edd., *ultricis* F - VI 431: *sedes* MP edd., *sedis* R - VII 238: *gentes* FPR edd., *gentis* M Sa (4) - VII 269: *sortes* FPRV edd. (5), *sortis* M - IX 51: *iuvenes* FP edd., *iuvenes* MR - Der Nom. Plur. auf *-is* ist also nirgends eindeutig bezeugt. Es steht im Einklang mit dem übereinstimmenden Urteil der Grammatik auch heute noch keine Veranlassung, eine solche selbst von der zeitgenössischen antiken Literatur als vulgär bezeichnete Form des Nom. Plur. oder eine nominativische Verwendung des Akk. Plur. gerade für Vergil anzuerkennen; sie muss trotz ihrer neuerdings erfolgten, merkwürdig gelegentlichen und planlosen Einführung durch Sabbadini mehr als problematisch bleiben (6). In Wirk-

---

(1) Vgl. für Nom. Plur. *aedis* bei Plaut. Thes. I 907, 66. Ferner für Lucrez Lachmann zu Lucr. I 744. 805. Neue-Wagener I^3 381ff., der von Vergil nur Aen. IV 65. VI 431. VII 238. 269. X 253 kennt. Sommer 382. Leumann-Hofmann 275. Für Varro Dahlmann 160. Weiteres u. a. Thes. VI 1057, 17ff. 3055, 68.

(2) Varro ling. VIII 66: *vulgo;* dazu o. S. 184 Anm. 1.

(3) Solmsen IF 4, 1895, 247. Leumann-Hofmann 275.

(4) Nom. Plur. *gentis* noch Paneg. 10 (4), 35, 3; vgl. Thes. VI 1842, 83.

(5) Sabbadini ohne Angabe einer varia lectio im Apparat.

(6) Es berührt in der Tat eigenartig, wenn Sabbadini, der beim Akk. Plur. durchgehend *-is* in den Text setzt, bei der Behandlung des ungefähr parallel gelagerten Falles im Nom. Plur. nicht konsequent bleibt. Von den acht Stellen, die Ribbeck nennt, entscheidet sich Sab-

lichkeit handelt es sich aber ausnahmslos auch jetzt noch ganz einfach um Hss.—Fehler oder bewusste Schlimmbesserungen. Das zeigt am deutlichsten eine Gegenüberstellung weiterer Beispiele von Verschreibungen sowohl von *-es* nach *-is* als auch von *-is* nach *-es* (1). Ein Teil von ihnen ist von Ribbeck nicht erfasst (2), andere hätten vielleicht für den Schreiber zu einer Doppeldeutung Veranlassung geben können. Hier gibt es Fälle, in denen es einfach unsinnig wäre, wollte man Überbleibsel echter älterer Formen, beispielsweise den alten Gen. Sing. auf *-es* finden (3):

Schreibungen von *-is* statt *-es*

buc. 3,3: *infelix o semper oves pecus: uis* P, *ovis* P^1 Ri Schaper-Ladewig, *oves* Heyne-Wagner (m. Anm.) Sa. - 10,16: *ovis* (nom. plur.) P Sa, *oves* MP^2 R Ri (4). - Aen. I 639: *vestes* (nom. plur.) FMR edd., *vestis* Don. (5). - II 197 *Achilles* (nom.) MP edd., *Achillis* F (6) - II 575: *ignes* (nom. plur.) P edd., *ignis* MC, *igni* B (7) - V 345: *Diores* (nom.) MP^2 edd., *Dioris* P (6) - VI 431: *sedes* (nom. plur.) MP edd., *sedis* R (8)-

---

badini zweimal (georg. I 161. Aen. VII 238) für die Form auf *-is*, die Ribbeck gänzlich ablehnte. Ein Grund, weswegen gerade diese Stellen eine Sonderbehandlung verdient hätten, ist nicht erkennbar.

(1) Auch über die Zusammenstellung Ribbecks Proleg. 417 und 427 hinaus.

(2) Vgl. dessen Bemerkung Proleg. 413.

(3) Etwa wie auf den ältesten Kruginschriften, so CIL I^2 444 (Dessau 2962. Diehl 104): *Iunonenes* (sic). 450 (Dessau 2967. Diehl 192): *Salutes*. 451 (Diehl 210): *Veneres*. 973 (litteris antiquissimis, Dessau 3333. Diehl 30): *Cereres*. 2161 (Diehl 666; cf. CE 63): *Gelotes*. Weiteres Ernout MSL 13, 1905/06, 346f. Diehl a. O. Register S. 104. Vgl. Sommer 371. Leumann-Hofmann 267. Auf die Anerkennung solcher ältester Formen liefe aber der Konservativismus um jeden Preis hinaus.

(4) Ohne varia lectio im Apparat.

(5) Als Genitiv aufgefasst; vgl. Sabbadini z. d. St. im Apparat.

(6) Vgl. Ribbeck, Proleg. 427.

(7) Hier Helena-Episode, deswegen nur ein Parallelfall, aber ein wichtiger.

(8) Es gibt nicht einmal einen Akk. Plur. *sedis;* vgl. die Zusam-

VI 706: *gentes* (nom. plur.) FGMPR edd., *gentis* Cento de eccl. 92 - VII 302: *syrtes* (nom. plur.) MR edd., *syrtis* F - IX 132: *gentes* (nom. plur.) FP edd., *gentis* MR (1) - IX 163: *iuvenes* (nom. plur.) F^1MPR edd., *iuvenis* F (2) - IX 246: *Aletes* (nom.) PR edd., *Aletis* M (3) - X 253: *urbis* (nom. plur.) Ri (4), *urbes* codd. Sa Ja Goe - XI 522: *valles* (nom. sing.) codd. (5) - XII 128: *proles* PR edd., *prolis* M.

Schreibungen von *-es* statt *-is*

georg. III 35: *gentis* (gen. sing.) M edd., *gentis* corr. ex *gentes* R *gentes* P - III 73: *gentis* (gen. sing.) MP edd., *gentes* R - IV 263: *ignis* (nom. sing.) M^1PR edd., *ingens* M (6) - Aen. I

---

menstellung o. S. 201 und Neue-Wagener IV^3 s. v. Ähnlich liegen die Verhältnisse auch bei *iuvenis* (s. o. S. 217 Anm. 2).

(1) Vgl. zur Erklärung im allgemeinen Heyne-Wagner z. d. St. und Ribbeck im Apparat. Nur ein völliges Missverstehen hätte auf Seiten der Hss. MR zu der Auffassung führen können, Vergil habe hier den Gen. Sing. von *gens Itala* angewandt; es liegt eindeutig ein Nom. Plur. vor und es ist nicht einzusehen, warum Sabbadini Aen. VII 238 (s. o. S. 219) mit M gegen FPR *gentis* schreibt, hier dagegen nicht, obwohl die Ueberlieferung hier noch stärker für *gentis* spricht als an der nur durch M bezeugten anderen Stelle. Zu *gentis* grundsätzlich auch o. S. 196, 214.

(2) Ribbeck, Proleg. 405. — Dieser Fall ist besonders instruktiv: Es erscheint ein Wort mit dem Nom. Plur. auf *-is*, das nicht einmal der Akk. Plur. auf *-is* kennt (ebenso Aen. IX 51: *iuvenis* MR s. o. S. 217). Neue-Wagener bringt I^3 382 dafür noch mehrere Beispiele, davon für Vergil buc. 9, 48. Aen. IV 664. VI 44. IX 163. Von diesen Stellen hat buc. 9, 48 *segetes* die varia lectio *segetis* nur durch Non. 284 M. 438 L.; für Aen. IV 664 *comites* (nom. plur.) und VI 44 *voces* (nom. plur.) haben die geläufigen Apparate überhaupt keine Varianten auf *-is*. Dafür bleibt aber IX 163 aufschlussreich genug; vgl. auch o. S. 201 Anm. 2 über *sedes;* der unberechtigte Akk. Plur. *lictoris* (o. S. 194 Anm. 10) verdient hier ebenfalls erwähnt zu werden.

(3) Vgl. Ribbeck, Proleg. 427.

(4) Ri^1 ohne Angabe im Apparat, Ri^2 *urbes* M.

(5) Durch Stellung im Vers gesichert; darf aber nicht mit den übrigen Belegen auf eine Stufe gestellt werden, da diese Form neben *vallis* echt und geläufig ist.

(6) In *ingens* steckt mit der gleichen Berechtigung ein Nom.

275: *nutricis* (gen. sing.) R edd., *nutrices* M - I 665: *patris* (gen. sing.) BF¹MPR edd., *patres* F - II 284: *urbis* (ger. sing.) FM edd., *urbes* P - III 617: *Cyclopis* (gen. sing.) MP², *Cyclopes* P - IV 41: *syrtis* (nom. sing.) FM Ri Goe, *syrtes* R Sa Al, *syrt* P (1) - IV 348: *urbis* (gen. sing.) MP¹ edd., *urbes* P - V 46: *orbis* (nom. sing.) M¹PR edd., *orbes* M (2) - V 198: *puppis* (nom. sing.) MP edd., *puppes* R - VI 659: *amnis* (nom. sing.) FM¹PR edd., *amnes* M - VII 690: *pedis* (gen. sing.) MP² edd., *pedes* M²P (3) - VII 728: *amnis* (nom. sing.) M¹PR edd., *amnes* M (4) - X 156: *puppis* (nom. sing.) PR Ri Goe Fu, *puppes* M Sa (5) - X 806: *amnis* (gen. sing.) M² PR edd., *amnes* M

Es wird kaum jemand behaupten können oder wollen, dass diese Formen ganz oder auch nur zu einem Teil altrömischem Sprachgebrauch entstammen. Die hier aufgezeigten Erscheinungen gehören eigentlich überhaupt nicht mehr in

---

Sing. *ignes* (parallel zu *puppes* und *syrtes* [dazu auch die folgenden Anmerkungen]; vgl. auch Aen. II 154: *ignes* [nom. plur.] M P, *ingens* M¹) wie georg. II 483 (s. o. S. 19) in *patris* P der Akk. Plur. *partis*, der allgemein gegen *partes* in den Text gesetzt wurde. Über den singulären Nom. *ignes* bei Acc. trag. 533 nach Varro ling. VII 11 gegen Cic. Tusc. II 23 vgl. Goetz Schoell z. d. St. und Neue-Wagener I³ 286.

(1) Zur Überlieferung im P: Fairclough 212. — Dem Wort steht nur der Nom. Sing. auf *-is* zu, vgl. auch Prisc. gramm. II 328,13ff. Neue-Wagener I³ 275f. Eine Veranlassung, daneben auch einen Nom. auf *-es* zu fordern (wie *aedes-aedis, caedes-caedis;* dazu Neue-Wagener I³ 279 ff. Leumann-Hofmann 232) ist in keiner Weise gegeben. Vgl. auch die folgenden Anmerkungen.

(2) Einen Nom. Sing. *orbes* gibt es auch als Ausnahme nicht; vgl. Neue-Wagener I³ 284f. IV 250 u. S. 41 Anm. 1 u. 4.

(3) Verwechslung mit Nom. Plur. durch Schreibermissverständnis ist denkbar. Z. St. auch Fairclough 213.

(4) Für einen Nom. Sing. *amnes* gilt das gleiche wie für *orbes* o. Anm. 2.

(5) Prob. gramm. IV 26, 13 und Sacerd. gramm. VI 477, 12 bezeugen, worauf auch Sabbadini z. d. St. hinweist, den Nom. Sing. *puppes* neben *puppis*. Das ist aber noch kein Grund, gegen den grössten Teil der Hss. hier die sonst unbekannte Form (vgl. Neue-Wagener I³ 285) in den Text zu setzen, die Sabbadini selbst Aen. V 198 unter ungefähr den gleichen Voraussetzungen ablehnt.

den Bereich des Grammatischen, sondern ausschliesslich in das rein sprachliche oder paläographische Gebiet der allgemeinen Vertauschung von *i* und *e*, wie sie nicht nur für das späte Altertum, sondern für die gesamte römische Welt durch die Jahrhunderte hindurch lebendig war. Ich nenne aus der grossen Zahl von Fällen, die (um auf dem speziellen Gebiet der handschriftlichen Überlieferung zu bleiben) in der Tradition der guten Vergil-Hss. begegnen, nur einige verschiedensten Charakters; als bekannt darf auch gelten, dass die Tendenz von *i* zu *e* stärker ist als die umgekehrte:

georg. II 250: *degitos* R statt *digitos*. - III 96: *defecit* M statt *deficit*. - III 212: *religent* FP statt *relegant*. - III 566: *egnis* P statt *ignis*. - Aen. I 160: *effecit* M statt *efficit*. - V 202: *suburgit* M statt *suburget*. - VIII 570: *dedesset* P statt *dedisset*. - X 136: *terebento* M statt *terebintho*. - XI 227: *ligati* R statt *legati* (ebenso XI 239.296). (1).

An dieser Stelle muss aber nun endlich unter die vielen Möglichkeiten, die theoretisch eintreten könnten, um die Fragen um den Akk. Plur. auf *-is* zu klären, der Schlusstrich gezogen werden, um nicht an dieser einen Frage weiteste Abschnitte der textkritischen Probleme bei Vergil überhaupt aufzurollen. Es darf abschliessend festgestellt werden, dass es einen Nom. Plur. auf *-is* bei Vergil nicht gibt (2).

---

(1) Vgl. das Material bei Ribbeck, Proleg. 416ff. 427. Pighi 141f. Fairclough 213f. Für einen speziellen Fall Thes. I 907, 55ff. Allgemeiner Havet 158f. 430 (Index I unter *e)*. Über die Inschriften ausführliche Zusammenstellungen bei Lommatzsch CIL I² p. 813f. und Dessau III p. 813f.

(2) Um zum Schluss auch den Überblick, den die antike Grammatik besass, zu verwerten: Priscian kennt in dem entsprechenden Kapitel seiner Institutio (gramm. II 349, 24ff.: *de nominativo plurali tertiae declinationis)*, der auch der verschiedentlich (z. B. o. S. 185, 194 u. ö.) hinzugezogene Abschnitt über den Akk. Plur. entnommen ist, einen Nominativ auf *-is* in keiner Form. Bei glaubhaftem Vorkommen in den antiken Texten hätte man hier ja doch wohl eine Notiz finden können. Wenn auch nur ein argumentum e silentio, so ist dieser Befund doch durch die Übereinstimmung mit der Überlieferung Vergils beachtenswert.

VI

Noch ein zweites Mal wird in diesem engen Fragenkreis an den Vergilherausgeber die Frage gestellt, ob er eine Lesart, die ihrer die ihrer äusseren Form nach echt und alt ist, in den Text aufnehmen will. Es handelt sich um den Akk. Plur. auf *-eis*. Die Beispiele (1):

georg. I 2: *viteis* P Ri, *vitis* Ke Sa Goe, *vites* MP²R Ja Al - III 276: *convalleis* Ri¹, *convallis* P Sacerd. (2) Ri² edd., *convalles* MR - Aen. VII 633 *crateis* F Sa Fu, *cratis* F¹ Ri Goe, *crates* MR - VIII 34: *crineis* V, *crinis* MPR edd.

Die Endung *-eis* ist, soweit sie klassisch begegnet, bekanntlich nichts anderes als eine Schreibung für *-is*. Seit etwa 150 v. Chr. auch im Schriftlatein nicht selten, hält sich die Schreibung *ei* für langes *i* gleich welcher sprachgeschichtlichen Herkunft bis weit in die Kaiserzeit (3). Die Möglichkeit, dass Vergil *viteis* und *crateis* geschrieben hat, ist damit rein theo-

---

(1) Ribbeck, Proleg. 413.

(2) Ribbeck las in der ersten Auflage mit Gaisford bei Sacerd. gramm. VI 504, 5 *convalleis;* Keils Ausgabe kennt aber diese Form nicht mehr, wohl aber das dort übliche Schwanken zwischen *-es* und *-is;* der Vers wird dort aus metrischen Gründen zitiert.

(3) Inschriftlich beispielsweise CIL I² 638 (s. auch o. S. 182): *fecei... ponteis omneis... poseivei... meilia... fugiteivos... conquaeisivei redideique... aedisque* (!) *poplicas heic fecei.* 588, 2 (Sc. de Asclep. Polystr. Men. a. 78: *seive quid ab*] *eis leibereis postereis ux* [...], *utei eis leibereis* eqs. 799 (aet. Caes. Dessau 72. Diehl 313) *genio Deivi Iuli.* Not. scav. 1924, 151 (a. 30. Diehl 323): *qui meilitant.* CIL III 12283, 8 (acta de schol. Epic. Athen. a. 121 p. Dessau 7784) *peregreinae condicionis.* a. o. 15: *pegreinum* (sic). CIL III 7174 (a. 311/313 p. Dessau 663): *Maximeino.* Weitere Stellen Dessau III 814ff., Sabbadini praef. p. IX. Auch bei den Grammatikern des 1. u. 2. Jahrhunderts war diese Schreibung durchaus normal: Plin. dub. serm. frg. Char. gramm. I 129, 19ff. p. 26f. Beck mit Belegen aus älteren Schriftstellern über *fonteis* und *monteis* (vgl. I 137, 23), ferner einer Anzahl Adjektive. Scaur. gramm. VII 32, 21 (aet. Hadr.), der zwar etwas anders

retisch gegeben. Auch Varro lässt diese Schreibung zu (1). Trotzdem sehe ich keinen Grund, von der klassischen Form, sagen wir des Monumentum Ancyranum (2), das nur die Endung *-is* kennt, auf Veranlassung dieser wenigen und dazu noch schlecht bezeugten Stellen abzugehen (3). Es ist nicht einzusehen, dass, wenn Vergil wirklich die Form *-ei-* für *-i-* verwendet haben sollte, davon in der Deklination nur diese drei Exemplare übriggeblieben sein sollten. Auch sind Lesarten wie georg. III 292 *eire* statt *ire*, Aen. I 234 *anneis* statt *annis*, III 686 *nei* statt *ni* und IX 269 *eibat* statt *ibat*, die in den Hss. überhaupt nicht und durch sonstige Testimonia (z. B. CIL IV 1237 für Aen. IX 269) nur ganz schwach beglaubigt sind, nicht überzeugend und nicht geeignet, diesen Gebrauch glaubhaft zu machen (4). Das Gesamtbild der Überlieferung rundet sich vielmehr dahin ab, dass auch diese Stellen bestätigen, dass manches, was rein äusserlich mit Formen älteren Lateins übereinstimmt, unechte Zufälligkeit oder beabsich-

---

erklärt, aber gerade deswegen sicherer Bürge für das Vorhandensein ist; allerdings muss man die Tendenzen der hadrianischen Renaissance in Rechnung stellen. Vgl. Lommatzsch ALL 15, 1908, 129ff. Sommer 73. 385. Leumann-Hofmann 49. 77 (mit zahlreicher Literatur).

(1) Vgl. die Stellen o. S. 212 und vor. Anm.

(2) *plebei* Mon. Anc. III 15 (zweimal) ist sprachgeschichtlich einwandfreies (echtes) *ei*, vgl. Leumann-Hofmann 270.

(3) Vgl. Sabbadini im Apparat z. St.; so genügt ihm z. B. zur Ablehnung der Lesart aller Hss. die Schreibung *ANIIIS* in der Nachschrift dieses Verses in der pompejanischen Wandinschrift CIL IV 5012 (dazu CE 1785. Della Corte RIGI 14, 1930, 233ff. Epigraphica 2, 1940, 171ff. 176; die hier kurz dargestellte Welt der Vergilzitate auf pompejanischen Wandinschriften lässt den in jeder Weise unstatthaften Vulgarismus dieser Form hinreichend klar hervortreten. Oder soll man auch *contiquere omnes* u. dgl. in den Text aufnehmen? Vgl. auch Fairclough 225ff.). — Troiae quei preimus ab oreis o. dgl., durch mehrere Hss. bezeugt, wäre wirklich eine Stütze.

(4) Aen. VIII 34 *crineis*, geschrieben *CRINIIIS*, in V (vgl. Ribbeck im Apparat z. d. St. und Proleg. 244. 413) erinnert zudem stark an die Technik der Inschriften; vgl. *ANIIIS* in der vor. Anm. und Dessau III p. 804.

tigte Zutat der Spätzeit ist und dass die Edition sich zweckmässig davor hütet, Erscheinungen altertümlicher Prägung —und dazu gehört auch nach bisheriger Auffassung die Endung *-is*—in ihrem Wert zu überschätzen.

Für die einzelnen Fälle hat nach der Ablehnung von *-eis* sich die Entscheidung nach den besten Hss. zu richten unter Berücksichtigung der Tatsache, dass rein graphisch die Form eher für *-es* als für *-is* spricht (1). Also: georg. I 2: *vites* - Aen. VII 633: *crates* - VIII 34: *crinis*.

VII

Was der Akk. Plur. nicht ohne weiteres ausgab, das haben Nom. Plur. und Verwandtes bewiesen. Die unbegründete Einführung von *-is* statt *-es* ist beinahe ebenso geläufig wie die unberechtigte Aenderung von *-is* zu *-es*.

Vor dem Versuch einer vorläufigen Zusammenfassung muss aber noch einmal dem Probus das Wort gegeben werden. Dieser gab in seiner Stellungnahme zum Gebrauch von *urbes* und *urbis* bei Vergil mit seinen euphonischen Gesichtspunkten völlig andere als die bisher herausgestellten Richtlinien. Ihnen hat die moderne Kritik, vielleicht mit einer Ausnahme (2), in der Praxis kaum Beachtung geschenkt. Vergleicht man aber die letzten Endes doch persönlich bedingte Beurteilung der Lage mit den rein grammatisch ebenfalls nicht zu begründenden Nachrichten Varros, dass für die Akk. Plur. *falces stirpes urbes* usw. die sonst zulässige Endung *-is*

---

(1) Die Bestätigung für die Richtigkeit dieser Praxis gibt Fairclough 213 in einer Beobachtung zu der wichtigsten dieser Stelle, georg. I 2, im P: «As to *viteis*, which both, Rib. and Sabb., give as the original form in Geor. I, 2, the erased letter seems to have been '*E*' rather than '*I*', a mistaken repetition of the '*E*' already written.» Vgl. auch Fairclough 225.

(2) Albini; vgl. die Kritik Funaiolis, prefaz. p. X.

tunlichst nicht zu verwenden sei, dann stehen in dieser gefühlsmässigen Beurteilung der Dinge zwei Meinungen von Fachleuten gegenüber, die in ihrer Gegensätzlichkeit auch bei klarer Erkenntnis der Tatsache, dass sie nicht auf genau den gleichen Punkt gerichtet sind, recht eindringlich die Unsicherheit einer Entscheidung philologischer Fragen ohne objektiv gültige Kriterien nach letzlich rein gefühlsmässigen Gesichtspunkten vor Augen führen. Deswegen erscheint es bedenklich, solchen Richtlinien unumschränkt Raum zu geben, da in diesem Falle der subjektiven Ansicht, um nicht zu sagen der Willkür, Tür und Tor geöffnet sind, ganz abgesehen davon, dass uns vielleicht heute doch das Organ des Menschen der lebenden Sprache dafür fehlt (1), um nun bei Vergil für den Einzelfall zu entscheiden, was zurückhaltender Ausdruck oder stereotype Formel oder was schwerer und betonter Sinnausdruck ist oder sein soll.

Trotzdem ist der Gedankengang des Probus auch heute noch beachtenswert als begründeter Versuch, die Lage überhaupt einmal einer Klärung nahezubringen (2). Sie kann darüber hinaus, wenn man sie mit grosser Vorsicht handhabt und dabei berücksichtigt, dass es sicher nicht wenige Stellen gibt, an denen Vergil weder bewusst noch unbewusst seinen Worten die eine oder andere Schattierung hat geben wollen, in Einzelfällen als Zünglein an der Wage von Bedeutung sein,

---

(1) Den Beweis dafür gibt die moderne Auffassung von der an den Text anschliessenden Gelliusstelle XIII 21, 10ff. (darüber ausführlicher im Abschnitt über die Adjektive), die Ribbeck, Sabbadini und Funaioli anerkannten, Keller, Janell und Goelzer ablehnten.

(2) Als Parallele kann in gewisser Hinsicht der heutige Gebrauch des Dativ-*e* im Deutschen betrachtet werden. Diese Endung, deren Wechsel um die Jahrhundertwende spruchreif war, kann in der «vornehmen» gehobenen Sprache dem Substantiv einen besonderen Klang geben, auch kommt sie hier häufiger vor. Dagegen ist sie auch in der gewöhnlichen Schriftsprache und auch in der Umgangssprache in ganz verschiedenem Umfange gebräuchlich (z. B. in stereotypen Wendungen). Und das Wichtigste: In allen dreien wird sie oft genug unbewusst verwendet.

allerdings nicht ohne die Voraussetzung einer Entscheidung durch andere Faktoren (1). Dabei muss man sich umgekehrt hüten, nach der Entscheidung durch eine andere Instanz post festum Kriterien der Euphonie, wie Probus sie verlangte, in den Text hineinzudeuten (2).

---

(1) Unter solcher Voraussetzung scheint mir z. B. die Schreibung des Akk. Plur. *artes* georg. I 133 (dazu auch o. S. 192.206) mit ihren Worten von der Schwere der Arbeit (dazu Stroux, Vergil, 1932, 12f.) völlig gesichert: I 121: *pater ipse colendi haud facilem esse viam voluit...* 133 *et passim rivis currentia vina repressit, ut varias usus meditando extunderet artes* (mit AM²PR Ri Al gegen *artis* MSa Goe), aber auch hier nicht ohne das eindeutige Übergewicht der Hss.

(2) Allerdings kann man auch — eben post festum — manche Stelle auf diese Weise erklären oder ihre Schreibung besser verstehen. Die ganze Gruppe des Akk. Plur. *auris* ist da z. B. recht lehrreich: Stellen allgemeiner abgegriffener Redewendungen wie *quae vox ut venit ad auris* oder *vox reddita fertur ad auris* haben selbstverständlich *-is*, so buc. 3, 73. Aen. I 375. II 81. 119. 731. III 40. 93. IV 428. VII 166. 437 (ebenso VIII 582). IX 395. 474; *auris* auf grund der besseren Überlieferung haben ferner Aen. III 294. IV 183. 440. V 435. XII 618. Dagegen treffen bei georg. IV 394 die Kriterien des Probus mit der besseren Überlieferung *aures* MPR zusammen und sprechen gegen G und die modernen Herausgeber. — Ähnlich liegt der Fall bei *manes*. Dieses Wort steht, obwohl ursprünglich Adjektiv, durch den durchgehend substantivischen Gebrauch bei Vergil de facto zwischen beiden Gruppen (s. auch 2. Teil : Adjektive). Der Akk. lautet fast immer *manis*, so in erster Linie bei den gebräuchlichen Wendungen wie *ad manis imos* oder an Stellen, an denen der Sinn so abgeschliffen ist wie die Worte, z. B. *manisque adiit regemque tremendum* oder *id cinerem aut manis credis curare sepultos:* georg. IV 469. Aen. III 303 (ebenso V 99. VI 506). III 565 *(imos*, ebenso IV 387. XI 181. XII 884, vgl. Thes. VIII 299, 21). IV 34. 490. X 39. 524. 820. Damit bleiben noch — aber die Kriterien gehen schon stark ineinander über — vier Stellen: Aen. VI 119: *si potuit manis* (MP edd., *manes* M²P²) *arcessere coniugis Orpheus* — VI 743: *quisque suos patimur manes* (MP²R, *manis* P edd.), eine Stelle, die in jeder Weise eine Besonderheit darstellt und deren neue und eigenartige Bedeutung und Betonung in Verbindung mit der Überlieferung die Form *manes* rechtfertigt. Auf die sachliche Seite dieser Stelle, die ich im Thesaurus VIII 294, 48ff. in den Kopf des Artikels unter dub. interpr. gesetzt habe, hoffe ich bei späterer Gelegenheit zurückkommen zu können. — georg.

Der wirklich ausschlaggebende und allein gültige Masstab bleibt ausschliesslich die vorzügliche Überlieferung der Hss. Zu diesen einfachen Voraussetzungen textkritischer Arbeit muss die Edition zurückfinden, nachdem alle komplizierteren technischen Hilfsmittel und Verfahren wie Wortgruppen oder methodische Leitsätze nicht zum Ziele geführt haben.

So ist, um einige Beispiele zu nennen, in diesem Sinne gegen die bisherige Praxis und gegen die Endung *-is* zu entscheiden:

Aen. VI 671: *amnes* - XII 248: *aves* - XII 583: *cives* - VII 436: *classes* - XII 181: *fontes* - IX 78 (X 56): *ignes* - georg. I 290 (Aen. III 204): *noctes* - III 173 (III 361): *orbes* - II 296: *oves* - II 359: *sudes* - Aen. VI 378 (VIII 434): *urbes* - georg. II 286 (III 209. 215. Aen. V 446. IX 717. 764): *vires* - buc. 1,73: *vites*.

Aus einem Vergleich zwischen dem Stellenmaterial auf der einen und der von den Grammatikern bezeugten und von Vergil praktisch durchgeführten Regellosigkeit auf der anderen Seite und nicht zuletzt aus der Interpretation einiger besonders bezeichnender Einzelfälle geht klar hervor, dass es mehr als bedenklich ist, diesen lebendigen Wechsel in feste Normen zu bannen. Nicht einmal der Akk. Plur. eines einzigen Substantivs, das nicht gerade nur ein- oder dreimal vorkommt, lässt sich mit Sicherheit einheitlich nach *-is* hin festlegen. Umso unmöglicher ist es daher, innerhalb dieser einzelnen Substantive sogar Gruppen zusammenzufassen (1), es

---

IV 505 scheint, vor allem nach der Ablehnung von Sabbadinis Lesart *manis* M (dazu unten 2. Teil), mit den schweren Spondeen *quo fletu manes, quae numina voce moveret* die Endung *-es* der besseren Überlieferung zu bestätigen. — Dagegen liegt in Aen. IV 427: *nec patris Anchisae cinerem manesve revelli* ähnlich wie Aen. IV 34 (s. o.) eine einfache stereotype Redewendung vor, deren Text man nach den Regeln der Euphonie gegen alle Hss. *manis* schreiben müsste. Das ist natürlich undurchführbar: Hier erscheinen Möglichkeiten und Grenzen.

(1) Das versuchte bekanntlich Keller: seine Regeln sind an einer Reihe von Stellen, wie auch die Auseinandersetzung mit seiner Ansicht bei Norden (vgl. auch o. S. 207 Anm. 1) und sogar die Praxis

sei denn, dass man grundsätzlich uniformieren will, und dann tut man es am sichersten nach dem Rezept Goelzers, indem man ohne jede kritische Erwägung überall *-is* schreibt. Wenn die alten Grammatiker, an ihrer Spitze Prisc. gramm. II 358,13ff., aufgrund ihrer Einsicht in das Material der gesamten lateinischen Literatur zu der Überzeugung kamen, dass ein regelmässiger Akk. Plur. auf *-is* nur für einige Graeca anzuerkennen sei, dass es dagegen im Lateinischen schwierig sei, die in der Wirklichkeit bestehende Abwechslung in bestimmte Regeln zu bannen (1), so ist das immerhin eine Beobachtung, die auch die tatsächlichen Verhältnisse bei Vergil trifft.

Gegen eine eindeutige Tradition einer Stelle sollte man also nicht ohne zwingende Gründe die nichtüberlieferte Form nur deshalb konjizieren, weil sie im allgemeinen Sprachgebrauch des Dichters überwiegt (2). Das gilt besonders für den Fall, wenn nicht einmal der Dichter selbst, sondern nur der Sprachgebrauch anderer Augusteer eine scheinbare Handhabe für eine solche Massnahme bietet. Ein Vergleich mit diesen kann wohl den allgemeinen Sprachgebrauch einer Epoche, nicht aber den erwiesenermassen wechselnden Sprachgebrauch eines Dichters für den einzelnen Fall festlegen (3).

Für die Beurteilung von Differenzen zwischen den Hss.

Sabbadinis zeigte, bereits entscheidend durchbrochen worden. Abgesehen davon lässt sich nicht einsehen, worin diese Regelmässigkeit bestehen soll. Das wäre wenigstens in beschränktem Umfange der Fall gewesen, wenn sich bestimmte Kategorien von Wörtern hätten zusammenfassen lassen. Jedenfalls ist eine Regel wie die: «Die Substantive auf *is*, Gen. Plur. *ium*, haben teils immer, teils häufig, teils nie den Accusativus auf *is*» gelinde ausgedrückt, eine schlechte Formulierung, wahrscheinlich aber überhaupt keine Regel.

(1) Die Erörterungen bei Dahlmann 161f.

(2) So Keller gegen eindeutiges *-es* an den Stellen buc. 5, 84: *valles*. 9, 20: *fontes (fontis* auch Sabbadini). georg. II 463: *postes*. Aen. IV 155: *montes (montis* auch Sabbadini). IV 427: *manes* (dazu auch o. S. 228 Anm. 2). IX 129: *ignes*. X 13: *Alpes*. XI 360: *cives*. Vgl. auch Keller 315 zu *avis* und *aves*.

(3) Keller 312 änderte Verg. Aen. XII 473: *aedes* (dazu o. S. 192 Anm. 1) in *aedis* auf grund einiger Horaz- und Inschriftenstellen.

muss eine Beobachtung aus der Untersuchung über die Adjektive vorweggenommen werden. Dort liess sich feststellen, dass cod. P sich als besonders zuverlässig erwies, also gerade die Hs., die Sabbadini überhaupt an die Spitze der Überlieferung stellt. Da aber auch P nicht fehlerfrei ist (1), darf die Bevorzugung etwa nur so weit gehen, dass man dieser Hs. ein geringes Übergewicht zubilligt. Als zuverlässiges Kriterium für die Richtigkeit dieses Vorschlags erscheint folgende Tatsache: Wenn man in Fällen, wo P in Verbindung mit anderen Hss. die Endung *-es* überliefert, diese in den Text setzt, also etwa Aen. VIII 675 *classes* PR gegen *classis* M edd., dann trifft das fast stets (2) ein Substantiv, bei dem auch sonst die Form *-es* vorherrscht oder doch wenigstens auch sonst glaubhaft begegnet (3). Umgekehrt sind bei Wörtern, deren Akk. Plur. die Endung *-is* eindeutig vorzieht, Fälle, in denen P mit anderen Hss. zusammen die Lesart *-es* bringt, weniger zahlreich. Ausserdem trifft diese Massnahme fast ausschliesslich Substantive; und bei diesen ist von Natur aus die Neigung zu einem *-es*-Akk. grösser. Auch deswegen darf man hier nicht alle Stellen gleichmässig behandeln, es sei denn, wie gesagt, man uniformiert grundsätzlich.

Dagegen ist bei dem Vorherrschen einer Überlieferungsgruppe natürlich für die besser bezeugte Lesart einzutreten, also z. B.

georg. I 86 für *vires* AM¹PR mit Ri Al gegen *viris* M Sa Ja Goe - I 95 (vgl. IV 214) für *crates* AM²PR mit Ri Ke Al gegen *cratis* M Sa Goe - IV 349 für *aures* MPR Al gegen *auris*

---

(1) P beispielsweise nachweislich falsch an hervorragend wichtiger Stelle: buc. 10, 66 *nivis* (o. S. 217) und Aen. III 106 (o. S. 209).

(2) Etwa mit Ausnahme von Aen. VI 160 und einiger Adjektive, deren geringe Zahl bei der Menge der übrigen Fälle nicht ins Gewicht fällt (z. B. buc. 8, 40 [*fragilis*]. georg. III 123. Aen. V 828 [*omnis*]. georg. III 274 [*levis*]).

(3) Z. B. Aen. XII 583: *cives*. georg. I 255: *classes*. Aen. XII 508 *crates*. georg. II 276: *colles*. Aen. V 743 (VIII 267): *ignes*. Aen. XII 743: *orbes*. V 635 (663): *puppes*. Vgl. auch X 854: *mortes*.

G Ri Ke Sa Goe - Aen. I 573 für *naves* MR Al gegen *navis* Ri Ke Sa Goe - VI 193 für *aves* MP²R mit Ri Norden gegen *avis* P Sa Goe Fu - VIII 602 für *fines* MP²R gegen *finis* P edd. - IX 522 für *ignes* FP²R gegen *ignis* P edd. - XI 539 für *vires* M²PR mit Ri gegen *viris* M Sa Goe Fu.

Ist das Gewicht der Hss. gleichmässig oder wenigstens ungefähr gleichmässig verteilt, dann, aber nur dann besteht Veranlassung, bei Fehlen aller anderer Kriterien sich für die Endung *-is* zu entscheiden:

Aen. II 358 für *hostis* P gegen *hostes* M - VI 114 für *viris* PR gegen *vires* MP² - XII 99 für *crinis* MP gegen *crines* P²R XII 266 für *hostis* MP gegen *hostes* P²R.

Es kann und soll aber nicht Zweck dieser Untersuchung sein, den Versuch zu unternehmen, für jede einzelne Vergilstelle endgültig die Entscheidung zwischen *-is* und *-es* zu treffen. Kritik und Interpretation des Zusammenhangs im einzelnen und besonderen werden immer wieder Gesichtspunkte hervorbringen, die der allgemeinen Formulierung die Eigenart des Gedankenbildes der einzelnen Stelle gegenüberstellen. Deswegen können die hier gemachten Vorschläge einschliesslich der allgemeinen Beurteilung durch die Stellung in der Materialübersicht eben nur Vorschläge, allerdings im Sinne einer grundsätzlichen kritischen Neuorientierung darstellen. Als solche soll diese aber mehr als nur ein Vorschlag sein.

Als einzige wichtige ausserhalb des rein Handschriftlichen liegende Tatsache darf vielleicht noch folgende ihrem Inhalt nach allerdings nicht mehr ganz neue und bereits mehrfach gestreifte Feststellung Geltung haben; sie will aber nicht so sehr als Richtlinie für die Textbehandlung, sondern mehr als historische Notiz über den Sachverhalt gelten: Klar erkennbare *-i*-Stämme, also in erster Linie die gleichsilbigen Nom. Sing. auf *-is*, bevorzugen am stärksten den Akk. Plur. auf *-is*, der hier ja auch zu Hause ist, während eindeutig konsonantische Stämme, auch wenn der Fall in den Hss. als varia lectio auftritt, nie *-is* haben. Alles andere schwankt zwischen diesen Polen mit der alle Starrheit überwindenden und sich gegen alle Normierung sträubenden Kraft und Vielfalt der lebenden

Sprache (1). Gleichzeitig ist damit die Trennung zwischen den *-i-* und konsonantischen Stämmen der modernen grammatischen Forschung der Platz zugewiesen, der ihr auch auf diesem Gebiete längst zustand (2).

Diese Kritik mag genügen, um den Weg wenigstens seiner allgemeinen Richtung nach abzustecken. Wenn auch an den bereits jetzt vorgebrachten Stellen für die nunmehr ohne starre Regel arbeitende Kritik mehr freier Raum gelassen wird—ich verweise auf die Beurteilung des P—so bleibt schliesslich aber ein Rest von Stellen, an denen das Gleichgewicht nach Abwägen aller Möglichkeiten des Für und Wider derart erhalten bleibt, dass eine Entscheidung letzten Endes Gefühlssache bleiben muss (3). Aber selbst dann erscheint es erstrebenswerter, dass sich der Philologe von seinem gesunden Empfinden leiten lässt, als dass er versucht, der lebenden Mannigfaltigkeit der Sprache ein starres Gesetz, gleich ob grammatischer oder methodischer Herkunft, aufzuzwängen.

Die Vergiledition macht sich damit das Leben erheblich schwerer, als wenn sie einfach und unbesehen jedes *-is* in den Text aufnimmt. Das ist aber kein Masstab. Ausserdem sieht sich eine solche Behandlung des Textes im Widerspruch zu beinahe allen anerkannten modernen Ausgaben, insbesondere zu Sabbadini, Goelzer-Durand und Funaioli; stärkere Berührungspunkte hat sie dagegen mit der Technik Ribbecks und Albinis. In vollem Einklang steht sie aber auch mit dem neuen Horaztext Klingners, und das erscheint als keine geringe Bestätigung. Hier hält der Herausgeber die Beachtung der Hss.

---

(1) Es ist deswegen nicht erlaubt, hier einen scharfen Trennungsstrich zwischen Dichtung und Prosa zu ziehen (Keller 289f.).

(2) Von der Frage der Unterscheidung der Stämme soll grundsätzlich, soweit das in diesem Rahmen möglich ist, noch am Schluss des Abschnitts über die Adjektive die Rede sein.

(3) So liegt es nahe, Aen. VIII 434, wo das dunkle Bild aus der Schmiede des Vulcan entsteht, *urbes* M²PR mit Ri gegen *urbis* M Sa zu schreiben: *parte alia Marti currumque rotasque volucris instabant, quibus ille viros, quibus excitat urbes; aegidaque horriferam* eqs.

des Horaz sogar saec. IX trotz der Erkenntnis, dass um diese Zeit die alten Formen weit mehr geschwunden waren als das für das Zeitalter der Vergil-Hss. der Fall ist (1), für richtiger als eine uniformierende Angleichung an eine nach modernen Grundsätzen genormte Schreibung der frühen Kaiserzeit (2), die es in Wirklichkeit ja auch nicht gab (3).

Nun hat die Vergiledition bekanntlich andere Sorgen als diese; diese Arbeit wurde daher geschrieben, um ihr die Sorgen zu einem Teil abzunehmen.

FRANZ BÖMER.

(2. Teil folgt)

---

(1) Vgl. auch o. S. 191 Anm. 1.

(2) Horatius ed. Klingner², Teubner 1950, praef. p. XVII sq.

(3) So Ernout sogar für Lucrez a. O. (s. o. S. 183 Anm. 3): Practiquement la distinction n'a jamais été rigoureusement observée, et nos manuscrits conservent la trace de ces confusions, qui sont, on le voit, d'ordre plutôt morphologique que simplement graphique.

ESTUDIOS VENETOS

La reseña bibliográfica véneta (en Italia diríamos mejor *venética)* publicada en EMÉRITA, XX, 509-526, por M. Palomar Lapesa, es muy útil y ofrece un cuadro bastante exacto y completo del desarrollo y verdadero adelanto de los estudios vénetos en los últimos tres años, desde 1949 hasta 1952; la importancia de la lengua véneta ha crecido y el interés por los epígrafes, vivo en Italia y en el extranjero, aumenta favorecido por el hallazgo de nuevos textos.

El señor Palomar Lapesa ha resumido los resultados de las últimas investigaciones, pero hay que puntualizar algunos particulares de su exposición, por lo demás siempre imparcial, para lograr la exactitud científica que necesitan las crónicas bibliográficas. En el cotejo de las aportaciones recién publicadas, P. Lapesa da el debido realce a los trabajos de monsieur Lejeune y acepta sin discusión las conclusiones propuestas por el ilustre sabio francés; en efecto, no hay duda de que los estudios venéticos han progresado muchísimo por obra de las muchas investigaciones de M. Lejeune, que dedica ahora casi toda su actividad científica al estudio y edición de los materiales epigráficos: ediciones siempre ejemplares. Después de los trabajos mencionados por Palomar-Lapesa, monsieur Lejeune ha publicado varios artículos, todos excelentes, sobre las inscripciones vénetas de Lágole, de Gurina y de Este y sobre problemas especiales como la *yod* y sus grupos, sobre la nasal final, y sobre nuevos temas de filología, todo ello como continuación del trabajo empezado en *Revue de Philologie*, XXV, pág. 302 sg. (1).

---

(1) Véase mis *Iscrizioni paleovenete da Làgole.* III Serie en «Rendiconti Accademia Naz. dei Lincei», Serie VIII, vol. VIII, pág. 314;

M. Lejeune ha estudiado, también con buenos resultados, las inscripciones cadorinas precedentemente editadas y comentadas por mí. Las principales divergencias entre mis propuestas y las explicaciones del sabio francés proceden especialmente de una interpretación divergente de algunos signos alfabéticos; en mis ensayos interpretativos fundé a menudo (en la mayoría de los casos) la transcripción de los epígrafes en criterios tradicionales que están sintetizados, por ejemplo, en *The venetic language* de M. S. Beeler. Pero, en algunos casos, propuse trascripciones nuevas, como puede verse en los signos ⋕ = *f* (o *f* > *h*) y ⋎ = *ś* que equivale a *san*. M. Lejeune ha logrado una solución original para los signos ·|· , ·|· , |||, que hasta 1952 tenían una doble transcripción: *.i.* y *h;* según Lejeune, los casos de *h* deberían reducirse a la posición inicial o al grupo *vh-* = *f*, como es sabido. Más original es su suposición de la equivalencia de |< = || (en las inscripciones de Montebelluna, Cevolo, Cadore y Carintia = venético septentrional).

En el invierno del 1949-50 tuve noticia de los hallazgos de Lágole e inmediatamente empecé mis indagaciones epigráfico-lingüísticas sobre catorce textos que publiqué en primavera (añadí, en las pruebas de imprenta, el texto 15 sin facsímile, descubierto en abril de 1950). Mis explicaciones estaban fundadas entonces en materiales que fueron acrecentados por excavaciones subsiguientes. La aclaración de la diosa de Lágole (según mi primera propuesta Hécate τριπρόσωπος), fundada en Pe. 1. donde |< ate.i. está solo, sin *trumus* precedente, llevaba trazas de quedar como irrefutable; quedaba, en efecto, confirmada por la lingüística y la arqueología y sobre todo por el culto en Cadore prerromano *(lo.u.zera.i.* = Liberae PID. 162) de Líbera *triformis*, es decir, confundida con Hécate. La constante sucesión *trumus icate.i.*

---

además mi cotejo de V. Pisani, *Le lingue dell'Italia antica oltre il latino* (Torino, 1953), publicado en «Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa», XXII, 1953, págs. 174-186.

(: iiat-) o *tribus icatei (: iiat-)* que encontramos en casi todos los epígrafes, las transcripciones latinas y la dificultad que hemos expresado ya en la solución morfológica de *trumus* considerado como palabra completa, nos hace ahora preferir la propuesta de M. Lejeune: la divinidad está indicada por una única palabra, es decir *trumusiat-* o *trumusicat-*, *tribusiat-* o *tribusicat-*. Contra esa interpretación hay la única dificultad de Pe. 1. *icate.i.*, pues antes de esa palabra no hay signos, o por lo menos no nos ha sido posible descubrir ninguna letra. Las inscripciones nuevas de 1952 y 1953 confirman la hipótesis de Lejeune en ese particular importante. Para la interpretación de |< , como variante gráfico de || , M. L. tiene el sostén de la alternancia de *icatei* : *iiatei* antes mencionada, apoyo fundamental, y otros argumentos menos probativos (una doble representación gráfica del mismo nombre personal *u. sedica* : *upsezüia* (?), pero la lectura es muy dudosa, v. mis *Osservazioni su iscrizioni venetiche e latine*, en *Rendiconti Accademia Lincei* VIII, IX, 1954). Al argumento documental de la constante presencia de < detrás de | (v. Lejeune, *Word* VIII, 51-52) hay que objetar por lo menos un caso de < detrás de *o* (Pe. 61). Si no pudiéramos explicar la variación por razones fonéticas (sería más probable *ig* > *ii*), tendríamos que aceptar también aquí los resultados alcanzados por M. Lejeune.

La aparición tardía (1951) de las dedicatorias a Apolo, confirmadas por las excavaciones de 1953, nos ha llevado a la formulación de una posible pareja divina venerada en Lágole, como la de Apolo-Hécate, bien conocida en la historia de las religiones. De esa opinión, de una pareja, parecía también M. Lejeune (v. *Revue de Philologie* XXVI, pág. 211), pero duda ahora sobre la femineidad de la divinidad prerromana (v. los *Post-scripta* en *Revue Philol.* XXVI, pág. 218 y *REA* LIV, 82). ¿Sería quizá más persuasiva una interpretación de *trumusiiate.i.* como epíteto de Apolo? Lo que no puedo aceptar de las suposiciones del catedrático de la Sorbona es, sobre todo, su propensión a ver dos denominaciones completamente diferentes de la divinidad, *trumusia-* y *tribu*

sia-, para mí explicables por una posible variación fonética (*b* : *m* muy común especialmente por influencia céltica; *i* > *u* por la labial siguiente). Y yo preferiría además permanecer fiel a mi interpretación de *trumusiate-*, epíteto compuesto con «tres». M. Lejeune acepta, por el contrario, mi explicación sobre el régimen de *zona.s.to* : *tona.s.to* con el acusativo por mí indicado en los epígrafes atestinos y lagolianos (v. *Revue Phil.* XXVI, pág. 216).

Lo que escribe M. Palomar Lapesa sobre la inexistencia del sufijo *-ikos* en los textos cadorinos es erróneo; y no es cierto que mi hipótesis sobre la correlación entre muchos nombres de lugar vénetos y el tipo onomástico en *-ikos* (gentilicio-patronímico) de los textos de Lágole «carece de fundamento». En las inscripciones cadorinas el sufijo *-ikos* tiene abundante documentación (priscindiendo de mi lectura |< = = *ic)*: 1. *iṭiuṷsikos*, 9. *kśutaviko.s.*, 15. *ametikus.*, 32. *aliisiko.s.*, 60. *e.siikos*, *i.ovonicus* (1953), *pi.t.ta.m.mniko.s* (1953); yo creo también—y así E. Vetter—que *-kos* precedido por conson. *n* indica una síncope vocálica de *-(i)kos:* 7. *na.i.-son.ko.s*, 11. *iion.ko.s.*, 41. *resun.ko.s.*, 51. *....n.ka.* Si ese rasgo onomástico tiene su origen en el celta (lo más probable) o en el venético, ello es cosa que no creo posible establecer con certidumbre. Lo que es seguro es la dependencia del tipo onomástico en *-ikos* de muchos nombres de lugar de la Italia septentrional y Véneto, por ejemplo: en *-igo*, *Onigo*, *Monigo*, *Ornigo*, *Lanzenigo*, *Brognoligo*, *Baduligo*, *Bicinigo*, *Bottenigo*, *Garzenigo*, *Zavernigo*, *Colonigo*, *Scomigo*, *Fostenigo*, *Franzenigo*, *Formigo*, *Fossenigo*, *Gaianigo*, etc.; en *-iga*, *Meianiga*, *Burzaniga*, *Carniga*, *Carzaniga*, *Cosniga*, *Formeniga*, *Marniga*, *Marteniga*, *Pianiga*, etc.; en *-ighe*, *Barbarighe*, *Carpenighe*, *Cernighe*, *Cencenighe*, *Fornesighe*, *Bottrighe*, etc. Hay también buena documentación de nombres de lugar vénetos en *-icus* (v. Dante Olivieri, *Saggio di una illustrazione della toponomastica veneta*, Città di Castello, 1915, págs. 51-89). Por lo que toca al paso de *tj* > *ts* en venético, supuesto por algunos sabios y negado por otros (Beeler y Lejeune), y la observación de P. Lapesa a mi explicación de *vot.t.so.m.* (pá-

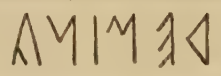
gina 521), es preciso considerar que la palatalización del grupo tiene nueva prueba en *v.olsomnos.* (de *voltiomnos* conocido en los epígrafes de Este) en una inscripción tardía de Lágole (con fórmula dedicatoria mixta venético-latina: V. S. L. M. TRUM) que voy a publicar en *Archivio ser l'Alto Adige*, 1954. Los hallazgos de 1953 han confirmado además mi hipótesis, expresada ya en 1950, sobre el valor fonético de 𐌇, que no es *h* sin aspiración, como cree M. Lejeune *(Revue Phil.* XXV, página 210), sino *h* aspirada (de *f*, como en español) o *f* (reducción gráfica de *vh* > *h); lo* ha confirmado FUTUS en escritura latina correspondiente a *hut(t)o(s)* en grafía venética local (v. mi comunicación en curso de impresión para las actas del *Convegno internazionale di linguisti* de Milán).

Nuevos documentos o el estudio más profundo (especialmente con manejo directo de los textos) de los conocidos, nos llevan a menudo a modificar las hipótesis exegéticas tradicionales y nuestras anteriores suposiciones. En algunos casos también M. Lejeune ha mudado o perfeccionado su hermenéutica, particularmente después de la revisión de los epígrafes.

Quisiera ahora añadir un caso especial ofrecido por una inscripción rética muy breve, recién hallada, que tengo el gusto de señalar aquí por primera vez.

Ese texto es el único hallazgo epigráfico de las excavaciones en Sanzeno (Val di Non, Trento) efectuadas en el mes de octubre de 1953 por la *Soprintendenza agli Scavi* de Padova. En las excavaciones anteriores (1947-49 y 1951) salieron a la luz en el mismo lugar dieciocho textos réticos (algunos muy cortos) publicados por K. M. Mayr en *Der Schlern* XXIV (1950) y XXV (1951) passim, y por mí *(Archivio Alto Adige* XLV, 1951, págs. 303-329). En la inscripción 2. *b)* (según mi numeración) sobre un alacrán en bronce se lee *χarišaremi*, dividido e interpretado por Mayr como *χarišare mi* «cancer sum»; así M. Lejeune *(Studi Etruschi* XXI, pág. 214, núm. 10) y yo también *(Archivio Alto Adige* XLV, pág. 309). Este *mi* final separado y otros argumentos nos darían una buena prueba del parentesco rético-etrusco (véase también mi ar-

tículo en *Archivio Alto Adige* XLVI, págs. 333-345). Pero en el citado artículo (*AAA* XLV, pág. 323) yo proponía otra posible división que sugería el mismo epígrafe (f. a : *..remiχ vispeχanu)*, a saber, *χariχa remi*. La nueva inscripción, que publico aquí, parece convalidar esa última división porque nos ofrece una sola palabra, sin duda un nombre de persona:



es decir, *remina*, probablemente nombre de mujer, en relación con *Remus*, *Remnius* (Schulze, *Lat. Eig.*, pág. 219), con *-ina* (o : *(i)na)* que encontramos en inscripciones de Este y de otros lugares. La nueva documentación de *remina* quita probabilidad a la división anterior *χariχare mi*, con *mi*, como es sabido, típico del etrusco. En tal caso la posición lingüística del rético no recibiría luz del pseudo *mi* de las inscripciones de Sanzeno. Si en los nuevos hallazgos encontramos a veces pruebas o apoyos para anteriores investigaciones, acontece a menudo que una simple palabra nos lleva por otros caminos antes no sospechados. Grande es todavía la dificultad e incertidumbre en estos trabajos lingüísticos que, como los realizados acerca del rético y de otras lenguas prerrománicas, se basan, hasta ahora por lo menos, en una irremediable escasez de documentos.

GIOVAN BATTISTA PELLEGRINI.

OESTRYMNIDES Y CASSITERIDES EN GALICIA

(Crítica de un estudio y nuevas aportaciones.)

Presentamos a continuación una crítica del trabajo de R. Dion *(Le problème des Cassitérides*, Latomus [Bruselas] 3, 1952, 306-314), y con este motivo reforzamos y añadimos nuevas notas al nuestro *(Casitérides*, EMERITA, 1950, 1-17, con mapa de Galicia romana).

Empecemos lamentando que en una revista tan bien informada y famosa en el mundo cultural como *Latomus* se incluya aquel artículo sobre las Cassitérides, en que no se cita nuestro referido trabajo. De haberlo conocido el autor, muy probablemente hubiera enriquecido sus puntos de vista y variado sus conclusiones.

Los tratadistas modernos sobre las Cassitérides se dividen en: 1) Los que consideran pura fábula todas las noticias sobre estas islas, por ejemplo, Haverfield (RE. s. v. *Kassiterides)*. 2) Los que creen que las islas Cassitérides son en realidad tierra firme en el W. de Europa. 3) Los que aseguran la existencia de las islas, por ejemplo, L. Siret en Armórica *(Cassit. empire col. Phén., L'Anthr.*, 1908, 129), C. Müller *(Ptol.*, II, 6, 73) y C. Jullian *(Hist. Gaule*, I, 387) en SW. de Inglaterra, Cornide *(Las Casit.*, Madrid, 1790) y García de la Riega en la costa de Pontevedra. Nosotros las situamos en los islotes que hay o (por estar hoy convertidos en tómbolos) había en la costa noroccidental coruñesa, muy cercana a tres centros riquísimos de estaño: Carballo, Santa Comba y Noya. Una variante de éstos son los partidarios de la «peregrina-

ción secular de las Cassitérides» de que abajo hablaremos.

La clave más segura para localizar las Cassitérides es el relacionarlas con el Ἀρτάβρων λιμήν *(Artabrorum portus)* de Ptolomeo II, 6, 2, puesto que esta localización se basa en determinaciones matemáticas, y precisamente en una zona en que, acaso por muy visitada por el comercio antiguo, dichas determinaciones son muy dignas de crédito, porque a veces llegan incluso a la exactitud absoluta. Ahora bien, después de haber demostrado en nuestros artículos *Galicia en Ptolomeo* (Cuadernos de Estudios Gallegos 1947, 625) y en el arriba citado, con casi absoluta seguridad (a la certeza absoluta sólo muy raramente se llega en Filología y Arqueología)—que el *Artabrorum portus* de Ptolomeo corresponde a la antigua ciudad de Duyo, «asolagada» (< *ad-sub-lacata)*, ya no se puede seguir escribiendo frases como «Une impression de confusion et d' irrémédiable incertitude se dégage de la littérature concernant les îles que les Anciens nommaient Cassitérides».

Conjugando la localización del *portus Artabrorum* en Duyo con la situación (en Estrabón II 5, 15 y III 5, 11) de las Cassitérides al N. de este puerto (a lo que no se oponen Diod. V 38, 4; Me. III 47; Pli. IV 119) se puede afirmar con mucha probabilidad que las Cassitérides estaban en la costa NW. de la provincia de Coruña.

Volviendo al autor, la traducción que presenta de Herodoto III 115 («je ne sais rien... viendrait») es demasiado libre, y por tanto imprecisa e impropia de un texto de difícil interpretación y del que hay que extraer todo el jugo expresivo; nuestra traducción es: «ni sé que existan unas (corregimos «das» que pusimos en nuestro artículo) islas Cassitérides de las cuales nos viene el estaño». Rodríguez Adrados, joven y ya consagrado helenista, nos dijo—y puede que tenga razón—que nuestra interpretación (pág. 7) de que «Herodoto desconfiaba de tales Cassitérides, pero sólo en cuanto a islas, pues afirma categóricamente que de ellas procedía el estaño que recibían los griegos» quizá sea extraer del texto más de lo que éste contenga; pero es indudable que nuestra interpretación refleja el pensamiento del autor, pues un poco más abajo

dice: «pero es un hecho el que el estaño y el ámbar nos vienen de los extremos del mundo».

El señor Dion es—como la mayoría—de los que ven contradicciones entre las distintas fuentes principales, contradicciones que en un análisis profundo hemos demostrado no existen, y que hacen que el señor Dion, para resolverlas, sea partidario de la «peregrinación secular de las Cassitérides», teoría ya vieja en España y seguida por H. Obermaier *(Impresiones viaje prehis. Galicia,* BCPM Orense 1923), Serpa Pinto *(Activité minièr. metall. âge bronze Portugal,* Anais Fac. Ciencias, Porto 1933, 5), A. García y Bellido *(Navegantes geóg. grie. Esp.,* Rev. Est. Geog. II 1941) y C. Torres *(Las Kassiterides* Cuad. Est. Gallegos 1945, 632). El no apreciar la concordancia de las fuentes y el no trabajar tomando como base la localización del *Artabrorum portus* en Duyo son los dos puntos débiles del trabajo de Dion y de todos los demás.

Respecto al *Ora Maritima*—con cuyo comentario empieza el A.—dada la psicología presuntuosa (por tanto poco científica) de Avieno y su constante y arbitraria interpolación de fuentes diversas y de distinta época (desde el siglo VIII? antes de J. C. hasta el III p. C.), debe usarse con mucha precaución y no dar lugar a conclusiones seguras. Sobre sus islas *Oestrymnides* tenemos un párrafo en nuestro trabajo (pág. 15) que seguimos considerando prudente, si bien hoy nos inclinamos a acentuar la posibilidad de que el promontorio *Oestrymnin* (v. 91; vide mapa adjunto)—«elevada mole de rocosa cima que mira totalmente al templado Mediodía»—sea el cabo Finisterre del W. de Coruña, que (como dice a continuación el periplo) forma un golfo que encierra unas islas (Lobeira Grande y Lobeira Chica?, muy propias para factorías por su proximidad a riquísimos centros estanníferos y, aunque en bastante menos proporción, plumbíferos).

En efecto, además de los cercanos centros estanníferos de Carballo, Santa Comba (en wolfram, el mayor de España) y Noya, hemos averiguado recientemente que, por lo menos ciertos filones estanníferos de la comarca de Noya, dan aproximadamente un 2 por 100 de galena argentífera, apta para

la extracción del plomo. Nosotros mismos hemos visto inclusiones de cubitos de galena en trozos de cuarzo de Noya.

Con esta riqueza estannífera estaba relacionada probablemente una vía secundaria romana que salía de la principal en Padrón *(Iria Flavia)* y se dirigía a Duyo *(Dugium* Fisterra), pasando por Bacariza, Asados, Bealo, Ponte da Barca, Cures, Noal, Noya, Ponte Nafonso, Serres, Carnota, Valdebois, Pindo, Noreira, Barca dos Cregos, S. Crimenso, Miñóns, Brens, Cée, Corcubión y Sardiñeiro. Este camino, que en parte hemos recorrido, aún conserva buenos trozos de pavimento por Cures, por entre Serres y Carnota y por entre Valdebois y Pindo. En la baja Edad Media era el que seguían los peregrinos penitenciarios (véase mapa) que después de postrarse ante el apóstol en Compostela, estaban obligados a visitar la ermita de San Guillermo en Fisterra.

Las Lobeiras deben su nombre a que, según la tradición, en ellas se refugiaban los lobos después de echarse al mar, cuando por su abundancia eran perseguidos y acorralados por las monterías que se organizaban. Cuando la invasión francesa (1809) en la Lobeira Grande se refugiaron muchas personas de Corcubión, y entonces nació en ella una dama de la familia Escaja (not. que agradecemos a M. Trillo Castro, de Corcubión).

La isla Lobeira Grande (SW. de la desembocadura del Xallas o Ezaro) presenta dos puertos naturales: Porto de Arriba y Porto de Abaixo. Además de la clara significación de estos dos topónimos aboga en favor de la antigua existencia real de estos dos puertos el hecho de que aun hoy, con motivo de la escasez de pesca en las costas occidentales gallegas—según el profesor Valiño, profundo conocedor de estas costas—la Lobeira Grande se convierte en una especie de factoría pesquera cuando en ella recalan las parejas y bous que vienen de las costas norteñas con abundante pescado, para desembarcarlo, con el fin de que lo recojan los barcos de la flota pesquera de Pontevedra y Vigo, para sus fábricas de conserva y salazón.

El Porto de Abaixo es una verdadera dársena natural de

un kilómetro N.-S. por 500 m. E.-W., con boca de 200 metros orientada al S. Esta enfilación de la boca y el existir en el E. y NE. del puerto una altura que alcanza 18 m. protegen a éste de los fuertes vientos del NE. que soplan en el verano. Además, el hecho de que al traspasar la boca hacia el S. se encuentre inmediatamente el mar abierto favorece la rápida salida del puerto en verano.

Todas estas consideraciones hacen suponer que esta isla pudo ser la más meridional de las Cassitérides (u Oestrymnides), y, por su proximidad a las ricas zonas estanníferas de Carballo, Santa Comba y Noya, el puerto principal de exportación del estaño. A esto parece que se opone a primera vista la situación de las Cassitérides al N. del Puerto de los Artabros (Duyo, Fisterra); pero reargüimos que Ptolomeo lo que da al N. de este puerto es el punto medio de las islas, no las islas mismas. En cuanto a las demás fuentes clásicas, en rigor nada se opone a que una de las islas estuviera situada a 11 km. al ESE. del Puerto de los Artabros. Una minuciosa exploración diría la última palabra.

Por otra parte, no es razonable pensar—ni bastarían para justificarlo las indudables interpolaciones y variantes del texto y el poco sentido crítico de los compiladores—que Avieno se refiera a las costas armoricanas, inmediatamente después de hablar de las Columnas de Hércules. Esto es, inmediatamente después del v. 85 *(Hic Gadir urbs est, dicta Tartessus prius)*—cuyo pasaje termina en el v. 89 *(septentrione, sed loco certae* tenent.)—es muy improbable que en el v. 90 y siguientes *(et prominentis hic iugi surgit caput, Oestrymnin)* Avieno se refiera a las islas de Armórica o de Cornualles. Bastante trabajo cuesta aceptar—pero es lo menos ilógico y, tratándose de Avieno, posible—que éste salte en su descripción desde el Estrecho de Gibraltar hasta la costa coruñesa. Suponemos que Avieno—al igual que frecuentemente Estrabón, según nuestras observaciones—yuxtapuso los dos pasajes pertenecientes a dos regiones geográficas distintas, por la semejanza de contenido: ambas tratan de elevadas montañas que se adentran en el mar; Avieno prefirió, una

vez más, la poesía a la ciencia, en este caso geográfica.

Con nuestra interpretación se evitaría el pensar que el mismo nombre de *Oestrymnida* se aplicara a dos regiones (Bretaña y Galicia), puesto que sólo se aplicaría a Galicia.

Fundándose en la reconstrucción topográfica de la desembocadura del Loira por L. Maître *(Les villes disparues des Namnetes* 1893, 97-111)—y en el hallazgo en sus cercanías de minerales de estaño y plomo argentífero de abundantes restos de fundición y de objetos de la Edad del Bronce—afirma Dion que el golfo Oestrímnico era el que existía en las actuales praderas al N. de Donge y St. Nazaire, que abrigaba unas islas rocosas hoy desaparecidas bajo la colmatación de la ría. También consideramos posible su teoría, pero advertimos que a la entrada de esta ría no hay ninguna «elevada mole de rocosa cima que mira totalmente al templado Mediodía»; la punta de Chemulins (probablemente baja), al SW. de St. Nazaire, sale poco y está situada demasiado afuera y por tanto muy alejada de las citadas islas. Además, observemos que, por lo menos en el siglo I a. de J. C. ni de aquí ni del resto de Bretaña se exportaba estaño al Mediterráneo, puesto que Estrabón III 2, 9 dice: «(estaño) lo hay en la región de los bárbaros situados al N. de los lusitanos, y en las islas Cassitérides y por otra parte desde Britania es transportado a Marsella», y Diodoro V 38, 4 (ex Posidonio, por tanto antes de la pacificación de las Galias por César): «Por otra parte también de la isla Británica [Inglaterra] es transportado mucho estaño a la Galia, que está en frente, el cual sobre los caballos de los comerciantes y atravesando el centro de la Céltica, llega a los massaliotas y a la ciudad llamada Narbona»; de esto evidentemente se infiere que no se exportaba (y acaso ni se explotaba) el estaño bretón, pues de exportarse lo hubiera citado Estrabón, y, por otra parte, no se exportaría el de Cornualles, mucho más lejano y costoso.

A causa de la interpretación errónea del κατὰ τὸ Βρεταννικόν πως κλίμα de Estrabón II 5, 15, el A., siguiendo a C. Jullian y otros sitúa las Cassitérides en las Scilly o Sorlingas del cabo Land's End. Pero en nuestro trabajo (pág. 9) hemos afirma-

do: «El que Estrabón, en este importante pasaje sitúe concretamente las islas en el mismo paralelo que el de Britania (propiamente sólo el paralelo de su costa S.) no se opone a nuestra localización ni debe extrañar, puesto que en él la latitud de esta isla (Inglaterra) es tan excesivamente meridional que su costa S. llega casi a tocar los Pirineos retirándose la Céltica (Francia) mucho más al E., conforme aumenta la latitud (véase mapa adjunto a la edición de H. L. Jones Heinemann London 1917 I)»; también se aprecia el error estraboniano en C. Müller: *Geographi Graeci Minores. Tabulae*, París, 1855, II.

La clara adscripción de estas Cassitérides británicas a España en Estrabón es explicada por el autor considerando que la empresa comercial estaba en manos de los púnicos; argumento en sí de muy poco peso porque ello no sería obstáculo para que el mismo Estrabón y Ptolomeo las citaran al hablar de los *Dumnonii* de Cornualles, pero especialmente porque Ptolomeo sitúa el punto medio de estas islas de manera matemática 18 km. al NNW. del cabo Vilaño (NW. de la provincia de Coruña), lo cual está exactamente acorde con la situación «al N. del Puerto de los Artabros» que le asigna Estrabón III, 5, 11.

El autor mismo (pág. 312) se hace una aguda pregunta —que favoreciendo nuestra tesis, ciertamente no se nos había ocurrido—que con su localización de las Cassitérides en la desembocadura del Loira y en las Scilly queda sin responder, mientras que no hay lugar a proponer dicha pregunta si situamos las islas en el NW. de Coruña: «Pouvait-on, à Athenes et à Rome, ne pas s'apercevoir qu'il existait un moyen d'atteindre cet archipiel par une route plus courte, coupant à travers le continent; un moyen de déjouer Carthage et de devancer sur les marchés de l'étain, en traversant, depuis Marseille ou Narbonne jusqu'aux rivages de la Manche ce que Strabon appelle d'un mot qui devait faire fortune *l'isthme gaulois?*» En efecto si las islas Cassitérides hubiesen estado por Bretaña o Cornwall, de nada hubiera servido a los púnicos prohibir el paso por las Columnas de Hércules.

El trabajo de Dion, en general—salvo el error básico señalado y el dejarse llevar por opiniones ajenas—es meritorio, por el manejo eficiente de las fuentes y bibliografía y las sugerencias que aporta para el estudio del comercio en la antigüedad.

LUIS MONTEAGUDO.

AUN MAS DE *OBORIVNTVR, ST.* 165

Contestaba el señor Pariente en el pasado número de esta revista, pág. 163, a mi observación, publicada allí mismo (páginas 161-63), sobre la inutilidad de corregir ese verso, que con *i* consonántica (o asilábica) resulta un perfecto senario, advirtiendo él que tal «explicación exigiría cantidad larga en la *or* de *oborịuntur* y por lo tanto nos obligaría a suponer un crético en el tercer pie».

Un cabo, pues, quedaba por atar en la rapidísima exposición de mis opiniones acerca de *i*/*ị* como variantes 'facultativas' de un mismo fonema en latín. En efecto, cuando se produce la variante asilábica o consonántica, esta yod puede pronunciarse o no, también facultativamente, (puede o no—mejor dicho—percibirse) en la misma sílaba que la cons. precedente, es decir, puede o no hacer que ésta cierre la sílaba anterior: caben las pronunciaciones y percepciones *o-bo-ri-un-tur*/*o-bo-riun-tur*/*o-bor-iun-tur*.

Unas previas reflexiones tienden a mostrar cómo es ésta la única suposición natural: 1.° El hecho no es nada insólito, sino lo mismo que con las otras antiguas sonantes *r*, *l* sucede en su agrupación con una cons. anterior (posibilidades en lat. limitadas aquí a las oclusivas), grupo que siempre vaciló, según la clase social de los hablantes, según el género de poesía o según el capricho o necesidad métrica, entre ambas variantes de pronunciación, la bisilábica, cerrando sílaba, o la monosilábica. 2.° Los grupos cons. + *ị* se daban en comienzo de palabra, donde por fuerza tenían que ser monosilábicos: *Trin.* 843 *huic ego dịe nomen Trinummo*, donde, como

se ve, la segunda síl. de *ego* no es cerrada por la *d-; ib.* 730 *potĕst i̯ieri prosum, li̯enosum Cas.* 414, *di̯uturnitas* Syr. *Sent.* Com. Rom., pág. 297, etc.

Pero no es preciso que nos entretengamos más en consideraciones previas, cuando los testimonios directos de esta posibilidad de pronunciación (o, mejor, percepción) de los grupos cons. + *i̯* existen, si bien innegablemente más raros que aquellos en que el grupo cierra sílaba. Recordemos en primer lugar el conocido fin de verso de Lucr. II 991, *semine ori̯undi* (cfr. el comentario de Lachmann *ad l. c.*, pág. 129), y el fr. de Lucilio 438 Marx (ap. Nonio, pág. 281), *primum dominia atque sodalicia omnia tollantur*, donde a pesar de algunas manipulaciones propuestas (v. com. de Marx *ad l. c.)*, lo único legítimo es entender, como hace el citado editor, fin de verso en *omni̯a* y que por tanto *pri-* es el cuarto semipié y *-mum dominia at-* un coriambo. Añádase todavía en los poetas dactílicos el caso de *tenuis* con *u* 'consonántica' y primera sílaba breve repetidas veces en Estacio: *Th.* V 597, *rapta cutis tenui̯a ossa patent*, VI 196, etc. (XII 2 y *Silu.* I 4, 36 *tenui̯ore)*.

En los cómicos los casos, si más abundantes naturalmente, son menos fáciles de presentar claros y convincentes: casi siempre está el recurso de la corrección, la transposición, suponer alguna 'licencia' métrica; veamos, sin embargo, algunos innegables y otros en que—nos parece—siempre la solución de *i̯* no silábica es muy preferible a esas otras alteraciones o hipótesis:

Pl. *Ep.* 272: *sicut cras hic aderit: hŏdi̯ĕ nōn uenerit* :: *Qui* [*scis?* :: *Scio* (1).

Most. 169: *'non uestem amatores amant mŭli̯ĕrīs sed uestis far-* [*tum* (2).

---

(1) Corrigen *uĕnit* los editores.

(2) Suponer 'elisión' de la *-s* para tener un proceleusmático o, con *-i̯-*, pero alargando la primera sílaba, un dáctilo, que además irían contra la ley que prohibe coincidencia del fin de palabra con el del pie en estos casos (aunque el ser primer pie del segundo miembro disculparía la licencia), es suposición que apenas puede tenerse en

Trin. 200: *neque mendācĭlŏquĭus neque adeo argutum magis* (1).
Truc. 94: *cum ea ergō quŏque ĕtĭam mihi fuit commercium* (2).
ib. 138: *uos mihi dedistis otium* :: *Quĭd ĭam, ămābo?* :: *Ego ex-*
[*pedibo* (3).
Ter. *Hec.* 430: *ĕre, ĕtĭām nunc tu hic stas?* :: *Et quidem te ex-*
[*specto.* :: *Quid est?* (4).

Tales son los casos que encontramos sin una rebusca metódica en todas las comedias; aparte los de *-ueniat* con valor yámbico (curioso que sólo con compuestos: *Ep.* 290 *ēuĕnĭāt*, *Ps.* 1030 *ādŭĕnĭāt*, *Trin.* 93 *pĕrŭĕnĭāt* y algunos más), que aparecen así escritos en los códices, basándose sólo en la suposición (no infundada, desde luego) de un subj. independiente del tema de presente, las lecciones con *-uenat* que ofrecen las ediciones.

Todo lo anterior demuestra que el sentimiento de sílaba abierta era posible ante cons. + *ĭ*; de ningún modo que una u otra percepción se produjeran indistintamente. En estos casos de vacilación, en efecto, rara vez se dan indistintamente las dos posibilidades, y una de las dos tiende a presentarse como la normal, siendo la otra la 'licencia': así era lo normal en el gr. homérico el sentimiento de síl. cerrada ante oclusi-

---

cuenta, y menos conociendo la tendencia del primer pie del segundo miembro del setenario yámbico a ser un anapesto.

(1) Los otros MSS (y lo admiten de ordinario los edd.) suprimen *adeo*, con lo que tendríamos además una versificación muy deficiente:

neque mendaciloquĭūs | nĕque ārgutum magis

(2) Sólo *cum ergo* en BCD, *cum ea* LZ (códice lipsiense y edición príncipe, de valor nulo para conocimiento de la tradición manuscrita, y con sólo el de correcciones antiguas). De *cum ergo* casi inevitablemente tiene que deducirse *cum e(a) ergo*.

(3) *Quidiam*, por la frecuencia de su ligazón en interrogaciones tiene el valor de una sola palabra (*quidnam* L). Los edd., siguiendo al ambrosiano, sustituyen por *qui*.

(4) Lindsay en su edición relega entre corchetes el *nunc*, lo que no tiene otra justificación que la puramente métrica.

va + líquida, como en el ático clásico al revés, igual que en el latín (pero no en lat. vulgar para la síl. tónica: *teṇẽbra)*. Y así fué en lat. normal el sentimiento de sílaba cerrada ante el grupo cons. + *i̯*, si bien fuera fácil prescindir por conveniencias rítmicas de esa sensación normal.

AGUSTÍN GARCÍA.

Universidad de Salamanca.

SOBRE LA PREHISTORIA DE LOS DIALECTOS GRIEGOS

(A propósito de un libro de F. R. Adrados) *

El problema de la génesis de los dialectos griegos es sin disputa uno de los más interesantes que tiene planteados la lingüística histórica del griego, tanto por las dificultades que encierra (datos generalmente insuficientes y de valor muy desigual, métodos poco perfeccionados todavía), como por lo que de su solución se puede esperar para la prehistoria del griego y de los griegos. En su reciente monografía Adrados ha atacado de frente este problema del modo más decidido, tratando más bien de delinear una metodología—que es evidentemente la labor más urgente—que de dar una solución total a tan espinosa cuestión, aunque incidentalmente proponga, como ilustraciones del método propugnado, sus soluciones a muchos aspectos centrales de aquélla.

En el punto de partida de A. hay una reacción vigorosa contra la utilización de mitos y tradiciones y contra la clasificación tradicional en tres dialectos puros y varios dialectos mixtos, que equivale a postular casi *a priori* una serie de particularidades para los primeros, aunque a veces se opere históricamente haciendo de esos tres dialectos puros tres capas

---

* F. Rodríguez Adrados: *La dialectología griega como fuente para el estudio de las migraciones indoeuropeas en Grecia.* Acta Salmanticensia, Filosofía y Letras, tomo V, núm. 3. Universidad de Salamanca, 1952. 74 págs.

de inmigrantes. A. aboga decididamente por la necesidad de utilizar datos exclusivamente lingüísticos y de prescindir de toda construcción teórica previa que pueda a modo de *petitio principii* predeterminar los resultados de la investigación. Por el contrario, el método a seguir debe consistir en el estudio de las coincidencias interdialectales para extraer de cada una de ellas, con criterios puramente lingüísticos, las deducciones pertinentes sobre la diversificación dialectal del griego, teniendo siempre muy en cuenta la cronología relativa de cada fenómeno. La base del análisis está constituída por dos premisas: una, de orden lingüístico, es la concepción de la diversificación dialectal del griego como una evolución a partir de una unidad lingüística postindoeuropea o indoeuropea dialectal, que, denominada «griego común», tiene que ser admitida, al menos como entidad teórica constituída por el conjunto de rasgos griegos (esto es, que diferencian al griego de otras lenguas indoeuropeas) comunes sin diferenciar dialectalmente (1); la otra premisa es de naturaleza más externa y se refiere al hecho de que los griegos llegaron a Grecia desde el Norte, lo que hace que el proceso de diversificación dialectal sea substancialmente distinto del de una lengua cuya población permanece *in situ*.

A. clasifica las coincidencias interdialectales bajo tres grandes rúbricas, de las cuales la 1.ª, «arcaísmos», y la 3.ª, «innovaciones» (que hay que distinguir de las coincidencias por préstamo y por comunidad de sustrato) han sido hasta ahora más tenidas en cuenta que la 2.ª, «elecciones», que es mérito

---

1 La explicación de la diversidad dialectal griega como el resultado de la yuxtaposición de elementos indoeuropeos de procedencia diversa (Pisani) existe también para las lenguas itálicas (Devoto). Notemos que en este último caso el estudio interno sistemático de la evolución prehistórica de esas lenguas (A. Martinet, «Some problems of Italic consonantism», *Word* 6, 1950, pág. 26 sigs., y W. G. Diver, *The relation of Latin to Oscan-Umbrian*, 1953) ha mostrado la perfecta coherencia del grupo itálico. En el caso del griego, no cabe duda de que se llegaría a la misma conclusión.

grande de A. haber utilizado decididamente como elemento de juicio (ejemplo de elección entre formas equivalentes en «griego común» es la generalización de -μες en los dialectos dorios y de -μεν en los demás como desinencias de 1.ª pl. activa). En principio un arcaísmo conservado en dos dialectos no prueba «comunidad específica» de esos dos dialectos, sino «comunidad general», esto es, resulta del hecho de proceder ambos del «griego común». Pero una serie numerosa de arcaísmos coincidentes frente a innovaciones de otros dialectos tiene ya fuerza probatoria de comunidad específica (vid. sobre todo, pág. 26). Las elecciones tienen más valor que los arcaísmos para determinar una comunidad específica, concretamente, para agrupar los dialectos en cuestión; pero por su misma naturaleza hacen imposible una cronología relativa, de suerte que resulta imprecisable el momento de la comunidad (pág. 28). Fácilmente se comprende que la coincidencia en una misma innovación sea el elemento de juicio de más valor para probar la comunidad genética de dos o más dialectos. Su uso, no obstante, requiere la mayor prudencia, ya que una coincidencia de dos o más dialectos en una innovación puede haber sido producida por sustrato (pág. 59; entendiendo por tal un dialecto distinto o bien un dialecto de los que presentan la innovación) o por préstamo de un dialecto a otro (pág. 54). Pero lograda la certeza de que tampoco se trata de una tendencia común a varios dialectos (pág. 46 y siguientes; v. gr.: el uso del artículo como relativo) ni de desarrollos paralelos que obedezcan a tendencias menos extendidas que las generales (pág. 52; v. gr.: dat. pl. en -εσσι y en -οις en los temas consonánticos), la coincidencia en una innovación tiene fuerza probatoria especial, aunque el número de casos sea reducido: según su naturaleza, demuestran comunidad predialectal (pág. 63; anterior a la diversificación del griego común), postdialectal (pág. 64; propagación de la innovación entre dialectos en su situación histórica) y dialectal (pág. 66; genealógica, la que tiene mayor interés para establecer las líneas seguidas en la diversificación).

Los resultados concretos más importantes logrados por

Adrados al ilustrar con ejemplos sus consideraciones metodológicas son los siguientes: Los dialectos «dorios» por el elevado número de coincidencias en arcaísmos y por las innovaciones y elecciones comunes que presentan, constituyen una comunidad específica de origen; la rareza de estos dos últimos tipos inclina a pensar que esa comunidad fué poco fuerte (o de poca duración) mientras que el número elevado de arcaísmos hace verosímil que se trata de una comunidad estática (págs. 18-23).—El grupo jónico-ático se caracteriza muy claramente por un número apreciable de innovaciones y de elecciones sobre todo (págs. 29-34); este carácter innovador hace verosímil que fuese el dialecto de un grupo étnico que se separó pronto del conjunto.—Que el grupo «eolio» o «aqueo» no fué el primero en separarse, se demuestra por la falta de elecciones, innovaciones e incluso de arcaísmos que prueben comunidad entre «dorio» y «jónico-ático» (págs. 36-45).—Por otra parte, no hay ninguna elección común al «eolio» y al «dorio», lo que demuestra que el «eolio» se separó pronto del «dorio» (pág. 34). Los resultados, como se ve, parecen venir a confirmar la teoría de las tres oleadas de inmigrantes sustentada por Kretschmer y Tovar. Pero en dos puntos importantes se aparta A. de ella: *a*) por la repugnancia a admitir la superposición de capas como interpretación de la estructura de los «dialectos mixtos», especialmente del arcadio (jónico + «eolio» según los autores mencionados); *b*) por considerar que la línea de separación étnica para la inmigración no siempre coincidía con importantes isoglosas dialectales. Así, el arcadio sería un dialecto del grupo invasor «eolio» que antes de la disgregación estaba próximo al jónico, con el que tiene en común tres innovaciones (τέσσερες, ἱερός, **ts* > σσ > σ después de vocal breve) y varias elecciones (págs. 34-35). Dentro de la misma línea de pensamiento A. explica la coincidencia entre Homero, tesalio, beocio y dialectos dorios en presentar infinitivos en -μεν, nom. pl. τοί, ταί del artículo, y el pronombre τύνη τοὔνη, como características de un dialecto «eolio» de transición con el grupo dorio; efectivamente, la explicación por superstrato dorio en tesalio y beocio es inverosímil, ya que en Home-

ro es inadmisible la existencia de dorismos (pág. 24 sg.).

Hasta aquí, el contenido del libro de A., de lectura un tanto difícil por el carácter abstracto del tema, por su densidad y por las continuas alusiones a hechos o doctrinas expuestos en las páginas que preceden o que siguen. Basta la lectura de las conclusiones que acabamos de resumir para percatarse de la importancia que tiene esta monografía del querido compañero y amigo: llevando a cabo con todo rigor la clasificación de coincidencias en arcaísmos, elecciones e innovaciones—que generalmente apenas si se había sentido la necesidad de establecer—, difícilmente se puede sacar más partido de unos datos puramente lingüísticos.

Séanos, por ello, permitido analizar más de cerca algunas de las cuestiones tratadas por A., con el afán constructivo de aportar algo para la reconstrucción del proceso genético de los dialectos griegos.

La utilización decidida del concepto de elección permite a A. valorar mejor la fuerza probativa de ciertas coincidencias dialectales. La elección presupone la coexistencia de las formas entre las que se elige. Así la elección, en la 1.ª pl. activa, -μες del grupo dorio frente a -μεν de los demás dialectos, supone un estado de lengua en el que indiferentemente se usaban -μες y -μεν, una vez que por sincretismo se hubo perdido la distinción de valores de significado que estas dos desinencias tenían en indoeuropeo. Otra elección que se puede añadir es el uso de -οις o de -οισι para el dativo plural de los temas en *-o-*; supone un estado (atestiguado) en que por el sincretismo de casos la forma -οις, que es un antiguo instrumental, y la forma -οισι, que es un antiguo locativo, se usaban indiferentemente. Sin duda tiene A. razón al considerar resultado de una elección las diversas formas de infinitivo -ναι, -μεν, -μεναι. Pero no creemos que los aoristos y futuros en -ξ- del «dorio» (A. se refiere al tipo hom. ἀλαπάξω, πολεμίξομεν) frente a -σ- del resto (salvo arcadio y Homero) puedan ser interpretados como resultado de una elección (pág. 19), ya que ello exigiría que en unos dialectos sólo existiera -ξ- y en los otros sólo -σ- o al menos uso indiferente de -ξ- y -σ-,

cosa que no ocurre, pues (prescindiendo del tipo arg, ἐργάσσαντο, disimilación por evitar dos guturales seguidas) en jónico, ático y lésbico se encuentran -ξ- y -σ- en las formas donde regularmente deben aparecer (la única excepción es ático ἁρπασαι). Se trata, pues, de una innovación de Homero, arcadio y «dorio» (acaso una isoglosa postdialectal de «dorio» y «arcadio» y un desarrollo independiente en Homero). En otros casos, no nos atreveríamos a admitir la elección: así, tratándose del orden de palabras αἴ τίς κα de los dialectos occidentales (frente a los demás con κεν o ἄν en segundo lugar), ya que puede ser una innovación: «se trata de la tendencia de τις a interponerse ante la que solía ser la segunda palabra de la frase» (pág. 21).

A. distingue teóricamente entre préstamo (paso de una innovación de un dialecto a otro, generalmente contiguo) y comunidad postdialectal (coincidencia de dialectos contiguos en una innovación, que «nace en todos ellos simultáneamente»). Véanse págs. 54-59, 64-65.—El concepto de préstamo con que opera A. parece comprender dos fenómenos distintos. Uno es el paso de una innovación aislada de un dialecto a otro contiguo, que no recibe el fenómeno más general al que pertenece el elemento lingüístico en cuestión (así dor. ἦνθον pasa al arcadio de Tegea y Megalópolis, donde no se conoce el paso general -λθ- > -νθ- y -λτ- > -ντ-; pág. 56). Otro es la extensión de una innovación que afecta a todos los sonidos o formas de una categoría (así -ττ- en beocio y en ático, páginas 56-58). Por mi parte, reservaría el nombre de préstamo para el primer tipo de fenómenos. En cuanto al segundo tipo, creo que es prácticamente imposible distinguirlo de lo que Adrados llama comunidad postdialectal y que la distinción difícilmente puede conducir a resultado alguno para el problema general planteado. A. parece considerar que át. -ττ- resulta de una extensión de una innovación originada en el beocio, por el hecho de que en este dialecto -ττ- tiene mayor extensión que en ático (*-*ts*- > beoc. -ττ-, át. -σ-). No obstante, se puede suponer que en el momento de la última invasión los beocios mantenían -*ts*- de cualquier origen (un indicio de

ello es que -ττ- no aparece en otros dialectos; los fenómenos similares del cretense son tardíos e independientes) y que en ático el grupo *-*ts*- originario había pasado ya a -*ss*- (la cronología no necesita ser rigurosamente simultánea para los distintos dialectos), mientras que subsistía -*ts*- procedente de *-*ḳi̯*- y *-*tu̯*-. En estas condiciones nos parece que es igualmente probable la «comunidad postdialectal» y que en cualquier caso el fenómeno no es antiguo, sino reciente, de una época en que ático y beocio eran dialectos contiguos. Viceversa, la desinencia jónico-ática de 3.ª pl. -σαν, poco frecuente en Homero, que A. interpreta como hecho de comunidad postdialectal, podría ser concebida igualmente como una extensión desde el jónico o desde el ático; su rareza en Homero prueba únicamente que la innovación se produjo en fecha reciente, cuando el proceso formativo de la lengua épica ya estaba avanzado.—Sólo en casos especiales se puede precisar la verdadera naturaleza del fenómeno. El paso -ρσ- > -ρρ- («arc. jón. occ., at., tes., el., meg.»), que en la pág. 55 se incluye, aunque con vacilación, entre los préstamos del dorio al arcadio (y al ático) resulta ser claramente una isoglosa que comprende Grecia central (Eubea, Atica, Mégara, Beocia, Lócride, Fócide, Epiro) y el norte del Peloponeso dividiendo a Arcadia (-ρρ- en Mantinea frente a -ρσ- en Tegea, Megalópolis, Telpusa), Corinto y Elide (regiones donde se atestiguan -ρσ- y -ρρ-). Tera es un islote aparte. El hecho de que Laconia y Argólide desconozcan -ρρ- impide ver en dicho paso una innovación doria y, por ser esas dos las regiones que dorizaron Arcadia, resta verosimilitud a la hipótesis del préstamo. En otro caso, la consideración de la cronología y de la estructura del sistema de la lengua permite obtener resultados interesantes. Así, pág. 55, A. se refiere al paso ηι > ει, ωι > οι (se trata sin duda de los diptongos finales) «característico del ático» y que se da también en Eretria y Oropo. En efecto, en estos dos lugares ca. 400 a. de J. C. se atestigua ya -ηι > -ει, -ωι > -οι (-āι es desconocido), lo que obedece sin duda a la tendencia a eliminar los diptongos «largos» abreviando su primer elemento. En ático, por el contrario, dicha tendencia se

realiza dejando perder el último elemento, pero en fecha muy posterior: -ᾱι y -ωι pasan a -ᾱ y -ω respectivamente en el siglo II a. de J. C. Solamente -ηι pasa a -ει y ello ca. 375 a. de Jesucristo. La causa de esta conducta aberrante de -ηι está, a mi modo de ver, en las necesidades del sistema fonológico: la monoptongación del diptongo auténtico ει en ē, que tuvo lugar en ático ca. 400, dejó una casilla vacía en la serie de diptongos breves, casilla que pasó a ocupar -ηι con la abreviación de su primer elemento. En suma, hay una tendencia general a la eliminación de los diptongos largos común a todo el griego; el paso ático -ηι > -ει, sin paralelo dentro del dialecto, resulta de esa tendencia general y de las condiciones del sistema ateniense de vocales y diptongos. No hay lugar, por consiguiente, para admitir una conexión especial entre este fenómeno ático y el de Oropo y Eretria.

A. impugna decididamente las explicaciones por el sustrato porque en la mayoría de los casos otras interpretaciones son igualmente posibles y porque tales explicaciones parten de «la existencia de los tres dialectos primitivos, admitidos como cosa natural» (pág. 8), lo que podemos considerar equivalente a atribuir realidad étnica y lingüística ca. 2000 a. de Jesucristo a una clasificación muy posterior de los dialectos hecha por un gramático alejandrino y reproducida por Estrabón, p. 333. El análisis que hace A. de características como inf. -ναι / -μεν / -μεναι (resultado de elección, pág. 32), εἰ / αἰ / ἠ (ídem, pág. 31 sg.), κε, κεν, κα, κᾱ / ἄν (ídem, pág. 33; coexistente en arcadio εἰκ'ἀν y en ático εἰ junto a ἐάν < *ἠ ἀν), τέσσερες, ἱερός, -σσ- > -σ- (innovaciones comunes al arcadio y al jónico, pág. 35), inf. -μεν, artículo τοί, ταί, pronombre τύνη (atestiguados en Homero, tesalio, beocio y «dorio») colocan a A. «ante la realidad de la no coincidencia de isoglosas y de que los rasgos más antiguos de diferenciación dialectal preceden a la disgregación definitiva» (pág. 35 sg.). El arcadio representaría una transición entre el jónico-ático y el «eolio» que en las migraciones «quedó englobado en el grupo eolio» (pág. 36). «El beocio y el tesalio son en su origen dialectos de transición entre el griego occidental y el oriental (el

eolio concretamente) que fueron englobados en la migración de los pueblos de este último dialecto».

Esta interpretación de dialectos tradicionalmente considerados mixtos como dialectos de transición nos parece convincente, desde luego más probable que la del substrato, que por cierto no explicaría los «dorismos» de Homero. Pero ¿por qué admitir esquemáticamente tres invasiones? Rechazada en su mayor parte la teoría del substrato, no tiene justificación el seguir operando con el apriorismo de las tres invasiones. ¿Por qué el arcadio no hubo de ser el dialecto de una ola de inmigrantes y el beocio-tesalio el de otra u otras dos? Parece evidente que, con fidelidad al sano rigor metódico que A. propugna, hay que abandonar todo esquema previo y renunciar a denominaciones generales vagas como «eolio» y «dorio», que derivan de simplificaciones y abstracciones. Sobre todo el término «eolio» es extremadamente peligroso. La preposición cret. ἰν, atestiguada también en arcadio y en chipriota, es para A. «substrato eolio» (pág. 60). Los participios de perfecto en -όντες (Homero, lesbio, tesalio, beocio) son en Quíos y Esmirna producto de sustrato «eolio» (pág. 61 sg.). Pero ¿es que el sustrato predorio de Creta ha de ser identificado con el sustrato del norte de Jonia? Al menos la ausencia de ἰν en lesbio, tesalio y beocio no lo autoriza. Por otra parte, hay que tener en cuenta que la comunidad de dos dialectos no necesita ser originaria; la hipótesis de que las elecciones e innovaciones comunes al jónico y al arcadio hayan surgido en el II milenio, antes de la invasión doria, cuando los jonios ocupaban, al parecer, el golfo Sarónico y los arcadios el Peloponeso entero (o casi entero), es sin disputa altamente verosímil.

Parece, pues, inexcusable renunciar a todo agrupamiento de dialectos. Las reglas metódicas sentadas por A. necesitan ser aplicadas operando con cada dialecto por separado; mejor aún, con los datos de cada lugar, ya que se da con frecuencia el caso de que el dialecto de una región está lejos de presentar la uniformidad que se le supone. Esto es obvio, sin más, en el caso del tesalio. Ya hemos visto *supra* cómo la caracte-

rística -ρρ- (< -ρσ-) no es común a todo el arcadio, sino sólo de Mantinea. En la pág. 24 el arcadio -κατιοι *(lapsus* por -κασιοι) es en realidad un rasgo local de Tegea (sólo τριακασιοι), frente a εἴκοσι, también de Tegea, ya que a Estinfalo (τριακοσιαις) no llegó este dorismo. Sería asimismo interesante estudiar el lugar y la cronología del testimonio del arc. τέσσερες (pág. 35).

Ni los datos lingüísticos, ni los históricos, ni ninguna necesidad teórica permiten representarse las invasiones de un modo excesivamente simplista, reduciéndolas a tres y estableciendo un proceso de división bipartita (pág. 36), que no es sino la consecuencia parcial del principio de que se ha partido. Ni siquiera la última invasión tiene uniformidad: los tesalios, los beocios, los dorios que conquistan Argos, Laconia y Creta y los dorios del NW. son por lo menos tres ó cuatro grupos étnicos y lingüísticos bastante bien definidos. Naturalmente, la mayor falta de datos para las inmigraciones predorias no autoriza a imaginarlas menos complejas.

En mi opinión, una de las claves para la comprensión del fenómeno complejo que son las invasiones está en el pasaje de Heródoto VII 176, según el cual la Tesaliótide se llamaba Αἰολίς antes de ser ocupada por los tesalios tesprotos, y en la observación, debida a O. Hoffmann (1), de que los Αἰολῆς no aparecen en la épica homérica. De este modo, los Αἰολῆς resultan ser sólo una estirpe que permanece en las laderas del Pindo durante el segundo milenio hasta que, en el complejo de la última invasión, son empujados por los tesalios hacia el Este y hacia el mar, desde donde pasan a colonizar la que por ellos se llamó Eólide de Asia Menor en época posthomérica. La primera colonización de estas costas anatólicas, reflejada en la *Ilíada*, fué obra de Aqueos, de los que parte la tradición épica; esta tradición es recogida por los eolios y luego, como es sabido, por los jonios. Grupos de estos Αἰολῆς de la montaña fueron arrastrados por dorios y beocios y llevados a Corinto y al norte del golfo de Lepanto, entre Cali-

(1) *Geschichte der griechischen Sprache* I_2, pág. 31.

dón y Pleurón, donde Tucídides nos atestigua su existencia. La reconstrucción histórica que proponemos es especialmente recomendable por la luminosa explicación que proporciona a los hechos lingüísticos. Los «dorismos» del texto homérico proceden sin duda de los Αἰολῆς, que por su situación antes de la invasión doria, estaban comprendidos en isoglosas comunes a otras estirpes de la montaña (tesalios, beocios, dorios), mientras que por otra parte presentaban otras particularidades lingüísticas en común con los Aqueos que ocupaban ya la llanura de Tesalia y otras regiones de Grecia, entre ellas el Peloponeso. Las peculiaridades comunes al arcadio y a Homero se explican bien como características de la fase de épica aquea que se desarrolló en las mismas costas de Asia Menor a raíz de los acontecimientos de Troya. Si nuestra interpretación es cierta, no deberá encontrarse en Grecia meridional ni en Creta ninguna peculiaridad específica atribuíble al sustrato eolio *(sensu stricto)*. Efectivamente, entre los pocos hechos de sustrato admitidos por A., el único que afecta a nuestra teoría es cret. ῐο (gen.), ῐοι (dat.), que A. (pág. 61) identifica con hom., lesb., tes., beoc. (no sólo femenino, al menos en Homero hay Z 422 ἰῷ ἥματι). La explicación de ἴα (y secundariamente de ἰῷ) como refección de μία por analogía con εἷς nos parece clara. En cuanto a la forma cretense, no es un numeral, sino un demostrativo (atestiguado sólo en masculino), lo que hace muy dudosa la identificación con ἴα de los otros dialectos citados. De la glosa cretense de Hesiquio ἴττον · ἕν, que se podría aducir, no se sigue la existencia de un numeral *ῐο-, ya que puede estar formada sobre el tema οἰ- (οἰ-Fος) en grado cero, como τριττός de **trei-*. Si, no obstante, se admite la existencia de la identidad de las formas cretenses con las eolias, podría darse la misma explicación que para los dorismos homéricos o pensarse en desarrollo paralelo en tanto no se señalen más hechos similares. El tratamiento del grupo *-ns-* reciente en el dorio de Cirene (καθάραισα, ἀποστέλλοισα), idéntico al que presenta el lesbio, tampoco prueba nada (1);

(1) El participio τελεσφορεντες de Cirene aducido por A. (pági-

ya el desacuerdo entre lesb. παῖσα y tesalio πάνσα indica la modernidad del tratamiento; pero, además, el desacuerdo entre Cirene y su metrópoli Tera (-ωσα), prueba que cuando parten los colonos (ca. 630), el grupo *-ns-* no había evolucionado todavía (1).

La complejidad de los movimientos inmigratorios de los griegos, que acabamos de ver clara en el caso de los Αἰολῆς, resta muchas posibilidades a un método que trata de determinar el proceso de ocupación de la Hélade por los griegos indoeuropeos operando con datos exclusivamente lingüísticos. La lingüística tiene evidentemente su palabra que decir, pero los resultados a los que ella por sí sola puede llegar están tan llenos de imprecisiones y de alternativas, que toda concreción ha de proceder de la combinación de aquéllos con los logrados por la arqueología y sobre todo con aquellas tradiciones históricas no sospechosas de desfiguración interesada, como desgraciadamente es el caso de las leyendas sobre antepasados míticos, con las cuales se trató en Grecia muchas veces de dar una justificación a determinadas aspiraciones políticas. Que resulta difícil operar con criterios exclusivamente lingüísticos, lo demuestra A. cuando (pág. 61 sg.) atribuye a sustrato «eolio» los participios de perfecto en -όντες de Quíos y Esmirna: sin la tradición histórica que nos habla de cómo los jonios conquistan esa región sur de la Eólide, lingüísticamente sería más verosímil en esa región fronteriza la hipótesis de un préstamo; como préstamo, por ejemplo, o hecho de comunidad postdialectal se inclina A. (pág. 61) a interpretar lac. Πο*h*οιδαν, junto a arcadio Ποσοιδαν-ος, usualmente ex-

---

na 61) como presente atemático, producto del sustrato «eolio», es un caso distinto. En primer lugar, los presentes denominativos atemáticos no son eolios *sensu stricto*, sino eolio-aqueos (Hom., lesb., tes., arcad., chipriota; rastros en eleo, argivo y cretense); en segundo lugar τελεσφορεντες se explica como hiféresis de -εοντες, que cuenta con otros paralelos en Cirene (cf. Lejeune, *Traité de phonétique grecque*, pág. 222, contra Schwyzer, *Griech. Grammatik* I, pág. 729).

(1) Así Lejeune, *op. cit.*, pág. 111 sg.

plicado por sustrato aqueo (faltan en realidad elementos de juicio para decidir).

Un caso curioso es el tratamiento labial de las labiovelares en eolio ante *e* (lesb. πεσυρες, tes. πετρο-, beoc. πετταρες, πετρα-) que A. explica (pág. 38 sg.) porque el eolio «ya sea cuando aun todos los griegos vivían en comunidad, ya mucho más tarde, estuvo en íntimo contacto con dialectos indoeuropeos occidentales». El fenómeno ha de ser clasificado como «eolio» en sentido estricto, incluyendo en su isoglosa el tesalio y el beocio, no como «eolio» en el sentido amplio que da A. a este término, pues el arcadio y el chipriota lo desconocen (1). Dada la situación interior de los Αἰολῆς *(supra)* esa explicación por contacto con otras lenguas es inverosímil, además de que la dental de Δελφοί y Θετταλοί frente a lesb., beoc., tes. Βελφοι y beoc. Φεττᾶλοι, tes. Πετθαλοι invita a suponer que las labiovelares se mantuvieron intactas en todos los dialectos hasta fecha muy reciente y que el tratamiento dental y labial debieron producirse casi simultáneamente con la invasión doria (2).

La monografía de A., cuya importancia justifica sobradamente el análisis que la hemos dedicado, viene a ocupar un lugar destacado en la bibliografía moderna sobre la dialectología griega. Los puntos en que hemos tenido ocasión de mostrar nuestro diferente modo de ver las cosas, son sobre todo cuestiones que resultan de la aplicación del método. En conjunto, subsiste el método en sí, cuya elaboración es el prin-

---

(1) El único ejemplo chipriota, el fut. πείσει, puede explicarse como una analogía. (Cf. Lejeune, *op. cit.*, pág. 39 n.)

(2) Esta suposición ha sido confirmada por el reciente desciframiento de la escritura minoica lineal B, logrado por Ventris hace pocos meses (M. Ventris & J. Chadwick, «Evidence for Greek dialect in the Mycenaean archives», *Journal of Hellenic Studies* 73, 1953, página 84 sgs.), que muestra que todavía en 1300-1200 en Pilos de Mesenia se decía γ^{w}ουκολος *(qo-u-ko-ro)*, ἀρτοποκ^{w}ος *(a-to-po-qo)*, κ^{w}ε *(qe)* κ^{w}ετρο.- *(qe-to-ro-)* lo que después sería βουκόλος, ἀρτοκόπος, τε, πετρα-, πετρο- Es decir, salvo la caída del apéndice labial por disimilación (γ^{w}ουκολος) las labiovelares estaban aún intactas.

cipal objetivo que se propuso el autor, si bien estimamos que la consideración orgánica de la evolución lingüística debe ocupar en adelante un lugar preferente en estos estudios de dialectología: con el punto de vista estructural los elementos lingüísticos se nos aparecen relacionados entre sí (y por lo tanto las teorías son susceptibles de mayor control); en general, pues, no hay isoglosas sueltas, sino haces de isoglosas. Pero si hemos puesto en duda la viabilidad de un método exclusivamente lingüístico, ello no obsta para que reconozcamos el gran interés que presenta esta experiencia ni para que consideremos conveniente no utilizar precipitadamente datos de otra índole antes de establecer las conclusiones posibles a que conduce el examen de las variantes dialectales. Y ésta es prácticamente la postura de A.

Notemos para terminar el interés mostrado últimamente en España por las cuestiones de dialectología griega, sobre todo la de la génesis de los dialectos. El problema fué abordado entre nosotros primero por A. Tovar en dos cursos monográficos profesados en la Universidad de Salamanca en 1944 y 1945 y en un largo estudio aparecido en EMERITA XII, 1944, que, aparte de su valor intrínseco, tuvieron la virtud de despertar nuestro interés. Sigue la monografía de Adrados, a que se refieren estas páginas, y, como apéndice, estas modestas notas, que tal vez hayan contribuído también algo al futuro esclarecimiento de la cuestión:

οὔ τοι ἀπ' ἀρχῆς πάντα θεοὶ θνητοῖσ' ὑπέδειξαν,
ἀλλὰ χρόνῳ ζητοῦντες ἐφευρίσκουσιν ἄμεινον.

(Jenófanes fr. 16 $Diehl_3$.)

M. S. RUIPÉREZ.

FORMACIONES LATINAS DE PERFECTO TARDIAS Y VULGARES

El conjunto de los perfectos latinos que encontramos en los autores clásicos, y en general en los autores literarios de la época posterior, en su mayor parte no son formaciones *i-e*, sino que representan creaciones de fechas y de procedencia muy diversas, que se fueron constituyendo a través de un largo proceso evolutivo y en virtud de fuerzas muy variadas. Fuerzas que en principio tendieron a uniformar entre sí los distintos temas de cada verbo y a asimilar los perfectos de verbos menos usados a los de verbos más frecuentes, pero que en una multitud de casos se vieron contrarrestadas por obstáculos de índole diversa: el arraigo de formas antiguas muy usadas; las analogías parciales de otros perfectos muy frecuentes; el influjo de los respectivos p. p. p., que en general estuvieron íntimamente unidos a las formas de los pretéritos. Y de ahí ese aspecto tan abigarrado del sistema de los perfectos latinos, que unas veces nos muestran un mismo tipo de formación sobre los más diversos temas de presente, y que otras veces nos ofrecen sobre temas de presente, por naturaleza idénticos, formaciones del tipo más diverso. Así, por una parte, perfectos en *-si*, como *mansi : maneo, fulsi : fulgeo, arsi : ardeo*, al lado de *saepsi : saepio*, y de *duxi : duco, dixi : dico;* o perfectos en *-ui*, como *domui : domare, sonui: sonare, uetui : uetare*, al lado de *docui : docere, moneo :*

Abweichende spät- und vulgärlateinische perfektbildungen.—Inauguraldissertation der Philosophischen Fakultät I der Universität Bern zur Erlangung der Dokterwürde, vorlegt von FRANK G. BANTA, aus Franklin, Indiana, USA.—Paulusdruckerei. Freiburg in der Sweiz, 1952, 124 págs.

monere, dolui : dolere, y de *aperui : aperire,* y de *concinui : concinere;* o perfectos reduplicados, como *steti : stare, dedi : dare,* al lado de *spopondi : spondere, momordi : mordere,* y de *tetigi : tangere, pupugi : pungere,* etc.; y por otra parte, *peperi : pario* frente *aperui : aperio* o *emi : emere* frente a *compsi, dempsi, prompsi : coemere, demere, promere,* o *concinui : concinere* frente a *cecini : canere,* etc. Es que al principio de la tradición histórica ese proceso evolutivo, ese juego de acciones y reacciones entre las diversas fuerzas que llevaron a la creación de los perfectos, todavía no había llegado a su fase definitiva. Pero ocurrió que, al surgir la tradición literaria, esa evolución espontánea de la lengua quedó en cierto modo paralizada, o, por lo menos, muy restringida. Y esto por varias razones; pero, sobre todo, porque la tradición literaria tendió a escoger para cada verbo una sola forma de perfecto, entre las varias existentes o a punto de producirse. El hecho había de tener una importancia enorme. Pues la forma ésa elegida para cada verbo por la literatura, aceptada por las capas cultas y sancionada por la enseñanza escolar, tendió a convertirse en la forma única de perfecto. Una forma contra la que ya no pudieron surtir efecto las fuerzas que venían actuando sobre el sistema. Es decir, que al constituirse la literatura, el sistema de perfecto, lo mismo que, en general, la Morfología toda, tendió a cristalizar en un estado inmutable. Y ese estado es el que trataron de reproducir en su lengua familiar las capas cultas, y en mayor o menor grado, hasta las capas sociales más bajas, por una ley de imitación común a todas las sociedades. Pero, por grande que sea el peso de la tradición literaria y de la enseñanza, esas fuerzas nunca llegan a ahogar por completo las tendencias naturales de la lengua, que, más o menos reprimidas, siguen actuando y pugnando por abrirse paso, sobre todo en los estratos sociales inferiores, donde el influjo cultural es siempre más débil. Y de ahí que en las lenguas nunca se llegue a la cristalización y a la inmovilidad absoluta. Toda lengua es, por esencia, un sistema de medios de expresión en equilibrio inestable; un organismo en el que incesantemente

se están produciendo cambios, más o menos perceptibles, pero innegables. Que es lo que ocurrió también con el sistema de los perfectos latinos. Por debajo de las formas sancionadas por la tradición literaria y usadas en literatura, el pueblo siguió creando otras formas, externamente anómalas con relación a las formas clásicas, pero que respondían a tendencias íntimas del sistema morfológico mismo y a las relaciones psicológicas entre las formas de un mismo tema verbal. Y cuando, en época tardía (siglos III, IV y V), se debilitaron la enseñanza y la tradición literarias, esas formas pasaron a escritores menos cuidadosos y a los copistas de manuscritos.

Son las formas que toma como objeto de su trabajo Frank G. Banta, un estudiante norteamericano de Indiana a quien los deberes militares trajeron a Europa durante la pasada guerra, y que, a favor de esta circunstancia, pudo terminar sus estudios de Filología (el trabajo que reseñamos es su tesis doctoral) en la universidad suiza de Berna. Un ejemplo vivo de los intercambios culturales a que suelen dar origen los azares bélicos, y para nosotros, los españoles, especialmente evocador, puesto que se enlaza con las mejores tradiciones de nuestro siglo de oro, con el recuerdo de aquellos capitanes, diplomáticos y soldados de las guerras de Italia (como Garcilaso y el mismo Cervantes), que con los laureles de sus campañas nos trajeron las primicias del renacimiento italiano. Por lo demás, hay que reconocer que la asociación de los hábitos mentales americanos con el espíritu científico de Europa da al trabajo de Banta características muy peculiares y un sello eminentemente personal. Construído sobre una información copiosísima y dominado por un afán del dato preciso y concreto, por un espíritu taxonómico que se complace (tal vez hasta con exceso) en la clasificación, división y subdivisión de los materiales, el trabajo revela una preocupación constante por dar razón de las formas y fenómenos registrados. No es un mero repertorio de hechos, mejor o peor clasificados, sino que además contiene junto a cada hecho los detalles históricos de interés para enjuiciarle: fecha y lugar de su aparición, frecuencia de uso,

conexiones con otros hechos (simultáneos, anteriores o posteriores); y como resumen de todo, unas indicaciones sobre la manera como se llegó a la formación nueva. Y lo más sorprendente, dado el carácter primerizo de la obra, es que esas indicaciones suelen estar respaldadas por un conjunto de cualidades que sólo en los maestros, y como fruto de una vida consagrada a la ciencia, suelen encontrarse.

Y no es que algunos de sus puntos de vista no puedan tal vez precisarse más. Dada la multitud de fuerzas que concurrieron a la creación de las formas nuevas, es posible que algunas de las explicaciones de Banta pequen de algo esquemáticas, que tal vez no recojan todos los factores y tendencias que contribuyeron a la producción de un fenómeno. Así, por ejemplo, en los que Banta llama perfectos «apofónicos» *(Umlautsperfekta)*, y que en general se caracterizan por la sustitución de una *ē* por *ī*: *cipi* y *accipi*, *concipi*, *decipi*, *excipi*, *incipi*, *percipi*, *praecipi*, *recipi*, *suscipi*, en vez de *cēpi*; *fici* y *affici*, *defici*, *effici*, *infici*, *interfici*, *prefici*, *profici*, *refici*, *suffici*, en vez de *fēci*; *abici*, *adici*, *conici*, *deici*, *eici*, *obici*, *proici*, *subici*, en vez de *-iēci*; *abigi*, *exigi*, *redigi*, *subigi*, *transigi*, en vez de *-ēgi*; *imi* y *adimi*, *coimi*, *interimi*, *perimi*, *redimi*, en vez de *ēmi*; *colligi*, *recolligi*, *deligi*, en vez de *-lēgi*; *impingi*, en vez de *-pegi*; *uini*, *inuini*, *euini*, *subuini*, en vez de *-uēni*; *dirixi*, *erixi*, en vez de *-rēxi* (o *adoliui*, *deliui*, *compliui*, en vez de *-ēui*). Banta ve bien que la asimilación pura y simple al tema de presente, suponiendo que el fenómeno hubiese surgido en los compuestos *(accipi*, *affici*, *abigi*, etc.), debería de haber dado *ĭ breve*, mientras que la *i* de esas formas parece que fué larga (cfr., por ejemplo, *fīci* > frz. *fis*, esp. *hice*, portg. *fiz*, ital. *fise*, etc., o Sedulio, *Carm. pasch.*, V, 169: *omnia nostrorum susciperat ille malorum*, o *uini* > frz. *vins*, esp. *vine*, etc.). Y ve además que, por una asimilación del perfecto al presente, sería muy difícil, por lo menos a primera vista, explicar casos como *uini*, *inuini*, etc., frente a *inuenio*, o como *pri(n)si* frente a *praehendo*. Por otra parte, se encuentra con que el hecho de que los influjos de una *ī* tónica o de una *i̯* sobre la vocal de la sílaba anterior son

fenómenos corrientes en varias de las lenguas romances. Así es que no vacila; de acuerdo con Meyer Lübke, *Romanische Lautlehre*, 79, y Carnoy, *Le Latin d'Espagne*, págs. 20 y 28, supone que el influjo de la *ī* o de la *i̯* sobre la vocal anterior produce efectos ya en época latina, y, en consecuencia, considera a esos perfectos, que él llama «apofónicos» *(fici, cipi, -imi, -ligi, -igi*, etc.), como el resultado fonético de la *ē* ante la *i* de las desinencias del perfecto. Explicación que él hace extensiva a formas como *adoliui, deliui, -pliui*, en vez de *-ēui*, y a *excidi* o *-cedi*, en vez de *-cessi*.

Ahora bien, yo no voy a detenerme ahora a discutir las condiciones de la «inflexión» en las romances, es decir, de las asimilaciones ejercidas sobre la vocal de una sílaba anterior por la *i* de la sílaba siguiente. Hecho que, por lo demás, parece indiscutible. Aunque, desde luego, entiendo que la diferencia entre frz. *vingt* y *trente* procedió, no de que en el primero (salido de *uīginti)* la *-gin-* sufriese el influjo de la *i* final, y en el segundo (salido, según se dice, de *triginta)* no lo hubiese sufrido, según creyó Meyer Lübke, sino sencillamente de que *trīginta* fué sustituído por *trēginta* bajo el influjo de *tres*. De cualquier forma, lo que de momento me interesa subrayar es que, a pesar de la multitud de palabras con *ī* y con *i̯*, en el latín vulgar no se conocen más ejemplos en que ese sonido pudiese haber influído en la vocal larga de la sílaba anterior que el *filix* (por *felix)* y *filiciter* (por *feliciter)*, atestiguado en inscripciones y confirmados por Caper, *Gramm. Lat.*, VII, 106,1, y Albino, VII, 302,15. Caso que, desde luego, por su mismo aislamiento plantea un problema no muy claro. Pero, en último término, en él no es tan inconcebible que la *i* del sufijo hubiese influído en la *ē* anterior; en primer lugar, por el parecido que había en la pronunciación vulgar o rústica entre la *ī* y la *ē* (y de ahí el *ameci* y *amecae*, en vez de *amici* y *amicae*, P. F. 14, 13, o el *speca* por *spica* o *uella* por *uilla*, Varr., *R. R.*, I, 48, 2, o el *edus* por *idus*, *CIL* IV, 1553, etc.); y además, y sobre todo, porque las vocales de *felix* se encontraban separadas por una sonante. Fonemas éstos que, como se sabe, dejan filtrar las

asimilaciones con relativa facilidad; así, por ejemplo, *similis* < **semolis:* ὁμαλός, *humilis:* χθαμαλός, *cinis:* κόνις, etc.; y así tal vez (a juzgar por el umbro *feliuf* «lactentes») el mismo *fīlius*, «hijo» (lit. «mamón») < **fēlius* < *fēllare*. Aunque éste, por cierto, pudiera derivar de una forma **dhīlios*, que se ve en let. *dile*, «ternera que aún mama» (Sommer, *Hb.*[2], página 61). Y todavía habría que ver hasta qué punto esos *filix* y *filiciter* fueron pronunciaciones reales, y no más bien meras faltas gráficas (con *I* en vez de *II*), o hasta qué punto pudieron influir en ellos palabras externamente parecidas y de uso muy frecuente, como *filius*. De cualquier forma, la cosa es que en los perfectos llamados «apofónicos» las vocales se encontraban separadas por una oclusiva (*fici*, *cipi*, *-igi*, *-ligi*, *-rixi*, etc.), y a través de oclusivas en latín no se dan asimilaciones vocálicas, ni siquiera sobre vocales breves. Y claro está que en estas circunstancias es sumamente inverosímil que *fici*, *cipi*, *-igi*, *-ligi*, etc., se puedan explicar como fenómenos de asimilación de la vocal radical por la vocal de la sílaba desinencial. En cambio, no admite duda que, salvo en *-rixi* y *-pri(n)si*, todos los demás perfectos llamados «apofónicos» están constituídos con los mismos elementos consonánticos que sus respectivos presentes. Es también evidente que todos esos perfectos se dieron en verbos compuestos: *-igi*, *-ici*, *-ligi*, *-rixi*, o en verbos simples que tenían al lado un gran número de compuestos: *fici* y *-fici*, *cipi* y *-cipi*, *imi* e *-imi*. Compuestos todos que, salvo en el caso de *uenio* y *praehendo*, tenían en sus presentes una *ĭ* como vocal radical. Por otra parte, se ve que en el latín vulgar existió una tendencia marcadísima a asimilar perfectos al tema de presente, a extender al perfecto el tema del presente (tendencia que Banta demuestra con una multitud de ejemplos). Luego creo que lo natural es suponer que *fici*, *cipi*, *imi*, *-ligi*, *-igi*, *-ici*, *-rixi* no pueden ser más que asimilaciones del perfecto al tema de presente; asimilaciones que se habrían producido en los verbos compuestos, y que luego se habrían propagado a los simples (de acuerdo también con una tendencia muy extendida del latín vulgar), según indicaron ya Rönsch,

Collectanea, XX, II A, y Bonnet, *Greg. de Tours*, págs. 419-25. Hecho que además pudo verse favorecido por dos circunstancias: una, la proximidad a que antes he aludido entre la *ī* y la *ē* en la pronunciación vulgar, y otra, la existencia de esa misma alternancia *(ī/ĭ)* en un verbo tan usado como *uĭdeo/uīdi*. Y desde luego que el proceso asimilador así concebido no habría sido completo. Pero yo no veo por qué vamos a suponer que la tendencia a acercar el perfecto al presente tuvo que producir la identidad de los temas. En realidad, hay otros muchos casos en los que la asimilación fué sólo parcial; por ejemplo, *pupungi*, *tutundi*, *tulli*, en vez de *pupugi*, *tutudi*, *tuli*, y otros en los que la similación se cruzó con otras tendencias: *mordidi*, *pendidi*, *prandidi*, etc. Luego tampoco debemos extrañarnos de que en *concēpi*, *effēci*, etc., la asimilación sólo afectase al timbre de la vocal y dejase intacta su cantidad: *effīci*, *concīpi*, etc. Y yo tampoco creo que constituya ninguna objeción contra esta hipótesis el que en *-pri(n)si* y en *-uini* el presente no tuviese *i* radical. Pues una vez constituído un grupo numeroso de perfectos bisílabos con *ī*, no tiene nada de extraño que arrastrasen a su órbita a algunos otros, aunque no reuniesen las condiciones propias del cambio. Y la prueba de que fué éste, y no el indicado por Meyer Lübke y Banta el camino seguido por el fenómeno, nos la ofrecen los compuestos de *iacio*, en los cuales sería imposible explicar el *conici*, *proici*, *subici*, a partir de una simple apofonía, y que, en cambio, se explican perfectamente como asimilaciones parciales al tema de presente. Es decir, que, con independencia de la extensión que queramos dar a la inflexión vocálica en las romances, parece sumamente improbable que los perfectos latinos como *fici* puedan tener ese origen.

Y lo mismo que de *fici*, etc., hay que decir de otro de los grupos que Banta quiere reducir al mismo principio de explicación, a saber: *adoliui; deliui*, *-pliui*. Indudablemente, hay que reconocer que tampoco aquí la interpretación aceptada y sostenida por Banta parece dar la solución del problema. ¿Que cómo encontrarla? Pues la respuesta no creo que sea

tan difícil. En latín vulgar tardío se ve que la *e* ante vocal se pronunciaba como *i(palea* > esp. *paja, uinea* > esp. *viña, aranea* > *araña,* como *filius* > *hijo, Hispania* > *España).* Sabemos, por otra parte, que un grupo numerosísimo de verbos en *-io* hacían su perfecto en *-īui; audio : audiui, erudio : erudiui, dormio : dormiui,* etc. Luego no se ve qué inconveniente puede haber en suponer que sobre *adoleo, adoleam* (pronunciados *adolio, adoliam,* etc,), y por analogía de *audio, audiam : audiui* se crease un *adoliui* (es decir, no por apofonía, sino por el mismo procedimiento que Banta (página 31) admite en *censiui, floriui, habiui, teniui).* Y algo parecido hay que decir de *fugiui, confugiui, refugiui, effodiui,* etc. Perfectos que, al parecer, Banta (págs. 27-28) parece que quiere explicar a partir de las formas comunes *fugisti(s), fudisti(s), fugissem, fodissem,* iguales a *audisti(s), audissem;* de donde luego *fugiui,* etc., según *audiui.* Pero aun sin negar este influjo, yo entiendo que en *fugiui, fodiui,* etc., pudieron cruzarse otras tendencias analógicas; por ejemplo, la que venía del paralelismo *fugio, fugiunt, fugiant : fugiui* con *audio, audiunt, audiant : audiui.* Es decir, que el juego de las analogías en estos verbos debió de ser más complejo de lo que supone Banta.

Algo más dudosos son casos como *accidi, excidi, procidi,* en vez de *-cessi.* Casos que Banta quiere también explicar como transformaciones «apofónicas» de anteriores perfectos **excedi, *procedi,* a los que él considera (lo mismo que *discedi, intercedi, succedi)* perfectos-presentes. Pero aun sin tratar de negar este influjo del presente sobre *discedi, intercedi, succedi,* se puede notar que en latín había un tema con los mismos elementos consonánticos que *cedo,* y también como *cedo* con el p. p. p. en *-sus* (a saber, *caedo,* «cortar» : *caesus),* el cual, en los compuestos en el latín vulgar, tuvo una doble forma de perfecto: la normal y clásica *occīdi* y la anómala *occisi, decisi, praecisi* (sin duda, creada por una asimilación al p. p. p.). Y claro está que, dado el parecido externo entre los dos temas, a mí no me extraña que el paralelismo *occisus, occisi : occīdi* influyese sobre *discessi, discessus* y crease un

discedi. Y en cuanto a la presunta apofonía de *accidi, procidi, excidi* (en vez de *-cessi)*, ya se comprenderá que no existiendo en latín el menor indicio del fenómeno, sería a todas luces abusivo el querer suponerlo sólo por estas formas. Por tanto, mi parecer es que tales formas debieron producirse por una similación o confusión mecánica con las formas en *-cīdi* de *-caedo*. Fenómeno que, por supuesto, sería muy poco verosímil en un autor literario, pero perfectamente concebible en autores poco cultos, como son los que atestiguan esas formas (Greg. de Tours., *Monum. Script. rerum Merov.*, I, 832, 14; 840, 9; 852, 10; 415, 7; y *CIL*, VIII, 9513); y más aún, dada la vacilación que esos verbos muestran en sus pretéritos: *-cedo* con *-cedi, -cessi*, y *-caedo* con *-cidi, -cisi* y *caedi*. Por lo menos, yo no veo por qué razón, si *-scidi* < *-scindo* pudo contagiar y figurar como sustituto de *-scendi* < *-scendo* (como admite Banta, pág. 20, de acuerdo con Loefstedt), o si *serui, conserui* pudieron usarse en vez de *sēui* (como admite también Banta, págs. 32-33), no iba a poder un *-cīdi* de *-cīdo, -caedo* suplantar a un *-cedi* de *cedo*.

Por los demás, Banta ve que, para dar a una forma como existente, no basta con un solo testimonio de un gramático. Pues los gramáticos, para documentar una doctrina gramatical o en su celo por registrar formas raras, acogieron con mucha facilidad, o formas artificiosamente creadas o conjeturas de lecturas dudosas. Y señala con criterio certero una serie de formas que pudieron muy bien no ser más que producto de la fantasía de los gramáticos: *tutruxi*, Cosenc., *Grammat. lat.*, V, 392, 2; *fii*, Prisciano, *Grammat. lat.*, II, 420, 13; *madidi*, Charis., *Art. Gramm. libri* V (Barbick), páginas 468, 17, etc. Otros casos con los que también se tropieza son aquellos que, bajo la apariencia de una forma nueva, no contienen más que una adulteración gráfica de otra forma conocida. Y también aquí nos ofrece Banta una nueva prueba de su prudencia y de su agudo sentido crítico; por ejemplo, a propósito de *adiuxi* = *adiunxi*, *fixi* = *finxi*, *pixi* = *pinxi*, *uinxit*, *uixxit*, *uixisit*, *uiuixit* = *uixit*, y de

concupui = concupiui, dormui, dormiui, y de *aedificui, adsicui, generui = -aui*, y de *uehexi = uexi, uersisse = uertisse*, etcétera. Aunque yo no sé si una investigación a fondo en este terreno no permitiría cosechar aún mayores resultados. Pues, en realidad, entre los casos que aparecen atestiguados una o dos veces, hay algunos de aspecto extraño, y entre ellos, unos cuantos que aparecen registrados sólo en gramáticos o lexicógrafos. Así, por ejemplo, *pulit*, *Not. Tir.*, 50, 59; *tudit*, *Not. Tir.*, 95, 26 (A); *psallui*, Beda, *De arte metr.*, página 286, 21 (P); *fallit = fefellit*, *Gloss. Reich.*, pág. 26, 1; *cinerunt = cecinerunt*, Ennod., *Opusc.* I, pág. 272, 2 (B), *fellerat = fefellerat*, S. Cipr., *De lapsis*, pág. 248, 17 (R); *fecuit = fecit*, *CIL* III, 6010, 137, etc. Y así también el *tunuerit = tenuerit* de la *Lex Sal.* 29, sobre el que Banta no se atreve a dar una opinión definitiva a causa del español *tuve*. Pero yo dudo mucho que la forma española signifique nada en relación con el texto indicado del galo-latín. Y no es que con estas indicaciones trate de señalar ningún error, ni sentar ninguna afirmación categórica. Pues para ello habría que hacer un estudio completo de la lengua de cada autor y de las adulteraciones de su tradición manuscrita. Lo único que quiero indicar es mi sospecha de que algunas de estas formas fueron, o meros errores gráficos de la transmisión manuscrita o interpretaciones arbitrarias de los gramáticos, o confusiones de gentes que no tenían ya un sentido claro y vivo del latín, y que, por tanto, prueban muy poco para la historia del perfecto latino.

De cualquier forma, ya se comprenderá que estos reparos no significan apenas nada en una obra que por esencia se ocupa de formas irregulares, y que tiene que sacar sus elementos de juicio de materiales muchas veces ambiguos. Lo extraño es que en un terreno tan resbaladizo y tan expuesto a las falacias del subjetivismo pueda el autor sustraerse a estos peligros y conservar la serenidad de juicio y la objetividad exigida por la investigación científica. Y en este aspecto hay que reconocer que la labor de Banta está a la altura de lo que pudiera desear la crítica más exigente. Para

dar a su estudio una base sólida, Banta no se contenta con los datos de las colecciones clásicas (El *Thesaurus*, Neue-Wagener, *Lat. Laut- und Formenlehre*, o las citas de los Gramáticos latinos), sino que acude directamente a los textos, y muchas veces a los manuscritos; estimando, con fino sentido crítico, que hasta las variantes consideradas como corrupciones, y relegadas de ordinario al aparato crítico, pueden contener indicaciones preciosas. Con lo cual de paso proporciona nuevos elementos de juicio a la crítica textual. Y esa lectura directa y crítica de los textos se extiende por un campo amplísimo, que abarca no sólo los escritores vulgares tardíos, de los que existen ediciones autorizadas, sino aun muchos autores literarios. De modo que el aprovechamiento de las fuentes no puede ser más completo. Ya he indicado también que ese afán de plenitud en la información va emparejado con una preocupación similar por la claridad. Preocupación que se manifiesta tanto en la clasificación y ordenación de los materiales que constituyen el fondo de la tesis como en la disposición de las diversas partes de la misma. Y de ahí esa impresión de claridad armoniosa que se desprende de manera tan visible del contexto, y que constituye uno de los aspectos más atractivos de la obra. Aunque, sin duda, desde el punto de vista científico, lo más interesante y lo que confiere un valor excepcional a la investigación, es la labor de crítica que supone: por una parte, en el análisis y discusión de los hechos para establecer los textos, y por otra, en la interpretación de los hechos establecidos. Crítica que en Banta está servida no sólo por unos conocimientos morfológicos profundos y seguros, sino además por una prudencia, una agudeza de juicio y un instinto lingüístico, y, en suma, por un buen sentido, que sólo en las obras maestras suele encontrarse. No importa que algunas de sus observaciones puedan tal vez completarse, como antes he indicado, en detalles secundarios, pues las líneas fundamentales de la evolución de los hechos, en general, están muy bien captadas. Por lo menos, ésa es mi impresión. Y no cito pruebas particulares, porque ese buen sentido es algo difuso que

informa y penetra toda la exposición de Banta, y que se manifiesta constantemente pudiéramos decir que casi en cada línea. Sólo debo añadir, para terminar, que la obra está provista de todos aquellos detalles complementarios que suelen considerarse indispensables en estudios de esta índole: una lista bibliográfica amplia y cuidadosamente seleccionada encabezando el trabajo, y dos índices, uno de formas y otro de autores, como apéndices a la parte central del mismo. Y la corrección tipográfica, al menos en la parte latina, puede decirse que se acerca a lo impecable; el único descuido que yo he notado es el de *haureo* por *haurio* en la página 112. En suma, una obra que constituye una contribución preciosa al estudio de los perfectos latinos, y que, sin duda, consagrará el nombre de su autor en la historia de la lingüística.

A. PARIENTE.

NOTA SOBRE EL DESARROLLO DE LA GUERRA CANTABRA DEL AÑO 26 A. C.

Además de las *Historias* de Dión Cassio (LIII, 25), cuyo «valor reside, ante todo, en su cronología» (1), las fuentes principales para la historia de la guerra de Roma contra los cántabros y astures son el *Epitome* de Floro (II, 33) y los *Historiarum adversum Paganos Libri VII*, de Orosio (VI, 21), que proceden ambos de una misma fuente, Tito Livio (2).

Pocos historiadores modernos se han dedicado al estudio pormenorizado de la guerra cántabra. Prescindiendo de las páginas ya antiguas de Gardthausen (3) y de las pocas líneas escritas sobre ella en las historias generales y los manuales de historia antigua, destacaremos los artículos especializados de D. Magie (4), de R. Syme (5) y el capítulo «La guerra de los cántabros y astures», de A. Schulten (6), tratado muy circunstancialmente.

Si a los dos primeros autores les falta «el conocimiento de la topografía del país» (7), al señor Schulten le sobra el des-

---

(1) A. SCHULTEN: *Los Cántabros y Astures y su guerra contra Roma*. Madrid, Espasa-Calpe, 1943, pág. 118.

(2) Véase A. SCHULTEN, *op. cit.*, págs. 122-124.

(3) *Augustus und seine Zeit* (1896), t. I, págs 675 y sigs.; t. II, páginas 367 y sigs.

(4) *Augustus' War in Spain*. Classical Philology, t. XV, 1920, páginas 322 y sigs.

(5) *The Spanish war of Augustus* (26-25 *B. C.*). The American Journal of Philology, t. LV, 1934, págs. 293 y sigs.

(6) In *Cant. y Ast.*, págs. 117 y sigs.

(7) Crítica de A. SCHULTEN, *op. cit.*, pág. 18.

dén para con los datos facilitados por las fuentes escritas antiguas.

Los errores de identificación topográfica desacreditan la relación que esboza D. Magie de los movimientos de las legiones romanas. El primero consiste en confundir el *Aracilium* cántabro (Floro: *Arracillum, Aracellum;* Orosio: *Racilium, Rachilium)* con el *Aracelium* de los «Aracelitani» (1), sito en la carretera de Asturica a Burdigala, a 24 millas de Pompaelo, en las afueras del actual Huarte-Araquil (2), y mencionado en el *Itinerarium Antonini* (455, 3). La errónea identificación lleva al historiador a desviar inútil y extrañamente hacia el oriente la marcha del ejército romano emprendida desde Segisama (hoy Sasamón, al noroeste de Burgos), y dirigida, según Floro y Orosio, hacia el norte. R. Syme (3) rectificó el error de Magie, identificando el *Aracilium* de Floro y Orosio con el *Aracillum* inscrito en el itinerario de barro descubierto en Cangas de Onís, que va enumerando las estaciones de la carretera transcantábrica de Legio VII Gemina a Portus Blendius, en el mar cantábrico (4). El *Aracilium* cántabro es el actual Aradillos, cerca de Reinosa (5).

El otro error topográfico de Magie lo corrigió A. Schulten. Habla Floro de una batalla «sub moenibus Bergidae» (§ 49) y Orosio «sub moenibus Atticae» (§ 9). Según Magie y Syme (6),

---

(1) «Stipendarii» del «conventus» de Caesaraugusta, según Plinio, *Nat. hist.*, III, 24.

(2) *Art. cit.*, pág. 333.

(3) *Art. cit.*, pág. 297.

(4) Véanse A. Blázquez: *Cuatro téseras militares.* «Boletín de la R. Academia de la Historia», t. LXXVII, 1920, págs. 99 y siguientes; R. Cagnat et M. Besnier: «L'année épigraphique», 1921, págs. 3 y siguientes; M. Besnier: *Itinéraires épigraphiques d' Espagne.* «Bulletin Hispanique», t. XXVI, 1924, págs. 4 y sigs.; A. Schulten, *op. cit.*, páginas 190 y sigs.

(5) Identificación de Flórez, admitida por Blázquez, Besnier, Syme y ampliamente justificada por Schulten, *op. cit.*, págs. 144 y siguientes.

(6) M. Besnier, *art. cit.*, págs. 13 y sigs., expresa la misma opinión.

el topónimo ha de leerse *Vellicae*, y el lugar aludido sería Οὐέλλικα de Ptolomeo (II, 6, 50) y *Villecia*, del itinerario de barro, pueblo sito en la meseta cantábrica regada por los ríos Pisuerga y Camesa, en Elecha, cerca del monte Bernorio (parecer de A. Blázquez), o en el monte Cilda, cerca de Valoria de Aguilar (parecer de A. Schulten) (1). Pero ningún códice proporciona la palabra *Vellica*, dando los de Floro *Bergida* (cód. B) o *Belgica* (cód. C), y los de Orosio, *Attica*. Viene razonando el señor Schulten del modo que sigue: «El mejor códice de Floro, el Bambergensis B, da *Bergidae* (genitivo), mientras los códices C, de menos confianza en nombres topográficos, dan *Belgicae*. Se ve bien cómo el que escribió el arquetipo de la familia C modificó el *Bergidae*, que no conocía, en *Belgicae*» (2). En cuanto a *Attica*, lo considera como «error evidente» (3). No necesita reparo alguno tal discusión: de modo evidente *Bergida* es la «lectio difficilior», y mientras entendemos bien el motivo de la corrección del desconocido *Bergida* en los familiares *Belgica* o *Attica*, no vemos la posibilidad ni el sentido de la enmienda inversa. Por tanto, con A. Schulten, hemos de leer *Bergida* y descartar el engañoso *Vellica*.

* * *

«Bérgida, como escribe Floro, o Bérgidum, como dicen los itinerarios, Ptolomeo y C. I. L., t. II, 4248, está en la región del alto Sil, la cual hoy todavía se llama el «Bierzo»... Bérgidum estaba en el cruce de las vías de Astúrica a Lucus de Asturia y a Brácara, y sus restos se ven en una meseta llamada «Castro de Ventosa», junto al río Cúa, afluente del Sil,

---

(1) *Castros prerromanos de la región cantábrica*. «Archivo Español de Arqueología», t. XV, núm. 46, 1942, págs. 14 y sigs. La argumentación epigráfica, fundada en la inscripción 6297 del C. I. L., t. II, es muy convincente.

(2) *Op. cit.*, pág. 138, n. 3.

(3) *Op. cit.*, pág. 138, n. 4.

y el pueblo de Cacabelos, a unos seis kilómetros al este de Villafranca del Bierzo, capital de esta región. En dicha meseta subsiste todavía una muralla de cuatro metros de anchura y hasta siete de altura, en la cual se ven aún los hoyos de las vigas puestas en la muralla, como era costumbre céltica; de manera que la muralla parece ser la del Bérgidum céltico» (1).

La identificación Bérgidum-Bierzo, autorizada por el desarrollo histórico de la fonética (2), es muy legítima. Quisiéramos para reforzarla aclarar unos problemas de que no habla A. Schulten, y que pudieran parecer objeciones a su hipótesis.

1. No emplea Floro *Bergidum*, sino *Bergida*, forma femenina singular, cuyo genitivo es *Bergidae*, que leemos en el códice bambergensis. Existe, pues, según él, *Bergida*, y no *Bergidum*, como existe *Segisama* en vez de *Segisamo, -onis* (Floro, § 48: «Igitur Caesar apud Segisamam castra posuit»; cfr. Orosio, § 3). En ambos casos la forma femenina es la latina, quizá influída por *civitas*, y la otra, la indígena, es la que ha persistido hasta hoy (Bérgidu da *Bierzo*, como Segisamóne da *Sasamón)*.

2. La hipótesis de A. Schulten lleva en sí que en el año 26 hubo ataques no sólo contra los cántabros y galaicos, sino también contra los astures. El propio texto de Floro y Orosio da apoyo firme a dicha implicación, fijando la tripartición del ejército e insistiendo sobre lo amplio y general del asalto contra toda la región norteña (Floro, § 48: «inde tripertito exercitu totam Cantabriam amplexus»; Orosio, § 3: «tribus agminibus totam paene amplexus Cantabriam»).

---

(1) A. SCHULTEN, *op. cit.*, pág. 139.

(2) «Cambio de la segunda consonante. RG. da *rz...*: spargere *esparzer*, argilla, *arzilla*, tergere ant. *terzer* burgense ant. *burzés*, Bergidu *Bierzo*, Vergegiu, *Berzeo...*» (R. MENÉNDEZ PIDAL, *Manual de Gramática Histórica Española*, 7.ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1944, pág. 138. Cfr. V. GARCÍA DE DIEGO: *Gramática Histórica Española*. Madrid, Gredos, 1951, págs. 92 y sigs. La justificación fonética de SCHULTEN, *op. cit.*, pág. 139, «*Bierzo* de Bérgidum como *Cierzo*, de Cercius», da cuenta sólo de la diptongación.

3. Incluye, además, el parecer de A. Schulten una relación geográfica entre *Bergida* y el *Mons Vindius* o *Vinnius*, adonde se refugian los astures vencidos en el Bierzo (Floro, § 49; Orosio, § 5); se erguiría el monte en Asturia. Ya Magie (1) y Syme (2) lo piensan en la parte occidental de la cordillera cantábrica. Refiriéndonos a Ptolomeo (II, 6), hemos de considerarlo como el nombre antiguo de toda la sierra cantábrica que corre desde el macizo galaico hasta la depresión vasca. La relación entre el Bierzo y esta montaña es, por lo tanto, geográficamente exacta, y es muy verosímil que nuestros autores diesen el nombre general de la cordillera a su parte asturiana.

A. Schulten opina que los fugitivos del Bierzo se escondieron entre las sierras de Caurel y de Picos (3). Por consiguiente, la huída se dirigiría hacia el occidente. Es lo que no me parece posible, dadas las sugerencias facilitadas por los textos. Si los astures hubieran huído al oeste, esto es, hacia Gallaecia, nuestros autores aludirían, sin duda, a un intento suyo para juntarse con los galaicos, también rebeldes. Semejante alusión no se lee en ninguno de nuestros textos. Al revés, la frase de Floro «Hinc statim... Vindium Montem, quo maria prius Oceani quem arma Romana ascensura esse crediderant» (§ 49) sugiere que en la mente del historiador, evocando retóricamente, el océano, el refugio montañoso estaba entre el Bierzo y el mar; esto es, al norte del Bierzo, en las altas cumbres de la Peña Rubia, Peña Ubiña Grande..., que se pueden calificar de «mons eminentissimus» (Floro, § 49) o «tutissimus» (Orosio, § 5).

4. Elucidaremos una última implicación de la hipótesis de A. Schulten: la existencia sucesiva de dos campañas romanas contra los astures, en 26 a. C., contra Bergidum y el Mons Vindius, en 25 contra la ciudad de Lancia (Floro, § 54

---

(1) *Art. cit.*, pág. 329, con referencia a A. FORBIGER: *Handbuch d.alten Geographie*, III, 2, 7.

(2) *Art. cit.*, pág. 310.

(3) *Op. cit.*, pág. 140.

Orosio, § 9). Nada inverosímil tiene esta doble expedición, desarrollándose las dos campañas en comarcas asturianas diversas. La primera es más occidental; la segunda sucede en la región del río Esla (el «flumen Astura» de Floro y Orosio), dominada por los Picos de Europa y la Peña Prieta (los «montibus niveis» de Floro). En esta región estaban los lugares de Brigaecium, aliado de los romanos (el actual Ceinos, cerca de Benavente» (1), y de Lancia, el último núcleo de resistencia astur (el actual cerro de Lance, junto al pueblo de Villasabariego, entre los ríos Porma y Esla) (2).

Al parecer, la región del Esla quedó en paz en el año 26, sin duda porque los romanos tenían aliados allí. Pero los acontecimientos del Bierzo y del Mons Vindius, acaso la llegada de astures escapados del cerco del Mons (3), avergonzaron a los del Esla, que, congregados en la alta región de Riaño, se propusieron en el año 25 debelar a los romanos. Pero éstos, avisados por los «Brigaecini», consiguieron cercar a los sublevados en Lancia y vencerlos. A dichos asturianos rebeldes los llaman nuestros autores «astures», mientras a los asturianos de Bergidum y Mons Vindius, si bien más lejanos de Cantabria que los otros, los llaman «cantabri» (Floro, § 49; Orosio, § 5). La diferencia de nombres no refleja diferencia de pueblos. En ambas partes se trata de astures: los de Bergidum son llamados por Floro y Orosio «cantabri», porque son asaltados en la campaña general contra «toda Cantabria», en cuyo relato los historiadores confunden los tres pueblos norteños bajo el solo nombre «cantabri»; los pueblos del Esla se llaman «astures» porque intervienen en una lucha en que los romanos pelearon sólo con astures.

* * *

(1) Véase A. BLÁZQUEZ, in *Memorias de la Junta de Excavaciones*, 1917, pág. 10.

(2) Véase A. SCHULTEN, *op. cit.*, pág. 152.

(3) Hipótesis que va apoyando nuestra localización del *Mons Vindius*.

Además de Bergida, Mons Vindius y Aracilium, ya localizados, los otros topónimos usados en los relatos de la campaña del año 26 son:

Segisamam, ac. de *Segisama* (Floro, § 48; Orosio, § 3), localizado cerca de Sasamón, al noroeste de Burgos, junto al río Brulles (1). Las fuentes vacilan en la atribución de la ciudad: según Plinio (III, 26) y Ptolomeo (II, 6), pertenece a los Turmogidi; según Polibio, a los Vaccaei. A. Schulten defiende la idea de que por Floro y Orosio Segisama pertenecía a Cantabria, «puesto que dicen que Augusto combatiendo a los cántabros acampó en Segisama» (2). Argumento debilísimo: Augusto puede acometer a Cantabria desde un campamento establecido en territorio vecino. Aun es muy probable que para asaltar a la Cantabria enemiga los romanos se pertrecharon no en la misma región insumisa, sino entre poblaciones amigas, los Turmogidi o Vaccaei, a quienes, según Floro (§ 47) y Orosio (§ 3) dañaban las frecuentes correrías cántabras. Acamparon los romanos en una región donde la operación policíaca contra los cántabros debía de tener grandes simpatías, en los confines de los Vaccaei y Turmogidi, a poca distancia de la frontera cántabra.

El *Mons Medullius* (Floro, § 50; Orosio, § 7) no forma parte de los Picos de Europa (3). Es seguramente gallego. Orosio, nacido en Bracara Augusta (Braga)—lo que da a su testimonio particular importancia—, lo coloca en la margen del río Miño: «... et Medullium montem Minio flumini imminentem...» A. Schulten (4) estima que corresponde al monte San Julián, a siete kilómetros de Túy, cerca de la desembocadura del río, donde descubrió restos de una muralla. A favor de la localización marítima, contraria a la propuesta por Magie (5), llamaremos la atención sobre la frase de Oro-

(1) A. SCHULTEN, *op. cit.*, págs. 140 y sigs.

(2) A. SCHULTEN, *op. cit.*, pág. 141.

(3) Parecer formulado dubitativamente por A. GARCÍA y BELLIDO: *Cantabria romana*. Santander, 1952, pág. 10.

(4) A. SCHULTEN, *op. cit.*, pág. 146.

(5) *Art. cit.*, pág. 335: Sierra de San Mamed, Las Médulas.

sio (§ 6): «Praeterea ulteriores Gallaeciae partes, quae montibus silvisque consitae Oceano terminantur, Antistius et Firmius legati magnis gravibusque bellis perdomuerunt», que manifiesta que, al hablar de Gallaecia y del Mons Medullius, el historiador bracarense parece pensar más en la ribera marítima que en el interior del país.

* * *

Empiezan Floro (§ 48) y Orosio (§ 4) el relato de la campaña del año 26 por el establecimiento del campo romano en Sasamón, cerca de la frontera cántabra, y la tripartición del ejército para envolver toda la región insumisa, atacándola desde el sur. Añaden que una armada romana cooperó a las operaciones, embistiendo a los enemigos desde el norte (Floro, § 49; Orosio, § 4). Insisten en que la campaña militar se desarrolló del modo que sigue: 1. Asalto contra los astures del Bierzo (Floro, § 49; Orosio, § 5).—2. Persecución de los mismos por la región montañosa del norte y su reducción por el hambre (Orosio, § 5).—3. Asalto contra los cántabros y asolamiento de Aradillos, su último «oppidum» (Floro, § 50; Orosio, § 5).—4. Asalto contra los galaicos sitiados en el Mons Medullius (Floro, § 50; Orosio, § 7). La más notable peculiaridad del relato es el esmero de los autores para expresar claramente el orden sucesivo de los acontecimientos. Floro dice «primum... hinc statim... tertio... tamen postremo...»; Orosio, «tunc... deinde... praeterea...»

Estos indicios cronológicos que, a pesar de ser vagos, ponen de manifiesto un movimiento sucesivo en las diversas luchas de la guerra general, los rechaza rotundamente A. Schulten (1), apoyándose en las reflexiones que van a continuación: «Pero, por razones estratégicas, es evidente que las tres operaciones tuvieron que hacerse al mismo tiempo: primero, para evitar que las tribus del este ayudasen a las

(1) *Op. cit.*, pág. 137.

del oeste; segundo, para que las tres columnas se pudieran ayudar la una a la otra, y tercero, porque en tales casos los ejércitos suelen operar simultáneamente.» Sigue la enumeración de diversas operaciones del tiempo de Augusto, sobre todo, llevadas a cabo según la estrategia combinada y simultánea.

En vez de desechar el relato de Floro y Orosio, como visión errónea de los acontecimientos militares, en contradicción con la acostumbrada estrategia romana, debería el historiador moderno investigar el motivo del carácter extraordinario de dicho relato.

Primero hay que averiguar si el relato está corrompido por errores de importancia. Los eruditos censuran algunos defectos en la relación de Floro; el más grave, mezclar «la operación contra Aracillum en el extremo oriental del teatro de la guerra con la expedición contra el Mons Medullius, en el extremo occidental» (1). Desaparece esa mezcla, relacionando *tertio* y *postremo* (§ 50), del mismo modo que *primum* (§ 49), con la idea de la guerra general y no con la de su episodio cántabro (2), y escribiendo, después de *repugnat*, un punto. El pecado de confusión imputado a Floro tiene su origen en una interpretación moderna censurable. Los errores de Floro y Orosio son menores y no nos autorizan a estimar sus relatos como falsos en su conjunto, que es lo que resulta de la interpretación de A. Schulten.

Por otra parte, la hipótesis de tres asaltos simultáneos enfrentada con los relatos antiguos, lleva a suponer dos errores de índole contraria: 1. El añadir precisiones cronológicas infundadas.—2. El omitir los nombres de ciertos generales romanos. En efecto, la hipótesis de asaltos concomitantes de las columnas romanas encierra implícito que al mando

---

(1) A. SCHULTEN, *op. cit.*, pág. 122.

(2) En el primer episodio *(primum)* de la guerra general se trata de Bergida y del Mons Vindius (que forma, efectivamente, el segundo episodio). En el tercero *(tertio)* se trata de Aracilium y en el cuarto, el último *(postremo)*, del Mons Medullius.

de cada una de las mismas había un general (1). Nuestros autores nos facilitan los nombres de Antistius, Firmus (Floro, § 51; Orosio, § 6) y Agrippa (Floro, § 51 solo). Agrippa, que no guerreó contra los cántabros antes del año 19, terminando la guerra, está aquí de sobra; Floro y Orosio, que no relatan los acontecimientos posteriores al año 25, añaden aquí el nombre del famoso general de Augusto. En cuanto a Firmus o Firmius, el problema es más intrincado. Suelen ver los eruditos en este nombre una mala grafía por Furnius (2), legado que combatió a los cántabros o astures en una sublevación posterior del año 22. «Según Floro y Orosio—escribe A. Schulten (3)—, Furnio había combatido ya en los años 26-25 con Antistio; pero Dión afirma que por el año 22 era recién llegado y no conocía el país; de manera que no parece que hubiera estado en él ya en 26-25 antes de Jesucristo.» Con esta hipótesis, la mención anticipada de Furnius necesitaría la misma explicación que la de Agrippa. Sin embargo, a pesar del silencio de Dión Cassio (LIII, 25), no me parecería imposible que Antistius fuese ayudado por un tal Firmus, desconocido por otra parte. Cualquiera que sea la solución de este enigma, si las tres columnas acometieron al enemigo al mismo tiempo, como lo propone A. Schulten, falta en nuestros relatos, por lo menos, el nombre de un general. ¡Habría en ellos, a la vez, falta de precisiones onomásticas y sobra de precisiones cronológicas!

¿Son los motivos estratégicos alegados suficientes para que echemos a un lado dificultades tan graves? El acometimiento combinado y concomitante de varias legiones parece la estrategia habitual en el ejército romano de Augusto. Siendo comunísima, los historiadores pudieran no relatarla en detalle. Al contrario, los historiadores de la guerra cántabra dan precisiones repetidas que desmienten el modo es-

(1) Véase A. SCHULTEN, *op. cit.*, pág., 138.

(2) Entre otros, véase A. SCHULTEN, *op. cit.*, págs. 120 y 158, nota 4.

(3) *Op. cit.*, pág. 159.

tratégico usual. ¿No se debe interpretar tanta porfía como la prueba verosímil de que la guerra cántabra no se desarrolló como las otras campañas? Además, «para evitar que las tribus del este ayudasen a las del oeste», no eran precisos ataques simultáneos, bastaba que el ejército romano estuviese en orden de batalla en todo el frente. Por fin, «las tres columnas se pudieran ayudar la una a la otra», más bien si no estuviesen todas tres atacando al enemigo al mismo tiempo.

* * *

Fiel a las fuentes antiguas, creemos en cuatro asaltos sucesivos de las tres columnas romanas, que hubieron de hacerse con un ritmo rápido, sin gran intervalo temporal, en el año 26. El primero se dirigió contra los astures, que estaban en el centro del frente (el Bierzo), y se continuó en un segundo asalto, llevado por la misma columna contra los fugitivos a través de las altas peñas asturianas. El tercer asalto, obra de la segunda columna, se dirigió contra los cántabros y se particularizó por la destrucción de varios castros cantábricos en la región del Pisuerga y del último «oppidum» de Aradillos. En esta operación intervino la armada romana desde el mar cantábrico, dándonos la prueba el mismo punto de desembarco, que está en Cantabria. Sin embargo, no es el *Portus Blendius*, como lo va repitiendo A. Schulten (1), sino el *Portus Victoriae Iuliobrigensium*, como lo manifiesta el mismo nombre del puerto, que recuerda el famoso acontecimiento que hizo fácil la victoria de las tropas venidas del sur (2). El último asalto, el cuarto, llevado por la tercera columna romana, se dirigió contra las tribus más lejanas de Gallaecia, acabando con el cerco y toma del Mons Medullius y el heroico sacrificio de los indígenas.

---

(1) *Op. cit.*, págs. 128-129, 130, 145.

(2) Cfr. M. BESNIER, *art. cit.*, pág. 14; A. GARCÍA Y BELLIDO, *disc. cit.*, pág. 22.

Para llevar a cabo su expedición, habían establecido los romanos su campo principal en Sasamón, en la vía de la Tarraconensis, donde habían dividido el ejército y enviádolo en las tres direcciones conocidas. Verosímil es que las legiones mandadas a Asturia y Gallaecia acamparon en Asturica Augusta (Astorga) y Bracara Augusta (Braga), como lo dice A. Schulten (1). Pero estos campos secundarios no se pueden comparar en 26 con el principal de Sasamón, el único mencionado en las fuentes en este año.

Augusto vino a España para la guerra, mandando a las legiones personalmente durante algún tiempo y después de su retiro, confiando el mando general a C. Antistius Vetus, que se dedicó además, al parecer, quizá con la ayuda de un tal Firmus, al mando de la columna enviada contra los galaicos (Orosio, § 6).

J. HORRENT.

Universidad de Lieja, Bélgica.

---

(1) *Op. cit.*, págs. 176 y sigs.

DEL EGEO Y ORIENTE PROXIMO

III

La civilización cretense y en especial su manifestación más enigmática, la escritura, siguen siendo el foco de un interés creciente reflejado en la calidad y volumen de la bibliografía que versa sobre tal cuestión: aparte de obras monumentales—como el vol. II de *Scripta Minoa*, editado por el profesor Myres—y monográficas—edición preliminar de las tabletas de Pylos por el Dr. Bonnett—, merecedoras de reseñas especiales, es sintomático del auge de los estudios cretenses la aparición de una revista, *Minos*, exclusivamente consagrada a los mismos y abierta a los especialistas en Epigrafía y Lingüística prehelénicas. Patrocinada por el Colegio Trilingüe de la Universidad de Salamanca, y dirigida por Antonio Tovar y Emilio Peruzzi, nombres ya ilustres en la investigación de las escrituras mediterráneas, en los dos cuadernos que componen su vol. I colabora buen número de especialistas que, cada uno desde su particular punto de vista, en una materia en que aun no se ha logrado una base mínima de coincidencia unánime, se esfuerzan en desvelar el enigma minoico.

Aparte de esta empresa, la Doctora Muhibbe Anstock Darga, desde Istanbul y bajo la dirección de Bossert, ha reunido la bibliografía que en el medio siglo largo que va desde 1894 a 1950 ha aparecido sobre escritura y lengua minoicas (1). Si no del todo completa, su lista, que abarca 177 títu-

---

(1) Muhibbe Anstock Darga: *Bibliographie zur kretisch-minoischen Schrift und Sprache*, en *Orientalia*, vol. 20, fasc. 2, 1951, páginas 171-181.

los, es una guía imprescindible para quien quiera iniciarse en las investigaciones y problemas del Egeo.

Sundwall continúa en breves monografías tratando puntos concretos de la epigrafía cretense. En el homenaje a David M. Robinson (1) analiza las tabletas llamadas de carros y los ideogramas indicadores de ruedas, látigos y sierras con las cifras que acompañan. Es interesante su sugestión de que con la introducción del caballo entrase también la palabra que lo designaba y que el signo que lo representa tuviese el valor fonético *sp* que en egipcio tenía (cfr. la palabra en licio para caballo *esbe*, y en hit. jer. *as(a)was)*. También sobre la lectura e interpretación de un grupo que acompaña al ideograma «cabeza de caballo» trata en otra monografía (2): frente a la lectura πῶλος de Hrozny, y a la mía *P(o)lo* > *Plo*, cree pudiera ser φαλός (λευκός' Hesiq.) en conexión con el dato de que los griegos sólo sacrificaban caballos blancos. En apoyo cita el hecho de que cuando tal grupo entra como elemento componente pudiera designar algún topónimo cretense como Φαλάσαρνα. En la comparación de los dos signos finales más frecuentes de la escritura lin. B, llega a la conclusión totalmente convincente de su equivalencia funcional para designar «perteneciente a». (Es la relación que he señalado atribuyendo al uno valor de desinencia de genitivo, y al otro la de sufijo adjetivo.) Según Sundwall, también fonéticamente habría semejanza si sus valores fuesen *-kše/-śśe*, lo cual ya es más problemático. La determinación de un ideograma, el número 19 de Pylos señalado por Bennett, es el tema y resultado de otra monografía del investigador finlandés (3). El ob-

---

(1) Johannes Sundwall: *Die knossischen Wageninventare*, en *Studies presented to David M. Robinson*, págs. 16-20.

(2) J. Sundwall: *An Attempt at assigning phonetic values to certain signs of Minoan, linear Class B*, en *AJA*, vol. LII, núm. 2, páginas 311-320.

(3) Johannes Sundwall: *Uber einige Sachzeichen in den pylischen Täfelchen*, en *Commentationes Humanarum Litterarum* XVII, 3, 1951, página 8.

jeto aludido es, sin duda, un soporte de bronce para vasos y copas análogo a otros muy posteriores, hallados en las tumbas etruscas Bernardini y Barberini de Preneste, siglo VII, y que Poulsen considera como importaciones fenicias. Las demás indicaciones que en las tabletas de Pylos acompañan al dibujo del soporte—figuras de vasos, de mujeres en número de una o dos—apoyan su interpretación de que se trate de la celebración de algún acto ritual de ofrenda o libación como el contenido en algún fresco del Palacio de Knossos. Es una prueba de la ayuda que la arqueología puede suministrar en la labor de desciframiento, y de la unidad fundamental de la civilización mediterránea: las mismas formas de objetos minoicos reaparecen en Etruria a través del eslabón indudable de Chipre. Esta misma cuestión da ocasión a Sundwall para no hacer descender la formación del archivo de Pylos de los alrededores de 1300.

E. Bennett, el compilador de las tabletas de Pylos, realiza un esfuerzo meritorio, y a mi ver fructuoso, en la tarea de poner orden y claridad en los signos que representan fracciones en las tabletas de contabilidad de Creta y Pylos (1). En este intento, establece la distinción lógica y necesaria entre las que pertenecen al sistema lineal A y las del B. En las primeras considera como signos fraccionarios muchos que hasta ahora venían supuestos como expresión de medida y, a base de sus frecuencias respectivas y del orden de colocación cuando dos de ellos aparecen yuxtapuestos, los ordena de más a menos. En general, y de acuerdo con el sistema egipcio, son fracciones de numerador 1, salvo quizás 2/3. En su opinión, los signos seriados expresan únicamente fracciones numéricas comunes para cualquiera clase de volumen o peso. Frente a éste, otro es el sistema en la clase lineal B, en que los signos no son fracciones abstractas, sino partes alícuotas de la unidad de la materia en cuestión; así, cada clase de medida tiene

---

(1) Emmeett L. Bennett, Jr.: *Fractional Quantities in Minoan bookkeeping*, en *AJA*, vol. LIV, núm. 3, págs. 204-222.

su propia serie de divisiones fraccionarias, con lo que el sistema es más afín a los cuneiformes. La manera de establecer la relación entre los distintos ideogramas, a base principalmente de las tabletas de Pylos, es el resultado de un análisis sagaz y riguroso mucho más convincente que el dedicado a la clase anterior. Establece así una serie para áridos, otra para líquidos y una tercera de pesos, con los divisores 10-6-4, 4-6-4, 10-3-4-12, que revelan una síntesis de sistemas decimal, sexagesimal y dual. En suma, trabajo fundamental para la cuestión estudiada. Del mismo autor procede una lista de correcciones (1) a los errores e inexactitudes deslizados en la impresión del vol. II de *Scripta Minoa.*

Mr. Michael Ventris en las hojas que distribuye periódicamente (2), expone sus ideas sobre diversas materias, todas del tema minoico, muy principalmente de la escritura B: su probable flexión, los signos que pueden representar una conjunción copulativa enclítica, en lo que es visible la influencia del método e ideas de la Doctora Kober. Además, la publicación de las tabletas de Pylos le da pie para otros análisis: la tabulación de las apariciones de signos, según sus posiciones inicial, media o final, el presunto contenido de las tabletas a juzgar por los ideogramas de las del grupo *E*, las variaciones de signos o alternancias, su posible función, la existencia de prefijos y desinencias y, con esto como base, la caracterización de la lengua B. La tendencia que preside todos los artículos de Ventris es la identificación de la lengua cretense con la etrusca, que constantemente surge como término de comparación; el reproche que se puede dirigir a su método no deriva de haber establecido tal hipótesis, plausible y con algún fundamento en la relación entre ambas civilizaciones —confróntese su nota sobre el origen de Eileithuia-Eleusis—,

---

(1) *Corrections to Scripta Minoa* II, Yale University, 1952, 14 páginas.

(2) Michael Ventris: *Work Notes on Minoan Language Research*, January 1951-June 1952, 176 págs. dactilograf.

sino que al no conceder al silabario chipriota más alcance que el de la cultura isleña en que se manifestó, esto es, sin ver en él el reflejo o irradiación de la superior civilización cretense, da a los signos de escritura minoica valores fonéticos en la medida que pueden suministrar lecturas adaptadas a su tesis y, con frecuencia, fluctuantes. Ultimamente, parece haber abandonado, aunque no sea sino de modo temporal, la tesis etrusca: en su último opúsculo (1) dedicado al estudio de los grupos de signos de Pylos y Knossos, propone, ciertamente con toda reserva, ver en su lengua el griego, sobre algunas identificaciones de formas de ἔχω y palabras fundamentales como πατήρ y μάτηρ. A dichas lecturas se les puede hacer la grave objeción, ya consignada, de la falta de fundamento de los valores fonéticos.

De Constantinos D. Ktistopoulos son varios los trabajos por reseñar que atestiguan la atenta laboriosidad con que sigue las investigaciones sobre epigrafía cretense. En el homenaje a Hrozny (2), pondera las dificultades con que tropieza el desciframiento cretense. Como medio más probable de lograrlo estima la lectura de nombres prehelénicos que hayan sobrevivido en la toponimia o mitología clásicas. La principal dificultad en aceptar los resultados de este método tan plausible estriba, como era el caso con Mr. Ventris, en que Ktistopoulos, aun admitiendo algún valor más que nuestro colega inglés del silabario de Chipre, también basa la mayor parte de sus lecturas en la apreciación personal y el tanteo. Es la razón de que sus interpretaciones Μόψος y Μόξος (3), que muy probablemente existirán en el repertorio onomástico que constituyen las tabletas de Creta y el continente, no tengan vigor convincente por los valores en que se apoyan.

---

(1) *Experimental Mycenaean Vocabulary*, 12 págs., July, 1952.

(2) Const. D. Ktistopoulos: *L'énigme minoenne*, en *Archiv Orientalni*, vol. XVII (1949), núm. 1, págs. 420-424.

(3) Const. D. Ktistopoulos: *A Minoan Name*, de los *Studies presented to David Moore Robinson*, págs. 21-22.

De mucha mayor utilidad son otros tres trabajos del investigador heleno en que aplica el método estadístico y combinatorio a las nuevas colecciones de tabletas recientemente publicadas: sobre Pylos versa uno de ellos (1) en que, de un modo paralelo a Mr. Ventris, analiza la frecuencia de los signos en sus posiciones inicial, final o total, cuáles son los signos que aparecen doblados inmediatamente y sus distintas posiciones, las alternancias, los sufijos, los indicios de palabras compuestas, los grupos de signos comunes a Creta y Pylos que estima no inferiores a 110; todo ello de valor para estudiar comparativamente la lengua de Pylos y la de la isla. La parte débil es la final destinada a las lecturas hipotéticas de topónimos o antropónimos según su sistema personal ya criticado. Como ampliación de una de las secciones del trabajo anterior, un segundo (2) destinado a probar la existencia de palabras compuestas en la lengua minoica, tiene valor absoluto, pues no se basa en lecturas de ningún orden, sino en algo tan objetivo como los signos y sus asociaciones. En otro lugar (*Antrop. Cret.*, II, EMÉRITA) pongo de relieve y aprovechado las conclusiones del autor que en esencia consisten, al constatar dentro de un grupo de signos de partes que aparecen tanto en posición inicial como en final o en estado aislado, en manifestar la existencia de temas compuestos por dos o tres signos—evaluación que quizá debiera extender a cuatro—, y de palabras compuestas por lo general por dos temas, aunque haya algunas que constan de tres. En el restante trabajo (3), Ktistopoulos aplica los mismos principios y métodos estadísticos que empleó en Pylos a la colección de nombres hechos públicos tras la salida del vol. II de *Scripta Minoa*. Señalemos como síntomas favo-

---

(1) Κωνστ. Δημ. Κτιστοπούλου Πρῶται παρατηρήσεις ἐπὶ τῶν ἐπιγραφῶν τῆς Πύλου. Ἀθήναις. 1951, 10 págs. + VI πίνακες.

(2) *Mots composés de la langue Minoenne*, Athènes, Septembre 1951, 7 págs.

(3) *Recherches sur les mots minoennes*, Athènes, 1952, 21 páginas + IV tables.

rables de la evolución teórica del autor desde su anterior hipótesis semita, su criterio en ver en la geminación de signos un testimonio a favor de la pertenencia de la lengua cretense al grupo asiánico, y el mayor número de nombres de esta cepa aducidos en las lecturas. Al mismo autor, en amable comunicación particular, debemos noticias sobre el acrecentamiento del material epigráfico minoico: las excavaciones realizadas por el Prof. Blegen en Pylos han descubierto más de 400 tabletas con inscripciones. Por otra parte, en Micenas el profesor Wace ha hallado también tabletas semejantes.

Antonio Tovar, en un breve artículo (1), plantea con claridad el tema de la relación del alfabeto ibero-tartesio con el signario cretense-chipriota. A través del estudio y comparación de las formas de los signos, reforzados por la similitud de valores fonéticos cuando éste es el caso, concluye que el sistema tartesio-ibérico no remonta más allá del siglo VII, que la mayoría de sus formas, aun para signos silábicos, proceden de los alfabetos semíticos, es decir, fenicios y griegos; en una palabra, no es una evolución, sino que sobre la base de un sistema silábico se ha hecho en un momento dado una adaptación con habilidad y espíritu de sistema. Pero la persistencia del silabismo, sobre todo en los grupos oclusiva + vocal, explicable por su adecuación a la naturaleza de la lengua o lenguas que se escribían con este sistema gráfico, revela la existencia de un sistema silábico anterior, de tradición minoica y con hondas raíces en la Península. De otra manera, el «neosilabismo» o retroceso a partir del alfabeto greco-fenicio sería inexplicable. Las tablas comparativas justifican y exponen de una manera clara y sistemática las semejanzas entre los signos ibéricos y sus presuntos precedentes.

* * *

(5) A. Tovar: *Sobre la fecha del alfabeto ibérico*, en *Zephyrus* II' Salamanca, 1950, págs. 97-101.

Puesto que la civilización minoica tiene sus raíces y, posteriormente, su reflejo en los países asiáticos que bordean el Egeo, fuerza es para comprenderla a fondo estar al corriente de los estudios sobre dichos países. En primer lugar, Sundwall con su colecta de nombres minorasiáticos (1), pensada como apéndice de su anterior *Die einheimischen Namen der Lykier*, hace breve historia de la cuestión, de la crítica adversa que levantó la publicación de esta obra, y la poca comprensión que obtuvo, exteriorizadas en la recensión de O. A. Danielsson y su opinión de que el licio era una base demasiado pequeña para un edificio comparativamente demasiado grande y de no estar demostrado el estrecho parentesco que las lenguas anatolias tienen entre sí. El posterior desciframiento del hitita cuneiforme por Hrozny, el estado avanzado y prometedor en que se encuentra el hitita jeroglífico, y la relación que con ambos guarda el licio, puesta de relieve por H. Pedersen, han sido posteriores confirmaciones en bloque del ensayo del investigador finlandés e invalidan el dictado de «empresa aventurada» que obtuvo. Igualmente, comenta la objeción del gran Eduard Meyer de que diera unitariamente nombres de todos los territorios en lugar de una separación por países y pueblos, como si en el estadio preliminar de una investigación se fuese capaz de establecer distinciones y precisiones que pertenecen a etapas posteriores cuando ya se ha reconocido el valor global del nuevo punto de vista. También entonces era prematuro exigir la significación que los nombres catalogados deben poseer. Hoy puede poner ya de relieve la relación entre topónimos y nombres personales derivados de ellos—demóticos, cfr. en gr. Ἀθήναιος—, con grandísima extensión en Asia Menor. Otro sector de antropónimos pertenece a los teóforos de enorme importancia en la onomástica oriental. Además del gran número de nombres compuestos con *Tarko-*, *Troko-*, *Sanda-*, designaciones de divinidades co-

(1) Johannes Sundwall: *Kleinasiatische Nachträge, Studia Orientalia* XVI :1, Helsinki 1950, 50 págs.

nocidas, hay otros no tan claros en que seguramente se ocultan los nombres o atributos de otras deidades, como en *Nanna-*, *Nena-*, puestos de relieve por Bossert, *Ija-*, *Kula-*, etcétera. De valor son sus apreciaciones del importante papel que en esta función de la formación de nombres han jugado las divinidades de protohattitas y hurritas—cfr. *Humuni*, *Sauska*—así como de la luz que aportará el desciframiento de los monumentos hititas jeroglíficos para el conocimiento de las creencias religiosas de Anatolia. De interés es el análisis de algunos nombres compuestos con el tema licio *pija-* «dar», hit. cun. *pi̯a-*, p. ej., *pi̯atarauas* «Tarau̯as da», o en formación participial, *pi̯amatarauas* «Tarau̯as (es) el que da», así como su discusión de la terminación *-asis*, para Bossert participio pres. del verbo hit. jer. *as(s)i̯a* «amar» *(asints* = «que ama»), para Sundwall, quizá sufijo relacionable con el gen. licio *-hi*, *-he*, milio *-si*, o el sufijo étnico licio *-zi* (< *-ti* ide.). Tras algunas consideraciones sobre la forma en que se han transmitido los nombres, y sobre su procedencia étnica en regiones en que son perceptibles distintas capas lingüísticas o hubo colonización griega, presenta la extensa y útil colección onomástica con especificación de las respectivas fuentes y repertorios. Y, al final, una lista de supuestos y posibles temas que figuran como segunda parte en los nombres compuestos; por ejemplo: *arada*, *muwa*, *turta*, *zita*.

En una nueva publicación, Bossert expone y discute algunos problemas suscitados por la bilingüe de Karatepe (1): primeramente, el de la lectura del signo «espina» (núm. 288 de Güterbock), al que Bossert había ya reconocido dos valores fonéticos, el de *ra/re/ri* o *r* y el de *da/ta* o *d/t*, sin que ninguna regla permitiese determinar cuál fuera en cada caso la lectura. En apoyo de esta concepción polifónica cita las investigaciones de Steinherr que para el signo Meriggi-370 ha encontrado tan pronto la lectura *tar* como la *sar*. Ahora señala

(1) Helmuth Th. Bossert: *Die phönizisch-hethitischen Bilinguen von Karatepe*, 2, Forsetzung, págs. 10-42.

Bossert un tercer valor del signo «espina», el de *sa/s*, con la interesante precisión de que esta última lectura es la apropiada cuando la espina del signo apunta hacia la izquierda, mientras alguna de las dos primeras señaladas tiene lugar cuando la punta está vuelta a la derecha.

A continuación trae las frases XXV-XXXI de la bilingüe de Karatepe, aduciendo para completar el sentido también las veinticuatro primeras, tanto en su traducción como en su reproducción en hitita jeroglífico y en signos fenicios, con especificación de los relieves que contienen cada pasaje y frase.

Sobre las discrepancias existentes entre los textos hitita y fenicio cree el autor necesario pasar revista a diversas hipótesis sobre la persona del redactor del texto fenicio: la más verosímil es que dicho redactor fuese de lengua fenicia y las faltas cometidas en su traducción del texto oficial hit. jer. no fuesen debidas a desconocimiento de esta lengua, sino a descuido. La hipótesis inversa, texto oficial fenicio y traducción por un individuo hitita conocedor del fenicio, pero con inadvertencias, es también posible, pero con alguna menor probabilidad. En el análisis de las frases citadas importa destacar, por trascender su valor del estudio de los pasajes afectados, la presencia de infinitivos en *-ana*, y la lectura del tan debatido signo «cuerno» que ahora parece encontrar su solución definitiva como *sur* al entrar en la composición del nombre del país de *Assur* (¿dónde está, si no, pregunta Bossert con ironía, el país de *Akur?)* y por tanto adscribe el hit. jer. al grupo de las lenguas *satem*. La explicación del curioso orden de enumerar «Oeste-Este», habitual por lo demás en los textos hit. jer., en lugar del lógico inverso, la encuentra Bossert en el recuerdo persistente de una emigración en ese sentido del pueblo que la emplea, en este caso los *danuna*, y en su apoyo cita el interesante paralelo de Eusebio, obispo de Cesárea, que en su biografía de Constantino describe los países de su imperio comenzando πρὸς ἥλιον δύοντα hasta πρὸς ἀνίσχοντα ἥλιον, en conexión con el traslado hacia el Este de la capital del imperio.

En breves memorias (1), da Bossert cuenta de viajes exploratorios arqueológicos, promesa de interesantes estudios. En uno de ellos, con objeto de encontrar la antigua ciudad de *Mallos*, fué explorada Karatas, situada junto al mar, al Sur de Adana. De las inscripciones griegas encontradas en Karatas en 1949, se desprendía que no era allí donde estuvo Mallos. La antigua *Magarsos*, el gran puerto cilicio, famoso por su santuario de Atenea, llevó en tiempos ptolemaicos el nombre de «Antioquía del Pyramos», pero nunca el de Mallos. Tanto la ciudad como las dos islas situadas ante ella, las *Didymai* de la antigüedad, están en la actualidad limpias de restos restos arquitectónicos. Gracias a una inscripción de tiempos de los Flavios, es posible localizar Mallos en la margen derecha del río Pyramos (hoy Ceihan). A juzgar por las ruinas debió de ocupar gran extensión en tiempos romanos y bizantinos, mientras restos griegos y de la época del Hierro o faltan totalmente o están aún ocultos bajo tierra.

Anatolia central ha suministrado una nueva inscripción que promete ser interesante. El lugar de hallazgo es *Malkaya*, al NW. de *Kirsehir* y en el camino que de este punto lleva a *Kaman;* está constituída por un bloque rectangular sobre cuyas cuatro caras corre la inscripción incisa. Primeramente se creyó que sólo la cara Norte estaba inscrita, pero en realidad son todas, aquélla es la que mejor se conserva. El sentido de la lectura es de derecha a izquierda y no seguido sobre las cuatro caras en las que aprovecha las superficies planas, siendo difícil determinar la sucesión de palabras y signos. En el N. parece dispuesta en *bustrofedon*. Pertenece al imperio hitita de la buena época, y habla en ella un príncipe cuyo nombre conocemos por los archivos de Bogaz-Koi; otros nombres propios conocidos de esa procedencia se encuentran tam-

---

(1) Prof. Dr. H. Th. Bossert: *Vorbericht über die archaeologische Untersuchung von Karatas. Vorbericht über eine wissenschaftliche Reise in Zentralanatolien.* Belleten, Cilt XIV, Sayi 56, Ankara, 1950, páginas 660-676.

bién en ella. Es tanto mejor llegada cuanto que las inscripciones hititas de buena época son escasas.

De interés para el conocimiento de los usos de vida del Oriente próximo es el artículo (1) que Bossert dedica a las siete láminas de plomo inscritas con caracteres hititas jeroglíficos y enrolladas, encontradas en Assur. Fueron halladas en 1905, en una casa particular del *zigurato* occidental del templo de Anu-Adad y publicadas por Walter Andrae en 1924, que reconoció su carácter de cartas privadas, completamente diferentes de los demás textos jeroglíficos en inscripciones rupestres, estatuas y edificios, de contenido histórico o religioso. Se investigó principalmente sus formas introductivas y alguna palabra aislada, pero el principal apoyo para su lectura y comprensión viene del descubrimiento de la bilingüe de Karatepe. En cuanto a su datación, Andrae reconoció justamente que debe atribuirse a finales del siglo VII a. de J. C., la época en que fueron enterrados los rollos de plomo en el lugar de su hallazgo; no llevan por lo demás ninguna indicación cronológica externa ni interna; únicamente por comparación con otras inscripciones se las puede situar en el siglo VIII o VII, en el tiempo de los pequeños principados hititas independientes.

Su lectura suscita un interesante problema: estos rollos o cartas no fueron enviados; en efecto, todos son de un mismo expedidor, Daksalas, procedente de Ḫaran, aunque quizá no viviese allí sino en Assur en el tiempo en que las escribió; los destinatarios son ocho, de distintas localidades y, sin embargo, todas las cartas se han encontrado juntas. Entre los pocos nombres de lugar citados, los únicos localizables son *Ḫaran* y *Karquemisa*. Las cartas están enrolladas con el verso hacia fuera de modo que su borde derecho quedaba al exterior, así que a su apertura venía a la vista el comienzo del recto y se podía comenzar la lectura. Tenían el inconveniente de que

---

(1) H. Th. Bossert: *Zu den Bleibriefen aus Assur*, en *Orientalia*, vol. 20, fasc. I, 1951, págs. 70-77.

estando enrolladas las cartas no se podía conocer el nombre de los destinatarios; pero esta dificultad se obviaría con una etiqueta de pergamino, cuero, papiro, etc., colgada de una cuerda.

* * *

Frente a esta pluralidad de estudios, en exceso fragmentarios, dispersos y con frecuencia contradictorios, es confortador encontrar una obra poco conocida en España, que con amplitud de miras plantea el tema de las relaciones de la cultura del Indo con el Oeste (1). Y no se juzgue ajena a esta sección, pues debe precisamente su nacimiento a un estímulo del Seminario de Arqueología de Basilea que, bajo la dirección de K. Schefold, trabaja en la empresa de determinar «la importancia del Oriente para la cultura creto-micénica». Si hoy esta influencia es perceptible tanto en su génesis como en su desenvolvimiento, no siempre ha ocurrido así: en los solos cincuenta años de investigar la cultura minoica, la tendencia espontánea fué considerarla como la etapa inicial de la helénica o derivarla de la egipcia, como hicieron Evans y Sundwall en el especial sector de la epigrafía. Fué Matz con *Frühkretische Siegel* quien abrió el camino para la comprensión de lo cretense partiendo de los precedentes orientales. Y después, el descubrimiento de la cultura del Indo hace cesar el misterioso aislamiento de la cretense, al surgir otra simétrica en el extremo del diámetro de la órbita a la que ambas pertenecieron. Las analogías y notas comunes son claras para quien compara sus manifestaciones más destacadas: coincidencias en la ornamentación; en escultura, frente a la tendencia a lo monumental—Egipto y Asiria—, lo orgánico y simétrico—Grecia clásica—, se persigue el secreto de la vida, el juego movible y el espejeo cambiante; en la esfera religio-

(1) Heinz Mode: *Indische Frühkulturen und ihre Beziehungen zum Westen*. Basel, 1944, XVI + 182 págs. + VIII Tafeln.

sa es perceptible el papel dominante del principio femenino tanto concebido como divinidad, tanto en el papel intermediario de sacerdotisa. Y es justo añadir lo que a la comprensión de estos estadios primitivos de la civilización aportó Bachofen, una generación antes, al concluir de fuentes puramente literarias la existencia de una fase matriarcal, completamente diferente de nuestra representación patriarcal, y fecunda en las investigaciones etnológica y arqueológica. Entre estos dos extremos geográficos y gracias a las semejanzas de ornamentación se han podido determinar los eslabones intermedios en Persia y Mesopotamia Norte originados en una cultura común que, en el cuarto milenio, floreció en Norte de Siria, Mesopotamia y Persia, y de la que es sitio característico *Tell-Halaf* con su cerámica policroma. Esta unidad cultural del Asia Anterior, comprendidas las manifestaciones periféricas de Creta y el Indo, es la que informa la obra de Hrozný, *Histoire de l'Asie Anterieure, etc.*, en muchos puntos discutible, pero firme en lo fundamental, y asimismo es la que llevó al autor de esta nota a comparar—*Minoiká*, pág. 34, láms. 9-10—los sistemas de escritura de Creta y el Indo, no por influencia de ninguno de ellos sobre el otro, sino como ramas divergentes de un gran tronco común.

Es conocido el conjunto de circunstancias que produjeron el descubrimiento de la cultura del Indo y que erróneamente se atribuiría al azar: si la región del Indo y del Pendjab ha atraído las preferencias de los excavadores, ha sido gracias a su deseo de encontrar huellas de la expedición de Alejandro, y a esta actividad se debe desde 1922, en que R. D. Banerji reconoció la antigüedad e importancia de aquella cultura desconocida, el descubrimiento y por así decir resurrección de dos ciudades, Mohenjo-Daro, junto al Indo, y Harappa, cerca del Ravi. Las excavaciones fueron dirigidas por arqueólogos de categoría: primeramente, Sir John Marshall que realizó la puesta a luz de ambas ciudades y expuso los resultados en una obra fundamental para el conocimiento de esta extraña cultura; después, su sucesor, E. Mackay, experto conocedor de la arqueología del Asia Anterior—cfr. sus excavaciones

en Kish—prosiguió dignamente la obra de su antecesor precisando las semejanzas de esta cultura con la sumeria. Finalmente, N. G. Majumdar, que en 1938 pagó con su vida sus actividades científicas, tuvo el mérito de determinar la sucesión cronológica de las distintas fases culturales. Pues si primeramente se nombró la civilización del Indo por su mayor ciudad descubierta—Mohenjo-Daro—y más rica en hallazgos, ésta no ha suministrado testimonios arqueológicos que permitan situarla en más de una de las cuatro capas estratigráficas que se han señalado. El porvenir puede reservar aún sorpresas, pues el trabajo realizado si fructífero no es exhaustivo: se han excavado las mayores ciudades, pero ni aproximadamente se puede trazar la extensión de la antigua cultura del Indo, que por ahora podemos localizar en el vestíbulo NW. de la India, hasta la península de Guzerate al Sur, y la cuenca del Djumma, transición a la región gangética, al Este. Como quiera que sea, la cultura del Indo, en nuestro actual conocimiento, no designa el desarrollo unitario de una sola, sino que es el nombre aplicado al conjunto de cuatro consecutivas. En ningún lugar se han dado las cuatro culturas superpuestas: sólo en Chanhu-Daro descubrió Mackay las tres últimas, mientras la más antigua fué suministrada por la estación de Amri, situada, como Chanhu, en la proximidad del tramo inferior del Indo. Por el estudio de la cerámica y sus características—forma, ejecución, ornamentación—y del resto de los hallazgos, esta sucesión estratigráfica se puede esquematizar así:

1.ª capa y más profunda. *Amri:* cerámica plana pintada, de tres colores; motivos exclusivamente geométricos; cuellos de las vasijas con bandas rojas.

2.ª *Harappa-Mohenjo-Daro* (= *Chanhu-Daro* III-IV), con mucho la más rica y conocida. Cerámica en parte continuación de la anterior, en parte, nueva como en las vasijas apuntadas por abajo, formas elegantes de soportes y fruteros. Monocroma o negro sobre rojo, sin pretensiones artísticas, sino la consecución de abundantes objetos de uso diario. Motivos repetidos horizontalmente, tomados de superficies planas de-

coradas, círculos secantes, figuras animales o vegetales. Abundancia de figurillas en arcilla, estatuas, sellos grabados con inscripciones, grandiosos edificios.

3.ª *Jhukar* (= *Chanhu-Daro* II): Cerámica policroma; reaparecen los motivos geométricos, pero como resultado de una estilización de los naturalistas, menos densa que en la primera.

4.ª *Jhangar* (= *Chanhu-Daro* I): Cerámica de formas esféricas hecha a mano, monocroma, obscura, decorada con motivos esgrafiados dispuestos en una sola línea.

El simple examen de las características señaladas deja conocer en la 2.ª cultura—Harappa-Mohenjo—una civilización mixta, con riqueza de formas y motivos geométricos y naturalistas, en coexistencia de tendencias no totalmente fundidas; mientras en la 3.ª esta riqueza se agota y reaparece la antigua tradición de la 1.ª, es la fase final de un extremo primitivismo que no puede explicarse sino por la intrusión de un pueblo en estado primitivo que trajo consigo esta regresión cultural. La comparación con las culturas occidentales—beluchas, iranias, mesopotamias—confirma estas primeras impresiones al tiempo que las matiza y da precisión: la cultura de Amri, ó 1.ª, por las formas cerámicas y, sobre todo, por la decoración policroma y motivos geométricos, tiene coincidencias con las de Anau, la más antigua de las iranias, y la mesopotamia de Al Ubaid; juntas pueden englobarse en una I provincia de cerámica policroma del Asia Anterior. Frente a ella se puede señalar una II provincia, concentrada en Siria Norte-Mesopotamia Norte (Tell-Halaf, Samarra), con característica intrusión de elementos naturalistas en el adorno geométrico, perceptibles en la franja Oeste de la meseta irania, Susa, con estilizaciones, y en Harappa en forma más pura. Así se explica la dualidad artística de Harappa-Mohenjo por la presencia de influjos de las dos grandes provincias, la I, arraigada en Amri, la II, nuevamente llegada.

Sobre estas precisiones, la datación que suministran las analogías y los objetos de la cultura del Indo hallados en países iranios y mesopotamios, bien conocidos arqueológicamen-

te, podemos representarnos la génesis y sucesión de las culturas del modo siguiente:

1.ª Originada en una cultura de cerámica policroma cuyo origen más cercano podemos situar en el Turquestán, y cuya expansión se debe a un movimiento de pueblos que se dirigen a la India—cultura de Amri—, Irán—Anau—, Mesopotamia—Al Ubaid, Asia Anterior y Creta. Juntas componen lo que se ha llamado I provincia de la cerámica policroma del Asia Anterior; irradiaciones suyas son perceptibles en Egipto, en el llamado período predinástico de Negade II, que con su mezcla de montañeses y semitas prefigura lo que será la emigración de los *hiksos*.

Aproximadamente a fines del cuarto milenio, hacia 3000, se produce un avance hacia el E. de elementos culturales del N. de Siria que había madurado el conjunto de manifestaciones que hemos caracterizado como II provincia de cerámica. Su paso por Mesopotamia se señala por la cultura de Jemdet-Nasr, por Irán, gracias al cambio que distingue Susa II de Susa I, en el Indo por la fase de Harappa-Mohenjo.

Mil años más tarde, es decir, hacia 2000, una nueva oleada de pueblos se desplaza hacia Siria Norte y hacia el Indo, donde da comienzo la etapa de Jukhar. Los portadores de este movimiento nos son afortunadamente conocidos por sus manifestaciones culturales y políticas del más alto valor en la historia del Asia Anterior a la que los hurritas, pues de ellos se trata, modelaron en el segundo milenio.

El fin de esta civilización del Indo, lo que se llama fase de *Jhangar*, fué aportado por un pueblo extraño a las dos provincias cerámicas citadas, originario del Norte y llegado por los pasos de las montañas, del que se han creído hallar algunas huellas en Cachemira. Sería un pueblo bárbaro y dotado de tal poder de destrucción que hasta el recuerdo de la civilización de Harappa se perdió para los posteriores habitantes de la región en tiempos arios y védicos.

Esta última invasión de los arios, primera plenamente indoeuropea, pues en la de los hurritas sólo participarían elementos aislados pertenecientes a las capas dirigentes, se pue-

de fechar hacia 1200, y está en conexión con las invasiones paralelas de dorios en Grecia y medos y persas en el Irán. Con ellos comienza la época clásica de la historia de la India, época del Hierro, que constituye el comienzo de un nuevo ciclo cultural después de la altura alcanzada por la civilización del Bronce de Harappa, a la que es totalmente ajena. No hubo entre ellas contacto directo—no hablemos de la infundada pretensión de algunos autores de atribuir a los arios la paternidad de la cultura del Indo—, solamente encontraron *in situ* una población, ¿los drávidas?, en quienes persistían algunos elementos de aquella cultura y obraron como agentes transmisores de los mismos. Así se explica su permanencia en la época védica, no sólo entre las castas inferiores, sino incorporados en diversas manifestaciones de la esfera religiosa.

De este modo se explica la diversidad de culturas en el territorio del Indo de un modo satisfactorio desde el punto de vista de su sucesión estratigráfica y de su conexión con la evolución conocida del Asia Anterior. Responde a la tendencia actual de interpretar los acontecimientos históricos en términos prehistóricos, es decir, contemplar la cadena de acontecimientos a lo largo de su sucesión secular y fijar las oleadas étnicas que han irrumpido desde el interior de Asia o desde el Norte, y acusar las respectivas reacciones o contragolpes. Nótese, además, como dato de extraordinario interés desde el punto de vista de la lingüística y los desciframientos, la atribución de la 3.ª cultura, la de Jhukar, a los hurritas, de tanto más valor cuanto que el autor ni es un lingüista ni considera especialmente los documentos epigráficos. Siendo así, la capa anterior y mejor conocida, la de Mohenjo-Daro y Harappa, con su abundancia de sellos con inscripciones, no podrá atribuirse a los hurritas ni interpretarse por su lengua, pero quizá sí por una capa étnica asiática anterior, tal vez la de los protohattitas, si es que la sucesión de las oleadas étnicas hacia el E. ha reproducido la que conocemos en el Oeste. De hecho, es de admirar la poderosa intuición de Hrozný que casi asimiló los sistemas gráficos de cretenses, hititas y proto-indios, lamentando solamente que no le acom-

pañase la solidez y rigor en las demostraciones fonéticas.

Hasta aquí la exposición de lo que constituye, por así decir, el armazón cronológico y los paralelos en bloque y relaciones con otras culturas de la civilización del Indo. Heinz Mode no limita a esto su estudio, sino que en los cuatro restantes capítulos de la obra, por medio de un fino análisis de algunas de sus manifestaciones, aduce los apoyos de la tesis expuesta. Así, en el dedicado a *La plástica menor del tiempo de Harappa*, destaca los rasgos distintivos de las terracottas del Indo, ya conocidas por la obra de Marshall, de las que representan animales, serpiente, mono, toro y, sobre todo, de las figuras femeninas con mucho las más numerosas, en las que se debe ver una figuración de la *dea mater* que condensa el principio de fertilidad. Descomponible en varios tipos, según la forma del tocado de la cabeza, la posición de sus brazos y el que su desnudez sea total o limitada a la mitad superior del cuerpo, un hecho es incontestable, su enorme extensión geográfica que abarca no sólo parte del Asia situada al W. del Indo, sino la región danubiana, Grecia continental, Egeo y Egipto. Cuando no se hallan en actitud estática, sino con los brazos alzados o en un momento de danza, todos los gestos y actitudes del Indo tienen su paralelo en Creta, constituyendo un punto de apoyo para la comparación de ambas culturas. La importancia del análisis de estos tipos y su extensión es que permiten concluir la *unidad cultural del Asia Anterior manifestada en algo tan íntimo como la religión, de la que las citadas figuras no son sino las exteriorizaciones artísticas.*

Notables son también las páginas dedicadas al análisis estilístico de las esculturas mayores de Harappa y Mohenjo-Daro—danzarina, torso de hombre, busto de un *yogi*—en que destaca los principios presentes en su realización, o mejor quizá su falta de principios, entendiendo por tales las directrices previas que informan cualquier obra de la estatuaria del resto de Oriente y mundo clásico. En el Indo, como en Creta, todo es movimiento puro, líneas divergentes en varias direcciones, expresión de las facultades motrices, prefiriendo las

líneas diagonales y oblicuas. Se explica que no utilizasen la piedra para fijar lo momentáneo y vivo.

En el capítulo sobre *Los sellos*, una plaquita con la representación de la lucha entre dos toros le lleva a comparaciones con las de Creta y a exponer la hipótesis de C. L. Fabri de que las escenas de ambos sitios en que participa este animal no son sino distintas fases de un culto que puede reconstituirse así: 1.ª, lucha o captura del toro (en Harappa y—añadamos—en Vafio); 2.ª, acrobacias (en Creta); 3.ª, sacrificio (a juzgar por los restos, en Egipto prehistórico, Chipre y Creta). Es una nueva indicación de la unidad cultural de Oriente y el Egeo, por lo menos, ya que este especial sector se presta a meditar sobre la posible inclusión de manifestaciones análogas en España.

En *Pintura y Ornamentación*, por el estudio de la decoración de los vasos y su escasa adaptación a las superficies esféricas, p. ej., existencia de metopas, postula la existencia de grandes superficies planas decoradas—pinturas murales o tapices—, al igual que en Creta y Siria N., por desdicha perdidos, pero que han influído en motivos y disposición en la decoración de vasijas y sellos.

Tales son los temas capitales de esta obra, realmente fundamental, no sólo para quien quiera profundizar en la esencia de la civilización del Indo, sino ganar una idea sobre las perspectivas culturales del Asia Occidental, sobre todo del cuarto al segundo milenio. La parte gráfica, principalmente 360 grabados de línea y un cuadro sinóptico, es clara y apropiada al texto.

* * *

Sobre el desplazamiento y derivación de una de las manifestaciones de la cultura del Indo, su escritura, versa un trabajo (1) del Director del Museo Antropológico de Buenos

(1) J. Imbelloni: *Las «Tabletas Parlantes» de Pascua, monumentos de un sistema gráfico indo-oceánico*, en *Runa*, IV (1951), págs. 89-177, VIII láms. y 27 figs.

Aires, Dr. J. Imbelloni, digno de nota por su exacta y amplia documentación como por lo sugestivo del tema. Fundamentalmente, constituye un estudio de las tabletas inscritas de la Isla de Pascua, *kohau rongo rongo* en el lenguaje indígena, esto es, «tablillas parlantes», que objeto de estudios sistemáticos desde 1870 han resistido los intentos de desciframiento. Imbelloni describe las 24 más extensas de las conocidas, escritas en un sistema *bustrofedon* especial, ya que las líneas que ocupan los lugares pares están trazadas con los signos invertidos, de manera que para leer las tabletas hay que darles la vuelta a cada cambio de línea. Está constituída dicha escritura por más de 500 signos, en su mayor parte representación de objetos y seres naturales, humanos y humanoides, sin que falten los geométricos. En estas circunstancias de total desesperanza de descifrar y filiar tal escritura, es comprensible la sensación producida por la comunicación del sabio húngaro Guillermo de Hevesy presentada en 1932 a la Academia de París; en ella afirmaba haber roto el aislamiento de la grafía de Pascua, proclamando su analogía con la escritura de Mohenjo-Daro y Harappa. Esta revelación, como todo descubrimiento que viene a chocar con un sistema de ideas hechas e incluso con la ausencia de un sistema, despertó incredulidad y objeciones, abonadas en este caso por las enormes distancias temporal y espacial: son muchos los siglos transcurridos entre el florecimiento de la cultura del Indo—3000 antes de J. C.—y el siglo XVIII en que se fechan los ejemplares más antiguos de las *kohau rongo rongo;* igualmente son muchos los grados de longitud que median entre los valles del Pendjab y la isla más oriental del Pacífico. Imbelloni hace historia de este período de incredulidad y criticismo que culmina en el ataque de Mons. A. Métraux acusando a De Hevesy de ajustar algunos signos de Pascua con objeto de que coincidiesen con los del Indo. Fué uno de esos momentos en que la exageración de una crítica produce una reacción favorable al que es objeto de ella: Hunter, buen conocedor de la escritura del Indo, atestiguó que las reproducciones de signos eran impecables. S. Langdon, que ya en 1934 había prologa-

do la obra de Hunter sobre epigrafía del Indo, reconocía su derivación en la escritura pascuense, y un artículo de Heine-Geldern en Viena, 1938, es una completa rehabilitación de Guillermo de Hevesy y de la correlación de ambas escrituras. Por lo demás, es clara para todo el que sin excesivos prejuicios compare los signos complicados, en su mayoría humanoides, portadores de distintos objetos en los que no puede pensarse en pura coincidencia como sería el caso con sencillas formas geométricas. Determinada la existencia de un puente entre el Indo y la lejana Isla de Pascua, quedaban por descubrir los pilares: es la labor del momento y a la que el trabajo reseñado constituye una aportación fundamental, por ejemplo, proponiendo ver uno de tales jalones en las inscripciones religiosas de las grutas del interior de Ceilán, por la analogía formal de algunos de sus signos con los de Pascua como por la particularidad de su posición *antípoda;* en China Meridional, las escrituras lineales de los pueblos *lolo* (Szechuán) y *moso* (Yunnán) hace tiempo fueron relacionadas con la de la India, si bien el sentido de la transmisión debe invertirse desde los descubrimientos del valle del Indo; en las rocas de las Célebes, desde finales del pasado siglo, el obispo Claesens de Batavia, declaró había grabadas figuras análogas a los signos pascuenses; Heine-Geldern, el ilustre sinólogo, fijó por su parte tales relaciones entre los glifos de Pascua y el Indo por un lado y los signos de escritura china de la época Chang y principios de la Chen, por otro, que no puede dudarse de su parentesco. Y, recientemente, von Koenigswald ha encontrado en algunos paños de la isla de Sumatra, ricamente decorados con bordados, algunos dibujos con estrecha analogía con los pascuenses.

Así se van esbozando—Ceilán, China central y meridional, Sumatra, Sumba, Célebes, las Marquesas—las etapas que una investigación alerta y metódica sin duda multiplicará, de esta secular odisea de una escritura, que constituye sin duda una de las aventuras más atrayentes en la historia de la cultura.

BENITO GAYA NUÑO.

Reseñas de libros.

LEROY (MAURICE).—*Tendences au doctrinarisme dans la pensée linguistique contemporaine.* Extrait des *Melanges Georges Smets.* Bruxelles, 1952, 10 páginas. El autor hace una exposición sucinta y clara de los principales momentos del pensamiento lingüístico a partir de Saussure: Praga, lingüística funcional o estructural, Psycho systématique, Glosematica de Hjelmslev. Reconociendo, naturalmente, el mérito y valor de estos esfuerzos por la sistematización, el señor Leroy, con palabras llenas de sensatez, llama la atención sobre los peligros de su exageración: un peligro grave—dice—es que «dans ces constructions systématiques bâties avec la rigueur des théories logico-mathématiques et bien souvent au moyen de formules de type algébrique... la linguistique est à nouveau assimilée aux sciences naturelles ou dites exactes». Con toda probidad científica, el autor hace constar cómo las cabezas principales de estas teorías se mueven en terreno firme; las palabras que cita de uno de estos sabios de primera fila, el señor Guillaume, son significativas: en la alianza de la observación de lo concreto con la reflexión abstracta, que es la propia definición de su método, el señor Guillaume declara que «le dernier mot appartient bien entendu à l'observation, seule qualifiée pour décider en dernier ressort de la vraie nature des choses, le rôle de la réflexion dans l'alliance qu'elle contracte avec l'observation n'étant point de conclure a sa place, mais de la guider... de lui conférer une *puissance*, que, laissée à ses seules forces, elle n'aurait pas».

Igualmente sensata es la observación del señor Leroy de que teóricos muy enamorados de ideas generales han pasado a construir prematuramente, aunque con la mejor intención, síntesis de numerosos aspectos. Todo el mundo suscribirá las prudentes palabras finales de este artículo: «les divers phénomènes ne peuvent être analysés avec quelque profit que selon les lignes d'une pensée directrice, mais, sous peine de tomber dans l'apriorisme et l'arbitraire, la méthode doit sans cesse être contrôlée... en fonction des données tangibles fournies par... l'observation des faits».

J. VALLEJO

HJALMAR FRISK.—*Quelques noms de la tempe en indo-européen.* Acta Universitatis Gotoburgensis. Goteborgs Högskolas Arsskrift LVII. 1951/4. Göteborg, Wettergren & Kerbers Förlag, 1951, 21 páginas.—El trabajo presente comienza haciendo notar que algunos nombres indoeuropeos de partes del cuerpo (por ej., el del corazón o el del pie) son muy estables en las distintas lenguas, mientras que otros (por ej., el de la mano) varían mucho de una a otra. El nombre de la sien figura entre los menos estables. Ante la laguna que se hace notar en el reciente *Dictionary of Selected Synonyms*, de Buck, que no da los sinónimos para la sien (así como tampoco para la encía, cuyos nombres ha estudiado Schwyzer en KZ LVII 1930, 273), Frisk ha pensado en reunirlos aquí, añadiéndoles los de algunas lenguas no indoeuropeas y ordenándolos nada menos que en once grupos semánticos según el concepto primordial (parte hundida, vertical, delgada, seca, etcétera) que ha prevalecido en cada nombre. La enumeración parece completa y no hemos visto ningún error digno de nota (¿es realmente tan seguro que, de acuerdo con Zauner, esp. *sienes* signifique «los ancianos», porque la sien es el lugar donde antes comienzan a salir canas?). Pero realmente no vemos la utilidad de este trabajo, excepto como aportación curiosa y complemento del Buck.

M. F. GALIANO

PESTALOZZA, UBERTO: *Religione Mediterranea. Vecchi e nuovi studi. Ordinati a cura di M. Untersteiner e M. Marconi.* Fratelli Bocca, Editori, Milano, 1951. XVI + 472 páginas, 3.000 liras.

Si hiciera falta una demostración de la sustantividad e importancia de la ciencia de las religiones como rama separada, la tendríamos en este libro, tan lleno de interés y que nos muestra cómo gracias a esa ciencia es posible reunir y coordinar conocimientos de filología clásica, arqueología, egiptología, asiriología, lingüística., etc., para llegar a resultados que afectan a todas estas disciplinas y aclaran problemas que cada una de ellas no es por sí capaz de resolver.

Conocida es la actividad del autor y de toda una amplia escuela de estudiosos italianos en favor de la constitución de una ciencia de las antigüedades mediterráneas. Si este término de *mediterráneo*, no lo ocultamos, peca de impreciso en ciertos terrenos, por ejemplo, el lingüístico; por otro lado es evidente que como denominador común de una serie de fenómenos culturales que no se limitan sólo a los países de las riberas septentrionales resulta apropiado y necesario.

Desde el punto de vista religioso resulta claro el carácter de la primitiva «Potnia mediterránea», diosa autónoma, generadora de todo,

que es a la vez montaña, agua, tierra fecunda, árbol, animal, mujer, con remotos precedentes en la prehistoria mediterránea, pero ya manifestada en los ídolos desnudos de todo este ámbito cultural y en la iconografía cretense. Desde el preludio, el autor celebra las diversas epifanías de la Gran Diosa, que había de supervivir en cultos helénicos, egipcios, fenicios, etc., y que es estudiada en una serie de monografías que forman este rico y deslumbrador volumen.

El primer estudio se titula «Iside e la melagrana» y parte de la idea de que Isis no es sólo una divinidad egipcia, sino que es sólo la incorporación a la mitología egipcia de la gran diosa mediterránea. Es a base preferentemente de textos griegos, incluso los pocos conocidos de carácter mágico, como el autor descubre el valor celeste y astral de la diosa egipcia, en coincidencia con otras divinidades mediterráneas de Grecia, Creta, etc. Según esto, la diosa Isis no es propiamente egipcia, sino que habrá de proceder del Egipto pre-dinástico y mediterráneo. El mismo nombre de Isis estaría en tal caso en relación, según Autran, con la palabra licia *sñta* = σίνδα, que se explica por la palabra griega σίδη 'granada'. Sobre el significado de este fruto recoge el autor una amplia documentación que demuestra su valor sexual, a la vez que es símbolo de inmortalidad. Ello se confirma con el estudio de otro nombre griego del mismo fruto, a saber, ῥοιά.

De la misma manera que Isis no le parece al autor plenamente egipcia, tampoco Astarte le parece fenicia y piensa que en esa palabra semítica tenemos la misma raíz que en Ἀ-φροδίτη y en *A-prilia* (p. 48). En relación con el nombre de Isis estaría también el de la heroína del *Ramayana* Sītā.

El segundo capítulo trata de Nut, la diosa madre del delta del Nilo, que es otra de las formas de la diosa mediterránea con notables coincidencias con la Hera helénica. Caracteres en cierto modo semejantes ofrece la diosa avéstica Ardvī, que a pesar de proceder de las orillas del Yaxartes, se une a las epifanías de la diosa madre mediterránea.

Un extenso estudio es dedicado a la diosa Tetis, en definitiva también otra forma en que se revela la misma divinidad. Algunos pasajes de la *Andrómaca* de Eurípides quedan aclarados con las explicaciones del autor, quien además se extiende en una serie de referencias literarias muy extensa donde la μίξις de la diosa con diversos πάρεδροι, muchas veces en figura de animal, se reduce a la profunda unidad que deriva del antiguo mito. En éste, como en otros estudios, el autor utiliza la onomástica lidia según los trabajos de Sundwall, con profunda penetración en el mundo anatólico.

En el mismo mundo sitúa a la diosa Hera en el capítulo V. Estudia el mito de Io, en relación con las divinidades egipcias zoomorfas

y, en definitiva, con Mithra y su conexión con la diosa avestica Ardvi. También la erudición abarca un extenso panorama en el capítulo siguiente, sobre la relación entre la Potnia minoica, el toro y la doble hacha. Las representaciones plásticas minoicas y micénicas, así como monumentos sardos y de Asia Menor le sirven al autor para establecer una serie de relaciones alrededor de la diosa Berekynthia, cuyo nombre se derivaría de πέλεκυς.

Un estudio sobre el significado religioso del arado en relación con el *hieros gamos* reúne la erudición filológica y arqueológica muy valiosas aportaciones de la etnología. Sobre un monumento arqueológico, un *pithos* procedente de Tebas, el autor desarrolla una interpretación favorable a un testimonio del mismo culto de la Potnia.

El tema de la granada y otros frutos, así como el simbolismo de ciertas pastas que en formas determinadas se preparaban en los misterios de Eleusis, en las fiestas de Siracusa, etc., se enlaza con el capítulo primero de este libro en relación con Isis. De interés etnológico es el estudio siguiente, X, sobre la presencia de sacerdotes y sacerdotisas impúberes en los cultos de Atenas y de Artemis. Con tal medio se buscaba la pureza. Al final del libro tenemos dos capítulos sobre Juno Caprotina y la fiesta llamada Veneralia, donde se explican pasajes de Ovidio con material etnológico, según hizo ya Frazer; pero en la comparación con todo lo expuesto antes sobre la diosa femenina se logra una nueva claridad.

Dos estudios más detallados y extensos son dedicados a las Thargelia de Atenas y a dos figuras míticas romanas, la Mater Larum y Acca Larentia. Las Thargelia entran plenamente dentro del cuadro de los cultos mediterráneos en relación con divinidades vegetales. Referencias al folklore europeo, principalmente de los eslavos, aclaran mucho ciertos particulares de la fiesta, que en definitiva tiene contactos con nuestra maya. También tiene amplios paralelos el *pharmakos* que aparece en la fiesta ateniense y sobre el cual Pestalozza critica filológicamente un material muy complejo. Del análisis de los diferentes elementos deduce el autor la complejidad de las Thargelia y ciertos pormenores de los misterios.

En cuanto a la significación de la Mater Larum se fija Pestalozza en la fiesta de los Larentalia o Larentinalia y tiende a identificarla con la figura mítica de Acca Larentia. El autor cree descubrir en Ovidio elementos tradicionales, y, en definitiva, se trata de una *indigitatio* o epifanía momentánea especial de la diosa Tierra, que entró en el culto público precisamente gracias al colegio de los Arvales.

El libro del profesor Pestalozza es una demostración de la importancia y sustantividad que ha logrado la ciencia de las religiones y de cuánto puede esperar de ella la filología y la lingüística.

A. T.

MOLINIER, LOUIS.—*Le pur et l'impur dans la pensée des Grecs d'Homère à Aristote*. París, Librairie C. Klincksieck, 1952, 449 págs.

En esta obra se estudia ampliamente y en todas sus implicaciones la idea que los griegos tenían de lo puro y lo impuro. Este estudio comienza por un análisis de dichos conceptos antes del siglo V (capítulo I) y luego se pasa a tratar el tema desde el punto de vista del ritual (capítulo II), el de la interpretación del vocabulario empleado y de las intenciones subyacentes en el rito (capítulo III), el de la intervención de los dioses en la esfera de lo impuro y lo puro (capítulo IV) y el de la evolución de los conceptos en Platón y Aristóteles (capítulo V).

El autor procede siempre críticamente, rehuyendo las sistematizaciones precipitadas, destacando lo particular de cada caso y prefiriendo la ignorancia allí donde nuestros datos no resisten a la crítica. El estudio del material es exhaustivo, tanto que esta acumulación de múltiples materiales y de una crítica constante de los mismos, a veces de resultados puramente negativos, no siempre favorece la claridad de la exposición. Expondré sumariamente las conclusiones más importantes para detenerme luego sobre todo en algunos detalles.

El capítulo I *(Les Origines)* tiene el interés de destacar la coincidencia fundamental de las ideas expuestas por Homero y Hesíodo sobre la impureza o mancha, con lo que queda excluída la interpretación de que en Homero haya que ver una postura original. La «mancha» es concebida como algo material cuya presencia ofende a los dioses; pero precisamente por ello tiene una trascendencia que sobrepasa lo puramente material. Faltan en Homero y Hesíodo ciertas «manchas» típicas posteriormente, sobre todo la del asesino. Pero el autor, que niega que la ideología homérica sea original, literaria por así decirlo, no se atreve a sostener, a pesar de ciertos hechos favorables, que la posteriormente atestiguada sea cronológicamente posterior.

Me parece exagerada la crítica de los autores del siglo VI, que tiende a demostrar que con nuestros conocimientos no podemos afirmar que Dracón conozca la mancha de sangre y que cuando se habla de «puro» e «impuro» en las leyes suyas que se citan, esto es adición de Demóstenes, pero que es verosímil que sí conociera dicha mancha: si hemos de creer esto no merecía la pena hacer la primera hipótesis. Y hemos de creerlo por la tradición, que remonta a aquella misma época, de considerar ἐναγεῖς a los Alcmeónidas, y por la existencia también entonces de frecuentes ritos de purificación: M. Moulinier ha de respetar tras larga discusión la existencia real del purificador Epiménides y aceptar otros varios hechos. En cambio, no valora el orfismo en su justa importancia, punto sobre el que hemos de volver.

En el capítulo II *(Les rites)* se estudian los tipos de impureza que

existen en Grecia, a juzgar por el ritual y también por las purificaciones correspondientes, que varían mucho. Se demuestra que la impureza tiene límites mucho más reducidos que en otras religiones y que la idea de lo «puro» tiene, consecuentemente, menos importancia religiosa: suele ser un medio y no un fin. Se estudian particularmente las purificaciones colectivas y dentro de este apartado es muy interesante lo relativo a los ritos báquicos entendidos como purificación (páginas 117-8) y el estudio detenido de los misterios de Eleusis desde este punto de vista (págs. 122-31); la idea de la purificación no desempeña en ellos otro papel que el de una preparación. Finalmente, el éxito de la catártica popular (charlatanes órficos, médicos charlatanes, etcétera) muestra que la necesidad de pureza no era satisfecha totalmente por la religión oficial.

El capítulo III *(Les mots et les intentions)* contiene un estudio sobre el sentido de καθαρός, καθαίρειν y κάθαρσις en sus acepciones materiales, que es posiblemente lo mejor del libro. En estas palabras hay que partir del sentido de «privar», «librar de una cosa», y la atención recae sobre el objeto «librado», sobre el resultado, lo que explica la divergencia de las traducciones según los casos; pero a veces del sentido de «limpio» surge el de «claro», «equilibrado», «bien ordenado». A continuación el autor pasa a hablar de la pureza intelectual en Anaxágoras —pura separación del νοῦς de la materia—y en Empédocles, cuyo pensamiento interpreta en forma que me parece excesiva y no justificable por los textos: la purificación del espíritu tendría por fin ver la naturaleza de las cosas. Y, seguidamente, viene el estudio que constituye el núcleo del libro, el pensar de los griegos sobre la naturaleza de la impureza que puede recaer en el individuo, la ciudad o la familia. El antiguo automatismo de la «mancha» lucha ahora con otras concepciones: la exigencia de un mínimo de culpabilidad—conclusión que deduce M. Moulinier del estudio de los oradores—, o bien de una voluntad del muerto, etc., lo que provoca conflictos que explota la tragedia y que en la vida real no siempre son resueltos por la ley y determinan la intervención de los dioses. En lo relativo a la transmisión de la «mancha» en la familia, hubiera sido útil comparar la oposición, iniciada en Solón y continuada en Teognis, a la doctrina antigua de la transmisión del castigo por el pecado de hybris. En general puede decirse que el estudio está hecho fundamentalmente sobre los trágicos y los oradores, utilizándose menos a los elegíacos, Píndaro, Heródoto, etcétera. Resumiendo: lo que ocurre en la época clásica es que lo «puro» y lo «impuro» se hacen menos materiales, lo cual no quiere decir que se atribuyan al alma—cosa que no ocurre hasta Platón—, sino a la voluntad, el pensamiento, etc.

A la relación entre los conceptos tratados y los dioses se dedica el capítulo IV *(L'appel aux dieux)*; el papel de los dioses—cada vez más

considerados como «puros» en sí— es el de legislar en esta materia, cosa que también hace la ciudad.

Y, por fin, el capítulo V *(Platón)* nos lleva a la depuración de los conceptos de puro e impuro por Platón, lo que tiene lugar en dos fases principales. En el Fedón el alma puede llegar a ser pura, como lo son las ideas, por su separación de la materia; en la República, la interpretación de la pureza del alma como un buen orden interno de sus potencias, lleva a la conclusión de que esa pureza sólo se alcanza por la intervención de la idea del Bien, que hace que el alma pueda contemplar las ideas: es decir, por la consagración al Bien, que es lo único que conduce al conocimiento, o sea a la felicidad. Esta misma concepción de la pureza del alma—buen orden de la misma—es la que se trasluce en la famosa κάθαρσις aristotélica, semejante en esto a otras de la medicina. Queda, pues, concluída la evolución de los conceptos: la impureza, de una mancha material, fué pasando a ser una cualidad del alma.

Tal es el libro que comentamos: lleno de datos e interpretaciones interesantes, aunque a veces prolijo en exceso y difícil de seguir en su línea fundamental. Antes de acabar quiero indicar un punto en que no estoy de acuerdo con el autor: la valoración del Orfismo. En la página 140 se sostiene la opinión de que no hay más Orfismo que los poemas que se atribuían a Orfeo y los ἀγύρται despreciados por Platón. Pero esos poemas fueron escritos por alguien, son testimonios de un movimiento espiritual. Por ejemplo, si M. Moulinier niega (páginas 238 y sigs.) a los órficos la doctrina del «pecado original» al negar autenticidad a la interpretación que se da al mito de Zagreus—la única posible—, hagamos notar que no se trata de pecado original, sino de la naturaleza dual del hombre, que es ya doctrina de Píndaro antes que de Platón, sin duda por influjo órfico, y no es, por tanto, invención tardía. Todo esto coincide tan bien con nuestras noticias de otras fuentes, como son la descripción del fresco de Polignoto por Pausanias o la Segunda Olímpica de Píndaro o ese verso órfico que M. Moulinier (página 173) atribuye sin gran justificación a Empédocles, que la posición de nuestro autor no resulta fácilmente sostenible. También se podría discutir la opinión, puramente negativa, de M. Moulinier sobre las κῆρες de las Antesterias (pág. 114) o su negación de que el φαρμακός muriera efectivamente (pág. 96), como parece ser el caso en Marsella y de todas formas hay que aceptar como lo primitivo, u otra serie de detalles. Pero en conjunto la crítica de M. Moulinier, a veces excesiva, en general resulta saludable para el planteamiento y resolución, allí donde es posible, de los problemas que estudia. No dudamos, pues, que este libro es una aportación interesante al conocimiento de la religiosidad griega.

F. R. Adrados.

M. LEROY.—*A propos des noms en -εύς et de quelques traits communs au grec et à l'iranien.* Extrait de l'*Annuaire de l'Institut de Philologie et d'Histoire Orientales et Slaves*, tome XI (1951). *Melanges Henri Grégoire*, III. Bruxelles, 1951. 22 págs.

Leroy parte de la dificultad, de siempre reconocida, para dar una etimología clara al sufijo -εύς y rechaza por completo la tesis que vería en él un resto del prehelénico, tesis que él considera, como en otros casos análogos, una cómoda aparición de un *deus ex machina* invocado para resolver problemas difíciles o poco claros. Se eleva luego contra la afirmación de que dicho sufijo se encuentra aislado en griego, y, tras citar algunas formas mesapias y el solo ejemplo *ḫarnāuš* del hitita (que, sin embargo, creemos con Pedersen es en realidad un tema en **-āyu-*, como lo demuestra el acusativo *ḫarnāin*, que Leroy atribuye a otro cómodo *deus ex machina*, el de la analogía), enumera unos cuantos ejemplos de sustantivos y adjetivos iranios en *-āuš* que, siguiendo a otros, considera como paralelos exactos de la formación griega; a lo cual objetaremos, aun reconociendo que es probable que L. tenga razón, que de una parte, como ya Wackernagel y Brugmann, citados por él, indicaron, el carácter denominativo y, por tanto, secundario del sufijo griego no predispone en principio a considerar posible una relación directa con los ejemplos iranios; que tampoco habla en pro de la hipótesis el hecho de que el sufijo aparezca precisamente, frente al sustantivo *bāzuš* «brazo», en los adjetivos *uγra-bāzāuš* «de brazos fuertes», etcétera., mientras que en griego rara vez aparece en compuestos (cf. ῥοδόπηχυς frente a πῆχυς); y que, finalmente, el valor activo clarísimo en griego (aparte de los nombres de funcionarios, artesanos, progenitores o instrumentos, tenemos, de los citados por el propio L., ὀρεύς «mulo», e. e. «el que abre el surco», κωπεύς «trozo de madera que sirve para hacer un remo», e. e. «madera constructora ella misma de remos» y δορεύς «despellejador», aplicado a un buen lance de dados que deja sin blanca al contrario) no resulta evidente en palabras iranianas como *dahyāuš* «provincia», *nasāum* (ac.) «cadáver» (cf., sin embargo, νέκυς), etcétera.

De ahí pasa L. a quitar importancia, como hoy hace casi todo el mundo, a la distinción *centum/satəm* para poner de relieve, en cambio, las bien conocidas analogías del gr., ii. y arm. (sordas aspiradas, aumento, negación *mā/μή*, relativo en **i̯o-*, sufijo **-ist(h)o-*, etc.) y del griego e iranio en particular (aspiración de la *s*, paso a fricativas de las sordas aspiradas y tratamiento del grupo *-tt-*). Estos rasgos comunes, unidos al sufijo discutido, confirmarían la tendencia según la cual el griego es lengua «oriental» tardíamente relacionada con las «occidentales».

La tesis, sin ser nueva, está expuesta con vigor y acopio de datos.

Anotaremos sólo que no estamos tan seguros de que haya que poner el frigio y tracio en el grupo *satəm*, y que encontramos convincentes los argumentos dados por Pedersen para invalidar la vieja afirmación herodotea de los 'Αρμένιοι... Φρυγῶν ἄποικοι; que frig. εδαες no significa «dió», sino «puso», ni pertenece, por tanto, a la raíz **dō-*, sino a **dhē-*; y que, efectivamente, la poco acertada etimología de Windekens para βασιλεύς en *Le Muséon* LXI, 1948, 283 merecía quizá en parte la dura refutación de L., pero, en cambio, la que ahora apunta aquél en la pág. 76 de su sugestivo libro *Le pélasgique* (Lovaina, 1952) renunciando expresamente a la hipótesis anterior, es decir, βασιλεύς relacionado con ai. *bhās-* «luz, brillo, majestad, potencia» (y admítase un origen tracofrigio, como el primer autor de la hipótesis, Russu *Langue et Littérature* IV 1948, 192 y sigs., o «pelásgico», como Windekens, que esto es lo de menos), nos parece mucho más interesante y es al menos digna de estudio. Leroy, hombre de fino ingenio y gran pericia lingüística, como en la presente nota nos demuestra, podría discutir con acierto este y otros puntos.—M. F. Galiano.

Emile Martin. *Essai sur les rythmes de la chanson grecque antique.* Etudes et commentaires XIV. 368 págs.

Aunque bajo el modesto título de ensayo, esta voluminosa monografía de más de 350 páginas de apretado texto en reproducción fotomecánica abriga un propósito notablemente ambicioso. El autor intenta en ella una que podríamos llamar interpretación total de la métrica griega (exceptuada la lírica coral), no sólo en su aspecto métrico o musical puramente formal, sino también en su génesis orgánica, en su movimiento vital, teniendo en cuenta el clima cultural en que han germinado y se han desarrollado los diferentes géneros poéticos (confróntese, v. gr., pág. 60). El método aplicado «se aleja sensiblemente del método tradicional: está menos atento a la forma externa de las obras que a captar el verso o la estrofa en su unidad viva», fundándose para ello «en el sentimiento del ritmo y no en disecciones métricas más o menos arbitrarias; se esfuerza en identificar los ritmos por medios directos: pronunciación artística del verso, análisis de las intenciones, datos del contexto histórico» para reconocer la unidad rítmica, que no debe ser destruída por la disección (p. 61). Postulando una sensibilidad general para el ritmo (p. 3), M. no vacila en recurrir a la música como «supremo recurso» (p. 5), hasta el punto de considerar lícito y muy útil, «a falta de melodías auténticas, que, además, serían incantables para un músico del siglo XX», modular una melodía moderna sobre los textos de los antiguos poemas» (!) (p. 6).

Este punto de vista musical absoluto (que, aunque se dispusiese

de un conocimiento más completo de la música antigua, prescinde de la distinción básica entre forma métrica interna, que es una, y su ejecución o «Vortrag», que es variable y que comprende desde la simple recitación hasta el canto) predetermina ya en gran parte la marcha general de la interpretación, a base de tesis, arsis, anacrusis, supresiones, pies isócronos (que M. no considera necesarios en principio), etcétera. M. se enfrenta con el material fiado en su propio instinto musical; falta en él una consideración histórica crítica de la tradición antigua para valorar sus datos y fijar de ese modo la propia postura. En lugar de una atenta *observatio* de pausas, *zeugmata*, etc., en los textos, encontramos interpretaciones, casi siempre indemostrables, expuestas por extenso, sin un planteamiento claro de cada cuestión, sin una valoración ni exposición sistemática de los elementos de juicio, con una lamentable confusión entre lo que es prueba y lo que sólo es indicio o mera hipótesis, todo ello relleno con una abundante erudición, no siempre seleccionada con criterios satisfactorios.

Tocando conceptos básicos se encuentran afirmaciones sumamente peregrinas. Así, p. 141, «la fin d'un κῶλον est caracterisée par l'adiaphorie de la dernière syllabe» (!!).—P. 34, M. confunde el pie con el kolon y aplica a aquél la indicación de Aristóxeno (apud Psellum § 12 p. 85 Westphal) sobre los 25 χρόνοι πρῶτοι como extensión máxima del kolon.—Después de que en un tupido capítulo (p. 9-24) se ha decidido cuerdamente por la escansión puramente cuantitativa sin *ictus*, los análisis métricos de M. operan con la existencia de un *ictus* al interpretar con mentalidad musical moderna, por ejemplo, el tetrámetro trocaico (p. 163):

$$\overset{\theta}{-}\overset{\alpha}{\smile}\overset{}{-}\overset{}{\smile} / \overset{\theta}{-}\overset{\alpha}{\smile}\overset{}{-}\overset{}{\smile} / \overset{\theta}{-}\overset{\alpha}{\smile}\overset{}{-}\overset{}{\smile} / \overset{\theta}{-}\overset{\alpha}{\smile}\overset{}{-}$$

que, según M., contiene en cada metro una tesis y una arsis, las cuales carecen de sentido si no es como σημεῖα de intensidad; pues en un verso recitado como el tetrámetro no cabe pensar que se marcara el compás con la mano ni con el pie, e incluso en las formas cantadas, cuyo ritmo se percibía con el oído sin necesidad de ver al ejecutante, si la σημασία tenía una función había de ser un *ictus* intensivo ya propio del mismo texto, lo cual es imposible admitir. El mismo tetrámetro trocaico plantea a M. un problema, ya que antes ha postulado el principio de que todo verso tiene que acabar en *tesis;* pero M. lo resuelve por un procedimiento expeditivo: el último metro es interpretado $\overset{\theta}{-}\overset{\alpha}{\smile}\overset{\theta}{-}$. En la página 33 la cuestión del carácter ascendente de los yambos y descendente de los troqueos (que atañe a la percepción psicológica) la resuelve M. con la hipótesis de una ligadura entre la breve y la larga en los yambos y entre la larga y la breve en los troqueos (?).

Consecuencia del punto de vista musical (inevitablemente, a pesar

de las prevenciones, ligado a la música moderna) es la interpretación logaédica de los metros lesbios en pies isócronos (p. 229 ss.). En estos metros establece M. una célula rítmica — ⏑ ⏑ — ⏑, lo que nos parecería una idea interesante si el autor no hubiera pretendido explicar a partir de ella todos los metros eolios recurriendo a los más varios procedimientos (la «contracción» de — ⏑ en — explicaría, por ejemplo, los coriambos) derivados de la praxis musical moderna (cf. el cuadro resumen de las págs. 250-51). — Ingeniosa es la explicación de la anáclasis en los dímetros jónicos como inserción de un ditroqueo en un jónico: ⏑ ⏑ (— ⏑ — ⏑) — — con efecto de μεταβολή, pero conservando en el comienzo y en el final del kolon los dos elementos del jónico en su pureza (pág. 244).—Comprensible, dada su consideración culturalista, es que M. vea una estrecha unión entre ritmo y *ethos* (pág. 266 ss.), no obstante lo cual maravilla y extraña el que el autor, a propósito del pretendido ritmo descendente de la estrofa sáfica, traiga a colación el carácter del troqueo y la lasciva danza de la comedia, el χόρδαξ.

En las delicadas y oscuras cuestiones genéticas, M. sorprende un tanto al sentirse satisfecho creyendo resuelto el problema de los orígenes del yambo y del troqueo (págs. 100-101) con sólo aducir legendarias tradiciones antiguas y citar hipótesis de otros autores.

De la validez de las consideraciones literarias e histórico-culturales que aplica el autor a la interpretación de la métrica de la poesía griega es lícito desconfiar cuando encontramos que M. se entretiene en discutir las fechas de la vida de Arquíloco dadas en el índice de autores del diccionario de Bailly (pág. 151 s.); que asigna a Olimpo una entidad histórica tan real como a Terpandro, de quien «on discutera encore longtemps (súplase «avant», omitido por un lapsus) de savoir s'il était antérieur ou postérieur à Olympos» (pág. 120); que para M. «il n'est pas douteux (?!) que l'élégie fut à l'origine un chant de deuil» (página 152).

La «brève récension des études les plus récentes», con la que el autor pretende poner al día la bibliografía de su libro (concluído en 1945), creemos que debiera citar monografías de la postguerra tan importantes como las de Georgiades, Miss Dale, Kolář, Rupprecht, Gentili. En la bibliografía extraña que no se mencione—y que no se haya utilizado—la *Griechische Literaturgeschichte* de Schmid y que la edición utilizada de la Literatura de Christ sea la tercera de 1898.

* * *

— *Trois documents de musique grecque*. Etudes et commentaires XV. 80 págs. 3 láminas fuera de texto.—Paris, 1953. Librairie C. Kilncksieck.

Este comentario rítmico-musical del papiro musical del *Orestes* de Eurípides, del segundo himno délfico a Apolo y del epitafio de

Sicilo es, según declara el autor, una parte de un estudio más amplio sobre la lírica coral griega, que completará el *Essai* de que nos hemos ocupado más arriba. M. profesa la opinión de que estos textos acompañados de notación musical son instrumentos valiosos para iniciarse en el juego de breves y largas de los poemas cuya melodía desconocemos. M. estudia el valor de la στιγμή y concluye que marcaba la tesis, la cual caracteriza—lo mismo que la arsis—no una sílaba larga o un grupo de breves, sino todo un conjunto de sílabas de uno y otro tipo. El autor opera con *brevibus breviores* y *longis longiores*, y rechaza la ecuación larga = 2 breves. Séanos permitido dejar aquí constancia de nuestro escepticismo en cuanto al valor científico de este tipo de especulaciones, que operan con la música sin advertir que la música no es sino una forma de la variable ejecución ni que todos los documentos (excepto tal vez el fragmento de Eurípides) dan una notación musical de una época en que la música se había independizado del texto.

M. S. RUIPEREZ.

JAN WIKARJAK.—*Pochodzenie Herodota w świetle greckich przydomków odmiejscowych*. Poznańskie Towarzystwo Przyjaciól Nauk. Wydzial filologiczno-filozoficzny. Prace Komisji filologicznej. Tom XVI zeszyt 1. Poznań, 1952. 47 págs.—Desde la lejana Polonia—buen augurio para un intercambio filológico exento de prejuicios de otra índole—llega este folleto correspondiente a la serie de «Trabajos de la Comisión Filológica» que, dentro del cuadro general de la Sección filológico-filosófica, publica la Sociedad de Amigos de las Ciencias y de las Letras de Poznań. El tema («Origen de Heródoto a la luz de los sobrenombres griegos que indican localidad») es interesante: se trata del problema planteado por las dos redacciones del principio de la obra de Heródoto en que se llama a éste Ἁλικαρνησσέος (los mss. en su integridad) o bien Θουρίου (Aristóteles, la crónica del templo de Lindo, la fuente de las notas del Suda sobre Paniasis y el περίπλους que sirve de base a Avieno). La cuestión ha sido muy debatida, aunque hoy parece que la opinión general es partidaria de la segunda lección que habría sido suplantada por la otra en los mss.: Wikarjak estudia el problema en relación con la generalidad de los étnicos griegos, que, según él, no indican lugar de nacimiento (Solón el ateniense nació en Salamina, Lisias el siracusano en Atenas, etc.), sino ciudadanía, como indica la analogía de los nombres demóticos atenienses y ciertas expresiones como Ἀθηναῖον γίγνεσθαι o Σπαρτιάτην ποιεῖσθαι. Sus conclusiones con respecto a Heródoto son que era llamado indiferentemente halicarnaseo o turio por ser ciudadano de ambos lugares; que nació en Halicarnaso muy verosímilmente; y que la redacción primitiva de su obra contenía el segundo apelativo, que fué sustituído

por el primero cuando, en época alejandrina, no se comprendía ya que pudiera ser llamado así un nacido en Halicarnaso.

La tesis está presentada con gran acopio de datos y es defendida con agilidad y fuerza persuasiva. Es de alabar la adición de un pequeño resumen en francés. Si se prescinde de algunas ingenuidades en las citas bibliográficas o insistencias sobre cosas sabidas y resabidas, el trabajo, presentado con primor (en pág. 18,14 debe leerse 'Αθηναῖοι) merece plácemes.—M. F. G.

DE SANCTIS, GAETANO.—*Studi di Storia della Storiografia greca.* Firenze, «*La nuova Italia*» editrice, 1951. 196 págs.

Se trata de una reedición de los más importantes trabajos del autor sobre la historia de la historiografía griega, destinada a celebrar los ochenta años cumplidos por él. El conjunto de los artículos presenta una clara unidad, destacando los más importantes problemas de la historiografía griega, al tiempo que prueban una vez más el gran dominio del maestro italiano sobre los más variados temas dentro del campo de la historia antigua. A los artículos acompaña una «Bibliografía de Gaetano de Sanctis», redactada por el Rev. Dr. Paul Künzle, que es un testimonio verdaderamente impresionante de una vida consagrada a la Ciencia.

Entre los artículos aquí recogidos son tal vez los más definitivamente convincentes los dedicados a Heródoto *(La composicione della Storia di Erodoto;* y *Il «logos» di Creso)* y algunos de los de Tucídides (concretamente los titulados *I trattati fra Sparta e la Persia;* y *La oligarchia del 411).* En los primeros, De Sanctis dió su forma clásica a la tesis, hoy generalmente admitida, de que la obra de Heródoto fué primeramente en la intención de su autor unas Περσικά, desplazándose luego el polo etnográfico del tema a favor del nacional griego. De Sanctis demuestra muy bien la incompatibilidad del espíritu del «logos» de Creso con el programa de I 1—descripción de las guerras entre griegos y bárbaros—, y señala cómo el llamar a Creso el primer enemigo de los griegos no puede proceder más que de que el «logos» de Creso es un antiguo episodio, luego desplazado, de las Περσικά.

Pasando a Tucídides, debe ser tenida por exacta la demostración de que de los tres tratados entre Esparta y Persia que se mencionan en el libro VIII, sólo el tercero es el verdadero, siendo el primero la propuesta persa y el segundo la contrapropuesta espartana, que habrían llegado al conocimiento del historiador tarde y como documentos sueltos—tal vez procedentes del archivo de Alcibíades—y que Tucídides interpoló tardíamente y de modo conjetural en su Historia. Es también magistral el estudio de la revolución oligárquica del año 411,

tan discutida. El decreto de Aristóteles, *Ath. Politeia* c. 30 fué promulgado por la Asamblea de Colono y corresponde a Tuc. 67,3; De Sanctis aparta muy bien las posibles objeciones a esta opinión y pone de relieve en todo el artículo la sagacidad de la actuación de los oligarcas al organizar un golpe de estado con apariencias legales, así como su desacuerdo interno sobre la constitución aprobada para el futuro y que nunca entró en vigor. Según De Sanctis esta constitución respondía al pensamiento de los oligarcas moderados y era perfectamente viable, pues se inspiraba en varias constituciones oligárquicas griegas.

A Jenofonte se le dedica un artículo titulado *La genesi delle Elleniche di Senofonte*. En él se estudia una vez más la relación entre las *Helénicas* y el *Agesilao*, concluyéndose que esta última obra casi siempre depende de las *Helénicas*, pero que alguna vez se da el caso contrario y que además la lengua de las *Helénicas* es más reciente. Al redactar el *Agesilao*, Jenofonte tendría ya una redacción inacabada de las Helénicas, que luego retocó. Esta conclusión es muy verosímil y no se puede negar que también lo es la de la segunda parte del artículo en cuestión: que Jenofonte comenzó a escribir las *Helénicas* como desarrollo de las notas que tenía de sus campañas militares con los antiguos mercenarios de Ciro, así como de las de Agesilao después de la disolución de aquella tropa. La idea de enlazar con el relato de Tucídides sería posterior. Sin embargo, si esta hipótesis es verosímil, en cambio, no veo que esté suficientemente probada: la demostración en la página 145 de que los libros I y II son posteriores al resto, no es suficiente. Lo que se dice al final del II, que los atenienses mantuvieron su juramento de no μνησικακεῖν tras la restauración democrática, no hay que tomarlo tan al pie de la letra, a juzgar por los discursos de Lisias, como para ver incompatibilidad entre ello y el que en el III se diga que el pueblo se vería libre con gusto de los oligarcas enviados en ayuda de Tibrón. Tampoco es exactamente cierto que no haya un inciso claro al fin de la guerra del Peloponeso: el mismo De Sanctis ha visto (pág. 144) que el verdadero inciso está tras dicha restauración democrática.

En otros dos artículos no son ya los argumentos de De Sanctis, sino sus mismas conclusiones lo que no convence demasiado. Me refiero al primero de todos *(Intorno al razionalismo di Ecateo)* y al titulado *Il dialogo tra i Meli e gli Ateniesi*.

En el artículo sobre Hecateo, De Sanctis presta a este historiador un proceder crítico más consecuente que el de Heródoto. Le atribuye en primer lugar la doctrina de Heródoto sobre la existencia de dos Héracles, uno dios y otro héroe; y también una opinión semejante sobre las Musas (haciendo remontar a él un pasaje de Pausanias) e incluso sobre Dionisos y Pan. Hecateo habría partido para ello de una comparación de la tradición egipcia y de la griega. Pero todas estas

hipótesis no pueden oponerse al único dato indudable que tenemos: que Hecateo se decía descendiente de un dios en la 16 generación. Además, al hablar de dos Héracles, Heródoto se basa en las dos clases de culto que efectivamente se le rendían (cf. *Pausanias*, II, 10), luego se trata de una construcción suya. También en otros puntos son discutibles las conclusiones de De Sanctis: por ejemplo, la relativa al fragm. 17 en la página 16, donde intenta quitar a Hecateo la inculpación de ingenuidad, siendo así que es evidente que en el pasaje aludido dijo que el carnero «habló», sin discutirlo.

El trabajo sobre el diálogo de Melos contiene observaciones muy acertadas, como las que le conducen a fecharlo después del 404; pero su afirmación de que puesto a esta luz deja transparentar una condena del derecho de la fuerza y una aceptación de la idea de la Providencia (τύχη ἐκ τοῦ θείου), invocada por los melios, no creo que encuentre muchos convencidos. De Sanctis llega a hablar (pág. 82) de la alegría de Tucídides por el hundimiento del imperio ateniense.

Finalmente, en un apéndice, se estudian los relatos sobre la batalla de Notion, y se hace verosímil que el de Diodoro, coincidente con el de las *Helénicas* de Oxirrinco, provenga de Eforo y de fuentes atenienses en último término y represente una versión más exacta de los hechos. El testimonio de Diodoro sobre una serie de detalles de la guerra de Decelia y luchas posteriores, queda revalorizado, y en opinión de De Sanctis merece detenido estudio antes de que se tome una decisión entre él y las *Helénicas* de Jenofonte.

A lo largo de todo el libro y lo mismo donde convence—que son las más veces—que donde no, el ilustre historiador italiano deja ver siempre su absoluto dominio de los temas y su ingenio fecundo y ágil.

F. R. ADRADOS

PAUL CLOCHÉ.—*Thèbes de Béotie. Des origines à la conquête romaine.* Bibliothèque de la Faculté de Philosophie et Lettres de Namur. Fascicule 13. Namur, s. a. (1952). 289 págs., con un plano.—Paul Cloché, que no era, ni mucho menos, ningún desconocido en los estudios históricos griegos (recuérdense *La restauration démocratique à Athènes en 403 av. J.-C.*, París, 1915; *La politique étrangère d' Athènes de 404 à 338 av. J.-C.*, íbid., 1934; *Démosthène et la fin de la démocratie athénienne*, íbid., 1937, cuya segunda edición se prepara; *La démocratie athénienne*, íbid., 1951, y otras varias obras), nos sorprende ahora con un estudio monográfico dedicado a la vida de Tebas a lo largo de su prolongada y desdichada historia. Ya antes sabíamos cuánta era su erudición y agudeza al tratar analíticamente puntos debatidos de la Historia de Grecia: hoy se nos revela maestro también en el difícil arte de la síntesis.

La obra de Cloché resulta clara, no muy densa, perfectamente legible y no carece de habilidad en la disposición de los temas y caracterización de las distintas épocas: quien la lea, podrá decir que conoce perfectamente la evolución tebana desde el lejano período preindoeuropeo hasta la revuelta de la época de la primera guerra mitridática. Y que lo que se le dice está realmente bien documentado: los autores clásicos (y en mucho menor grado las inscripciones, lo cual resulta decepcionante) han sido explotados de modo perfecto por Cloché. A veces echaríamos de menos algo más de crítica ante la discusión de hechos mal atestiguados (por ejemplo, la afirmación de Heródoto VIII 50 de que Plateas y Tespias fueron incendiadas por culpa de los tebanos, que informaron a los persas de que aquellas ciudades les eran desfavorables, es un producto de esa mezcla de ingenuidad y «malignidad» con que el historiador acoge todo lo que pueda perjudicar a Tebas, pues, en realidad, los persas sabían perfectamente a qué atenerse, sobre todo después de la participación de los tespienses en el ejército de Leónidas); pero en general Cloché se guarda mucho de aceptar los datos sin someterlos a la piedra de toque de su atinado criterio.

Si algo se le puede reprochar es, tal vez, no haber cuidado mejor su inciso sobre Píndaro, que resulta flojo; omitir hasta el mero nombre de Corina; no acertar a ensamblar perfectamente, en general, los capítulos históricos con los dedicados a la vida, instituciones y arte; dejar en la oscuridad el brillante papel desempeñado en Plateas por el tebano Asopodoro, a cuyo hijo Heródoto celebró Píndaro; ser excesivamente duro con Tebas en la cuestión de la culpabilidad referente al inicio de las guerras Médicas, sobre lo cual habría mucho que hablar, como ya insinúa Tucídides; sufrir un pequeño *lapsus* que en pág. 8, línea 8 f. le hace decir «paralelo» en vez de «meridiano»; y tolerar, en general, que sus impresores hayan deslucido la impecable presentación de la obra con unos tipos griegos feos, mal puestos y plagados de erratas (hay que leer ἀνδρῶν en 23, 9; Θηβαῖοι en 35, 6 f.; τείσασθαι en 35, 5 f.; ὀλιγαρχία en 49, 4; εὐεργετεῖσθαι en 90, 4 f.; μᾶλλον en 96, 8; μὲν en 97, 9 f. y ἑταιριῶν en 112, 4 f.).

Si frente a este insignificante pasivo ponemos los grandes méritos de Cloché en el tratamiento general del tema y su maestría en el planteamiento de las cuestiones históricas, la diferencia a su favor resulta francamente abrumadora.

MANUEL F. GALIANO.

GARZYA, ANTONIO.—*Dioniso Calco* (contributo all'elegia del V. sec. a. C.). Estratto della Rivista di Filologia e di Istruzione Classica. Tomo XXX, págs. 193-207.

Se ocupa el autor de este artículo de uno de los representantes de la mal conocida elegía ática del siglo V, o para ser más exactos,

de un cultivador de la poesía simposíaca, Διονύσιος Χαλκοῦς, Dionisio «el Broncíneo».

Desdichadamente las noticias que se poseen sobre la persona y actividad literaria de este poeta son harto menguadas y por ello bien poco es lo que Garzya nos puede decir en este respecto. Limitado, pues, por la penuria de datos, su trabajo se centra en el análisis de los fragmentos conservados de Dionisio (siete en total). Difícil tarea, dado que, por ser en su totalidad dichos fragmentos composiciones de ocasión, requieren una idea clara de la circunstancia simposíaca para poder entenderse rectamente. No obstante logra Garzya salir airoso en el empeño, por más que a nuestro juicio pudiera ponérsele un reparo. Se trata del fr. 3 D referente al juego del κότταβος en el que acepta la corrección de Jahn σπείρας en vez del σφαίρας de los Mss, en los vv. 3-4, leyendo así:

... οἱ δὲ παρόντες ἐνείρετε χεῖρας ἅπαντες
ἐς σπείρας κυλίκων'...

No nos convence la traducción de σπεῖρα por «asa», dada la significación de esta palabra («cuerda enrollada», «repliegue») y la dificultad que encierra esta interpretación tampoco le pasa inadvertida a Garzya, que se expresa así en una nota: «Neanche σπεῖρα invero par documentato nel senso qui richiesto ma, pel concetto generale ('laccio intrecciato' e simili) e tenuto conto della ricercatezza del Nostro, vi si avvicina». Preferimos en toda caso mantener la lección de los manuscritos y entender σφαίρας κυλίκων por «redondos kylikes» y traducir: «entrelazad las manos en las redondas copas», lo cual, sin corrección alguna, da buen sentido y ello también «tenuto conto della ricercatezza» del autor.

LUIS GIL.

DÜRING, INGEMAR.—*Chion of Heraclea. A novel in letters.* Göteborg, 1951. (Acta Universitatis Gotoburgensis, 1951: 5), 123. págs.

Ingemar Düring nos ofrece una nueva edición, acompañada de una traducción y un comentario y precedida de una Introducción, de la colección de cartas falsamente atribuídas a Quión de Heraclea, el discípulo de Platón. Se trata, como otras tantas veces en este género de literatura, de un producto tardío, pero su interés radica en que es el único ejemplo que conocemos en que una colección de cartas antigua constituye una verdadera novela. Quión se dirige desde su patria a Atenas y en las cartas que envía a su padre le cuenta su encuentro con Jenofonte en Bizancio, que le demuestra que un filósofo puede ser hombre de acción; luego, su conocimiento de Platón en Atenas,

con consideraciones y anécdotas con la misma intención. Quión quiere quedarse otros cinco años en Atenas, pero al enterarse de que Clearco se ha hecho tirano de su ciudad, decide regresar a ella para correr el mismo peligro que sus conciudadanos. Luego concibe el plan de matar al tirano, llevado por sus convicciones filosóficas. En la última carta, Quión se despide de Platón, convencido de que morirá en la empresa.

El núcleo de la novela es histórico y Düring examina en la Introducción nuestras fuentes sobre el tiranicidio de Quión, con las que a veces coincide casi literalmente la novela. Demuestra terminantemente que nuestra obra es al menos del s. I d. C.; en cambio, no creo probado suficientemente en las páginas 22-4 que sea precisamente de la segunda mitad de ese siglo. Las conscientes reminiscencias no sólo de Platón sino también de Jenofonte, Aristófanes y Homero y la fidelidad con que se siguen los preceptos de los *Progymnasmata* y la praxis de la epistolografía tardía, parecen señalar una fecha más reciente En igual dirección señalan la lengua y el estilo, fuertemente aticistas y a veces poetizantes; ciertos vulgarismos no son obstáculo en modo alguno. Un estudio más detenido de la lengua (Düring se limita a señalar los elementos de koiné), daría la solución de este problema, que no me extrañaría que consistiera en colocar la obra en el s. IV d. C., como creyeron Hoffmann y Sabatucci. Pero si no me convence la fecha de Düring, en cambio creo que tiene toda la razón al negar tendencia neoplatónica o estoica definidas a la obra y, también, al refutar que sea una colección de ejercicios escolares de retórica y defender que se trata de una verdadera novela, perfectamente compuesta y destinada a demostrar la importancia de la filosofía para la acción.

Son muy buenos la traducción y el comentario, que trata tanto de lo gramatical como de los problemas filosóficos y literarios. Utiles para futuros estudios son una sinopsis sobre el lenguaje del autor —que recoge el material estudiado en el comentario—y el *Index verborum*. Y también es importante, finalmente, la edición crítica, basada en el estudio de toda la tradición manuscrita. Es posible que la rama α de la tradición no dependa de β, sino ambas de un arquetipo anterior: en ep. 14, 2 ἐπέρχεται α no es probable que sea una corrección de ἐπάρχεται β. Dentro de esta rama, la concordancia de *c* y *d* contra *B* y Laur. 57, 45 puede representar el arquetipo: así, sin duda, en ep. 15,2 κἂν *c d* frente a καὶ *B* Laur 75, 45; también está en α y Düring lo acepta. En todo caso, sea verdad esta interpretación o se trate en este caso de una simple coincidencia y en el primero de una corrección afortunada, esto no influye en la edición, que es muy buena.

F. R. ADRADOS.

BATAILLE, ANDRÉ.—*Les inscriptions grecques du temple de Hatshepsout à Deir el-Bahari* (Publications de la Société Fouad I de Papyrologie: Textes et documents X). Imprimerie de l'Institut Français d'Archéologie orientale. Le Caire, 1951. Un volumen de XXXIII + 161 páginas y XIV láminas fuera de texto.

Bajo los auspicios de la *Société Fouad I de Papyrologie*, de Egipto, publica A. Bataille el presente inventario completo de las inscripciones griegas existentes en las paredes del templo de Hatshepsout en Deir el-Bahari (Egipto).

Este templo que Hatshepsout había hecho construir en Deir el-Bahari estuvo en ruinas durante cinco siglos, pero más tarde sirvió de sede a un nuevo culto, el de Amenothes, hijo de Hapou. Amenothes, en vida arquitecto y favorito de Amenhotep III, había sido divinizado a su muerte. Desde la primera mitad del siglo III a. C. ya Amenothes se nos presenta curando a las gentes. De aquí la numerosa clientela que a él acudía, sobre todo de la orilla izquierda tebana, tanto griegos como indígenas helenizados.

En las paredes de este santuario los peregrinos acostumbraban a grabar inscripciones, a modo de exvotos. De estas inscripciones, unas están grabadas (grafitos propiamente dichos), otras consisten en textos pintados. Con frecuencia se encuentran dibujos independientes de las inscripciones o asociados a ellas, por lo general torpes. El texto de las inscripciones varía muy poco; suele estar constituído por la consabida fórmula τὸ προσκύνημα τοῦ δεῖνος; que se repite invariablemente sin más diferencia que los errores gramaticales.

Cuando los coptos se instalaron en este santuario, recubrieron los muros con una capa de estuco. Con los primeros visitantes modernos de la necrópolis de Tebas surge el interés por las inscripciones. Pero no se repara en las del templo de Hatshepsout por la sencilla razón de que el templo estuvo casi totalmente enterrado hasta las excavaciones de Mariette y especialmente Naville. Fué Salt el primero que observó que el templo contenía textos griegos y copió algunas inscripciones que atribuyó a las Siringas. A partir de él, otros autores se interesaron también por estas inscripciones, entre ellos Sayce, Peers, Preisigke y, finalmente, Milne, que en 1905-6 las hizo objeto de un estudio más profundo que los anteriores.

Sobre la base de los precedentes estudios, acomete ahora Bataille la elaboración del presente inventario donde se recogen todas o casi todas las incripciones griegas del referido templo. Para ello, el autor, además de los trabajos ya citados, ha estudiado sobre el propio terreno las inscripciones en el invierno 1936-1937, según ya dijimos.

La obra de Bataille aparece dividida según el siguiente plan: 1) *Introducción* (XXXIII págs.; 2) *Bibliografía*; 3) *Textos* (143 páginas); 4) *Indices* (págs. 145-161); 5) *Láminas* (XIV).

En la *Introducción* nos da el autor una breve noticia del santuario de Hatshepsout, de las divinidades en él adoradas, así como de las peregrinaciones y desarrollo del culto. A la *Introducción* sigue una selecta sección *bibliográfica*.

La tercera parte la constituye una colección de 193 inscripciones agrupadas en diez secciones, que, a su vez, aparecen subdivididas según un criterio topográfico. En cuanto al texto de las inscripciones, algunas contienen un *proskynema* o una plegaria, pero muchas se reducen a sólo nombres propios. Bataille nos da el facsímile de la inscripción juntamente con el dibujo cuando éste existe (v. inscripciones número 24, 25, 29, 33, etc.). Se dan también todas las indicaciones necesarias para localizar la inscripción en la pared, su altura y dimensiones, la mayor o menor profundidad del grabado y, finalmente, la época a que pertenece. Aparte, se cita también la bibliografía de cada inscripción en particular. Debajo del facsímile de la inscripción se incluye la transcripción de la misma en caracteres del griego moderno, con la correspondiente traducción al francés. Pero, además, se explican las palabras griegas de la inscripción que lo requieren. A veces, se rectifican o contrastan las opiniones de otros autores que han estudiado la misma inscripción.

La última parte está constituída por una serie de *Indices*: cronológico, de nombres personales, íd. geográficos, de títulos y oficios, etcétera, que facilitan notablemente el manejo del texto. Contribuye a avalorar la obra un conjunto de catorce láminas en huecograbado sobre papel couché que ofrecen al lector vistas de Deir el-Bahari, del santuario en general, y de alguno de sus muros, mientras otras presentan la planta de alguna de las dependencias del santuario.

Innecesario es decir que la presentación de la obra es esmerada y la impresión nítida.

La obra de Bataille tiene un gran valor para el estudio de la civilización egipcia durante la época helenística y romana. Por ello interesa sobremanera a los cultivadores de la Epigrafía, la Papirología y la Historia del antiguo Egipto en general. Pero, además, la publicación de este inventario es oportunísima y cumple un cometido especial: el de conservarnos estas inscripciones, de las que muchas corren peligro de borrarse bajo la acción de los agentes atmosféricos, como en realidad ya ha sucedido con algunas. Por todo ello, la obra de Bataille no puede ser más meritoria.

J. F. POMAR.

BATAILLE, ANDRÉ.—*Les Memnonia*. Recherches de Papyrologie et d'Épigraphie grecques sur la nécropole de la Thèbes d'Égypte aux époques hellénistique et romaine (Publications de l'Institut Français

d'Archéologie orientale). Imprimerie de l'Institut français d'Archéologie orientale. Le Caire, 1952. Un volumen de XV + 328 págs.

A. Bataille, especialista en estudios egiptológicos sobre el período tolemaico y romano, nos ofrece en la presente obra el fruto de una serie de investigaciones que él ha realizado en torno a la vida en la necrópolis de Tebas durante el período helenístico y romano, y ello tomando como base las noticias suministradas por los papiros, óstraka e inscripciones helénicas.

De todas las necrópolis egipcias fué sin duda la de Tebas, conocida también en los documentos griegos con las palabras τὰ Μεμνόνια, la que alcanzó mayor importancia en el antiguo Egipto. Situada en la orilla derecha del Nilo, frente a Tebas o Diópolis Magna, esta necrópolis ya fué utilizada como tal por los faraones del Imperio Nuevo, que en ella construyeron sus tumbas y templos funerarios; siguió siendo necrópolis bajo los tolomeos y los romanos hasta el día en que el paganismo decadente cedió su puesto al Cristianismo.

En el curso de tres inviernos consecutivos (1935-1938) pasados en el sitio de los antiguos *Memnonia*, Bataille ha tenido ocasión de estudiar detenidamente y sobre el propio terreno diversos aspectos de esta antigua necrópolis. Fruto de estos estudios es el presente libro que ahora nos ofrece.

En 328 páginas de apretado texto nos presenta el autor un cuadro completo de la vida en la necrópolis tebana durante los citados períodos hasta el siglo IV d. C. Con un rigor científico y sistematización admirables va estudiando Bataille diversas cuestiones referentes todas ellas a los *Memnonia*, cuyo conjunto nos permite al final una visión integral de la vida en la famosa necrópolis. La etimología de la palabra *Memnonia*, los topónimos de la necrópolis que aparecen citados en los documentos, la organización administrativa de este territorio y su vida económica así como la población memnonita son objeto de un estudio previo por parte de Bataille antes de entrar en materia.

A continuación examina el autor la actividad religiosa en los *Memnonia*, que, si no tan intensa como en la época faraónica, siguió siendo notable bajo los tolomeos y los emperadores romanos. Las diversas divinidades adoradas en el territorio memnonita así como los templos donde recibían culto se estudian con detalle.

De entre los santuarios de la necrópolis tebana hay tres cuya fama, rebasando los límites de la Tebaida, provocó la afluencia de peregrinos y turistas de las principales regiones del mundo antiguo y de todas las clases sociales. Fueron éstos: la estatua «cantante» de Memnón, las siringas o tumbas reales, y el santuario de los curadores de Deir el-Bahari. Tomando como base las inscripciones que muchos de los peregrinos y turistas dejaron grabadas en las paredes de estos santuarios,

hace Bataille un estudio amplio y detenido de los tres centros de peregrinación.

Pero a la par que ciudad de vivos y centro de peregrinación y afluencia turística, los *Memnonia* seguían siendo en la época tolemaica y romana la necrópolis de Tebas o «ciudad de los muertos». Este aspecto, sin duda el más importante que nos ofrecen los *Memnonia*, se analiza minuciosamente en el libro que nos ocupa: primero las tumbas, sus clases y denominaciones, luego las actividades funerarias que se desarrollan en torno a ellas (momificación, enterramiento, culto funerario), finalmente, las diversas categorías de personal que se ocupa en estas industrias funerarias (paraschistas, taricheutas, necrótaphos, choachytas).

Por último, y a modo de conclusión, basándose en los datos extraídos del estudio de los *Memnonia*, discurre Bataille sobre la expansión del helenismo después de Alejandro, al mismo tiempo que hace notar la decadencia que se observa en las prácticas funerarias de la necrópolis tebana durante el período tolemaico y romano.

La distribución interna de la obra es la siguiente: *Prefacio, Bibliografía;* Cap. primero: *La topografía y la toponimia* (§1. Origen del nombre τὰ Μεμνόνια, § 2. Situación geográfica de los *Memnonia* tebanos. § 3. Los topónimos, § 4. Las vías de comunicación). Cap. segundo: *Las actividades profanas* (§ 1. La administración, § 2. La vida económica, § 3. La población memnonita). Cap. tercero: *Los dioses, los templos y su personal.* (§ 1. Los dioses, § 2. Los templos, § 3. Los sacerdotes). Cap. cuarto: *Las peregrinaciones turísticas* (§ 1. La estatua «cantante» de Memnón, § 2. Las Siringas). Cap. quinto: *Las actividades funerarias.* (§ 1. Las tumbas, § 2. La momificación, § 3. El enterramiento, § 4. El culto funerario, § 5. La administración de la necrópolis). *Conclusión.*

Completa la obra una *Prosopografía griega de los Memnonia*, donde figuran los nombres de personas que aparecen en los textos redactados en griego, y que son señalados como memnonitas. A continuación se incluyen una serie de índices que facilitan el manejo del texto: I) *Indice francés;* II) *Indice griego;* III) *Fuentes comentadas;* IV) *Indice general de materias.*

La obra de Bataille, cual corresponde a un investigador de su talla, admira por el rigor científico y erudición con que está concebida y desarrollada. En ella se hace hablar a los textos (papiros, óstraka, inscripciones), utilizando también los documentos demóticos y resultados arqueológicos siempre que la materia lo requiere, de tal manera que no se hace afirmación alguna que no esté avalada por un documento. En los puntos discutidos se contrastan opiniones y se insinúa la solución probable a juicio del autor. Huelga decir que, a pesar de este aparato documental, el estudio de Bataille está redac-

tado con cierta habilidad, que evita la aridez y monotonía, tan frecuentes en esta clase de obras.

Por todo lo que precede, no dudamos en calificar el libro de Bataille como el estudio más completo que se ha hecho hasta el día de la necrópolis tebana durante el período helenístico y romano. Por ello merece plácemes de todos los cultivadores de la Egiptología y de la Historia antigua en general.

J. F. POMAR.

RICHARD, MARCEL.—*Inventaire des Manuscrits Grecs du British Museum. I. Fonds Sloane, Additional, Egerton, Cottonian et Stowe.* (Publications de l'Institut de Recherche et d'Histoire des Textes.) Éditions du Centre National de la Recherche Scientifique. París, 1952 (XVII + 123 págs.).

El autor del presente Inventario, el P. Marcel Richard, del Institut de la Recherche et d'Histoire des Textes de París, es de sobra conocido en los medios científicos como una verdadera autoridad mundial en esta clase de trabajos. El Inventario aparece dividido en cuatro secciones: 1) Introducción; 2) Bibliografía; 3) Inventario propiamente dicho, y 4) Indice alfabético.

El objeto de esta publicación nos lo declara su propio autor en la Introducción: «Todo filólogo que quiera editar textos antiguos conforme a las leyes de la crítica moderna, ha de tener presente una lista tan completa como sea posible de los manuscritos que nos han conservado este texto, lo cual exige la exploración de los fondos donde ha logrado averiguar que existen testimonios de la obra que le interesa. Tal es la razón de ser de los catálogos de manuscritos... Pero tratándose de manuscritos griegos, el helenista ha de tener en cuenta que existen algunos fondos no inventariados, los inventarios editados son insuficientes en su mayoría y otros son poco accesibles o de difícil manejo. De aquí las dificultades en el estudio de la tradición manuscrita de muchos textos griegos (especialmente postclásicos y bizantinos)».

Consciente de sus fuerzas, el P. Richard no intenta evitar todas estas dificultades, sino que de momento trata de salvar tan sólo una de ellas: la complejidad exagerada de la literatura consagrada a los comentarios de manuscritos griegos, que hace perder un tiempo precioso a los filólogos, y para ello se propone acometer un trabajo de simplificación que, según el mismo, abarcará:

1. Elaboración de un inventario sumario de las que el autor llama bibliotecas menores (las que contienen hasta quince manuscritos).

2. Bibliotecas cuyos manuscritos griegos no tienen un catálogo especial.

3. Catálogos de acceso difícil.

El Inventario que en el presente folleto acomete el autor responde a la segunda categoría. En él se describen 497 manuscritos griegos dispersos en una colección que abarca más de 4.600 de todas las lenguas y cuya descripción ocupa 21 volúmenes. Hasta ahora, todo helenista que no pudiese desplazarse a Londres (1) había de valerse como único recurso de la lista de manuscritos griegos del British Museum, publicada por Omont (2) y reproducida por O. Schissel en su libro *Kataloge griechischer Handschriften* (3), con algunos complementos en el *Répertoire des bibliothèques et des catalogues de manuscrits grecs* (4), publicado por el Institut de la Recherche et d'Histoire des Textes de París.

En espera de que las autoridades del British Museum publiquen un catálogo científico de los manuscritos griegos conservados en el mismo, cree el autor que entre tanto no dejará de ser útil a los helenistas el presente Inventario sumario de los manuscritos griegos pertenecientes a los fondos *Sloane*, *Additional*, *Egerton*, *Cottonian* y *Stowe*. Este Inventario, según nos dice el P. Richard, fué elaborado pensando solamente en las necesidades del Institut de la Recherche et d'Histoire des Textes, sin ningún interés de publicación; pero las ventajas conseguidas con él en la práctica, unido al consejo de las propias autoridades del British Museum, decidieron a su autor a publicarlo.

El autor ha utilizado como fuentes fundamentales para la composición de este Inventario los catálogos publicados por el British Museum, completando unas veces y extractando otras la descripción dada en los referidos catálogos, cuando ésta resultaba demasiado breve o extensa, respectivamente.

En cuanto a los fondos que constituyen el objeto de este Inventario, el fondo *Sloane* (5) no contiene más que 12 manuscritos grie-

---

(1) La sala de consulta del Departamento de manuscritos del British Museum posee un catálogo manuscrito de los manuscritos griegos de sus diferentes fondos.

(2) Notes sur les manuscrits grecs du British Museum, en la Bibliothèque de l'École des chartes, t. XLV (1884), p. 314-350 y 384. De este artículo hay tirada aparte.

(3) Graz, 1924, p. 38-42.

(4) Publicaciones del Institut de Recherche et d'Histoire des Textes, vol. I, París, 1948, p. 65-67.

(5) Recibe este nombre por su fundador, Sir Hans Sloane of Chelsea (Middlesex), cuyas colecciones fueron adquiridas por la nación inglesa después de su muerte.

gos, siendo el más precioso de todos una colección hipiátrica del siglo XIII (cód. 745). El fondo *Additional* es mucho más rico en manuscritos griegos que el anterior. Se constituyó en 1756 y en él se recogen todas las adquisiciones posteriores de manuscritos hechas por el Museo, ya provengan de compras, ya de donaciones, siempre que no sean colecciones bastante importantes que merezcan constituir un fondo distinto. Los primeros manuscritos griegos que entraron en el fondo *Additional* fueron los de César de Missy, capellán francés de la Corte de Inglaterra, muerto hacia 1770 (Addit. 4.949-4.952). El número de manuscritos griegos de este fondo fué aumentando al correr del tiempo, y ya a finales del siglo XVIII sobrepasaba a los del fondo *Sloane;* pero es en los siglos XIX y XX cuando el fondo *Additional* recibe su mayor incremento. Entre los manuscritos de este fondo figuran algunos tan famosos como el célebre Babrios (Addit. 22.087) y el no menos célebre falso Babrios (Addit. 22.088).

El fondo Egerton, fundado por Francis Henry Egerton, octavo conde de Bridgewater (1756-1829), no contaba en un principio con ningún manuscrito griego; pero su mismo fundador dejó al Museo dos legados de 5.000 y 7.000 libras para que con sus rentas se atendiese a la conservación y custodia del fondo; a estos legados se unió, en 1838, otro de Charles Long, barón de Farnborough, destinado a la compra de manuscritos «as an addition to the Bridgewater bequest». Merced a estos generosos donativos, el fondo *Egerton* ya poseía en 1925 28 manuscritos griegos, número que posteriormente ha aumentado.

El catálogo más reciente del British Museum describe las adquisiciones de los fondos *Additional* y *Egerton*, correspondientes al período 1921-1925; las adquisiciones posteriores no están registradas. Ahora bien, el P. Richard nos da en la Introducción de su Inventario un anticipo de los principales manuscritos griegos adquiridos posteriormente, con datos extraídos de diversas publicaciones (1). Entre estos manuscritos figuran: el cód. Egerton 3.046; un evangeliario (Gregory l 238), adquirido en la venta de la biblioteca de John Ruskin el 24 de julio de 1930 (2); el cód. Egerton 3.125; 16 hojas de un manuscrito canónico del siglo X-XI (3); el cód. Egerton 3.145, uno de los dos manuscritos legados por la baronesa Burdett-Coutts a la Escuela de

---

Para más datos sobre el desarrollo de este y los demás fondos, véase: RICHARD SIMS, *Handbook to the Library of the British Museum*. Londres, 1854.—ED. EDWARDS, *Lives of the founders of the British Museum with notices of its chiefs augmentors and other benefactors*, 1570-1870. Londres, 1870.—AR. ESDAILE, *The British Museum Library. A short history and survey*. Londres, 1946.

(1) Especialmente *The British Museum Quarterly*.
(2) *British Museum Quarterly*, t. V (1930-1931), p. 87 y s.
(3) Ibid. t. VIII (1933-1934), p. 92 y s.

Highgate (cód. II, 4) y que contiene las Epístolas de San Pablo y el Apocalipsis (Gregory, cap. 699) (1). Por último, el célebre *codex Sinaïticus* de la Biblia, adquirido en 1934 (Addit. 43.725) (2).

A título de apéndice da el P. Richard la descripción de los manuscritos griegos de los fondos *Cottonian* y *Stowe*. El primero contiene tres manuscritos griegos, y el segundo, un único ejemplar.

Para una visión de conjunto de los manuscritos griegos del British Museum, pertenecientes a fondos no incluídos en el presente Inventario, recomienda el P. Richard la consulta de los catálogos publicados por J. Forshall (3), R. Nares (4) y J. P. Gilson (5).

En cuanto a la brevedad con que está tratada en el presente Inventario la descripción de los manuscritos bíblicos, hagiográficos y litúrgicos, se justifica el P. Richard, en lo que toca a las dos primeras categorías de manuscritos, por la existencia de obras más especializadas, a las que de ordinario acuden tanto los exegetas como los hagiógrafos. Respecto a los manuscritos litúrgicos, la justificación se encuentra en la propia dificultad de la materia.

En la sección de Bibliografía se dan las fuentes principales utilizadas, así como una lista de las obras citadas con más frecuencia.

La tercera sección está constituída por el Inventario sumario, propiamente dicho. En 89 páginas de texto se contiene la descripción de los manuscritos griegos conservados en los citados fondos y por este orden: I. el fondo Sloane; II. el fondo Additional; III. el fondo Egerton; Apéndice: los fondos Cottonian y Stowe. Las descripciones consiguen ese equilibrio que se ha propuesto el P. Richard y, sin pecar de prolijidad, suministran al helenista que a ellas acude los datos imprescindibles para su trabajo.

Constituye la cuarta y última sección un detallado Indice alfabético de nombres de autores y materias que ocupa 33 páginas, a dos columnas, donde se remite al fondo y manuscrito que contiene la obra en cuestión, así como se dan todas las referencias posibles.

Creemos sinceramente que con el presente Inventario sumario el P. Richard ha conseguido plenamente el fin que se propuso: facilitar la tarea al helenista que trata de explorar estos fondos en busca

---

(1) Ibid. t. XIII (1939), p. 9-10.
(2) Ibid. t. X (1935-1936), p. 180-182.
(3) *Catalogue of manuscripts in the British Museum. New series: I, The Arundel manuscripts. II, Burney manuscripts.* Londres, 1834 y 1840: un solo índice para las dos colecciones al final del segundo volumen.
(4) *A catalogue of the Harleian manuscripts in the British Museum*, t. I-IV, Londres, 1808-1812.
(5) *British Museum. Catalogue of western manuscripts in the Old Royal and King's Collections*, t. I-IV, Londres, 1921.

de los manuscritos que contienen las obras de un autor determinado. Por ello, repetimos, el Inventario que nos ocupa viene a llenar un vacío, al menos en tanto que no se publique un catálogo científico de los manuscritos griegos del British Museum.

J. F. POMAR.

C. H. ROBERTS y E. G. TURNER.—*Catalogue of the Greek and Latin Papyri in the John Rylands Library*, vol IV: *Documents of the Ptolemaic, Roman and Byzantine Periods* (Nos. 552-717). Manchester, University Press, 1952 (XVII + 211 págs. y 6 láms.).

Con esté vol. IV se completa la publicación de los PRyl. iniciada por Hunt en 1911. Las piezas en él comprendidas son de carácter documental, a excepción de dos: **552** (exámetros griegos desconocidos, en letra del siglo II a. C.) y **553**, en cuyo verso se conserva una cuenta de mediados o fines del siglo III d. C., en griego, pero en cuyo recto aparece un fragmento de prosa latino del mismo siglo, difícil de identificar, aunque claramente literario. La conjetura *ex pr[ovinciis/ Hisp]aniis duabus* quizá sea problemática, pues parece difícil remontarse a la época en que, efectivamente, las provincias hispánicas eran tan sólo dos.

Para que la colección quede más completa, los editores han incluído los papiros de la J. Rylands Library, que habían sido objeto de publicación independiente, principalmente la famosa serie del Archivo de Zenón, que había sido publicada por C. C. Edgar en *The Bulletin of the J. Ryl. Libr.*, XVIII (1934), que se reeditan ahora respetando lo hecho por Edgar. Sobre la importancia de estos 18 documentos (nos. **554-571**), de mediados del siglo III a. C., no es necesario insistir aquí.

Aparte esos papiros del Archivo de Zenón, se recogen aquí documentos de época ptolemaica. Una carta a un estratego, del siglo II antes de C., referente a la elección y arancel de los escribas para la redacción de documentos demóticos, se conserva incompleta en **572**. Se trata de una pieza similar a BGU. 1214. Otra carta oficial de trámite, de recaudación de impuestos, fechada en 10 de octubre de 231, tenemos en el **573**. Posterior, de fines del siglo I, es otra carta (**574**) sobre el impuesto que grava al gremio de enterradores-embalsamadores. El **575** es una declaración del impuesto sobre frutales, del 235, que contribuye a esclarecer la función del ἐπίπεμπον. Una lista de desembarcos, a efectos de certificación de la descarga, ofrece el **576**, del siglo III. En el siguiente (**577**), del siglo II, vemos un embalsamador que solicita la protección de un estratego contra los ata-

ques de unos «picapleitos» (ἐργόλαβοι). En **578** es un judío el que reclama contra el aumento de ἐκλογή (ya ella misma prohibida), que se le exige. Especial interés para las instituciones jurídicas tiene el **579**, del nomo Oxirrinco y del siglo I. Se trata de una instancia dirigida a un estratego por una persona que solicita autorización para derribar una cerca y hacer otra nueva en una finca paterna, de conformidad con la división hecha con sus hermanos, de los que teme oposición para realizar dicha obra; así, pues, la autorización solicitada parece desearse al fin de prevenir una posible denuncia de obra nueva. También es interesante el **580**, de la misma época, documento de doble escritura, por el que un miembro de un club militar hace cesión de sus derechos funerarios, consistentes en la cantidad de mil dracmas; el documento aparece como σύμβολον ἐπιφέροντ[ι, y cabe pensar en que se trata de una cesión negociable, algo así como un bono funerario. Una venta de un palomar y de tierra inculta se documenta en el **581**, fechado el 1 de abril de 121; esta pieza se completa con PMil., I 2 C, D y E. El comprador es el mismo que ya aparecía interesado por otro palomar vecino en PAdler G. 11. El terreno vendido aparece designado por la indicación de vecindad: en primer lugar, del mismo comprador; luego, de la carretera real; finalmente, οἳ ἂν ὦσι γείτονες πάντοθεν, fórmula que tiene su paralelo en la de los documentos latinos (verbigracia, la mancipación fiduciaria de Bonanza): *et populum* (es decir, la carretera pública) *et si quos dicere oportet*. La falta de indicación del precio abona la hipótesis que tenemos aquí tan sólo una copia del verdadero documento de venta, en la que se han omitido algunas partes. Un negocio que no se interpreta con toda certeza presenta la ἐξαμάρτυρος συγγραφή del **582**, fechada en 30 de noviembre de 42. Parece haber cesión de una parte y obligación del adquirente de pagar una cantidad, a la vez que de cultivar la parte conservada por el transmitente, en este caso una mujer, que se reserva la ejecución καθάπερ ἐκ δίκης. Otro documento del mismo estilo, pero que tiene por objeto la cesión de un viñedo por un año, se contiene en el **583**, que ya había sido publicado por Turner en el *Bull. Ryl. Libr.*, XXXI (1948), 148. De fines del siglo III es un préstamo con hipoteca, similar a PTeb. 814 y 817, bajo el número **584**. En el **585** tenemos un «juramento regio» para asegurar con el salario el pago de los intereses devengables por un préstamo; de principios del siglo II. Un documento de préstamo también es el **586**, de principios del siglo I, en el que la mujer aparece como fiadora de su marido; pero éste, probablemente, como κύριος, de aquélla. Por lo demás, es interesante la aparición de un χρηματοφύλαξ como posible cobrador de la devolución, así como el hecho de que, al redactarse el documento, se dejó un hueco para escribir luego la cantidad prestada. En **587**, otro documento de préstamo, fechado en

9 de febrero de 87, aparece como prestataria una madre con sus dos hijos, el primero de los cuales aparece como kyrios. Un interés muy particular tiene el **588**, fechado en 20 de septiembre de 78, pues, al presentar como πέρσαι τῆς ἐπιγονῆς unos deudores que son Μακεδόνες, se confirma la teoría de Tait (en *Archiv*, 7, 180) de que ese apelativo suponía tan sólo una ficción para aumentar la garantía del acreedor. El **589** consta de siete fragmentos, ya publicados por Turner y Neugebauer (en *Bull. Ryl. Libr.*, XXXII (1949), 80), de una lista de deudas y calendario lunar, del 180. Aunque sumamente deteriorado, el **590** parece contener la decisión de un σύνοδος judío, quizá de la época de Cleopatra. Finalmente, aparte unas cuentas privadas, de fines del siglo III (**591**), y de una carta referente a la madera para la construcción de barcos, de la misma época (**592**), el último documento ptolemaico (**593**) conserva una carta de negocios, en la que aparece un πιττάκιον ἐπαγγελιῶν, que los editores traducen: «memorándum» de ofertas.

Los papiros de época romana se agrupan en dos series: griega y latina. Para la demografía de Karanis tiene interés el **594**, con que se abre la primera, pues se saca de él el dato de que a mediados del siglo II d. C. había en Karanis unos 1.093 hombres, de los cuales tan sólo uno judío; se trata de una lista de impuestos. Similar es el **595**, del año 57 d. C., una lista de personas ausentes y que, por tanto, no han pagado los impuestos, que debe relacionarse con PGraux 2 (= SB. 7462) y PCornell, 24; en él se señala la falta de un 10 por 100 de la población, lo que indica el alcance de la crisis económica de la época de Nerón. El **596** es una declaración de tierra no inundada, dada en epibolé; está fechado en 22 de marzo de 204. En **597**, del año 90, se muestra una copia de comunicación del registro inmobiliario, en cumplimiento de la orden de Metio Rufo. Una instancia referente a la προφητεία se recoge en el **598**, del año 73. Ya PSI. 1240 documentaba la existencia de la gerousía de Oxirrinco (del año 222); el **599**, ya publicado por Turner (*Archiv*, XII, 179 = SB. 8032); contiene una solicitud de inscripción en ella, del año 226; la entrada en la gerousía era a los sesenta y ocho años. Interesante es el número **600**, fechado el 29 de octubre 8 a. C. Se ve aquí un contrato de arrendamiento del vareo de la oliva; la oferta es de los recolectores, y el dueño se reserva el derecho de aceptar una mejor oferta hasta el último momento (καὶ ἐξῖναί [σοι] τῷ πλήων διδόντι μεταμισθῦν). Una curiosidad presenta el **601**, que contiene una copia de arrendamiento de tierra clerúquica, fechado el 1 de agosto 26 a. C. Lo curioso de este documento, por lo demás de lectura muy difícil, son los sellos en rojo que se ven en el verso; muy probablemente, no se trata de una autenticación del contrato, sino de una marca de papel oficial, o, como sugiere Skeat, de los sellos de otro documento anterior, cuya

parte en blanco fué aprovechada para la redacción del nuevo contrato. El **602** es un préstamo quirográfico de marzo del 25 a. C. Los números restantes (**603-7**) son cartas del siglo III, la última ya publicada por C. H. Roberts y H. Mattingly en las *Transactions of the International Congress*, Londres, 1936, 246, y varias veces comentada, pues se hizo famosa por tratarse de una orden que da a su agente de Egipto un personaje lo suficientemente importante para tener noticia de una próxima devaluación oficial de la moneda, a fin de que aquel agente suyo se desprenda rápidamente de todo el dinero que tenga entre manos; dicha devaluación parece estar en relación con la subida de precios que ocasiona el Edicto de Diocleciano. La **604** también sería una pieza interesante si pudiéramos interpretar más plenamente su sentido: se trata de una misiva confidencial, quizá entre cristianos.

La serie de los documentos latinos se encabeza con una carta oficial de presentación de un esclavo a un *procurator* imperial (**608**), ya reproducida por Lowe y estudiada por Mallon en EMERITA, 13 (1945), que citan los editores, y ahora en *Paléogr. Rom.*, p. 66 y lám. 9, 1, que anticipa la fecha a fines del siglo I, en vez de la primera mitad del siglo II. Ya publicada por K. Brandi en *Archiv für Urkundenforschung*, 5 (1914)269, es el **609**, una carta oficial del 505. El **610** conserva una copia *(exemplum)* de una solicitud bilingüe al prefecto, del 223, que resulta interesante para ver el procedimiento de contestación a un libelo. Del año 87-88 es una *testatio* de un veterano, de finalidad, por desgracia, desconocida, quizá de instalación con su mujer, con la que había recibido el conubio en virtud de la *honesta missio* (**611**). El **612** es el muy conocido contrato matrimonial de PMich., VII, 434 (que consta, a su vez, de dos fragmentos), el cual se completa ahora con este nuevo fragmento Ryl., que pertenecería a la segunda página del diploma y mostraría parte de la *scriptura exterior*. Esto quiere decir, naturalmente, que el texto coincide, pero no exactamente, con el comienzo de la *scriptura interior*, conservado en Mich. Observo, incidentalmente, cómo los editores conservan la lectura *eram* de Mich., línea 3, admitiendo incluso la reconstrucción *pro era s(upra) s(cripta)* en la línea 5, y completan su propio fragmento de la *scriptura exterior* en igual forma: *in matrimonio[eram collocavit...]*. Yo no dejo de reconocer la dificultad que esta palabra presenta para la lexicografía jurídica; pero me parece que la lectura de la línea 3 de Mich. es indiscutible y que, por tanto, los juristas debemos acomodar nuestras conclusiones a este dato. Cfr. sobre este documento mi reseña de EMERITA, 11 (1943) 512, donde todavía dudaba de la lectura *eram*. Por último, aparte una carta privada del círculo judaico (**613**), ya publicada por Roberts (en *Classical Philology*, 34, 149), se incluyen dos pequeños fragmentos: de registro, con

una carta al verso (614) y de carta oficial (615); esta última del siglo IV y con interés paleográfico (cfr. Mallon, Marichal, Perrat, *L'Ecriture Latine*, lám. XXIV). Con esto se cierra la serie de los papiros latinos.

Quizá la parte más interesante de este tomo de los PRyl. está en los documentos del capítulo VI: los papiros procedentes del Archivo de Teófanes (núms. 616 a 651). Theophanes fué un *scholasticus* empleado en la oficina del prefecto, que ya nos era conocido por el PStrass. publicado por H. Breslau en *Archiv*, 3, 168. La mayor parte de los papeles de este alto personaje son de los años 317 a 323, es decir, inmediatamente anteriores a la guerra civil entre Constantino y Licinio. Tales papeles de su archivo pueden agruparse en cuatro series. La menos interesante es la de los números 639-651, que son fragmentos de cuentas domésticas; más interés tiene la serie 627-638, que comprende los diarios y relación de gastos de un viaje que hizo Theophanes a Antioquía en las fechas antes indicadas. Tanto por los datos de itinerario como por los términos nuevos que aparecen en los inventarios del equipaje y los detalles de las cuentas de víveres, esta documentación resulta sumamente interesante y quizá se echa de menos aquí un comentario más pormenorizado. Por otro lado, se conservan de ese archivo algunos papeles oficiales (616-622). El 616, del año 312, presenta una lista de impuestos de la provincia de *Aegyptus Iovia*, y, aparte el interés que tiene ya la lista de nomos, este documento viene a confirmar la opinión de Mommsen, seguida por Jones, contra Wilcken y Gelzer, de que en esa época la provincia de *Aegyptus Iovia* comprendía el Delta central y occidental, en tanto *Aegyptus Herculia* comprendía el Delta oriental y la Heptanomia. Los restantes números de esta serie de papeles oficiales son fragmentos de instancias dirigidas al emperador. Por último, la cuarta serie (623-626) consiste en cartas. De éstas tienen especial interés dos: el 623, que es una carta de presentación en latín, igual en todo, menos el nombre destinatario, al mencionado PStrass. que nos dió a conocer nuestro importante personaje; también el 624, que es una carta, en griego, de los hijos de Theophanes, en la que le piden a su padre que los lleve a Alejandría (lo que la documentación epistolar parece ir probando, era un anhelo general de todos los hijos de familias pudientes); los hijos de Theophanes hacen aquí un alarde de estilo educado; así, se invoca incluso la «ley natural» que enseña a respetar a los padres.

El séptimo capítulo de esta notable colección se dedica a los documentos griegos de época bizantina (652-662). El primero es una carta del prefecto de la annona de Alejandría, de fines del IV o del V siglo. De especial interés económico-jurídico es el 653, actas procesales ante el gobernador, del año 321. Este documento, que procede del

mismo archivo que los PThead. de Jouguet y tiene similitud con PThead. 13, posterior en medio año, nos informa sobre un pleito de aguas entre dos grupos de usuarios interesados: A y B. A reclama porque B impide que se derive el agua para su riego, y B contesta diciendo que tiene más tierras que regar y que es A quien impide el riego suficiente de las mismas; que está dispuesto a pagar los impuestos de las tierras de A, si A le deja regar suficientemente sus propias tierras, o bien a ceder a A sus propias tierras para no tener que pagar los impuestos. Otras actas judiciales interesantes son las del **654**, del siglo IV y del nomo Oxirrinco. Se trata de un curioso pleito: un tejedor protesta porque un aprendiz del oficio es seducido para cambiar de oficio y pasar al ramo de la construcción, como si el ramo de tejedores no fuera de utilidad—la utilidad pública consiste, naturalmente, en la gran cantidad que reportan al Fisco—y comunica que el aprendiz en cuestión ha sido preventivamente depositado y se halla custodiado ἐπὶ γυναίου τῇ οἰκείᾳ. Los editores traducen: «in his wife's house». Evidentemente, no se trata de la casa de «su mujer», lo que no tendría sentido, sino que debe leerse γυναι[ῶ]ν, lo que se refiere a la «casa de las mujeres», o sea al *gynaeciarium* o local del gremio de las tejedoras que trabajan para Emperador, donde también había tejedores hombres. Cfr. Cód. de Justiniano, 9, 27, 5; 11, 8, 1-3, 5, 13; 11, 9, 1; 12, 39, 4. Este documento, por tanto, viene a mostrar una nueva función de aquellos locales gremiales. El **655** presenta una lista de inscripciones del registro inmobiliario; tiene interés la referencia a una tierra *vindicata*: δουε̣νδι(κάτης) en línea 1 del verso, y ὀβενδικ(άτης) en la línea 13; lo que quizá deba referirse a tierras que se hallan en litigio. Este documento es de la primera mitad del siglo IV. Una declaración inmobiliaria para el censo contiene el **656**, del año 300, y otra declaración, jurada, de un inspector de la provisión de vino para el ejército, el **657**, del 323/4. El **658** presenta una petición dirigida a un prefecto por un *praepositus pagi* que se queja de la aplicación por el comarca de las reformas fiscales de Diocleciano. También a los abusos fiscales se refiere otra reclamación del 322 (**659**), en tanto del **338** se conserva una exigencia de pago que debe hacer el Fisco (**660**). Finalmente, una partición o transacción hereditaria aparece en el **661**, del siglo V, y un documento de reconocimiento de depósito, del año 364, en el **662**.

Un último capítulo de la obra recoge los fragmentos desperdigados: **663-674**, ptolemaicos; **675-699**, griegos de época romana; **700-716**, bizantinos, y todavía se indica bajo el número **717** que existen en la librería Ryland una gran cantidad de pequeños trozos inclasificables, que no se transcriben. Entre estos pequeños fragmentos, el **702** contiene restos de unas actas procesales bilingües, y el **706**, de una demanda en causa matrimonial; ambos de principios del siglo IV.

El volumen se cierra con los índices de nombres y términos griegos y latinos, y las láminas.

Hay que agradecer a los autores hayan rematado felizmente la publicación de esta importante colección de los *Ryland Papyri*.

A. D'ORS.

H. J. ROSE.—*Ancient Roman Religion*. Hutchinson's University Library, Londres (prólogo fechado en 1948), 164 págs.

El autor, a quien se debe ya un librito sobre *Ancient Greek Religion*, para la misma colección 'World Religions', ha sabido hacer la obra que, ofreciendo «the most outstanding features of the complicated religions, which flourished in Rome between the earliest recoverable ages and the close of the classical epoch», podrá merecer atenta y gustosa lectura de todos los aficionados y estudiantes, sin desagradar a los entendidos.

Así, el c. I, *Numen*, el más acabado seguramente, al hacer penetrarse los más conocidos datos sobre la religión doméstica y agrícola de los romanos (las divinidades y cultos de la tierra, las del fuego y la casa, las de sus partes, las ceremonias campestres, las de nacimiento, matrimonio y muerte), por la creencia en el *numen* o potencia mágica de las cosas, comparado con el *mana* polinesio y otras fuerzas religiosas semejantes, consigue una profunda unidad y entra en las nuevas corrientes (Nilsson, por ejemplo, sobre la religión griega, H. Wagenvoort, *Roman Dynamism*, 1947, principal fuente para estas ideas) con esa visión honda y viva tan saludable para el estudio, con frecuencia aún pobre y mitográfico en las escuelas, de las antiguas religiones. Mientras en el c. II, *The Gods of the Roman State*, muestra ciertas ceremonias públicas como ampliación de las privadas y va hilvanando, generalmente con ingenio (pero sin insistir en artificiosas agrupaciones), las referencias a las principales y a muchas menores divinidades, destacando lo genuino frente a lo extranjero, para dar un cuadro de esa religión romana, de la que «only in the last two or three generations we have formed any clear conception», y entremezclando oportunamente lo referente a los principales lugares sagrados, sacerdocios y augurios, calendario, festivales, cultos de los muertos (algo ligeramente, como todo lo tocante al *genius* y las *iunones)*, etimologías. En III, *Strange Gods*, se ocupa de los dioses (y templos o ritos) introducidos de Etruria y ciudades itálicas, los griegos por medio de éstas, y, finalmente, griegos importados (sobre todo por indicaciones sibilinas) directamente, no dejando de lamentar el hecho de «undesirable foreign elements making their way into

sober and decent Roman ritual»; así como de la llegada de la incredulidad filosófica griega y la pérdida de las *religiones* heredadas; acabando con los temas de la deificación de abstractos (aunque acaso—se anota con acierto—originarios, a su vez, nombres de divinidades) y de la apoteosis. El IV, *Augustus and the Revival of Religion*, abarca (tal vez con algo más de confusión), las principales escuelas filosóficas y su postura ante lo religioso, el sentimiento del nuevo *saeculum*, las creencias de Augusto, la astrología y magia, la piedad privada y asociaciones de *cultores*, mostrando en fin como reacción ante la pasividad política en el pueblo, o bien una total indiferencia, o si no, una exaltación de las esperanzas en otra vida. Titulado con la expresión de Juvenal, *Orontes into Tiber*, el V capítulo va pasando por una selección de los principales cultos frigios, egipcios, y las ideas del re-nacimiento; Mitra luego, y las aspiraciones a la salvación del alma, aludiendo, por fin, muy brevemente a la entrada del judaísmo y cristianismo, a la resistencia de los *pagani*, a los compromisos, mezclas y sustituciones. Remata el libro un corto capítulo, VI, *Survivals*, en que, después de apuntar las cuestiones que correspondería tratar en un estudio extenso, desarrolla el complejo desenvolvimiento de las fiestas de pascuas de Navidad y Año Nuevo, como ejemplo, para acabar con otras pervivencias, y unas consideraciones sobre el parentesco entre el espíritu de la Iglesia católica y de la antigua Religión romana.

Ligerísimas observaciones haríamos alguna, como que en la página 82 no debe decirse que *Horkos* sea «presumably», quien castiga a los perjuros, porque la afirmación está expresa y clara en Hes. *T. D.* 804; en la página 92, la afirmación de que «Hércules was so little felt to be a foreigner, that an Italian equivalent was found for him» es del todo contraproducente, y, por otra parte, que *Semo Sancus Dius Fidius* fuera equivalente a Hércules, sino como fórmula de juramento, no es de creer; que *uenos* no significara originariamente la belleza humana, sino la de un campo lozano (pág. 93), es más que dudoso. En general se cae, al hablar de religión primitiva, en la exageración de rechazar todo lo que no sean en ella intereses muy materiales; así, al hablar de Júpiter el autor (págs. 58 y sigs.), echamos de menos una alusión al dios omnividente y protector de la justicia (dios de juramentos), que es acaso el único fundamento claro de una idea religiosa indoeuropea común. Pero, en cambio, nos guardaremos de reprochar las ausencias y falta de discusión, que el autor en el prólogo justifica, y que han producido la maravillosa brevedad de este libro, que espera traduccion para nuestros estudiantes.

AGUSTÍN GARCÍA.

ULRICH KNOCHE.—*Die Römische Satire* (tercera entrega para el apartado 'Lateinische Literatur' del 'Handbuch der griechischen und lateinischen Philologie', editado por Bruno Snell y Hartmut Erbse en Hamburgo), Berlín, 1949, 112 págs.

Como formando parte de un plan para una literatura latina, no se espera una monografía orgánica y con originales o enérgicos puntos de vista para fijación y profundizamiento en el concepto de la sátira latina (1): a cada obra le es dedicado el número de páginas y atención correspondiente a su volumen e importancia en la literatura latina en general; por ejemplo, al «Satiricón» más que a Juvenal. Se ve, pues, que los editores construyen una literatura latina por géneros, lo que ni mucho menos encontramos criticable: si el de 'género' es un concepto falso y perjudicial en la moderna literatura, no así en la además tan retorizada de los romanos, que siempre sabían el género en que iban a escribir. Tanto más en uno tan definido como éste. Como puede esperarse, será el libro útil, sobre todo, por la selección y oportuna valoración de los datos concretos sobre vida, circunstancias de la obra, fuentes e influencias, y, sobre todo, a lo que se dedica especial atención, constitución y transmisión del texto; hábil la selección de bibliografía (ediciones, comentarios, estudios y traducciones al alemán) y no demasiado patriótica. La frecuente cita de los textos antiguos, en que se apoyan las noticias, es una buena costumbre que señalar. El saludable miedo de la divagación le hace ser, en la caracterización y juicio literario (generalmente basado sobre el más acreditado consenso), conciso siempre, con frecuencia jugoso y pocas veces incompleto. Para los puntos debatidos suele aportar las más notables opiniones y rara vez tomar decididamente partido en lo que se refiere a criterio positivo. Dado el carácter de la obra que hemos hecho resaltar, resulta disculpable la gran parquedad en la inserción de textos para ejemplo (y en latín nunca), sustituídos siempre por la simple referencia; sólo en obras de consulta y no de lectura nos parece recomendable tal sistema. Finalmente, anotemos las afirmaciones o pasajes del autor más interesantes.

En c. I, «Die Satire: eine römische Kunstform», previene contra el peligro del concepto moderno de 'sátira'. La considera, como género, bien romana a la sátira «in gebundener form», la en hexámetros. El c. II trata las intrincadas cuestiones de «Ursprung und Name der Satura», en los que niega la 'sátira' dramática de Livio y la derivación del etrusco, inclinándose a una etimología en el adj. *satur*, en

(1) El nombre de 'sátira romana' nos parece más adecuado reservarlo para la especie de que Quintiliano dijo «*tota nostra*», por oposición a la menipea.

fem. *satura*, con el sentido de *farcimen* (cfr. it. *farsa)*. Del III, «Die Satiren des Quintus Ennius», mencionemos cómo contrapone en el poeta su filohelenismo con una gran preocupación de su propia personalidad; anota la necesidad de una ed. de los frs. de sátiras más severa con lo intruso que la de Vahlen, pero que «das Selbstbiographische und Anekdotische stärker berücksichtickte»; en la contienda de hasta qué punto los *Varia* son sátiras (junto a L. Müller y della Corte no cita los numerosos trabajos de C. Pasquale) se pronuncia negativamente en cuanto a que formaran parte del libro, aunque les reconozca más o menos de 'satírico'. Ve ya en Ennio (aunque haya mucho griego, Calímaco especialmente) un género nuevo. En IV, «Gaius Lucilius» (antes cita noticias sobre otras anteriores obras relacionadas con el género), no acaba de decidir con claridad en qué sentido entiende que sea *inuentor*. Para el nacimiento se inclina, con Moritz, al año 180; admite en la obra las tres partes 1-21, 22-25, 26-30; opone la seria justificación de su empresa con la ironía horaciana; en el sumario anota lo que pervivió, y lo que no, en el género; ve la característica esencial de la obra en la inmediatez del poeta, su expresión directa. De Varron (c. V, «Varros Menipeen») hace resaltar el fin de «la moralidad por el chiste», κυνικὸς τρόπος; pero ve flagrante oposición entre él y Menipo: éste va a los hombres, Varrón a la sociedad romana: el ideal de uno es la φύσις; del otro, los *maiores*. Critica que a veces se le note demasiado la ordenación lógica: el *uenio nunc;* por otro lado, advierte su odio al razonamiento (cínicamente) y amor a la evidencia: el *non uides*? El c. VI, «Die Satire zur Zeit des ausgehenden Republik», recoge las noticias sobre producciones más o menos 'satíricas' de esa época, creyendo ver a veces la mezcla de los dos modos de Lucilio y de Varrón. En VII, «Horazens Satiren und Episteln», incluye la vida; tiene una aguda observación sobre que al cultivar simultáneamente sátira y epodo, éstos limpiaron a la sátira de mucho del ataque personal que en Lucilio había. Se inclina por 35-33 para publicación del l, I, 30 para el II. En la cuestión '*saturae*' o '*sermones*', sugiere que acaso '*saturae*' fuera lo genérico, siendo '*sermones*' (='διατριβαί'?) y '*epistulae*' sus dos modalidades; la filosofía no es un sustitutivo en Hor. de la política, ya vedada para la sátira, sino sincera afición; aunque parece burlar de todo (la «untrennbare Verbidung von Erns und Spott»), su «Standpunkt» no es vacilante; su gran comprensión hace su superioridad, ésta su ironía; su lenguaje satírico «klingt leicht; und doch ist es sehr schwer, sie in ihrer Durchdachtheit ganz auszuchöpfen»; en la composición, aparente negligencia, nunca «ziellos»; en las «Epístolas» ve el autor (apoyándose en Porfirión) el mismo género; en ellas ve enseñar la «Philosophie als Lebenkunst» a un hombre «der weiss, das nicht tut»; aunque haya mucho aparato de máximas y exterioridades,

siente también aquí hablar a Hor. «mit der Wärme, die man nur bei Männern findet, die nicht mehr ganz jung sind»; sobre la pertenencia de la *Ep. ad Pisones* al l. II y el problema de modelos, no se pronuncia decididamente. En VIII, «Senecas Apocolocyntosis», da por identificada la 'sátira' conservada con la «Apocolocyntosis» citada por Dión Casio; se inclina a creer (opinión en favor actualmente) que el chiste está en el título, y no había en las partes perdidas nada que lo justificara; y desde luego, por su autenticidad, insistiendo en las semejanzas con el resto de Séneca; la relación con la Menipea está acompañada de otra con testamentos burlescos, parodias (como la *lex Tappula)* de leyes, etc. Sobre «Der Roman des Petron» (c. IX) da por muy probable la identificación con el T. Petronio de Tácito; en el título *'satyricon'* ve mezcla de *'satura'* con σατυρικὸν *(librum)* o σατυρικῶν *(libri)*; contra los solos seis libros que supone F. Paratore, defiende una mayor extensión; la cree más relacionada con la novela griega amorosa (de que con limitaciones la considera parodia, Príapo por Eros) que con la sátira menipea; la mezcla (dice sin gran fundamento) pudo darse antes de Petronio; dedica fino análisis a la caracterización por el lenguaje, en que Petronio se muestra consumado; como restos posteriores (formalmente, es decir, por el *prosimetrum)* ve las *Mitologiae* de Fulgencio, y hasta la *Consolatio* de Boecio. En el X, «Aules Persius Flaccus», cree necesario más investigación para decidir sobre la intervención de Cornuto en la obra; en la valoración repite el acostumbrado parecer de que, falto de la gracia de Hor., de la fuerza plástica de Juv., tiene para el moderno poco interés para mucha dificultad; creemos que es hora de revisar este juicio sobre Persio, haciendo valer su sin igual potencia predicadora; le dedica análisis métrico detenido, que echamos a faltar en los otros capítulos; las muchas admiraciones de Persio las explica por su leal seriedad y por su oscuridad también; aunque afirma que la tradición textual es buena, de cualquier edición crítica se saca la impresión de numerosísimas faltas de copista (esp. A y B), por no entender en absoluto lo que escribían. El c. XI, «Die Satire in der Zeit Domitians», se ocupa de los numerosos satíricos de la época, y respecto a Sulpicia sostiene, naturalmente, lo apócrifo de la sátira; pero no la cree medieval (la hipótesis de una falsificación renacentista no se cita), sino del tiempo de Ausonio o poco más. Finalmente, en XII, «Decimus Junius Juvenalis», tras hacer resaltar la inseguridad de las 'Vitae', sobre el nacimiento opina que 55 tal vez sea algo pronto; sobre que la inscr. de Aquino se refiera a él en persona, duda; improbable le parece que llegara a caballero; los términos para los seis libros son para el autor 100 y 127; no ve fundamento para tener por apócrifo ni aun la s. XVI; limitación del tema respecto a Hor. y aun Persio; lo primero para entenderlo, su honda sinceridad; con acierto afirma Knoche (pág. 95)

sobre el tema de la retórica en general: «man hat sich dahin geeignigt, Juvenal Darstellungskunst als 'rherotisch' zu bezeichnen. Mit Recht; nur muss man von dem Wort den abschätzigen Nebenakzent abstreifen, der ihm seit der Zeit des deutschen Idealismus anhaftet. Man muss sich vielmehr gegenwärtig halten, dass es ungefähr seit Ovids Tagen in Rom überhaupt keine andere Bildung und Wortkunst nehr gab, als die rhetorische»; la expresión antitética le parece acaso la adecuada para quien siente en sí la antítesis de ideal y realidad; después de Juv. sólo ya en el siglo IV-V volvió a haber cultivadores de la sátira, fuera de lo que haya de 'satírico' en obras como las «Metamorfosis» de Apuleyo.

El índice de autores y temas, así como el de lugares citados, muy completo y cuidadoso.

AGUSTÍN GARCÍA.

MAURICE PLATNAUER.—*Latin Elegiac Verse. A study of the metrical usages of Tibullus, Propertius & Ovid.* At the University Press. Cambridge, 1951; VIII + 122 páginas.

Un libro que podría quedar como perfecto modelo de ese género de estudios por estadística y fuerza del número, que desde final de siglo, y muy cultivado por escuelas inglesas y norteamericanas, viene prestando a la Métrica y Prosodia con predilección los mejores servicios; y ello por todos los conceptos, desde la minuciosa pero inteligente búsqueda y ordenación, la diáfana exposición, terminología y sistema de signos, la clara agrupación y colocación adecuada de números y ejemplos sin necesidad de complicar por eso la tipografía ni multiplicar los cuadros sinópticos (que se reservan para apenas dos o tres cuestiones especialmente complejas), hasta la misma composición e impresión (si no me equivoco, no hay una sola errata, excepto la caída de número de nota en las págs. 40 y 67, y la marginación equivocada de las ll. 4 s., en pág. 31), ante la que, una vez más, tenemos que cantar loores de las editoriales inglesas.

Ya es algo comprobar que la perfección puede alcanzarse tan de cerca, aunque sea en una cosa mínima; pero además el libro dista de ser intrascendente: no sólo puede ser útil, como el autor manifiesta humildemente (pág. V) para «critics faced with metrical problems in expounding or editing an elegiac text and also those not yet quite extinct *genera*, composers of Latin elegiac verse and their teachers»; pero también en muchos puntos (por ejemplo, la elección de tipo de palabra al fin del pentámetro y demás lugares tiene gran valor para el problema del acento) a los teorizantes e investigadores sobre la prosodia y pronunciación del latín, que sólo en resultados de tan imparciales y cuidadosos estudios pueden apoyarse.

El autor extiende su investigación a todo el *corpus* tibuliano, a Propercio y a todos los poemas en dísticos de Ovidio, incluso el *Ibis;* y un sumario de los puntos desarrollados es: cap. II, «Versification», con largo estudio de la cesura y de la diéresis, y varias páginas destinadas a la relación entre pausas de sentido y lugares del dístico, *enjambement* entre dísticos y epanalepsis; cap. III, «Analysis of the Elegiac Couplet», que comprende sucinta (remitiéndose a la investigación exhaustiva de E. F. Hultgren) pero completa información sobre la repartición de dáctilos y espondeos en los diversos lugares de hexámetro y pentámetro, sobre los hexámetros espondaicos, largo estudio de las clases de palabra (verbo, epíteto, etc.) predilectas o repugnantes al fin del dístico, y nota sobre los pentámetros con rima interna; cap. IV, «Prosody», constituído por detenida investigación sobre las vocales de cantidad indeterminada en fin e interior de palabra, sobre los tipos de hiato y su frecuencia, los casos de alargamiento métrico de una sílaba (acabada en consonante como regla casi absoluta), vocales breves ante *st- z-* y semejantes, la repugnancia a cerrar el dístico con vocal breve abierta, sinicesis (en sus dos tipos), síncopas y diéresis de *-ŭ-* más vocal, y, finalmente, un extremadamente minucioso estudio de las elisiones (vocales que la sufren y la siguen, lugares en el dístico); cap. V, «Word Order and Idiom», dedicado al 'aplazamiento' («postponement») de enclíticas y demás conjunciones al interior de su oración, tmesis (casi sólo entre preposición y régimen: detallado examen de las diversas combinaciones), hipérbaton (en sentido estrecho: entrecruce o interrupción de unas oraciones o expresiones vocativas y semejantes por otras), y además a tres particularidades gramaticales: uso de perfecto de infinitivo por presente, del pluscuamperfecto por imperfecto o por perfecto, y del pluscuamperfecto pas. con *fuissem* por *essem;* acabando con un apéndice sobre la repugnancia al uso de *is, ea, id* entre los demostrativos, y otro sobre la *Consolatio ad Liuiam*, aplicando algunos criterios para rechazar la atribución a Ovidio. Se ofrece al fin una bibliografía sobre el tema y temas relacionados, donde se señalan las poquísimas obras no logradas consultar por el autor (4 de 52 libros o series de artículos).

Saquemos ahora a discusión algunos puntos que estimamos erróneos o discutibles en las opiniones del autor (o de la tradición que recoge), y que desde luego no modifican el juicio expuesto sobre el libro. De la cesura acertadamente se cuida Mr. Platnauer de señalar (pág. 4 en nota; contra J. Cornu y apoyándose en Whitehead) que no tiene nada que ver con pausa de sentido; sin embargo, no aparece del todo consecuente con este principio, por ejemplo, cuando dice (pág. 5) que en *haec fac: in exiguo tempore liber eris;* la verdadera cesura del primer pie está tras *fac*, o en otros lugares semejantes; mal

hace especialmente (págs. 6 y sigs.) al equiparar como 'non-caesural' las palabras enterizas y los grupos prep. + régimen, llamando 'quasi non-caesural' a las que tienen una conj., como *et*, *sed*, etc., ante la cesura; una lectura detenida de Virg., por ejemplo, muestra claramente que no sólo entre prep. y régimen (v. *Ge.* II, 402, *atque in se sua per uestigia uoluitur annus)*, y a cada paso entre conj. y su secuencia (v. *En.* IV, 177 *et*, 236 *et*, 619 *aut*, 674 *ac*, 705 *atqu(e)*), sino hasta entre prefijo y palabra (v. XI, 808, *Portat ouans: ducis exemplum e-uentumque secuti;* XII 144, *Magnanimi Iouis in-gratum a-scendere cubile)* pone la única cesura y se permite libertades que nunca en el interior de palabras enterizas. En página 8, número 8, el autor, por rarísima excepción, ha sufrido dos equivocaciones: una, al decir que «there are no cases in Tibullus or Ovid... in which 3*w* is not preceded by 2*s*», cuando él mismo, en página 5, ha citado dos ejemplos de Tibulo con otro fin, habiendo acaso querido decir «in which 3*w* is not preceded by 2*s* nor do preced 4*s*»; pero en este caso tampoco los siete ejemplos de Prop. (todos con masculina en cuarto pie) cuentan; la otra, que Prop. III, 2, 3, no es un caso de 3*w*. En página 9 explica la mayor abundancia en Tib. respecto a Prop. y Ov. de la cesura en 3.° fem. (3*w*) por imitación del gr., mientras los otros ya escribirían «a type of hexameter more consonant with the genius of the language»; parece olvidarse que ya en Virg. (y aun antes) ese tipo más latino de hex. se ha creado; en Virg. aparece, según nuestras cuentas, sólo un 9 por 100 de 3*w* (casi siempre con 4*s* y, lo que debía distinguirse cuidadosamente, casi la mitad de las veces con *-que* por primera breve del dáctilo), que es más o menos lo que el autor señala para Ovidio. En general, echamos de menos que no trate con especial atención puntos como: relación con los otros escritores de hexámetros; tratamiento de excepción de los nombres propios; enclíticas y proclíticas. Estimamos grave error (págs. 13 y sigs.) comprender en el nombre de 'cesura', con las del hexámetro, el corte medial del pentámetro. A la página 16, para la explicación de la preferencia por ⏑ — en fin de pentámetro, nos permitimos sugerir, como defenderemos en próximo ensayo, el motivo de que fuera predilecta la inmediata precedencia del acento (musical) al *ictus*, cuando no podían coincidir. No alcanzamos a explicarnos por qué en esta página el autor señala las acentuaciones *ármaque* y *Ásiaeque*. Página 18: el disgusto del hex. eniano *sparsis hastis longis campus splendet et horret* no está esencialmente—creemos—en la continua coincidencia de *ictus* y acento, sino en la falta de cesuras, cuyo oficio precisamente consideramos que es evitar el desmembramiento del verso al coincidir sus dos elementos individualizantes, pie y palabra. En páginas 22 y sigs. nos parece que se hace mal en no distinguir claramente, para la evitación de 3*d*, los casos en que sigue un monosílabo a la dié-

resis en 3.° (haciendo 4*s*) de los otros. Así, no estamos conformes en página 22, nota 1, con que «strictly speaking such a phrase as 'de rubro litore' is no more a case of 3*d* [diéresis tras 3.°] than 'rubro de litore'», pues habiendo en este segundo tipo 4*s* (ces. masc. en 4.°) y no en el otro, el verso tiene que ser muy preferible, y ello explica el uso de los elegíacos. En página 26, nota 1, no puede decirse que la pausa tras *quid?* retórico al principio del hex. «can scarcely be taken as a sense-pause»: huyamos los prejuicios: también en la primera cesura del hex. (cfr. H 26 s. ἦ ἵνα δὴ Δαναοῖσι μάχης ἐτεραλκέα νίκην/δφς; Ἐπεὶ οὔ τι...) puede haber pausa fuerte. Sobre el «enjambement», aun en los casos entre dísticos más claros, no se llega a la íntima unión que entre hexámetros del tipo Virg. *totaque uagatur/urbe furens*. En página 49 últ. l., no parece que haya motivo especial para señalar las cantidades. Página 53 sig.: creo que no «eleven out of these seventeen instances» de *-ĕrunt* no cabrían con *-ē-* en el dístico, sino catorce. Para el hiato nos parece desaconsejable usar el mismo signo que para la separación entre pie y pie. Como error general, señalaremos la excesiva atención a las conjeturas; así, en página 62, número 3: «*justifiable excision or emendation* has removed all these [23 casos] from the pages of Ehwald and Ehwald-Lewy except 'strataque Cretaeam belua strauit humum' *(Her.* X, 106). Palmer *rightly* accepts here Bentley's 'planxit'»; así también en páginas 79 y sigs. para algunos casos como Ov. *F.* III, 363. Página 75: «vowels long... by position» (en vez de 'sílabas') nos parece una expresión incorrecta. La nota 5 de página 84 sospecho que (a partir de «Owen...») no corresponde a la llamada y debe ser de páginas atrás. En el estudio de la elisión echamos de menos la alusión a la posibilidad de monosílabo elidido en comienzo de verso (Pl. *Amph.* 384 *nam Amphitruonis*, Lucr. IV, 1204, *cum interea)*, siquiera fuera para afirmar (como es de creer) que no existe ningún caso en los elegíacos. Página 108, l. 2, errata de *(est)* en vez de *extat.* En fin, en página 112, número 3, decir que «it is likely that *fueram* derives from the combination of *fui* and *eram*», al menos suena mal (suele admitirse que proceda sí de la analogía de *ero/eram* sobre *fuero)*.

AGUSTÍN GARCÍA.

FRANCESCO DELLA CORTE.—*Da Sarsina a Roma.* Ricerche plautine. Pubblicazioni dell'Istituto Universitario di Magistero. Génova, 1952; 346 páginas.

Francesco della Corte ha escrito un nuevo estudio de conjunto sobre Plauto. Al decir «nuevo», no se quiere indicar solamente que sea un episodio más en la copiosa investigación plautina de los últimos

decenios, sino un trabajo con propósito innovador. Parece al autor que las numerosas indagaciones sobre Plauto se han polarizado en sequedad filológica, y han descuidado los aspectos propiamente literarios, y especialmente los estéticos. Predominan en estos estudios las cuestiones de crítica textual y los detalles externos de historia de las piezas, como su origen o su cronología, y, por otra parte, aun en estos aspectos se aceptan, por tradición o por inercia, tesis no comprobadas.

Della Corte trata de rehacer, según métodos personales, la biografía de Plauto, no por mera curiosidad anecdótica, sino como base para un mejor conocimiento de su obra. Esto le da ocasión para abarcar, panorámicamente, un ambiente y una época. Muestra cómo el umbro de modesta extracción, inmigrado en la capital, bien en concepto de cómico trashumante, bien como soldado de las fuerzas aliadas *(socius)*, bien como mercader, halló ocasión de ejercitar su aptitud y vocación literaria en la multiplicación de los juegos escénicos. Presenta a Plauto como fluctuante en ideología, al compás de los vaivenes de la política: primero, helenófilo y escipiónico; después, catoniano y un tanto xenófobo, con un espíritu de reacción nacionalista contra la penetración de la cultura griega, contra el lujo de importación, contra los *Graeculi*, la usura y las fiestas bacanales, unido todo ello a un cierto «menosprecio de corte y alabanza de aldea». Estas alternativas se explicarían por la conveniencia de no contradecir el pensar de los magistrados que, en cada caso, patrocinaban los juegos, y se verían estimuladas por la memoria de la persecución de que había sido objeto Nevio por parte de los Metelos, impresionante para un espíritu nada heroico como el de Plauto. De ahí infiere Della Corte que la actividad escénica de nuestro poeta debió de ejercerse en dos etapas: una, durante la segunda guerra púnica; otra, entre el consulado y la censura de Catón.

Aunque Della Corte se propone poner de relieve valores predominantemente literarios, no omite la indagación erudita; ensaya, en efecto, como otros, una datación, y trata de establecer, para cada obra de Plauto, las fuentes griegas; todo ello con dilatada copia de datos y con mesurada y penetrante crítica.

La evolución plautina, desde el puro *oficio* teatral hasta elevadas cimas estéticas, se opera, según Della Corte, a través de una serie de etapas que determinan diversos tipos de comedias. Esto no es afirmar que tales tipos se den con una sucesión cronológica rigurosa, pues el camino que sigue el perfeccionamiento artístico de Plauto no es rectilíneo, sino zigzagueante, y así como entre sus primeras producciones figuran obras maestras, hay entre las últimas comedias endebles; pero esto ocurre en muchos literatos de todas las épocas. Los grupos que, según el autor, señalan etapas evolutivas, son, de

mayor a menor simplicidad: 1) comedias de burla o escarnio *(Asinaria, Persa, Casina)*; 2) de aventuras, con tres subespecies: *a*) novelescas *(Mercator, Stichus, Mostellaria, Trinummus)*; *b*) de reconocimiento a anagnórisis *(Cistellaria, Poenulus, Curculio, Epidicus)*; *c*) de semejanzas o parecidos *(Menaechmi, Bacchides, Amphitruo)*; 3) caricaturescas o de figurón *(Pseudolus*, en la que el figurón no es el que da título a la obra, sino el leno Balión, *Truculentus, Miles)*, y 4) compuestas *(Aulularia, Captivi, Rudens)*. Cada comedia es objeto de un análisis, con criterio no sólo de erudito, sino de crítico teatral al uso moderno.

En su conjunto, el teatro plautino se presenta al autor como informado por una finalidad, en frase actual, *evasiva*: en una sociedad tan seria como la romana de la República, cargada de graves obligaciones militares, cívicas, morales, aquel teatro cumplía la misión, socialmente útil, de templar con una sonrisa serena la severidad del clima moral, y a la vez prefiguraba lo que había de ser, con el tiempo, la sociedad romana.

Della Corte no pretende imponer como incontrovertibles sus opiniones. Admite que otros pueden deducir de sus datos conclusiones distintas y aun opuestas. Nos place esta posición, no de agnosticismo, sino de modestia, es decir, de mesura, de conocimiento de la limitación de nuestro saber y de nuestros medios cognoscitivos en materia que no se impone con matemática evidencia; es oportuna esta nota de ponderación en campos y momentos en que las hipótesis más audaces se exponen y afirman con dogmática seguridad.

Cierran la obra unos excelentes índices, debidos a Carla Modica.

M. Marín y Peña.

Nils-Ola Nilsson.—*Metrische Stildifferenzen in den Satiren des Horaz*. Almquist § Wiksells Boktryckeri Ab Uppsala, 1952.

Hemos de confesar que pocos libros hemos empezado a leer más resignadamente que esta tesis de la profesora Nils-Ola Nilsson, con su amenazadora mención de la estadística en el comienzo. Aun en las primeras páginas se piensa que difícilmente el resultado podrá corresponder al meticuloso esfuerzo que realiza la autora. Pero pronto empieza a ceder esta prevención, cuando vemos ya en la primera estadística, sobre técnica de la elisión, que la presencia de este fenómeno de métrica más libre se da con mayor frecuencia, en el libro primero, en aquellas sátiras que tienen tono de diatriba (2.ª y 3.ª) o en la 9.ª, muy dialogada; mientras que se encuentra en menor escala en aquellas en que predomina el tono de discusión literaria (como la 4.ª y la 10.ª) o narrativo (como en la 5.ª o en la 8.ª), en tanto que en el

libro segundo, aunque está menos acusado el matiz estilístico, es, sin embargo, profundamente significativo el hecho de que la sátira 3.ª (de carácter de diatriba) tenga el mayor porcentaje, mientras que el más bajo está en la sátira 8.ª, estrictamente narrativa (pág. 9).

Estos primeros resultados captan al lector, que sigue ya con previsión de un resultado positivo el estudio de las distintas elisiones: de largas, de breves, de medias, tras de pausa (notable el hecho de que estas elisiones se encuentren en mayor número en I 9 y II 3, que se caracterizan por su mayor libertad métrica), para terminar esta primera parte con la indicación de la coincidencia de la abundancia de las elisiones fáciles con la menor frecuencia de elisiones, mientras que en aquellas sátiras de mayor porcentaje de elisiones se da también mayor número de elisiones difíciles (págs. 38-39).

La segunda parte *(Vers und Wort)* plantea los problemas referentes a la cesura. En ella es de especial relieve el estudio de los elementos de composición como sustitutivos de la cesura (en el que la autora propone la idea de que no se trata de verdaderas cesuras, sino de una atenuación de la ausencia de cesura), y el estudio de las preposiciones, que han de ser consideradas como elementos integrantes de la palabra siguiente en caso de ser monosilábicas o bisilábicas pírricas; pero que pueden tener independencia cuando se trata de preposiciones bisilábicas cuya primera sílaba es larga (el resumen de lo expuesto en las págs. 56-57).

Con todo ello, hasta ahora sólo hemos encontrado la indicación de un tono general que separa por un lado las sátiras con libertades métricas, y por otro, las sujetas a rigidez métrica; pero con el estudio siguiente plantea ya una casuística de la expresividad de los resultados motivados por la ausencia de cesura (así, 4 y 5 trocaico = repetición monótona, pág. 60; 4 y 5 larga, denotan cansancio, cfr. I 14; cesura trocaica sola da énfasis a la palabra situada en el cuarto pie, donde se esperaría cesura heptemímera: buen ejemplo de ello en *Od.* I, 28,15: *naturae verique / sed omnis una manet nox*, en la que indiscutiblemente la palabra *omnis* tiene un valor enfático). En lo resumido en la página 86 es curioso notar cómo las irregularidades de cesura se presentan más a menudo en las sátiras de mayor frecuencia de elisión. De los restantes capítulos de esta segunda parte (el monosílabo ante cesura, elisión en cesura, palabra espondaica en primer pie, estudio del final de verso) queda como muy destacable la última parte de éste referente a las terminaciones monosilábicas, con sus dos valorizaciones desde el punto de vista de la expresividad (o acentuación del prosaísmo o énfasis, pág. 118); terminando el capítulo, de nuevo, con el apostillamiento de la coincidencia de terminaciones irregulares y la frecuencia de elisión, con lo que las dos partes hasta ahora reseñadas del libro quedan perfectamente ligadas.

En la tercera parte, *Vers und Satz*, se plantea el interesante problema de la coincidencia de verso y frase. Dos principios (1.°, las interpunciones en final de verso tienden a destruir el ritmo y, por tanto, a dar al hexámetro un tono de conversación prosaica, págs. 132-33; 2.°, las puntuaciones en interior de verso dan a la poesía ligereza, mientras que las coincidentes con el final dan sensación de descanso y ponderación, pág. 138) dejan la situación preparada para un detallado estudio (pág. 144) de los *Enjambements* (no coincidencia de frase y ritmo). Frente a Büchner, que cree que sólo tiene expresividad lo que queda al principio del verso antes del punto, la autora piensa que la colocación de la palabra al final del verso detrás de punto se beneficia de un cierto énfasis (pág. 145), aunque admitiendo a veces la presencia en ese final de verso de palabras incoloras, en cuya colocación no puede suponerse otra intención que la de prosificar el ritmo. En contraposición a todo ello, señala (pág. 160) las posibilidades expresivas de los versos que coinciden con frases (tranquilidad y equilibrio, encuadre de imágenes parciales más libres, sentencias, títulos, verso final de sátira o período, interrogaciones de polémica retórica, aclaraciones programáticas, *pathos* pomposo).

El final es una detallada aplicación de estos resultados a cada una de las sátiras, con la que avala los principios establecidos a lo largo del libro y resumidos cuidadosamente en las tablas que lo completan.

El trabajo está tan meticulosamente pensado y elaborado, que en las ocasiones de discrepancias con otros autores (por ejemplo, con Heinze en la pág. 135, la ya citada con Büchner) es, a nuestro parecer, siempre más firme la posición de Nils-Ola Nilsson, que, por otra parte, aprovecha cuidadosamente los estudios de otros autores, superando generalmente sus resultados; tal es el caso de la inclusión de la aféresis de *et* y *est* en el estudio general de la elisión (págs. 5-8). Para preocupaciones extrañas a la estilística métrica que se propone la autora, nos parecen especialmente interesantes los resultados referentes a las preposiciones y a los preverbios, de que hacemos mención más arriba.

ANTONIO MAGARIÑOS.

BOAS, MARCUS.—*Disticha Catonis*. Recensuit et apparatu critico instruxit—Opus post Marci Boas mortem edendum curavit Henricus Johannes Botschuyver, 1952. North-Holland Publishing Company, Amsterdam; 303 páginas en 4.°

Aunque Boas dejó casi terminado este libro, el señor Botschuyver, su competentísimo editor, ha llenado las lagunas a que no alcanzó la última mano del autor. Estamos ante la primera edición crí-

tica de los *Dísticos*, en la que se enfrenta la tradición *Vulgata*, única conocida hasta tiempos muy recientes, con otra nueva tradición, contenida en un códice de Verona del siglo IX, y en otros manuscritos fragmentarios.

Por otra parte, Boas replantea el estudio de la *Vulgata*, en la que, por cierto, España está representada de manera importante con un manuscrito visigótico del siglo IX, que aporta algunas excelentes lecturas.

Y a todo ello se añade el capítulo de los incunables y de las ediciones desde el 1500. Anotemos aquí la presencia de Nebrija con una edición comentada (Granada, 1534), de sello personal, pues, según Boas, no depende de la de Erasmo, como tantas otras de los *Disticha*.

Otros interesantes apartados tratan de los manuscritos perdidos, de las ediciones comentadas, de los Florilegios y repertorios análogos, y, sobre todo, destaca el dedicado al acopio y crítica de los testimonios indirectos; entre ellos figuran San Eugenio y San Julián, de Toledo; San Eulogio y Alvaro de Córdoba.

En su edición, además del aparato crítico y de los testimonios indirectos, el autor de cada dístico nos hace el regalo de la sección que él llama de *Exempla et fontes;* esto es, de los pasajes de autores latinos en que se formula el mismo pensamiento de los dísticos, con mayor o menor semejanza de forma. Esta sección la consideramos muy interesante.

Es ésta una obra perfecta, y mientras nuevos códices no aporten novedades importantes, será el libro definitivo sobre el asunto.

Agradezcamos también un Index verborum y una Synopsis materiae.

J. VALLEJO.

J. H. WASZINK,—*Quinti Septimi Florentis Tertulliani «De Anima»* edited with introduction and commentary by.—J. M. Meulenhoff, Amsterdam 1947, X + 50* + 652 pp.

Ya con anterioridad había sido el *De anima* de Tertuliano objeto de las investigaciones de J. H. Waszink y fruto de las mismas fueron sus dos libros *Tertullian De Anima, mit Einleitung, Übersetzung und Kommentar* Amsterdam 1933 y el *Index Verborum et Locutionum quae Tertulliani De Anima Libro continentur* Bonn 1935. Más el voluminoso, pero denso libro a que ahora nos vamos a referir es una obra que, aunque aprovecha las dos anteriormente citadas, resulta absolutamente nueva y verdaderamente monumental.

Las 49* primeras páginas corresponden a la introducción, una ceñida y apretada introducción, repartida en media docena de ca-

pítulos. En el cap. I estudia W. las ediciones, traducciones y comentarios del *De anima*. Entre las ediciones de Tertuliano enumeradas por W. está la de La Cerda (París 1624-1630), aunque para decir que no hace autoridad, basada como está en la de Pamelius (Amberes 1579), y que las pocas conjeturas que La Cerda hace al *De anima* son enteramente incorrectas. El cap. II se refiere a la fecha del *De anima*, escrito, según demuestra W., entre 210 y 213, durante la persecución desencadenada en Africa por el procónsul Scapula. El contenido del cap. III está constituído por el estudio de los motivos por los cuales Tertuliano escribió el *De anima*, a saber: la controversia de Tertuliano con Hermógenes, pintor de profesión de origen oriental avecindado en Cartago, quien sostenía, basándose en la tesis de que la materia es eterna, que la *creatio ex nihilo* es imposible, y también negaba la inmortalidad del hombre. La definición que Tertuliano da del alma como *flatus factus ex spiritu, minor tamen spiritu* afirma W. que está en la línea de esta controversia, si bien muestra influencia de Ireneo y quizá de Filón (p. 14*). El cap. IV contiene el análisis sinóptico del *De anima*, capítulo que no sólo es útil como guía para la lectura del opúsculo tertulianeo, sino que es sobre todo una invitación a la lectura de este tratado, que, aparte el interés para conocer la doctrina de Tertuliano sobre el alma, resulta un verdadero documento para la historia de la filosofía antigua por irse pasando en él revista a las opiniones acerca del alma entre los filósofos antiguos (estóicos, platónicos, etc.). El más largo de los capítulos de la introducción (más de la mitad de ésta) es el cap. V. donde W. estudia las fuentes del *De anima*, entre las cuales destaca la importancia de los cuatro libros del Περὶ ψυχῆς de Sorano. El cap. VI y último, muy breve, se refiere a la influencia del *De anima* de Tertuliano, cuya huella se sigue en Novaciano, Arnobio, Lactancio, San Ambrosio, San Hilario y San Jerónimo.

El texto del *De anima* fijado por W. ocupa las páginas 1 a 80 y va provisto de un completísimo aparato crítico, habiendo sido colacionado por el propio W. el *Codex Agobardinus*, autoridad mayor para el *De anima*.

El denso comentario de W. ocupa más de 500 apretadas páginas (81 a 593). En el comentario, W. ha adoptado el procedimiento clásico, es decir, el comentario detallado de cada uno de los 58 capítulos del *De anima* va precedido por un esquema del contenido del capítulo y un estudio, sobre todo filosófico, del mismo. El comentario propiamente dicho se hace a continuación estudiando las frases o palabras interesantes en sus aspectos filosófico, filológico, gramatical y crítico-textual. El comentario tiene la enorme ventaja de que el texto se va haciendo diáfano a medida que se avanza en su lectura y que muestra la complejidad de los problemas planteados. Hemos de con-

fesar que, previa la lectura de la introducción, los aspectos filosóficos del *De anima* se aclaran, completan y perfilan a medida que se adentra uno en el comentario; pero la visión del esquema gramatical queda perdida en gran parte, sin bastar a conseguirla ni siquiera el manejo del índice gramatical y de palabras, que, aunque muy completo (páginas 638 a 650), no da idea del abundante, selecto e impresionante material embutido a lo largo del comentario ni tampoco una caracterización total de la lengua del *De anima*. Ello es sólo consecuencia de la propia esencia del comentario como forma—¡servidumbre y grandeza del comentario!—, pues para cada problema gramatical o léxico se tiene en cuenta la más completa bibliografía. Las pequeñas críticas a puntos gramaticales muy concretos que se nos han ocurrido a lo largo de la lectura del comentario renunciamos a traerlas aquí por ser pocas y de una ridícula cominería en comparación con lo monumental de este libro de consagrado especialista, hermosamente presentado y completado por cinco extensos índices que hacen cómodo su manejo. En resumen la obra que reseñamos es una contribución definitiva al esclarecimiento de las fuentes, contenido, gramática y fijación del texto del *De anima* de Tertuliano.

Nos queda añadir que la promesa hecha por W. en este libro (p. IX) de publicar el resultado de sus investigaciones sobre el uso de las «cláusulas» en esta obra de Tertuliano ha visto ya la luz («The technique of the clausula in Tertullian's *De anima*» *Vigiliae Christianae* IV 1950, 211-245). El resultado de este estudio queda resumido por W. en el sentido de que Tertuliano se veía en grave dificultad para usar las cláusulas métricas de la época clásica estando muy lejos de la práctica que en el manejo de las mismas tenía Arnobio. Además el hallazgo de cláusulas rítmicas en el *De anima* ha de explicarse considerándolas como imitaciones de cláusulas métricas, lo que demuestra que en tiempos de Tertualiano estaba en crisis la sensibilidad para la cantidad de las sílabas.

VIRGILIO BEJARANO.

M. TULLIUS CICERO.—*Pro Archia-Pro Murena*, ed. Alfred Klotz. —*De legibus*, ed. Konrat Ziegler. (Heidelberger Texte, Lateinische Reihe, 18 y 20. F. H. Kerle Verlag. Heidelberg, 1949 y 1950.)

Aunque pertenecientes a la misma serie, estas dos ediciones no son exactamente de la misma factura ni del mismo valor. La primera tiene introducciones sumamente breves, un texto latino tomado fundamentalmente de las ediciones teubnerianas (*Pro Archia*, Reis; *Pro Murena*, Kasten), salvo algunas innovaciones o lecturas de otros editores preferidas por el autor (que se indican en un registro al final

del libro); carece de notas críticas y lleva al final un índice de nombres propios con breves explicaciones reales. Este índice aparece también con mayor amplitud en la edición de Ziegler; pero ésta se distingue por ser una verdadera edición crítica, con buen aparato y muchas mejoras, en un texto tan necesitado de ellas; por lo demás, también la introducción de Ziegler es mucho más amplia e informativa (págs. 5-19).

Entre las lecturas preferidas por Klotz, observo las siguientes:

Pro Archia, 1: *pro[pe] suo iure*, corrección sugerida por Sternkopf, pero que no me parece acertada.

13: *hoc ideo*, en lugar de *hoc adeo* de los codices, me parece una corrección acertada de Klotz, superior al *hoc eo* de Lambinus y al *id eo* de Madvig.

16: *animadversionem*, que dan los códices, aparece respetado como en la edición de Gaffiot; pero creo que debe corregirse, y precisamente, con la mayoría de los editores, en *animi remissionem*; Gaffiot traduce *animadversio* por «occupation de l'esprit», lo que no pasa.

24: *nisi illa ars* no es, como dice el autor, la lectura de Gaffiot, pues éste da, con los códices, *nisi illi ars illa*; también aquí creo que hay que enmendar los códices; en mi edición de «Clásicos Emérita» (1940) adopté la conjetura de Navagero: *nisi Ilias illa*.

Pro Murena, 3: *a me uno*, conjetura de Lambinus, en vez de *a me universa*, que parece mejor; cfr. la edición de Marín Peña en «Clásicos Emérita» (1950), pág. 48.

8: *sic <existimo labores quos> susceperis* es otra posibilidad para llenar el lugar corrupto.

31: *victoriae... clarissimae* parece, desde luego, buena enmienda por *gratissimae*.

43: *spe m<agistratus> adipiscendi* quizá no presente grandes ventajas sobre la conjetura de Clark: *spe m<agistratum> a.*

51: *timebat <omnia* es quizá mejor, efectivamente, que *t. < nimium*.

La edición del *De legibus*, por Konrat Ziegler, no sólo es una edición crítica, sino que, en mi opinión, es la mejor edición crítica de ese diálogo ciceroniano. Sin infringir los límites prudenciales de respeto a la tradición manuscrita, reducida en este caso a tres códices, tan sólo y sus correcciones, Ziegler ha aportado a este desgraciado texto del *De legibus* notables mejoras, aparte las correcciones que él mismo insinúa en el aparato crítico, sin incorporarlas decididamente al texto. En una edición de este diálogo, con traducción, que he tenido que preparar para la serie de «Estudios Políticos» (1953), apunto mi personal adhesión o no a cada una de las mejoras introducidas o sugeridas por Ziegler; aquí me limitaré a señalar algún ejemplo.

De legibus, I 30: *Quodsi depravatio consuetudinum, si opinionum* varietas *non inbecillitatem animorum torqueret...* La unánime tradición manuscrita imponía *vanitas*, que todos los editores aceptaban; sin embargo, la corrección *varietas* (cfr. I 47: *sed perturbat nos opinionum varietas)* me parece acertada.

I 34: *Quintus. Tu vero iam perpauca scilicet <Attico>. Ex his his enim quae dixisti [Attico] videtur mihi...* Esta trasposición también me parece acertada.

I 50: *Continentes ergo et verecundi sunt ut bene audiant, et ut rumorem bonum colligant erubescunt? Pudet iam loqui de pudicitia ac me istorum philosophorum pudet† qui ullum iudicium vitare nisi vitio ipso mutatum putant†.* Ya el preferir la corrección *continentes* de Du Mesnil por *innocentes* que dan los códices, me parece innecesario. En segundo lugar, el *pudicitiam* o *pudetetiam* que dan los códices refleja, en mi opinión, una ditografía del posterior *pudet* y la palabra propia de ese lugar: *etiam (erubescunt etiam loqui)*. Así, pues, creo que la interrogación debe cerrarse detrás de *pudicitia*. Con *Ac* empieza una nueva oración, cuya dificultad está en el lugar que señalo entre cruces. Ziegler se abstiene de sanarlo. Como propuse en *AHDE*. 21/22, página 1274, creo que ese *locus corruptus* puede sanarse en esta forma: *Ac me istorum philosophorum pudet qui ullum vitium nisi notatum putant.* La lección *notatum* es la del códice Heinsianus.

II 14: *Plato... de re publica conscripsit idemque separatim de legibus [eius]*. La palabra no creo que deba ser eliminada como sugiere Ziegler, que invoca razones de cláusula. Parece evidente que, para Cicerón, las *leges*—tanto las suyas como las de Platón—son las de la república perfecta previamente establecida.

II 28: *[vincendi atque potiundi]*. La glosa señalada por Ziegler parece muy probable.

II 45: *vel hominum <di> vitiis vel subsidiis temporum <con>victus*. Parece también aceptable.

II 50: *isdemque ferias [hereditates] et caerimonias adscribendas putant*. Aquí creo preferible la solución de Mommsen: *[ferias]*.

II 69: *sereno... die*. Es un acierto, en lugar de *spero*.

III 42: *praest<abil>ius* es, en efecto, mejor que *praest<ant>ius*.

Si en este aspecto de las mejoras del texto el autor merece plácemes generales, no creo resulte tan de alabar su sistema de introducir en el texto mismo la cita de pasajes aludidos o de pasajes de Plutarco o de Lactancio que sirven para reconstruir el texto. Esto quizá tenga su sede más propia en el aparato de notas.

En la Introducción, Ziegler hace un buen estudio de la composición del *De legibus* (inclinándose por la opinión más verosímil de que Cicerón no llegó a concluir su obra), de las fuentes utilizadas por Cicerón, así como de la tradición manuscrita y de los editores.

Aunque es ése un texto en el que siempre caben esperar mejoras, pues quedan en él muchos pasajes corruptos y lecciones defectuosas, podemos decir que Konrat Ziegler tiene el mérito de ofrecernos una edición mejor que las anteriores y que puede contar con una vigencia bastante larga.

A. D'ORS.

M. TULLIUS CICERO, *Orator*. Textbearbeitung, Einleitung, kritischer Apparat, erklärendes Verzeichnis der Eigennamen und terminologische Übersicht von Dr. Otto Seel. Heidelberg, Kerle 1952.

En la colección Heidelberger Texte ha aparecido esta edición del *Orator*, excelentemente preparada en todas sus partes, pero en la que sobre todo destaca la luminosa exposición preliminar, eficaz utensilio, en su brevedad, para desbrozar el camino y penetrar en esta cosa tan difícil de comprender hoy que es la significación de la Retórica. Ante la cual las reacciones superficiales de un actualismo sobre todo ignorante han alcanzado tal preponderancia, que hasta ciertos especialistas se sienten inclinados a la ligereza de creer que en la Retórica no hubo nada serio, ni otra cosa que palabrería. Se trata en este caso de esa primera reacción del indocto, o del infante, ante lo que no comprende, de la risa, que con tanta frecuencia perdura, disfrazada de crítica y cerrando el paso a todo auténtico perfeccionamiento personal, en el *dilettante*. Y, sin embargo, como señala Seel, la protesta contra los abusos que se cometieron en nombre de la Retórica es tan antigua y tan fundada como ella misma. Ahora bien, en la actualidad, aun en círculos alejados del conocimiento de la Retórica, las cuestiones relativas a la palabra, a la comunicación artística por medio del lenguaje, han alcanzado un renovado interés; superada la fase de mecanización y compendiación, de reducción de la enseñanza del lenguaje al *essential*, se ha vuelto a ver en la palabra algo serio, trascendente y digno de celoso cultivo. Pero ninguna cultura se ha ocupado tanto como la grecorromana en investigar y penetrar cómo son las condiciones de la comunicación entre los hombres y qué es lo que sobre esa comunicación es susceptible de docencia, de *ars*. Y el conjunto de esos esfuerzos es precisamente lo que se llama Retórica, tal como se extiende desde la Sofística hasta Frontón (quizá fuera más exacto decir hasta Favorino y P. L. Filóstrato). Pero—añade Seel agudamente—los antiguos no se hicieron excesivas ilusiones sobre las posibilidades de la Retórica, ni se engañaron al asignar una parte a los dones propios y la otra a la enseñanza; y aun Cicerón se anticipó a Fausto en anteponer la sencillez y la pureza al más logrado artificio, y ello aun desde el punto de vista de la Re-

tórica. Y aquí Seel no ha visto que esto que él llama anticipación de Fausto por Cicerón se acerca mucho a una φιλοταπεινία y resulta mucho más notable como anticipación de la de San Pablo que de Goethe. A continuación señala Seel con acierto cómo en la actualidad sólo se consigue un lejano destello de aquella precisión con que los antiguos establecieron y sistematizaron qué es lo que *puede enseñarse* en el arte de la comunicación humana, citando una interesante observación de Hölderlin sobre la ausencia de enseñanza en la poesía moderna. Para ayudar a comprender la posición de Cicerón en la contienda entre asianismo y aticismo, hace Seel la observación de que el medio más seguro para distinguir entre el verdadero arte y el simple formalismo es precisamente el conocimiento de las condiciones formales de un buen estilo; cuanto mejor se conocen los perjuicios de la exclusividad de la Retórica (es decir, cuanto mejor se conoce la Retórica), mejor se está en condiciones de no caer inerme en sus redes; el conocimiento teórico de las técnicas del propio arte sirve a la vez para conocer en el ajeno si el formalismo de éste está de verdad subordinado a exigencias humanas o artísticas, o si no hay más que fachada y brillo exterior, hueco y engañoso; y la difusión de los conocimientos retóricos hizo disminuir el peligro de frívolo abuso en cuanto proporcionó a la parte más importante del público la inmunidad contra el engaño del efectismo. Y así, entre el estético embeleso del asianismo y el manierismo artificiosamente desértico del aticismo, Cicerón concibió el apasionado ensayo de volver a plantar en el suelo de la naturaleza lo que en las sutilezas y abstracciones de las escuelas se había convertido en doctrina formalista y fría, de tender entre *ars* y *vita* el puente de una síntesis flexible y creadora; una síntesis, añadiré, tan superior a los antagónicos rigores precedentes como la objetiva contemplación de cómo son las cosas lo es a la enunciación, absoluta y sentimental, de cómo deben ser (piénsese, por ejemplo, en la oposición a una poesía auténtica y reveladora por parte de una filosofía como la platónica paradójicamente sentimental, en su aisladora concha de espléndido racionalismo). Por eso el *Orator* viene en la producción ciceroniana después de los escritos filosóficos de inspiración platónica. Analiza Seel a continuación el problema del ciceronianismo de Cicerón, en relación con sus fuentes, y concluye encontrando la más alta expresión de su *humanitas* en ese certero enfoque y sentido de lo esencial, en ese interés por lo que tiene un valor durable y no sólo episódico o doctrinalmente controversial, y que puede ayudar a la ascensión desde lo meramente técnico y metódico hasta el encuentro comunicativo entre los hombres a través de la lengua; por ello es constante en Cicerón la interdependencia entre su *humanitas* y su preocupación por la lengua; también por eso la disposición de la materia en el *Orator* no

está determinada por una lógica rigurosa, sino por el tacto psicológico de una personalidad tan libre como la de Cicerón (y en esto estamos de acuerdo con Seel frente a Kroll).

El texto del *Orator* que nos da Seel constituye una interesante renovación del hasta ahora generalmente admitido, por la utilización y valoración de los *codices integri*, antes despreciados por su fecha tardía. Va dotado, en consecuencia, de un aparato crítico relativamente abundante que le habilita para servir de base a la investigación. Y así, por una parte, se ha dado en él cabida a lecturas evidentemente falsas, pero que permiten formar juicio sobre la tradición, y además en el texto se ha uniformado la ortografía para no sancionar inconsecuencias insuficientemente apoyadas o que aún siguen siendo problemas. He aquí unos pequeños reparos a lecturas elegidas por Seel: 50,168, *id enim exspectant omnes, ut verbis colligentur sententiae*. ¿Por qué admitir a toda costa la lectura del *Laudensis*, si no supone ninguna mejora sobre la del *Abrincensis*, apoyada ésta además por una cita de Gelio? 29, 100, *is est enim eloquens qui et humilia subtiliter et magna graviter et mediocria temperate potest dicere*. La lectura del *Abrincensis*, *alta*, aunque dudosa, no queda mejorada sustituyéndola por el *magna* del *Laudensis*, ni nos convence la insinuación de Seel sobre el *magna graviter* que aparece nueve líneas más abajo, puesto que en el primer caso hay oposición, claramente intencionada, con *humilia*, y en el segundo, con *parva;* 37, 130, *me ipsum paenitet quanta sint*. Aquí Seel ha adoptado la lectura de A, ya antes incorporada por Kroll; si embargo, el sentido gana evidentemente con la lectura de L *(me enim ipsum non paenitet)*, que tiene además la ventaja de estar apoyada por un escolio bobiense, como observó Reis, aunque desde luego este apoyo, por ser un simple comentario del escoliasta, no tiene ningún valor definitivo.

ANTONIO RUIZ DE ELVIRA.

M. T. CICERONIS, *Cato maior de Senectute liber*, curavit, praefatus est, adnotavitque Henricus François. Buenos Aires, 1951 (Univer idad de Buenos Aires, Instituto de Filología Clásica).

El Sr. Francois demuestra en esta edición del *Cato maior* que está al día de la bibliografía correspondiente y que es un editor notablemente cuidadoso. Por eso su libro es un buen trabajo, que prestará excelente servicio.

Además de una extensa Introducción, muy erudita, la edición lleva un comentario copioso de historia, geografía, arqueología, etc. Del comentario gramatical ha prescindido el autor deliberadamente.

J. V.

OLAF BLIXEN LERENA: *Catulo (traducción)*, apartado del número 7 de la Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias. Montevideo, 1952.

Señalemos esta traducción de buena parte de los primeros cuarenta y nueve poemas del libro de Catulo. La traducción es exacta y acompañada de notas eruditas que guían al lector. El traductor ha utilizado en su traducción poética diversos metros, con soltura y pulcritud: endecasílabos, como

¿A quién ofrezco este librito amable?...
Llora, Venus; llorad también, amores...

o bien dodecasílabos, también libres:

Nada nos importan las murmuraciones...

o alejandrinos o versos de dieciséis sílabas:

Desgraciado Catulo, basta de necedades...
Alfeno, desleal y falso con los amigos sinceros...

Se encuentran también para traducir sáficos endecasílabos libres seguidos de un heptasílabo. Y a veces, una grata resonancia académica lleva al traductor a emplear la silva, como en

Disolviendo los hielos,
retorna ya la tibia primavera...

La traducción se lee con gusto y podrá servir muy bien para despertar en los jóvenes la afición y el entusiasmo por nuestros estudios.

A. T.

ALEXANDER, WILLIAM H.—*Maius opus (Aeneid 7-12)*, University of California Publications in Classical Philology, Vol. 14, No. 5, páginas 193-214.

De dos partes consta el artículo que analizamos. En la primera se propone el autor defender los méritos de los seis últimos libros de la «Eneida», menospreciados en general por la crítica, en relación con los seis primeros, por numerosos motivos. Los argumentos que Alexander acumula en contra de tal estado de opinión no son todos igualmente convincentes, y tal vez lo sea en menor grado que los demás, a mi entender, el que justifica el título de su trabajo: *Maius opus*. Escribe, en efecto, Virgilio, al comienzo de la segunda mitad de la «Eneida» (VII, 44-45),

maior rerum mihi nascitur ordo,
maius opus moveo;

pero con esto, naturalmente, Virgilio sólo se refiere a la mayor importancia de la materia a tratar, lo que no autoriza a considerar los libros VII-XII, desde un punto de vista literario, como superiores a los precedentes. Y aun cuando Virgilio hubiera quedado más satisfecho de la segunda parte de la «Eneida», ¿es que el juicio que un autor emite sobre su propia obra coincide siempre con la sanción de la posteridad, que es, en definitiva, la encargada de consagrarla? La historia de la literatura nos muestra abundantes ejemplos que lo niegan. Mas esta objeción no resta méritos al artículo de Alexander, que abunda en otros aciertos, sobre todo en su segunda parte. Profundo conocedor de la obra de Virgilio, traza ante los ojos del lector, en ágiles pinceladas, una vista panorámica de toda la «Eneida», que le sirve de base para analizar sutilmente la figura de Eneas, de la que consigue una personal interpretación. Es de notar, sobre todo, su forma de entender el libro IV, distinta de la tradicional, pero que nos parece razonable. Creemos muy atinadas también sus agudas observaciones a propósito de otros interesantes personajes (Turnus, Pallas, Camilla), como asimismo su concepción del poema en conjunto. Añadamos a esto una gran fluidez y elegancia en la exposición, que hacen la lectura de este artículo francamente sabrosa.

JOSE LOPEZ CAÑETE.

GRIES, KONRAD.—*Constancy in Livy's Latinity;* New-York, 1949 (Queens College, Flushing, New-York).

En la página 4 de la Introducción de este libro leemos: it is not intended to deny... that there are indications that his usage changed in the course of the many years he devoted to his work. Al principio, esta afirmación parece contradecir el título del libro; pero ahora veremos cuál es el pensamiento exacto del autor.

Explica el señor Gries que su disconformidad con la idea tan extendida y corriente de que la lengua de Livio cambia, se refiere solamente a *la manera de exponer estos cambios y diferencias*. Y así, una de las cosas importantes que se propone demostrar es que el distinto aspecto que—según él mismo reconoce—presenta la lengua de Livio en las décadas 3.ª y 4.ª, no fué determinado por una servil imitación de la lengua ciceroniana. Aquí también el señor Gries tiene que hacer concesiones, pues admite que, efectivamente, Livio imitó a Cicerón; pero lo que no admite es que ésta sea una imitación servil.

Por otra parte, para el señor Gries los cambios que se observan son de muy poca importancia, puesto que «the language that Livy employed habitually, and believed himself to be employing, was indoubtedly that of the cultivated society of his own times» (pág. 7). Con esto podemos comprender mejor el significado del título de esta investigación; en pocas palabras, el autor viene a decir: hay cambios, pero menos de lo que se ha dicho, y explicables de modo distinto al corriente hasta ahora. Así, por ejemplo, en lo relativo al carácter de la lengua de Livio en la 1.ª década el autor se opone a la idea de Stacey y otros de que Livio imitó conscientemente modelos poéticos.

En este primer capítulo—introductorio—, el señor Gries se extiende en ciertas consideraciones generales lingüísticas que estimamos de poca fuerza, debido ello a la pasión polémica, quizá extremada, que le anima, y que se deja sentir en todo el curso del libro; así, verbigracia, dudo que convenza cuando afirma que «tenemos positiva evidencia de que en la Roma de Livio no había idea de la existencia de un lenguaje poético impropio de la prosa» (pág. 10).

Como fruto de su investigación, el autor anuncia al final del mismo capítulo la averiguación de que «las particularidades de lenguaje de la 1.ª década deberán ser atribuídas a las peculiares exigencias de su contenido, y que su desaparición en los libros siguientes se debió, en parte, a la mayor historicidad de estos libros; en parte, también, a la probablemente deliberada eliminación de «overused phraseology» (pág. 16).

¿Peculiares exigencias de unos libros de *menos historicidad?* Esto no quiere decir, como podría uno suponer a primera vista, que se aluda a un fondo y a un lenguaje poéticos, no; para el señor Gries es un lenguaje especial, elevado, pero no necesariamente poético. Y esto es lo que se propone demostrar en la segunda parte de su libro, dejando para una tercera el probar también que no puede hablarse de un carácter marcadamente ciceroniano de las décadas 3.ª y 4.ª, en contraste con la 1.ª.

* * *

El trabajo del señor Gries cobra aquí verdadero interés. La detallada investigación muestra en numerosos casos que no hay razón para señalar el carácter poético de tal o cual palabra o expresión, y en otros casos, que la diferencia establecida en la frecuencia de uso entre la 1.ª década y la 3.ª y 4.ª no es exacta. Este resultado es una evidente y utilísima adquisición que la filología latina deberá al señor Gries.

Pero ello no quita que también en muchos casos tengamos que discrepar de su método y de sus afirmaciones. Véase, por ejemplo, el

párrafo dedicado a *ergo;* Stacey dió estas cifras de empleo (para el primer lugar de la frase): 1.ª década, 15; 3.ª, 3; 4.ª, 0. El señor Gries dice: «Si distribuímos los libros de otra manera, las cifras cambian: libros 1-5, 10 ejemplos; 6-30, 7 ejemplos; 31-45, 0. Conclusión: no hay, prácticamente, diferencia entre primeros libros y los libros de la 3.ª década.» El lector juzgará de este método, y su sorpresa aumentará recordando que el propio autor reconoce que la 1.ª década, en general, tiene rasgos especiales de lenguaje, lo que legitima el poder formar con ella un grupo, y por otra parte, en el caso concreto de *ergo*, en poesía es más frecuente que en prosa su empleo en el primer lugar de la frase.

También se puede citar como otro ejemplo el artículo *gradus;* para sacar una estadística que invalide la de Stacey, el señor Gries recurre a añadir ejemplos del vocablo con empleos diferentes del considerado por Stacey. En otros casos, el ardor polémico lleva al autor a no presentar los hechos en la debida integridad; por ejemplo, en el artículo *modis*, empleado por el singular *modo*, los datos que se ofrecen nos convencen, efectivamente, contra Stacey de que tal uso no es poético ni es más frecuente en la 1.ª década. En cambio, omite el señor Gries hacer constar que la expresión *miris modis* es muy usada en la poesía y sólo se encuentra en la 1.ª década.

Es lástima que semejante apasionamiento ponga estos lunares en tan utilísimo trabajo. No sería difícil añadir bastantes reparos más como los señalados (por ejemplo, los artículos *horridus, mergere, nati, inter, obniti, occidione, occidere, percellere, quippe)*. Con todo, después de examinado este capítulo, hay que conceder a su autor que la 1.ª década, en comparación con lo demás, es mucho menos poética y mucho menos diferente de lo que se venía diciendo hasta ahora.

* * *

En la parte tercera se propone demostrar el autor que la lengua de las décadas 3.ª y 4.ª tiene un carácter esencialmente no clásico, y que, por tanto, no es cierto que Livio, cambiando de criterio, se propusiera en ellos imitar la lengua de Cicerón.

Lo que hemos dicho del apartado anterior vale igualmente para éste. El paciente y meritorio estudio del señor Gries nos prueba que la diferencia entre las décadas 1.ª y las otras es mucho menor de lo que se afirma corrientemente, y que no hay tal predominio de imitación ciceroniana en las décadas 3.ª y 4.ª que las caracterice netamente como opuestas a una 1.ª de lenguaje poético.

Esto sentado y reconocido, es lástima que también aquí el autor extreme innecesariamente su tesis, forzando a veces las cosas y

echando sombras sobre su investigación; así nos parece, por ejemplo, en las rúbricas *infitias ire*, *itaque* y *namque*, *ad ultimum* y *ad postremum*, *mortales* (= *homines*), etc., donde se advierte un contraste, más o menos acentuado, entre los dos grupos de libros. Para sacar triunfante su idea, en ocasiones, el señor Gries aumenta o rebaja las cifras de empleo, pero recurriendo a buscar diferencias de matices en el significado de las palabras.

Con estas salvedades, se puede afirmar que el señor Gries ha llevado a cabo una investigación que habrá que tener siempre delante cuando se estudie o comente a Livio, y una investigación, además, utilísima para la lexicografía y la estilística latinas.

J. VALLEJO.

CORNELIVS TACITVS.—*Agricola-Germania-Dialogus de Oratoribus*. Textt u. Namenverzeichnis von Dr. Hans Haas. Einleitung von Dr. Karl Meister. Heidelberg, 1949. F. H. Kerle Verlag.

La colección de textos clásicos de Heidelberg nos presenta una nueva edición de las Obras Menores de Tácito. El núcleo de ella está constituído por texto puro, sin notas ni aparato crítico. El establecimiento de este texto se debe al profesor Hans Haas, y se funda en el de la edición Halm-Andresen Köstermann (Leipzig, Teubner, 1936); sepárase de ella en una treintena de lecciones; estas variantes, con indicación de su respectivo origen, se indican en nota final; ninguna es conjetura original del autor.

Precede una introducción, sobria y erudita, del profesor Karl Meister. Después de unas notas previas, sintéticas y exactas, sobre la tradición textual de las tres obras, sigue un prefacio para cada una de ellas, distinto en extensión y estructura; más amplio el de la *Germania* y sistematizado en pequeños capítulos, mientras que los otros aparecen indivisos.

Meister considera el *Agricola* como una biografía, aunque reconoce que su parte media no encaja del todo en las características habituales del género. Como otros (Anderson, por ejemplo), supone que la motivación psicológica del brusco relevo de *Agricola* no es, tal vez, la pretendida hostilidad de Domiciano, sino la necesidad de atender a las fronteras orientales, sin comprometer las fuerzas del Imperio en la empresa británica.

La *Germania* es tratada con especial y patriótico afecto. Meister plantea la cuestión de su calificación literaria sin pronunciarse sobre si es una monografía o un *excursus* de las historias, e insiste principalmente en los matices especiales que da a la obra el hecho de considerar a los germanos, como a su tierra y sus instituciones, a través del

prisma romano. Cuestiones como las fuentes o la originalidad de la *Germania* aparecen tratadas dentro de la línea tradicional que tiene su exponente, por ejemplo, en Schanz-Hosius.

Apenas se plantea Meister el problema de la autenticidad del *Dialogus de Oratoribus;* señala la ausencia del nombre del autor en la copia del inventario de Hersfeld; pero no halla motivo para dudar de la genuinidad del Diálogo, que es de la época de Tácito, coincide con lo que se sabe de su vida y de su ideario, y no choca demasiado con el lenguaje de las obras de segura atribución; argumentos no concluyentes, en verdad, pero no demasiado inferiores en vigor persuasivo a los de la tesis contraria.

El doctor Haas ha redactado para esta edición un extenso y útil índice onomástico, común a las tres obras. Completan el libro una bibliografía muy sucinta, por no decir algo pobre; dos mapas y un índice de sincronismos. Ciertos detalles tipográficos facilitan el uso; así, el destacar con espaciado, en el *Diálogo*, las ideas importantes, o el escribir en versales los nombres de los interlocutores. En suma, una edición excelente para el uso escolar, y no sin utilidad para los eruditos.

M. Marín y Peña.

Cornelius Tacitvs.—*Germania.* Text u. Namenverzeichnis von Dr. Hans Haas. Einleitung von Dr. Karl Meister. Mit einer Karte von Dr. Richard v. Kienle. Heidelberg, 1952. F. H. Kerle Verlag.

Los *Heidelberger Texte* ofrecen una nueva edición de la *Germania*, debida a los mismos eruditos que editaron en 1949 las tres Obras menores de Tácito. La introducción, como en la anterior edición, debida a Karl Meister, sigue la misma línea, con más extensión y detalle. El texto, establecido por Hans Haas, se funda en el de la última edición teubneriana de Köstermann, de 1949. Esta vez, el apéndice crítico no señala las discrepancias con la edición de Teubner, sino con el Codex Hersfeldensis, para lo cual se ha utilizado el aparato de Köstermann. En cuanto a los casos en que el texto de Haas se aparta del fijado por el propio Köstermann, anotamos los siguientes: en 4, 1 se acepta la supresión de *aliis*, propuesta por Justo Lipsio; en 13, 2 se prefiere *ceteri*, del propio Lipsio, a *ceterum*, conjetura de Köstermann; en 17, 2 se admite *superiorem*, conjetura de Voss y Pasquali, frente al *superioris* de los códices; en 30, 2 se propone la adición de *peditum* después de *velocitas*, y esta conjetura, debida al prologuista Meister, es la única original de esta edición; en 38, 2 se incorpora *retorquent*, de Madvig, en lugar de *retro sequuntur* de los manuscritos, y en 40, 4 se propone *vestis* en lugar de *vestes*. Las escasas modifica-

ciones son, pues, salvo en un caso, opción entre hipótesis existentes y autorizadas.

Como en la de las tres obras, concluye esta edición con un índice onomástico, relativamente extenso, y un mapa.

M. MARÍN Y PEÑA.

D. Iunius Iuuenalis. Saturae mit kritischem Apparat, hgg. von U. Knoche. Munich, M. Hueber, 1950 (Das Wort der Antike II), 192 páginas.

Una nueva colección de textos acaba de iniciar la editorial Max Hueber, de Munich, ya conocida por sus actividades anteriores en el campo de la Filología clásica. *Das Work der Antike* es tanto lugar de cita de nuevas ediciones como de renovadas traducciones que aspiran a poner el espíritu del mundo postclásico y prescristiano al alcance de todos. Un primer volumen ofreció el *De brevitate vitae* de Séneca, junto con traducción alemana por H. Dahlmann; el segundo es el que reseñamos en estas líneas, y ya se anuncia un tercero, que debe presentar cuanto conservamos de Menandro, y cuya edición corre a cargo de E. Vüst.

La dificultad de Juvenal es bien conocida, sin necesidad de adentrarse en los problemas textuales del gran satírico. Su tradición está de tal manera viciada por interpolaciones, glosas intercaladas en forma de versos, etc., que resulta de evidente complejidad su simple lectura. Quizá alguna razón remonte al propio autor, pero no podemos tener de ello certeza; la verdad, sí, es que casi todas estas alteraciones son muy antiguas. Cito solamente un hecho cualquiera: en 15, 7, la tradición es unánime en ofrecer la lección *caeruleos* por *aeluros;* como la lección que debe ser original no aparece testimoniada en los manuscritos, las discusiones han sido largas y abundantes sobre el pasaje, lo cual nada tiene de extraño sabiendo que la lectura falsa ya la transmite el fragmento Bobbiense del siglo IV-V, y que aparece también en el texto español, atribuído a Julián de Toledo, *De vitiis et figuris*, ed. Lindsay, 5, 27.

A esta dificultad se une el hecho de ser Juvenal uno de los autores mejor conservados en número de manuscritos, de los que enumera el autor casi 200 de todas las bibliotecas del mundo; y antiguos, ya que los hay completos del siglo IX, noticia nada chocante, habida cuenta de que casi todos los monasterios medievales tenían un códice de este autor.

Sin embargo, nadie mejor que el profesor Knoche para emprender tan singular revisión del texto juvenaliano. Sus estudios sobre la tra-

dición de este escritor habían dado ya lugar a unos voluminosos trabajos, aparecidos el primero en 1927, en Berlín, y el segundo y definitivo en 1943, como suplemento a *Philologus*. Allá estudia al detalle todos y cada uno de los problemas textuales de Juvenal. Posteriormente, aun a pesar de la guerra, pudo continuar sus colaciones y la labor de fijación de texto, que resulta muy conservador, en especial en comparación con la edición más reciente, la debida a Housman, a su vez muy mejorada respecto a las anteriores. El editor ha tenido bien en cuenta que no todo lo que un crítico actual encuentra como fuera de lugar lo está en realidad, y de acuerdo con este principio se esfuerza en mantener lo más posible del texto transmitido. Este, cuidadosamente presentado, con un formidable y al mismo tiempo claro aparato crítico, resulta un verdadero modelo para cualquier edición. Sin erratas—se observa y adivina el cuidado exquisito en la corrección de pruebas—, es además nítido y elegante. La historia de las conjeturas es sobria, y muestra el interés y respeto a que antes aludí por el texto recepto.

No voy a hacer ni detalle de las novedades de esta edición, porque sería muy prolijo, ni puedo fácilmente criticar posiciones que han sido abundantemente pensadas. Señalo en 1, 64 el mantenimiento de la lección *quadruvio* de los mejores manuscritos, frente al *quadrivio* de vulg. y editores; interesante esta lectura, porque la forma, que pervive en it. «carrobio» y se lee en muchas inscripciones, no ha tenido entrada en la literatura, a pesar de que aparece en el códice Sangermanensis de Catulo. En algunos casos no se ve bien claro el deseo de eliminar versos, o no parecen demasiado concluyentes las pruebas que aduce, por ejemplo, en 1, 144-5. En algún pasaje me parece que sería preferible mantener la puntuación defendida por W. Christ *(Sitz.-b. Ak. Wien*, Phil.-hist. Kl. 1897), como en 3, 181.

La edición abarca, como he indicado ya, un repertorio de los manuscritos que el editor conoce de Juvenal, indicando cuáles ha colacionado personalmente, y un sistema de siglas para la preparación del aparato crítico. Cierra el precioso volumen un índice de nombres. Ahora, con la base de esta magnífica edición, es de esperar que alguien nos dé un buen estudio de su latinidad, la cual, a su vez, habrá de contribuir notablemente a la crítica del texto.

No podemos por menos de felicitarnos de la aparición de una edición tan esmerada y tan completa, cuyo aparato sobrepasa en mucho a la mejor existente en la actualidad, la segunda edición de Housman. Y estos plácemes han de extenderse a la editorial que ha logrado tal claridad y perfección tipográfica. Al mismo tiempo que esta edición, ha aparecido una traducción rítmica al alemán, hecha por el mismo Knoche, con abundantes y valiosas aclaraciones. Sin

duda, la ciencia alemana lucha ventajosamente para reintegrarse a la primera fila de los estudios filológicos.

M. C. DÍAZ Y DÍAZ.

GROAG, E., y STEIN, A.—*Prosopographia Imperii Romani Saec.* I, II, III. Pars IV, fasciculus 1. Berolini, MCMLII.

Después de varios años de interrupción, debida a la segunda conflagración mundial, se reanuda la publicación de la *Prosopographia Imperii Romani* con el presente fascículo, que inicia la cuarta parte de la citada obra, bajo los auspicios de la *Academia Litterarum Germanica*, de Berlín.

Este primer fascículo de la cuarta parte consta de XI + 43 páginas. En el prefacio se nos cuentan las vicisitudes por que hubo de pasar su elaboración. Sus autores son Groag y Stein, a quienes se deben también las tres primeras partes de la obra; pero muertos ambos prematuramente, hubo de encargarse de la publicación del presente fascículo, después de realizar algunas correcciones, J. Stroux.

Este fascículo abarca la letra *g* y comprende, por tanto, aquellos personajes del mundo romano cuyo nombre empieza por dicha letra *(Gabba-Gynnis)*, ordenados por riguroso orden alfabético y en número de 230. Cada nombre va acompañado de todos aquellos datos referentes a la vida y actividades del personaje en cuestión, así como de todas aquellas noticias que pueden contribuir a su mejor identificación. En esta serie onomástica figuran los nombres de personajes tan sugestivos como Gayo, el famoso jurisconsulto romano de la época de Adriano, autor de los cuatro libros de Instituciones; Galeno, el médico celebérrimo; Aulo Gelio, el ilustre escritor romano del siglo II, autor de las famosas *Noctes Atticae;* Gotarzes, rey de los partos, etc.

La presente obra, una vez terminada, constituirá un arsenal inagotable de información para todo cultivador de la ciencia de la Antigüedad clásica en cualquiera de sus ramas, pero especialmente de la Epigrafía, de la Historia y la Literatura.

J. F. POMAR.

VECCHI, G.—*Studi Salvianei*, I (Studi publicati dall'Istituto di Filologia Classica. Università degli Studi di Bologna). Bologna, Zuffi, 1951.

Es éste el primero de tres estudios del autor sobre Salviano de Marsella, y está dedicado a la completa colación de variantes con nuevos materiales descubiertos; de suerte que quedan establecidas las

bases para una nueva edición, crítica y totalmente renovada de la obra salvianea.

De esta parte no hay más que decir sino que es un estudio concienzudo y sin reparo en la cuestión de método.

Esperamos con más interés aún los otros dos estudios: las leyes retóricas seguidas por Salviano y la corrección de numerosos pasajes del texto a la luz de las nuevas lecturas y del conocimiento de las cláusulas métricas de Salviano.

J. V.

CAVALLIN, SAM.—*Vitae Sanctorum Honorati et Hilarii Episcoporum Arelatensium.* Recensuit—(Skrifter Utgina av Vetenskaps-Societeten i Lund. Publications of the New Society of Letters at Lund, 40). Lund, Gleerup, 1952.

A base de un nuevo códice del siglo XI, el señor Cavallin ha compuesto un hermoso libro con ese sello tan característico de las publicaciones filológicas escandinavas. El códice en cuestión contiene, entre otras cosas menos importantes, tres Vidas de Santos, compuestas en un espacio de ciento veinte años, en la misma ciudad o región, «y muy a propósito, por tanto, para mostrarnos interesantes cambios ya en el género hagiográfico, ya en la latinidad».

De las tres Vidas, el señor Cavallin sólo edita dos en este libro, porque el padre Morín había publicado ya la tercera, la *Vita Caesarii*. No obstante, nuestro autor ha incluído el léxico de esta última en el léxico general de su obra, con objeto de que los estudiosos del Latín tardío encuentren reunido el vocabulario de las dichas tres obras, «tan relacionadas en tiempo y lugar».

El señor Cavallin, que ha llevado a cabo un estudio a fondo de las cláusulas oratorias de los textos que edita, ha ideado un ingenioso sistema de puntuación para poner de manifiesto tipográficamente la presencia y modalidad de tales cláusulas.

Las dos Vidas editadas son: *De Sermone Hilarii de Vita Honorati* y *De Vita Hilarii*. Esta segunda figura atribuída a un Reverentius Ravennium; pero el señor Cavallin nos razona muy bien su convicción de que esta atribución no pasa de ser simple conjetura de un copista, y su creencia de que el verdadero autor fué un Honorato, obispo más tarde de Marsella.

La primera *Vida* la fecha el autor hacia 430, y la segunda, el 475. No necesitamos ponderar el excelente material de Latín tardío que el señor Cavallin pone a disposición de los filólogos.

La edición propiamente de los textos va precedida de irreprochables estudios sobre manuscritos, ediciones, etc.

J. VALLEJO.

LOUIS KUKENHEIM.—*Contributions à l'Histoire de la Grammaire grecque, latine et hébraïque à l'Epoque de la Renaissance.* Leiden, 1951; X + 144 páginas.

El autor ha compuesto este estudio como complementario de su tesis sobre *Histoire de la Grammaire italienne, espagnole et française à l'époque de la Renaissance.* Aunque no se ha hecho exposición conjunta (por los motivos de claridad que en la introducción se exponen), sino por tres capítulos sucesivos, algunas observaciones en la introducción (1-6), en la «Conclusión general» (130-133) y en otros puntos nos dejan hacernos una idea de la ambición renacentista hacia el *homo trilinguis* y de las influencias mutuas que de la Gramática hebrea sobre las clásicas y mucho más a la inversa, se cruzaron. Repetidamente se cree el autor obligado a disculpar la humildad y estrechez del tema elegido (págs. IX y 133): «Je suis convaincu qu'il est plus important de faire progresser une science que d'en faire l'historique. Et, pourtant, peut-on prétendre que celui-ci n'aide jamais à la progression?», «n'est-il pas intéressant et utile de se donner à soi-même, fût-ce en de très petites choses, le spectacle de l'esprit humain cheminant avec difficulté pour atteindre à un but idéal, proclamant hautement que les prédecesseurs étaient des ignorants et, tout en prétendant faire mieux, tombant dans les mêmes erreurs?» Ciertamente, estos saludables efectos se desprenden del libro de M. Kukenheim, y acierta también a corregir con algunos puntos de vista generales, que señalaremos, y que más de una vez suele hacer resaltar, estereotipadas visiones acerca del Renacimiento y la historia de la Gramática. Lástima que, sin duda, una composición demasiado presurosa del libro no haya dejado al autor estudiar con más detenimiento muchos de los textos que cita («nous avons ouvert—quelquefois à coup de canif—certains ouvrages n'ayant jamais été consultés», confiesa él mismo), tarea—es verdad—que apenas puede concebirse que esté dentro de la capacidad de sacrificio de ningún filólogo; y, al menos, que le haya impedido limpiar su libro de las ligeras incorrecciones que también abajo notaremos. Suele ser justo en las valoraciones de los gramáticos (aunque algunas y en algunos puntos, siendo evidente la superficial consulta de parte de los libros, corran peligro de ser algo improvisadas) y nos satisface comprobar que a los españoles (aunque esto, en realidad, se refiera casi exclusivamente a Nebrija y a Alfonso de Zamora) los conoce y aprecia en todo su merecimiento.

Pone el autor el límite de sus investigaciones por el año 1540, la fecha «où l'intérêt se concentre sur les controverses théologiques» y excluye cuestiones métricas o no estrictamente gramaticales. En cada uno de los tres estudios dedica sendos parágrafos a las cuestiones de

presentación del libro de Gramática, escritura y pronunciación, partes de la oración, cuestiones escogidas de morfología nominal y verbal, formación de paradigmas, terminología, concepción y división de la Gramática, teorías sobre origen y desarrollo de las lenguas, cerrando con algunas notas sobre las fuentes y una conclusión parcial. Sin criticar la selección de cuestiones, que nos parece bastante acertada, ni la manera asistemática de tratarlas, que a veces agrada y otras no satisface, así como que las citas en nota no están regidas en su colocación ni naturaleza por ningún principio regular, limitémonos a mencionar en primer lugar algunos puntos interesantes que expresos o implícitos se desprenden de la lectura. Dedicarse al griego o al hebreo era para los primeros humanistas un gran atrevimiento frente al seguro riesgo de ser tenido por hereje o por judío.—Se hacen notar los grandes progresos del arte de la imprenta desde 1493 (casi apegado aún a los manuscritos) a 1530.—La distinción muy vacilante y hasta muy tarde en cosa, al parecer, tan clara como las partes de la oración (ὅ considerada como artículo, diferencia no alcanzada en la época que el autor estudia entre artículo y relativo, etc.), y en otros temas, impulsa a desconfiar más cada vez de las actuales divisiones y denominaciones de la Sintaxis todavía.—El Renacimiento está muy lejos en Gramática de haber sido todo lo que pretendía: de un lado, el apego a los antiguos; de otro, la escolástica, siguen estorbando casi todo progreso. Muchos de los defectos que los humanistas escarnecen en los medievales, ellos mismos los siguen cometiendo.—Por otra parte, la Gramática (la latina especialmente) sigue siendo una hija de la Retórica.—Recoge el autor la aguda paradoja de Bodmer, *The Loom of Language*, 1946, de que el momento en que realmente muere el latín, es aquel en que los humanistas lo reviven.—Con razón se advierte que las etimologías ridículas del tipo *caro data uermibus* tienen mucho de broma en los mismos que las inventan.—«La Renaissance des lettres ne changea pas complétement l'enseignement grammatical»; sí puso, desde luego, los gérmenes que sólo en el pasado y presente siglo se pueden decir desarrollados.—Sin duda puede hablarse también de un Renacimiento hebreo por los mismos años. No es de desechar la hipótesis de que fuera también la gramática griega (Dionisio Tracio) la que, a través acaso del sirio, diera el primer impulso a la creación de la gramática hebrea misma y aun de la masora.

Finalmente, señalemos a la atención del señor Kukenheim algunos descuidos, sin mayor importancia casi todos, o alguna llamativa errata. P. 16 ll. 11 s., la observación sobre el acento de *philosophia* en penúltima no se refiere, sin duda, a la pronunciación del griego (donde es la pronunciación de las escuelas actuales), sino a la latina de palabras griegas. P. 17 ll. 2 ss. De ningún modo puede decirse que afirmar Erasmo que la η esté como vocal intermedia entre *a* y *é* sea

«conformément à ce qu'enseignent les théories modernes». P. 23 l. 6 de abajo, κύριον, no κύριου. P. 24 l. 6 de abajo, *aequisyllaba*—creo—, no *aequesyllabae*. P. 27 l. 18, τίθημι, no τίθημαι. P. 31, n. 2 l. 2, τέτροφα, no τέτρεφα. P. 33 ll. 7 ss., «le plus-que-parfait ne porte jamais (en el paradigma renacentista) la terminaison -η, mais -ειν, qui était usuelle dans le grec postclassique» (?). P. 41 ll, 16 ss., que no tuvieran los renacentistas idea de la caída de -σ- entre vocales es tan natural (dado que no conocían ninguna forma con tal -σ- conservada), que no debe hacerse resaltar así. P. 46 ll. 3 ss. y n. creo que el pasaje de San Gregorio Magno *non metacismi collisionem fugio, non barbarismi confusionem deuito, situs motusque et praepositionum casus seruare contemno, quia indignum uehementer existimo, ut uerba caelestis oraculi restringam sub regulis Donati*, indica respeto para el verbo divino, no para el latín. P. 56, n. 2 l. 3, *emetiri*, no *emitiri*. P. 62 ll. 8 ss. de abajo: la burla sobre la advertencia de Kemener de que «les noms de la cinquième dáclinaison manquent de génitifs, de datifs et d'ablatifs, sauf *res, species, dies* et quelques autıes» está muy lejos de ser merecida. P. 79 ll. 5 ss., no es cierto que «nous tenons» el *De Differentiis et Societatibus Graeci Latinique Verbi* de Macrobio (los frs. incluso son escasísimos). P. 80 l. 6 de abajo, *laedens*—creo—, no *ledens*. P. 88, n. 3 l. 5, *recepisse*, no *recipisse*. P. 98: a pesar de la afirmación del autor, no colocar los puntos en los textos hebreos es, en un libro como éste, no destinado a iniciados solamente, inconveniente grave. P. 123, n. 1 l. 2, la transcripción es—si no me engaño—, *yākwom*. P. 132, n. 2 ll. 4 ss., ¿qué quiere decir que en las tendencias sintácticas actuales «les 'pronoms' se trouvent réduits de la moitiée, les formes variables étant considerées comme adjectifs?»

AGUSTÍN GARCÍA.

Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez Pelayo, dirigida por A. González Palencia (†). L-LIII. *Bibliografía hispano-latina clásica*, edición preparada por E. Sánchez Reyes. VII-IX (Hostio-Vitruvio) y X (Miscelánea). C. S. I. C. Madrid, 1951-1953. Cuatro tomos en 4.°, de 422, 397, 367 y 459 páginas, respectivamente.

He aquí los cuatro últimos tomos de la tan esperada *Bibliografía*, de cuyos seis primeros hicimos la oportuna reseña en EMERITA XIX 1951, 380-383. En el VII-VIII tenemos las papeletas hasta ahora inéditas correspondientes a Hostio, Jornandes, Justiniano, Justino, Juvenal, Laberio, Léntulo, Clodio Licinio, Publio Licinio Imbrex, Lucio Porcio Licinio, Cayo Licinio Macer, Livio Andrónico, Tito Livio, Lucano, Lucilio, Lucrecio, Lutacio, Macro, Macrobio, Manilio, Marcial, Matio, Maximiano, Mecenas, Mela, Memmio, Nepote, Nevio, No-

nio, Novio, Ovidio (147 papeletas), Pacuvio, Paladio, Pentadio, Persio, Petronio, Plauto (con la traducción íntegra de los *Cautivos* hecha por don Marcelino y representada por los alumnos de Filosofía y Letras), Quintiliano, Salustio (con la versión de los fragmentos hecha también por Menéndez Pelayo), Sempronio, Lucio Anneo Séneca, Marco Anneo Séneca, Septimio, Silio Itálico, Sisenna, Solino, Sorano, Suetonio, Sulpicio, Tácito (con el prólogo a la edición de los *Anales* de la Biblioteca Clásica), Terenciano, Terencio, Tibulo, Ticidas, Titinio, Trabeas, Turpilio, Valerio Edituo, Valerio Flaco, Valerio Máximo, Varrón, Varrón de Atax, Vegecio, Veleyo Patérculo, Verrio Flaco y Virgilio, que solamente para la *Eneida* toma más de doscientas páginas, incluído el prólogo sobre *Traductores españoles de la «Eneida»* que puso el gran filólogo a la traducción de Miguel Antonio Caro.

El IX sigue con las *Bucólicas* y *Geórgicas* de Virgilio (otras 330 páginas, incluídos el prólogo a la traducción de las *Geórgicas* del duque de Villahermosa; el estudio preliminar del volumen de las *Eglogas* y *Geórgicas* de la Biblioteca Clásica, y las apostillas autógrafas a las traducciones virgilianas de Fray Luis de León escritas por don Marcelino al margen de la edición del padre Merino y publicadas en su tiempo por Artigas) y termina con Vitruvio. A continuación se nos dan las apostillas marginales puestas por Menéndez Pelayo a varias traducciones de autores clásicos latinos conservadas en la Biblioteca de Santander (Estacio traducido por Arjona y varias versiones de Horacio atribuídas con dudas a Fray Luis o a Lupercio Argensola o anónimas), y con ello termina el IX. El volumen X es heterogéneo. Se ha renunciado, al fin, contra lo primitivamente anunciado, a incluir en esta misma serie las notas para una *Biblioteca de Traductores españoles*, con las que quedarán refundidas las papeletas del proyectado *Indice biográfico de traductores;* todo ello constituirá serie aparte dentro de la gigantesca edición. Así, este tomo comprende, en primer lugar, unas cuantas fichas que, por no caber aquí la clasificación según los autores latinos, repartía don Marcelino en los apartados de *Crestomatías, Diccionarios, Gramáticas, Literatura latina, Epigrafía romana, Derecho Romano* y *Varia*. Todas ellas están bastante incompletas (en la sección de *Gramáticas* no hay más que una carta a Cejador publicada por éste como prólogo de un manual), sin duda porque en esta parte del trabajo la labor no estaba muy adelantada o incluso el autor no se hallaba muy seguro del plan definitivo.

La obra termina con las siguientes *Notas para una Bibliografía greco-hispana*: el famoso prólogo a la traducción del Curtius; carta a Cejador acerca de la *Gramática griega* de éste; dos cartas al padre Codina sobre la de los padres de Veruela; el prólogo a la traducción homérica de Hermosilla; dos cartas a Segalá sobre las versiones de Homero hechas por éste; una carta al padre de la Torre acerca de

su traducción del N. T.; el prólogo a la traducción aristofánica de Baráibar; el que lleva la versión de los Bucólicos obra de Montes de Oca, y, lo más interesante, unas notas marginales muy útiles puestas en un ejemplar del libro de Apráiz *Apuntes para una historia de los estudios helénicos en España.*

Los *Indices generales onomásticos y de materias*, obra de Luis María, Angela y Ramón González-Palencia, son, según costumbre, perfectos de todo punto. Inútil es decir cuánto pueden ayudar a quien maneje esta complicada colección.

Quien leyera nuestra reseña anterior, no necesita nuevas aclaraciones ni ponderaciones. La obra es un verdadero tesoro bibliográfico, y la forma magnífica en que está editada acrecienta todavía su gran valor.

MANUEL F. GALIANO.

MAURICE LEROY.—*Sur l'Enseignement Traditionnel de la Grammaire Grecque.* Extrait des *Mélanges Joseph Hombert (Phoibos*, tome V, 1950-1951). Bruxelles, 1951, páginas 95 a 104.

En un breve artículo, que ha constituído su aportación al homenaje a Hombert, el autor critica el excesivo «logicismo» y afán de regularización de que está afectada la enseñanza del griego; se felicita de que, poco a poco, los tratados elementales vayan dedicando más atención a las verdades lingüísticas (cf. por ejemplo, agrega L., las recientes Gramáticas de Allard y Witlox, a las que habríamos de añadir la nueva edición del Ragon) y llama la atención sobre ciertas expresiones rutinarias e inexactas, como «consonantes mudas», o normas erróneas cuales el tratamiento general de los seudodiptongos ει y ου o las reglas corrientemente dadas sobre el uso de la -ν «eufónica». Uno de los paradigmas que, según el autor, deberían ser eliminados, es el del secundario ὁδούς, no usado hasta Aristóteles y los Setenta en vez del clásico ὁδών. En general, Leroy se inclina a conceder más importancia a la Fonética incluso fisiológica, con la cual pueden darse a los principiantes explicaciones claras y exentas de toda sospecha de arbitrariedad. Pero ésta es un arma peligrosa, que sólo debería manejarse, como las de fuego, por aquellos que estén verdaderamente capacitados para ello. ¡Son tan pocos los buenos profesores! Por nuestra parte, casi preferimos «le funeste *par cœur*», de que habla apasionadamente Leroy, a un posible abuso o mal uso de la Lingüística en la escuela media. En esto, como en todo, *in medio virtus.*

M. F. GALIANO.

PADRES EUSEBIO HERNÁNDEZ y FÉLIX RESTREPO, S. I.—*Llave del Griego*. Colección de trozos clásicos según la ΑΝΘΟΛΟΓΙΑ ΜΙΚΡΑ, de Maunoury. Comentario semántico, etimología y sintaxis. Cuarta edición. Buena Prensa, México.

Como las dos anteriores, esta llamada cuarta edición es una reproducción de la edición hecha en el año 1912 en la Casa B. Herder, en Friburgo de Brisgovia. A partir de esa fecha, la obra no ha experimentado adición, modificación ni corrección de ninguna clase, por lo que reseñamos un trabajo firmado por los autores hace cerca de medio siglo. No obstante, el hecho de que se haya considerado conveniente ofrecer al público una nueva tirada, nos obliga a considerar su situación en el momento actual. Hemos de advertir que los padres Hernández y Restrepo se propusieron un fin estrictamente didáctico y que sólo desde este punto de vista puede ser examinada su obra.

Hay en el libro dos partes que merecen estimación totalmente distinta: la vieja Antología de Maunoury y el laborioso empeño de los padres Hernández y Restrepo. «No es la Antología—dicen éstos (página VI)—colección de flores literarias, sino de raíces...» Esto es tanta verdad, que el viejo Homero queda transformado y difícil de reconocer, y ello no porque se haya hecho prosa del hexámetro, sino porque Maunoury le prestó «raíces» y formas que nunca usó Homero. Resultaría inútil razonar que por ningún motivo deben alterarse los textos y que no es pedagógico presentar a los autores de manera que no se los reconozca.

En esta Antología, la lengua griega se mantiene en una eterna sincronía, ya que Maunoury no distingue épocas, ni siquiera dialectos. Al mismo griego corresponde su prólogo que los fragmentos de la *Odisea;* no se hace distinción formal de dialectos; no existe la κοινή, ni entra en consideración la lengua de los géneros literarios, aunque de todo ello hay muestras en la confusa mezcla de la Antología. Hubiera convenido alguna advertencia para disipar falsas ilusiones en los estudiantes y evitar errores que posteriormente es difícil desarraigar.

El trabajo de los padres Hernández y Restrepo ocupa, aparte de la traducción, 450 páginas, divididas en tres partes: comentario, etimología y sintaxis. En el primero se analizan los vocablos de la Antología, no sólo en razón de dicha Antología, sino que en él las palabras cobran independencia y se estudian en sus elementos constitutivos. Esta amplitud del comentario es de evidente provecho para el estudiante, si bien algunas veces, muy raras, por cierto, puede producir efecto contrario al querer acumular sobre una palabra explicaciones de toda índole (cf. págs. 67-68, λόγος). El estudio de las palabras queda completado con las voces castellanas de ellas derivadas.

Procedimiento pedagógico que es muy conveniente, si se usa de él moderadamente, sin confundirlo con la verdadera enseñanza de la lengua griega. Como es de suponer, los años no han pasado en balde y algunas cosas requieren mayor explicación (cf. pág. 65, ὅς, ἥ, ὅ). Tampoco se pueden sostener ciertas afirmaciones cuando las estadísticas están en la mente de cada helenista (cf. pág. 64, εἶλον, por ejemplo, «*notablemente* menos usado» que ἕκαμον, ἐπτόμην, ἔτεμον).

Donde más se deja ver el tiempo transcurrido desde la primera edición es en la etimología y en la sintaxis. En esta última, además, resulta imprescindible una modernización del vocabulario, que era ya anticuado incluso en la época en que el libro fué compuesto. Cierran esta obra dos índices, uno de los vocablos castellanos cuya etimología ha sido explicada en la parte llamada comentario, y otro de las palabras griegas que figuran en la Antología.

A pesar de estos reparos, el libro continúa siendo útil y responde al propósito de sus autores, cuya capacidad y formación científica se pone de manifiesto a lo largo de su obra.

JULIO CALONGE RUIZ.

SEAN P. O. RÍORDAIN y RUAIDHRI DE VALERA.—Excavation of a megalithic Tomb at Ballyedmonduff, Co. Dublin, *Proceedings of the Royal Irish Academy* 55 C 3 (Dec. 1952) 61-81.

Se trata de un túmulo dolménico «en forma de talón», del tipo nórdico, con galería de la clase «en forma de cuña», con cinturón de piedra.

Está situado en el lugar de Ballyedmonduff (Kilgobbin, Rathdown, Co. Dublin), a 1.100 pies de altitud. El suelo de aquel lugar está cubierto de turba con plantas de pasto pobre.

Según O'Donovan, que lo estudió en 1837, hacía menos de cinco años que había sido violado, y desde entonces sufrió varias expoliaciones, hasta la excavación científica que motiva esta nota, llevada a cabo con cinco obreros en cinco semanas y financiada por el University College de Dublín.

La cámara (de 25, sólo 18 piedras permanecen *in situ)* «consistía en una galería orientada aproximadamente este-oeste, con falsa bóveda (los demás ejemplares están cubiertos con losas) dividida en tres cámaras (antecámara, cámara y postcámara completamente aislada de la cámara por soportes) y dispuesta a lo largo del eje central del cairn». Dicha cámara está rodeada por tres recintos en semicírculo resaltado, que, al contrario de los dólmenes gallego-portugueses, presentan la entrada al este.

El ajuar data el túmulo en el período del «beaker», vaso en forma

de cubilete, resultado de la degeneración de nuestro campaniforme, decorado con zonas de líneas hechas con peine o ruedecilla), a pesar de que aparece cerámica de apariencia neolítica (pero contemporánea al «beaker», y otra muy tosca. «Food-vesel» apareció en otros túmulos del mismo tipo. De sílex aparecieron 26 guijarros, cortados longitudinalmente; algunas hojas; un raspador, etc. Es interesante el martillo (mejor, creemos, maza de combate), de piedra relativamente blanda, con perforación bicónica, porque indica, creemos, influencia nórdica, que ya se conocía en España por el hacha perforada del dolmen de Balenkaleku (Guipúzcoa), y recientemente se está descubriendo en las piezas perforadas de Galicia: bipenne naviforme de Meirama (La Coruña); maza «de almohada» del monte das Regas (Faladora, La Coruña), y del Castro de Duarría (Villalba, Lugo), maza esferoidal con tres botones de sienita aporfidada de Pontes (Coruña) y la maza discoide de Mariñanes (Villalba, Lugo), además del puñal típicamente nórdico de Redondela (Pontevedra). El tosco pavimento de la cámara principal y las cazoletas de uno de los soportes de la galería de Ballyedmonduff, también tienen su paralelo en algunos dólmenes gallegos.

Los fragmentos de carbón vegetal eran de Quercus, Crataegus, Corylus, Fraxinus, Taxus y Hedera. Los huesos humanos, de costillas, una falange y un molar.

Respecto a la publicación, destaquemos su rigor científico, el detalle y claridad descriptivos, y lo minucioso y expresivo de los dibujos, en los que incluso consta la distinta calidad de las tierras que rellenan el monumento.

LUIS MONTEAGUDO.

CABRÉ AGUILÓ, JUAN; CABRÉ DE MORÁN, ENCARNACIÓN; MOLINERO PÉREZ, ANTONIO.—*El castro y la necrópolis del hierro céltico de Chamartín de la Sierra (Avila)*. Número V de *Acta Archaelogica Hispanica*. Comisaría General de Excavaciones arqueológicas. Madrid, 1950. Un volumen en folio de 240 páginas, 112 magníficas láminas e infinidad de mapas, planos y otros grabados.

La Comisaría General de Excavaciones supera con esta monumental publicación todos los esfuerzos suyos anteriores. Monumental por su riqueza de materiales (este gran volumen es sólo el primero de una serie calculada en siete) y por la ciencia y el gusto que en ella derrochan sus autores.

Una primera parte está dedicada al castro. Es un hermoso y competentísimo trabajo de don Antonio Molinero Pérez, su descubridor. Este castro céltico presenta un aspecto imponente con sus soberbias

murallas y ofrece el gran interés de ser un castro sin romanizar. Su perímetro es mayor que el comprendido por las murallas de Avila.

Lo demás del volumen trata de la necrópolis correspondiente a este castro, y su redacción e ilustración es obra de la señora de Morán, doña Encarnación Cabré, hija del llorado arqueólogo don Juan. La necrópolis, que es la más importante en su género de la Península (aunque menos rica en cerámica que el yacimiento de Las Cogotas) fué descubierta siguiendo la orientación de Juan Cabré y excavada por él, su hija y el señor Molinero. Ahora, con los materiales que dejó su padre, sobre todo el *Diario de las excavaciones*, y «siguiendo sus métodos», doña Encarnación Cabré ha compuesto esta ingente y espléndida obra.

La necrópolis es de incineración, pero en ella aparecen ritos y sistemas de arquitectura funeraria distintos de otras necrópolis célticas de la misma época. La novedad más importante es la de los enterramientos bajo montones de piedra, que los naturales del lugar llaman *golmazos* (por *hormazos)*. Las sepulturas descubiertas son unas 2.000, y los ajuares son ricos en armas y objetos de adorno. En muchas sepulturas, junto a la espada o puñal aparece la piedra afiladera que usó en vida su dueño. Para las armas, la característica más notable es la confirmación especialmente brillante de lo ya probado en la necrópolis vecina de Las Cogotas, o sea el ofrecer la tipología más completa de todas las armas conocidas de esta cultura. La autora explica el hecho, muy perspicazmente, por la circunstancia de ser este pueblo muy ganadero y tener, por tanto, muchas relaciones comerciales con extensas zonas de la Península. También es singularidad de esta necrópolis la presencia en los enterramientos del instrumental para el fuego: parrillas, trébedes, morillos, paletas, tenazas, etc., cosa rarísima hasta ahora en otras necrópolis de la Península, pero que se sabe es rasgo de «tumbas de pueblos europeos de fines del Hallstat, haciéndose más raro entre los celtas en los primeros períodos de La Tène y encontrándose de nuevo más en La Tène III».

Sobre la cronología de esta necrópolis, doña Encarnación Cabré afirma que todo lo descubierto es poshallstático. Se da la interesante circunstancia de que no hay el menor vestigio de la romanización, ni en la necrópolis ni en el castro, vestigios que se encuentran en otros terrenos no lejanos del castro. Este pueblo quedó abandonado, sin romanizar.

Nuestra felicitación y nuestro agradecimiento a los autores y a la Comisaría General de Excavaciones por este servicio tan espléndido a la historia patria. Y un recuerdo emocionado a la memoria de Juan Cabré, cuyo *Diario* cobra vida ante nosotros por el trabajo de su hija, piadoso y sabio.

JOSE VALLEJO.

TILANDER, GUNNAR.—*Los fueros de la Novenera*, publicados por— (Leges Hispanicae Medii aevi II). Uppsala 1951, Almquist & Wiksells.

El señor Tilander, firma prestigiosa en la especialidad de Filología española medieval, descubrió en la Biblioteca de Palacio, de Madrid, un manuscrito de fines del XIII o principios del XIV, que contiene, entre otras cosas, *Los Fueros de la Novenera*. Es un texto navarro-aragonés, que se distingue por su arcaísmo, tanto en lo relativo al lenguaje como en su fondo jurídico. El señor Tilander los fecha en el siglo XII y está de acuerdo con el señor Lacarra en que *Novenera* deriva de *novena*, porque se llamaron *Fueros de la Novena* aquellos que eximían del pago de tal impuesto.

La edición de los *Fueros* va precedida de un estudio del lenguaje y seguida de un vocabulario. El primero comprende las particularidades de Fonética, Morfología y Sintaxis; las de Sintaxis, desgraciadamente, son muy pocas; pero es que no da más la grandísima sequedad y monotonía de los textos.

El Vocabulario es un trabajo verdaderamente magnífico, rico en comparaciones con otros documentos afines. Gran servicio ha prestado nuevamente el señor Tilander a la Filología hispánica.

J. V.

Reseñas de artículos.

Variatio and the Development of Tacitus' Style, by R. H. Martin ERANOS, LI, 1-2, 1953.

El autor ha hecho esta investigación con objeto de comprobar si en el terreno de la *variatio* se cumple la afirmación de Löfstedt (en *Syntact.* II, pág. 82) de que Tácito, en la segunda parte de sus *Anales*, y sobre todo a partir del libro XII, vuelve a un estilo más normal, más clásico, y que la evolución del estilo de este autor no debe describirse como una línea en continuo aumento, sino como una curva, cuyo punto culminante está en la primera parte de los *Anales*.

El tipo de *variatio* que ha estudiado el señor Martin es aquel en que va implicada la estructura de la frase, por ejemplo, el conocido caso de un ablativo coordinado con una cláusula o frase equivalente a clásula: *mobilitate ingenii an ne altius scrutaretur*. El autor recorre las principales variedades de este tipo y llega al siguiente resultado: en el uso de este tipo de *variatio*, en el que uno por lo menos de sus elementos es una cláusula o su equivalente, Tácito *no* presenta la curva estilística en cuestión. (Como observación secundaria añade el autor la de que en cada sección, *Historias*, *Anales*, I-VI, XI-XII, XIII-XVI) predomina un subtipo o variedad (no del todo claro para XI-XII).

Esta conclusión no está de acuerdo con la observación de Löfstedt ya citada y que Eriksson en sus *Studien zu den Annalen des Tacitus* comprobó para la *variatio* en que sólo juega el *delectus verborum* y no la cláusula o frase. La conclusión es, pues, que, en este aspecto, Tácito en *Anales* XIII-XVI es tan Tácito como en I-VI.

J. VALLEJO.

The meaning of «ictus» as aplied to Latin verse, por W. Beare. HERMATHENA, LXXXI, 1953.

No puede ser el verso latino un verso acentual como, por ejemplo, el inglés actual, porque en este caso serían demasiadas las discordancias entre el acento normal y el métrico.

La latina era una métrica cuantitativa, como la griega, y el ictus no era nada «audible ni visible»; era sencillamente una «expectation»: en los lugares tal y cual de un verso se espera una sílaba larga o una sílaba acentuada, según sea el tipo de métrica.

Como se ve, no hay novedad en las conclusiones, pero el artículo del señor Beare se lee con bastante agrado, porque pasa revista a las principales teorías emitidas en esta discutidísima cuestión y las comenta y critica con mucha agudeza y claridad.

J. VALLEJO.

MUSEUM HELVETICUM, vol. X, fasc. 3-4, 1953.

Con motivo del séptimo Congreso Internacional de Papirología celebrado en Génova, en septiembre de 1952, el Comité organizador propuso como tema general de estudio «La originalidad de Egipto en el mundo greco-romano». Fruto de la investigación de algunos de los congresistas asistentes es la serie de artículos recogidos en este volumen de MUSEUM HELVETICUM, algunos de los cuales resumimos a continuación:

Jean Mallon: *Paléographie des papyrus d'Egypte et des inscriptions du monde romain*, págs. 141-160.—Tomando como punto de partida una serie de inscripciones de diversos puntos y épocas de la España Romana, muestra la perfecta correspondencia que existe entre la escritura de estas inscripciones y los papiros de Egipto, como si una misma mano hubiera escrito ambos documentos. Análogo paralelismo puede señalarse con las escrituras de otras partes del mundo romano occidental. Es decir, que sobre el plano paleográfico, la originalidad de los papiros egipcios es absolutamente nula, pues sus cauces se ajustan perfectamente a la evolución de la escritura en el resto de la latinidad. Esto, lejos de tener un valor negativo, es un camino para la perfecta delimitación y estudio de las distintas etapas de la paleografía latina.

H. Bengtson: *Die ptolemäische Staatsverwaltung im Rahmen der hellenistischen Administration*, págs. 161-177.—De las excelencias de la administración de los Ptolomeos, que no ha tenido semejante en la antigüedad, no sólo aprendieron sus vecinos los seléucidas, sino también los cartagineses y la administración romana de las provincias. Prueba sus excelencias el hecho de que haya progresado en medio de las dificultades más fuertes frente al exterior, con el que estuvo en constantes guerras, y, sobre todo, el que estas instituciones administrativas hayan sobrevivido a la dinastía misma que las estableció y frente a una potencia amplia y sólidamente organizada como Roma.

B. A. van Groningen: *Population et administration*, págs. 178-191. Durante el período administrativo de los Ptolomeos las relaciones del gobierno y de la población egipcia no pueden calificarse de originales, pues no hay originalidad ni en los elementos generales de esta relación, ni en la estructura, ni en las tendencias de la administración, ni aun en las funciones esenciales. Esta originalidad no aparece más que en las escalas ínfimas de los funcionarios. Durante el período romano tampoco queda otra originalidad en el gobierno que no sea la puramente administrativa tradicional.

André Piganiol: *Le Statut Augustéen de l'Egypte et sa destruction*, páginas 193-202.—Para eliminar el peligro de la orientalización del Imperio, Augusto dió a Egipto un régimen distinto a las provincias. Egipto no es un reino ni una provincia, es un dominio particular del *Princeps*. Falta un documento que especifique esta constitución, pero los rasgos principales son los siguientes: Egipto está sistemáticamente al margen del sistema de gobierno por magistrados. Ningún magistrado puede entrar en Egipto ni ningún egipcio puede ser magistrado. Los mismos contactos entre egipcios y romanos son difíciles, pues los egipcios no pueden abandonar su patria sin autorización. El dinero que esta nación produce no pasa al Imperio sino a través de la persona del emperador. El emperador administra su dominio por medio de un prefecto con mando militar delegado. Aunque con Caracalla Egipto adquirió también la ciudadanía, el régimen económico de Egipto se mantuvo.

Claire Préaux: *Les raisons de l'originalité de l'Egypte*, págs. 203-221.—Tanto las dinastías griegas sucesoras de Alejandro como la administración romana, trataron de explotar las ventajas económicas de Egipto y rehuyeron sistemáticamente la incorporación total de la población egipcia al helenismo o a la romanidad. Sólo los puertos, primero griegos y luego romanos, fueron excluídos de este ostracismo político y cultural al que se sometió a la población, en su mayor parte rural. Consecuencia de ello fué el también voluntario retraimiento de los egipcios, que se mantuvieron constantemente en su tipismo y desconocieron totalmente la vida y estilo del resto de las ciudades antiguas. Ni siquiera el cristianismo con sus doctrinas universalistas y de hermandad común logró romper este aislamiento de la población, y la forma típica del monaquismo en que se tradujo su aceptación de la doctrina cristiana es buena prueba de ello.

Harold I. Bell: *Graeco-Egyptian Religion*, págs. 222-237.—Pocas esferas de la influencia egipcia en el mundo greco-romano han sido tan ricas en realidades y permanencia como las verificadas en el campo religioso. El autor hace especial hincapié sobre la incorporación a

las culturas mediterráneas de la doctrina egipcia de la inmortalidad, los elementos mágicos de la religión y muchos otros elementos de sus conceptos morales, prácticas rituales, etc.

A. MONTENEGRO.

LE MOYEN AGE. Núms. 1-2, 1953.

H. Dubled: *Quelques observations sur le sens du mot villa*, páginas 1-11.—Del sentido clásico de *villa* significando «posesión territorial» y, «casa de campo», el sentido de «gran posesión» parece haber prevalecido en el principio de la Edad Media. Pero con el desmembramiento de estas grandes posesiones, *villa* pasa a significar «territorio», mientras *curia* designa las divisiones de la *villa*, dándose entonces la equivalencia *villa* = *marca* = *finis*. Luego hubo necesidad de significar que el propietario es al mismo tiempo señor feudal y aparece el término jurídico territorializado *bannus*, mientras *villa* toma el sentido de «aldea», «villa», porque en estos lugares se habían refugiado propietarios expulsados de las antiguas *villae* romanas. Así *villa* se hace equivalente de *vicus*, pero también, cuando aumenta considerablemente, de *civitas* y *municipium*.

A. MONTENEGRO.

HERMES, tomo 80, cuad. 3, 1952.

Alfred Klotz: *Studien zu Polibios*, págs. 325-343.—Para el primer libro de su Historia, en el que narra la Primera Guerra Púnica, Polibio se apoyó en Fabio Pictor y en Filino de Acragans. Estos dos autores no son sus únicas fuentes, pero sí las primordiales, y el hecho de la elección de ambos—Fabio Pictor mostrando el punto de vista romano, aunque fuertemente influído por la cultura griega, Filino inclinando su atención a Cartago—indica el esfuerzo de Polibio para llegar a un juicio propio e imparcial sobre este importante período de la Historia de Roma. En la primera parte de su narración se apoya más en Fabio, mientras posteriormente, como se evidencia en la gran personalidad asignada al lado cartaginés, su maestro fué Filino.

Luego toma el capítulo de la destrucción de Cartagonova por Escipión como elemento de juicio para establecer la relación que entre sí guardan las diversas fuentes que narran la Segunda Guerra Púnica, particularmente por lo que afecta a la posible influencia de Polibio en Livio. No es Polibio la fuente de Livio, sino Fabio Pictor la fuente común de ambos, aunque el espíritu con que Fabio escribe no es el de Polibio, que aparece como un verdadero investigador a través de su narración.

A. MONTENEGRO.

ANNALES, vol. VI, 1951.

J. Corbel: *Les routes commerciales du Nord au* III° *et* II° *millénaires*, págs. 179-183.—Constituye el artículo un ameno e interesante extracto de la historia del comercio que unió al norte de Europa con el Mediterráneo durante este período, por las diversas vías marítimas y terrestres. Resulta útil, si no por su documentación, excesivamente limitada para lo que sobre tal aspecto se podría aportar, sí por recoger en unas páginas y sin la complicación de discusiones arqueológicas, el aspecto verdaderamente histórico de este comercio, su objeto, causas y consecuencias y particularmente los mutuos préstamos culturales que de la relación constante entre mundos tan diferenciados se derivan.

A. MONTENEGRO.

INDICES DE REVISTAS

ACME
VI 1. 1953

M. L. Gengaro: *La «poetica» di Michelangelo.*

VI 2. 1953

G. Chiodaroli: *Forma musicale e forma plastica. L'estetica musicale nell'antica Grecia.*—C. Santoro: *Questioni di paleografia latina.*—L. Cerione: *L'applicazione della fotografia scientifica alla decifrazione delle antiche scritture.*

AEGYPTUS
XXXIII 1. 1953

O. M. Pearl: *Short texts from Karanis.*—M. Tren: *Ryl. Pap. III nr. 491.*—A. Traverza: *Dai papiri inedite della raccolta milanese.*—T. B. Mitford: *Ptolemaic Rule in Cyprus.*—J. Tondriau: *Quelques problèmes religieux ptolémaiques.*—A. Fuks: *The Jewish Revolt in Egypt (A. D. 115-7) in the light of the papyri.*—C. Gallavotti: *Auctarium Oxyrhynchium.*—H. A. Musurillo, S. J.: *Fragment of a Homily on First Corinthians.*—K. Büchner: *Tacitus über die Christen.*

AMERICAN JOURNAL OF PHILOLOGY
LXXIV 1. 1953

E. S. Staveley: *The Reform of the Comitia Centuriata.*—F. Solmsen: *Epicurus on the Growth and Decline of Cosmos.*—R. B. Woolsey: *Quod, Relative Pronoun and Conjunction.*—Z. Stewart: *Sejanus, Gaetulicus und Seneca.*

LXXIV 2. 1953

V. Ehrenberg: *Imperium Maius in the Roman Republic.*—D. E. Eichholz: *The Propitiation of Achilles.*—F. O. Copley: *Catullus 35.*

LXXIV 3. 1953

K. M. Setton: *Land Tenure and Agrarian Taxation in the Byzantine Empire.*—R. A. Brooks: *Discolor Aura.*—L. A. MacKay: *Aristotle, Rhetoric III 16, 11.*—L. H. Gray: *A Non-Latin Italic and Cornish Parallel?*

LXXIV 4. 1953

G. Vlastos: *Isonomia.*—J. W. Poultney: *The Declension of Latin Compound Adjectives.*—B. Stenzel: *Is Plato's Seventh Epistle Spurious?* Ph. W. Damon: *The Meaning of the Hisperica Famina.*—H. Bloch: *The Exegetes of Athens and the Prytaneion Decree.*—O. Neugebauer: *The Horoscope of Ceionius Rufius Albinus.*—J. S. and A. E. Gordon: *More on the Consuls of A. D. 13.*

ANALES DE HISTORIA ANTIGUA Y MEDIEVAL

1951-1952

Miguel de Ferdinandy: *En ego malleus orbis, Formas y destino de una idea imperial en el norte eurasiático.*—A. Freixas: *Otros temas de Procopio de Cesárea.*—A. Castellán: *Un helenista francés del siglo XVIII: el barón de Sainte Croix.*—E. Benito Ruano: *España y las Cruzadas.*—M. J. Gesino: *El título de procónsul en algunas inscripciones imperiales.*—I. Arias: *El certamen entre Homero y Hesiodo.*—L. Formisano: *El interés histórico de un panfleto: «Apocoloquintosis del divino Claudio» de Séneca.*

ANNALI DELLA SCUOLA NORMALE SUPERIORE DI PISA

XXI 3-4. 1952

W. Kaegi: *La Spagna e la Controriforma nel pensiero di J. Burckhardt.*—A. Setti: *Eschilo satirico.*

XXII 1-2. 1953

T. Bolelli: *Origine e sviluppo delle formazioni greche in men/mon.*

L'ANTIQUITÉ CLASSIQUE
XXII 1. 1953

M. H. A. L. H. van der Valk: *Homer's Nationalistic Attitude.*—G. Cl. Whittick: Σαγηνεύουσι δὲ τόνδε τὸν τρόπον: *Herodotus VI 31.* J. Pouilloux: *Des rapports actuels de l'épigraphie et de l'histoire grecques.*—R. van Compernolle: *La date de la fondation d'Apollonie d'Illyrie.*—P. Chantraine: *Réflexions sur les noms des dieux helléniques.*—M. van Doren: *L'évolution des mystères phrygiens à Rome.*—W. Peremans: *Note sur IG² II 360.*—S. J. de Laet: *Documents nouveaux concernant les «Quattuor publica Africae».*—H. Glaesener: *Un mot historique de César.*

ANZEIGER FÜR DIE ALTERTUMSWISSENSCHAFT
VI 3. 1953

A. Lesky: *Homer.*

ΑΘΗΝΑ

ΝΕ'. 1951

Δ. Βαγιακᾶκος: Ετυμολογικὰ καὶ Σημασιολογικά.—Α. Δασκαλάκης: Ὁ Ἰσοκράτης καὶ τὰ περὶ "οὐχ ὁμοφύλου γένους" τῶν Μακεδόνων.—Β. Λαούρδας: Τὰ εἰς τὰς ἐπιστολὰς τοῦ Φωτίου σχόλια τοῦ κώδικος Baroccianus Graecus 217.—Κ. Δ. Μέρτζιος: Παρθανὼν—Μοροζίνι καὶ τὸ δρᾶμα τῶν Ἀθηναίων.—Μιχαηλίδης.—Νουᾶρος: Φαινόμενα τοῦ γλωσσικοῦ ἰδιώματος τῆς Καρπάθου.—Α. Παπαδόπουλος: Γλωσσικαὶ ἔρευναι.—Χ. Σ. Φλωράτος: Παρατηρήσεις εἰς Βεργιλίου Αἰνειάδος II 121.—Α. Χατζῆς: Εὐστάθιος Μακρεμβολίτης καὶ Ἀκριτῆς.

Νς'. 1952

Δ. Βαγιακᾶκος: Τοπωνύμια εἰς -ᾶδος.—Τ. Γριτσόπουλος: Κατάλογος τῶν ἐν τῷ ἱστορικῷ ἀρχείῳ Σπάρτης χειρογράφων κωδίκων καὶ λοιπῶν ἐγγράφων.—Α. Δασκαλάκης: Ὁ ῥήτωρ Θρασύμαχος περὶ Μακεδόνων.—Α. Κεραμόπουλλος: Νεοελληνικὰ παρὰ Βυζαντινοῖς.—Φ. Κουκουλές: Τὰ οὐ φωνητὰ τῶν Βυζαντινῶν.—Β. Λαούρδας: Ὁ Γαβριὴλ Θεσσαλονίκης.—Π. Νικολόπουλος: Ἐπὶ τὰς πηγὰς τοῦ Εἰς τὴν θυσίαν τοῦ Ἀβραὰμ ὕμνου Ρωμανοῦ τοῦ Μελῳδοῦ.—Δ. Οἰκονομίδης: Περὶ τοῦ γλωσσικοῦ ἰδιώματος Ἀπεράθου—Νάξου.—Ν. Τωμαδάκης: Ἰωάννου τοῦ Εὐγενικοῦ ἐπιγράμματα εἰς Ἰωσὴφ Βρυέννιον.—Χ. Φλωράτος: Ἡ ὑπὸ Λ. Λουιζίδου ἑρμηνεία τῆς ἐρωτήσεως Quo numine laeso (Βεργιλ. Αἰν. I 8).—Ὁ ὁμηρικὸς ὕμνος εἰς Ἀπόλλωνα.—Α. Χατζής: Οἱ Σλάβοι ἐν Ἑλλάδι.

ATHENAEUM
XXX 3-4. 1952

V. E. Alfieri: *I due aspetti della teoria del conoscere in Democrito.*—E. Gabba: *Ancora sulle cifre dei censimenti.*—P. Meriggi: *I nuovi frammenti e la storia di Kargamis.*—E. Manni: *Note di cronologia ellenistica.* A. Colonna: *Mimnermo e Callimaco.*—J. A. Willis: *The Letters M and G in the Manuscripts of Remigius of Auxerre.*

BEITRÄGE FÜR NAMENFORSCHUNG
1953, 3

H.-J. Pinnow: *Zu den altind. Gewässernamen.*—H. Krahe: *Alteurop. Flussnamen.*—O. Eisenstuck: *Weil.*—B. Rosenkranz: *Zu ein. Flussnamen des nordw. Sarmatiens bei Ptol.*—W. Brandenstein: *Sataspes.*—E. Blesse: *Gedanken zu russ. und balt. Fluss- und Ortsnamen.*—E. Schwarz: *Die Namen des Chamer Beckens — Neristen und Veneter.*

BYZANTINISCHE ZEITSCHRIFT
45, 2. 1952

F. Scheidweiler: *Studien zu Johannes Geometres.*—W. Ohnsorge: *Drei deperdita der byzantinischen Kaiserkanzlei und die Frankenadresse im Zeremonienbuch des Konst. Porphyrogenetos.*—E. Eickhoff: *Byzantinische Wachtflottillen in Unteritalien im 10. Jahrh.*—B. Sinogowitz: *Über das byzantinische Kaisertum nach dem Vierten Kreuzzuge.*—H. Hunger: *Kaiser Johannes V. Palaiologos und der Heilige Berg.*—C. Mango: *The date of the anonymous Russian Description of Constantinople.*

CLASSICA ET MEDIAEVALIA
XIII 2. 1952

E. Dyggve: *The Origin of the Urban Churchyard.*—K. Büchner: *Die Proömien des Lukrez.*—G. Schutte: *A Ptolemaic Riddle Solved.*—G. de Valons: *La poésie amoureuse en langue latine au moyen-âge.*

THE CLASSICAL JOURNAL
October 1953

F. Mac Kendrick: *T. S. Eliot and the Alexandrians.*

THE CLASSICAL WEEKLY
46, 11. 1953

J. A. Gaertner: *The Lyrical Possibilities of Post-Classical Latin.*

46, 13/14. 1953

J. A. Gaertner: *Why not Attack?*

CHRONIQUE D'EGYPTE
56. 1953

Ph. Derchain: *La visite de Vespasien au Sérapéum d'Alexandrie.*

CUADERNOS DE HISTORIA DE ESPAÑA
XVIII. 1952

E. de Hinojosa: *Notas inéditas sobre Historia institucional castellana.* I. A. Arias: *Materiales numismáticos para el estudio de los desplazamientos y viajes de los españoles en la España romana.*—J. Luis Cassani: *Aportes al estudio del proceso de romanización de España. Las instituciones educativas.*—R. Olivar Bertrand: *Un capítulo de la política matrimonial de los Papas.*—C. Sánchez Albornoz: *Ante una versión de* El collar de la Paloma.

DIONISO
XVI 1. 1953

P. Venini: *Sulla tragedia ellenistica.*—A. Pertusi: *Menandro ed Euripide.*—A. Garzya: *I resti della* Θεοφορουμένη *di Menandro.*—G. Belloni: *Interpretazioni sofoclee.*

DOXA
III 1. 1950

L. Moretti: *Storia greca.*—M. Pallotino: *Epigrafia e lingua etrusca.* F. Castagnoli: *Topografia di Roma antica.*

III 2-3. 1950

C. Cecchelli: *Archeologia ed arte cristiana.*—D. Braga: *Catullo.*—W. Belardi: *Etimologie greche.*—L. Moretti: *Storia greca.*

IV 1. 1951

C. Cecchelli: *Archeologia ed arte cristiana.*—G. A. Mansuelli: *Topografia storica.*

IV 2. 1951

G. A. Mansuelli: *La propaganda senatoriale nel tardo impero.*

ERANOS
LI 1-2. 1953

G. Björck: *Bibliographies.*—E. N. Tigerstedt: *Pherecydes in Sparta.* J. Tate: *Antisthenes was not an Allegorist.*—P. M. Fraser: *The Tribal-Cycles of Eponymous Priests at Lindos and Kamiros.*—P. Aalto: *Die statistische Methode in der Sprachforschung unter besonderer Berücksichtigung des Lateins.*—F. W. Lenz: *Die Wiedergewinnung der von Heinsius benutzten Ovidshandschrift in der letzten fünfzig Jahren.*—R. H. Martin: *Variatio and the Development of Teocritus' Style.*

ESTUDIOS CLASICOS
8. 1953

S. Olives Canals: *Don Lázaro Bardón. Apuntes para una historia de los estudios helénicos en España.*

9. 1953

E. Valentí Fiol: *Los sistemas de calificación en la Enseñanza Media.* M. Fernández-Galiano: *Lisias y su tiempo.*

10. 1953

M. Fernández-Galiano: *Lisias y su tiempo.*—A. García Calvo: *Pequeña introducción a la prosodia latina.*

LES ÉTUDES CLASSIQUES
XXI 1. 1953

M. van den Bruwaene: *Précisions sur la terreur et l'importance du*

sénatus=consulte d'octobre 51 avant J. C.—D. M. Bury: *Le merveilleux dans le thème d'Hector.*—G. Cotton: *L'origine du sens «pejoratif=destruc= tif» du latin per= et inter=.*

XXI 2=3. 1953

W. Derouau, S. J.: *Les récentes fouilles à Saint=Pierre de Rome et la découverte du tombeau de saint Pierre.*—P. Defourny: *Histoire et élo= quence d'après Cicéron.*—R. de Ravinel: *Le subjonctif d'insistance.*—E. Derenne: *Le jugement de Palémon.*

GIORNALE ITALIANO DI FILOLOGIA

VI 2. 1953

L. Pepe: *Il mito di Laodamia nel carme 68 di Catullo.*—E. Turolla: *Le origini e caratteristiche del tragico nella prima Eneide.*—E. Castori= na: *Una possibile interpretazione del c. 102 di Catullo.*—A. Jannone: *Sull'interpretazione di un passo di Aristotele.*

VI 3. 1953

E. V. Marmorale: *Nuove prospettive nello studio della spiritualità la= tina.*—A. Garzya: *Sopra alcuni versi dell'esodo delle «Coefore».*—E. Me= rone: *Note sulla clausola in Rutilio Namaziano.*—G. de Vico: *Callimaco e i suoi contemporanei.*

GLOTTA

XXXII 1/2. 1952

P. Kretschmer: *Zu den ältesten Metallnamen.*—E. Fraenkel: *Zur griechischen Wortbildung.*—K. Latte: *Zur griechischen Wortforschung.*—E. M. Hamm: μάσθλη *und* μάσθλης.—A. Mayer: *Über das Verhältnis des Makedonischen zum Illyrischen.*—M. Regula: *Zur Verbalform auf =to=.*—A. Rocco: *Zur Chronologie der Vokalschwächungen der Mittelsil= ben im Latein.*—K. H. Roloff: *Caerimonia.*—M. Regula: *Über den Ur= sprung des «conjunktivischen» Infinitivs in lateinischen Satzgliedfragen.*—H. J. Seiler: *Neuere Strömungen in der vergl. Sprachwissenschaft.*—B. Snell: *Thesaurus Linguae Graecae.*

GNOMON

25, 1. 1953

L. Malten: *Kerényi, Die Mythologie der Griechen.*—M. P. Nilsson: *Vian, La guerre des géants.*—F. Villard: *Dunbabin, The Western Greeks.*

P. Fraccaro: *Gagé, Huit recherches sur les origines italiques et romaines.*—R. Schröter: *Ilias Atheniensium ed. by Bolling.*—G. Freymuth: *Maddalena, Interpretazioni eschilee.*—G. Vlastos: *Raven, Pythagoreans and Eleatics.*—O. Becker: *van der Waerden, Die Astronomie der Pythagoreer.*—P. W. Harsh: *Webster, Studies in Menander.*—K. Latte: *Chion of Heraclea, ed. by Düring.*—C. Becker: *Tertullianus, de anima ed. by Waszink; Tertullianus, Apologeticum ed. Mohrmann.*

25, 2. 1953

F. Klingner: *Guillemin, Virgile.*—K. Büchner: *Perret, Virgile.*—H. Schmeck: *Pétrone, Le Satiricon ed. Ernout.*—G. Thörnell: *Tertulliani De corona liber, De cultu feminarum ed. Marra.*—H. Langerbeck: *Karpp, Probleme altchristlicher Anthropologie.*—W. Theiler: *Courcelle, Recherches sur les Confessions de Saint Agustin.*—V. Leontovitsch: *Vasiliev, Justin the First.*—Th. Schieder: *Jacob Burckhardt, Briefe, hrsgb. v. M. Burckhardt; Kaegi, Jacob Burckhardt, eine Biographie.*

25, 3. 1953

O. Deubner: *Nilsson, The Minoan-Mycenaean Religion.*—H. Berve: *Nilsson, Cults, myths, oracles and politics in ancient Greece.*—K. v. Fritz: *Sinclair, A history of political Thought; Stanka. Die politische Philosophie des Altertums.*—A. Lesky: *Nebel, Weltangst und Götterzorn.*—G.Vlastos: *Zafiropoulo, L'école éléate.*—J. Béranger: *Bardon, La littérature latine inconnue.*—U. Knoche: *Eloge funèbre d'une matrone romaine ed. Durry.*—J. Sundwall: *Evans, Scripta Minoa; The Archives of Knossos.* V. Ehrenberg: *Michell, Sparta.*—E. Meyer: *Alföldi, Der frührömische Reiteradel und seine Ehrenabzeichen.*—H. I. Marrou: *Mazzarino, Aspetti sociali del quarto secolo.*

25, 4. 1953

H. Patzer: *Howald, Vom Geist antiker Geschichtschreibung.*—H. Strasburger: *Gitti, Alessandro Magno all'oasi di Siwah.*—F. Pringsheim: *Finley, Studies in land and credit in ancient Athens.*—F. Vittinghoff: *Kunkel, Herkunft und soziale Stellung der römischen Juristen.*—W. Schwabacher: *Robert, Etudes de numismatique grecque.*—T. J. Dunbabin: *Kraiker, Aigina.*—H. Riemann: *Moe, Numeri di Vitruvio.*—F. Lammert: *A Roman Reformer and Inventor ed. Thomsen.*—H.-I. Marrou: *Aratoris Subdiaconi De actibus apostolorum ed. Patch. Mc Kinley.* H. J. Mette: *Erbse, Untersuchungen zu den attizistischen Lexika.*—

H. Langerbeck: *Klibansky, The continuity of the platonic tradition during the Middle Ages; Corpus Platonicum Medii Aevi.*—A. Heubeck: *Sundwall, Kleinasiatische Nachträge.*—K. Olzscha: *Slotty, Beiträge zur Etruskologie.*

25, 5. 1953

H. Wernle: *Rüstow, Ortsbestimmung der Gegenwart.*—J. Lohmann: *Snell, Der Aufbau der Sprache.*—M. S. F. Hood: *Forschungen auf Kreta 1942, hrsgb v. Matz.*—J. Wiesner: *Delebecque, Le cheval dans l'Iliade.* M. Gelzer: *Hill, The Roman middle class in the republican period.*—F. R. Adrados: *Perry, Aesopica.*—E. Burck: *Hoch, Die Darstellung der politischen Sendung Roms bei Livius.*—H. Drexler: *N.-O. Nilsson, Metrische Stildifferenzen in den Satiren des Horaz.*—V. Väänänen: *CIL IV suppl. 3 ed. Della Corte.*—H. Kreller: *v. Lübtow, Beiträge zur Lehre von der Condictio nach römischen und geltenden Recht.*

25, 6. 1953

J. Lohmann: *Schwyzer, Griech. Grammatik. 2 Bd. hrsgb. v. Debrunner.*—G. Luck: *Dodds, The Greek and the Irrational.*—H. Cherniss: *G. Müller, Studien zu den platon. Nomoi.*—H. Fränkel: *Hügi, Vergils Aeneis und die hellenistische Dichtung.*—C. B. Welles: *Herzog und Klaffenbach, Asylieurkunden aus Kos.*—K. E. Petzold: *De Regibus, La repubblica romana e gli ultimi re di Macedonia.*—A. Boethius: *Polacco, Tuscanicae dispositiones.*

25, 7. 1953

B. Snell: *The Oxyrhynchus Papyri Part 20 edd. Lobel, Wegener, Roberts.*—P. Maas: *Turyn, Studies in the manuscript tradition of the tragedies of Sophocles.*—A. M. Dale: *Martin, Essai sur les rhythmes de la chanson grecque antique.*—W. Eisenhut: *P. Ovidi Nasonis Amores ed. Munari.*—J. Pokorny: *Krahe, Sprachverwandtschaft im alten Europa.* G. Klaffenbach: *Segre, Tituli Calymnii.*—F. Zucker: *Hombert et Préaux, Recherches sur le recensement dans l'Egypte romaine.*—H. v. Campenhausen: *Grégoire, Les persécutions dans L'Empire romain.*—A. Rumpf: *Beazley, The development of Attic black-figure.*—C. Vermeule: *Caló Levi, Barbarians on Roman imperial coins and sculpture.*—F. W. Deichmann: *Gerke, Der Trierer Agricius-Sarkophag.*

GREECE AND ROME
XIX 56. 1950

F. R. Earp: *Studies in character: Agamemnon.*—C. W. Amerasin-

ghe: *The part of the slave in Terence's drama.*—A. Mac C. Armstrong: *Trial by combat among the Greeks.*—S. E. Smethurst: *Women in Livy's History.*—W. S. Maguinness: *The imperfect subjunctive in primary sequence.*

XIX 57. 1950

J. Lawson: *The Roman Garden.*—M. Andrewes: *Horace' Use of imagery in the epodes and odes.*—W. R. Loader: *Purified or Popular?*—E. S. Forster: *Columella and his latine treatise on agriculture.*—A. K. Clarke: *Economists in the Agora.*

HERMATHENA
LXXXI. 1953

F. La T. Godfrey: *The Idea of the Mean.*—W. Beare: *The Meaning of Ictus as applied to latin Verse.*—W. B. Stanford: *Studies in the characterization of Ulysses.*—B. Farrington: *Vita Prior in Lucretius.*

HERMES
81, 1. 1953

A. Lesky: *Das hellenistische Gyges-Drama.*—A. Beck: *Der Empfang Ioles.*—R. Schottlaender: *Eine Fessel der Tragödiendichtung.*—F. Worms: *Der Typhoeus-Kampf in Hesiods Theogonie.*—L. Alfonsi: *Un nuovo frammento del* Περὶ φιλοσοφίας *Aristotelico.*—R. Helm: *Beiträge zum Culex.*—H. Kornhardt: *Summum ius.*—U. Kahrstedt: *Städte in Makedonien.*—J. Vogt: *Der Erbauer der Apostelkirche in Konstantinopel.*

81, 2. 1953

I. Errandonea, S. I.: *Das zweite Stasimon des König Oedipus von Sophokles.*—A. Barigazzi: *Epicurea.*—H. Erbse: *Homerscholien und hellenistische Glossare bei Apollonios Rhodios.*—W. Marg: *Herodot über die Folgen von Salamis.*—F. Brömer: *Der Commentarius.*

81, 3. 1953

U. Hölscher: *Anaximander und die Anfänge der Philosophie.*—H. Strohm: *Theophrast und Poseidonios.*—W. Theiler: *Schichten im 6.*

Buch des Polybios.—K. Ziegler: *Zur Textgestaltung von Cicero De legibus.*—W. Wimmel: *Über das Verhältnis der 4. Ecloge zur 16. Epode.*—E. Kostermann: *Der pannonisch-dalmatische Krieg 6-9 n. Chr.*

81, 4. 1953

U. Hölscher: *Anaximander und die Anfängen der Philosophie.*—M. Pohlenz: *Nomos und Physis.*—R. Till: *Zu Plutarchs Biographie des älteren Cato.*—G. Müller: *Senecas Oedipus als Drama.*—R. Böhm: *Contribution à l'étude de l'administration romaine en Egypte.*

HVMANITAS
IV. 1952

M. Platnauer: *Two Notes on Aeschylus Prom. Vinct.*—M. H. Rocha Pereira: *Notas a um passo de Pindaro.*—E. R. Dodds: *Three notes on the Medea.*—A. da Costa Ramalho: *Notas métricas a Aristófanes.*—J. M. Bairrao Cleiro: *Conimbriga e alguns dos seus problemas.*—C. Simoes Ventura: *A significação de πεταθείς numa Ode Anacreôntica.*—A. C. R.: *Um epigrama em latim, imitado por vários.*

IVRA
I. 1950

V. Arangio-Ruiz: *Sulla scrittura della formula nel processo romano.*—A. Berger: *L' «operis novi nunciatio» ed il concetto di «ius publicum» di Ulpiano.*—B. Biondi: *Obbietto dell'antica «hereditas».*—J. Gaudemet: *«Jus» et «Leges».*—M. Kaser: *Ehe und «conventio in manum».*—W. Winkel: *Über Lebenszeit und Laufbahn des Juristen Julians.*—Ph. Meylan: *Fr. Vat. 16 et la question des risques dans le contrat de vente.*—G. Scherillo: *Note critiche su opere della giurisprudenza romana.*—E. Schönbauer: *Munizipien und Doppelbürgerschaft im Römerreiche.*—S. Solazzi: *Sull' obbligazione a termine iniziale.*—J. C. van Oven: *Remarques sur Gai 3, 91.*

II. 1951

A. Berger: *Some remarks on D. 1. 2. 1. and CIL 6. 10298.*—J. Gaudemet: *Constantin et les Curies municipales.*—H. Kreller: *Kritische Digestenexegesen zur «compensatio».*— S. Solazzi: *«Servitutem debere».*—

A. Steinwenter: *Zum Problem der Kontinuität zwischen antiken und mittelalterlichen Rechtsordnungen.*—R. Taubenschlag: *Il sequestro nel diritto dei papiri.*

III. 1952

B. Biondi: *Vicende postclassiche del S. C. Claudiano.*—M. Bohacek: *Arbitration and State-Organised Tribunal.*—U. Coli: *Sulla «tabula Henaba».*—K. Harada: *Some comparative Studies in cuneiform Law.*—M. Kaser: *Zur Geschichte der «capitis deminutio.»*—E. Levy: *Beweislast im klassischen Recht.*—G. Scherillo: *Note critiche su opere della giurisprudenza romana.*—F. Schulz: *«Condictio indebiti» und die Accessorietät der «sponsio» und «fideiussio».*—S. Solazzi: *L' «in iure cessio hereditatis» e la natura dell'antica «hereditas».*—H. J. Wolff: *Zur frühnachklassischen Kommentierung der Klassikerschriften.*

THE JOURNAL OF HELLENIC STUDIES
LXXIII. 1953

C. Bailey: *In memoriam A. W. P.-C.*—A. Andrewes: *The Generals in the Hellespont 410-407 B. C.*—G. E. Bean: *Notes and inscriptions from Caunus.*—J. G. Griffith: *Some Thoughts on the 'Helena' of Euripides.*—G. B. Kerferd: *Protagoras' Doctrine of Justice and Virtue in the 'Protagoras' of Plato.*—M. Miller: *Greek Keenship Terminology.*—E. D. Phillips: *Odysseus' in Italy.*—R. S. Stanier: *The cost of the Parthenon.*—G. Thomson: *From Religion to Philosophy.*—M. Ventris and J. Chadwick: *Evidence for Greek Dialect in the Mycenaean Archives.*—G. A. Wainwright: *Herodotus II 28 on the sources of the Nile.*

THE JOURNAL OF ROMAN STUDIES
XLI. 1951

J. P. V. D. Balsdon: *Sulla Felix.*—R. G. Goodchild: *Boreum of Cyrenaica.*—L. F. Fitzhardinge: *Naval Epitaphs from Misenum.*—J. Heurgon: *The Amiens Patera.*—C. O. Brink: *Justus Lipsius and the Text. of Tacitus.*—J. K. St. Joseph: *Air Reconnaissance of north Britain.*—D. Daube: *The Peregrine Praetor.*—M. I. Henderson: *The Procces 'de Repetundis'.*—J. Ward Perkins: *Tripolitania an the Muble Trade.*—A. H. M. Jones: *The Imperium of Augustus.*

XLII. 1952

E. Fraenkel: *The Culex.*—F. E. Adcock: *Res Gestae Divi Augusti 34, 3.*—R. Browning: *The Riot of A. D. 387 in Antioch.*—St. Wein-

stock: *A Lex Sacra from Lavinium.*—C. O. Brink: *Tacitus and the Visurgis. A Gloss in the First Book of the Annals.*—A. N. Sherwin-White: *The Extortion Procedure Again.*—G. R. Watson: *Theta Nigrum.*—J. M. C. Toynbee: *A Roman (?) Head at Dumfries.*—E. Badian: *The Treaty between Rome and the Achaean League.*—P. M. Fraser and A. H. Mac Donald: *Philip V and Lemnos.*

LANGUAGE

28, 3. 1952

R. H. Robins: *Nom and Verb in universal Grammar.*—Y. Malkiel: *Studies in Hispano-Latin Homonymics: pessulus, pactus, pectus, dēspectus, suspectus, fistula in Iberoromance.*—W. H. Bennett: *The earliest Germanic umlauts and the Gothic migrations.*—A. M. Sturtevant: *Leveling in Old Icelandic paradigms.*

29, 1. 1953

J. Puhvel: *Indo-European negative composition.*—A. M. Sturtevant: *Certain Old Norse secondary Formations.*—E. Colin Cherry, M. Halle and R. Jakobson: *Towards the logical description of languages in phonemic aspect.*—Y. Bar-Hillel: *A quasi-arithmetical notation for syntactic description.*

LATINITAS

I 1. 1953

H. Funaioli: *Ad latinitatis cultores.*—I. B. Pighi: *Ad Divum Petronium.*—A Ghiselli: *De Catulli carmine X 28 sq.*—C. Egger: *De Caecilio Firmiano Lactantio Cicerone christiano.*

I 2. 1953

I. del Ton: *Miniucius Felix, Octavius Ianuarius, Caecilius Natalis Ostiae litus petunt.*—H. Maffacini: *De Apulei latinitate atque coloribus fabulam Collodianam permeantibus.*—A. Traina: *Naevianum.*

I 3. 1953

H. Tescari: *De Q. Hor. Flacci Epist. II 3. 47 sq. commentariolum.*—L. Halkin: *Sexta quaque die.*

I 4. 1953

I. Ricciotti: *Num Sanctus Marcus Evangelium, quod ex eius nomine nuncupatur, latine scripserit.*—Ae. Fasoli: *De quibusdam Senecae locis corruptis aut difficilioribus.*—H. Tescari: *In interiore homine habitat veritas.*

LATOMUS

XII 1. 1953

M. Lejeune: *Note sur les fouilles de Lagole.*—C. E. Stevens: *Britain and the Lex Pompeia Licinia.*—L. Alfonsi: *Elegiaca.*—R. Syme: *Tacitus on Gaul.*—P. Derchain et J. Hubaux: *Vespasien au Sérapéum.*—L. Herrmann: *Claudius Antonius et le Pervigilium Veneris.*—G. Stégen: *La composition de la dixième bucolique de Virgile.*—F. Benoit: *Ob lumen receptum.*

XII 2. 1953

M. Renard: *Iuno Historia.*—L. Alfonsi: *Elegiaca.*—H. Biévelet: *Notes sur les vases de Bavai.*—H. Bardon: *Tacite et le «Dialogue des orateurs».*—L. Herrmann: *L'ane d'or et le christianisme.*—A. Berger: *Actes de vente latins de l'époque vandale, découverts en Algérie.*

XII 3. 1953

M. Fiévez: *«opera peregrinationis huius» ou les étapes de la composition du De officiis.*—L. Alfonsi: *Elegiaca.*—J. Colin: *Pâture d'esclave: ambac <ti> pascua (Apulée, Mét. II 7, 2).*—R. B. C. Huygens: *Accessus ad auctores.*—L. Herrmann: *Basilides.*—J. Gricourt: *Mamertin et le Jupiter à l'anguipède.*

MAIA

VI 1. 1953

K. J. Dover: *La colonizzazione della Sicilia in Tucidide.*—E. Turolla: *L'Hercules Furens de Seneca.*—B. Gentili: *L'ultimo atto della Medea di Seneca.*—B. Marzullo: *Aeschines in Tim. 28.*

VI 2-3. 1953

F. della Corte: *L'essenza del comico plautino.*—B. Marzullo: *Strepsiade.*—E. Pomilio: *La fortuna di Parmenide.*—G. Puccioni: *Varianti del testo virgiliano.*

MNEMOSYNE

VI 1. 1953

H. Erbse: *Zur handschriftlichen Überlieferung der Iliasscholien.*—G. J. de Vries: *Isocrates' Reaction to the Phaedrus.*—H. G. Viljoen: *Archilochus fr. 49.*—D. A. van Krevelen: *Zu Apollonios von Rhodos.—Zu Orph. Argonautica vs. 642.*—D. A. Rees: *Lucretius V 131.*—A. D. Leeman: *Nepos, Vita Attici ch. XVI et «Les Sécrets de la correspondance de Cicéron».*—W. J. W. Koster: *Ecce iterum Chamaleon.*—D. A. van Krevelen: *Zu Quintus Smyrnaeus.*—J. C. Kamerbeek: *Ad Thuc. I 68, 1 et 3.*—V. Bulhart: *Textkritisches zu Servius.*

VI 2. 1953

J. C. Kamerbeek: *Alcaica quaedam.*—W. J. Verdenius: *Plato Phaedo 66 B.*—P. J. Enk: *The latin Accent.*—W. J. Verdenius: *Hymn to Apollo 53-4.*—K. H. E. Schutter: *De Lydia et Diris carminibus.*—W. J. Verdenius: *Herodas IV 54.*—V. Bulhart: *Textkritische Studien zum lateinischen Flavius Josephus.*

MUSEUM HELVETICUM

10, 1. 1953

H. Haffter: *Terenz und seine künstlerische Eigenart.*—W. Müri: *Melancholie und schwarze Galle.*—F. Olivier: *En relisant Lucrèce.*—R. Merkelbach: *Simias' Ei 1-4.*—G. de Plinval: *Essai d'explication des Mosaïques d'Orbe*

10, 2. 1953

H. Haffter: *Terenz und seine künstlerische Eigenart.*—A. Alföldi: *Die Geburt der kaiserlichen Bildsymbolik.*—R. Merkelbach: *Zu Pap. Schubart 17.*

NUEVA REVISTA DE FILOLOGIA HISPANICA

VI 3. 1952

Y. Malkiel: *La familia léxica lazerar, laz(d)rar, lazeria. Estudios de paleontología lingüística.*

ORBIS
II 2. 1953

M. Deanović: *Perchè è spinoso il problema dei confini linguistici.*—S. Heinimann: *Die heutigen Mundartgrenzen in Mittelitalien und das sogenannte Substrat.*—C. Crews: *Hordeolus, hordeum, avena.*—T. Fotitch: *Rumanian Ecclesiastical Terminology of Byzantine Origin.*—A. J. v. Windekens: *Gr.* θρίαμβος *et lat. triumphus.*—M. Durand: *La phonétique, sa portée, ses limites.*

PAIDEIA
VIII 4-5. 1953

Ch. Mohrmann: *La latinité chrétienne et le problème des relations entre langue et religion.*—M. Untersteiner: *Gli scolii all'Edipo en Colonno.* V. Pisani *Gr.* ἀγανακτέω, *slavo gnêvŭ.*

LA PAROLA DEL PASSATO
XXVIII. 1953

M. A. Levi: *Il dialogo dei Meli.*—M. Sordi: *La fine di Vercingetorige.*—R. F. Rossi: *Cicerone, Bruto e la congiura contro Cesare.*—G. Caputo: *Pentapoli cirenaica.*

XXIX. 1953

E. Turolla: *Commedie tragiche nel teatro euripideo.*—E. Gabba: *Sulle colonie triumvirali di Antonio in Italia*—M. Sordi: *La simpolitia presso i Galli.*

XXX. 1953

M. Gigante: *Epicarmo, Pseudo-Epicarmo e Platone.*—E. Turolla *Commedie tragiche nel teatro euripideo.*—B. Gentili: *I tripodi di Delfi e il carme III di Bacchilide.*

ΠΟΛΕΜΩΝ
Δ' 1. 1949

Α. Σ. Ἀρβανιτόπουλος: Θεσσαλικὰ μνημεῖα.—Ν. Χ. Κοτζιας: Ἐπιγραγαὶ Ἀττικῆς.—Χ. Χ. Χαριτωνίδης: Ὡρολόγιον Ἀνδρονίκου τοῦ Κυρρηστοῦ, οὐχὶ τοῦ Κυρρήσου.—Ἰ. Ἀ. Μελετόπουλος: Πρᾶσις ἐπὶ λύσει.—Γ. Δ. Ανδρουτσόπουλος: Ἐπιγραφικαὶ καὶ τοπογραφικαὶ ἔρευναι ἐν Νεμέᾳ.

Ε' 1. 1952/3

Α. Σ. 'Αρβανιτόπουλος: Θεσσαλικὰ μνημεῖα.—Χ. Χ. Χαριτωνίδης: Διδάγματα ἐκ τῶν ἐπιγραφῶν.—Α. Ν. Οἰκονομίδης καὶ Σ. Ν. Κουμανούδης: 'Επιγραφικὰ Σύμμεικτα.

REVUE DES ÉTUDES BYZANTINES
X. 1952

V. Grumel: *Les préliminaires du schisme de Michel Cérulaire.*—P. Joannou: *Eustrate de Nicea.*—R. Guillaud: *Vénalité et favoritisme à Byzance.*—V. Laurent: *La profession de foi de Manuel Tarchaniotès Boullotès.*—M. I. Manoussacas: *Les romans byzantines de chevalerie et l'état des études les concernant.*—V. Grumel: *Les premières ères mondiales.*—A. Wenger: *Bulletin de spiritualité et de liturgie byzantines.*

REVUE DE PHILOLOGIE
XXVII 1. 1953

M. A. Desrousseaux: *Notes critiques sur les Oiseaux d'Aristophanes.* P. Chantraine: *Un tour archaïque chez Pindare.*—J. Brunel: *Un sens méconnu du mot* ἀφίδρυμα.—J. Gagé: *La Rogatio Petillia et le procès de Scipion.*—R. Bloch et G. Foti: *Nouvelles dédicaces à la déesse Féronia.*

RHEINISCHES MUSEUM FÜR PHILOLOGIE
93, 1. 1949

E. Bickel: *Catulli in Caesarem carmina.*—I. B. Pighi: *Codex Catulli Bononiensis 2621 cum apparatu ellisiano collatus.*—L. Wickert: *Platon und Syrakus.*—A. Lesky: *Amphimaros.*—L. Alfonsi: *Nepote fonte di Cicerone?*—L. Malten: *Motivgeschichtliche Untersuchungen zur Sagenforschung. III Hero und Leander.*—W. Kranz: *Der Logos Heraklits und der Logos des Johannes.*

93, 2. 1950

E. Bickel: *De elegiis in Maecenatem monumentis biographicis et historicis.*—H. Herter: *Freiheit und Gebundenheit des Staatsmannes bei Thucydides.*—H.-R. Schwyzer: *Die älteste Plotin-Handschrift.*—L. Rader-

macher: *Zum Philoktet und Oedipus Coloneus.*—O. Walter: *Zur Inschrift der Xenokles Basis in Olympia.*—A. Klotz: *Der «erste» Appenineübergang Hannibals.*

93, 3. 1950

E. Bickel: *De Consolatione ad Liviam pro Claudio usurpatore Iuliani imperii scripta.*—U. Kahrstedt: *Zwei Geographica im Peloponnes.*—F. Scheidweiler: *Zu Alkmans Parthenion.*—K. Barwick: *Drei Oden des Horaz.*—F. Altheim: *Diodors römische Annalen.*

93, 4. 1950

E. Bickel: *Syllabus indiciorum quibus pseudovergiliana et pseudoovidiana carmina definiantur.*—L. Radermacher: *Die Mädchen aus dem Hyperboreerland.*—K. Hubert: *Die handschriftliche Überlieferung für Plutarchs Moralia 70-77.*—E. Wüst: *Epicharmos und die alte attische Komödie.*—W. Kraus: *Das Wesen des Unendlichen bei Anaximander.*—A. von Gerkan: *Die Belagerungsmauer von Plataiai.*

94, 1. 1951

H. Herter: *Zur ersten Satire des Horaz.*—I. B. Pighi: *Emendationes Catullianae.*—P. Oertel: *Sallusts Invektive gegen Cicero.*—W. Hoffmann: *Die römische Kriegserklärung an Karthago im Jahre 218.*—L. Alfonsi: *Sul proemio del Brutus e sulla fortuna del Protagora tra i Latini.*—K. Kalbfleisch: *Seltene Wörter aus Papyrusurkunden.*

94, 2-3. 1951

W. Schmid: *Götter und Menschen in der Theologie Epikurs.*—H. Erbse: *Zur Entstehung des polybianischen Geschichtswerkes.*—R. Stark: *Interpolierte Daten in Ciceros Briefen.*—O. Walter: *Zum Westgiebel des Zeustempel von Olympia.*—A. J. Gossage: *The family of Prosthenes at Paros.*—W. Kranz: *Das Gesetz des Herzens.*—E. Bickel: *Das Ennius-Zitat aus Euripides bei Seneca und der Topos des* νεκρὸς βίος *in der Antike.*—H. Heusch: *Der Grabspruch des Sardanapal und die Entgegnung des Krates von Theben.*

94, 4. 1951

E. Bickel: *vates bei Varro und Vergil.*—H. Hommel: *Aristophanes*

über die Nilschwelle.—J. H. Olivier: *On the funeral oration of Pericles.*—K. Völkl: *Das megarische psephisma.*—G. Zuntz: *Zum Hymnus des Kleanthes.*—V. Kalbfleisch: *Seltene Wörter aus Papyrusurkunden.*

95, 1. 1952

V. Pisani: *Über eine pälignische Inschrift.*—R. Merkelbach: *Die pisistratische Redaktion der homerischen Gedichte.*—W. Derichs: *Eine Spottmünze auf Kaiser Commodus.*—P. Hampl: *Zur römischen Kolonisation in der Zeit der ausgehenden Republik und des frühen Prinzipates.*—K. Kalbfleisch: *Seltene Wörter aus Papyrusurkunden.*—E. Sander: *Triarius Ordo.*

95, 2. 1952

E. Bickel: *Das Denkmal der Varusschlacht in Bonn.*—H. Schaefer: *Die verfassungsgeschichtliche Entwicklung Kyrenes im ersten Jahrhundert nach seiner Begründung.*—H. Erbse: *Die Genfer Iliasscholien.*

95, 3. 1952

H. Rosenfeld: *Buch, Schrift und lateinische Sprachkenntnis bei den Germanen vor der christlichen Mission.*—H. H. Scullard: *Rome's declaration of war on Carthage in 218 B. C.*—H. J. Kraus, H. Schmidt, W. Kranz: *Ein neues Hesiodfragment.*—W. Schmid: *Terenz als Menander Latinus.*—R. Helm: *Properz I 21.*

95, 4. 1952

V. Pisani: *Die oskische Defixio aus Tiriolo.*—A. Klotz: *Zum Rudens des Plautus.*—R. Merkelbach: *Bettelgedichte.*—U. Albini: *L'orazione lisiana per l'invalido.*—P. Zucker: *Simaristos.*—P. Miltner: *Der Tacitusbericht über Idistaviso.*—A. Lesky: *Fabula crepidata.*—H. Hunger: *Euripides, Andromache 147–153 und die Auftrittszenen in der attischen Tragödie.*—L. Deubner: *Die Gebräuche der Griechen nach der Geburt.*

96, 1. 1953

H. Herter: *Die Rundform in Platons Atlantis und ihre Nachwirkung in der Villa Hadriani.*—A. von Gerkan: *Zum Suburaproblem.*—W. Kranz: *Das Lied des Kitharoden von Jaffa.*—H. Erbse: *Über eine*

Eigenheit der thukydideischen Geschichtsbetrachtung.—A. Klotz: *Caesar und Livius.*—H. Heusch: *Zum Proömium von Ciceros Laelius.*—R. Stark: *Sokratisches in den «Vögeln» des Aristophanes.*—V. Pisani: *Die römischen Zahlzeichen, ein älteres römisches Alphabet und lat. Mille.*—E. Bickel. *Salaputium: Mentula salax.*

RICERCHE LINGUISTICHE

I 1. 1950

A. Pagliaro: *Logica e grammatica.*—V. Pisani: *Nota sul genitivo singolare en iranico.*—M. Lucidi: *L'origine del trisillabismo in greco.*—W. Belardi: *La formazione del perfetto nell'indoeuropeo.*—E. Evangelisti: *I modi di articolazioni indoeuropei nelle palatalizzazioni tocariche.*

I 2. 1950

V. Pisani: *Studi sulla fonetica dell'armeno.*—W. Belardi: *La questione del numero nominale.*—M. Durante: *Le spiranti dentali indoeuropee.*

II. 1951

A. Pagliaro: *La terminologia poetica di Omero.*—V. Pisani: *Studi sulla fonetica dell'armeno.*—G. Valentini: *La declinazione determinata e indeterminata in albanese.*—G. Bolognesi: *Sul vocalismo degli imprestiti iranici in armeno.*—J. Elfenbein: *Il tipo verbale lat. «fero, fers» in tocario.*

RIVISTA DI FILOLOGIA E D'ISTRUZIONE CLASSICA

XXXI 1. 1953

I. Lana: *Sextiorum nova et Romani roboris secta.*—A. R. Deprado: *La liberazione di Atene nel 286 a. C.*—Vitucci: *Intorno a un nuovo frammento di elogium.*—G. A. Raggerone: *Platone, Politico 266 A-B e 271 D.*

XXXI 2. 1953

J. Colin: *Il soldato della Matrona d'Efeso e l'aceto dei crocefissi.*—B. Gentili: *Seneca, Medea v. 680.*—C. Corbato: *Un'iscrizione di Demetriade.*—A. Garzya: *De Theognidis manuscripto Bruxellis in Bibliotheca. Rhegia adservato.*

XXXI 3. 1953

G. Schiassi: *La parte di Euneo e Toante nell' Ipsipile euripidea.*—I. Lana: *Sextiorum nova et Romani roboris secta.*—M. Sordi: *La guerra tessalo-focense del V secolo.*—G. Vitucci: *I Cicutii e la Fortuna Penate.*

RIVISTA DI STUDI LIGURI
XVIII 1-2. 1952

G. D. Serra: *Appunti di Toponomastica sulla storia antica e medievale di Asti.*

XVIII 3-4. 1952

N. Lamboglia: *La Nave Romana di Albenga.*—F. Benoît: *L'archéologie sous-marine en Provence.*

SICULORUM GYMNASIUM
VI 1. 1953

A. Pastorino: *Note firmiziane.*—R. Anastasi: *Note critiche a Libanio.*

STUDI ETRUSCHI
XXI. 1950-1

M. Pallottino: *Uno spiraglio di luce sulla storia etrusca: gli «elogia Tarquiniensia».*—G. Devoto: *Protolatini e Protoitalici.*—F. Ribezzo: *Popolo e lingua degli antichi Piceni.*—M. Lejeune: *L'inscription rétique de Castelcies.—Stèles votives d'Este.*—M. Pallottino: *Qualche annotazione in margine al CIE.*—G. A. Mansuelli: *L'incisore Novios Plautius.*—M. Lopes Pegna: *Itinera Etruriae.*—G. Alessio: *Relitti toponomastici liguri in Provenza.*

STUDI ITALIANI DI FILOLOGIA CLASSICA
XXV 1-2. 1951

H. Diller: *Die Proömien des Lukrez.*—S. Timpanaro jr.: *Sul testo dell' «Anthologia latina».*—U. Albini: *Struttura e motivi del primo libro delle Georgiche.*—G. Müller: *Interpolationen in der Medea des Euripi-*

des.—B. Hemmerdinger: *Origines de la tradition manuscrite de quelques auteurs grecs.—Les chiffres dans l'archetype de Thucydide.*—D. A. van Krevelen: *Kritische und exegetische Bemerkungen zu Apollonios Rhodios.* A. Ronconi: *Due novi frammenti di Ennio?*—S. Prete: *La tradizione del testo di Terenzio nell'antichità.*

XXV 3-4. 1951

F. Speranze: *La data di composizione della prima «Selva» di Stasio.* F. Meloni: *Il soggiorno di Dionisio II a Locri.*—A. Tramontano: *Gli ἐπιτροπικοί demostenici.*—E. Grassi: *Saffo 98 AD, 5.*—E. Zorzi: *Come muore Lico?*—A. La Penna: *Sulla tradizione di Properzio.*—F. Bernardini Marzolla: *Callimaco fr. 252 Pf.*—A. Klotz: *Die Benutzung des Polybios bei römischen Schriftstellern.*

XXVI. 1952

A. La Penna: *Sulla tradizione di Properzio.*—K. Büchner: *Die beste Verfassung. Eine philologische Untersuchung zu den ersten drei Büchen von Ciceros «Staat».*—F. Cassola: *De Phocaide carmine, quod Homero tribui solet, commentatio.*—A. Barigazzi: *Nuovi frammenti di Euforione.* A. Dihle: *Antike Höflichkeit und christliche Demut.*—P. Bernardini Marzolla: *Callimaco,* Λουτρὰ τῆς Παλλάδος *v. 61.*—C. F. Russo: *Postilla su un codice della* Ἀσπίς.—*Aristoph. Ach. 2, 7.*—R. Merkelbach: *Nachtrag zur* Πειρίθου κατάβασις.

STUDI ROMANI

I 1. 1953

P. Romanelli: *Problemi archeologici del Foro Romano e del Palatino.* S. Riccobono: *Roma mater omnium humanarum legum.*—A. Guercio: *Feriae Anticolenses.*

I 2. 1953

O. Tescari: *Amor omnibus idem.*

I 3. 1953

L. Alfonsi: *Una elegia di Properzio: una forma di arte.*

I 4. 1953

G. Barbieri: *Nuovi frammenti di Fasti ostiensi.*

I 5. 1953

A Ferro: *Sui caratteri della filosofia romana.*

STUDIA LINGUISTICA
VI 1. 1952

B. Malmberg: *Le problème du classement des sons du language.*

VI 2. 1952

D. O. Zetterholm: *Über die Aufzeichnung von Dialekttexten.*—H. Seiler: *Negation, den Begriff des Prädikats betonend.*—R. Shafer: *Newari and Sino-Tibetan.*

TRANSACTIONS AND PROCEEDINGS OF THE AMERICAN PHILOLOGICAL ASSOCIATION
LXXXIII. 1952

J. A. O. Larsen: *The Assembly of the Aetolian League.*—O. W. Reinmuth: *The Genesis of the Athenian Ephebia*—J. F. Gilliam: *Ostr. Skeat* 11.—E. M. Husselman: *The Granaries of Karanis.*—O. M. Pearl: *Transport Charges in Egypt in the Era of Inflation.*—E. R. Wolfe: *Transportation in Augustan Egypt.*—H. C. Youtie: *Critical Notes on Greek Papyri.*—E. L. Abrahamson: *Euripides' Tragedy of Hecuba.*—N. O. Brown: *The Birth of Athena.*—H. Fränkel: *Apollonius Rhodius as a Narrator in Argonautica 2.1-140.*—G. F. Osmun: *Dialogue in the Menandrean Monologue.*—A. P. Dorjahn: *A Third Study on Demosthenes' Ability to Speak Extemporaneously.*—G. M. A. Grube: *Theophrastus as a Literary Critic.*—H. W. Miller: *Dynamis and Physis in On Ancient Medicine.*—L. Pearson: *Prophasis and Aitia.*—S. E. Smethurst: *Cicero and Dicaearchus.*—W. Allen: *Cicero's Provincial Governorship in 63 B. C.*—E. A. Hahn: *The Moods in Indirect Discourse in Latin*—Ph. W. Harsh: *Final s after a Short Vowel in Early Latin.*—R. S. Rogers: *A Tacitean Pattern in Narrating Treason-Trials.*—G. Steiner: *The Textual Tradition of the Ovidian Incunabula.*

WIENER STUDIEN
LVII. 1953

K. Bielohlawek: *Das Heldenideal in der Sagendichtung vom troischen Krieg.*—W. Wolfring: *Ilias und Meleagrie.*—H. Schwatl: *Sein und Doxa bei Parmenides.*—K. Vretska: *Platonica.*—K. Mras: *Zum Schluss der Praep. Ev. des Eusebios.*—K. Dienelt: 'Απραγμοσύνη.—G. B. Shipp: *Greek in Plautus.*—G. Herzog-Hauser: *Zum Proömium I. der Georgica.* E. Topitsch: *Der Gehalt der Ars Poetica des Horaz.*—G. Pfligersdorffer: *Zu Boethius De Interpretatione.*—V. Bulhart: *Gallimathias.*—G. Simchen: *Heilung zweier Stellen in Ciceros Brutus.*—H. Gerstinger: *Eine neue «Apionenurkunde».*—F. Pöschl: *Zur Vita Antoninii Pii in der Historia Augusta.*

WORD
9, 1. 1953

A. Martinet: *Concerning the Preservation of Useful Sound Features.* H. Stone: *Cushioned Loan Words.*—W. v. Raffer: *Ascoli. Forerunner of Matteo Bartoli.*

9, 2. 1953

J. D. O'Connor and J. L. M. Trim: *Vowel, Consonant and Syllable a Phonological Definition.*—S. Öhman: *Theories of the «Linguistic Field».* E. C. Hamp: *Indo-European Nouns with Laryngeal Suffix.*—R. A. Fowkes: *Synchronic Method and Welsh Consonantism.*—A. V. Jerejian: *The H-Zero Alternation in Classical Armenian.*—A. Martinet: *A Project of transliteration of Classical Greek.*

ZEITSCHRIFT FÜR VERGLEICHENDE SPRACHFORSCHUNG
71, 1-2. 1953

W. Winter: *Gruppe und Reihe.*—E. Hofmann: *Attribut und Attributivsatz.*—B. Schlerath: *Über den Hahn.*—E. Fraenkel: *Etymologische Miscellen.*—M. Mayrhofer: *Heth. eku «trisken» und die vedische Bedeutung von aśnāti.*—F. Holthausen: *Wortkundliches.*—V. Pisani: *Zur albanischen Etymologie.*—R. Aitzetmüller: *Zur slavischen -nt-Deklination.* E. Mayrhofer-Passler: *Über den sakralen und expressiven Charakter der indogermanischen Langdiphthonge.* — J. A. Huiman: *Ekliptik und Nord/Südbezeichnung im Indogermanischen.*—W. Krogmann: *Gr.* ῥυθμός.—E. Schwentner: *Lat. issicius «lacs, Salm».*—κάκα κάκα.—A. Gāters: *Der baltische Name für das Grummet.*—A. J. van Windekens: *Griech.* σμίνθος.—W. Krogmann: *Griech.* βαίτη.

Información.

Recibimos la siguiente comunicación:

Neugründung der Indogermanischen Gesellschaft

Im Jahre 1945 sind durch die Massnahmen der Besatzungsmächte in Deutschland alle Vereinigungen und Gesellschaften zum Erliegen gekommen, auch die wissenschaftlichen, und mit ihnen die alte Indogermanische Gesellschaft, die im Jahre 1912 gegründet worden war (s. *Idg. Jahrb.* 1, 245 ff.), und deren letzte Mitgliederversammlung am 27. August 1936 in Kopenhagen stattgefunden hatte (s. ebd. 21, 413 ff.).

Die Antworten auf einen Aufruf der Herren Professoren Debrunner (Bern) und Krahe (Tübingen) zeigten, dass von vielen Seiten eine möglichst baldige Neugründung gewünscht wurde. Im Hinblick darauf wurde vom 2. bis 4. September 1953 in München eine Fachtagung veranstaltet, die nahezu 100 Teilnehmer zählte und von grossem Erfolg gekrönt war.

Bei dieser Tagung wurde die Gründung einer neuen «Indogermanischen Gesellschaft» in einer Versammlung am 2. September 1953 vollzogen; dabei wurden vorläufige Satzungen angenommen (s. Beilage).

Ferner sind folgende Wahlen vorgenommen worden:

Engerer Vorstand:

Vorsitzender: Prof. M. Leumann, Signaustr. 9, *Zürich* 8 (Schweiz). Stellvertretender Vorsitzender: Prof. W. Brandenstein, Halbärthgasse 5, *Graz* (Oesterreich).

Schriftführer: Prof. G. Redard, Kramgasse 17, *Bern* (Schweiz). Kassenwart: Prof. A. Scherer, Kleinschmidtstr. 60, *Heidelberg* (Deutschland).

Weiterer Vorstand:

Frl. Prof. Mohrmann (Holland), die Herren Prof. Debrunner (Schweiz), Fourquet (Frankreich), Groselj (Jugoslawien), Krahe (Deutschland), Lambertz (Deutschland), Leroy (Belgien), Locker

(Oesterreich), Norman (England), Tagliavini (Italien), Tovar (Spanien) und Weisgerber (Deutschland).

Durch ergänzende Wahlen sollen bald auch andere europäische Länder in diesem Vorstand vertreten sein.

Schliesslich wurde Herr Geh.—Rat Prof. Dr. F. Sommer (München) zum Ehrenmitglied ernannt.

Zum Schluss muss bemerkt werden, dass die Gründung eines neuen Organs eine genügend grosse Zahl von Mitgliedern zur Voraussetzung hat, auch von solchen, die einem andern als dem deutschen Sprachgebiet angehören (die alte Gesellschaft zählte 61 °/₀ solcher Mitglieder). Den Mitgliedern wird das geplante Publikationsorgan zu einem ermässigten Preis geliefert werden, unter Anrechnung des Jahresbeitrages.

Diejenigen Fachgenossen, die zusätzliche Auskünfte wünschen oder ihre Mitgliedschaft anmelden wollen, sind gebeten, sich an den Schriftführer zu wenden.

Der Vorsitzende:
M. LEUMANN

Der Schriftführer:
G. REDARD

NB. Die Einzahlung der Mitgliederbeiträge (DM 10.—, SFr. 10.40) wirderbeten an eines der folgenden Konten:

1) Prof. Dr. A. Scherer, Nr. 57985, Postcheckamt *Karlsruhe* (Deutschland).
2) Indogermanische Gesellschaft, Postcheckkonto III 2679 *Bern* (Schweiz).

Summary of articles

OBSERVACIONES SOBRE LOS PAPIROS CHESTER BEATTY IV y V (961 y 962).

The authors have made a complete revision of the above mentioned papyri, have corrected some errors and have discussed certain points of Kenyon's edition.

ETYMOLOGICA: Φοῖβος Ἀπόλλων

The author sets forth the thesis that Φοῖβος is nothing but a *nomen agentis* *φοιβός from the root *bheig** — for which the meaning «to clean, purify» is well established by Hesychius ἄφικτον· ἀκάθαρτον. Φοῖβος presents an accentual pattern very frequent in proper names: Γλαῦκος / γλαυκός, Φαῖδρος / φαιδρός. Φοῖβος means thus «the purifier», a sense that is perfectly in keeping with Apollo's most outstanding feature according to the authoritative description of Nilsson. The adjective φοῖβος «bright», that is to be accented φοιβός (φοιβος, that is φοιβός, in Bacchylides' papyrus), is no doubt the same *nomen agentis* with a semantic change which is easily accounted for.

ABOUT NEPOS

In this work the author develops the statements he made in a previous article *(Emerita* XI, 1943, page 60 and fol.) and adds new reasons in favour of the etymology of *nepōs* <*ne* +

potis = impos = «desapoderado» (impetuous), he who does not control himself. The *ō* of *nepōs* in opposition to the *ŏ* in *impŏs* / *impŏtis* etc. is explained by the influence of the old nominative *(nepŏss>nepōs)* with the help of the semantic specialization of *nepōs* and of its resulting separation from its etymological nucleus.

CRITIQUE AND ANTI-CRITIQUE (II)

The author gives seven annotations more; this time on a text of Saturnian verses with the purpose of suppressing corrections as far as possible.

IV. In the fragment 1 Morel of the Carmen Saliare, *DIUM... SUPPLICATE*, he proposes *empte=eumpse* (compare P. F. 110 'in *eopte: eo ipso* 'among other places) meaning, «sing now to the god himself, pray to the god of gods» (Ianus or Mars?).

V. The two verses *uno cum (unicum*, in the other quotation made by Cic.) *PLURIMAE...VIRUM* is probably not the whole inscription (most other Saturnian epitaphs have six verses) but just the end: *uno cum* would be the literal transcription (compare CIL, 1^2 9 HONC OINO) instead of *unum cum* (conj.); in the 2nd verse the author adds *uirum*, pl. gen. (it seems to be required by rythm also) after *populi:* «as this is the only one that many persons agree was of all men of the people the first man».

VI. In the fragment 26 Morel B of Livy, *SIMUL... INSERIUNTUR (multa* Bücheler, thus generally accepted) the author proposes *m i illi* (adv.; or *illic* also) *alia*, i. e. «at the same time as they take to the boats their goods, others are also taken in there for me» (Ulysses is speaking), considering it an amplification after the translation of 262-64.

VII. The fragment 15 by Naevius which has been the subject of much thought is solved with an «adnominatio»: *QUIANAM... ISTI.*

VIII. The fragment 24 by Naevius, *ISQUE... DIUIS*,

corrected by different people, *manusque* instead of *isque*, *rex* instead of *res* (which requires a verse ending between the apposition *rex/Amulius)*, is interpreted without corrections.

IX. In the first verse of CIL I[1] 1175, *QUOD... AFLEICTA (asper (e)* Mommsen) the author prefers *asper(a)* with the asyndetic accumulation of epithets suiting the Saturnian style.

X. As for the inscription CIL I[2] 11, epitaph of the young Cornelius Scipio appart from proposing *is diveis* (monosyllabic) *manib. datus* (the abbreviation *manib.* in CIL I[1] 1639) for the broken part in the stone corresponding to the verse before last, he proposes a different punctuation and a more likely interpretation; «Great wisdom and many virtues/besides a short age are possessed by this stone/he, whose life was not long enough, but who did not lack conditions worthy of honours, lies here: he whose courage was never defeated, being twenty years old, was handed over to the Manes: /do not ask why (queiminus) no honour was bestowed on him».

ON THE ORIGIN AND EVOLUTION OF THE GENITIVE OF THE GREEK ARTICULAR INFINITIVE WHEN USED AS A FINAL CLAUSE

The object of this article is to insist on some details in the history of the articular infinitive, such as the well-known turn τοῦ, an infinitive used as a final clause in sentences, like Thuc. II, 32 ἐτειχίσθη δὲ καὶ Ἀταλάντη .....τοῦ μὴ λῃστὰς ἐκπλέοντας ἐξ Ὀποῦντος καὶ τῆς ἄλλης Λοκρίδος κακουργεῖν τὴν Εὔβοιαν.

Until now all the explanations given on its origin are incomplete, in the opinion of the author of this article; neither the genitive of quality with the verb εἶναι, supported by Kvíčala, nor the genitive of relation (Ernout, Schwyzer-Debrunner) are a sufficiently strong basis for its development in the above mentioned sense. The author thinks that Moulton and Kühner-Gerth are more in the right because the former considers that its origin is a pure adnominal genitive and

the latter an attributive one, that is to say a genitive of dependence. This seems to be proved by all the cases that can represent a start point for using it in this sense: «objective genitives», like Thuc. I. 126, «partitive genitives», like Lysias 30, 16, «epexegetic genitives», like Thuc. VIII, 39, 4, in «epexegetic apposition» in relation to a pronoun in gen. Plat. Rep. 518 d, appart from the above mentioned genitives of quality and relation which can all be considered as adnominal genitives. In spite of it, and basing it on Birklein's and Hewle's statistics which point out the overwhelming preponderance of the negative form τοῦ μή, used by Thucydides, Xenophon, Plato, Lysias, Demosthenes and Polybius in comparison with the positive one τοῦ, the author thinks that the origin of the mentioned turn is related to the construction of the verbs of obstacle, impediment and separation in sentences like Xen. An. III, 5, 11 πᾶς γὰρ ἀσκὸς δυ' ἄνδρας ἔξει τοῦ μὴ καταδύναι, Plat. Law. 925 d μυρία ἐν ἀνθρώποις ἐμπόδια γίγνεται... τοῦ μήτινα ἐθέλειν πείθεσθαι.

Summarizing: The phrase τοῦ with inf. used as a final clause is an absolute construction which is the result of a secondary and mixed evolution of the gen. of the articular inf. used in the adnominal and the ablative cases (that is to say of a Greek genitive used as a final syncretic case) as a final clause, due to the fact that the old infinitive was used in this way and that the genitive does not exclude the idea of finality and aim, however slight it might be.

In this way, having entirely lost its casual value it is reduced to the cathegory of a simple particle added to the infinitive to express finality, in the same way as the neutre plural of ὅστις, ἅτε which is used in a causal sense with the participle. The last stage of this evolution is found in the κοινή where τοῦ has weakened to the extent of loosing its final value being of no use except to bring forth the nominal character of the infinitive like in *Act* 10, 25 ὡς δὲ ἐγένετό τοῦ εἰσελθεῖν τὸν Πέτρον.

In this last process a contamination between old periphrases of the substantive plus the verb, like in Thuc: ἐς

ἐλπίδα μὲν ἦλθον (= ἤλπισαν) τοῦ ἑλεῖν and the construction of the equivalent verb that required the single infinitive may have interfered.

ANTEDIES

The construction *ANTE... IUNIAS* has been greatly discussed but no satisfactory solution having been found, the author suggests the possible existence of a noun *antedies* formed in exactly the same way as *pridies*, which is also parallel in its meaning (*«pridies* «eve, day before», *antedies*, «day before in general») and which, like the former (and like the adjective *propior*, *proximus)* could have governed the accusative besides the genitive. (On the other hand one should not leave aside E. Cocchia's idea that *Kalendas*, *Nonas* and *Idus* may have been really genitives in their origin.) Like *pridie*, *antedies* reduced its use to that of the temporal-locative, and thus the conscience of its existence fell; on interpreting the prefix *ante-* as a preposition, the first part of the expression *(ANTE... TERTIUM)* would become an accusative; this hypothesis is clearly proved by an expression such as *IN ANTE DIEM* «for the day before».

THE VALUE OF ANCIENT NOVEL ENLIGHTENED BY THE SCIENCE OF LITERATURE

Ancient novel has generally been ignored or underrated since Antiquity in spite of the popularity and influence which Heliodorus and Longus had in the Baroque period. In this paper the author tries to obtain a critical valuation of this literary form. He begins by dealing with some of the aesthetical problems it involves, and which are as important as the sense of the classic, the essence of historical narration and the possibility of review and of literary science. After focusing these problems with a satisfactory openness he studies the special characteristics of the ancient novel and ends using

Charito Aphrodisiensis' work as an example. In it the author sees, without any dependance from Perry's valuation, not a work which stands out among the other works of its kind, but just a perfect representation of this form, which Perry, the same as all the other modern critics, except Weinreich have always minimized. From this paper we draw two conclusions: that of establishing the idea of «the classic», conceiving it not in a rough and meaningless way as the ideas concerning serenity, sophrosyne, and utopia but as «that bed of a river where the waters have passed before», and that the predicate «classic», in the above mentioned sense, can be applied to the ancient novel, thus bestowing it an abolute value, quite independent from the utilitarian value that it may have as a document of a time.

VARIA PHILOLOGA

The article concerns the following subjects:

a) Euripides, *Heracl.* 460.

The author defends this wrongly suspected passage of Euripides' *Heraclidae* and brings arguments in order to support the genuineness of the ms. lect. καὶ δίκης.

b) Even on the μεγάλη γυνή of Mimnermus.

The author defends his own interpretation (cf. «Ann. Fac. Lett. di Napoli» I [1951]) of Callim., *aetia fr.* 1 Pfeiffer concerning the so-called μεγάλη γυνή of Mimnermus, against Prof. Colonna's recent proposition (cf. «Athenaeum» N. S. XL [1952], pp. 191-5), that the «great woman» would be Mimnermus' «Smyrneis» instead of «Nanno».

c) Mimnermus and a choral ode of Euripides' *Herakles.*

The famous song *Her.* 637-700 is here re-examined and re-interpreted, and special attention is given to the theme «youth and old age», in which Euripides has been thought re-echoing Mimnermus. The author indicates the points of contact and the limits in the comparison, and tries to illustrate the novelty and richness of Euripides' position.

d) Naevius and Bacchylides.

The possible rapports between Naev., *fr.* 116 R. and Bacch., *fr.* *19 Sn.[6] are investigated: the Middle or New Comedy and some tragic passages as, ex. gr. Eur., *Hec.* 933, are supposed to have been the probable intermediates from Bacchylides to the Campanus.

e) Oppianus and Alcman.

A not yet noticed Oppianus' imitation of Alcman, *fr.* 94, 3 (cf. *de piscatione* II 56 ss. Lehrs) is shown. The author tries to prove the *indirect* derivation from Alcman, Oppianus having been able to read the fragment in the citation.

ON THE ORIGIN OF THE ATTIC VOCABULARY. PROBLEMS AND METHODS

This is the first part of a study divided into three parts. The author studies in it to what extent can the direct survey of its sources provide data on the archaic Attic vocabulary and the reasons which make this direct survey little successful in general. He considers that it is more useful to study the traces left in the Attic vocabulary of the classical period by words which existed in that dialect before. Taking into consideration a certain amount of details one can, within certain limits, establish the chronology of the loss of certain words in Attic which nevertheless survive in other dialects. After pointing out the existing problems and the method which should be followed, the author will explain the material he has gathered and will draw more concrete consequences in the two following parts of this study.

ABOUT AERUMNA

After discussing the objections to the etymology accepted nowadays, the author points out that *aerumna* can be explained starting from **maeromena* **maerumna* which would

be a participle of *maereo*, similar to *alumnus, vertumnus columna*, etc. The loss of the initial *m* would be a case of consonantic dissimilation similar to *imitor* < **immitor* < **mimmitor* < **mīmeri:* μῑμεῖσθαι, *immo* < **mimmo* < **minimō* = *minime*, etc. (cfr. *Estudios de Fonética*, p. 104,sgs.).

VENETIC STUDIES

In the recently published bibliographical chronicle by Palomar Lapesa (EMERITA, XX) on Venetic studies it is necessary to stress some details about the interpretation of the epigraphs of Lagole (northern Venetic of Cadore).

The suffix *-ikos*, as a patronymic is recorded in many texts, in spite of my having read *-icos* in others, interpreted *-iios* by M. Lejeune; in Roman times *-ikos* is still used especially in toponymic names of the region, as can be seen in some examples given (toponymic names of onomastic origin). There is no doubt that in Venetic t + yod > ts, sometimes, which is now proved by the Epigraph of Volsomnos (<Voltiiomnos).

New, though limited materials make important problems clear: this happens with the Rhethian epigraph of Sanzeno (1953) with the term *remina* which eliminates the possibility of a presumed Etruscan *mi* existing in a Rhethian text of the same place (χariχaremi).

ON THE CASSITERITE ISLES

The safest clue to localize the Cassiterite Isles is found in Ptolemy, as he bases his statements on mathematical determinations, and they refer to a zone in which, on account of being greatly visited for commercial purposes those determinations are very trustworthy. Sometimes, by making just a few general corrections, they are strictly accurate.

After our having proved with almost entire certitude in

EMERITA, 1952, 471 that the «Artabrorum Portus» mentioned by Ptolemy corresponds to Duyo (Finisterra, W. of Corunna), there is little doubt that the Cassiterite Isles can be localized in the Western coast of Corunna, because Ptolemy himself, Strabo, Diodorus, Pliny and Mela confirm it. We place the Cassiterite Isles in the small islands which are or rather were — as they have turned into «tombolos» nowadays — on the North-Western coast of Corunna, very near three centres — Carballo, Santa Comba, Noya — which are very rich in tin.

We must interpret Herodotus' text III, 115 in the sense that he only doubted of the existence of the Cassiterite Isles as islands in high seas. This fact is proved by Geology which considers the existence of islands on the coast of Corunna impossible, but Herodotus himself maintained that the tin came from the West.

Mr. Dion's theory was presented in Spain by H. Obermaier some time ago. His not taking into consideration the relationship of the sources and the fact that he does not localize Artabrorum Portus in Duyo are the weak points of his work.

As for the promontory Oestrymnio and the Oestrymnides Isles of Avienus, v. 91 we are inclined to localize them in cape Finisterre and in the Lobeira Isles, taking the similarity of the landscape and the great riches of tin which exists in this part, as a basis.

Libros recibidos.

ALEXANDER, WILLIAM HARDY: *The Tacitean «non liquet» on Seneca.*—Berkeley, University of California, 1952.

ALLEN, JOSEPH H. D.: *Two old portuguese versions of the life of Saint Alexis.*—Illinois, University of Illinois, 1953.

ARNGART, O.: *The distichs of Cato and the proverbs of Alfred.*—Lund, C. W. R. Gleerup, 1952.

ARNS, EVARISTO: *La technique du livre d'après Saint Jérôme.*—Paris, E. de Boccard, 1953.

BAGLIO, GAETANO: *Il Prometeo di Eschilo.*—Roma, Signorelli, 1952.

BARBER, E. A.: *Sexti Properti Carmina.*—Oxonii, Clarendon, 1953.

BJÖRCK, GUDMUND: *Das Alpha Impurum und die tragische Kunstsprache. Attische Wort- und Stilstudien.*—Uppsala, Almquist & Wiksells, 1950.

BROUGHTON, T. ROBERT S.: *The Magistrates of the Roman Republic.*—New York, The American Philological Association, 1952.

BRUHL, ADRIEN: *Liber Pater.*—Paris, E. Boccard, 1953.

CAVALLIN, SAM: *Vitae Sanctorum Honorati et Hilari Episcoporum Arelatensium.*—Lund, C. W. K. Gleerup, [1952].

CHANTRAINE, PIERRE: *Grammaire Homerique.*—Paris, C. Klincksieck, 1952.

CERDÁ, GILBERTO: *Vocabulario español.*—Austin, University of Texas Press, 1953.

COLIN, JEAN: *Juvenal, les baladins et les rétiaires d'après le manuscrit d'Oxford.*—Torino, Vicenzo Bona, 1953.

CONKLIN, HAROLD C.: *Hanunóo-English Vocabulary.*—Berkeley, University of California, 1953.

CORPUS CHRISTIANORUM: *Tertullianus I*, 1.—Turnsholti, Brepols Editores Pontificii, 1953.

CORTE, FRANCESCO DELLA: *Da Sarsina a Roma.*—Genova, Istituto Universitario di Magistero, [1952].

CORTE, FRANCESCO DELLA: *Due studi Catulliani.*—Genova, Istituto Universitario di Magistero, [1951].

COSERIU, EUGENIO: *Amado Alonso.*—Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias, 1953.

COSERIU, EUGENIO: *Para la unificación de las ciencias fónicas.*—Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias, 1953.

CRUZ, I. FERNANDO: *La cuestión homérica.*—Mendoza, Universidad de Cuyo, 1952.

DELGADO, JUAN ALVAREZ: *La falsa ecuación Massieni-Bastetani.*—Valencia-Fedra, 1952.

D'ELIA, SALVATORE: *Properzio e Orazio.*—Napoli, Instituto Mezzogiorno [1952].

D'ORS, ALVARO: *La Revision du CIL II et spécialement des inscriptions juridiques de l'Espagne.*—Paris, Librairie d'Amerique, 1953.

ERNOUT, ALFRED: *Syntaxe Latine.*—Paris, C. Klincksieck, 1953.

ERRANDONEA, IGNACIO: *El estásimo segundo del Edipo Rey de Sófocles.*—Eva Perón, Facultad de Humanidades, 1952.

FLETCHER VALLS, D.: *Repertorio de Bibliografía Arqueológica.*—Valencia, Comercial Gráfica, 1951.

FLÓREZ, LUIS: *Lengua Española.*—Bogotá, Imprenta Nacional, 1953.

FRASSINETTI, PAOLO: *Fabula Atellana.*—Genova, Facoltá di Lettere, 1953.

GALL, JOEL DE: *Recherches sur le culte du Tibre.*—Paris, Presses Universitaires, 1953.

GARZYA, ANTONIO: *Euripide-Andromaca.*—Napoli, Silvio Vili, 1953.

GARZYA, ANTONIO: *La data e il luogo di rappresentazione dell' «Andromaca» di Euripide.*—Napoli, Armauni, 1952.

GIANCOTTI, FRANCESCO: *Saggio sulle tragedie di Seneca.*—Roma, Dante, 1953.

GIGANTE, MARCELLO: *Contro Epicrate.*—Napoli, Silvio Vili, 1950.

GIGANTE, MARCELLO: *Esiodo-Erga.*—Napoli, Silvio Vili, 1953.

GOETHE, J. W.: *Fausto.*—Coimbra, Universidade, 1953.

GORDON, ARTHUR E.: *Quintus Veranius.*—Berkeley, University of California, 1952.

GRANDE, CARLO DEL: ΤΡΑΓΩΔΙΑ.—*Essenza e genesi della tragedia.*—Napoli, R. Ricciardi, 1952.

GRANT, MICHAEL: *The six main aes coinages of Augustus.*—Edinburg, University Press, 1953.

GRIMAL, PIERRE: *Les intentions de Properce et la composition du livre IV des «Elegies».*—Bruxelles, Latomus, 1953.

GROMINI, RENIO: *Appendix Vergiliana.*—Firenze, Nuova Italia, 1953.

GUILLERMORE, ALAIN: *Manual de Langue Roumaine.*—Paris, Klincksieck, 1953.

HÄGERSTRÖM, AXEL: *Inquiries into the nature of law and morals.*—Uppsala, Almquist & Wiksells, 1953.

HAMPE, ROLAND: *Die Gleichnisse Homers und die Bildkunst seiner Zeit.*—Tübingen, Max Niemeyer, 1952.

HOLGUIN Y CARO, MARGARITA: *Los Caros en Colombia.*—Bogotá, Caro y Cuervo, 1953.

IRIGOIN, JEAN: *Histoire du Texte de Pindare.*—Paris, C. Klincksieck, 1952.

KNUDTZON, ERIK J. DR. PH.: *Die Wiederbelebung der internationalen Papyrologie.*—Berlin, Akademie Verlag, 1950.

KOSTER, W. J. W.: *Traité de métrique grecque suivi d'un précis de métrique latine.*—Leyden, A. W. Sijthoff's Vit., 1953.

KRAHE, HANS: *Lingüística Indoeuropea.*—Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1953.

LATTE, KURT: *Hesychii Alexandrini Lexicon Vol. I. A*—Δ.—Hauniae, Ejnar Munksgaard, 1953.

LEROY, MAURICE: *Sur l'enseignement traditionnel de la Grammaire Grecque.*—Bruxelles, René van Compernolle, 1951.

LEROY, MAURICE: *Tendances au doctrinarisme dans la pensée linguistique contemporaine.*—Bruxelles, L. Encyclopedique, 1952.

LE SAGE, LAURENCE: *Jean Giraudoux. Surrealism and the German Romantic Ideal.*—Urbana, University of Illinois, 1952.

MALKIEL, YAKOV: *The Hispanic Suffix (i) ego. A Morphological and Lexical Study based on Historical and Dialectal Sources.*—Berkeley, University of California Press, 1951.

MARCHESI, C.: *Arnobii Adversus Nationes. Libri VII.*—Torino, G. B. Paravia & C., 1953.

MARTIN, EMILE: *Essai sur les rythmes de la chanson grecque.*—Paris, C. Klincksieck, 1953.

MARTIN, EMILE: *Trois documents de musique grecque.*—Paris, C. Klincksieck, 1953.

MARTINAZZOLI, FOLCO: *Parataxeis, Le testimonianze stoiche sul cristianesimo.*—Firenze, Nuova Italia, 1953.

MASI, GUISEPPE: *La ricerca della verità en Karl Jaspers.*—Bologna, Zuffi, 1952.

MEILLET, A.: *Les langues du monde.*—Paris, C. N. R. S., 1953.

MENÉNDEZ PIDAL, RAMÓN: *Toponímica prerrománica Hispana.*—Madrid, E. Gredos, 1952.

MONTEVECCHI, ORSOLINA: *Papyri Bononienses.*—Milano, Tita e Pensiero, 1953.

MYRES, JOHN: *Geographical History in Greek Lands.*—Oxford, Clarendon Press, 1953.

NILSSON, MARTIN P.: *Dionysos Liknites.*—Lund, C. W. K. Gleerup, 1952.

NILSSON, MARTÍN P.: *Historia de la Religiosidad Griega.*—Madrid, Gredos, 1953.

NUMMINEN PAAVO: *Quo modo Cicero de Lucretio (et quodam Sallustio) indicaverit.*—Turku, Univ. Turkuensis, 1953.

OLIVER, H. JAMES: *The ruling power. A study of the Roman Empire in the second century after Christ through the Roman oration of*

Aelius Aristides.—Philadelphia, American Philosophical Soc., 1953.

OROZCO DÍAZ, EMILIO: *Góngora*.—Barcelona, Editorial Labor, 1953.

PARLANGELI, ORONGO: *Il dialetto di Loreto Aprutino I. La Fonetica. II. Osservazioni sul vocalismo*.—Milano, Ulrico Hoepli, 1952.

PEDROLI, LYDIA: *Fabularum praetextarum quae extant*.—Genova, Facoltá di Lettere, 1953.

PISANI, VITTORE: *Le lingue dell Italia Antica*.—Torino, Rosenberg, 1953.

PREISENDANZ, WOLFGANG: *Die Spruchform in der Lyrik des alten Goethe und ihre Vorgeschichte seit Opitz*.—Heidelberg, Carl Winter, 1952.

RABANAL, MANUEL: *Griego medieval en el Codex Calixtinus*.—Madrid, C. Bermejo, 1953.

RAMBAUD, MICHEL: *Ciceron et l'Histoire Romaine*.—Paris, «Les Belles Lettres», 1953.

RECIO, TOMÁS DE LA A.: *Tito Livio*.—Barcelona, Labor, 1952.

REDARD, G.: *Recherches sur χρῆ, χρῆσθαι.—Etude Sémantique*.—Paris, L. A. Honoré Champion, 1953.

RESTREPO, FÉLIX S. J.: *Diseño de Semántica General*.—México, Constancia, 1952.

RODRÍGUEZ ADRADOS, F.: *La Dialectología griega como fuente para el estudio de las migraciones indoeuropeas en Grecia*.—Salamanca, Universidad de Salamanca, 1952.

SANCTIS, GAETANO DE: *Storia dei Romani. Vol. IV*.—Firenze, Nuova Italia, 1953.

SCARPAT, GIUSEPPE: *Corso di gramatica greca*.—Genova, Istituto di Filologia Classica, 1952.

SCHIASSI, GIUSEPPE: *Sofocle. Le Trachinie*.—Firenze, La Nuova Italia, 1953.

SCHLUMBERGER, DANIEL: *L'Argent Grec*.—Paris, C. Klincksieck, 1953.

SCHULTEN, ADOLFO: *Estrabón. Geografía de Iberia*.—Barcelona, Universidad de Barcelona, 1952.

SEEL, OTTO: *Cicero*.—Heidelberg, J. H. Kerle, 1952.

SHERK, R. K.: *The legates of Galatia*.—Baltimore, J. H. Furst, 1951.

SINANOGLU, SUAT: *Note esegetiche e critiche sul prologo delle Troiane di Euripide*.—Ankara, Turk Tarik, 1952.

STEINDORFF, GEORG: *Lehrbuch der Koptischen Grammatik*.—Chicago, University of Chicago, 1951.

THYLANDER, HILDING: *Etude sur l'Epigraphie latine*.—Lund, C. W. K. Gleerup, 1952.

TIBILETTI, GIANFRANCO: *Principe e Magistrato Republicani*.—Roma, A. Signorelli, 1953.

TOVAR, ANTONIO: *Aristóteles. Retórica*.—Madrid, Estudios Políticos, 1953.

TRAVERSA, AUGUSTUS: *Index Stoicorum Herculanensis.*—Genova, Facoltá di Lettere.

VÁZQUEZ, WASHINGTON: *El fonema (s) en el español del Uruguay.*—Montevideo. Facultad de Humanidades y Ciencias, 1953.

VITUCCI, GIOVANNI: *Il regno di Bitinia.*—Roma, A. Signorelli, 1953.

VORAGINE, JACQUES: *La légende dorée.*—Paris, Garnier, s. a.

WARTBURG, WALTHER VON: *La fragmentación lingüística de la Romania.*—Madrid, Gredos, 1952.

WEHRLI, FRITZ: *Herakleides Pontikos.*—Basel. Benno Schwabe, 1953.

WIKARJAK, JAN: *Pochodzenie Herodota W. Swietle Greckich Przydomkow odmiejscowych.*—Poznañ, Nak ladem Poz, Tow, Przyj, N., 1952.

WOESTIJNE, PAUL VAN DE: *La Périégèse de Priscien.*—Brugge. De Tempel, 1953.

ZAFIROPULO, JEAN: *Empédocle d'Agrigente.*—Paris. «Les Belles Lettres», 1953.